



*Le llamaban
Bronco*

Una novela de

**LAURA
SANZ**

Le llamaban Bronco

Laura Sanz

© 2019, Laura Sanz

Diseño de cubierta: Nune Martínez

www.magicblacksoul.wixsite.com/nune-martinez

Diseño interior y maquetación: Nerea Pérez Expósito

de www.imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para L.

«Hay cosas que sentimos en la piel,
otras que vemos con los ojos,
otras que nomás nos laten en el corazón».

Carlos Fuentes

Índice

<u>Prólogo</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>
<u>Capítulo 29</u>
<u>Capítulo 30</u>

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

Texas, mayo de 1867

Gabriel Salas se giró en la silla de montar y le echó un vistazo a su hermano Rico que le seguía a poca distancia. Parecía tener problemas para controlar a Negrito que corcoveaba inquieto y, a ratos, incluso se paraba y agitaba la cabeza a un lado y al otro.

—¿Necesitas ayuda o qué?

Rico negó bruscamente, pero la fina línea que dibujaban sus labios y su expresión de profunda concentración mientras se esforzaba por dominar al caballo desmintieron su gesto.

Gabriel detuvo su montura y apoyó los antebrazos en el pomo de la silla, echando todo el cuerpo hacia delante mientras esperaba a que su hermano consiguiera calmar al caballo y se aproximase a él. Rico era algo cabezota y, aunque le había advertido que Negrito todavía no estaba listo para el largo trayecto hasta el pueblo, se había empeñado en montarlo. Dejó que sus oscuros ojos vagasen por la llanura salpicada de cactus, arbustos y matorrales. Era una zona de chaparral, pero aquí y allá crecían algunos mezquites y robles colorados, mas no eran muchos y casi no ofrecían sombra. Gracias a Dios, el sol había comenzado a ponerse y la temperatura a descender. Estaba siendo un mayo muy caluroso, más que en años anteriores. Se desanudó el pañuelo que llevaba al cuello y, levantándose ligeramente el sombrero que le aplastaba el pelo, se secó el sudor de la frente.

Un relincho de Negrito le hizo girarse. Golpeaba el suelo de tierra con los cascos al tiempo que resoplaba.

—Creo que hay algo que lo tiene alterado —murmuró Rico.

Gabriel se mordió la lengua para no decirle a su hermano que lo que en verdad inquietaba al animal era su inexperiencia. Hacía poco que Negrito se

había acostumbrado a la silla y todavía protestaba. Lo que necesitaba era un jinete más experimentado.

—Suelta las riendas y dale más aire —le aconsejó.

Rico era terco, pero no tonto, y lo demostró haciéndole caso. Aflojó las riendas y dejó de intentar controlar a la fuerza al equino, que no tardó en tranquilizarse. Gabriel estudió al animal con ojo crítico fijándose en sus movimientos con atención. Tiraba un poco a la derecha. Si no lo iban a conservar —cosa que todavía no había decidido—, tendría que corregirle ese mal hábito. Era un mesteño de color negro —por eso su nombre— algo nervioso, de unos cuatro años de edad. Lo habían atrapado hacía ya un año junto con otros ejemplares cerca del río Nueces.

Solo hacía una década todo el territorio de Texas estaba plagado de manadas de caballos salvajes, pero desde que se decidió su eliminación y se llevaron a cabo las matanzas masivas allá por el sesenta, cada vez tenían que desplazarse más lejos para encontrarlos, pero merecía la pena. Si bien los mustangs eran pequeños —su alzada no sobrepasaba los cinco pies¹—, tenían las patas fuertes y eran menos propensos a las lesiones que otros caballos. De complexión recia y resistente, eran capaces de aclimatarse rápidamente a cualquier terreno, de ahí que fuesen los favoritos de las tribus de pieles rojas, en especial de los apaches. Lo que más admiraba Gabriel de esa raza era su independencia, su inteligencia y su obstinación. Una vez domados no se comportaban de manera servil como otros caballos. Establecían lazos con sus dueños, pero seguían conservando gran parte de los instintos que les habían permitido sobrevivir en estado salvaje.

Los Salas, además de poseer una pequeña plantación donde cultivaban algodón, se ganaban la vida con ellos. Los atrapaban, los domaban y los vendían a los vaqueros y rancheros de todo el estado. Precisamente, en ese momento regresaban de Catclaw Springs donde habían ido a entregar una partida de quince ejemplares.

Rico se colocó a su lado. Negrito estaba tan calmado como una malva y ni siquiera le enervó el resoplido de Manchado, su propio caballo. Era un appaloosa blanco moteado de mayor alzada, que Gabriel había elegido por su tamaño. Para alguien de su estatura —excedía la media de otros hombres—, era más apropiado que un mustang.

—¿Acabaste? —Arqueó las cejas y volvió a anudarse el pañuelo al cuello. Sin esperar respuesta hincó los talones con suavidad en los flancos de su montura y se puso en movimiento.

—¡Híjole, qué prisas! ¡Espera, nomás!

No le hizo caso. Estaba ansioso por llegar a casa y todavía les quedaban un par de horas por delante. No alcanzarían el pequeño rancho antes de que anocheciese. No le gustaba demasiado alejarse de su propiedad y dejar solas a Teresa y a su madre, al cuidado de su hermano Rafael que, a pesar de ser bastante diestro con el rifle, solo tenía doce años y seguía siendo un niño. Corrían tiempos difíciles y muy duros; desde que la guerra acabó, Texas se había convertido en un territorio sin ley donde imperaba la violencia.

—Te dije que me esperes —jadeó su hermano, situándose a su lado.

—Eres demasiado lento para Manchado y para mí.

—Lo que te pasa es que estás ansioso por llegar a casa con tu mujercita.

Gabriel le dirigió una rápida sonrisa. Rico tenía razón. Tenía muchas ganas de abrazar a Teresa, enterrar la cara en su cuello y aspirar fuerte. Siempre olía a pan recién hecho y a azúcar. Cada vez que la tenía entre sus brazos se sentía el hombre más afortunado del mundo.

—¿Cómo van a llamar al muchachito? —preguntó su hermano al cabo de unos minutos de silencio.

—Juan Gabriel, como su papá —contestó con el orgullo tiñéndole la voz.

Teresa se encontraba en su octavo mes de embarazo y Gabriel no cabía en sí de alegría. Iba a ser su primer hijo. Se habían casado nada más volver él de la guerra, hacía casi dos años y, aunque ambos deseaban fervientemente tener hijos, a Teresa le había costado más de un año concebir.

—¿Y si es una chamaquita?

—Será niño.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Mamá dice que la panza de Teresa es de llevar niño y mamá sabe de eso. Ha dado a luz a seis varones.

A pesar de que una epidemia de cólera se llevó a tres de aquellos seis hijos y solo sobrevivieron los otros tres, el mayor, Juan Gabriel, y los dos pequeños, Rico y Rafael, si Isabel Cortés decía que era niño, niño sería. Ella era la que más entendía de cosas de mujeres.

—¿Te fijaste qué ojitos me echaba la hija del señor Hilburn? —Rico cambió de tema.

—¿Gracie? Pero si es una niña —resopló.

—¡Tiene quince años! —exclamó el pequeño de los Salas algo ofendido. Sin pretenderlo tiró de las riendas y Negrito se detuvo con brusquedad.

Gabriel contempló a su hermano con una ceja arqueada. Se mordió los labios para no soltar una carcajada al ver la expresión ultrajada que mostraba su semblante.

—Tiene dos años menos que yo y yo no soy ningún niño —continuó con la voz tensa al tiempo que azuzaba al caballo y volvía a ponerse en movimiento.

Era cierto eso que decía. Ya no era ningún niño. El crecer sin padre les había hecho madurar con rapidez. Gabriel era ya un adolescente cuando Ramón Salas se ahogó tratando de salvar a un caballo que había caído al río, pero por aquel entonces Rico solo tenía seis años y Rafael, uno.

—Así que Gracie Hilburn, la hija del ferretero... —murmuró, echándole una mirada a su hermano.

—Es guapa, la condenada. No me digas que no.

—Mucho. —Le dio la razón—. Pero no sé si a su papá le va a gustar que tú y ella se estén haciendo cariñitos. Ya sabes que no nos tiene en gran estima.

Los ojos claros de Rico, tan diferentes a todos los de los Salas, brillaron rebeldes, pero guardó silencio y agachó la cabeza.

—En unos años, cuando haga fortuna y vaya a buscarla, seguro que no le importa demasiado en qué lado del río nacimos —masculló pasados unos segundos.

Gabriel suspiró internamente. Su hermano tenía muchos sueños, la mayoría de ellos imposibles de cumplir. Jamás iban a hacerse ricos domando caballos. Y aunque por alguna casualidad del destino consiguieran amasar una gran fortuna, el señor Hilburn nunca aceptaría que su hija se casara con un Salas.

Eran mexicanos.

Ni siquiera a él, que durante la guerra luchó por la Confederación bajo el mando del coronel Benjamin Franklin Terry en la afamada Octava de Caballería de Texas, le miraban con buenos ojos. La mayor parte de la gente seguía teniendo muy fresca en su memoria la guerra con México y los seguía viendo como el *enemigo*. Cada vez que iban al pueblo eran tratados con suma

cortesía, pero con frialdad y cierta arrogancia. Los Salas eran buenos para dejarse el dinero en el almacén o en la taberna, pero no para que sus hijas se relacionaran con ellos.

Contempló a su hermano de reojo. Era muy joven y todavía le quedaba mucho por aprender; esperaba que su rebeldía no le llevara a tener que hacerlo a la fuerza. Ambos tenían un carácter impetuoso pero, si bien él había aprendido a controlar sus impulsos y la edad le había hecho calmarse, Rico era demasiado temperamental y vehemente y solía perder los estribos. También físicamente eran muy diferentes. Gabriel había salido al patriarca de la familia, tenía una complexión fuerte y una altura considerable, el pelo castaño y ondulado y los ojos oscuros. Rico, por el contrario, era igual que su madre, más corto de estatura y mucho más delgado y con esos ojos claros de color grisáceo que tanto destacaban en su cara morena. No era de extrañar que todas las jovencitas de Catclaw Springs le mirasen embobadas cuando llegaban al pueblo.

—Bueno, todavía te queda mucho para buscar una esposa y sentar cabeza. Primero tienes que afilarte los espolones por ahí, ¿no crees? —comentó Gabriel, tratando de distender el ambiente.

Como si la pesadumbre no hubiera sombreado su ánimo tan solo hacía unos segundos, la sonrisa que se dibujó en el rostro de Rico al escuchar aquello fue enorme.

—Cuando vayas a recoger la madera, iré contigo —dijo con entusiasmo al tiempo que se echaba el sombrero hacia atrás y elevaba la mirada al cielo que comenzaba a teñirse de azul oscuro—. Sueño con todas esas lindas mujeres ligeras de ropa y de grandes pechos del salón de Kitty Lou...

Gabriel soltó una suave carcajada. Llevaban mucho tiempo hablando de aquel viaje que tenían previsto hacer a Eagle Pass en unos meses. La última vez que estuvo allí dejó encargada la madera que necesitaba para ampliar la casa donde vivían y poder hacer un cuarto para el niño. Le había prometido a su hermano que podría acompañarle y que le dejaría desfogarse un poco, noticia que había sido acogida con gran entusiasmo por Rico, que no paraba de hablar del tema cuando las mujeres de la familia no estaban presentes.

Siguieron cabalgando en silencio, cada uno embebido en sus propios pensamientos. Mientras que Rico, probablemente, tenía la cabeza llena de

imágenes de las señoritas del salón de Kitty Lou, Gabriel echaba cuentas en silencio sobre cuándo tendría que volver a buscar más caballos; en el rancho solo quedaban veinte ejemplares y ya los tenía comprometidos con William Patterson de *Las Claritas* para sus vaqueros. Patterson pagaba bien, pero no creía que fuera suficiente para aguantar todo el invierno y menos ahora que iban a tener una boca más que alimentar. Teresa iba a dar a luz en unas tres semanas. No le iba a queda más remedio que regresar a la cuenca del Nueces y pasar allí un tiempo una vez que el niño naciera. Con suerte, estaría de regreso con unos cuantos buenos animales antes de que llegaran los peores meses de calor.

—¡Gabriel! ¡Mira! —La voz excitada de Rico le hizo levantar la cabeza. Dirigió la mirada hacia donde señalaba su hermano.

A lo lejos, en el horizonte, junto a los últimos rayos de sol que poco a poco iban desapareciendo, detrás de la ladera donde se encontraba su casa, un extraño resplandor anaranjado iluminaba el cielo de forma poco natural.

—¡Maldición! —gritó—. ¡Es fuego!

No esperó a ver si su hermano le seguía. Clavó los talones a los flancos de Manchado que, sintiendo la urgencia de su dueño, dio un salto hacia delante y se puso al galope. Gabriel se inclinó sobre su cuello y lo azuzó con las riendas tratando de que adquiriese toda la velocidad de la que sabía era capaz. El appaloosa no tardó en demostrar su valía y, pronto, volaban sobre el terreno. La fuerza del viento le arrancó el sombrero de la cabeza, pero lo ignoró. Apretó las rodillas y elevó la pelvis para acompañar sus movimientos a los del animal y, rechinando los dientes, se concentró en lo que pudiese estar sucediendo a unas millas de distancia.

Su rancho ardía.

O quizá solo fuera el granero o el establo.

¡Dios Santo! Esperaba que no le hubiera pasado nada a su familia y que solo fuese un incendio fortuito y no un ataque provocado por los indios o por algún renegado de los tantos que había por los caminos desde que acabó la guerra.

«Por favor, Señor, que estén bien. Por favor. Dios mío, que no les haya pasado nada. Por favor...», repetía en silencio una y otra vez mientras iba dejando atrás el polvo que los cascos de Manchado levantaban.

A pesar de que había comenzado a sudar y la humedad le entraba en los ojos haciendo que le escocieran y que tuviera que parpadear repetidamente, pudo apreciar la columna de humo que se elevaba hacia el cielo oscuro. A medida que se aproximaba, las llamas también se hicieron más visibles. A juzgar por su posición no era la casa lo que ardía, el fuego se hallaba más a la izquierda, donde estaban los establos.

Un gemido aliviado se le escapó del pecho.

Quizá a Rafael se le había caído la lámpara de aceite en la paja, aventuró. Ya le había sucedido una vez con anterioridad, hacía meses, pero en aquella ocasión, Rico y él llegaron a tiempo de evitar una desgracia. Gabriel se juró a sí mismo que como su hermano pequeño fuese el responsable de aquello, le iba a dar tal azotaina con el cinturón que no podría sentarse en semanas.

Cuando llegó al suave promontorio de la ladera y pudo contemplar desde arriba la hondonada en la que se hallaba su propiedad, se le encogieron las tripas. Espoleó a Manchado con violencia y descendió la última media milla con una espantosa sensación premonitoria danzándole por dentro. La casa parecía intacta, pero el granero y el establo eran pasto de las llamas que subían hasta el cielo, iluminando una escena dantesca que sus ojos recorrieron con rapidez.

Junto al pozo había un cuerpo tendido, y otro más al lado del cercado donde tenían los caballos, que emitían bufidos y pateaban el suelo, nerviosos. El fuego los había asustado, pero estaban lo suficientemente lejos de él como para no haber salido huyendo despavoridos.

Apenas le dio tiempo a Manchado a detenerse cuando él ya se tiraba al suelo al lado de la figura que yacía al lado del pozo. Era un hombre barbudo de edad indefinida que llevaba una casaca confederada rota y llena de mugre. Tenía un Colt en la mano, el pecho cubierto de sangre y los ojos muy abiertos mirando hacia arriba sin ver. Gabriel, con la respiración jadeante, le arrancó el revolver de los dedos sin vida y comprobó que este estuviera cargado, luego se giró con premura y se dirigió hacia el cercado, en busca del otro cuerpo que había visto antes. Al reconocer la silueta del caído, un grito áspero y lleno de desesperación le brotó de la garganta.

—¡Rafael!

Se arrodilló junto a su hermano pequeño y le cogió por los hombros. Tenía los ojos cerrados y un hilo rojo le resbalaba por la comisura de los labios. No parecía tener ninguna herida, pero el charco de sangre que teñía el suelo debajo de él desmentía esa apreciación. Gabriel le zarandó ligeramente y su cabeza, laxa, cayó hacia atrás. Sintió cómo el corazón se le encogía.

—¡No, no, no! —exclamó entre dientes cerrando los ojos con fuerza y abrazándolo. ¡No podía ser verdad! ¡Rafael solo tenía doce años!

En ese momento, el golpeteo de los cascos de un caballo llegó hasta sus oídos y se giró. Rico acababa de llegar. La luz anaranjada de las llamas iluminaba su rostro horrorizado.

—¿Está... está muerto? —La voz le salió en forma de sollozo.

Gabriel se limitó a asentir. Dejó el cuerpo inerte en el suelo y se incorporó con rapidez. Amartilló el arma y, sin dirigirle ni una mirada a su hermano que descendía del caballo, echó a correr hacia la casa.

—¡Mamá! ¡Teresa! —gritó sin obtener respuesta—. ¡Teresa!

De una zancada subió los dos escalones de madera del porche y abrió la puerta con ímpetu estrellándola contra la pared. Un rápido vistazo le reveló que la estancia estaba vacía. Dos de las sillas estaban volcadas y, con horror, comprobó que había un rastro de sangre en el suelo que conducía a la parte trasera donde se hallaba su dormitorio. El pánico se apoderó de él al no saber qué se iba a encontrar. Respirando trabajosamente se encaminó hacia allí y empujó la puerta que se hallaba entornada.

Durante la guerra había visto muchas cosas. Muchas. Hombres con heridas horribles, miembros amputados, huesos perforando la carne, cadáveres putrefactos... Había tenido sobre su ropa y sobre su piel la sangre de compañeros e incluso sus vísceras después de una explosión que estuvo a punto de segar su vida... y, sin embargo, nada de lo que vio durante aquellos años de contienda le había preparado para la imagen que se presentó ante sus ojos.

Teresa yacía inmóvil sobre la cama. Su vestido, la piel de sus brazos y su rostro estaban teñidos de rojo. Su otrora precioso y largo pelo negro se hallaba desparramado sobre la almohada también empapado del espeso y viscoso líquido carmesí. Una herida en la frente por la que no cesaba de manar

sangre era la causante de ello. En realidad, había sangre por todas partes. En el suelo, en el colchón, en la ropa, incluso en la pared.

—Mi vida... —balbuceó con una voz que no reconoció como la suya, soltando el Colt que golpeó contra el piso. Teresa, al oírle, abrió los ojos y le miró.

¡Gracias a Dios! ¡No estaba muerta!

—Gabr... iel —logró emitir. Tenía la mirada opaca.

Él se dejó caer de rodillas a su lado y, desanudándose el pañuelo del cuello, lo presionó sobre la herida de su cabeza tratando de contener la hemorragia.

—Ya estoy aquí —susurró con firmeza—. No te preocupes, te vas a poner bien.

—Gabr... iel —volvió a sisear ella con gran esfuerzo—. El... el...

—No hables, todo va a ir bien —la interrumpió, pero la entereza que habían desprendido sus palabras antes se había convertido en incertidumbre. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Sus erráticos ojos inspeccionaron el femenino cuerpo tratando de buscar el origen de tanta sangre. Era imposible que la herida de la frente fuera la única responsable.

—Nec... esito que me... escuches.

La miró. Su tez se estaba tornando cenicienta y sus ojos no podían fijarse en ningún punto, sus oscuras pupilas se movían hacia un lado y al otro. Además, el sonido burbujeante que escapaba de su pecho con cada respiración tampoco era presagio de nada bueno. Gabriel sabía lo que estaba a punto de pasar; había visto morir a muchos hombres. A demasiados.

—El... niño... el niño... —musitó ella girando la cabeza hacia el otro lado.

El horror de lo que estaba presenciando le había hecho olvidarse de su hijo momentáneamente. Siguió la dirección en la que su esposa miraba y la estupefacción le embargó al ver a su lado el bulto tapado con una sábana sangrienta por la que asomaba una diminuta cabecita de pelo oscuro, manchada de restos gelatinosos. No se movía.

Alargó la mano que le temblaba violentamente y apartó la tela. El bebé quedó al descubierto. Era pequeño y estaba muy arrugado, pero el tono de su

piel era rosado, señal de que estaba vivo. En ese preciso instante agitó uno de sus brazos y Gabriel soltó un sollozo incrédulo.

—¿Es... tá bien? —La voz de Teresa apenas era un suspiro.

Gabriel apartó los acuosos ojos del bebé y contempló a su mujer, cuya vida iba apagándose lentamente.

—Está bien —afirmó, y volvió a dirigir la atención al pequeño. Mejor dicho, a la pequeña. Era una niña. Y todavía permanecía unida a su madre por el cordón umbilical.

—¿Es... un... niño... como tú que... rías? —Su mirada, por primera vez desde que él había llegado, parecía clara.

—Es una niña —logró farfullar a duras penas. La aflicción que sentía le robaba el aliento y le aprisionaba el pecho como si le hubieran puesto una losa encima. Miró a su hermosa mujer, a su adorada Teresa y le cogió la mano estrechándosela con fuerza—. Mi vida, es una niña preciosa... Se parece a ti... —le dijo.

Ella trató de abrir los ojos, pero estaba demasiado débil y no lo logró. Entreabrió los labios como si quisiera decir algo, pero solo un suspiro sofocado emergió de su garganta.

Y luego nada más. La mano que Gabriel sostenía perdió su firmeza y se relajó.

Él bajó los párpados y dejó que nuevas lágrimas se deslizaran por su curtido rostro. Los sollozos le sacudieron. Se inclinó y apoyó la frente sobre el pecho de Teresa. Un pecho en el que ya no palpitaba ningún corazón. La angustia que le apresó fue tan grande que sintió su cuerpo desgarrándose, como si alguien le hubiera atravesado con un cuchillo afilado hasta las entrañas y lo hiciera girar, hundiéndolo cada vez más en su interior con extrema lentitud. Un grito silencioso trató de abrirse camino a través de sus cuerdas vocales mientras se aferraba a su vestido, estrujándolo con tanta intensidad que la tela se ajironó entre sus dedos.

«Teresa, mi vida. ¿Qué voy a hacer sin ti ahora? Lo eres todo para mí».

Un llanto penetrante rompió el silencio de la estancia y le sacó del trance en el que se encontraba. Levantó la cabeza. La niña había comenzado a llorar con estridencia. Su entumecida mente apenas si pudo reaccionar. Se quedó mirándola con los ojos turbios.

Su hija le necesitaba.

—¡Dios Santo! —la exclamación de Rico, a su espalda, le sobresaltó.

Le lanzó una mirada por encima del hombro. Su hermano tenía el rostro anegado en lágrimas y tiznado de negro. Respiraba con dificultad y se había llevado ambas manos a la boca como queriendo detener un grito o un sollozo.

—Tráeme un cordón —le ordenó con brusquedad al tiempo que se incorporaba.

Rico salió de la estancia trastabillando y con los ojos abiertos como platos. No tardó en regresar con un trozo de cordel. Estaba temblando como una hoja.

Gabriel cogió la cuerdecilla que su hermano le tendía y se acercó al otro extremo de la cama. Sacó el cuchillo que llevaba en la caña de la bota derecha, apartó las sábanas sucias de su hija y del cuerpo de su mujer y ojeó el cordón umbilical con el ceño fruncido. Había visto parir a suficientes vacas y yeguas como para saber que ese trozo de carne que las unía estaba muerto, no latía. La vena que había en su interior ya no llevaba sangre, era de color blanco. Con un movimiento certero lo cortó y ató el cordel lo más cerca posible del vientre de la niña que seguía lloriqueando a todo pulmón.

—Calienta agua y tráela en un balde —le dijo a Rico que había seguido todos sus movimientos con atención.

—Gabriel —murmuró este desde la puerta sin moverse—. Mamá... mamá también está... —se le rompió la voz—. Han... matado a mamá... —acabó con un quejido.

Gabriel asintió con gravedad. El dolor sordo que se le había alojado en el pecho no podía aumentar más de tamaño, había llegado a su límite. Dejó caer los hombros hacia delante y se limpió las mojadas mejillas con rudeza. Luego miró a la niña que agitaba las piernas y los brazos en el aire y el estómago le dio un vuelco. No podía permitirse el lujo de desfallecer en ese instante. Ya lo haría después. Después.

—Tráeme el agua —repitió con calma.

Rico abandonó la habitación dejándole solo con su esposa y su hija. Teresa, su bella Teresa... y esa pequeña para la que ni siquiera tenía un nombre...

—María. Te llamaré María —musitó a duras penas con el alma hecha pedazos—. A ella le habría gustado.

Capítulo 1

Texas, septiembre de 1868

No podía creerse que hubiera llegado a su destino. Cuando el señor Laurie, uno de los pasajeros con el que había compartido coche los últimos cuatro días, la ayudó a bajar de la diligencia, le dirigió una sonrisa agradecida. La primera desde que había comenzado su periplo en Chicago, hacía once días.

—¿Vienen a recogerla, señora Randolph? —le preguntó de forma solícita.

Lanzó una ojeada a su alrededor, buscando quizá una carreta que hubiera venido a buscarla, pero exceptuando a dos hombres que se hallaban sentados bajo el porche del edificio más cercano y que la observaban con curiosidad, la polvorienta calle del pueblo estaba vacía.

—Esperó que sí —murmuró fatigada—. Mi padre sabía de mi regreso.

—¡Tienen media hora para estirar las piernas y vaciar las vejigas! —La estridente voz del conductor, a solo unos pasos de ella, le hizo dar un saltito asustado—. Disculpe, señora. —Se levantó el sombrero brevemente, excusándose, antes de ladear la cabeza y escupir un chorro de saliva teñido de marrón debido al tabaco de mascar que llevaba en la boca.

Rose desvió la vista. Le parecía una costumbre asquerosa. En Chicago no se solía ver algo así; mascar tabaco se consideraba de mal gusto, pero desde que había subido al tren y este se fue adentrando más y más en territorios sureños, la imagen del vaquero rumiando y escupiendo iba siendo cada vez más frecuente.

—Salgamos del sol —le dijo el señor Laurie haciendo que se girase—. Allí estaremos más a gusto mientras esperamos a que vengan a recogerla. —Señaló el edificio de enfrente, sobre cuya puerta había un letrero de madera en el que se mostraba dibujado un plato de comida. Los otros pasajeros también se dirigían hacia el establecimiento.

Se dejó tomar por el brazo. El señor Laurie era de estatura media y complexión gruesa y su pelo cano había comenzado a escasearle en la parte superior de la cabeza. Llevaba el cuello de la camisa tan almidonado que semejaba estar al borde de la estrangulación. Su doble papada asomaba por encima y le hacía parecer un tanto cómico. Había sido en extremo agradable con ella desde que se subió a la diligencia, siempre pendiente de bajar la cortinilla de la ventana para que no le diera el sol directamente, ofreciéndole fruta que llevaba envuelta en un paño o ayudándola a bajar del vehículo cada vez que este efectuaba una parada. Toda una revelación, teniendo en cuenta que los primeros tres días de viaje los había hecho acompañada de un viejo predicador y su esposa que no abrieron la boca en ningún momento; una pareja de jóvenes recién casados que se pasaron todo el tiempo cuchicheando y agarrados de las manos; y tres hombres taciturnos que no le dirigieron la palabra, y que no olían demasiado bien. Gracias a Dios, aquellos tres maleducados se bajaron en Austin, cediéndole su sitio al señor Laurie y a sus enormes maletas.

Su llegada había sido como un soplo de aire fresco. Se sentó frente a ella, se quitó el sombrero y la trató con cortesía nortea. Esa a la que ella se había acostumbrado después de once años de vivir en el Norte. Se presentó sacándose una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta. *Silas Laurie. Representante de Lambert & Perkins, fabricantes de muebles. Nueva York*, ponía en ella. Pronto entablaron conversación. Le contó que su empresa le había enviado al Oeste en busca de nuevos clientes. Llevaba ya ocho meses viajando de un lado para otro y todavía le quedaban por explorar Texas y Nuevo México. En general, le dijo, el viaje estaba resultando ser un éxito ya que había conseguido firmar varios contratos muy interesantes. Había enviudado hacía poco y por eso se embarcó en aquella aventura, para estar distraído y no pensar, pero sus viejos huesos estaban deseando que esa odisea acabara para poder volver a casa y descansar.

Rose no le contó demasiado sobre sí misma, no era muy habladora. Prefería escuchar. No obstante, cuando él le dio el pésame dando por hecho que se hallaba de luto debido a su riguroso vestido negro, le confirmó que su marido había fallecido hacía un año. Se abstuvo de mencionar la razón exacta y comentó, vagamente, que fue a causa de una enfermedad.

El trayecto, gracias a su acompañante, se le hizo mucho más corto y ameno. Ella terminaba allí, en Catclaw Springs. Él seguiría hasta Laredo.

Sujetándose el bajo del vestido para evitar que se llenara de polvo del suelo sin asfaltar —otra de las cosas que echaba de menos de Chicago: sus aceras y sus calzadas—, atravesó la calle flanqueada por el señor Laurie. La casa de comidas a la que accedieron no era muy grande ni muy elegante, pero tenía un aspecto limpio y bien cuidado. Junto a la entrada había un mostrador que parecía conducir a la cocina si se tenía en cuenta el succulento aroma que provenía de allí. En la parte izquierda, en una sala luminosa, había unas ocho mesas montadas con esmero con sus manteles azules y un pequeño arreglo floral. Y al fondo, una escalera de madera llevaba al piso superior. El señor Laurie la condujo hasta el comedor y apartó una de las sillas de la mesa más cercana. Rose tomó asiento, agradecida. El predicador y su mujer se habían sentado en otra de las mesas. La joven recién casada había desaparecido detrás de unas cortinas que había bajo la escalera, buscando asearse, sin duda. Su marido se acercó al mostrador de la entrada.

—¿Quiere que le traiga algún refrigerio? —le preguntó el señor Laurie.

—Agua —le contestó—. Solo agua, por favor.

Él se alejó presuroso y ella le siguió con la mirada. Debía de rondar los sesenta años, la edad de su padre. Sin embargo, no podía haber dos hombres más diferentes en el mundo. Mientras que el señor Laurie era de fácil trato y la bondad relucía en sus ojos, William Patterson tenía un carácter irascible y la inflexibilidad era su característica más reconocida.

Al pensar en su padre, sus labios se cerraron en una fina línea y estrujó su pequeño bolsito de tela con fuerza entre las manos. En breve estaría ante él. Después de once años sin tener noticias suyas iba a volver a verle. Un regusto amargo le acudió a la boca y sintió cómo el estómago se le encogía, pero se recompuso rápidamente al notar los ojos de la mujer del predicador sobre ella. Sus miradas se cruzaron a través del velo negro semitransparente que le cubría la cara. Era un complemento que no había usado en Chicago, ni siquiera en los primeros meses de luto, pero para una mujer que viajaba sola en aquellos tiempos lo mejor era mostrarse lo menos posible. Se había sentido mucho más cómoda y a salvo de miradas indiscretas detrás del fino encaje que

solo dejaba su barbilla al descubierto. Adoptó una postura erguida y relajó las manos, manteniéndolas en el regazo.

Se preguntó quién vendría a recogerla. Hacía ya tantos años de su partida que, probablemente, no reconocería a quien viniera a buscarla. Los trabajadores de los ranchos cambiaban constantemente. Sabía que Mami y su marido, Pedro, seguían allí. Mami había mantenido el contacto con ella y, aunque no se defendía muy bien con lápiz y papel, le escribió en unas cuantas ocasiones. El esbozo de una sonrisa apareció en su cara al recordarla. Josefina o Mami, como todos la llamaban, era la cocinera del rancho desde mucho antes de que ella naciera, y también había sido lo más parecido a una madre que había conocido. Desde que Amelia Patterson murió, siendo Rose muy niña, fue Mami la que se ocupó de ella. Fue duro despedirse de ella cuando se mudó a Chicago; era una de las personas que más había echado de menos durante todos esos años fuera de casa.

Y a sus hermanos.

Once años sin saber nada de ellos, más que las breves misivas que le habían enviado muy de tarde en tarde, eran muchos años. Cuando se marchó, Angie tenía cuatro años y Will, uno. Ahora, su hermana debía de ser toda una señorita y Will, un caballero. ¿Se acordarían de ella? Will no, seguro. Pero ¿y Angie? En el pasado la había seguido a todas partes y tratado de imitarla. Bajó los párpados y la carita regordeta de su hermana acudió a su memoria. Se preguntó qué aspecto tendría. Seguro que se había convertido en una belleza. Su madre, Ellen, la tercera esposa de su padre, había sido una mujer muy hermosa; ya de pequeña, Angie se parecía mucho a ella.

Se le hizo un nudo en la garganta que se apresuró a disolver tragando saliva. No podía permitirse el lujo de caer en el sentimentalismo y menos en un lugar público. Meneó la cabeza con ligereza y la volteó buscando al señor Laurie. Lo descubrió frente al mostrador, hablando con una mujer bajita algo entrada en carnes de claro origen mexicano.

De pronto, sintió un golpe en la pierna y se giró sobresaltada. La causante del choque era una niña que apenas se sostenía en pie y que se agarraba a la seda de su falda con los puños bien cerrados. El corazón de Rose se saltó un par de latidos al contemplar a la pequeña. Tenía el pelo muy oscuro y rizado;

le llegaba por debajo de las orejas. Y sus ojos eran enormes y negros y la miraban con mucha atención. Llevaba un sencillo vestidito blanco.

—¡María! —exclamó una voz horrorizada. Una jovencita mexicana llegaba corriendo sin aliento. Se detuvo justo al lado de la niña—. Lo siento muchísimo, señora. Discúlpeme. —Se dirigió a ella en inglés con un fuerte acento. Su morena tez se había teñido de rojo. Se agachó y trató de apartar las manitas del vestido —manitas que estaban llenas de algo pegajoso—, pero la pequeña se aferró a la tela muy resuelta, impidiéndoselo. Soltó incluso un grito enfadado.

Rose se inclinó y le retiró los rizos de la cara. La niña la miró con fijeza.

—Hola, María —murmuró—. Eres muy guapa.

—Señora, perdóneme. Lo lamento muchísimo. —La pobre chica, que no tendría más de diecisiete o dieciocho años, parecía al borde del colapso—. ¡Mira lo que has hecho! —habló con la pequeña en español, ahora, y volvió a tirar de ella—. ¡Has arruinado el vestido de la señora! ¡Mira! —Sus ojos se llenaron de lágrimas y se apresuró a limpiárselas con un ademán furioso.

La barbilla de la niña comenzó a temblar y un puchero se formó en su diminuta boca, como si de pronto se hubiera percatado de que había hecho algo malo. Soltó la falda que había agarrado como si le fuera la vida en ello y emitió un sollozo profundo al tiempo que dos lagrimones le rodaban por las mejillas.

—No llores —le susurró Rose con dulzura en español. Hacía tiempo que no se expresaba en ese idioma, pero se había criado hablándolo y no le costó recordarlo—. No pasa nada. —Se inclinó hacia delante y, lanzando una mirada de reojo a la muchacha mexicana, que la contemplaba sorprendida, cogió a la pequeña por las axilas y la sentó sobre su regazo.

María dejó de llorar inmediatamente. Se la quedó mirando con sus enormes ojos negros empapados en lágrimas, sin moverse.

El pecho de Rose se contrajo al sentir la cálida piel de la criatura tan próxima y su olor dulce y reconfortante al lado de su nariz. No pudo refrenarse y le acarició el cabello con suavidad. Incluso a través del fino encaje de sus guantes percibió que era suave, tanto como la seda de su vestido. El anhelo la invadió. La niña seguía inmóvil, contemplándola con interés. De pronto,

levantó una de sus manchadas manitas y le cogió el borde del velo que le cubría la cara.

—¡No! —exclamó la muchacha, abalanzándose sobre ellas, tratando de apartar el brazo de la pequeña, pero Rose se lo impidió con un gesto.

—No pasa nada —repitió de nuevo con voz tranquilizadora. Luego, se llevó las manos a la cabeza y extrajo la aguja que sujetaba el sombrero al pulcro recogido de su cabello. Se lo quitó. Su rostro y su pelo quedaron al descubierto—. Así mejor, ¿verdad? Es que no podías verme la cara. —Se dirigió a la niña que la observaba maravillada. Una sonrisa enorme se dibujó en su carita redonda, dejando al descubierto unos dientes diminutos.

Un cúmulo de emociones hizo que Rose se sintiera desbordada. La melancolía y la tristeza la apresaron... Reprimió el deseo de estrechar con más fuerza a la pequeña y se limitó a sonreírle.

—Lamento muchísimo que le haya ensuciado el vestido —intervino la joven—. Déjeme que intente limpiárselo. Soy buena con esas cosas.

—No te preocupes, ya te lo he dicho antes.

—Pero...

—¿Cómo te llamas? —la interrumpió.

—Elena, pero me dicen Nita. —Hizo una cortés inclinación.

—Elena, no te preocupes por el vestido, de verdad. Ha sido un accidente. María lo ha hecho sin querer. —Volvio a mirar a la niña que estaba absorta en el camafeo de ónice que llevaba prendido en la chaquetilla.

—Es un poco traviesa —repuso Nita. Parecía haber claudicado y aceptado que no tenía que disculparse de nuevo.

—Es preciosa. —Rose no podía quitarle la vista de encima.

—Señora Randolph, ya estoy aquí. —El señor Laurie se detuvo junto a la mesa y depositó los dos vasos de agua sobre el mantel—. ¿Y esta belleza? —preguntó, mirando a la niña—. ¿Quién es?

De pronto, María sufrió un ataque de timidez y se aferró a Rose enterrando la cara en su cuello, haciendo que a esta se le comprimiera el pecho.

—Se llama María. Y es la niña más guapa del mundo —se lo susurró a la pequeña al oído, que levantó la cabeza y le regaló una de esas enormes sonrisas de nuevo.

Nita, quizá incómoda por la llegada del señor Laurie, se acercó y extendió los brazos hacia la niña que, aunque con reticencia, se dejó coger.

En el mismo instante en que ya no sintió el peso de la pequeña sobre su regazo y su olor y suavidad se alejaron, Rose sintió un vacío enorme. Simulando una sonrisa se despidió de ella con la mano.

—Muchas gracias y disculpe —murmuró la joven mexicana, alejándose.

Rose la siguió con los ojos. Llevaba una blusa azul y una falda blanca que dejaba sus tobillos y sus pies al descubierto, algo del todo inimaginable en una ciudad como Chicago. Los rizos oscuros de María asomaban por encima de su hombro. Su atenta mirada seguía fija en Rose.

—¿Se encuentra usted bien? —La pregunta de su compañero la hizo girarse.

—Sí, sí —carraspeó—. Por supuesto. Muchas gracias —añadió cogiendo el vaso de agua y llevándoselo a los labios. La mano le temblaba ligeramente.

El señor Laurie se la quedó mirando un buen rato con preocupación. Parecía querer preguntarle algo. Sus ojos, inquisitivos, se detuvieron más de lo necesario sobre su cara. Quizá porque era la primera vez que la veía sin el velo, quizá porque su reacción con la pequeña le había sorprendido.

—¿Me permite decirle algo? —rompió el silencio al fin.

—Por supuesto —repuso. A pesar de que solo se conocían desde hacía cuatro días, no le parecía el tipo de hombre que traspasara los límites de la buena educación y le pudiese formular preguntas incómodas. No obstante, levantó la guardia y esperó a lo que estuviese por llegar.

—Ha hecho muy bien en viajar con la cara cubierta, querida. Es usted una belleza y el mundo está lleno de desaprensivos. Espero que no se tome a mal lo que le estoy diciendo —se apresuró a añadir en tono de disculpa—. Lo hago con afecto y considerando que podría ser mi hija.

Rose, que se había erguido, tensa, se relajó instantáneamente al escucharle.

—No me ofende, señor Laurie. Referirse a mí como una belleza es algo desmesurado, pero de igual modo le doy las gracias.

—No sea modesta. Y no contradiga a un hombre de mundo como yo. He viajado mucho y he visto muchas jovencitas. Puedo asegurarle que usted es de las más agraciadas que he tenido el placer de contemplar.

Rose le dirigió una leve sonrisa. No replicó nada. No estaba acostumbrada a recibir cumplidos y se sentía algo violenta. Sabía que el señor Laurie exageraba o quizá el afecto que se había granjeado le hiciera verla con ojos magnánimos. Nunca había sido una belleza, todo lo más, bonita. Pero eso fue antes, cuando todavía estaba en plena lozanía, antes de casarse. Ahora, con veintinueve primaveras y después de muchos años de marchitarse poco a poco, solo se la podía considerar agradable a la vista. Nada más.

Paseó la mirada por el establecimiento. El predicador y su mujer ya se habían marchado. Los recién casados se estaban mirando a los ojos mientras se reían de algo tontamente. Ella nunca había tenido algo así, un enamorado que la contemplase de aquella manera, le susurrase palabras de amor al oído y la hiciera sentirse amada y deseada. Una honda nostalgia la invadió, pero la ahuyentó con prontitud y siguió recorriendo el local con la vista. Nita y María habían desaparecido detrás del mostrador, donde se hallaba la mexicana con la que había hablado antes el señor Laurie, anotando algo en un libro.

—¡Salimos en cinco minutos! —El grito del conductor, que asomó la cabeza por la puerta, la sobresaltó—. Apresúrense. ¡La *Wells Fargo* no espera a nadie! Señora, su equipaje lo hemos dejado aquí, justo en la puerta —añadió al verla sentada a la mesa. Luego desapareció.

—Esto sí que es desafortunado —exclamó el señor Laurie. La consternación opacaba su semblante—. No ha venido nadie a recogerla todavía. No me gusta nada que se quede sola.

—No se preocupe por mí, señor Laurie. Podré esperar aquí hasta que alguien venga. No creo que tarden mucho. Ha sido usted muy amable. Una compañía excelente. El viaje no hubiera sido lo mismo sin usted

Él se puso de pie y le tomó la mano con una galantería más propia de otra época que de la actualidad.

—Usted sí que ha sido una compañía exquisita, señora Randolph. Espero que nuestros caminos se vuelvan a cruzar alguna vez. Y no olvide, si alguna vez necesita algo, tiene mi dirección y sabe dónde puede localizarme. No rechazaría tampoco una carta suya si tuviese a bien escribirme.

—Tenga por seguro que le escribiré, señor Laurie —le dijo, sonriéndole con afecto. A pesar del poco tiempo que habían compartido, había conseguido ganarse un huequito pequeño en su corazón.

El matrimonio de recién casados pasó por delante de ellos en dirección a la salida. Ni siquiera les dirigieron una mirada. El señor Laurie le hizo un guiño cómplice antes de llevarse una mano al sombrero y seguirles.

—El amor, el amor... —murmuró.

Rose le vio partir con melancolía. Gracias a él y a su amena conversación había podido distraerse y dejar de pensar en los motivos de su viaje, pensamientos que llevaban semanas ocupando su mente y preocupándola sobremanera. Un mes exacto hacía desde que recibió la breve y poco aclaratoria misiva de su padre en la que la conminaba a regresar a casa cuanto antes. Era la primera carta de su progenitor en once años. La primera vez que volvía a saber de él desde que se casó con Timothy y se trasladó a Chicago. Por eso la sorpresa había sido enorme. Apenas si había podido creerlo cuando su suegra le informó de que había llegado correspondencia a su nombre y vio los trazos firmes que caracterizaban la letra de su padre en el membrete.

Solo unas líneas. Nada más.

Ha pasado casi un año desde que tu marido falleció. Ya puedes viajar. Necesito que vuelvas a casa de inmediato. Es importante. Comunícame la fecha de tu llegada.

Tan inflexible como siempre. Igual de parco por escrito que en persona. Así era William Patterson.

Al principio había dudado. No porque su vida en Chicago fuese una maravilla. Nunca lo había sido, en realidad. Su matrimonio fue concertado por su padre y el padre de Timothy. En los primeros meses y, dado que los dos eran muy jóvenes y todavía conservaban las ilusiones, sí que hubo algo de afecto mutuo, pero pasados dos años, las cosas empeoraron. En vista de que Rose no concebía, su marido comenzó a ignorarla. La relegó a un segundo plano y se olvidó de ella en todos los sentidos. Nunca la trató mal, de ningún modo, pero la desatención y el abandono también podían hacer mucho daño en el alma de las personas. Y eso Rose lo aprendió de primera mano. Mientras Timothy buscaba su felicidad y su desahogo en el alcohol y en otras mujeres, su familia política —especialmente su suegra— la hacía responsable de todo ello y la trataba con desprecio y frialdad.

No se había criado en Chicago y no contaba con amigos ni conocidos de su infancia por lo que la familia de Timothy era lo único que tenía. Pero decir eso era como decir que no tenía nada. Su soledad la llevó a buscar consuelo en la costura y en la lectura, y así pasó los siguientes años, relegada al ostracismo y al olvido, marchitándose poco a poco y siendo objeto de rumores y comentarios. En pocas ocasiones abandonaba la casa de sus suegros, donde vivían ella y Timothy. Solo para pasear por un parque cercano, o para asistir a alguna de las reuniones formales a las que no estaba bien visto que su marido llevara a una de sus amantes, que cada vez eran más numerosas.

Finalmente, el estilo de vida de Timothy terminó por pasarle factura. Aunque la versión oficial que se contó a todo el mundo fue que había fallecido debido a una neumonía, la verdad era mucho más trágica y atroz. La causante de su muerte fue la temida sífilis. A pesar de que se le trató con mercurio, la enfermedad estaba ya tan avanzada cuando se la diagnosticaron, que el tratamiento no había servido de mucho. Pasó los últimos seis meses de su vida postrado en cama, con el cuerpo lleno de tumores y sufriendo parálisis en las extremidades. Perdió la vista y la mayor parte de los días ni siquiera recordaba quién era. La muerte fue un verdadero alivio para él y para todos los que estuvieron presentes en su calvario hasta el final.

El mensaje de su padre, si bien no contenía las palabras que le hubiera gustado leer, llegó en un buen momento. Después de aguantar por espacio de once meses a su suegra y a sus cuñadas ninguneándola y, en ocasiones, criticándola abiertamente, lo que más deseaba era abandonar aquella casa. Lo cierto era que no tenía muchas opciones. Su marido no tenía fortuna propia, ni propiedades a su nombre. Todo lo que poseía estaba invertido en el negocio familiar. Los Randolph poseían dos fábricas acereras, una en Chicago y otra en Baltimore. A ella, como viuda de Timothy, le correspondía una pequeña pensión de por vida, que no le hubiese alcanzado ni para pagarse un modesto alquiler y vivir con desahogo.

La decisión de quedarse o marcharse le fue arrebatada con rapidez cuando su suegra descubrió el contenido de la misiva. Aquella tarde mantuvieron una fuerte discusión. En realidad, discusión no era la palabra más adecuada. En una discusión solían intervenir dos partes, pero en su caso, solo una de las partes expresó su opinión a gritos. Mientras Rose escuchaba, nuevamente,

cómo su suegra la responsabilizaba del fallecimiento de su hijo por no haber sabido ser una buena esposa, tomó la resolución de volver al rancho familiar. La situación en casa de los Randolph se había convertido en algo insostenible. Sabía que si seguía insistiendo en quedarse allí, terminaría por volverse loca. No creía que regresar a Texas fuese tampoco su mejor opción, su padre nunca daba puntada sin hilo y, si la mandaba llamar era con segundas intenciones, seguramente. Intenciones que quizá no fueran las más convenientes para ella.

Pero, al fin y al cabo, era su hogar.

Así que recogió sus pertenencias, compró un billete de tren hasta Abilene, y se embarcó en ese viaje de retorno cargada de miedos e incertidumbre. No obstante, en el momento en que accedió al vagón de primera clase en la estación de Chicago, un enorme peso resbaló de su espalda, aliviándola y liberándola en cierta forma. Llevaba once años prisionera. Quizá Texas significara la libertad que tanto tiempo había ansiado, se dijo con un optimismo poco habitual en ella.

—¿Señorita Rose?

Se llevó una mano al pecho alarmada al escuchar la voz tan cerca de ella. Se giró y buscó a su propietario. Al reconocer al recién llegado, sus labios se curvaron en una espléndida sonrisa.

—¿Pedro? —No pudo evitar que un timbre entusiasmado se deslizara en su tono al pronunciar esas dos sílabas. Era Pedro, el marido de Mami, y no había cambiado en absoluto. Seguía siendo igual de menudo y delgado, y sus ojos oscuros, ancianos de sabiduría, resplandecían emocionados. Su rostro moreno reflejaba pura bondad.

—Sí, señorita. Soy yo. —El mexicano se quitó el sombrero.

Rose se puso de pie y alargó la mano, cogiendo la de él. Era fuerte y muy callosa, tal y como la recordaba. Imágenes de su niñez y de Pedro enseñándole a trenzar cuerda acudieron a su cabeza.

—¡Qué alegría verte! —exclamó—. ¿Cómo estás y cómo está Mami?

—Estamos muy bien, señorita. Algo más viejos, pero bien, ya sabe. Los años pasan para todos.

No le reprendió por llamarla señorita y no señora Randolph, en cierto modo eso la hacía sentirse más cómoda. Hablaba en inglés y Rose torció el

gesto al recordar que a su padre no le gustaba que sus empleados utilizaran el español, aunque él mismo lo dominara perfectamente.

—Me alegra mucho que hayas venido tú a buscarme. Me temía que viniese algún desconocido.

—El patrón quiso que viniera yo, señorita. Son unas cuantas millas hasta el rancho y seguro que pensó que ver una cara amiga sería lo mejor para usted — le dijo con una sonrisa que le arrugó todo el rostro.

Ella no dijo nada, se limitó a devolverle la sonrisa, aunque le salió algo acartonada. Internamente, se cuestionó que William Patterson hubiera desperdiciado un solo pensamiento en la comodidad de su hija. Cogió el sombrero que había dejado antes sobre la mesa y se lo puso, dejando el velo recogido en la parte superior. Después se dirigió hacia la salida con Pedro pisándole los talones.

—Lamento muchísimo lo de su vestido, señora. Mi hija acaba de contarme que la niña lo arruinó —se disculpó la que sin duda era la propietaria del negocio desde el mostrador.

—Ya le dije a su hija que no se preocupe por eso. Estoy segura de que la mancha saldrá con facilidad. —Rose bajó la vista y comprobó el desperfecto. Los restos de lo que debía de ser melaza brillaban sobre la tela.

—Puede traerlo y nosotras nos encargaremos de limpiarlo —continuó, atribulada.

—No. No se preocupe. No es tan importante —respondió Rose.

—Muchas gracias, señora —repuso agradecida—. Si vuelve al pueblo, cualquier cosa que necesite, puede preguntar por Elena Cortés. Soy yo misma.

—Es usted muy amable. —Le dirigió una breve inclinación de cabeza antes de abandonar el establecimiento. Pedro mantenía la puerta abierta para ella.

De nuevo, la polvorienta calle de antes la recibió. Delante del local había una carreta descubierta. Los dos hombres que antes habían observado con curiosidad la llegada de la diligencia desde los soportales de enfrente seguían allí, inmóviles. Uno de ellos se había echado el sombrero hacia delante cubriéndose la cara y parecía dormir. El otro mascaba tabaco de manera ostentosa mientras la miraba sin ningún tipo de disimulo.

—¿Cuánto tiempo hace que fundaron el pueblo? —le preguntó a Pedro, que estaba cogiendo su equipaje y cargándolo en la carreta.

—Hará unos tres años. Primero vinieron unas quince familias desde el condado de Atascosa, luego llegaron más desde Goliad. Ahora ya han formado una pequeña comunidad. Todavía no hay escuela ni iglesia ni tampoco médico, pero cada vez vienen más colonos a establecerse. Los terrenos son baratos por aquí.

Rose recorrió las escasas edificaciones con la vista. Aparte de la casa de comidas y el almacén, había una barbería, una taberna, unas cuantas casas más calle abajo y algún que otro establecimiento que no supo clasificar. No era un pueblo muy grande, pero al menos se encontraba cerca de *Las Claritas*. Cuando fue a la oficina de la *Wells Fargo* en Chicago para comprar el billete le había sorprendido enterarse de que la diligencia efectuaba una parada tan cerca del rancho.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó con curiosidad manifiesta. Le extrañaba no ver a nadie a esa hora; era mediodía.

—Es domingo, señorita. Están reunidos cerca del lago leyendo salmos.

Rose asintió. El viaje había sido tan extenuante que había olvidado en qué día de la semana se encontraban.

Con ayuda de Pedro se encaramó a la alta carreta y tomó asiento, colocándose la falda del vestido. Hacía mucho tiempo que no viajaba en un vehículo tan rudimentario y, mentalmente, se preparó para los baches y los vaivenes, aunque después del incómodo viaje en diligencia de los últimos días, casi se había acostumbrado. Pedro quitó el freno y azuzó a los dos caballos con las riendas. Al sentir la sacudida del arranque, Rose se sujetó al lateral del asiento con fuerza. Miró a su acompañante de reojo con afecto; parecía muy concentrado en el camino mientras chasqueaba la lengua, animando a los equinos a acelerar el paso. Sí, sin duda una cara amiga era lo que más necesitaba Rose antes del temido reencuentro con su familia.

Con su padre, se corrigió.

Capítulo 2

—Bronco, dice el patrón que vayas al cercado a ver a la yegua de la señorita Angie.

Gabriel levantó la cabeza al escuchar a Levi. Le echó un vistazo desinteresado antes de seguir cepillando a Manchado que estaba sudoroso y agotado. Acababan de regresar al rancho, después de pasar dos días fuera buscando unos terneros que se habían separado del resto del rebaño.

—Cuando termine aquí, voy para allá —repuso cortante. No soportaba que alguien le molestara cuando atendía a su caballo.

—El patrón dice que es urgente —insistió el otro.

—Dile al patrón que cuando termine lo que estoy haciendo iré para allá —volvió a repetir con un tono gélido. Manchado, como si pudiera sentir que el humor de su dueño había cambiado, le empujó el hombro con el hocico.

—Pero...

Gabriel no le dejó continuar, se dio la vuelta con lentitud y le miró con los ojos entornados. Levi estaba nervioso, cargaba el peso de una pierna a otra y se retorció las manos. Era uno de los vaqueros más jóvenes del rancho, no tendría más de quince años y su rostro barbilampiño todavía conservaba ciertos rasgos infantiles.

—He dicho que iré cuando acabe. ¿Mi inglés no es lo bastante bueno? —preguntó en voz baja. Su inglés era perfecto, con un ligero acento, pero impecable.

El joven tragó saliva ostensiblemente y afirmó un par de veces antes de darse media vuelta y abandonar el establo a toda velocidad, como perseguido por un puma.

Gabriel se giró y siguió frotando el lomo de Manchado con el trapo de esparto, arrastrando el sudor y la suciedad. No tardó ni un segundo en olvidarse de Levi y su expresión dolida y asustada. No le importaba demasiado lo que los demás vaqueros pensarán de él o lo que murmuraran a su

espalda. En el año que llevaba trabajando en *Las Claritas* se había ganado la reputación de ser un hombre hosco, irascible y taciturno, con el que había que andar con pies de plomo.

Manchado resopló.

—¿A ti qué te pasa? No te estarás quejando —le susurró cerca de la oreja—. Siempre pienso primero en ti.

Arrojó el trapo a un lado, introdujo los dedos arqueados por un lado de su crin y recorrió la línea superior de su cuello con movimientos vigorosos, masajeando y rascando la dura piel del animal. Lo repitió varias veces desde la cabeza hasta la cruz y Manchado aguzó el labio superior y puso cara de placer al tiempo que retorció el cuello en éxtasis.

—Te gusta, ¿verdad?

La respuesta fue otro resoplido.

—Pues no te acostumbres a los apapachos que tengo muchas cosas que hacer. —Un timbre afectuoso se perfiló en su voz.

Se retiró y le palmeó el lomo con suavidad; después se sacó del bolsillo de la camisa la manzana que le había pedido a Mami cuando llegó y se la ofreció como premio. Su fiel compañero la atrapó con los dientes con glotonería. Gabriel sonrió de medio lado; no había caballo más consentido que el suyo en todo el rancho, pero Manchado bien lo valía.

Antes de abandonar los establos se aseguró de que hubiera suficiente forraje para todos los animales. Aparte del suyo, había otros seis allí en ese momento. Luego cogió su desgastado sombrero, se lo puso y salió de la construcción de madera, calándose hasta las cejas al sentir el sol del ocaso en los ojos. El calor era espantoso, lo que no era normal para aquella época del año. Hacía tiempo que no caía una sola gota de agua y el suelo estaba endurecido y agrietado por la sequía. De reojo vio que Levi echaba a andar en paralelo a él, pero sin acercarse. Había estado esperándole.

«Cobarde», pensó con una sonrisa interna que no alcanzó a mostrarse en su cara. «No te has atrevido a ir a decirle nada a Patterson».

Siguió andando camino del cercado. Estaba a poca distancia, apenas a unas doscientas yardas. La silueta de Frank, el capataz, se recortaba contra el cielo anaranjado, encaramado al último tablón de la cerca. Le hacía señas con la mano.

—¡Bronco! —le llamó.

Todo el mundo por allí le llamaba así. Habían comenzado a hacerlo al poco tiempo de que empezara a trabajar en el rancho, después de haberle visto domar a uno de los mestehños broncos que él mismo le había vendido a Patterson. Uno de los vaqueros se refirió a él como Bronco Salas, y los demás no habían tardado en imitarle. A él le importaba un carajo mientras le dejaran hacer su trabajo a su aire.

Frank no era mucho mayor que él, pero su piel blanca, curtida y quemada por muchos años de estar a la intemperie le avejentaba. Tenía los ojos pequeños y los párpados pesados por lo que siempre parecía tener sueño. Sus piernas se combaban como si hubiera nacido sobre la grupa de un caballo. No era una mala persona, pero era de temperamento exaltado y eso a Gabriel no terminaba de gustarle.

—Has tardado mucho. Te estábamos esperando —le increpó, bajándose de la cerca de un salto y plantándose frente a él.

Gabriel tuvo que inclinar la cabeza para mirarle a los ojos. La diferencia de estatura era notable. Mientras que él sobrepasaba los seis pies con creces, Frank no rebasaba los cinco.

—Estaba ocupado —masculló.

El capataz lanzó una ojeada nerviosa hacia el edificio principal.

—El patrón te requiere cuanto antes.

Gabriel siguió la dirección que habían tomado los ojos de Frank. Frente a la gran casa, una figura masculina vestida de oscuro se apoyaba displicente en uno de los pilares del porche mientras fumaba un cigarro. A pesar de la distancia, era evidente que William Patterson tenía el ceño fruncido y el puño derecho cerrado con firmeza junto a su muslo.

—Bueno, pues ya estoy aquí, ¿no? —respondió Gabriel, ignorando al dueño del rancho y su indignada actitud.

Si bien Patterson le había hecho un favor contratándole, no había día que no mostrara, y de forma bastante obvia, el profundo desprecio que sentía por él. En primer lugar, porque Gabriel había luchado con el Ejército Confederado y él mismo, a pesar de vivir en Texas, era un simpatizante norteamericano. Y en segundo lugar, por sus orígenes. No era el único empleado del rancho con raíces mexicanas —algo normal, teniendo en cuenta que las tierras se

encontraban a pocas millas de la frontera con México y que hasta hacía un par de décadas habían sido territorio mexicano—, pero sí era el único que no se amilanaba ante el patrón y no se achantaba cada vez que se cruzaban, como hacían los demás. Su actitud no le agradaba nada al dueño del rancho, pero tampoco era un necio, y el trabajo que realizaba Gabriel, cuyos conocimientos excedían los de un simple vaquero, no estaba pagado con los miserables treinta y cinco dólares que cobraba al mes.

—Es el caballo de la señorita Angie. —Frank hizo un gesto y señaló hacia el otro lado del cercado. Mandolina, la yegua baya de la hija del dueño, corcoveaba nerviosa y sacudía la cabeza de un lado al otro.

—¿Por qué tiene puestos los arreos y la silla? —inquirió con las cejas arqueadas.

—No deja que se acerque nadie. Ha estado a punto de alcanzar a la señorita en el costado con uno de los cascos cuando ha ido a montarla. Silas y yo hemos intentado acercarnos y ha sido imposible. Parece como si se hubiera vuelto loca.

—¿Desde cuándo lleva así?

—Desde que Levi la ensilló. Antes estaba bien.

Gabriel asintió mientras observaba a la inquieta yegua desde la distancia. Tenía los labios crispados dejando los dientes al descubierto y los ojos le daban vueltas dentro de las órbitas. Estaba sufriendo mucho.

En ese momento, el sonido de unas ruedas de madera sobre el árido suelo de tierra le distrajo. Se dio la vuelta y vio la carreta grande que se acercaba a la casa. La conducía Pedro. A su lado, en el pescante, se sentaba una figura femenina muy erguida, completamente vestida de negro de los pies a la cabeza. La hija mayor de Patterson, dedujo sin mucho interés. Desde hacía días se murmuraba que estaba a punto de regresar al rancho familiar.

No desperdició ni un pensamiento más en los recién llegados y saltó al interior del cercado, concentrándose en Mandolina que, en cuanto le olió, se agitó y trató de poner distancia entre ellos. No intentó acercarse. Se quedó de pie en su lado de la cerca y comenzó a murmurar palabras en voz baja y tranquilizadora hasta que la yegua dejó de corcovear y se quedó inmóvil. Entonces dio unos pasos con mucha lentitud, sin quitarle la vista de encima. Mandolina bufó y arañó el suelo con los cascos delanteros. Gabriel continuó

susurrando frases con suavidad, en español. Era su lengua materna y con la que se sentía más cómodo y, aunque sonara ridículo, estaba firmemente convencido de que los caballos reaccionaban mejor cuando les hablaba en su idioma.

Dejó pasar los minutos sin tratar de aproximarse. La yegua le miraba con la cabeza inclinada, en tensión, como si estuviese evaluando la situación y al mínimo intento de acercamiento fuera a escaparse. La inspeccionó de arriba abajo tratando de averiguar la causa de su repentino dolor. A pesar de ser un mesteño, las extremidades de Mandolina no eran tan fuertes con las de los otros caballos y Gabriel buscó algún bulto o hinchazón en las articulaciones, pero tenían buen aspecto. Al analizar sus movimientos comprobó que tampoco cojeaba. A simple vista todo parecía estar en orden.

Dio otro paso.

La yegua se echó hacia atrás, sacudiéndose con violencia.

—Linda, no te enojas. No quiero hacerte daño. Solo quiero que me dejes acercarme un poquito para que podamos platicar tú y yo. —Cada frase salía de su boca con un soniquete melodioso como si estuviera cantando una canción de cuna—. Un poquito, nomás. Órale y déjame que me acerque, güerita...

Volvió a detenerse en medio del cercado y extendió los brazos a lo largo de los costados, relajado, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Ignoró a Frank, a Levi y a Patterson, que le observaban desde la distancia, y se concentró en los últimos rayos de sol que se ocultaba ya en el horizonte detrás de las suaves colinas. El cielo no tardaría en convertirse en un manto azul marino. Y dado que ni una sola nube interrumpía su perfección, estaría cuajado de estrellas, como venía siendo habitual. Con toda probabilidad, él estaría allí hasta bien entrada la noche.

Paciencia. Era lo que se necesitaba para tratar con un caballo dolorido.

Y Gabriel tenía mucha, al menos con los animales.

—Tranquila, Mandolina, tenemos tiempo —susurró mirándola con afecto.

Capítulo 3

Una simple inclinación de cabeza y ocho palabras. Eso era todo.

Cuando te refresques, te espero en mi despacho.

Once años sin verse y lo único que William Patterson le había ofrecido a su hija era una inclinación de cabeza y una frase en tono autoritario.

«¿Qué esperabas, Rose? No puedes estar demasiado decepcionada. No has recibido ni una carta, ni una visita en todo este tiempo».

Torció el gesto con amargura y se despojó de la corta chaquetilla que cubría su blusa de seda. La dejó sobre la cama y se permitió explorar el dormitorio con la mirada. Era su habitación, al menos la que había ocupado antes de casarse, pero la decoración no era la misma. Su madrastra debía de haberse encargado de aquellos cambios. En su memoria perduraba una alegre y luminosa estancia, pero ahora todo era sobrio y oscuro. El papel de la pared era de flores verdes, el armario y el tocador de espejo eran de madera de roble. Junto a la ventana, sobre una mesita, reposaban un aguamanil y una palangana de porcelana blanca con filigranas azules. En el suelo, a los pies de la cama de dosel, descansaban su baúl y su maleta. Se sentó en el borde del colchón y acarició la colcha amarilla que lo cubría con la palma de la mano.

Cerró los ojos y suspiró.

Tenía un mal presentimiento. Nada más ver a su padre en el porche y distinguir la expresión indolente con la que la había recibido, supo que su regreso a casa no era algo que le agradara. Y si así era, ¿por qué la había mandado llamar? Se frotó la frente con la punta de los dedos, donde una incipiente jaqueca comenzaba a manifestarse. Era inútil tratar de comprender a su progenitor y su forma de obrar. William Patterson era imprevisible. Siempre lo había sido y ella lo sabía bien.

Se incorporó y se acercó al tocador. Observó su aspecto en el espejo. Se pasó las manos por el pelo que llevaba recogido en un sencillo y apretado moño en la nuca; a pesar de las largas horas de viaje, no se había soltado ni

una sola onda de su cabello rizado. Sus ojos, color cielo tormentoso, no tenían brillo y sus mejillas se mostraban pálidas y sin vida, quizá debido al helado recibimiento o quizá debido al cansancio. No lo sabía. Siguió contemplándose, tratando de verse como su padre la había visto. ¿Qué habría pensado de ella? Había cambiado mucho en esos once años. Mucho.

Cogió el bolsito que había dejado sobre la cama y sacó un pañuelo, luego se dirigió al aguamanil y vertió algo de agua en la palangana. Lo mojó y se lo pasó por la nuca y las sienes, refrescándose. Su cuerpo todavía no se había acostumbrado a las altas temperaturas de Texas después de todos esos años viviendo en el clima bastante más frío de Illinois. Se desabrochó los botones superiores de la blusa y se humedeció el cuello también. Dejó escapar un suspiro aliviado al sentir el frescor sobre la piel enardecida.

Sus ojos se dirigieron hacia la ventana, donde las sombras del crepúsculo estaban a punto de ganarle el pulso a la claridad del día. Desde su posición podía ver los establos y el cercado próximo a este, el resto de las edificaciones del rancho: el granero, los barracones que alojaban a los vaqueros y las cabañas donde vivían los criados se hallaban en la parte trasera de la propiedad. Registró brevemente la escena que tenía lugar en el cercado, que le había pasado desapercibida a su llegada. Un vaquero se sentaba a horcajadas sobre el tablón superior de la cerca, dándole la espalda, mientras otro, de una estatura bastante elevada si la penumbra no la engañaba, se situaba justo en el centro del recinto, inmóvil. En el otro extremo, un caballo de color claro, completamente enjaezado, golpeaba el suelo de tierra con los cascos, muy agitado.

Rose no tuvo tiempo de seguir contemplando el exterior porque un ruido a su espalda la sobresaltó. Se dio la vuelta bruscamente. La imagen que se presentó ante ella la dejó aturdida. Una silueta perteneciente a una adolescente se recortaba bajo el umbral de la puerta.

Angie.

Su hermanastra.

De encontrársela por casualidad no la habría reconocido ni en mil años.

—¿Angie? —La voz le salió débil por la emoción.

La jovencita de pelo y ojos oscuros alzó la barbilla con timidez y asintió.

—Bienvenida, Rose —murmuró. Su tono era profundo, poco acorde con un rostro algo aniñado que todavía no había perdido las redondeces de la infancia.

Rose se quedó paralizada unos instantes examinando la figura de su hermana. Según sus cálculos, acababa de cumplir quince años. No era muy alta ni tenía curvas pronunciadas. Y como ella había sospechado, se asemejaba mucho a su madre, que había sido una auténtica beldad sureña. Tenía la tez morena y sus enormes ojos marrones adornados por largas pestañas parecían ocupar toda su cara. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y un lazo verde que hacía juego con su vestido brillaba entre sus castaños rizos en la parte superior de su cabeza.

—Te has convertido en toda un señorita —dijo al fin.

No sabía cómo comportarse. Eran hermanas, pero al mismo tiempo también eran unas extrañas. Las breves misivas que intercambiaron a lo largo de los años no las habían preparado para un encuentro en persona.

Angie le dirigió una fugaz sonrisa. Mantenía la mirada algo apartada, nerviosa.

—Entra, si quieres —ofreció Rose, haciendo un gesto con la mano—. Te he traído una cosa. Es solo un detalle —se disculpó contrita. Trato de disimular la congoja que le producía pensar en su precaria situación económica que ni siquiera le había permitido comprar un buen regalo.

Angie aceptó su sugerencia y accedió al interior del dormitorio. Rose se acercó al baúl y se arrodilló frente a él. Rebuscó entre sus prendas de ropa el paquete donde había guardado el obsequio. No tardó en encontrarlo.

—No es gran cosa, pero espero que te guste. —Se lo tendió.

Su hermana lo cogió y volvió a sonreírle. A Rose se le agitó el corazón. Era preciosa. Una belleza en ciernes; no dudaba de que, en unos años, esa belleza que ahora comenzaba a despuntar, causaría muchos estragos entre los miembros del sexo masculino.

Angie desenvolvió el paquete con dedos temblorosos hasta que el contenido se mostró ante sus ojos. Rose la contempló expectante.

—¡Son preciosos! —exclamó, sosteniendo los pasadores para el pelo en la palma de su mano derecha. Eran de plata y tenían pequeños topacios incrustados en el borde—. Me gustan mucho. Gracias. —Alzó la cabeza y

miró a su hermana abiertamente por primera vez. Un ligero rubor cubría sus mejillas.

—Me alegro muchísimo de que te gusten —repuso Rose, emocionada. Le hubiera gustado acercarse y abrazarla, pero se contuvo. Se le estrechó la garganta al pensar en todos los años de la infancia y adolescencia de su hermana que se había perdido.

Los ojos de Angie, ansiosos, se dirigieron hacia la ventana un instante, pero se apartaron con rapidez cuando se dio cuenta de que Rose la miraba atentamente.

—Padre te está esperando en su despacho —dijo con suavidad—. Y Mami te ha guardado la cena —continuó—. Estarás hambrienta.

—No. No tengo hambre, pero si Mami ha cocinado uno de sus sabrosos platos, estoy segura de que se me abrirá el apetito.

—Ha preparado sopa de tortilla y picadillo.

En cuanto escuchó esas palabras se le hizo la boca agua. ¡Cuánto había echado de menos la comida de Mami!

—Hace años que no como nada parecido —dijo, cerrando los ojos y sin poder evitar que su boca vertiera un pequeño suspiro.

—Y rosquillas —añadió su hermana.

—¡Oh, rosquillas! ¡Qué delicia! —Su estómago emitió un sonido que resonó en toda la habitación. Abrió los ojos y miró a Angie, cuyos labios se curvaban en una generosa sonrisa. Se la devolvió con complicidad.

De alguna manera, el hielo se rompió entre ambas.

De nuevo, la mirada de su hermana se dirigió hacia la ventana con inquietud.

—Padre me está esperando —dijo Rose con pesar—, pero en cuanto termine, si quieres acompañarme en la cocina mientras ceno algo, podemos seguir hablando.

—Sí, eso sería estupendo—asintió Angie con vigor y después se mordió el labio inferior—. Rose, ¿puedo quedarme en tu dormitorio un rato? —preguntó después de un titubeo.

—Por supuesto. ¿Sucede algo? —Frunció el ceño suavemente.

—No, no... es que desde mi habitación no puedo ver el cercado.

Rose se giró, sorprendida, y miró por la ventana.

—Esa es mi yegua, Mandolina —explicó su hermana que se había situado a su lado—. No sé qué le pasa y estoy inquieta. Espero que no sea nada grave.

La escena no había cambiado. El vaquero alto seguía quieto en medio de la estructura de madera y la yegua le miraba desde la distancia. El otro vaquero había desaparecido.

—¿Está enferma?

—No lo sé. Estaba bien. —De pronto, su voz se escuchaba convulsa e insegura—. Ha sido hace una hora cuando Levi la ha ensillado que ha reaccionado de esa manera tan extraña. Se ha puesto a dar saltos. Y bufaba todo el rato. No lo entiendo. Normalmente es muy cariñosa, pero hoy ha estado a punto de golpearme cuando me he acercado... —Se había abrazado a sí misma y se frotaba los brazos con suavidad.

Rose la miró de soslayo. Hubiera deseado pasarle un brazo por encima del hombro y decirle algo que la tranquilizara.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió, haciendo un gesto leve con la cabeza.

—Es Bronco. Se le dan bien los caballos —contestó—. Lleva un año con nosotros. Antes se dedicaba a capturar mustangs y a domarlos. Él fue el que le vendió Mandolina a padre.

Bronco. Sin duda era un apodo más que apropiado si su destreza era cierta.

Ambas permanecieron en silencio mirando por la ventana. La noche había desdibujado los contornos de las edificaciones y solo un par de lámparas de aceite que colgaban de un travesaño de la cerca proporcionaba algo de luz a la escena.

—Tengo que bajar —murmuró Rose con reticencia lanzándole una mirada de reojo a su hermana—. Quédate todo el tiempo que quieras.

Angie le dirigió una sonrisa agradecida antes de seguir observando a su yegua con profunda concentración.

Rose se abotonó la blusa y se pasó las manos por el pelo, comprobando que todos los mechones siguieran en su sitio. Después se alisó la falda. En ese momento descubrió la mancha de melaza que las manitas de María habían dejado allí. No se notaba demasiado. Sonrió internamente al pensar en la pequeña y su carita traviesa. Era tan dulce...

Soltó un pequeño carraspeo, irguió la espalda y elevó la barbilla. No podía evitar sentirse nerviosa. El mal presentimiento que había tenido con

anterioridad volvió a alojarse en su interior.

Su hermana seguía absorta con los ojos fijos en el cristal. Rose la miró una última vez antes de abandonar la habitación, camino de la planta baja...

A enfrentarse con su progenitor.

Capítulo 4

La puerta del despacho de su padre estaba cerrada. Se detuvo un breve instante delante. Estaba nerviosa, para qué negarlo. Inspiró con fuerza antes de llamar suavemente con los nudillos.

—¡Adelante! —La voz de William Patterson resonó potente incluso a través de la gruesa hoja de madera.

Rose accedió al interior de la estancia. Un rápido vistazo le confirmó que no había sufrido muchas modificaciones desde la última vez que estuvo allí. Las mismas paredes ocres, el mismo suelo de terracota, la estantería de nogal llena de libros a la derecha, la chimenea a la izquierda sobre la que colgaba el cuadro favorito de su padre, un paisaje marino que parecía fuera de lugar en aquella habitación. Y detrás del pesado escritorio de madera de roble que Patterson había traído desde Nueva York cuando se estableció en Texas, se hallaba sentado el patriarca de la familia. Tenía un papel en la mano que parecía revisar con mucha atención. Ni siquiera la miró cuando entró. Apenas había cambiado en los últimos años; seguía mostrando esa expresión arrogante en el rostro y su postura era la de un hombre lleno de confianza en sí mismo. Solo su cabello se veía ahora salpicado por multitud de hebras plateadas, pero incluso su poblado bigote era igual de negro que antaño. Lucía un traje marrón oscuro, una camisa blanca de cuello almidonado y un pañuelo granate que hacía juego con el chaleco de seda que cubría su torso.

Rose tomó asiento frente a él. Con la vista en la ventana, se limitó a esperar. La ansiedad había comenzado a reptar por su cuerpo, pero había pasado tantos años disimulando su verdadero estado de ánimo, que no le costó demasiado parecer calmada. Si de algo podía presumir, era de tener paciencia.

Transcurrieron unos cuantos segundos silenciosos, solo interrumpidos por el vaivén del péndulo del reloj de pie que había junto a la chimenea. Finalmente, sintió los ojos de su padre posados sobre su figura. Ladeó la cabeza y le miró de frente.

—Tienes mal aspecto.

Rose se envaró internamente y se mordió la cara interna de la mejilla. No había esperado una calurosa bienvenida, pero ¿eso?

—Ha sido un trayecto largo —repuso con voz helada—. Llevo casi dos semanas de viaje.

Él siguió mirándola de arriba abajo de ese modo penetrante tan característico en él, que a ella le resultaba tan desagradable. Semejaba estar evaluándola.

—Te preguntarás por qué te he hecho venir —dijo al fin, dejando sobre la mesa el papel que antes había leído con tanto interés.

Rose asintió con levedad. Cuanto antes supiera cuáles eran sus intenciones, mucho mejor.

William Patterson carecía de la mínima diplomacia y no se andaba con rodeos como demostró a continuación.

—Quiero que te cases con Henry Younger, el hijo de Thomas Younger.

Por un instante, Rose creyó no haber oído bien y estuvo a punto de pedirle que lo repitiera. ¿Casarse? ¿Con Henry Younger? ¿Quién era Henry Younger? No pudo seguir cuestionándose nada más porque él continuó hablando, ignorando totalmente el desorden y la confusión que acababa de provocar en la mente de su hija.

—Ya he hablado con Thomas sobre los detalles. Como todavía estás de luto esperaremos seis meses hasta celebrar la ceremonia.

Rose meneó la cabeza tratando de salir del estupor que la inundaba.

—¿Casarme? —logró murmurar. Odió que su voz le saliera tan débil y temblorosa. Carraspeó y volvió a preguntarlo—. ¿Casarme?

—Sí. Con Henry Younger. Somos vecinos. Su padre es el dueño del rancho *Silver Younger* que linda con *Las Claritas* por el norte. No los conoces porque solo hace ocho años que se mudaron a la zona. Henry es el único hijo de Thomas y su heredero. Hemos pensado que vuestra unión será una buena inversión para el futuro. —William Patterson se echó hacia atrás y apoyó las manos sobre la bruñida superficie de la mesa. Un gesto de satisfacción había aparecido en su cara—. Henry es viudo, como tú. Su esposa falleció hace unos meses mientras daba a luz a su tercer hijo. Necesita una mujer que le ayude a criarlos. Y tú eres la mejor elección.

—No deseo volver a casarme.

Rose trató de procesar toda aquella información que le había sido proporcionada a bocajarro, pero se le había instalado un zumbido en los oídos que no le dejaba concentrarse. El zumbido era tan fuerte que incluso le impidió escucharse a sí misma, aunque estaba segura de que la frase de protesta había salido de su boca.

—No seas ridícula —respondió Patterson mientras sus finos labios exhibían una sonrisa condescendiente—. Por supuesto que tienes que volver a casarte. ¿Qué otra cosa vas a hacer si no? Has tenido suerte de que Henry, a pesar de conocer tu... condición y tu edad avanzada, se haya decidido por ti. En definitiva no necesita tener más hijos, ya tiene tres propios.

Al escuchar esas palabras, Rose sintió como si le clavaran un puñal en el corazón. De nuevo iba a ser vendida al mejor postor, como hacía once años, pero esta vez no contaba con las ventajas que había creído poseer entonces: su juventud y su fertilidad. Su padre acababa de dejarlo muy claro. Era mercancía de segunda. Podía estar satisfecha de que alguien, quien fuera, todavía estuviese dispuesto a casarse con ella. La respiración se le atascó en el pecho. No obstante y, a pesar de que se retorció las manos en el regazo, su expresión tranquila no cambió.

—¿Por eso me ha hecho venir? ¿Para casarme con el hijo de su amigo?

—¿Qué otra razón podía haber? Enviudaste hace un año y sé que tu familia política no te quiere cerca después de la decepción que supusiste para ellos.

«Y para usted también», pensó Rose con amargura. Su padre no lo decía, pero estaba implícito en sus palabras.

—Hace meses recibí un escrito de tu suegro informándome de la situación en la que te encontrabas. —Un relámpago de ira centelleó en sus ojos azules tan parecidos a los de ella—. De lo poco previsor que había sido su hijo con respecto a ti. Y de que quizá fuera mejor que volviesses a casa, para no seguir siendo pasto de las habladurías.

Decir que Timothy había sido poco previsor era demasiado amable. La había ignorado completamente. Hasta su amante, a la que mantenía en una casita de las afueras, estaba en una mejor posición económica que ella. Al menos había puesto una propiedad a su nombre. Rose solo disponía de la exigua pensión de viudedad que habían estipulado en el contrato prenupcial.

Cerró los ojos y se permitió un segundo de debilidad antes de abrirlos. Apenas si podía subsistir con esa cantidad de dinero y no podía esperar ayuda de su familia política. Había creído que su padre... que él... quizá... ¡Qué inocente! No sabía por qué, pero cuando recibió su carta se había hecho ilusiones. Ilusiones que acababan de dispersarse en el aire como los frutos de un diente de león.

—Cuando le comenté a Thomas el problema que tenía me dio la solución. Henry acaba de quedarse viudo y no le vendría mal una nueva esposa. Y dado que nuestros ranchos son limítrofes y tenemos intereses comunes... —continuó él.

¿Problema? ¿Ella era un problema al que buscarle una solución? Presionó los puños con fuerza, disgustada.

—No es mi deseo volver a contraer nupcias —dijo, imprimiendo determinación a su alegato—. Pensé que podía regresar a *Las Claritas* y echar una mano aquí.

—¿Haciendo qué? No creo que tengas ninguna habilidad que sea de utilidad al rancho. —Patterson arrugó la frente—. Tu ayuda no es necesaria.

—Puedo encargarme de la educación de Angie y de Will —respondió neutral, reprimiéndose, como si cada frase despectiva que pronunciaba su padre no la estuviera destrozando por dentro.

—Angie no necesita más educación. Ha tenido una señorita de compañía hasta el mes pasado. Ahora solo tiene que esperar un par de años a que le encuentre un buen marido. Y Will irá a West Point la primavera que viene. Han vuelto a readmitir a cadetes de los Estados Confederados.

—¡Pero Will es muy joven! —Rose todavía no había visto a su hermano, pero en su imaginación seguía siendo un niño pequeño. Realmente lo era con solo doce años. Demasiado pequeño para abandonar su hogar e ir a formarse a una academia militar en la otra punta del país.

—Tiene la edad adecuada —masculló su padre haciendo un ademán desdeñoso con la mano—. No te preocupes por ellos. No son de tu incumbencia.

¿No eran de su incumbencia? ¡Eran sus hermanos! Se mordió el labio inferior para no gritar.

—Puedo encargarme de la casa —sugirió en voz baja. Odiaba sonar así, tan débil y suplicante.

—Tengo suficientes criados que se encargan de eso —repuso él con frialdad—. Lo que necesito de ti es que desposes a Henry.

No quería volver a casarse. Verse envuelta de nuevo en un matrimonio sin amor, viviendo en la casa de otra persona y teniendo que soportar su más que probable desprecio, de nuevo. ¿Qué había dicho su padre antes? ¿Que Henry estaba dispuesto a ignorar sus circunstancias y su avanzada edad? Se le revolvió el estómago. ¿Cómo sería el tal Henry? Solo de pensar en ese desconocido que había aceptado desposarse con ella aun sin conocerla, hacía que se marease. Qué tonta había sido al creer que regresaba a la protección de su hogar, que ya no iba a tener que depender de lo que otros quisieran ofrecerle.

—Estoy de luto. —Fue su tibia respuesta al cabo de unos instantes.

—Lo sé. Por eso hemos decidido aplazar la boda hasta dentro de seis meses. Un año y medio de luto me parece suficiente. Además, así tienes oportunidad de ir conociendo mejor a tu prometido.

Rose se quedó muy quieta aunque por dentro estuviera encogida por la angustia. Contempló a su padre con fijeza, deteniéndose en el rictus impaciente que curvaba su boca y en sus ojos inexpresivos.

—Voy a guardar dos años de luto —dijo con voz suave pero firme. Sabía que no era una verdadera oposición, pero fue lo único que se le ocurrió.

La furia se mostró en los claros iris de Patterson.

—Es demasiado tiempo. Ya he llegado a un acuerdo con Thomas. La boda tiene que ser antes de abril.

—Es lo adecuado —insistió ella, elevando la barbilla con actitud desafiante.

No había mucho que pudiera hacer para luchar contra los planes de su progenitor. Dependía totalmente de él y lo sabía. Ambos lo sabían. No obstante, un año más de libertad sonaba mucho mejor que seis meses. En un año podían pasar muchas cosas.

—Ni siquiera erais un matrimonio de verdad —dijo él, inclinándose hacia delante y apoyando los codos sobre la mesa—. Timothy te repudió hace mucho. ¿Por qué vas a guardar dos años de luto?

Aquellas palabras hirientes y formuladas en un tono ofensivo hicieron que a Rose se le cortara la respiración. Hubiera deseado levantarse y encararse con él, gritarle que no entendía por qué la trataba así. Siempre había sido una hija obediente y respetuosa. ¿Acaso no se había casado con Timothy Randolph como él había deseado? ¿No había hecho lo que él quería sin emitir ni una sola queja? Nunca se había rebelado. Jamás.

—Es lo correcto —logró articular con severidad.

Él pareció querer decir algo más, pero terminó por echarse hacia atrás y apoyar la espalda en el alto respaldo acolchado de la silla. Siguió observándola en silencio de modo calculador.

—Quizá sea mejor que continuemos con nuestra conversación en otro momento más oportuno—dijo al cabo de un breve lapso de tiempo. Su entonación había cambiado, dulcificándose en exceso—. Debes de estar hambrienta y cansada del viaje.

Ahora la que le miró con desconfianza fue ella. No le gustaba nada su cambio repentino. ¿A qué venía esa preocupación que hacía un minuto no había estado allí? Le vino a la cabeza el refrán que alguna que otra vez había escuchado recitar a Mami. «Se atrapan más moscas con miel que con hiel». ¿Eso pensaba él? ¿Que iba a manipularla fingiendo interesarse por su estado?

No estaba dispuesta a ceder. Siempre lo hacía, mas esta vez no. Por mucho que odiara vestir de negro, guardaría los dos años de luto de rigor.

—Estoy agotada —murmuró—. Si no me necesita, voy a retirarme a mi habitación. —No esperó ninguna respuesta. Se incorporó, alzó la barbilla y cuadró los hombros. Luego le dirigió una gélida sonrisa—. Buenas noches.

Él no dijo nada, pero ella pudo sentir sus ojos penetrantes fijos sobre su espalda mientras se encaminaba a la puerta del despacho. Anduvo con lentitud y seguridad, esforzándose por controlar el temblor de sus piernas. No quería que él viera cuánto le había afectado su indiferencia y su falta de cariño.

No fue hasta unos instantes después, cuando alcanzó el corredor que se hallaba en penumbra, que se permitió dejar caer el disfraz de entereza que había usado la última media hora. Resguardada por las sombras, apoyó la mano derecha en la pared y hundió la cabeza en los hombros. El corazón le latía muy deprisa y la estrechez de la garganta amenazaba con ahogarla. Notó el ardor en los ojos y parpadeó varias veces para aclarar la vista. No deseaba

mostrarse débil, de ningún modo. Y menos todavía tan cerca del despacho de su padre.

—Señora, ¿se encuentra usted bien?

La pregunta llegó hasta sus oídos haciendo que diera un respingo. Se giró con brusquedad, buscando a la propietaria de la voz. Era una de las muchachas que trabajaban en el rancho. Rose no la reconoció. La miraba con preocupación.

—Estoy perfectamente —logró articular con una sonrisa fingida—. Un poco cansada del viaje.

—¿Quiere que le lleve la cena a su habitación?

—Sí, creo que será lo mejor —respondió tras unos instantes de vacilación. Le hubiera encantado ir a la cocina y ver a Mami, pero estaba demasiado agitada y sabía que la cocinera lo notaría. Siempre había podido leer en ella como en un libro abierto. Con Mami no se podía tener secretos, era demasiado intuitiva.

—Voy a la cocina a preparar una bandeja y ahora mismo se la subo —murmuró la joven y, haciendo una breve inclinación, se alejó con presteza.

Rose se llevó una mano al pecho y respiró hondo. Sus latidos se habían ralentizado y la sensación de ahogo también se había mitigado. Se retocó el peinado, innecesariamente, antes de dirigirse a las escaleras y retornar a su dormitorio. Estaba vacío. Angie se había marchado. Lo agradeció. No se veía con fuerzas para mantener una conversación con su hermana.

Cerró la puerta y procedió a quitarse la ropa. Lo hizo con movimientos mecánicos y rutinarios con la vista en la pared. Primero se desprendió de la blusa negra de seda, luego de la pesada falda, que cayó como una cascada al suelo, dejando las enaguas al descubierto. Se despojó de ellas y de la crinolina y comenzó a aflojarse los lazos del corsé. Cuando lo hubo abierto, suspiró. Era un alivio verse libre de la ajustada prenda después de llevar más de doce horas aprisionada por las rígidas varillas. Buscó un camisón en el armario —al parecer, mientras ella se hallaba con su padre, alguien había deshecho su equipaje—, y se deshizo de la camisa, los pololos, las medias y los zapatos antes de ponerse la amplia prenda blanca de algodón. Una de las pocas piezas de su guardarropa que no era de color oscuro. Apenas había

conseguido abotonárselo y colocarse un chal sobre los hombros, cuando llamaron a la puerta con suavidad.

—Adelante.

La misma muchacha que la había abordado en el pasillo accedió a la estancia cargada con una bandeja. La depositó sobre el tocador.

—Muchas gracias —dijo Rose.

—¿Necesita algo más? ¿Quiere que le prepare un baño? —preguntó mientras se acercaba a la cama y recogía la ropa que Rose había dejado allí.

—No. Estoy muy cansada. Muchas gracias. Puedes retirarte. —Hizo un gesto vago con la mano, despidiéndola, pero de pronto recordó algo—. Hay una mancha de melaza, creo, en la falda. Mira a ver si tiene solución.

—Sí, señora.

Tras una nueva inclinación de cabeza, abandonó la estancia cerrando la puerta tras de sí.

Rose miró la bandeja de reojo. Las viandas que solo hacía una hora habrían hecho que se le hiciera la boca agua, ahora le revolvieron el estómago. La conversación que había mantenido con su padre le había hecho perder el apetito completamente. Cogió un cepillo, se alejó del tocador y tomó asiento en un coqueto sillón orejero junto a la ventana. Comenzó a deshacerse el apretado moño, retirándose la gran cantidad de horquillas que conseguían que su salvaje melena se mantuviera en el sitio. Pronto, su cabello se derramó sobre sus hombros y le cubrió el pecho. Se frotó el cuero cabelludo con la yema de los dedos, aliviando la tensión que se le había acumulado allí. Luego comenzó a cepillarse el pelo con suavidad.

La congoja que sentía era inmensa. Las palabras de William Patterson resonaban en su cabeza una y otra vez.

Has tenido suerte de que Henry, a pesar de conocer tu... condición y tu edad avanzada, se haya decidido por ti.

No creo que tengas ninguna habilidad que sea de utilidad al rancho.

Ni siquiera eras un matrimonio de verdad. Timothy te repudió hace mucho.

Cerró los ojos en un vano intento de hacer desaparecer aquellas frases hirientes y dañinas de su mente, pero se le habían quedado grabadas a fuego en la piel como la marca de una res. Esa era la imagen que su padre tenía de ella,

la de una vieja solterona estéril, buena para nada, que había sido rechazada por su marido.

«¿Y acaso no es acertada?», se preguntó en silencio.

Un sollozo se fugó de su boca. Se apresuró a cubrirsela con la mano y sofocarlo. De nada iba a servir que rompiera a llorar como una niña. Demasiadas lágrimas había derramado ya en los últimos años. No obstante, no pudo evitar sentirse miserable. La vuelta a casa había resultado ser una horrible decepción.

Se abrazó a sí misma y dejó que su mirada, algo acuosa, vagara por la oscuridad del exterior. Ese vaquero —Bronco, había dicho su hermana que se llamaba— seguía allí junto a la yegua de Angie. Mas la escena había cambiado sustancialmente, según se podía apreciar en el haz de luz que se dibujaba sobre la tierra; ahora, hombre y animal no estaban separados. Por el contrario, el equino, ya sin silla, frotaba la nariz contra el hombro del vaquero, que le acariciaba con suavidad mientras le murmuraba algo al oído. Incluso desde donde ella estaba y, a pesar de la pobre iluminación, se percibía una increíble ternura y complicidad entre ambos. El caballo agitó la cabeza y trató de enterrar el hocico en el cuello del tal Bronco, de tal suerte que le empujó el sombrero hacia atrás tirándoselo al suelo. Mechones de pelo oscuro se desparramaron sobre su cara. Él no se molestó en apartárselos. Tampoco se retiró ni hizo intento alguno de esquivar los poderosos dientes de la yegua que le rozaron la mandíbula. Siguió acariciándole las crines, pasando los dedos una y otra vez por ellas.

Los ojos de Rose, clavados sobre esos rítmicos movimientos, se fueron agrandando poco a poco al notar una sensación de anhelo esparciéndose por cada pulgada de su cuerpo. Contuvo la respiración. Solo una vez en la vida hubiese deseado ser objeto de unas suaves caricias llenas de afecto como las que estaba recibiendo esa yegua. Ser tratada de esa manera tan amorosa y con tanta delicadeza. Notar cómo las manos de un hombre se hundían en su cabello y la rozaban con mimo infinito, acunándola, consolándola, amándola, mientras palabras tiernas le eran susurradas al oído, haciendo que se sintiera adorada...

Sintió una punzada en el corazón.

¿Cómo era posible sentir envidia de un caballo?

Bajó los párpados huyendo de la estampa que se representaba ante ella.

Hombre y caballo en perfecta comunión.

Siguió cepillándose el pelo con parsimonia, mientras una lágrima le rodaba por la mejilla.

Capítulo 5

Gabriel aspiró hondo y la punta del cigarro que sostenía entre el pulgar y el índice se tornó de un profundo tono rojo. Expulsó el humo por un lateral de la boca mientras se frotaba la nuca con la mano izquierda. En la derecha, junto al cigarro, seguía sosteniendo unos frutos de toloache; las cápsulas espinosas del tamaño de castañas se le clavaron en la callosa palma. Frunció el ceño, preguntándose de nuevo cómo era posible que los malditos frutos hubieran ido a parar a la manta que se había utilizado para ensillar a Mandolina. Por eso la yegua había estado tan alterada. Las duras espinas le habían traspasado la piel, provocándole dolor. Al día siguiente hablaría con Levi, él era el responsable de los arreos de los caballos. ¿Cómo narices no se había dado cuenta?

Tiró las cápsulas al suelo y las aplastó con el tacón de la bota antes de volver a darle otra calada al cigarro. Era tarde, pasada la medianoche, y él se levantaba antes del alba junto al resto de los vaqueros, pero se resistía a ir al barracón a acostarse. Se sentía inquieto. Ni las horas pasadas junto a Mandolina —algo que solía serenarle— le habían calmado. Después de dejar a la yegua en los establos, se encaminó al patio trasero de la casa principal, donde se hallaba en ese instante, sentado en uno de los bancos de piedra que había bajo los naranjos, fumando y tratando de encontrar algo de paz. Todo el mundo dormía ya y la oscuridad y el silencio eran agradables.

El día anterior había recibido una carta de Rico desde Austin. Las últimas noticias que habían obtenido de la banda de Bass le habían llevado hasta allí, pero al llegar descubrió que era una información falsa, de nuevo. Parecía como si la tierra se hubiera tragado a Bass y a sus secuaces. Rico llevaba más de un año tras ellos y hasta el momento todas las pistas que había seguido se convirtieron en callejones sin salida. Y Gabriel iba perdiendo poco a poco la esperanza de poder atrapar a los asesinos de su familia.

Era frustrante.

Apoyó los codos en las rodillas y hundió la cabeza en los hombros. Cada vez que la cruel estampa de aquella fatídica noche se le colaba en la mente, todo su cuerpo se tensaba y se sentía impotente. Lo peor de todo era la incertidumbre de no saber si alguna vez se iba a hacer justicia. Y la espera. Esa espera que duraba ya dieciséis meses.

Suspiró con fatiga.

Volvió a llevarse el cigarro a los labios y aspiró, dándole la bienvenida al ardiente y áspero humo que le raspó la garganta. Lo mantuvo dentro de los pulmones antes de expulsarlo con lentitud a través de la nariz y la boca. Iba a darle otra calada, pero el movimiento de su mano quedó congelado en el aire al oír que la puerta que daba a la cocina se abría, interrumpiendo la tranquilidad que envolvía el ambiente. Se irguió con celeridad y se giró, buscando al visitante nocturno.

Era una noche sin luna y la oscuridad no permitía ver más allá de un par de pasos por delante, pero la figura que acababa de abandonar la casa llevaba una prenda blanca semejante a un camisón que destacaba en la noche. Andaba con pasos cortos y, por su manera de moverse, Gabriel dedujo que se trataba de una mujer. Se encaminaba a la fuente de piedra que adornaba el centro del patio y parecía conocer bien el entorno porque, a pesar de la negrura, no vaciló ni tropezó con las vasijas de terracota que bordeaban el camino de gravilla. Se detuvo justo delante y tomó asiento en el borde. El sonido de un chapoteo llegó hasta él, indicándole que ella debía de haber metido la mano en el agua del pilón.

Estaba a punto de levantarse y hacer un gesto que anunciara que se encontraba allí, cuando un murmullo emergió de la boca de la recién llegada.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué? —Un sollozo siguió a esas palabras.

Gabriel se quedó quieto sin atreverse a moverse. La voz sonaba cultivada y hablaba un inglés perfecto sin rastro de acento alguno. No era una de las criadas. Tampoco era la señorita Angie. Debía de tratarse de la hija mayor de Patterson, concluyó, la que había llegado al rancho hacía unas horas.

No sabía mucho acerca de ella. Nada más que lo que comentaban los vaqueros que llevaban más tiempo trabajando en *Las Claritas*. Vivía en Chicago y había enviudado hacía un año. Se llamaba Rosalind o Rosslyn o algo parecido. Solo la había visto unos segundos a su llegada y no le había

llamado la atención especialmente. Una mujer alta y delgada, vestida de negro, con una pose arrogante.

Esa imagen distaba mucho de la que se presentaba ante sus ojos en ese momento. Aunque apenas emitía sonidos, los suspiros que escapaban de su boca tenían un tinte desgarrador, que le suscitó desazón.

El cigarrillo se consumió en su mano. No se atrevió a llevárselo de nuevo a los labios por miedo a que la brasa encendida delatara su presencia, así que terminó por apagarlo aplastándolo entre sus curtidos dedos. La quemadura le produjo un breve agujonazo de dolor, pero estaba acostumbrado a cosas peores.

Transcurrieron unos cuantos minutos sin que nada cambiase. Ella seguía sollozando. Gabriel reprimió un suspiro irritado. No le apetecía quedarse allí, siendo testigo mudo de los lloros de esa mujer. Tampoco creía que a ella fuese a gustarle demasiado el tener público durante ese momento de debilidad. Sabía que no podía abandonar el patio sin hacer ruido, sus pisadas en el suelo de gravilla le delatarían, sin duda, así que se armó de paciencia, apoyó la espalda contra el respaldo del banco y cerró los ojos, abstrayéndose en sus propias preocupaciones.

En la carta, Rico mencionaba que había encontrado a un tipo que quizá supiese algo sobre Bass. Al parecer y, si la información del fulano era fidedigna —lo cual era bastante dudoso—, este y su banda tenían una especie de guarida a las afueras de Waco, donde se retiraban después de cada golpe. Rico había prometido indagar sobre ello y escribirle una vez hubiera comprobado si la información era real o, de nuevo, como en tantas otras ocasiones, errónea. A Gabriel solo le quedaba aguantarse las ganas y esperar. Otra vez.

La banda de Bass había ido creciendo y haciéndose más fuerte en el último año. Si cuando atacaron el pequeño rancho de los Salas eran unos cuantos renegados movidos por el hambre y la desesperación, ahora se habían convertido en un grupo despiadado y codicioso cercano a la docena, que acumulaba a sus espaldas delitos de todo tipo como robo a bancos y asalto a diligencias. Solo por el cabecilla de la banda, el falso coronel Henry Bass, se pedía una recompensa de quinientos dólares, vivo o muerto, cantidad nada despreciable. Sus secuaces también tenían puesto precio a sus cabezas, por lo

que no eran los hermanos Salas los únicos que iban tras sus pasos. Muchos caza recompensas y algunos *marshalls* federales les iban también a la zaga. Pero Gabriel tenía la esperanza de que fuera su hermano el que llegase primero hasta ellos. No podía ser de otra manera, se decía una y otra vez. Era de justicia.

Pensar en aquello siempre le retorció las tripas. Se agarró al borde del banco con las dos manos y apretó con fuerza. Trató de respirar hondo sin hacer ruido, pero en el mismo instante en que cogía aire se dio cuenta de que había cometido un error. La pálida figura se incorporó con precipitación y un revuelo de faldas soltando una exclamación.

—¿Quién anda ahí?

La voz de la hija de Patterson sonaba aterrorizada.

—¿Quién anda ahí? —volvió a preguntar con un tono rayano en el histerismo antes de que él hubiera tenido tiempo de responder. La oscuridad apenas le permitió ver que se agitaba de un lado a otro, buscando desesperada al objeto de su miedo.

—Señora, no se asuste. Soy uno de los vaqueros —repuso él con tranquilidad, poniéndose de pie con mucha lentitud. No quería asustarla más de lo que ya estaba.

Ella balbuceó algo ininteligible.

—Soy Bronco Salas. Trabajo en el rancho —probó de nuevo sin intentar acercarse a ella.

Una respiración acelerada llegó hasta él con toda claridad. Nada más. Resopló con frustración. No le apetecía demasiado tener que lidiar con una mujer histérica.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —le increpó ella, de pronto. La pregunta iba cargada de enojo.

Gabriel vaciló. Sabía que era muy probable que estuviera avergonzada por haber sido descubierta de aquella manera, pero por otro lado, ¿qué iba a decir? ¿Acabo de llegar? Absurdo. Se decantó por la verdad.

—Un rato —confesó con sequedad.

Una queja ahogada siguió a su contestación.

—¿Por qué no me ha advertido de su presencia?

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Por qué no me responde? —Sus palabras iban cargadas de nerviosismo.

—Lo siento mucho, señora. —Dio unos pasos hacia delante, acortando la distancia que los separaba. Ella no se movió—. Lo cierto es que su llegada me ha sorprendido. Estaba aquí descansando y fumando un cigarro cuando ha aparecido usted. Me ha pillado desprevenido.

—¿Cómo ha dicho usted que era su nombre?

Solo un par de pasos se interponían entre ellos y Gabriel se dio cuenta de varias cosas. Era bastante alta para ser mujer, más que muchos hombres, y tenía el pelo suelto y claro, eso podía verlo incluso a pesar de la falta de luz. Sus facciones quedaban sumidas en las sombras por lo que no pudo ni siquiera adivinarlas.

—Salas. Bronco Salas.

El silencio se llenó con las respiraciones de ambos. La de ella ya no sonaba agitada.

—Es usted el que cuida a los caballos. —Un timbre de reconocimiento vibró en la frase.

—Entre otras cosas —repuso con una leve inclinación de cabeza, aunque sabía que ella no podía verlo—. Sí, me encargo también de los caballos.

—Mi hermana Angie me lo ha mencionado —titubeó y la voz le tembló ligeramente—. Le... le he visto antes con Mandolina. —De pronto, un curioso anhelo se filtró en sus palabras y Gabriel frunció el ceño, perplejo. ¿Por qué reaccionaba ella así?

—Sí, estaba con Mandolina. —Fue parco y brusco. Tenía ganas de marcharse.

—¿Está bien la yegua?

—Sí, está bien. Era una tontería —contestó con vaguedad—. Nada que un poco de atención y algunos mimos no puedan arreglar.

—Me alegro mucho —respondió ella jadeante.

Parecía nerviosa. No era de extrañar tampoco. La había sorprendido en una situación en extremo delicada. Aunque nada delataba que hacía solo unos minutos había sollozado con fuerza, la imagen de su silueta temblando por el llanto no había desaparecido de sus pensamientos. ¿Qué le habría sucedido?

Meneó la cabeza desterrando su curiosidad. En realidad, ¿qué le importaba a él?

—Lamento haberla asustado. No era mi intención interrumpir su... su... — se detuvo. No sabía muy bien qué decir, no creía que fuera una buena idea hacer mención a su ataque de llanto. Carraspeó.

Ella emitió un sonido parecido a un suspiro y se llevó las manos a la cara. Probablemente, habría enrojecido.

—Discúlpeme —dijo pasado un instante. Aunque se expresaba con turbación, su tono adquirió firmeza—. No me he presentado, señor Salas. Soy Rose Randolph, la hija mayor de William Patterson.

«Rose era entonces. Ni Rosalind ni Rosslyn. Rose. Simple».

—Solo Bronco.

—¿Perdone?

—No es señor Salas. Llámeme solo Bronco —repitió. Sonreía de medio lado con algo de cinismo, pero ella no podía verlo. Se imaginaba la cara de estupor y cólera de Patterson si escuchaba a su hija dirigiéndose a uno de los vaqueros de aquella manera tan formal.

—Eh... muy bien... señor Bronco...

Gabriel cerró los ojos y meneó la cabeza, sorprendido. ¿Señor Bronco? ¿De dónde había salido aquella mujer? No tenía que buscar la respuesta muy lejos. Del Norte. Por supuesto. En Texas no se guardaban las formas de aquella manera.

—Solo Bronco —volvió a decir algo exasperado. Dio un paso a la derecha, dispuesto a marcharse—. Lamento haberla asustado, señora Randolph. Me despido ahora.

—¿Es usted mexicano?

La pregunta le pilló por sorpresa. Se detuvo en seco. ¿Había desdén en su tono?

—Sí. —El monosílabo se escuchó tan estruendoso y afilado en la negrura de la noche como el restallar de un látigo contra el suelo de tierra. No pudo evitar ponerse a la defensiva—. ¿Acaso le resulta incómodo? —increpó secamente, sin morderse la lengua. No era habitual en él exaltarse de aquella manera, pero quizá las malas noticias que había recibido de Rico o el agotamiento le hicieron reaccionar así.

—¡No! —exclamó ella dando un paso en su dirección. Sonaba horrorizada, de repente, como si se hubiese dado cuenta de que le había ofendido con su pregunta—. No quería molestarle. Discúlpeme. Es solo que habla usted un inglés casi perfecto. Nada más que eso. No me malinterprete, por favor. —Alargó la mano, como si quisiera detenerle con ella, pero se dio cuenta de lo que hacía a tiempo y bajó el brazo antes de rozarle siquiera.

Gabriel guardó silencio. Entrecerró los ojos y los clavó en su rostro, pero aparte de una piel pálida no pudo distinguir mucho más. Aflojó los músculos y desvió la mirada. ¿Qué narices le importaba a él lo que pensara esa mujer? Estaba cansado y no le apetecía prorrogar esa estúpida conversación. Se frotó la nuca de nuevo.

—Buenas noches, señora Randolph —murmuró, llevándose una mano al sombrero en un alarde de cortesía.

Ella musitó algo parecido a un *Buenas noches, señor Bronco*.

Se giró, dispuesto a marcharse, pero en ese instante una pequeña ráfaga de brisa nocturna barrió el patio, agitando el cabello de ella y haciendo que uno de sus largos mechones le alcanzara a él de refilón, acariciándole el mentón. La casualidad quiso que inhalara en ese momento, y el aroma dulce y suave que se desprendió del femenino pelo le entró por las fosas nasales con fuerza, despertando en él una emoción inesperada.

Teresa siempre olía a pan recién hecho y a azúcar...

Todo su cuerpo se envaró y su frente se perló de sudor. No era el mismo olor, de ninguna manera. Aquella mujer no olía como su mujer. Y, sin embargo, las ondas de su cabello al viento le habían hecho sentir un anhelo enorme. Había sentido la necesidad de atrapar una de esas guedejas y enterrar la nariz en ella...

¡Maldición!

Un rugido apenas contenido comenzó a formarse en su pecho. Antes de que este pudiera materializarse de algún modo, se giró deprisa, hundiendo las botas en la gravilla del suelo, y se alejó de allí dando grandes zancadas.

Capítulo 6

Todavía no había amanecido cuando Rose abrió los ojos. Pestañeó repetidamente para eliminar el último rastro de somnolencia de su cabeza y se incorporó en la cama. Aunque le costó conciliar el sueño, una vez que lo hizo, durmió profundamente. Tanto el colchón como la almohada le habían resultado muy cómodos después de llevar semanas durmiendo en todo tipo de camas. Estiró los brazos de forma poco femenina y sonrió satisfecha. Mas solo unos segundos después, la sonrisa desapareció de su cara de golpe al recordar lo sucedido la noche anterior en el patio trasero.

¡Qué situación más embarazosa! ¿Cómo había podido perder la compostura de aquella manera? ¡Y delante de un vaquero! Cada vez que la escena acudía a ella, el rubor teñía toda la piel de su cuerpo y tenía que esforzarse por no soltar un gemido. No solía llorar así ni dejarse llevar por los nervios. Solía ser muy equilibrada y serena. Pero la conversación con su padre había sido demasiado para su estado de ánimo.

—¡Qué vergüenza! —musitó en el silencio de su dormitorio. Se llevó las manos a la cara y se cubrió las mejillas con ellas.

«¿Qué habrá pensado ese tal Bronco de mí?».

Se apresuró a desterrar ese pensamiento. A fin de cuentas, ¿qué importancia tenía que un trabajador del rancho la hubiese visto llorar? No era gran cosa, se dijo. Probablemente, sus caminos apenas volverían a cruzarse. Él era un vaquero y ella la hija del dueño. ¿Qué probabilidades había de que coincidieran de nuevo? Como mucho se verían de lejos. Nada más.

Dispuesta a no dejarse amedrentar por esas ideas negativas, abandonó la cama. A pesar de que por el día hacía calor, la temperatura descendía por las noches y se descubrió a sí misma tiritando frente al agua fría de la jofaina. Se apresuró a lavarse someramente con un paño. Aunque no entraba mucha luz por la ventana, se resistió a encender la lámpara de aceite que había sobre la mesilla. Se recogió el pelo y procedió a vestirse con celeridad. Estaba

acostumbrada a hacerlo sin doncella por lo que, incluso a tientas, se ajustó el corsé con dedos ágiles con gran pericia. Seleccionó una falda negra y una blusa gris y se dirigió hacia la puerta.

Sin embargo, antes de agarrar el picaporte, se detuvo y dudó. Se mordisqueó el labio inferior. Finalmente, se dio media vuelta y, rauda, se encaminó a la ventana. La luz del amanecer iba ganándole terreno a las sombras nocturnas. Escrutó el exterior con la mirada ávida. Había dos vaqueros a la vista, cerca de los establos, pero por su envergadura ninguno era Bronco Salas. No se detuvo a analizar si lo que sintió fue alivio o decepción.

Cerró los ojos y apoyó la frente en el cristal.

La noche anterior había sentido algo muy curioso al saber que el hombre que se erguía de pie frente a ella en la oscuridad era el mismo que había atendido a la yegua de su hermana. Cuando supo quién era y le dijo su nombre, lo primero que le vino a la cabeza fue la imagen de él con el caballo y cómo había enterrado sus dedos en las crines de Mandolina masajeándola con suavidad. Se le había encogido el estómago al recordar que, durante un breve instante, había deseado ser ella la que recibiera una caricia semejante. El vívido recuerdo había estado a punto de robarle la respiración y el anhelo se había adueñado de su cuerpo. Su pulso se había acelerado mientras el aroma a tabaco que envolvía al vaquero le entraba por las fosas nasales.

De nuevo la asaltó esa poco familiar sensación de ardor en el pecho. Se llevó las manos al cuello y vaciló antes de enredar los dedos en el último botón de la camisa. ¿No hacía demasiado calor?

Abrió los ojos de golpe y tragó saliva. Una muda reprimenda le burbujeó en los labios.

—Necia —se amonestó.

Giró sobre sus talones a gran velocidad y abandonó el dormitorio. Descendió las escaleras y pronto se encontró ante la puerta que conducía a la cocina. Algunos ruidos de cacharros provenían del interior. La abrió con lentitud y asomó la cabeza.

—¡Señorita Rose!

El efusivo saludo de Mami resonó con fuerza. Una mueca de felicidad se dibujó en la apergaminada cara de la mexicana al verla aparecer. No le dio tiempo a responder, en cuestión de un segundo la había atrapado entre sus

generosos brazos mientras parloteaba incesantemente sobre lo mucho que la había echado de menos.

Arropada por el abrazo de la que fue su antigua niñera, Rose retrocedió en el tiempo y volvió a sentirse como una niña. Mami olía a hogar, a leña, a buñuelos, a jengibre y a mermelada casera. La nostalgia la invadió y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se reprochó en silencio su reacción. Parecía que no podía hacer otra cosa más que llorar desde que había regresado.

—Seguro que en Chicago no le daban muy bien de comer, señorita Rose. Está usted muy delgada y muy pálida. —Mami se apartó y alzó los brazos para apoyarle las manos en los hombros. Sus ojos negros como el carbón la repasaron de arriba abajo, preocupados—. Ahora me voy a ocupar yo de usted y la voy a cuidar.

Rose asintió con vehemencia, incapaz de articular palabra. ¡Qué diferente ese recibimiento del de su padre el día anterior!

—Yo también te he echado mucho de menos —respondió, recobrando la compostura—. Nadie cocina como tú en el Norte, Mami.

Una sonrisa enorme apareció en el moreno rostro de la cocinera, haciendo que sus arrugas se multiplicaran por mil. Había envejecido mucho en los años que habían transcurrido sin verse, pensó Rose, reparando en las múltiples canas que surcaban su otrora negra melena. No obstante, su vitalidad seguía siendo la misma, cosa que demostró cuando se giró con energía y regresó a sus tareas.

—Siéntese, señorita Rose. Voy a prepararle algo que sé que le gusta mucho —le dijo por encima del hombro.

Rose sonrió. El hecho de que la siguiera llamando señorita Rose no le molestaba en absoluto. Casi lo prefería. Hacía que se sintiera más en casa. Paseó la vista por la estancia. Nada había cambiado en los dominios de Mami. Todo seguía igual. Todavía cocinaba sobre la chimenea abierta como hacía años. Hasta allí no habían llegado los modernos hornos de hierro fundido que tanto se usaban en el Norte. Imperturbables también las estanterías llenas de cacharros y utensilios, la enorme alacena pintada de azul al fondo, las ristras de ajos y verduras secas colgando de la pared y la leña apilada junto a la puerta. En el centro, la pesada mesa donde solían comer los criados se hacía con el protagonismo de la cocina. Se dirigió al banquillo alargado que había

junto a la mesa y tomó asiento. Apoyó los codos en la tosca superficie y bajó los párpados, deleitándose con los olores de la comida que tanto había extrañado. Olía a buñuelos. ¡Delicioso!

Un ruido procedente del exterior llamó su atención. Giró la cabeza y sus ojos se dirigieron a la puerta que daba al patio de los naranjos. No estaba cerrada del todo y por la rendija pudo atisbar el movimiento de alguien que merodeaba por allí. Su corazón se detuvo al recordar, de nuevo, lo sucedido la noche anterior. Una de las criadas pasó por delante del hueco, alejándose a continuación. Y Rose suspiró con alivio.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —La voz inquieta de Mami la sobresaltó.

—Sí, sí, estoy bien —sonrió con levedad.

—Parece usted muy acalorada. ¿No estará enferma?

—¡No! Estoy perfectamente —se apresuró a responder—. Todavía... todavía no me he acostumbrado al calor seco de Texas. En Chicago, en esta época, ya empieza a refrescar.

La cocinera no pareció muy convencida con la explicación. No obstante, se dio la vuelta y siguió a sus quehaceres. Rose soltó un suspiro inaudible mientras se abanicaba la cara con las manos.

—Buenos días. —Una voz infantil las hizo girarse a ambas.

—Señorito William, ¿qué hace levantado tan temprano? —preguntó Mami, sorprendida—. Si casi no ha salido el sol.

El niño se sonrojó y se encogió de hombros. No trató de adentrarse en la cocina. Permaneció quieto bajo el umbral de la puerta.

Rose le contempló con avidez. Will tenía ahora doce años, pero era de complexión delgada y frágil, y parecía más joven. Había heredado los ojos oscuros de su madre y el pelo castaño lo llevaba peinado hacia atrás, pero ni todos los peines del mundo podían lograr que los salvajes rizos se quedaran en su lugar y varios mechones le colgaban ya sobre la frente. A pesar de que su atuendo era el típico de un caballero, pantalón oscuro, camisa blanca almidonada y chaleco de seda, su figura era la de un niño. ¿Cómo era capaz su padre de mandar a un crío tan pequeño a West Point? Apretó la mandíbula, contrariada.

—¿Will? —susurró al tiempo que se incorporaba. Parecía muy tímido y no quería atemorizarle—. ¿Sabes quién soy?

Él asintió.

—¿Te acuerdas de mí? —Nada más preguntarlo se sintió estúpida. ¿Cómo iba a recordarla? Cuando ella abandonó *Las Claritas* él tenía un año.

Él negó.

—¿Quiere su desayuno en la sala, como siempre? —intervino Mami—. ¿O va a quedarse con nosotras en la cocina?

El pequeño no respondió, se limitó a dar un par de vacilantes pasos adentrándose en la estancia. No miró a Rose directamente, pero sí le lanzó una ojeada de soslayo antes de acercarse para, finalmente, tomar asiento a su lado. Ella también se acomodó en el banco sin apartar la mirada de la cabeza baja de su hermano.

Solo el incesante tarareo de Mami rompía la quietud del ambiente. Si bien solo unos pasos separaban a los hermanos, la distancia entre ellos era mucho mayor. La timidez del niño competía con la inseguridad de Rose, que no sabía muy bien cómo dirigirse a él ni cómo empezar una conversación.

—Buenos días. —Una alegre voz rompió el incómodo momento.

—¡Señorita Angie, esto sí que es una sorpresa! —dijo Mami—. Parece que hoy todo el mundo ha decidido levantarse con las gallinas y venir a hacerme compañía. Señorita Rose, esto es por usted. —La señaló con un cucharón de madera—. Suelen dormir mucho más y desayunan en la sala.

—Buenos días, Angie —saludó Rose a su hermana con una sonrisa. Llevaba un vestido rosa con un lazo a juego que recogía su largo pelo en una trenza.

—Te me has adelantado —dijo la joven mirando a Will con el ceño fruncido—. Quería ser la primera.

El niño miró a su hermana con una mueca algo traviesa que desmentía su tímida actitud de hacía unos minutos.

—Te dije que lo haría.

—Ayer apostamos diez centavos —explicó Angie, tomando asiento frente a sus hermanos—. Quien primero bajara a la cocina a desayunar contigo sería el ganador.

Rose sonrió internamente.

—¿Cómo sabíais que estaría aquí tan temprano?

—Nos lo dijo Mami. Nos contó que siempre desayunabas en la cocina con ella cuando vivías aquí. Y que te levantabas antes del amanecer.

La sonrisa de Rose se tornó nostálgica al recordar aquellos tiempos de su juventud. Era cierto. En aquel entonces, siempre había estado pululando alrededor de Mami. Tomaba el almuerzo en la cocina y trataba de pasar cada rato que podía con ella. Era la única persona que le demostró verdadero afecto. Ninguna de sus madrastras lo hizo. Ni la segunda esposa de su padre, cuyo matrimonio apenas duró dos años hasta que falleció de unas fiebres, ni la tercera, la madre de Angie y Will, que siempre la trató con mucha frialdad. Rose se acostumbró a pasar mucho tiempo con la cocinera. Al parecer, ni once años eran suficientes para romper algunos hábitos.

—¿Quieres venir a montar con nosotros después? —La apresurada pregunta de su hermana la sacó de sus cavilaciones.

Miró a Angie que esperaba una respuesta con la ilusión reflejada en los ojos, después desvió la vista y la posó sobre Will que, aunque más tímido, también tenía una mueca esperanzada en el semblante. ¿Montar? ¿A caballo? Llevaba años sin hacerlo, a pesar de que en su adolescencia lo había disfrutado mucho. En Chicago, cuando abandonaba la residencia de sus suegros, acostumbraba a usar el carruaje o, si solo la acompañaba una doncella, el calesín. No obstante, antes de trasladarse a Texas se había procurado un traje de montar adecuado.

—Por supuesto —asintió.

El regocijo de sus dos hermanos fue evidente.

Mami no tardó en servirles una fuente de buñuelos, un plato de judías y otro de tiras gruesas de carne y verduras con panecillos de maíz. Todo eso acompañado por una jarra de leche y otra de café negro y aromático.

Rose miró la abundante comida con escepticismo. Sus desayunos, hasta hacía unas semanas, habían consistido en una taza de té, una rebanada de pan blanco con mantequilla y un huevo escalfado.

—Esto no es el Norte y aquí necesita energía —le dijo Mami con las cejas levantadas—. Coma sin miedo. Si sale a montar con ellos, en unas horas volverá a tener hambre.

Después de unos minutos de comer y de insustancial charla con Angie y Will, que pronto perdió su timidez para convertirse en un muchachito muy

parlanchín, Rose descubrió dos cosas, que un buen desayuno hacía milagros a la hora de unir a extraños, y que en cuanto llegara a su cuarto tendría que aflojarse el corsé o —mejor todavía— quitárselo del todo si quería poder respirar sin desmayarse.

Dichosa, observó a sus hermanos. Hacía tiempo que no era tan feliz. Ni la conversación mantenida con su padre la noche anterior podía empañar la alegría que sentía en esos instantes. Angie y Will se parecían muchísimo, tanto físicamente, con sus rizos y sus ojos oscuros, como en carácter. Eran simplemente encantadores. Ambos eran lectores voraces de novelas de diez centavos² y de libros de aventuras, y le hicieron cientos de preguntas sobre la Biblioteca de Chicago, que ella trató de contestar sin mucho éxito. Sus lecturas se habían limitado a libros de poemas, tratados religiosos y manuales de conducta para señoritas. Solo de vez en cuando había logrado burlar la implacable vigilancia de su suegra y conseguido hacerse con alguna novela fascinante como *Moby Dick* o *La cabaña del tío Tom*, pero no conocía ninguna de las historias de las que sus hermanos le hablaban.

Angie soñaba con convertirse en la dueña de un rancho de caballos y Will ansiaba ser escritor. Rose les sonreía con indulgencia y cierta tristeza mientras parloteaban animados.

Sueños.

Ella misma había tenido muchos antes de que su padre la entregase en matrimonio a Timothy. Maestra. Había deseado ser maestra de una pequeña escuela. Algo utópico siendo la hija de William Patterson. Dudaba mucho que su padre fuera a consentir que las ilusiones de sus hermanos se convirtieran en realidad, era demasiado ambicioso y egoísta para preocuparse por la felicidad de sus hijos.

De ahí su tristeza mientras los escuchaba hablar emocionados.

Sorprendentemente, entre los tres, no tardaron en dar buena cuenta del desayuno y Angie tiró del brazo de Rose, instándola a cambiarse de ropa cuanto antes para poder salir a montar. Mami se despidió de ellos, prometiéndoles una sabrosa comida para cuando regresaran.

Rose se despidió de sus hermanos en el descansillo de la escalera. Acordaron encontrarse frente a los establos en media hora. El entusiasmo de ambos era tan contagioso que se descubrió a sí misma riéndose en voz alta

mientras iba camino de su dormitorio. Una criada mexicana muy joven lo abandonaba en ese instante.

—Buenos días, señora Randolph —la saludó con un fuerte acento, haciendo una cortés reverencia.

—Buenos días.

—Me llamo Remedios. Mami me ha dicho que me encargue de usted, así que soy su doncella. Dígame cualquier cosa que necesite.

Rose hizo un gesto vago con la mano y le regaló una sonrisa amable.

—No te preocupes, Remedios. No te necesito por el momento. Esta tarde cuando vuelva del paseo a caballo te pediré que me prepares un baño, pero ahora puedo ocuparme de mí misma.

La criada se despidió haciendo una nueva reverencia y Rose accedió al interior del cuarto y se plantó delante del armario. Abrió las puertas de madera y sacó el traje de gamuza de color gris oscuro. Antes de abandonar Chicago había encargado a su modista que le confeccionara un traje de montar adecuado. En las tiendas de ropa no había conseguido encontrar ninguno que le fuera a servir en *Las Claritas*, donde nunca había habido sillas de montar de amazona. El conjunto estaba compuesto por una amplia falda pantalón, una camisa y un sobretodo impermeable abierto por detrás para facilitar la monta, diseñado para cubrirla de arriba abajo y protegerla del polvo.

Se deshizo de la ropa que llevaba puesta y la dejó sobre la cama, dejando escapar un suspiro cuando se quitó el apretado corsé. Luego procedió a vestirse. Se sentía extraña, casi desnuda, sin las enaguas y la crinolina, y tenía la sensación de que la tela se ajustaba a sus caderas de manera totalmente inapropiada, pero no se detuvo demasiado a pensar en ello. Se puso unas medias de lana y se calzó las botas de montar. No tenía un sombrero adecuado por lo que cogió un pañuelo. No se podía salir a cabalgar sin cubrirse la cabeza, el sol texano era mortal.

Descendió las escaleras y atravesó el enorme recibidor con presteza. La puerta doble que daba a la sala se encontraba entornada y algunos ruidos llegaron hasta ella. Era probable que su padre estuviera allí, desayunando. Caminó de puntillas y la gruesa alfombra fue su cómplice acallando sus pisadas. Lo último que deseaba era encontrarse con su progenitor a esa hora de la mañana. No quería que nada le empañara el ánimo.

Sus hermanos ya la esperaban frente a los establos. Ambos llevaban camisas de franela y pantalones y Rose casi se sintió ridícula con su voluminosa falda pantalón abombachada.

—Te he traído un sombrero —la saludó Angie tendiéndole uno de ala ancha de color negro—. He supuesto que no tenías ninguno.

—Muchas gracias.

Lo cogió y se lo puso. Era de su talla. Se ajustó las cuerdecillas de cuero debajo de la barbilla con algo de nerviosismo y luego se puso los guantes. Llevaba tanto tiempo sin montar, que ahora que el momento crucial se acercaba, tenía el estómago constreñido.

Un vaquero muy joven, apenas entrado en la pubertad, emergió de las sombras del establo, llevando por las riendas a dos caballos ensillados. Ambos eran de color castaño claro y tenían las crines blancas. Parecían bastante dóciles. Detrás de él iba otro vaquero con un animal algo más inquieto de color marrón oscuro.

—Señorita, le he ensillado a Dreamcatcher porque Bronco me ha dicho que dejemos descansar hoy a Mandolina.

El vaquero de más edad se acercó y le tendió las riendas del nervioso caballo a Angie que hizo un mohín disconforme, pero que no protestó. En un segundo se encontraba a la grupa del equino haciendo gala de su pericia como amazona. Rose la observó con envidia sana. Qué imagen más hermosa presentaba su hermana sobre Dreamcatcher.

—Señora, no sabía qué caballo querría usar usted y le he preparado a Alone, la hermana de Wind, es muy dócil, pero si prefiere una montura más briosa... —se dirigió a ella el vaquero barbilampiño mirándola con timidez.

—Esta es perfecta —le interrumpió Rose.

Mientras su hermano Will montaba a Wind, ella se agarró al pomo de la silla de Alone y, con decisión, posó el pie izquierdo en el estribo y se encaramó a su grupa algo torpemente. La yegua ni se inmutó y Rose soltó el aire que había mantenido retenido en los pulmones, aliviada, y le dio aire a las riendas que mantenía sujetas entre sus crispados dedos.

—Vamos hasta la llanura norte —exclamó Angie, tocando con las espuelas los flancos de su caballo y poniéndose en marcha—. Los vaqueros han encontrado una pequeña partida de orejanos³ y van a marcarlos. Quiero verlo.

Will la siguió con prontitud. El animal que montaba parecía demasiado grande para su pequeño cuerpo infantil, pero su forma de moverse indicaba que se sentía a gusto y seguro sobre el enorme equino.

Un suspiro nació en la boca de Rose mientras trataba de espolear a Alone. Le resultó dificultoso hacer que la yegua se moviera sin espuelas. Tendría que hacerse con un par, decidió.

Pronto dejaron atrás las edificaciones del rancho y se encontraron en campo abierto. *Las Claritas* era uno de los ranchos más extensos de todo Texas; disponía de casi quinientos mil acres de terreno, pero el lugar hacia el que se dirigían, le explicó Angie, no estaba muy lejos. El sol no tardó en brillar con fuerza sobre sus cabezas y Rose agradeció las amplias alas del sombrero que cubrían su rostro. Mientras Angie y Will, que iban adelantados, conversaban entre ellos y de vez en cuando le explicaban algo relacionado con la vida del rancho, ella se limitó a disfrutar del paseo. Mantenían un paso tranquilo y uniforme y el tiempo pareció volar. El trayecto hasta la meseta norte atravesaba una zona seca y plana, casi desértica, plagada de cactus y pequeños matorrales, y Rose no pudo evitar explorar el terreno con ojos interesados, admirando su ruda belleza de tonalidades amarillas y anaranjadas. Había olvidado los amplios espacios abiertos de las llanuras texanas y su inclemente y reseco clima. Todo era muy diferente a Chicago y sus alrededores. El respirar se le hacía laborioso y sabía que le iba costar aclimatarse de nuevo a ese ambiente. Solo esperaba que la estación de las lluvias no tardase en llegar.

—Por allí está el rancho de los Younger —declaró su hermana por encima del hombro, señalando con la barbilla un lugar indeterminado a la izquierda—. Son nuestros vecinos más cercanos. Creo que padre los ha invitado a cenar esta noche.

La expresión de Rose se oscureció al escuchar aquello. ¿A cenar aquella noche? Desde luego su padre no perdía el tiempo, pensó con amargura.

—Y detrás de esa ladera están los vaqueros —intervino Will con excitación, apuntando al frente con el dedo—. Angie y yo siempre vamos a verlos cuando marcan el ganado.

Agradeciendo en silencio que su hermano la hubiera distraído con su comentario, la mirada de Rose se posó sobre la suave pendiente cubierta de

pasto hacia la que se dirigían.

—¿Cuántas cabezas de ganado tenemos ahora? —preguntó. Cuando ella se marchó hacía once años, el número no superaba las veinte mil, pero sabía que los años de guerra habían sido duros para los ganaderos.

—Unas sesenta mil, más o menos —repuso Angie.

Rose arqueó las cejas sorprendida. Aparentemente, en su ausencia, el rancho había progresado mucho. Mientras que otros ganaderos sufrieron la crisis que se originó al no poder trasladar las reses hacia el Norte, y tuvieron que deshacerse del ganado y ponerlo en libertad por no poder ocuparse de él, su padre había sobrevivido. Ya sabía por Mami que los estragos de la guerra no habían llegado hasta Patterson, que había invertido una parte de su capital en acciones del ferrocarril por lo que no dependía exclusivamente de la ganadería. Eso le había llevado a prosperar incluso en tiempos de guerra, mientras otros muchos se arruinaban.

Con tal cantidad de terreno y de cabezas de ganado, ¿para qué necesitaba su padre asociarse con los Younger?, se preguntó.

«Para William Patterson nada nunca es suficiente. Siempre quiere más», se respondió a sí misma. «Cueste lo que cueste y sacrificando incluso a sus hijos».

Siguió a sus hermanos pendiente arriba sumida en sus pensamientos. La falta de agua de lluvia había endurecido el terreno, y Rose podía sentir cada pisada de los cascos de su yegua en sus posaderas. Sabía, a ciencia cierta, que pagaría las consecuencias de ese paseo al día siguiente.

Will espoleó su caballo con energía, impaciente por llegar a la cima del promontorio. Angie le imitó. Rose los observó alejarse con una sonrisa condescendiente. Su sentido común y su inseguridad sobre la silla hicieron que mantuviera el tranquilo paso de Alone.

—¡Date prisa, Rose! —gritó su hermano al llegar arriba. Su figura se recortó contra el límpido cielo azul carente de nubes. Se detuvo y giró la montura, esperándola—. Tienes que ver esto.

Angie había desaparecido de la vista. El entusiasmo había podido con ella.

No queriendo decepcionarlos, Rose incitó a su montura y en solo unos instantes se hallaba junto a Will.

En la pradera, una gama de verdes, marrones y amarillos, se hallaban pastando un centenar de reses. Incluso a través de las partículas de polvo que levantaban sus pezuñas, se podían ver con claridad las típicas *longhorn* texanas con pelajes que iban desde el color beige al negro. Eran animales fuertes de largas patas y cuernos astifinos que tenían un temperamento fiero y bastante mal genio.

En el grupo que se concentraba allí abajo no parecía haber más que unos pocos ejemplares adultos, el resto eran terneros de diferentes tamaños. Todavía no habían desarrollado la cornamenta que lucirían en unos años y cuyas puntas podían llegar a alcanzar hasta los seis pies y medio de un extremo a otro. Algunos vaqueros se movían con presteza entre las vacas, haciendo recortes con sus caballos y obligando a separarse de la manada al animal elegido para ser marcado. Cuando lo conseguían lo laceaban y, a fuerza de tirones, lo conducían hasta la falda de la ladera, donde otros vaqueros aguardaban con un hierro candente.

En Texas, por lo general, las vacas solían parir en marzo, por lo que a principios de abril tenía lugar el rodeo primaveral, en el que se reunificaba la manada y se procedía al marcaje de los terneros que ya habían crecido lo suficiente para ello. Pero el procedimiento que estaban llevando a cabo allí los vaqueros ese día era diferente. Estaban marcando animales más grandes, algunos de ellos de casi mil libras de peso. Tarea ardua y peligrosa.

Hacía mucho tiempo que Rose no veía nada parecido y siguió sus movimientos con admiración manifiesta. Una enorme sonrisa curvó sus labios. Su espíritu texano pugnaba por salir y atravesar las capas de pulimiento norteño que llevaban once años cubriéndola.

—Vamos más cerca —exclamó Will. Y, sin esperar respuesta, comenzó a descender detrás de una adelantada Angie que ya estaba a punto de alcanzar al grupo de hombres de abajo.

Rose le siguió agarrando las riendas con firmeza. Alone parecía algo inquieta. No tardó en alcanzar a sus hermanos que se habían detenido a unos pocos pasos de los vaqueros. Los que no estaban ocupados los saludaron con cortesía quitándose el sombrero. Uno, algo más bajito que los demás, abandonó el grupo y se aproximó a ellos. Tenía el pelo rojo como el fuego, las piernas muy arqueadas y era de complexión delgada.

—Buenos días, señora Randolph —se dirigió a ella directamente—. Bienvenida a *Las Claritas*. Soy Frank, el capataz.

—Muchas gracias —dijo con algo de timidez. No se le escapó la admiración que mostraron sus pequeños ojos claros.

—¿Ha venido a ver cómo marcamos a las reses?

La pregunta era tan obvia que Rose decidió no contestar y se limitó a asentir.

—¿Habéis marcado muchos ya, Frank? —intervino Angie.

—Sí. Llevamos buen ritmo. A este paso terminaremos hoy.

—Vamos a quedarnos un rato por aquí. No molestamos, ¿verdad?

—Si se mantienen a una distancia prudencial, no serán molestia —contestó, volviendo a ponerse el sombrero. Pareció vacilar, pero finalmente le lanzó una ojeada furtiva a Rose—. Señora —murmuró antes de darse la vuelta y alejarse.

—Creo que le gustas a Frank O'Malley —bisbiseó Angie cuando él ya no se encontraba cerca.

Rose volteó la cabeza con violencia.

—¡No digas tonterías!

—Es cierto. ¿Has visto cómo te observaba? Incluso ahora, ¡te está mirando!

Su hermana decía necedades. ¿O no? Protegida por el ala ancha de su sombrero, alzó la vista y la dirigió hacia el grupo de hombres. En efecto, el tal Frank la estaba mirando y lo hacía con fascinación. Rose no estaba acostumbrada a ser objeto de la atención de los hombres y no sabía si sentirse molesta o halagada.

Apartó la mirada del capataz y se centró en la escena que protagonizaban cuatro vaqueros. Tres de ellos mantenían sujeto a un animal contra el suelo. Uno le apoyaba la rodilla contra el vientre, otro le agarraba por los cuartos traseros, y el otro se tendía sobre su cuello mientras le ataba las patas delanteras. El cuarto, el marcador, se acercó con la varilla de hierro candente en cuyo extremo inferior aparecían las iniciales de su padre: WP. El vaquero aplicó el metal contra el cuero del animal a la altura del muslo izquierdo, provocando que se formara una fina columna de humo. Esa tarea requería de gran pericia, si presionaba demasiado podía originarle una quemadura y si no

presionaba lo suficiente la señal no quedaba clara. Después, procedió a hacerle un corte en la oreja. Todo el proceso no duró demasiado. Una vez finalizado el trabajo, soltaron al ternero que se incorporó y se alejó, agitándose malhumorado.

Rose lo contempló fascinada. Se notaba que los vaqueros estaban acostumbrados a hacerlo ya que todo discurría a gran velocidad. Detrás de ese ejemplar vino otro y luego otro. Fue después del cuarto cuando reparó en la identidad de uno de los vaqueros a los que miraban.

¡Era Bronco Salas!

Cuando fue consciente de que el hombre que sujetaba la cabeza de los animales era el mismo que la había sorprendido llorando hacía unas horas, se llevó las manos a las mejillas que habían comenzado a arderle. ¡Qué embarazoso! Él no la había visto, ¿verdad?

Desde donde ella estaba solo podía ver su perfil, pero la envergadura de su figura la convenció de que solo podía tratarse del mexicano. Más nerviosa de lo que debería haber estado, se dedicó a observarle con interés. Era más alto que los demás y bastante fornido. Se había arremangado la camisa y sus antebrazos morenos y con algo de vello oscuro destacaban poderosos contra el cuero del ternero que sujetaba. Todo su cuerpo parecía estar en tensión, desde la amplia espalda, pasando por los anchos hombros y los brazos, hasta las manos fuertes y nervudas.

Esas manos...

Había hincado una rodilla en el suelo, al lado de la cabeza del animal y los músculos de su muslo, envueltos en la gruesa tela marrón de sus pantalones, parecían querer estallar el tejido. No llevaba chaparreras, lo que la sorprendió, aunque era comprensible, la prenda de cuero aparte de proteger las piernas de los vaqueros también se usaba como abrigo y el calor allí a esa hora era insoportable. No podía verle el rostro; la sombra de su ajado sombrero y los largos mechones de su negro cabello que le caían sobre el pómulo, lo hacían imposible. No obstante, pudo apreciar que tenía la nariz recta y que su piel era muy morena.

—Mira, ahí está Bronco —exclamó Angie de pronto.

Estuvo a punto de reprenderla por llamar la atención de aquella manera, pero era demasiado tarde. El vaquero había escuchado su nombre y, después

de liberar al ternero, se incorporó y se dio media vuelta. Presa de la inquietud y la vergüenza, Rose se irguió sobre la silla de montar, muy alterada. Bronco, al descubrir a los tres hermanos, hizo un gesto llevándose una mano al sombrero. Sonrió a Will y a Angie con afecto, que le saludaron con efusividad. Después, sus ojos se desviaron hacia ella, quizá esperando también un saludo, pero la voz se le había quedado atascada y no pudo emitir sonido alguno. Solo le contempló en silencio. La sonrisa se borró de la cara de él. Apenas se detuvo un instante en su figura antes de volver a girarse.

Con la boca seca, Rose intentó controlar que el rubor que cubría su tez no se hiciera más profundo. Inconscientemente, pegó las rodillas a los flancos de Alone haciendo que la yegua se agitara. No sabía si estaba más sorprendida por la fría actitud que él había mostrado hacia ella o por la perfección de sus facciones que no se había esperado. Su rostro, aunque muy masculino y de mandíbula cuadrada, era exóticamente bello. Tenía las cejas oscuras y rectas y los penetrantes ojos negros rasgados y bordeados de largas pestañas. Sus pómulos eran altos, delatando su procedencia mexicana o incluso mestiza. La sonrisa de blancos dientes que le había dirigido a sus hermanos había sido suficiente para hacer que el corazón de Rose se saltara un latido o dos.

—Es guapo, ¿verdad? —El susurro de Angie la sacó de su abstracción—. Pues su hermano lo es más aún —añadió con tal admiración que no dejaba lugar a dudas de que el hermano del tal Bronco era el hombre por el que suspiraba—. Se llama Rico. Ha venido un par de veces al rancho a visitarle y he hablado con él.

Rose no dijo nada. No estaba segura de poder hablar sin que la voz le saliera trémula. No sabía por qué el encuentro con ese hombre la había afectado tanto. No tenía ningún sentido.

Evitando mirar al grupo que seguía marcando reses, paseó la vista por el terreno y se concentró en dos vaqueros que trataban de separar a unos terneros de sus madres. Uno agitaba el lazo con vigor por encima de su cabeza. El aire se rasgaba con los mugidos de las vacas, los silbidos de los hombres, los relinchos de los caballos y el sonido de cientos de pezuñas contra la tierra cuando los animales trataban de escapar de sus perseguidores.

Aunque era un espectáculo que en otro momento habría disfrutado, de pronto, la escena había perdido todo el encanto.

—Hace mucho calor. Creo que deberíamos volver al rancho —propuso.

Tanto Will como Angie hicieron amago de protestar, pero parecieron pensárselo mejor. Quizá les sorprendió el acalorado aspecto de su hermana mayor y cedieron con facilidad.

Antes de ponerse en marcha, se despidieron de los vaqueros con un gesto. El obsequioso Frank volvió a quitarse el sombrero mientras contemplaba a Rose como si fuera un plato de estofado caliente y él un hombre que llevase cinco días sin comer. Ella, sin embargo, solo tenía ojos para la alta figura que le daba la espalda y que la había ignorado tan flagrantemente hacía unos minutos. Le miró de reojo unas cuantas veces mientras se alejaban, esperando quizá que él se diera la vuelta y les dijera adiós.

Bronco no lo hizo.

Capítulo 7

Después de unas quince horas marcando animales regresaron al rancho. El cansancio se les acumulaba en los huesos y el calor los hacía sudar a chorros. Y, sin embargo, la mayor parte de ellos iba sonriendo. Daniel, uno de los vaqueros más viejos, comenzó a cantar una canción subida de tono que los demás corearon entre risas.

Gabriel tiró de las riendas de Manchado haciéndole aflojar el paso. Lo hizo conscientemente y con premeditación para poner algo de distancia entre él y el resto de sus compañeros. Trabajaban bien en equipo, pero una vez el trabajo había terminado, prefería no estar con ellos. Sus bromas y sus canciones estúpidas le molestaban. Le importaba un carajo que los demás pensaran que era un tipo raro.

Mientras el sol se ponía en el horizonte, sus pensamientos se concentraron en la visita que habían recibido aquella mañana. Estaban acostumbrados a que la señorita Angie y el señorito Will se pasaran a ver cómo marcaban las reses, pero la compañía de su hermana mayor fue toda una novedad. Horas después de que se marcharan, los vaqueros seguían hablando del suceso como si fuera lo más interesante que les hubiese ocurrido en años. Probablemente lo era. La vida en un rancho, a pesar de ser agotadora, terminaba convirtiéndose en algo rutinario y aburrido. Así que la visita de la señora Randolph a la llanura norte se podía considerar el acontecimiento del siglo.

El más impresionado por ella fue Frank, sin duda. No dejó de pronunciar su nombre con empalago en todo el día. Que si la señora Randolph era una belleza, que si la señora Randolph era muy elegante, que si la señora Randolph era encantadora...

¿Cómo podía el capataz estar tan ciego? Gabriel no había visto nada de eso. Ni belleza ni encanto alguno. Hizo un ademán desdeñoso al recordar la altiva actitud de la hija de Patterson al verle. Ni siquiera se había dignado a saludarle. Nunca se había topado con nadie tan arrogante y prepotente como

ella en su vida. No, eso no era estrictamente cierto. Su padre era igual. William Patterson solía mirarle de aquella manera cargada de desdén desde sus ojos azules, tan similares a los de ella.

«De tal palo, tal astilla».

Cuando oyó la voz de la señorita Angie y se dio la vuelta para encontrarse con los hermanos, una sonrisa se le instaló en los labios. Les tenía afecto a los pequeños de la casa. Ambos eran vivaces e inteligentes y siempre tenían preguntas de lo más variopinto sobre caballos, que él trataba de contestar con paciencia. Eran buenos chicos. Pero su hermana mayor no se asemejaba a ellos. En cuanto posó la mirada sobre su soberbia figura supo, sin lugar a dudas, que era el tipo de persona que se creía superior a otros. La rigidez de su espalda, su mandíbula apretada y el desprecio que irradiaban sus ojos al mirarle le dijo todo. Ya lo había sospechado la noche anterior cuando ella le lanzó aquella pregunta. *¿Es usted mexicano?*

Llevaba toda la vida soportando esa clase de prejuicios, pero de algún modo, la actitud de ella le había llenado de una furia desmesurada. Ahora, la ira le hizo tirar de las riendas innecesariamente y Manchado protestó, bufando.

—Lo siento, cuate. Tú no tienes la culpa. —Le palmeó el cuello—. Vamos a olvidarnos de esa amargada señoritinga del Norte. En cuanto llegemos al rancho buscaré a Mami y le pediré algo bueno para ti. ¿Acaso no eres mi consentido?

Como si el caballo le hubiese entendido, asintió con vigor con su enorme cabeza.

Gabriel cumplió su promesa. Después de ocuparse de quitarle los arreos y, mientras los demás vaqueros se alejaban camino de los barracones, fue a la cocina a buscar a Mami. Lo hizo rodeando la edificación por la parte trasera. A Patterson no le gustaba tener vaqueros dentro de la casa. Atravesó el patio de los naranjos hundiendo los pies en la gravilla. El alegre chorrito de la fuente de piedra escupía agua de manera constante hacia el cielo. Cuando la imagen de la hija mayor de Patterson, llorosa y afligida, volvió a acudir a su mente, la desechó con un chasquido de la lengua y se apresuró a dirigirse a los dominios de la cocinera.

—No tengo tiempo para ti, Bronco —le dijo esta al verle entrar entre el ruido de sartenes y cacerolas—. Tenemos invitados y voy muy retrasada.

Gabriel echó un vistazo alrededor. La mesa estaba llena de diferentes platos, botellas y cacharros y tanto Mami como las dos chicas que se movían con diligencia por la estancia parecían estar muy ocupadas. Pedro, que se afanaba por avivar el fuego donde trasteaba su mujer con un fuelle, alzó la vista y le saludó con afabilidad.

—Solo quiero una manzana para Manchado.

—Llévate las que quieras —le indicó Mami, señalando un cuenco de madera que había en la repisa de la ventana cubierto por un paño blanco.

Gabriel cogió un par de piezas y se despidió. Frunció el ceño perplejo mientras sus pisadas le llevaban de vuelta a los establos. ¿Invitados? Era la primera vez desde que él trabajaba en el rancho que Patterson organizaba una cena. Supuso que sería para darle la bienvenida a su hija mayor. La suposición quedó confirmada cuando se cruzó con Levi.

—¿Vienes de la casa? ¿Has visto a la señora Randolph?

Gabriel se detuvo bruscamente.

—¿Por qué preguntas? —espetó con sequedad.

—Hay una cena hoy. Dice Remedios que ha ayudado a vestir a la señora con un traje muy elegante como solo se ve en el Norte —contestó ansioso—. Es la cena de bienvenida de la señora Randolph, y también es la celebración de su compromiso con Henry Younger. Por eso están aquí los Younger.

«Así que ha vuelto a Texas para casarse».

Gabriel conocía a Henry superficialmente. Se había topado con él unas cuantas veces en el pueblo y le había visto en el rancho en otras tantas ocasiones. Era un tipo muy pagado de sí mismo. No sabía gran cosa sobre él, solo que no hacía mucho que había enviudado.

«Y ya planea casarse de nuevo mientras que el cuerpo de su anterior esposa todavía ni se ha enfriado. Cuánto amor debe de haber sentido por ella», se dijo con sarcasmo.

—¿No has visto a nadie, entonces?

—Eres como una vieja cotilla, Levi. —Se echó el sombrero hacia atrás y clavó sus penetrantes ojos oscuros sobre los más claros del muchacho, intimidándole—. ¿Eres un vaquero o una muchachita metomentodo como Remedios? Quizá, en vez de perder el tiempo con chismorreos, tendrías que

estar más atento a tu trabajo y así no pasarían cosas como lo de ayer con Mandolina.

Levi enrojeció profundamente. Incluso la punta de sus orejas adquirió una tonalidad escarlata.

—Lo... lo siento... mucho, Bronco —tartamudeó y bajó la vista al suelo—. No volveré a... hacerlo.

—Eso espero —dijo con frialdad antes de alejarse y dejar al muchacho sumido en la vergüenza y el sentimiento de culpa. Levi no era mal chico, pero su falta de atención podía haberle costado un disgusto a la pobre yegua. Y eso era algo imperdonable.

Pasó un rato con Manchado, frotándole y acariciándole como él sabía que le gustaba, disfrutando del silencio y la soledad del establo. A veces, en momentos como ese en los que podía apoyar la curtida mejilla sobre la piel sudada de su caballo, respirar hondo y aspirar el aroma inconfundible que desprendía, se preguntaba si no sería mejor largarse a las montañas y vivir solo con el animal, olvidarse de buscar justicia y apartarse del mundo sin volver a tener contacto con otros seres humanos.

Estaba tan cansado...

Pero la cordura no se demoraba en retornar, y la vívida imagen de su hija María, con sus rizos oscuros y sus enormes ojos que le miraban con devoción cada vez que la elevaba en el aire, acudía a su cerebro y borraba de golpe esas ideas extrañas que le sobrevenían.

—María —murmuró con una suave sonrisa en los labios.

La echaba de menos. Echaba de menos su cuerpecito cálido y regordete cuando le abrazaba y sus besos húmedos y torpes sobre su mentón. Extrañaba el poder estar con ella y ver cómo daba sus primeros pasos y tenía rabietas, y cómo sus pequeños dientes comenzaban a asomar de sus encías. Se estaba perdiendo tantas cosas... Demasiadas. Ni siquiera había podido ir al pueblo a verla la semana anterior por culpa de los terneros que se separaron del rebaño. Y todavía faltaban cinco días para el domingo próximo.

Esa semana se le iba a hacer muy larga.

Cuando ocurrió la tragedia, se vio desbordado por la situación, con una bebida recién nacida en los brazos y nadie que pudiera ocuparse de ella. La desesperación los llevó a Rico y a él a cruzar la frontera y dirigirse a Piedras

Negras, donde vivía su tía Elena, la hermana de su madre, con su hija Nita. Recordaba ese viaje como el más horroroso de su vida, temiendo que el bebé que llevaba envuelto en una manta no sobreviviera. En Catclaw Springs le había pagado una fortuna a una mujer que acababa de dar a luz para que amamantase a la niña, pidiendo al cielo que aguantara las horas que duraba el trayecto hasta México. Dios o la Virgen de Guadalupe, a los que rezaron ininterrumpidamente hasta llegar a su destino, decidieron ponerse de su parte en esa ocasión, y consiguieron alcanzar la casa de su tía sin sufrir mayores penurias.

Elena Cortés hacía tiempo que había enviudado y no tuvo ningún reparo en seguir a sus sobrinos hasta Texas para hacerse cargo de la niña. Juntaron sus ahorros y alquilaron el local que convirtieron en casa de comidas en Catclaw Springs. Y mientras Rico se dedicaba a perseguir a la banda de Bass, Gabriel buscó trabajo cerca del pueblo para ayudar a su tía a mantener a su hija. Cada dólar que ganaba se lo entregaba religiosamente.

Ese arreglo no era quizá el mejor de todos, pero era el único que le permitía estar cerca de la niña y verla con frecuencia. Al menos no estaba creciendo en un hospicio lejos de él. Sabía que Teresa habría aprobado su decisión.

—Ah, Teresa, si pudieras ver a nuestra hijita... —musitó contra el cuello del caballo. No podía ni mencionar el nombre de su mujer sin que la más profunda de las tristezas le embargase. Daba igual cuánto tiempo pasara, esa pesadez que sentía en el alma seguía allí. Parpadeó un par de veces para hacer huir la quemazón que le ardía en los ojos.

Se despidió de Manchado con una última caricia en su testuz antes de abandonar el establo. El crepúsculo le había ganado terreno a la claridad del día y, por primera vez en meses, comenzaba a refrescar. Ya era hora. Ese verano había durado demasiado.

Le rugían las tripas de hambre y se apresuró en llegar a los barracones. Se detuvo junto a la bomba de agua que había frente al portón y se quitó el sombrero, el pañuelo que llevaba al cuello y la camisa, dejando su torso al descubierto. Se lavó con rápidos movimientos, dando la bienvenida al agua helada sobre su piel sudorosa; ni siquiera se molestó en secarse antes de volver a vestirse. Con la ropa adherida al cuerpo y el cabello empapado

desprendiendo gotas de agua, entró en la construcción de madera donde los otros vaqueros ya habían dado buena cuenta de la cena. Solo su ración de estofado, tortas de maíz y frijoles permanecía sobre la mesa del fondo junto a una taza de café, enfriándose. Suspiró. Nadie tenía la culpa más que él. Le estaba bien empleado por retrasarse. Sin emitir protesta alguna, se sentó delante de la comida y la engulló con voracidad. No tenía un paladar muy exquisito y podía comer casi cualquier cosa.

—Bronco —le llamó Frank—. ¿Quieres unirte? Apostamos tabaco.

Gabriel alzó la vista. Unos cuantos vaqueros se hallaban sentados en círculo en el suelo sobre una manta de arpillera. A la luz de la lámpara de aceite que colgaba de un poste, se podían ver los tres dados con los que habían empezado ya a jugar, probablemente al *Chuck-a-luck*^A. Negó con la cabeza mientras daba el último trago a su amargo café. No solía tener mucha suerte en los juegos de azar y no deseaba que su ración de tabaco de esa semana menguara.

Mientras el grupo de los dados y otro grupo de vaqueros un poco más alejado se entretenían con unos naipes, él abandonó el barracón. La noche había caído ya, pero la luz que provenía del interior de la edificación le resultó suficiente para poder liarse un cigarrillo. El día anterior había agotado la última hoja de papel de fumar engomado que le quedaba, así que sacó de la bolsita de cuero que llevaba en el bolsillo la picadura de tabaco y la lio en una hoja de maíz seco. Era más engorroso fumar así, teniendo que sostener el cigarrillo para que no se desliara, pero el papel de fumar era caro. Además, estaba acostumbrado a hacerlo de aquel modo desde que era niño. Era una costumbre mexicana que muchos texanos habían adoptado. Mientras las volutas de humo se elevaban por encima de su cabeza, se alejó de las voces de sus compañeros. Sus pasos, inconscientemente, le llevaron cerca de la casa principal, cuyas ventanas se hallaban todas iluminadas. Tenían invitados para cenar, recordó. Sin prestarle mucha atención, se detuvo junto al cercado donde había tratado a Mandolina; apoyó la espalda contra uno de los tablones y, echándose el sombrero hacia atrás, contempló el cielo negro cuajado de estrellas, mientras le daba unas caladas al cigarrillo.

En las últimas semanas había conseguido ahorrar treinta dólares. Si a eso le añadía los nueve que cobraría el siguiente sábado, era una bonita suma que

le podría dar a su tía. Él no necesitaba más que unos dólares para tabaco, espuma de afeitar y ropa interior de invierno, ya que la del año anterior estaba demasiado usada. Rico tampoco le había pedido dinero por lo que suponía que se las estaba arreglando él solo. Era asombroso lo mucho que había madurado su hermano en el último año. De ser un muchacho jovial e impulsivo a convertirse en un hombre responsable, hecho y derecho. Suspiró. Tampoco le había quedado otro remedio. Las circunstancias le habían llevado a ello.

Estaba tan ensimismado en sus propios pensamientos que no se percató de las dos figuras que abandonaron la casa hasta un rato después, cuando una voz masculina rompió el silencio de la noche.

—La espero a tomar el té a principios de la semana que viene. Quiero que conozca a mis hijos.

Era Henry Younger.

—Muchas gracias por la invitación. —La respuesta, aunque educada, sonaba distante.

Gabriel dirigió sus ojos con desinterés hacia los dos recién llegados, cuyas siluetas se recortaban contra las ventanas iluminadas.

—Espero que, de ahora en adelante y considerando nuestra situación, vea mi casa como la suya propia y acuda a visitarla frecuentemente. De todas maneras, en breve será su casa —dijo Henry con una entonación en exceso zalamera que a Gabriel le resultó nauseabunda.

Rose guardó silencio. Incluso desde donde él estaba se podía apreciar que se hallaba nerviosa.

—Si me permite ser sincera con usted, señor Younger...

—Llámeme Henry —la interrumpió.

—Eh... Henry... Si me permite ser sincera, nuestra... situación, como usted la llama, ha sido algo inesperada para mí. Usted sabe que llegué ayer y la noticia de... —titubeó— nuestro compromiso me cogió por sorpresa. Mi padre no me informó previamente. —Sus palabras destilaban amargura—. Voy a necesitar algo de tiempo para acostumbrarme. Y como ya le he comentado durante la cena, sigo de luto. No creo que sea apropiado que nos veamos con mucha frecuencia.

—Sí, ya he escuchado su opinión durante la cena —apuntó él con desdén—. Por eso quería que hablásemos a solas para hacerle ver lo poco razonable

que resultaría esperar.

—¿Poco razonable? —preguntó ella con asombro.

—Aquí en Texas no somos tan formales como en Chicago —repuso Henry con impaciencia—. Además, tiene usted seis meses para acostumbrarse. Deberíamos aprovechar ese tiempo para conocernos mejor.

—Todavía me queda un año de luto por guardar, señor Younger —replicó ella. Ahora su voz sí que temblaba casi imperceptiblemente.

—El acuerdo al que mi padre llegó con su padre fue que nos casaríamos al comienzo de la primavera. Y es lo que haremos —respondió él con dureza. Toda su zalamería había desaparecido de pronto—. No hay necesidad de esperar más.

Rose le dio la espalda y se alejó unos pasos situándose frente a una de las ventanas. Gabriel pudo ver que había tensado la mandíbula y que respiraba con dificultad; su pecho subía y bajaba de manera notoria.

—Su padre ya nos informó de la precaria situación en la que su marido la había dejado —continuó Henry—. No tiene usted muchas opciones, Rose. Retrasar nuestra boda no va a servirle de gran cosa. Y yo necesito alguien que se ocupe de mis hijos cuanto antes.

Ella no replicó, pero se envaró todavía más, si es que eso era posible. Gabriel nunca había visto a nadie tan tenso en su vida. Parecía que su espina dorsal se fuera a partir por la mitad de un momento a otro.

—¿Acaso cree que va a recibir una oferta mejor si espera? —insistió él al ver que ella no respondía. Una incrédula risita se escapó de su boca—. No se haga ilusiones. Tampoco tiene usted mucho que ofrecer —continuó—. El hecho de que yo la haya aceptado es debido a la amistad entre las dos familias y el beneficio mutuo que saldrá de esta unión.

Incluso a Gabriel, que era un mero espectador y al que la situación no le importaba gran cosa, el comentario le pareció insultante y mezquino. Intrigado, a su pesar, aguardó la respuesta de la joven.

Rose se dio la vuelta con rapidez y se encaró con Henry. La violencia de su movimiento quedó reflejada en el vuelo de su amplia falda que barrió el suelo de madera del porche con energía.

—Señor Younger —remarcó con exageración cada una de las sílabas—, creo que lo que le sobra a usted en determinación le falta en educación y en

buenos modales. —La voz le salía forzada, no obstante, después de una pausa prosiguió con más firmeza—. Es muy posible que nuestro matrimonio se convierta en una realidad, pero quiero que sepa que, después de esta noche y de su forma de dirigirse a mí, nunca voy a poder considerarle un caballero que esté a mi altura. Jamás —añadió en un susurro con altivez—. Y ahora, si me disculpa, voy a tomar el aire. Necesito despejarme.

No esperó ninguna respuesta. Ignorando a su acompañante, se encaminó a la escalera y, sujetándose la falda del elegante vestido con el porte de una reina, descendió los tres peldaños que unían el porche con el terreno.

Los ojos de Gabriel se desviaron hacia Henry Younger, que parecía totalmente desbordado por la reacción de ella. Una mueca asombrada había aparecido en su semblante. Soltando un sonido semejante a un soplo enfadado, se dio media vuelta y desapareció dentro de la vivienda.

Rose, mientras tanto, dio unos pasos en dirección al cercado. A medida que se alejaba de la casa, las sombras la iban envolviendo. Gabriel hubiese podido sentir cierta admiración por ella por haber puesto en su sitio al cretino de Younger, pero cuando la tuvo más cerca y vio la expresión hierática que mostraba su rostro y la frialdad que desprendían sus ojos, la opinión que se había formado sobre ella se reafirmó. Era soberbia y presuntuosa. Henry y ella se merecían el uno al otro.

Mientras contemplaba cómo ella se aproximaba, completamente ignorante de que él había sido testigo de la escena, le dio una última calada a su cigarrillo sin importarle gran cosa si la brasa del mismo delataba su presencia.

Rose se detuvo en seco a un par de yardas de donde él se encontraba y se llevó una mano al cuello. Acababa de descubrirle. Sus ojos se abrieron de manera desorbitada.

Llevaba un vestido oscuro de seda con volantes en la falda y pedrería en la parte frontal del busto, y un tocado de encaje le cubría la parte superior de la cabeza. Probablemente, aquellas prendas costarían más de lo que él podía ganar en un año, pensó Gabriel. Y, sin saber muy bien por qué, una sensación de enfado le anidó en el pecho. A él le costaba Dios y ayuda poder mantener a su familia, y esa mujer altanera que se erguía frente a él parecía tenerlo todo... Paseó los ojos por su figura de manera inapropiada, deteniéndose brevemente

sobre su rostro. Ella soportó el insolente examen sin pestañear y sin decir ni una palabra. Quizá estaba demasiado avergonzada por que él había vuelto a sorprenderla en una situación comprometida o quizá estaba demasiado asombrada para replicar. El caso fue que permaneció quieta como una estatua.

Gabriel tiró la colilla de su consumido cigarro al suelo y la aplastó con su bota. Después se apartó del cercado y se llevó la mano al sombrero. El gesto hubiera podido resultar cortés si no hubiese ido acompañado por la sonrisa cínica que curvó sus labios.

—Señora —murmuró, echando a andar.

Cuando pasó junto a la inmóvil figura reparó en que ella tenía la respiración contenida y la barbilla le temblaba ligeramente. Siguió caminando y no volvió a mirarla. Solo había avanzado unos pasos cuando escuchó un sonido semejante a un gemido ahogado a su espalda, pero no se giró.

De algún modo, el haber tenido la oportunidad de poner en su sitio a la orgullosa hija de Patterson le hizo sentirse bien.

Comenzó a silbar, alejándose camino de los barracones.

Capítulo 8

Había pasado una semana desde el incidente con Henry, pero en la mente de Rose, las palabras hirientes que él le había lanzado seguían muy vivas y muy presentes. Delante de él se había esforzado por conservar la compostura y no dejarse amilanar, aunque por dentro estuviera sangrando. Qué cruel y qué miserable había resultado ser el hombre que su padre había elegido para ella. ¿Cómo iba a poder casarse con semejante individuo? Cada vez que esa idea regresaba a su cabeza la bilis acudía a su garganta.

¡No! No podía volver a vivir en el infierno de un matrimonio desgraciado.
¡No podía!

El estómago se le contrajo al recordar que al día siguiente tenía que ir al rancho *Silver Younger* a tomar el té. No se le había ocurrido ninguna excusa plausible para poder zafarse de ello. Con cuidado de no pincharse, clavó la aguja en la tela que el bastidor mantenía rígida y lo dejó sobre la mesita. Llevaba dos horas tratando de bordar una pequeña rosa, pero sus pensamientos —la mayoría negativos— volaban en todas direcciones y no era capaz de concentrarse.

Se puso de pie y se acercó a la ventana entreabierta. Un cielo plomizo la recibió; la tarde amenazaba lluvia. A pesar de que las temperaturas habían descendido, no hacía frío. No obstante, la suave brisa que entraba desde el exterior le provocó un escalofrío. Se abrazó a sí misma, frotándose los brazos.

La cena con los Younger fue un desastre. Primero, la presión a la que tanto su padre como los dos invitados la habían sometido, hablando sin parar de su futura boda y dando por sentado que ella estaba encantada con la situación. Luego, la truculenta discusión con Henry en el porche. Y después, para terminar de estropear la velada, ese breve pero intenso encontronazo con Bronco Salas.

De nuevo había tenido que ser testigo de su vergüenza. ¡Qué humillante! Era como si el destino confabulara en su contra y pusiera a ese hombre en su

camino una y otra vez, con esa actitud desabrida y esa mirada descarada y cargada de desprecio... ¡Y cómo se había dirigido a ella con ese sarcasmo y esa sonrisa burlona! No lo entendía. ¿Por qué? ¿Qué problema tenía con ella? ¿Cómo se atrevía a tratarla así? ¿Qué tonta había sido aquella noche! Se quedó paralizada y no supo reaccionar. Tenía que haberle puesto en su sitio como hizo con Henry. Ella era la hija del patrón y él un simple empleado... Un quejido cargado de frustración se abrió paso a través de sus labios.

«¡Maldito Bronco Salas!».

El sonido de los cascos de un caballo llegó hasta ella a través de la rendija de la ventana. Su vista, hasta el momento extraviada, se aclaró y se posó sobre el jinete que se acercaba a la casa. Tanto la figura del vaquero como el peculiar color de su caballo eran inconfundibles.

Su tonto corazón se aceleró sin motivo alguno.

El objeto de sus cuitas regresaba del pueblo. ¡Diablos! Parecía que cada vez que pensaba en él, lo conjuraba.

Se había enterado por los chismorreos de las criadas que, mientras el resto de los vaqueros se marchaba el sábado por la noche a Eagle Pass, a gastarse la paga en la cantina o en el salón de la afamada Kitty Lou, Bronco se quedaba en *Las Claritas* y bajaba todos los domingos a Catclaw Springs. Esa mañana, ella misma le había visto partir. Ahora, muchas horas después, regresaba al fin. Rose le siguió con la mirada pegando la frente al cristal. ¿Por qué no acompañaba a los otros vaqueros? Era extraño. Quizá tuviese familia en el pueblo...

Él detuvo su montura frente al establo, ajeno a que estaba siendo observado. Descendió del caballo y, afectuosamente, le palmeó el cuello. El animal le empujó del hombro con el hocico varias veces, como reclamando un premio. Bronco se sacó algo del bolsillo del pantalón y se lo ofreció en la palma de la mano. El equino lo atrapó con su enorme boca y luego agitó la cabeza arriba y abajo, feliz. Su dueño se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

Los ojos de Rose se abrieron como platos al escuchar aquella risa. Le contempló fascinada. El día que le vio en la llanura marcando terneros, le pareció un hombre guapo, pero ahora, y con esa sonrisa adornando su rostro, el término guapo resultaba insuficiente, sin duda. Qué diferente de los hombres

de Chicago a los que se había acostumbrado, con sus caras afeitadas y su piel clara. Había de reconocer que la oscura tez del mexicano y sus facciones ásperas resultaban mucho más interesantes y atrayentes. Él no tardó en desaparecer dentro del establo tirando de las riendas de Manchado. Así se llamaba el caballo, si mal no recordaba Rose. Nombre más que apropiado ya que todo su pelaje blanco estaba lleno de manchas de color oscuro. Pestañeó un par de veces para salir del atontamiento que la imagen del vaquero había provocado en ella. Se llevó una mano al pecho. Sí, los latidos eran muy fuertes.

¿Por qué reaccionaba así?

Titubeó y se mordió el labio inferior con nerviosismo. Seguía con los ojos pegados a la puerta del establo, ahora vacía. Finalmente, como si hubiera tomado una importante decisión, abandonó la estancia donde había pasado las últimas horas. Era una salita pequeña contigua a su dormitorio que nadie más que ella utilizaba. Atravesó el pasillo y se detuvo frente a la habitación de su hermana. Alzó la mano, dispuesta a tocar la puerta con los nudillos, pero se lo pensó mejor y se reprimió. ¿Qué excusa le iba a dar a Angie para ir a visitarla? Meneó la cabeza y se alejó unos pasos hacia el dormitorio de su hermano Will. La puerta estaba entornada, señal inequívoca de que él no se hallaba allí. A esa hora siempre se encontraba con su padre en el despacho. William Patterson insistía en que el jovencito pasase las tardes con él, aprendiendo el manejo del rancho.

Rose empujó la hoja de madera y, rauda, se acercó a la ventana. Al contrario que la suya, las habitaciones de sus dos hermanos daban a la parte trasera de la propiedad donde se hallaban el granero, las casas de los criados...

Y el barracón de los vaqueros.

Permaneció expectante, no queriendo pensar demasiado en por qué se encontraba allí, aguardando frente al cristal.

Al cabo de unos minutos de agónica espera, Bronco apareció en su campo de visión. Caminaba sin prisa con ese andar característico de los hombres acostumbrados a pasar largas horas a lomos de un caballo. Tenía las piernas largas y no tardó en alcanzar la puerta del barracón. Se detuvo y se quitó el sombrero, dejando su irregular melena al descubierto. Tenía el cabello

aplastado contra el cuero cabelludo y unos cuantos mechones le colgaban sobre la frente de manera descuidada. Dejó el sombrero en el banco de madera que había junto a la bomba de agua y luego se desanudó el pañuelo que llevaba al cuello. Después, comenzó a desabrocharse la camisa.

Rose se apresuró a cerrar los ojos y se dio la vuelta, apoyando la espalda contra la pared. Era cierto que había ido hasta allí para espiar al vaquero, pero de ninguna manera pretendía ver cómo se desnudaba. ¡No! ¡De ningún modo! Sintió el calor reptando por su cuerpo y su respiración se tornó dificultosa.

«No seas tan tonta. No sería el primer torso masculino desnudo que ves. Ya no eres una jovencita sin experiencia. Es ridículo que te escandalices así».

Esa voz que le hablaba tenía toda la razón del mundo. ¡Por Dios! ¡Tenía veintinueve años y había estado casada! Carraspeó. Luego se giró con decisión.

Bronco ya se había quitado la camisa y le daba la espalda. Una espalda morena y amplia. La espalda de un hombre acostumbrado al trabajo físico. Rose se deleitó en sus ángulos y sus formas. Era, sin duda, una espalda imponente. En ese momento, él se inclinó hacia delante, agarró la palanca de hierro y comenzó a bombear. Ella contuvo la respiración mientras mantenía los ojos fijos en los poderosos músculos que adornaban sus brazos y sus hombros; era fascinante ver cómo se distendían y se contraían. Cuando el chorro de agua brotó del caño, introdujo la cabeza debajo y la agitó a un lado y al otro. Instantes después, se incorporó con ímpetu, y millares de gotas transparentes se desprendieron de su cabello volando en todas direcciones.

La potente e inusual imagen penetró con crudeza en las retinas de Rose, cuyos ojos se abrieron desmesuradamente. Se le aflojó la mandíbula y de su boca se escapó un sonido extraño, mezcla de suspiro y lamento. Avergonzada, se la tapó con el dorso de la mano.

Bronco se pasó los dedos por el pelo, escurriéndoselo y echándoselo hacia atrás. Empapado como estaba, le llegaba más abajo de los omóplatos. Un reguero de agua le resbaló por la columna vertebral y le mojó la parte trasera de los pantalones. Después se dio la vuelta. Su fornido pecho cubierto por unos breves rizos de vello oscuro se presentó ante las dilatadas pupilas de la joven que, aunque había conseguido cerrar la boca, no pudo evitar parpadear

repetidamente. ¡Qué equivocada había estado al decirse a sí misma que un pecho masculino desnudo no iba a alterarla! Era verdad que había visto otros con anterioridad. Los de algunos vaqueros hacía años y el de Timothy, por supuesto, pero ninguno como ese.

Ninguno.

Solo comparar el de su marido, pálido, delgado e imberbe, con el del mexicano resultaba ridículo. Era como comparar un ternerito indefenso recién nacido con una res fuerte y adulta.

Repentinamente, Bronco levantó la cabeza y dirigió su mirada oscura y desconfiada hacia donde ella se encontraba. Aterrada, Rose dio un salto hacia atrás y estuvo a punto de caer al suelo al pisarse el bajo del vestido. Recobró el equilibrio a tiempo y se agarró con firmeza al poste de la cama. Si su corazón había latido antes con rapidez, ahora estaba totalmente desbocado y parecía querer explotarle.

«Por favor, por favor, que no me haya visto», rogó en silencio, abrazándose al poste como si le fuera la vida en ello. Cerró los ojos y apoyó la frente sobre la bruñida superficie de madera.

No quería ni pensar en la humillación que supondría para ella que él la descubriera espíandole. ¡Jamás podría volver a poner un pie fuera de la casa! ¿En qué narices había estado pensando para ir a la habitación de Will? ¿Estaba loca? Sí, sin duda lo estaba. Había perdido la razón. ¿Qué hacía ella, una respetable viuda, escondiéndose tras los visillos para acechar a un vaquero a medio vestir?

—¿Qué has hecho, Rose Randolph? Has perdido todo el decoro —se recriminó, y su voz sonó estrangulada y temblorosa.

—¿Qué haces aquí? ¿Con quién hablas?

Dio un respingo al escuchar a su hermana. Se volvió a toda velocidad y descubrió a Angie mirándola con el ceño fruncido desde el umbral de la puerta.

—¿Sucede algo? —insistió, acercándose. Su tono había cambiado y ahora sonaba preocupado—. Tienes la cara muy roja. ¿Tienes fiebre? ¿No te encuentras bien?

—No... no... —logró decir. Trató de forzar una sonrisa—. Estoy bien. No... no pasa nada.

—¿Qué haces aquí, en la habitación de Will? —Angie se acercó a ella. Mostraba una expresión curiosa—. ¿Le estabas buscando? Está con padre, en el despacho, como todas las tardes.

—Sí, sí... Se me había olvidado —asintió Rose con vigor.

Su hermana arqueó las cejas. No parecía demasiado convencida. Paseó la mirada por la habitación antes de volver a clavar sus oscuros ojos sobre los de ella.

—Estabas hablando en voz alta —dijo—. ¿Por qué decías que habías perdido el decoro?

Rose gimió internamente.

—¿Yo he dicho eso? Me habrás entendido mal. —La cogió del brazo y, regalándole una rápida sonrisa, tiró de ella hacia la puerta—. Quiero enseñarte una cosa. Ven.

Angie se dejó guiar. Seguía mostrándose perpleja, pero no volvió a insistir. Y Rose lanzó una plegaria al cielo. Lo último que deseaba era tener que explicarle a su hermana lo que hacía allí.

En el pasillo se chocaron literalmente con Will.

—Oh, no te hemos visto —murmuró Rose, y alzó la mano para revolverle el cabello. Se había acostumbrado a hacerlo y a él no parecía molestarle. Mas cuando vio la pálida tez de su hermano y sus ojos llorosos, se detuvo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Angie, soltando a Rose y sujetando a su hermano por los hombros.

Este bajó la mirada al suelo.

—¿Estás bien? —Rose se agachó para que su cara quedase a la misma altura que la de él. En cuanto lo hizo descubrió la mancha rojiza que adornaba su mejilla izquierda.

Apretó la mandíbula con indignación al ver aquella marca. Su padre había vuelto a golpearle. William Patterson era un salvaje.

—¿Ha sido padre? ¿Otra vez? —preguntó Angie con manifiesto enfado.

El pequeño no respondió. Había comenzado a temblarle la barbilla y semejaba estar a punto de romper en llanto.

Rose respiró hondo. Sabía que no iba a servir de nada enfrentar a su padre por algo así. Ya lo había hecho hacía unos días y Patterson la miró como si estuviera demente al cuestionar su forma de tratar a Will. Se apresuró a

recordarle que esa era su casa y que él decidía cómo criar a sus vástagos. Después hizo hincapié en su incapacidad para tener hijos propios y le aconsejó que más le valía aprender un poco de sus métodos si iba a convertirse en la madrastra de los hijos de Henry. Rose terminó por abandonar el despacho apenada y furiosa a partes iguales y con una fuerte migraña.

Miró la cara compungida de su hermano y la expresión preocupada que mostraba el rostro de su hermana. No parecían los mismos niños vivaces y alegres que montaban con ella a diario, que se esforzaban por hacerle la vida más fácil en el rancho, y que la seguían a todas partes. ¡Qué injusto era todo!

—Venid conmigo —dijo ahora con decisión, empujando a Will del hombro y tomando del brazo a Angie. Ambos la siguieron arrastrando los pies. Los condujo hasta la salita donde había pasado el día. En uno de los cajones del escritorio guardaba unos dulces y tenía cariño a raudales para repartir.

Quizá no podía luchar contra su padre, pero al menos podía reconfortar a sus hermanos.

La imagen de Bronco Salas junto a la bomba de agua se diluyó en su mente y quedó olvidada.

Capítulo 9

—Creo que empezamos con mal pie la otra noche —dijo Henry.

Había esperado a que su padre se marchara y los dejase solos para sacar el tema, al parecer. Hasta ese momento habían hablado de cosas banales y poco personales. En realidad, él lo había hecho, ella se había limitado a escucharle. Pero ahora, sus ojos verdosos buscaron los de Rose y una sonrisa se pintó en su cara.

Ella sujetó el platillo y la taza de té con demasiada fuerza. Estaba segura de que sus nudillos se habían tornado del color de la nieve, gracias a Dios, el suave encaje negro de sus guantes tapó ese indicio de su disgusto.

Llevaba casi dos horas en el rancho de los Younger. Y en ese lapso de tiempo había podido comprobar que el padre de Henry era —si bien a ella la había tratado con suma cortesía— un hombre frío y calculador, muy semejante a William Patterson. Y su hijo no le iba a la zaga. Ambos la habían agasajado con toda suerte de cumplidos y palabras más que cordiales, pero ella no podía evitar sentirse incómoda en aquel ambiente. El tono de Henry al dirigirse a los criados, más propio de un amo hablando a sus esclavos, le disgustaba sobremanera. Ciertamente era que hasta hacía unos años, esos mismos sirvientes habían sido posesión de los Younger, pero después de que el Sur perdiera la guerra y se aboliera la esclavitud, los anteriores amos se habían visto obligados a devolverles la libertad y pagarles un sueldo por el mismo trabajo que anteriormente realizaban de manera gratuita. Los Younger, no obstante, seguían tratando a sus negros como si todavía fueran de su propiedad. Esa era una de las pocas cosas en las que se diferenciaban de su padre. En el rancho *Las Claritas* nunca hubo esclavos. Patterson se había criado en Nueva York y tenía una mentalidad demasiado nortea para ello.

Un carraspeo la sacó de sus turbios pensamientos. Aclaró la vista y la posó sobre Henry, que se hallaba sentado a su derecha y la observaba con interés. Parecía estar esperando algo. Un rayo de sol que entraba por la ventana caía

sobre su regazo donde tenía las manos cruzadas. Manos blancas de dedos finos y uñas bien recortadas. Similares a las de Timothy.

Muy distintas a las de Bronco...

Sintió el calor explotar en sus mejillas y el tintineo de la taza sobre el plato denotó el temblor que recorrió sus extremidades. Huyendo de la mirada curiosa de Henry, se inclinó y depositó el plato sobre la mesita que había frente a ella. Tratando de ganar algo de tiempo, cogió una de las pastas recubiertas de azúcar y se la llevó a la boca.

—¿Está bien? —preguntó él, solícito—. Parece intranquila.

—Estoy bien. Gracias —murmuró después de haberse comido el dulce. Estaba delicioso, aun así, no pudo disfrutarlo.

—Le decía que creo que comenzamos con mal pie la otra noche —continuó él—. Quiero disculparme si la ofendí. No tenía un buen día. Lamento mucho haberla incomodado.

Rose guardó silencio. No era demasiado buena leyendo a las personas. Solía equivocarse con frecuencia, pero en el caso de Henry era muy evidente que en aquellas palabras no había verdad alguna. La sonrisa que no llegaba a sus ojos y el pequeño tic en el párpado izquierdo delataban su falta de sinceridad.

«Ha decidido cambiar de estrategia», pensó. «Pretende conquistarme».

—Tampoco fue un buen día para mí —reconoció.

Sopesando sus opciones, llegó a la conclusión de que sería mucho mejor aceptar sus falsas disculpas y actuar como si nada hubiera sucedido. Tampoco le convenía enzarzarse en una guerra abierta contra él. Sin apoyo de ningún tipo, ella llevaba las de perder. Mas no iba a olvidar cuál fue la primera impresión que tuvo de Henry y las frases llenas de desdén que le arrojó a la cara.

—Quiero que conozca a mis hijos. Llevan días ilusionados —siguió él, incorporándose de repente—. Echan de menos a su madre y el que otra mujer venga a visitarlos les resulta emocionante.

Aquello no era justo. No lo era. ¿Ahora empleaba a sus hijos como cebo? No le gustaba Henry Younger y lo último que deseaba era casarse de nuevo, pero su cálido corazón se agitaba cuando escuchaba hablar de niños. Tres niños que acababan de perder a su madre.

Carraspeó nerviosa.

—Por supuesto —repuso. Tampoco podía decir otra cosa.

Henry se dirigió a la puerta y la abrió de par en par. La muchacha de piel color chocolate que les había servido el té se encontraba de pie en el exterior. Le dijo algo en voz baja y ella se dio la vuelta y se alejó.

Rose le contempló atenta mientras él daba cortos paseos sobre la mullida alfombra. No era un hombre mal parecido, en cierto modo le recordaba a Timothy, a pesar de no parecerse físicamente. Timothy era rubio y tenía los ojos oscuros. Henry, por el contrario, tenía el cabello castaño y los ojos claros. No obstante, ambos exhibían una pose llena de frialdad. No había calidez alguna en sus ademanes. Sabía lo que era estar casada con un hombre así. La distancia, la indiferencia, la insensibilidad...

Ella estaba ya cansada de vivir en un desierto helado. Quería calor.

De nuevo, las imágenes de las curtidas manos de Bronco acariciando a Mandolina con afecto le explotaron en la cabeza y el anhelo más profundo la embargó.

«¡No! ¡No otra vez!», se reprendió en silencio.

Odiaba no poder arrancarse de su mente aquel recuerdo que no paraba de asaltarla en los momentos más inapropiados.

El ruido de unas pisadas sobre el suelo de madera atrajo su interés. La criada accedió al salón. Llevaba un bebé en el brazo izquierdo, y a su mano derecha se aferraba una niña de unos cinco años, que a su vez agarraba la mano de un niño algo más pequeño.

—Salud a la señora Randolph —ordenó Henry con sequedad. Ambos niños se inclinaron respetuosamente. Ninguno mostraba ese entusiasmo del que había hablado su padre, más bien parecían asustados—. Estos son Susan y Roger. Y el pequeño se llama Thomas.

Rose se incorporó y se acercó a ellos. Ni Susan ni Roger levantaron la vista de la alfombra. Los dos se parecían bastante a su padre con la piel blanca y el cabello oscuro. El bebé, que no debía ser mayor de cuatro o cinco meses, tenía una mata de pelo rojizo sobre la cabecita. Estaba dormido. La criada inclinó los párpados respetuosamente.

—Hola, Susan. Qué lazo más bonito llevas en el pelo —le dijo, tratando de atraer su atención.

—Gracias, señora Randolph —musitó la pequeña después de haber lanzado una mirada de soslayo hacia su padre. A ella ni siquiera la miró.

Rose frunció la frente. Estuvo tentada de seguir hablando con ella, pero la incomodidad de la niña era palpable.

—¿Cuántos años tienes? —se dirigió al muchachito.

Este, al igual que Susan había hecho antes, miró a su padre como solicitando su permiso. La expresión de sus ojos era temerosa.

—Cuatro, señora Randolph —respondió al fin con voz apenas audible. Su manita apretujó la de su hermana.

—Ya eres un hombrecito —repuso ella intentando imprimir serenidad y dulzura a sus palabras.

—Son tímidos —intervino Henry, acercándose y poniendo las palmas de sus manos sobre las cabezas de ambos, que se tensaron visiblemente ante el contacto.

Rose tuvo que apartar la vista de su sonrisa glacial. Creyó que el alma se le partiría al ver aquello. Susan y el pequeño Roger se aferraban casi con desesperación el uno al otro mientras su padre, que solo debería haber provocado cariño en ellos, se erguía a su espalda, flemático y duro, atemorizándolos. Incapaz de seguir contemplando esa escena, sus ojos volaron hacia el bebé. Al menos, ese pequeño todavía no tenía que sufrir la frialdad de su padre. Refrenó el impulso de alargar el brazo y acariciarle la suave mejilla, y se limitó a contemplarle en silencio mientras la ternura y la lástima la invadían.

«Pobre pequeño sin madre».

—Ya puedes llevártelos. —El tono autoritario de Henry la estremeció. Se había quedado absorta.

Los niños murmuraron una despedida mientras la criada se alejaba con ellos. Rose los siguió con la mirada. Tenía ganas de llorar.

—Todavía no se han acostumbrado a la pérdida de su madre, pero la tristeza no les durará mucho más.

La actitud insensible y distante de Henry para con sus hijos solo había reafirmado la opinión que ya tenía formada sobre él.

—Son encantadores —murmuró, tratando de que no notara el rechazo que sentía hacia él y que se le había instalado muy adentro—. Creo que va siendo

hora de que me ponga en marcha —añadió. Seguía sin mirarle, pero notaba su presencia a poca distancia.

—Ha sido un placer disfrutar de su compañía, Rose. La semana que viene prometo devolverle la visita. ¿Le parece bien el martes?

«¿No puede ser el martes de dentro de cien años?», gimoteó una voz quejumbrosa en su interior.

—Me parece perfecto, señor Younger —respondió, fingiendo una sonrisa. Él se acababa de situar en su campo de visión y ya no pudo ignorarle más. Clavó la mirada en algún punto entre su fino labio superior y su nariz, evitando sus ojos.

—Henry —la corrigió él con un tono odiosamente empalagoso—. No deberíamos ser tan formales, dada nuestra... situación.

La sonrisa se le congeló, pero se recompuso con rapidez.

—Le espero el martes a tomar el té, entonces —dijo con una breve inclinación de cabeza.

Henry tomó su mano enguantada y, haciendo gala de los modales más exquisitos, se la llevó a los labios y depositó un beso sobre sus nudillos. No fue el típico roce cortés al que ella estaba acostumbrada. Fue un beso en toda regla que duró más de lo necesario. Pudo sentir la humedad de su boca incluso a través del fino encaje del guante y su cálida respiración sobre el dorso de su mano. La repulsión se adueñó de su cuerpo y se forzó a no retirar el brazo de un tirón y a mostrar una expresión neutral. Él no dejaba de observarla, buscando una reacción a su inapropiado gesto.

—La acompaño hasta la puerta. —Se apartó, poniendo fin a la eterna y desagradable caricia. Rose recuperó su mano, aliviada, y refrenó el impulso de frotársela en la falda del vestido.

Pedro, que la había acompañado hasta el rancho de los Younger, la estaba esperando fuera junto a los caballos de ambos. A pesar de que no le había dicho cuánto tiempo iba a durar la visita, él debía de haberlo intuido. Fue él también el que la ayudó a subirse a la grupa de Wind y no Henry, que permaneció en el porche y se despidió de ellos con un ademán satisfecho. Rose dio gracias al Señor por ello. Prefería sentir mil veces las manos inocentes del mexicano sobre su talle antes que las de su *futuro esposo*, que con toda seguridad estarían cargadas de lascivia.

Pedro, como si estuviera al tanto de su irritable estado de ánimo, no trató de darle conversación, cosa que ella agradeció. Su mente se hallaba demasiado ocupada con lo vivido en el *Silver Younger*. Además, tenía que concentrarse para no perder el control de su montura. Wind no era de fácil trato ni tan dócil como Alone, a la que ella se había acostumbrado, pero aquella tarde cuando fue al establo, se encontró con que la yegua había perdido una herradura y no podía ser ensillada. No le quedó más remedio que conformarse con su hermano, que notaba que a ella le faltaba seguridad sobre la silla y se aprovechaba de ello tratando de hacerse con el control de la monta.

Todavía faltaban un par de horas para que anoheciera, no obstante, algunos nubarrones grises habían tapado el sol oscureciendo la tarde. Los matorrales y arbustos que salpicaban la zona que atravesaban, carentes de las sombras producidas por el sol, hacían que el paisaje resultase plano y sin vida. Hasta donde el ojo alcanzaba a ver se extendía el terreno seco y amarillento, apenas moteado por unas cuantas pinceladas verdes, pidiendo agua a gritos. Los ojos de Rose se desviaron brevemente a la izquierda, hacia la colina. Detrás del suave promontorio se hallaba la llanura norte donde hacía unos días los vaqueros habían marcado a los terneros.

Wind hizo un movimiento brusco con la cabeza y comenzó a corcovear yéndose hacia la derecha. Ella tiró con brío de las riendas intentando enderezarle.

—No seas cabezota. No me lo pongas más difícil. Aguanta un poquito a que volvamos al rancho y te prometo que no volveré a montarte —le habló con exasperación.

—¿Necesita ayuda, señorita Rose? —Pedro situó su montura a su lado. La miraba con preocupación.

—No, no... ya está —exclamó entre dientes. Por fin parecía que Wind se había calmado y retornaba a su paso tranquilo. Sin embargo, podía notar que los músculos del cuello del caballo estaban tensos todavía—. Es un poco nervioso.

—Está acostumbrado al peso del señorito Will —le explicó Pedro, retrasándose un poco—. Nadie más suele montarlo.

Suspiró. Teniendo en cuenta que ella pesaba dos veces más que su hermano y que no se daba mucha maña con los caballos, era normal que el pobre animal estuviera desconcertado.

Siguieron cabalgando en silencio y los pensamientos de Rose regresaron a Henry y su despedida. Inconscientemente, volvió a frotarse la mano en la falda. Era un gesto inútil ya que se había puesto los gruesos guantes de cuero que utilizaba para montar, pero en cierta manera se sintió mejor. Qué desagradable había sido sentir la humedad de sus labios sobre la piel. Se estremeció.

Se encontraban a pocas millas de distancia de *Las Claritas* cuando un grupo de hombres a caballo apareció en el horizonte. Rose entornó los ojos y trató de distinguirlos. Serían unos diez.

—Son nuestros vaqueros —dijo Pedro a su espalda—. Vuelven al rancho.

Rose iba a girarse en la silla para preguntarle cómo era posible que tuviera esa vista de águila, cuando Wind se encabritó repentinamente. Relinchando con fuerza, se puso de pie sobre las patas traseras. Ella apenas si pudo reaccionar. Intentó mantener el control tirando de las riendas con firmeza, pero el animal parecía fuera de sí y por más que se esforzó por tranquilizarle, no tuvo éxito. Agitaba la cabeza a un lado y al otro y no cesaba de retorcerse. Finalmente, estiró el cuello hacia delante y se lanzó a un frenético y enloquecido galope. Aturdida por la sorpresa, dejó que las riendas se le escapasen de las manos que, libres, bambolearon sobre los hombros del equino. Trató de cogerlas, desesperada, pero le resultó imposible sin perder el equilibrio. Los gritos de Pedro pronto se vieron sofocados por el ruido de los cascos del caballo y el viento que soplaba rápido contra sus oídos. El suelo pasaba tan veloz bajo sus pies que temió marearse. Cerró los ojos, apretó las rodillas a los flancos del histérico animal y le rodeó el poderoso cuello con los brazos, tratando de hacerse una con él y de acompasar los movimientos de su cuerpo a los suyos. Ahogando un grito, enterró la cara en la poblada crin.

Estaba aterrorizada.

Capítulo 10

—¿No son aquellos Pedro y la señora Randolph? —Frank señaló con el dedo las dos figuras que se recortaban contra el cielo plumizo a lo lejos.

Gabriel, que iba algo más retrasado como de costumbre, al oír el nombre de la hija de Patterson, giró la cabeza y buscó las siluetas con la mirada. Sí, como bien había reconocido Frank, eran ellos. Por la dirección que traían sus caballos, volvían del rancho Younger. Se preguntó si ella y Henry ya habrían hecho las paces. No había vuelto a verla desde aquella noche. Tenía la sensación de que ella le evitaba. Mejor así. Su presencia le incomodaba.

A pesar de que la distancia que los separaba era mucha, su ojo experto captó al instante que ella tenía problemas para controlar su montura. Él mismo había domado a Wind y sabía que era cabezota y que no le gustaba demasiado que nadie, excepto el joven Will, lo montara. Con cualquier otra persona se ponía nervioso. Frunció el ceño, preguntándose por qué la señora Randolph lo habría elegido. No era una buena amazona y el caballo lo notaría sin duda.

No había terminado de cuestionarse aquello, cuando sus temores se vieron confirmados. Wind se alzó sobre las patas traseras y trató de derribarla. Se retorció y coceó fogoso, pero al no conseguirlo, rompió en un galope descontrolado. Gabriel no pensó demasiado. Hincó los talones en los flancos de Manchado y le azuzó con las riendas. No registró los gritos de sus compañeros a su espalda. En solo unos segundos los había dejado muy atrás.

Manchado era un caballo en extremo perceptivo que sabía instantáneamente lo que se precisaba de él. A un simple toque de talón y, casi sin tirar de las riendas, tomó la dirección exacta en la que quería ir su dueño y adquirió velocidad. El terreno era llano y sin demasiados obstáculos, lo que facilitaba el avance, y Gabriel no tardó en situarse en paralelo al desbocado Wind. Según se acercaba, maldijo en silencio al comprobar que la aterrorizada joven había soltado las riendas. Al menos, había tenido el suficiente sentido común como para no sacar los pies de los estribos, echarse

sobre la cruz del animal y agarrarse a su cuello sin oponer resistencia a sus agitados movimientos. Mientras el viento le golpeaba en la cara y le arrancaba el sombrero de la cabeza, dejó que Manchado se aproximara hasta que solo unos pies separaron ambas monturas. Los castaños ojos del enloquecido animal reflejaban puro pavor. Algo tenía que haberlo asustado.

Dejó que los caballos galoparan uno junto al otro para que el mesteño se acostumbrase a la tranquila presencia del appaloosa a su lado. Gabriel no trató de comunicarse con la joven, sabía que era inútil. El impacto de los cascos de los dos animales contra la tierra resonaba con fuerza en el aire, ensordeciendo todo lo demás. Al cabo de un breve lapso de tiempo, cuando consideró que el miedo de Wind ya no era tan patente, se inclinó y atrapó las bamboleantes riendas en una maniobra ágil y llena de pericia, que cualquier otro jinete habría tardado más tiempo en llevar a cabo. La hija de Patterson levantó ligeramente la barbilla. El terror se reflejaba en sus ojos azules. Había perdido su sombrero y unos mechones de pelo se le habían escapado del ajustado recogido y volaban al viento, mezclándose con las crines del caballo. Su mirada pareció aclararse al reconocerle. Él, no obstante, no tenía tiempo de detenerse a tranquilizarla. Se concentró en Wind que no había disminuido un ápice la velocidad, asegurándose a la vez de no acercarse demasiado para no aplastar la pierna de la joven con el peso de Manchado.

Confiando plenamente en su caballo y en su propia habilidad para controlarlo solo con sus extremidades inferiores, soltó sus riendas y se concentró en las del otro animal. Agarró la derecha y la sujetó cerca de su boca, comenzando a tirar hacia abajo, forzándolo a inclinar el cuello y a dirigirse hacia la colina que se erguía frente a ellos. El simple hecho de ir cuesta arriba haría que el equino redujera su galope. Y así fue. En cuanto la pendiente se hizo algo más elevada, fue perdiendo fuelle y el ímpetu de la carrera se redujo. Manchado se acompasó a su paso intuitivamente. Gabriel siguió sosteniendo las riendas y tirando cada vez con menos fuerza, consintiendo que fuese el animal el que decidiera su propio ritmo. Tras unos segundos de dejarlo a su aire, se echó hacia delante y le cogió la oreja, estrujando su pliegue. Era un procedimiento que solía funcionar y tranquilizaba a los caballos. Lo hizo un par de veces y el efecto fue

instantáneo, el galope pronto se convirtió en un trote, y el trote en un paso algo errático. Pronto llegaron a la cima y comenzaron a descender.

Rose Randolph ni siquiera se había movido. Seguía encorvada, abrazándose al peludo y vigoroso cuello como si le fuera la vida en ello. Sus manos, crispadas, se agarraban con firmeza a las blancas crines y mantenía los ojos cerrados. Gabriel la miró de reojo. No hizo ningún comentario, a pesar de que ahora ella sí sería capaz de oírle. Continuó guiando ambas monturas hacia la llanura. Un riachuelo, que debido a la falta de lluvia no llevaba mucho caudal, la atravesaba. Se encaminó hacia allí. Wind parecía necesitar unos cuantos sorbos de agua con urgencia. El pobre jadeaba y sudaba profusamente. No era un caballo muy resistente y se cansaba con facilidad a pesar de ser un mustang. Hacía dos o tres años, cuando lo llevó a *Las Claritas* junto con una partida de ejemplares entre los que también se encontraba su hermana Alone, Patterson no quiso conservarlo, pero el pequeño Will se enamoró de él y le rogó a su padre que se quedara. Esa fue, quizá, la primera y única vez que el dueño del rancho demostró algo de afecto hacia uno de sus hijos —al menos que Gabriel fuera testigo—, y aceptó la súplica del niño.

Un silbido estridente llegó hasta sus oídos haciéndole girar la cabeza. A lo lejos pudo distinguir al grupo de vaqueros que debían de haberlos seguido. Levantó el brazo y lo agitó en el aire, haciendo un gesto tranquilizador. Estos no tardaron en darse media vuelta y alejarse.

Le echó un vistazo a Wind. Iba a necesitar algo más de tiempo hasta que se calmase del todo.

Se retiró el pelo de la frente con energía. ¡Maldición! Había perdido su sombrero. La exasperación le ensombreció el rostro. Volvió a mirar a la hija de Patterson. No había abierto los ojos ni se había incorporado. Respiraba con dificultad, al igual que su caballo, y estaba muy pálida. Por un instante se sintió mal por ella, tenía que estar muerta de miedo. Mas ese sentimiento se esfumó rápidamente y se convirtió en enojo. ¿Por qué narices había montado a Wind si no era capaz de manejarlo? El pobre animal podía haberse lastimado.

Detuvo los caballos en la orilla del riachuelo, en una zona plagada de carrizos que se mecían con la brisa. Se bajó de Manchado y dejó que se alejara sin preocuparse demasiado. No había soltado las riendas de Wind, que agitó la cabeza y le miró con fijeza. Todavía se mostraba algo inquieto y

Gabriel se colocó a su lado, evitando ponerse frente a él. Le frotó el sudoroso cuello, rascándole la piel con las uñas.

—Menudo susto te llevaste, Viento, ¿qué pasó, muchachito? —comenzó a hablarle en español con suavidad, como siempre hacía—. ¿Viste algo que no te gustó? Ya pasó, amigo. Ya está todo bien, pues.

De reojo, reparó en que la señora Randolph abría los ojos y los posaba sobre su mano, la que estaba empleando para acariciar a Wind. Una extraña expresión se mostró en su cara, que adquirió una tonalidad rojiza, desterrando su anterior palidez.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó.

—Estoy... estoy bien —respondió con vacilación.

Lo dijo en español y él se dio cuenta de que se había dirigido a ella en ese idioma. Le sorprendió que la hija mayor de Patterson hablara su lengua materna sin apenas acento. Se sintió molesto de algún modo.

—¿Puede bajarse del caballo? —cambió al inglés. Su tono era bastante más duro de lo necesario.

Ella le miró por espacio de unos segundos antes de contestar. Parecía costarle encontrar las palabras adecuadas.

—Wind necesita tranquilizarse y lo hará con mayor rapidez si usted se baja —insistió con impaciencia.

—Puedo intentarlo —dijo ella finalmente—. Me... me tiemblan las piernas —reconoció avergonzada, enrojeciendo todavía más.

Se incorporó con lentitud, apoyando las temblorosas manos sobre el cuerno de su silla de montar. Trató de sacar el pie del estribo, pero su cuerpo aparentaba no querer responderle. Le dirigió una mirada suplicante, como pidiéndole más tiempo. Su aspecto era tan desvalido que hasta el propio Gabriel se avergonzó de ser tan rudo con ella.

—Déjeme a mí —masculló. No sabía por qué aquella mujer le irritaba tanto, pero lo hacía.

Anudó las riendas de Wind a un pequeño arbusto para evitar que huyera si volvía a asustarse y se acercó a ella. Le sacó el pie del estribo y rodeó el caballo para hacer lo mismo con su otro pie. Luego alzó los brazos y, sin demasiado cuidado, la cogió por la cintura y la bajó. Ella emitió un jadeo de sorpresa y se agarró a sus hombros. En cuanto la hubo depositado en el suelo,

se apartó de él con presteza, como si el mero hecho de que la tocara le resultase desagradable.

Gabriel la estudió con algo de ira contenida. En todos sus encuentros anteriores, la distancia o la oscuridad le habían impedido ver su rostro con claridad. Por primera vez podía contemplarla a plena luz del día. Su pelo era del color del trigo maduro y sus ojos, de un tinte azul oscuro. Su boca era, quizá, demasiado generosa para sus delicadas facciones, que ya no eran las de una jovencita. Tendría unos años más que él, calculó con rapidez.

Aunque no era una belleza, tampoco era una mujer fea.

Ella había comenzado a respirar con dificultad. Dio un paso a un lado, como si quisiera sustraerse al descarado escrutinio del que estaba siendo objeto, y las piernas le fallaron. Él, instintivamente, alargó los brazos, haciendo amago de sujetarla para evitar que cayera al suelo.

—¡No me toque! —exclamó ella echándose hacia atrás a trompicones.

Gabriel se detuvo en seco, sorprendido. La vio alejarse trastabillando y tratando de agarrarse a las débiles cañas que adornaban la orilla del río. ¿Tanta repulsión provocaba en ella que prefería caerse al agua antes que permitir que él la tocara? ¡Maldita mujer y sus puñeteros prejuicios! Conteniendo un exabrupto, giró sobre sus talones con brusquedad. Si se caía al río, era su problema. Él no iba a mojarse para sacarla.

—Lo... lo siento. —La brisa trajo la entrecortada disculpa hasta él.

Desató a Wind y lo condujo hasta el agua. El animal parecía haberse calmado lo suficiente como para dejarlo suelto, de modo que lo hizo. Se concentró en mirar cómo bebía. A ella la ignoró por completo.

—Lo lamento...

—No diga nada, señora —la interrumpió, lanzándole una ojeada por encima del hombro. Se había acercado a él y se retorció las manos en la ridícula y aparatosa falda de montar—. Guárdese sus disculpas para quien quiera escucharlas —masculló, airado—. Yo no las necesito.

—Creo que... ha habido un malentendido.

—¿Usted cree? —preguntó con socarronería, dándose la vuelta y encarándose con ella, cuyo rostro volvía a estar tan pálido como la nieve en invierno. Su imagen, alejándose de él mientras le gritaba que no la tocara, se

presentó de nuevo ante sus ojos y la furia se apoderó de él—. Yo creo que no. Creo que lo he entendido todo —dijo, casi escupiendo cada palabra.

—No... no lo creo... —murmuró. Clavó los ojos en los suyos y el color de su cara pasó del blanco más prístino al rojo más encendido—. Me ha malinterpretado.

—Ciertas cosas no se pueden malinterpretar, *señora* —siseó. Cada vez que pronunciaba la palabra *señora* lo hacía con un timbre desdeñoso. Entre dientes, añadió—: Es usted digna hija de su padre.

—¿Có... cómo dice? —Ella dio un paso atrás como si la hubiera golpeado.

—Me ha oído. He dicho que es usted digna hija de su padre —repitió en voz baja, entornando los ojos.

—No... no sé a qué... se refiere —tartamudeó. El tono que empleó estaba cargado de consternación.

Gabriel suspiró con exasperación y apartó la vista. Ya había hablado demasiado. ¿De qué le iba a servir decir nada más? Solo podía traerle problemas el expresarse con tanta libertad delante de la hija de Patterson.

—Será mejor que volvamos al rancho —dijo, dando media vuelta y dirigiéndose hacia los caballos—. ¿Está usted en condiciones de montar?

—No estoy en condiciones de montar —repuso ella con sequedad, obligándole a detenerse en seco—. Además, exijo una explicación. No entiendo por qué es usted tan grosero conmigo. Creo que olvida su posición.

Volteó la cabeza y la observó, arqueando una ceja. Ella había elevado el mentón y cuadrado los hombros. Parecía ir recuperando el aplomo poco a poco. Le retaba con la mirada.

—Mi grosería es una simple reacción a su altanería, señora —dijo al fin, sin vacilación alguna. Si decirle aquello le acarreaba problemas, que así fuera. Estaba cansado de aquella mujer y su manera de comportarse, como si el mundo fuera suyo—. No me gusta la gente que se cree que es mejor que otra porque su color de piel es diferente, ¿sabe? —soltó con desdén.

Ella entreabrió los labios y le miró con los ojos muy abiertos. Parecía perpleja. Boqueó un par de veces y pestañeó repetidamente.

—Es usted muy suspicaz y está lleno de prejuicios —repuso al fin, recuperándose.

—No me haga reír —bufó con sorna—. La que prejuza es usted.

—Usted no sabe nada de mí. No me ha tratado lo suficiente como para conocerme, *señor* Salas. —Esta vez fue ella la que pronunció la palabra señor con retintín.

—No necesito tratarla más para saber el tipo de persona que es.

Ella dejó escapar una exclamación ahogada.

—¿Qué tipo de persona soy? —preguntó. La indignación parecía brotar de todos los poros de su cuerpo.

—Ya se lo he dicho antes. La que mide a sus semejantes por el color de su piel o sus orígenes.

—¡Está usted muy equivocado! —reclamó. De nuevo, el sonrojo cubrió su piel.

—Vamos, señora. —Gabriel chasqueó la lengua, incrédulo—. Su reacción cuando he intentado sujetarla antes para evitar que se cayera al río ha sido suficiente. ¿Qué le ha pasado? ¿No quería que las sucias manos de un mexicano la tocaran? —dijo con frialdad, avanzando hacia ella, que dio un paso atrás—. ¿Soy lo suficientemente bueno para rescatarla de un caballo encabritado, pero no para sujetarla? ¿Qué pensaba? ¿Que si la toco voy a dejarle una marca de por vida? ¿Que voy a contagiarle algo?

Rose Randolph siguió andando hacia atrás, poniendo distancia entre ambos. Su rostro, que mostraba una expresión horrorizada, había perdido todo el color, otra vez. Era asombroso cómo pasaba del blanco al bermellón en cuestión de segundos. Gimió audiblemente y se apresuró a taparse la boca con la enguantada mano. Una tormenta brillaba en la profundidad de sus azules ojos.

—Ha sido un... malentendido —repitió lo que ya había dicho antes.

—¿Ah, sí? Dígame qué es lo que he entendido mal, entonces. Quizá no ha gritado *No me toque* cuando me he acercado a usted. Quizá mi inglés sea tan mediocre que no he entendido las palabras correctamente —apuntó con sarcasmo.

A medida que la veía retroceder, completamente fuera de sí, la satisfacción de ver cómo la altiva señora Randolph se bajaba de su pedestal se mezcló con una sensación de vergüenza. Esa mujer que le miraba casi con desesperación y algo de temor poco tenía que ver con la arrogante hija de Patterson. Sabía que

estaba siendo muy duro con ella. Lo sabía. Estaba acostumbrado a que los gringos de la zona le miraran por encima del hombro y a que le trataran con desprecio. No era nada nuevo para él. ¿Por qué reaccionaba, entonces, de manera tan exagerada con esa mujer? No solía tratar así a las féminas. Era respetuoso en grado sumo, pero con ella... No sabía qué le sucedía que cada vez que la veía le hervía la sangre.

—No... no lo entiende... —musitó ella, deteniéndose y bajando la vista al suelo.

Los mechones de pelo que antes se le habían soltado le cayeron sobre el pecho. Uno de ellos, agitado por la brisa, acarició la forma casi imperceptible de sus senos con suavidad... Al percatarse del lugar en que sus ojos se habían posado, Gabriel apartó la mirada con premura. Con la respiración desacompañada, apretó las manos a los muslos. El suave cuero de sus chaparreras le resultó agradable al tacto... y terreno conocido. Se concentró en eso y en el horizonte. Unas gruesas y oscuras nubes se acercaban lentamente hacia ellos.

—No. No lo entiendo —repuso con calma. De pronto, se encontraba agotado y solo deseaba que aquella estúpida conversación llegara a su fin—. ¿Acaso me lo va a explicar?

—No —musitó ella en voz casi inaudible.

—Lo imaginaba.

El silencio se alargó, solo interrumpido por el suave sonido del agua del río y algún que otro resoplido de los caballos. Gabriel terminó por darse la vuelta y acercarse a Manchado y a Wind, que pacían juntos. Tomó las riendas de ambos y los condujo hasta donde se encontraba la joven.

—Yo montaré a Wind. Está acostumbrado a mi presencia y no se espantará pase lo que pase —dijo en un tono que no admitía réplica alguna—. Usted montará a Manchado. Tome. —Le tendió las riendas. Ella posó la vista sobre el appaloosa con asombro. Casi instintivamente, las cogió. Parecía demasiado estupefacta como para rechazarlas.

Él ajustó los estribos y se encaramó a la silla de Wind, que se revolvió un tanto inquieto al sentir su peso. No obstante, no tardó en calmarse cuando se inclinó y le susurró unas frases acarameladas al oído. Luego se giró y contempló la escena que tenía lugar a su espalda.

—Le ofrecería mi ayuda —dijo con burla al ver que ella tenía dificultades para alcanzar el estribo con el pie. La alzada de Manchado era muy superior a la de Wind—. Pero ambos sabemos que la ayuda de un mexicano no sería bienvenida, ¿no es así? —Sonaba provocador y lo sabía, aun así, no pudo evitar decirlo. La satisfacción le invadió al ver la cara descompuesta de ella.

«Eres mezquino», le dijo una voz interna. No estaba demasiado orgulloso de sí mismo, pero ¿y qué?

Ella no replicó nada y volvió a hacer otro intento, agarrándose al pomo de la silla. En vano. Bajó la pierna y resopló con frustración de manera poco femenina. Antes de sujetar de nuevo las riendas con firmeza y apoyarse en el pomo, le miró brevemente a través de sus espesas pestañas. Le brillaban los ojos en exceso. Quizá por lágrimas no derramadas.

Gabriel sintió un pequeño pinchazo de arrepentimiento en el estómago.

—¡Abajo, Manchado! —ordenó, apuntando al suelo al tiempo que apartaba la vista y carraspeaba.

El animal, sin vacilar, dobló las patas delanteras y apoyó las rodillas sobre la tierra.

Gabriel espoleó su montura y se puso en marcha, sin prestarle más atención a su acompañante. Sabía, por los ruidos que llegaron a él, que se había subido al lomo del caballo y que le seguía. Tampoco se preocupó demasiado por que los estribos no estuvieran ajustados a la altura de ella. Era del todo imposible que Manchado la derribara.

Cabalaron en un mutismo tácito. Parecía como si ambos se hubieran puesto de acuerdo en que la mejor situación entre ellos era el silencio. Un silencio algo incómodo, pero mejor que todas las palabras que habían intercambiado hasta el momento.

No se hallaban muy lejos del rancho, solo a unas cuantas millas. No obstante, en el corto periodo de tiempo que tardaron en arribar a *Las Claritas*, el breve atisbo de arrepentimiento que sintió Gabriel se convirtió en enojo, según recordaba una y otra vez la escena que había tenido lugar junto al riachuelo. Cuanto más pensaba en ella más se violentaba. *No me toque*, le había gritado con una mueca llena de repulsión en el semblante.

No me toque...

¡Maldita mujer y sus malditos prejuicios!

Acalló la voz que le decía que estaba siendo demasiado susceptible y se dedicó a echar leña al fuego de su ira, pasando revista a todas las frases y todas las miradas cargadas de desprecio que ella le había lanzado. Para cuando llegaron al rancho, su furia había crecido tanto que incluso Wind lo notó y trató de alejarse de él en cuanto hubo desmontado frente a la casa principal.

Agarró las riendas del díscolo caballo y respiró hondo, tratando de calmarse. Luego le palmeó en el cuello y le acarició las crines. ¿Qué culpa tenía el pobre de su malhumor? Por el rabillo del ojo vio que ella tenía dificultades para bajarse de Manchado, pero no se acercó. Que se las apañase sola. Ya había hecho de más, rescatándola del enfurecido galope de Wind y ayudándola a subirse a su montura, y todavía no había escuchado ni un simple gracias. Así que la ignoró completamente. Un par de vaqueros, entre ellos Frank y Daniel, los observaban desde la distancia con curiosidad. Pedro salió de la casa con una expresión preocupada en el semblante y se acercó.

—¿Está bien, señorita? Nos ha dado un susto de muerte.

—Sí, estoy bien. No te preocupes.

—Fue un crótalo lo que asustó a Wind.

Mientras decía esto, alargó los brazos y la ayudó a bajar.

—Creo que es demasiado caballo para mí —dijo ella, sonriéndole agradecida—. No estoy preparada para montar un animal tan inquieto.

«El primer comentario sensato que sale de su boca», pensó Gabriel, huraño.

—Voy a avisar al señorito Will y a la señorita Angie de que ya ha regresado. Estaban preocupados por usted. —Pedro giró sobre sus talones y se marchó deprisa, dejándolos solos de nuevo.

El sonido de un trueno lejano hizo que Gabriel levantara la cabeza y mirase al cielo, que se iba tornando más y más oscuro. La temperatura también había comenzado a descender.

—Muchas gracias, señor Salas.

Se dio la vuelta y la encontró a unos pasos de distancia. Llevaba las riendas de Manchado en la mano. Se las tendió y él las cogió. Evitaba mirarle a los ojos, los tenía fijos en algún punto entre su mentón y su torso.

—Le dije que me llamara Bronco, señora —replicó con dureza.

Los azules iris de ella se prendieron en los de él, que no supo interpretar lo que veía en ellos. Siguió mirándole. Abrió los labios como si quisiera decir algo. Gabriel, interesado muy a su pesar, esperó las palabras que pudiesen salir de su boca. Quizá una disculpa u otra frase de agradecimiento. Quizá algún vituperio. Mas ella pareció arrepentirse y se dio la vuelta bruscamente. Andando deprisa, se alejó camino de la casa principal. Poco después había desaparecido en el interior.

Bastante más confuso de lo que quería admitir, Gabriel permaneció quieto y en silencio, observando el lugar que ella había ocupado, ahora vacío, hasta que Manchado le golpeó en el hombro con el hocico, sacándole de su abstracción.

—Perdona, perdona. Ya nos vamos —murmuró distraído.

De pronto, no se sentía muy cómodo en su piel.

Capítulo 11

Llevaba varias semanas sin ver a Bronco y solo podía dar gracias al cielo por ello. Después del incidente del río no quería volver a tener contacto con él.

Nunca. Jamás.

¡Qué humillante había sido para ella cómo la había tratado! Sus palabras y sus gestos le habían infligido un daño inesperado. ¿Cómo era posible que la opinión de un simple vaquero le resultara tan dolorosa? ¿Qué más daba lo que pensase de ella? ¿Qué importaba si creía que era arrogante y que despreciaba a los que no eran como ella?

Y sin embargo...

Sin embargo, Rose había descubierto que sí le importaba. Y mucho. No quería que él tuviera ese concepto de ella.

Se apresuró a recogerse el pelo en el peinado que solía llevar y trató de ahuyentar esos pensamientos que no llevaban a ninguna parte, pero ya era tarde. Se mordió la cara interna de la mejilla y cerró los ojos, recordando lo sucedido de nuevo.

No me toque... le había dicho, y él pensó que era porque le consideraba inferior. ¡Qué equivocado estaba! Solo había respondido así porque su cercanía le provocaba emociones y sentimientos extraños y desconocidos con los que no estaba acostumbrada a lidiar. Cuando la bajó del caballo y sintió sus fuertes manos apretando su cintura —esas manos con las que tanto había fantaseado—, creyó que el corazón le estallaría en el pecho. Una inusual ola de calor recorrió su cuerpo de arriba abajo. Esa sensación la confundió tanto que su primera reacción fue la de alejarle de ella.

Y él lo había malinterpretado todo.

Todo.

Hacía casi un mes que Bronco se había marchado a la cuenca del Nueces a buscar más ejemplares de mustang. Mucho tiempo sin saber nada de él, no obstante, Rose no había podido olvidar lo ocurrido y seguía debatiéndose

entre la vergüenza y las ganas de encontrarse con él y poder aclarar el malentendido. Odiaba sentirse así, tan vulnerable y tan confusa a un tiempo. Lo odiaba.

Todos los días, al menos una vez, se asomaba a la ventana y observaba el horizonte, preguntándose cuánto más tardaría en regresar.

Y eso lo odiaba más todavía.

Todo lo demás marchaba como la seda.

Su situación en *Las Claritas* se había estabilizado y una especie de rutina había tomado forma en sus labores diarias. Por las mañanas salía a cabalgar con sus hermanos y por las tardes, después de pasar unas horas en la cocina con Mami, aprendiendo todo lo que podía de sus artes culinarias, Angie y ella se retiraban a la salita del primer piso y se entretenían cosiendo, leyendo y haciendo mil y una cosas que cada vez las unían más. Will solía acompañarlas más tarde, cuando terminaba las lecciones con su padre.

William Patterson parecía haber aceptado la presencia de su hija mayor en el rancho y, en las breves ocasiones en las que coincidían, ya que a él le gustaba comer solo en su despacho y no se reunía con sus hijos para hacerlo, no volvió a mencionar su futuro matrimonio con el joven Younger, cosa que Rose agradecía, si bien no era tan ingenua como para pensar que su progenitor había cambiado de idea al respecto. Henry, por su parte, acudía con frecuencia a tomar el té y, como si hubiera llegado a un acuerdo con su padre, tampoco aludía al compromiso, se limitaba a hablar de cosas banales y de escaso interés y sus visitas no solían durar demasiado. Rose sospechaba que su cambio de estrategia se debía a su creencia de que si la trataba de aquel modo, ella terminaría por aceptar la fecha de la boda.

Estaba equivocado. Se hallaba más decidida que nunca a mantenerse firme en ese asunto. Acababa de empezar a conocer a sus hermanos y lo último que deseaba era tener que abandonarlos en apenas cinco meses. De ninguna manera.

Se abrochó los botones de sus guantes a las muñecas y se echó una rápida ojeada al espejo. Llevaba una falda negra de algodón, una blusa de color granate y una gruesa chaquetilla de paño con ribetes en los bordes. El otoño había llegado con fuerza trayendo lluvia y algo de frío. Se puso el bonete drapado y se lo ató bajo la barbilla. Luego cogió el paquete envuelto

primorosamente que había dejado sobre la cama minutos antes, y abandonó el dormitorio. Pedro la estaría esperando ya con la carreta preparada.

Así era. La arrugada cara del viejo mexicano se iluminó con una sonrisa al verla aparecer.

—No se apresure tanto, señorita. No hay prisa —le dijo.

—Sé que querías salir pronto —repuso con un gesto de disculpa. Luego le tendió la mano, apoyó el pie en la rueda delantera y se encaramó al pescante, ayudada por él.

—Bueno, el señor Hilburn no cierra hasta mediodía y sabe que voy. —Chasqueó la lengua y dejó caer el látigo sobre la grupa de las dos mulas castañas, que se pusieron en movimiento.

Era domingo, el día en el que Pedro siempre iba al almacén del señor Hilburn a recoger los pedidos hechos con anterioridad. Por primera vez desde que llegó a *Las Claritas*, Rose había decidido acompañarle. Le había escrito una carta al señor Laurie que deseaba enviar, y también tenía un pequeño presente para María, la niña de la casa de comidas, a la que recordaba con mucha calidez. Sus hermanos no habían querido acompañarla en esa ocasión.

El trayecto hasta el pueblo se le pasó en un suspiro. Pedro era parlanchín, sobre todo cuando hablaba en español, idioma al que cambió rápidamente cuando se alejaron del rancho. Le habló de sus hijos, de Simón y de Enrique, que se habían trasladado a California hacía más de tres décadas, animados por la fiebre del oro, y que habían conseguido hacer fortuna allí. Le contó que ya tenía seis nietos, el mayor de dieciséis años y el pequeño de dos, a los que nunca había visto. Mami y él estaban pensando en retirarse y mudarse con sus hijos, aunque echarían de menos aquella tierra y *Las Claritas*. Había sido su hogar desde mucho antes de que los Patterson lo compraran.

Las primeras edificaciones aparecieron ante sus ojos antes de lo esperado. A la entrada del pueblo, una estructura a medio construir destacaba sobre las demás. Unos cuantos hombres, encaramados a los tablones y provistos de martillos y otras herramientas, trabajaban en ella.

—Será la iglesia —le dijo Pedro, al ver que ella se quedaba mirando el esqueleto de madera—. En unas semanas viene un pastor desde Atlanta y la gente del pueblo quiere tenerla terminada para cuando llegue. Se está haciendo

una colecta para traer una campana desde Cincinnati. Si quiere colaborar, puede hacerlo en el almacén de Hilburn.

Rose asintió. Sus ojos iban de un extremo a otro de la calle con interés. Había pasado poco más de un mes desde que llegó a Catclaw Springs, pero en ese breve lapso de tiempo ya habían cambiado muchas cosas. No solo la iglesia era nueva, también había una casa casi terminada frente a ella con un pequeño huerto delante y, justo al lado, en el edificio adyacente, un cartel sobre la puerta anunciaba que un doctor se había establecido allí. El pueblo crecía a una velocidad de vértigo.

A medida que se adentraban en la calle principal, se fueron cruzando con algunos hombres y mujeres que se detuvieron a saludarlos con formalidad. Mientras Pedro agitaba la mano y devolvía los saludos, ella inclinaba la cabeza con cortesía. Hasta el momento, no había tenido oportunidad de trabar amistad con nadie. Quizá podía aprovechar la visita para conocer a alguien, se dijo. En Texas no había necesidad de ser presentada con formalidad. Si quería entablar algún tipo de relación, tendría que encargarse de ello personalmente.

Pedro detuvo la carreta en la puerta del almacén y echó el freno. Después, con más agilidad de la usual para un hombre de su edad, se bajó del pescante, rodeó el vehículo y la ayudó a bajarse.

A pesar de que nunca le había visto con anterioridad, Rose podía afirmar sin ninguna duda, que el propio señor Hilburn fue el que salió a recibirlos. Su postura y su sonrisa algo petulante lo pregonaban a los cuatro vientos. Era un hombre de corta estatura y poco llamativo. Lo que más destacaba en él era su enorme mostacho rubio cuyos extremos descendían hasta más abajo de su barbilla y se curvaban generosamente hacia fuera. La forma en la que se lo toqueteaba daba fe de lo orgulloso que estaba de él.

—Buenos días, señora Randolph —la saludó con servilismo—. Soy Patrick Hilburn, el dueño de estos almacenes. Es un placer conocerla por fin.

A Rose no le sorprendió demasiado que supiera quién era ella. Los pueblos pequeños eran así. La llegada de alguien nuevo era una gran noticia.

—Buenos días, señor Hilburn —respondió—. El placer es mío.

—Hemos recibido unas telas del Este, que estoy seguro serán de su agrado. —Su servilismo se acentuó de tal manera que ella estuvo a punto de echarse a reír.

—Estoy segura de que sí. Tengo que hacer unos recados, pero volveré en un rato para ver esas telas de las que habla. Además, Pedro me ha dicho que se encarga usted de la colecta para la campana de la iglesia. Me gustaría colaborar.

El dueño de los almacenes de Catclaw Springs se hinchó como un pavo relleno y su sonrisa se hizo tan profunda que sus oscuros ojos casi desaparecieron engullidos por la carnosidad de sus pómulos. Hasta su bigote pareció expandirse hacia los lados y sonreír también.

—Por supuesto —exclamó entusiasmado—. Será un honor contar con su aportación.

Rose se despidió de ambos hombres y se dio media vuelta. Ignorando las miradas cargadas de curiosidad que le lanzaron los paseantes con los que se cruzó, atravesó la calle y se dirigió a la casa de comidas de Elena Cortés.

Se detuvo un instante frente a la puerta. A través de los cristales, pudo ver a la joven Nita. Estaba de rodillas, frotando el suelo de madera con un paño, mientras María trataba de subirse a su espalda. La pequeña iba descalza y llevaba un vestido rosa lleno de salpicaduras de agua. Una sonrisa iluminó la cara de Rose al ver la escena.

—¿Señora Randolph? —Una voz a su izquierda la sobresaltó. Se volvió y se encontró frente a frente con la dueña del establecimiento, que la miraba sorprendida. Llevaba una cesta de mimbre colgando del brazo.

—Buenos días, señora Cortés. Disculpe la molestia. He venido a traer una cosita para María. —Levantó el paquete que llevaba en la mano derecha.

—Es usted muy amable. Muchas gracias —murmuró la mexicana con perplejidad—. Pero no se quede aquí fuera. Pase, pase.

Abrió la puerta y el tintineo de la campana que colgaba del techo las recibió. Nita, al verlas entrar, se incorporó con rapidez. María la observó con curiosidad desde detrás de las faldas de la joven, donde había buscado cobijo al ver llegar a una extraña.

—Toma. —Elena Cortés le tendió la cesta a su hija—. Llévalo a la cocina y trae un trozo del pastel de manzana que hicimos ayer para la señora Randolph.

—No se molesten —protestó Rose, pero la joven ya se alejaba, seguida por la pequeña.

—No es ninguna molestia. Es lo mínimo que podemos hacer por usted ya que ha venido hasta aquí a visitarnos.

Rose se mordisqueó el labio con incomodidad. Su intención no había sido esa. No quería causar ningún inconveniente. Paseó los ojos por el comedor. Tenía el mismo aspecto que cuando lo visitó por primera vez. Las mesas pulcramente colocadas con sus manteles azules invitaban a sentarse. Ninguna estaba ocupada.

—Es pronto —explicó la señora Cortés—. Todavía no ha empezado el trajín del mediodía. Vamos a aprovechar este rato de calma. Sígame.

Echó a andar hasta una puerta que se encontraba justo frente a las escaleras que conducían al piso superior. La abrió y le cedió el paso a Rose a lo que resultó ser una pequeña sala de estar decorada con sencillez. El papel floral de la pared estaba algo ajado pero todos los muebles resplandecían lustrosos y un agradable olor a limpio flotaba en el aire. La dueña de la casa le hizo un gesto indicando el sillón orejero que dominaba el centro de la estancia y Rose tomó asiento con reticencia al ver que la señora Cortés elegía una silla, sin duda más incómoda que el sillón.

—Esto es para María —dijo, tendiéndole el bulto—. Es solo un detalle.

La mexicana lo cogió con una sonrisa algo confundida y comenzó a desanudar el lazo amarillo que envolvía el regalo. Cuando el contenido del paquete quedó expuesto, dejó escapar una exclamación.

—¡Pero señora Randolph! Esto es... esto es demasiado... Es muy costoso... —Había abierto los ojos como platos mientras sostenía el vestidito en el aire frente a ella. Era de muselina color azul y llevaba unas bonitas rosas en la pechera. Rose había tardado días en bordarlas.

—No es costoso. La tela es de un viejo vestido que ya no usaba. —Hizo un gesto con la mano, quitándole importancia al comentario.

De pronto, al ver la reacción consternada de la otra, se cuestionó si había sido una buena idea acercarse hasta allí y llevarle un regalo tan vistoso a una niña a la que casi no conocía. No era quizá lo más apropiado. Sin duda, la señora Cortés se estaría preguntando cuáles eran sus intenciones.

—De veras —volvió a insistir. El color comenzó a apoderarse de sus mejillas—. No es nada. Comencé a bordar las rosas para pasar el rato en ese

trozo de tela y... y luego pensé que sería una lástima no hacer nada con ello... o tirarlo. Y... decidí hacer el vestido.

Era mentira, por supuesto. Era bastante diestra con la aguja y había armado y confeccionado el vestido con intención de regalárselo a María. Y las rosas las había bordado con todo el cariño, pensando cuál sería el diseño más apropiado para una niña de su edad.

En ese momento, Nita hizo acto de presencia. Llevaba una bandeja en las manos. Tras ella, con una actitud algo menos tímida que hacía un rato, iba María. Mientras Nita servía el pastel y unos vasos con lo que parecía ser limonada, la niña se acercó. Como ya ocurrió la vez anterior, se quedó mirando absorta el camafeo de ónice que Rose llevaba prendido en la chaqueta.

—La señora Randolph te trajo un regalo, María. Mira qué preciosidad. Es para ti, mijita —dijo la señora Cortés en español, llamando la atención de la niña. Todavía parecía un poco perpleja, pero le dirigió una rápida sonrisa a Rose mientras pronunciaba esas palabras.

La expresión de María cambió al ver la prenda. De repente, un fulgor excitado apareció en su rostro. Alargó las manitas y las aproximó a las delicadas rosas bordadas de la pechera. Las acarició casi con reverencia bajo la estricta supervisión de su abuela.

—¿No es precioso, Nita? —le preguntó esta a su hija, que asintió con brevedad—. Si eres una niña buena, lo estrenarás el domingo que viene —añadió y luego, cambiando al inglés, se dirigió a Rose—: Muchas gracias, señora Randolph. Es usted muy amable. Y a la niña le encanta.

—Puede hablar conmigo en español —repuso Rose en esa lengua. No se le escapó la mirada que intercambiaron madre e hija al escucharla hablar en su idioma. Algo de la tensión que envolvía el ambiente se disolvió.

El sonido de la campanilla de la puerta llegó hasta ellas.

—Yo voy, mamá.

Nita abandonó la habitación con rapidez. La señora Cortés dobló el vestido y lo envolvió otra vez a pesar de las protestas de María, que parecía querer seguir tocándolo; luego dejó el paquete en el aparador que tenía a su espalda.

—Pruebe el pastel —la animó.

Rose lo hizo. Estaba realmente bueno. No tenía nada que envidiar a los de Mami.

María no tardó en acercarse a ella y dirigirle una sonrisa. Con descaro y sin un ápice de timidez, se apoyó en su pierna y señaló el pastel con la mano extendida.

—¡Qué niñita más descarada! —dijo la dueña de la casa meneando la cabeza—. Tú ya comiste un trocito esta mañana. Ese es de la señora Randolph. —Hizo amago de levantarse, pero Rose la detuvo.

—No. No se preocupe.

Dejó el platito sobre la mesa y cogió a la niña, sentándola sobre su regazo. Luego tomó una pequeña porción del pastel con la cucharita y se lo ofreció. María lo engulló con rapidez y volvió a sonreír de aquella manera pícaro y encantadora.

—Mamá —dijo con una voz cantarina y aguda—. Mamá —repitió más fuerte mirando a Rose a la cara.

La garganta de la joven se constriñó al escuchar aquello. Su pulso se aceleró y una peculiar sensación de calor se le concentró en el pecho. Alzó la vista, consternada, y se encontró con los oscuros ojos de Elena Cortés fijos en ella.

—No se lo tenga en cuenta, señora Randolph —se excusó—. Se lo dice a todas las mujeres.

Aliviada, Rose tragó saliva con dificultad. Por más que esas sílabas pronunciadas por María la hubieran emocionado, lo último que deseaba era causar problemas y que la madre y la abuela de la niña considerasen que estaba traspasando ciertos límites. No obstante, miró por encima del hombro, hacia la puerta, por donde Nita se había marchado hacía solo unos minutos.

—Voy a ver por qué tarda tanto. Discúlpeme —murmuró la señora Cortés—. Pórtate bien —le dijo a María, acariciándole el pelo antes de abandonar la salita.

Rose se quedó a solas con la pequeña, que se giró en su regazo y volvió a señalar el platillo. Intentando ocultar una sonrisa, llenó la cucharilla de pastel y se lo ofreció a la niña, que lo devoró en un santiamén.

—Mamá —repitió.

De nuevo, el corazón de Rose se contrajo. No pudo evitar apoyar la barbilla suavemente sobre la cabeza de María y aspirar fuerte. El olor a piel infantil limpia le penetró por las fosas nasales. Se mordió los labios tratando de contener la humedad que amenazaba con empañar sus ojos.

Transcurrieron unos minutos en los que dieron buena cuenta de la tarta. Ambas sonreían. Rose lo hacía con afecto, María, con excitación, como si el estar comiéndose el pastel de otra persona fuera algo maravilloso. Después, cuando en el plato solo quedaban unas pocas migas, la pequeña centró toda su atención en el camafeo, observándolo concentrada y acariciando con sus deditos el bajo relieve del perfil de mujer que se hallaba allí esculpido.

—Mamá —dijo de nuevo, trabando sus vivaces ojos en los de ella.

Rose sonrió y le acarició el pelo con ternura. Era una niña tan preciosa...

Una voz, furiosa y tronante, rompió la magia del momento.

—¿Qué hace usted aquí con mi hija?

Capítulo 12

Cuando los contornos de las primeras casas aparecieron ante los ojos de Gabriel, clavó los tacones de sus botas a los flancos de Manchado, animándole a apretar el paso. Las ganas de ver a su hija según se acercaba al pueblo iban en aumento.

Había pasado los últimos veinticinco días junto a Theo, otro vaquero, atrapando caballos cerca del Nueces. Cada vez eran más esquivos y más escasos y costaba más trabajo poder hacerse con buenos ejemplares. No obstante, habían conseguido una manada completa compuesta por un semental, siete yeguas y cinco potrillos, de los cuales tres eran machos. Patterson podía estar satisfecho.

Cuando el dueño del rancho le propuso aquel trabajo, el mes anterior, estuvo a punto de negarse. No quería alejarse tanto tiempo de su familia, pero al escuchar la oferta monetaria del rancharo, no se lo pensó dos veces. Patterson había decidido imitar a los hacendados mexicanos que llevaban tiempo practicando la cría selectiva de caballos de tradición española, para lo cual necesitaba animales excepcionales y sabía que Gabriel era bueno seleccionando a los mejores. Así que le dobló el sueldo de un mes, haciendo que le fuera imposible rechazar la oferta. El sacrificio de no ver a su pequeña durante tanto tiempo había merecido la pena, pensó al notar el peso de la bolsa que llevaba al cinto dentro de los pantalones y que contenía la paga que acababa de recibir en *Las Claritas*.

A pesar del éxito de la empresa, los días en la cuenca del Nueces habían sido demasiado accidentados para su gusto y esperaba no tener que volver en mucho tiempo. A la dificultad de encontrar una manada de caballos decente, se sumó el breve pero desagradable encontronazo que tuvieron con un par de comanches. Encontronazo que se saldó con el pago de algunas libras de carne en salazón, dos botellas de *whisky* y unas mantas, que habían sido lo bastante

previsores de llevar en las alforjas por si, remotamente, sucedía algo parecido.

Los ánimos del pueblo comanche estaban soliviantados. El año anterior, después de innumerables y sangrientos enfrentamientos entre el ejército y las diferentes tribus que habitaban las planicies texanas, el Gobierno Federal, en una conferencia de paz en Kansas, había intentado firmar un nuevo tratado con los comanches y los kiowas, en el que las tribus, a cambio de abandonar el territorio conocido como Comanchería —que ocupaba gran parte del norte del estado de Texas—, recibirían tres millones de acres de terreno en una reserva de Oklahoma y una paga anual. Pero una de las facciones, los kwahada, ni siquiera asistió a la conferencia y se negó a aceptar esas condiciones, rehusando abandonar su estilo de vida. El tratado, al no ser ratificado por todas las facciones, fue considerado como papel mojado por el Gobierno Federal por lo que nunca enviaron el dinero al que se habían comprometido a Fort Cobb, donde la mayoría de los comanches y kiowas, que sí habían firmado, se habían retirado a pasar los meses más fríos. Después de un crudo invierno en la reserva, esos indios, hambrientos y desesperados, viendo que los blancos no cumplían con sus promesas, decidieron romper el acuerdo y unirse a los kwahada, retornando a Texas y emprendiendo nuevos ataques sobre granjas y ranchos. En julio se ratificó el tratado, finalmente, y el ejército reaccionó con dureza considerando hostiles a todos los indios que no se hallaran en las reservas y llevando a cabo ataques indiscriminados.

La zona donde Gabriel y Theo hicieron parada para atrapar a los caballos se encontraba mucho más al sur del territorio anteriormente ocupado por los comanches, y bastante lejos de las áreas conflictivas, por lo que la visita de los dos indios los pilló por sorpresa. Gracias a Dios, estos traían más hambre que hostilidad y después del intercambio de mercancías, se marcharon en paz.

Mientras recorría la calle principal y se acercaba a la casa de comidas de su tía, Gabriel no pudo evitar sentir cierta preocupación. En los últimos años no se había producido ningún ataque por la zona, pero el pueblo comanche era un pueblo orgulloso y el ejército y los *rangers* les habían arrebatado todo, desde su tierra hasta su forma de vida. Con el clima de violencia que reinaba y la imposibilidad de llegar a acuerdos efectivos entre el Gobierno y las tribus, solo era cuestión de tiempo que algo grave sucediera. Como ya había hecho en

muchas ocasiones con anterioridad, se cuestionó si Catclaw Springs era el lugar más apropiado para criar a su hija.

Se bajó del caballo incluso antes de que este se hubiera detenido del todo. Ató las riendas a uno de los postes de madera y, de dos zancadas, alcanzó la puerta del establecimiento. La abrió y el repicar de la campanilla le acompañó al interior. El suelo presentaba manchas mojadas aquí y allá y se respiraba un inconfundible aroma a jabón. El comedor estaba desierto.

Se encaminó directamente a la cocina. En la parte trasera, en el exterior, había un diminuto patio vallado con una bomba de agua. La impaciencia de llegar al pueblo cuanto antes le había impedido asearse en el rancho y sentía el polvo del camino hasta en los pelos de las cejas. Junto a la bomba había un cubo metálico lleno de agua hasta el borde. Se quitó el sombrero, metió las manos en el agua helada y se lavó vigorosamente la cara y el cuello, mojándose también la melena con los dedos.

—Hola, Gabriel. —La voz de su prima Nita atrajo su atención. Estaba en la puerta que daba a la cocina y le tendía un trapo.

—Hola, Nita. Cada día estás más linda —le dijo con una sonrisa. Su prima era ocho años más joven que él y siempre la había visto como una hermana pequeña—. Seguro que los muchachos del pueblo no te dejan en paz —bromeó mientras se secaba, haciendo que la jovencita se sonrojara.

—¡No digas eso! ¡Si te escucha mi mamá se va a enojar! —replicó lanzándole una mirada ceñuda.

—¡Pero si es la puritita verdad! En poco te nos casas.

—¿Quién se nos casa? —intervino Elena Cortés asomando la cabeza por detrás del hombro de su hija que, al notar su presencia, dio un respingo y huyó con prontitud.

—Bromeaba con Nita —respondió Gabriel regalándole una sonrisa a su tía. Dejó el paño al lado del cubo y se acercó a ella. La abrazó y le estampó un beso en la mejilla.

—Casi un mes —le reprendió ella tomándole el rostro con las manos. La preocupación ensombrecía su mirada—. Casi un mes y te presentas sin afeitarte. —Meneó la cabeza con reprobación—. María no te va a reconocer.

Los ojos de Gabriel centellearon al escuchar el nombre su hija.

—¿Cómo está? ¿Se portó bien? ¿Aprendió alguna palabra más? ¿Dejó de chuparse el dedo? ¿Me extrañó? —Las preguntas se le agolparon en la garganta.

—Está muy bien. Y se portó muy bien también —respondió con paciencia—. No ha aprendido palabras nuevas, y lo del dedo lo solucionamos con vinagre.

—¿Dónde está?

—Está en la salita con...

—Voy a buscarla —la interrumpió.

Cogió el sombrero, se lo puso, y se adentró de nuevo en la casa. Sus largas piernas le situaron frente a la puerta de la salita en un santiamén. Se hallaba ligeramente entornada. Con una sonrisa enorme en su boca, alargó la mano hacia el tirador...

Sus movimientos quedaron congelados en el aire.

Rose Randolph se encontraba sentada en el sillón orejero, en medio de la sala, con su hija María sobre el regazo.

La sonrisa se le desdibujó.

Rose Randolph estaba en la casa de comidas de su tía Elena y compartía un trozo de pastel con su hija.

Pestañeó un par de veces, incapaz de aceptar que lo que sus ojos veían pudiese ser cierto.

La hija mayor de Patterson acariciaba los rizos oscuros de María y la niña sonreía.

La estupefacción se fijó en la cara de Gabriel. Se humedeció los labios con la punta de la lengua, aturdido. No entendía nada. ¿Qué hacía aquella mujer allí? ¿Por qué estaba con su hija? No podía ver su rostro, solo su hombro y la curva de su barbilla. Sí quedaba a la vista la carita regordeta de María, que engullía un trozo de pastel con avidez.

¿Qué diablos estaba pasando?

Inmóvil, con la respiración contenida, entornó los ojos y contempló la escena. Una ola de afecto parecía emanar de ambas, tanto de la mujer como de la niña. Los gestos estaban cargados de mimo. No le sorprendía en su hija, que se encariñaba con cualquiera que pasara tiempo con ella, pero le maravillaba

ver a la estirada señora Randolph derrochando tanto cariño con una niña... mexicana.

Frunció el ceño con desconfianza. Algo no encajaba. ¿Cuál podría ser el motivo real de la hija de Patterson para visitar esa casa? ¿Por qué se comportaba de aquella manera con su hija? No tenía sentido. La última vez que se vieron no se habían separado en muy buenos términos.

Al ver cómo María extendía sus manitas para tocar algo que la señora Randolph debía llevar en la blusa, una extraña y cálida sensación a la que no supo ponerle nombre se mezcló con el acuciante recelo y se le afianzó en el pecho con fuerza, dejándole confundido.

Entonces, la infantil vocecita de su hija rompió el silencio de la estancia y con él, el poderoso hechizo en el que parecía haber caído Gabriel.

—Mamá.

Al oír aquella palabra, dirigida a la persona equivocada, el velo que había cubierto su mirada se disolvió y sus ojos relampaguearon indignados. Una ira honda y pesada que le surgió de las mismas entrañas se extendió por su cuerpo y lo envolvió absolutamente todo. Rechinando los dientes, empujó la puerta de un manotazo y accedió al interior de la salita.

—¿Qué hace usted aquí con mi hija? —bramó.

Rose Randolph se incorporó súbitamente, dejando escapar un grito. Tuvo el suficiente sentido común como para agarrar a la niña y no dejarla caer. Su cabeza, cubierta por un elegante gorrito de tela negra, se giró buscando al propietario de la pregunta. Al descubrirle, sus ojos se abrieron desmesuradamente y su mandíbula se desencajó, al tiempo que su tez adquiría un tono ceniciento.

—¡Papá! —exclamó María. Emocionada, alargó los brazos en su dirección y se retorció tratando de soltarse del abrazo de la desconcertada mujer.

Rose tardó en reaccionar. Aferró a la niña con más fuerza mientras le miraba como si fuera un piel roja con un hacha de guerra que se hubiese colado en el tranquilo salón para iniciar una masacre.

Gabriel se acercó de dos zancadas y cogiendo a su hija por las axilas, tiró de ella con levedad. No encontró resistencia. Por el contrario, los brazos de la joven cayeron laxos a los lados de su cuerpo. Seguía con la boca entreabierta y sin pronunciar palabra. La ignoró y se centró en su pequeña. Solo tuvo que

mirar su carita para que toda la ira, la furia, el mal humor y el recelo desaparecieran de golpe barridos por el amor más inmenso. También la alta figura femenina pasó a un segundo plano mientras frotaba su mejilla suavemente contra la de María.

—Mi chamaquita preciosa —le susurró al oído con la voz enronquecida por la emoción, aspirando su inconfundible aroma infantil. Cuatro semanas sin verla era demasiado tiempo.

—Papá —volvió a repetir la niña y le dio un sonoro y húmedo beso en la barbilla. Luego se retiró y le tocó la cara—. Papá pupa.

—Sí, tu papá es un desastre, que ni siquiera se afeitó antes de venir a verte. —Le cogió la manita y se la llevó a los labios, depositando un beso sobre su pequeña palma—. Es que estaba apurado porque quería ver a mi niña linda cuanto antes.

María, como si de verdad entendiera el significado de aquello, le rodeó el cuello con los brazos y enterró la carita en el hueco que quedaba bajo su mandíbula. Los ojos de Gabriel se encontraron con los de la señora Randolph por encima del hombro de su hija. Parecía haber recobrado la compostura. Había enderezado la espalda y su expresión era la de siempre, hierática y arrogante. La furia que se había esfumado al sentir el cuerpecito de su hija contra su pecho retornó de golpe.

—¿Qué hace usted aquí con mi hija? —volvió a preguntar. Su tono era gélido.

—He venido a saludar y a traer una cosa para María —respondió ella—. No sabía que esta era su casa ni que María era... su hija —añadió con vacilación.

Sonaba serena, pero Gabriel reparó en que respiraba con dificultad. Estaba nerviosa aunque tratara de disimularlo. De repente, toda su altivez y superioridad le parecieron engañosas.

—¿Cómo es que conoce a mi hija? —inquirió con desconfianza. Le resultaba extraño que solo el azar la hubiese llevado hasta allí. ¿De veras no sabía que era su hija?

—Ya saludaste a la señora Randolph. —Elena Cortés interrumpió la escena, accediendo a la salita en un revuelo de faldas y situándose a su lado.

Hablaba en español—. Es mi sobrino Gabriel, pero ya lo conoce, ¿verdad? — se dirigió a la hija de Patterson—. Trabaja en el rancho de su papá.

—Sí, sí, nos conocemos —repuso esta, lanzándole una rápida mirada. También lo hizo en español, cosa que a él, absurdamente, le molestó.

—La señora Randolph ha sido tan amable de traerle un vestido precioso a María —continuó su tía sin darse cuenta de la tensión que vibraba en el ambiente. Se acercó al mueble que había a la derecha y cogió un paquete atado con un llamativo lazo amarillo. Lo desenvolvió y sacó la prenda con cuidado —. Mira qué lindura.

María, al ver que alguien manipulaba su regalo, se contorsionó en los brazos de su padre que la depositó en el suelo. Gabriel le echó un vistazo al vestido mientras su hija tocaba la tela con reverencia. No entendía demasiado de telas, pero semejaba ser muy costoso. Mucho. Jamás había visto algo tan delicado. Demasiado elegante para una niña pequeña. Nadie que él conociera poseía algo parecido. Una sensación de disgusto se avivó dentro de él. ¿Qué diablos se pensaba aquella mujer haciendo regalos tan costosos? La miró con los ojos entornados. Parecía haberse convertido en una estatua de sal. Permanecía rígida e inmóvil en medio de la sala. La tensión de su cuerpo era tan aparente que hasta él, que no se hallaba a su lado, podía sentirla. Volvió a centrar su atención en su hijita y en su tía. Al ver el entusiasmo que ambas mostraban, se mordió la lengua y contuvo las duras palabras que pugnaban por salir de su boca.

—Es demasiado valioso —murmuró al final con los labios apretados. Lo hizo en inglés como queriendo establecer una barrera entre ella y su familia.

Rose Randolph enrojeció hasta la raíz del cabello, aunque su erguida postura no decayó ni un ápice.

—Ya se lo dije —repuso su tía mirándole con reproche. Luego se dirigió a su invitada—. Pero se lo agradecemos muchísimo. Ha sido muy amable. Y más, teniendo en cuenta que la última vez que estuvo aquí, la niña arruinó su falda. ¿Consiguió sacar la mancha?

Gabriel arrugó la frente. ¿La última vez que estuvo allí? ¿A qué se refería su tía? ¿Acaso la señora Randolph visitaba su casa con frecuencia?

—Sí, sí. La mancha se quitó con facilidad. —Hizo un gesto ambiguo con la mano, el primero que hacía desde que él le había quitado a la niña de los

brazos y que le devolvió algo de humanidad a su estática figura—. No se preocupe por eso. —Se aclaró la garganta con suavidad—. Tengo que marcharme ahora. Pedro debe de estar esperándome. Muchas gracias por el pastel, estaba delicioso, y perdone las molestias.

—¿Molestias? Ninguna molestia, señora Randolph. Muchas gracias a usted. Puede venir a visitarnos siempre que quiera.

—Despídame de Nita también —pidió con suavidad. Evitando mirarle directamente, se dirigió hacia la puerta.

María, que había estado absorta acariciando la tela del vestido, se acercó a ella y detuvo su avance, abrazándose a sus rodillas.

—Mamá —le dijo, alzando la carita y sonriéndole.

El corazón de Gabriel dejó de latir. Al menos durante un par de segundos.

Un gemido se fugó de los labios de la hija de Patterson. La expresión de su rostro reflejó puro horror. Sus desorbitados ojos se posaron sobre los de él, que relampaguearon coléricos.

—Ya se lo dije antes. No lo tome en cuenta. —Elena Cortés dejó el vestido sobre el sillón y cogió a la niña en brazos—. Se lo dice a todas las mujeres.

Gabriel rechinó los dientes al escuchar aquello. No le gustaba. No le gustaba nada. Y le gustaba todavía menos que su hija la llamara así a *ella*.

Rose Randolph se despidió con una breve inclinación de cabeza. Pasó por su lado con celeridad murmurando algo similar a un *señor Salas* antes de abandonar la salita. Él vaciló durante un instante, pero terminó por ponerse en movimiento.

—Voy a acompañarla hasta la calle —le dijo a su tía por encima del hombro.

La alcanzó casi junto a la puerta. Su silueta se recortaba contra la luz que entraba por los cristales. La voluminosa falda que llevaba contrastaba de manera muy evidente con la extrema delgadez de su talle, sin duda realzada por un corsé.

—Señora Randolph —la llamó.

Ella se detuvo y le miró, sorprendida.

—¿Puedo hablar con usted? —le preguntó. Lo hizo en inglés. En ningún momento había empleado otro idioma con ella que no fuera ese.

Ella asintió con cierta vacilación.

Gabriel agarró el tirador, abrió la hoja de madera y la instó a salir del establecimiento. Luego cerró la puerta a su espalda y se detuvo tras ella. Se caló el sombrero mientras sus ojos exploraban la calle; estaba concurrida a aquella hora de la mañana. Frente a los almacenes del señor Hilburn, un grupito de personas charlaba animadamente. Una traqueteante carreta tirada por cuatro mulas se acercaba desde el otro lado de la vía. Dos mujeres que pasaban por la acera se los quedaron mirando con curiosidad, en especial a la señora Randolph a la que examinaron de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo. Eran muy visibles las diferencias que había entre esta y ellas. No era solo la ropa; era el porte, la forma de conducirse, incluso el modo de andar... Gabriel se llevó una mano al sombrero en un gesto cortés. Una era la esposa del barbero, el señor Heinz. A la otra no la conocía.

Esperó hasta que se alejaron para centrar toda su atención en la señora Randolph, que se había apartado unos pasos y le daba la espalda. Se acercó a ella.

—¿Desde cuándo...?

La pregunta se vio interrumpida por una fuerte ráfaga de viento que barrió el suelo, levantando una fina nube de polvo y provocando que su acompañante girase con rapidez, huyendo de las pequeñas partículas que amenazaban con entrarle en los ojos. No debía de ser consciente de que él se encontraba tan cerca, ya que chocó contra su cuerpo mientras su frente le golpeaba en el cuello. La tela de su vestido se enredó en sus pantorrillas.

Instintivamente, la sujetó por la cintura.

Ella no se apartó. Durante un segundo o dos, permaneció quieta con las palmas de las manos posadas sobre su pecho. Terminó por alzar la barbilla y trabar sus iris en los de él, que resbalaron hacia su boca sin pretenderlo. La generosidad de su labio inferior era más notoria a esa distancia tan corta. Mucho más. Parpadeó repetidamente al darse cuenta de que la sujetaba con más firmeza de la necesaria. Recordando lo sucedido junto al río y su reacción cuando intentó tocarla, se apartó con brusquedad y se alejó.

—¿Desde cuándo viene a ver a mi hija? —lanzó a bocajarro.

—Es... es la primera vez —murmuró ella al cabo de breve lapso de tiempo—. La conocí el día que llegué al pueblo. Como le he dicho antes, no sabía que era su...

—No quiero que le haga ese tipo de regalos tan costosos —la interrumpió con dureza—. Quizá usted no lo entienda, pero no deseo que se acostumbre a algo que no puede tener —añadió, encarándose con ella—. Y tampoco quiero estar en deuda con usted.

Ella no contestó. Parecía estar sopesando sus palabras. Evitaba mirarle a los ojos.

—Lo entiendo perfectamente —dijo al fin. Su rostro había recuperado la impasibilidad—. Puedo asegurarle que no era mi intención causarles ningún problema y mucho menos ofenderlos. Ni a su tía ni a su esposa ni a...

—Yo no tengo esposa —la cortó con frialdad. ¿Cómo diablos había llegado a pensar que Nita era su mujer? Pero si era una niña.

—¡Oh! —Una exclamación casi inaudible se soltó de su boca y dos manchas rojizas aparecieron sobre sus mejillas—. Pensaba... Creía...

—Pues creyó usted mal —bufó.

Se hizo el silencio de nuevo. La incomodidad entre ellos creció y terminó por convertirse en algo tan espeso que hubiese podido cortarse con un cuchillo. Una nueva ráfaga de viento levantó una nube de polvo, pero esta vez ella no trató de evitarlo ni de buscar refugio. Se limitó a bajar la cabeza y cubrirse los ojos con la enguantada mano. Su falda se elevó unas cuantas pulgadas dejando sus tobillos al descubierto brevemente. Llevaba unos botines negros. Sus medias también lo eran.

Gabriel apartó la vista.

A pesar de que tenía curiosidad por saber cuáles eran los motivos que habían llevado a la señora Randolph a visitar a su hija, de pronto, aquella conversación le pareció estúpida y quiso terminarla cuanto antes. Suspiró y se pasó la mano por el mentón sin afeitarse.

—Voy a volver con mi hija —dijo, cortante. Sabía que sonaba grosero y que se estaba comportando como un patán, pero esa mujer le irritaba.

—Que tenga un buen día, señor Salas —murmuró ella.

Rauda, antes de que él pudiese decir ni una palabra más, bajó el escalón que conducía a la polvorienta calle y la atravesó. Con el ceño fruncido, la observó partir. Se quedó allí parado hasta que ella desapareció en el interior del almacén del señor Hilburn.

—Es Bronco, señora. Solo Bronco —masculló en voz queda.

Luego se dio la vuelta y se dirigió a la casa. Cogió el tirador de la puerta, pero antes de abrirla, se detuvo. No le había agradado lo que sintió al notar el tacto de las femeninas manos sobre su cuerpo. Tampoco le gustó demasiado lo que vio reflejado en los azules ojos de ella.

En absoluto.

Capítulo 13

Mientras avanzaba podía sentir los ojos de él clavados sobre su espalda. Eso, sumado al hormigueo que se le había concentrado en las palmas de las manos desde que las había apoyado sobre el varonil pecho, hizo que tuviera que poner sus cinco sentidos en andar derecha y no tropezar hasta alcanzar el otro lado de la calle.

Cada encuentro con Bronco Salas —Gabriel, se corrigió en silencio— resultaba más nefasto que el anterior. Ella, que se preciaba de ser una mujer serena y sensata, ante él perdía toda la calma y el equilibrio. ¿Por qué? ¿Por qué le afectaba tanto la mera presencia de aquel hombre? No tenía modales y era rudo y grosero con ella. ¿Por qué, entonces, se sentía así cerca de él? ¿Por qué sentía ese anhelo?

Cuando apareció en la salita de la casa de su tía con esa expresión de ángel vengador en el rostro y desprendiendo llamaradas de ira por los ojos, las piernas le flojearon, en parte por la sorpresa y en parte por el regocijo de volver a verle. Estaba desaliñado, con la ropa arrugada y cubierta de polvo, y a su camisa azul, que se le ajustaba al torso de una manera escandalosa —al menos eso le pareció a ella—, le faltaba un botón en la parte superior, lo que dejaba una pequeña porción de su piel al descubierto, justo debajo del pañuelo negro que llevaba anudado al cuello.

Se había quedado sin aliento, contemplándole embobada. Y después, lo que sucedió en el exterior...

¡Maldita ráfaga de viento que la había lanzado contra él! ¡Maldita! Todavía podía sentir la dureza de su cuerpo pegado al suyo y sus manos rodeándole la cintura. La presión de sus dedos sobre su carne, que ni siquiera el grosor de su ropa había podido enmascarar. Y la sombra de su barba sin afeitar, sus labios y sus ojos y sus pestañas... Y su olor... ese olor a caballo, a tierra y a sudor que le nublaba el juicio...

¡Condenado viento!

Con el alma llena de crispación se adentró en los almacenes. El señor Hilburn, cuando la vio aparecer, se esforzó en mostrarle su humilde tienda, como repitió una y otra vez. Ella, después de entregarle la carta para el señor Laurie, fingió una sonrisa y le siguió, revisando las estanterías y alabando todas y cada una de las mercancías que él le mostró. Pero su mente estaba en otra parte. Pasaba revista una y otra vez a lo ocurrido en la casa de Elena Cortés. Todavía no podía creer que él fuera el padre de María. No podía. Sabía a ciencia cierta que lo era, claro estaba. Después de ver cómo interactuaba con la pequeña y el amor que se desprendía de cada uno de sus gestos, no tenía ni la menor duda de que era su padre y la adoraba. No creía poder olvidar la expresión arrobada en el rostro del curtido vaquero mientras abrazaba a la niña y le decía lindezas al oído. Fue muy conmovedor.

Una extraña mezcla de envidia y melancolía la invadió. Por más que lo deseara, ella jamás conocería nada igual. Nunca tendría la oportunidad de sostener a su propio hijo entre sus brazos y poder amar y ser amada de aquella manera incondicional tan perfecta. María la había llamado *mamá* y a ella casi le estalló el corazón en el pecho producto de una ridícula emoción.

¡Qué tonta era!

Pestañeó repetidamente al darse cuenta de que los ojos se le habían humedecido. Carraspeó tratando de recomponerse. No era el momento ni el lugar para dejarse llevar y perder los nervios. De reojo pudo ver que Pedro la miraba preocupado desde el umbral de la puerta. Hacía rato que había terminado todos los recados y había cargado la carreta, y solo esperaba que ella terminara de hacer la ronda por la tienda con el señor Hilburn. Este se mostraba tan solícito que incluso hizo esperar a un par de clientes que entraron al almacén. Su hija, una muchacha rubia con cara de ángel, a la que presentó como Gracie, fue la que se ocupó de ellos.

Rose solo le escuchaba a medias a medida que él le explicaba de dónde traía las telas y las prendas confeccionadas. Debió de responder adecuadamente ya que él parecía muy satisfecho. Se sentía culpable por no ser capaz de prestarle la atención que se merecía, por lo que terminó por llevarse unas cuantas novelas —que esperaba sus hermanos no hubieran leído todavía—, unas golosinas y unos lazos para el pelo de diferentes colores que no necesitaba. También hizo una más que generosa donación para la campana de

la iglesia, donación que de hecho no podía permitirse, ya que había gastado casi todos sus ahorros en el viaje a Texas, y el dinero de la pensión que recibía no llegaría hasta principios de año. Tampoco había hablado de ningún tipo de asignación con su padre.

Cuando la carreta, ahora bastante más lenta debido a la carga, abandonaba el pueblo, se permitió lanzar una mirada en dirección a la casa de comidas. No se apreciaba ningún movimiento ni en el exterior ni en el interior. Se preguntó si Gabriel todavía seguiría allí o se habría marchado.

Gabriel.

Dejó que resonara en su cabeza una y otra vez. Era un nombre llamativo y fuerte. Encajaba con su dueño tanto como lo hacía su apodo, Bronco.

—Gabriel —murmuró en voz apenas audible dejando recaer la entonación sobre la última sílaba, así como se pronunciaba en español.

—¿Dijo algo, señorita?

—No, no... —exclamó. Casi se había olvidado de la presencia de Pedro a su lado en el pescante.

El trayecto de regreso a *Las Claritas* transcurrió sin incidentes. Pedro, como si supiera que ella no tenía el menor deseo de hablar, se mantuvo en silencio. De vez en cuando silbaba una melodía que parecía acompañar el paso tranquilo de las mulas y el balanceo del vehículo. Rose se dedicó a embeberse en sus oscuros y poco agradables pensamientos. Se regañó por no haber tenido en cuenta que un regalo tan valioso como el vestido podía ofender a la familia de la niña. Las palabras de Bronco habían dejado claro que así fue. *No quiero que le haga ese tipo de regalos tan costosos. Y tampoco quiero estar en deuda con usted.* Apretó los labios mientras sus ojos se perdían en el horizonte. Había confeccionado la prenda y había bordado aquellas rosas con tanta ilusión... y en ningún momento se planteó que sus intenciones pudieran ser cuestionadas. Quizá él tenía razón y se había excedido. En silencio se preguntó si la reacción de él hubiera sido la misma si el regalo viniese de otra persona que no fuera ella. Semejaba tenerle una inquina especial. Cada vez que sus caminos se cruzaban él no cesaba de demostrarle cuánto la despreciaba.

Eso le dolía.

No debería, pero lo hacía.

Cerró los ojos brevemente al venirle a la memoria el enorme alivio que había experimentado cuando él le dijo que Nita no era su mujer, que no tenía esposa. ¿Qué le habría sucedido a la madre de María? La curiosidad la embargó. Miró a Pedro de reojo. Quizá él supiera algo sobre la familia de Bronco. A lo mejor podía preguntarle.

Desechó la idea en cuanto esta acudió a su cabeza.

«Déjate de tonterías. ¿Cómo vas a estar indagando sobre un vaquero? Es ridículo», se amonestó.

No obstante, el deseo de averiguar más sobre él no desapareció.

Llegaron al rancho entrada la tarde. Pedro detuvo la carreta en la parte trasera. Tres vaqueros se acercaron para descargarla. Rose aceptó la ayuda de uno de ellos, un tal Jeremiah, de origen irlandés, para descender del vehículo. Angie y Will salieron a recibirla al patio. Su hermana la abrazó como si hubiera estado fuera días o semanas.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó sorprendida, devolviéndole el abrazo.

—Solo que te echábamos de menos —le respondió. Llevaba un precioso vestido azul y un lazo blanco le sujetaba la melena en una coleta.

Rose sonrió con afecto. Era imposible no hacerlo. Sus hermanos se habían colado dentro de su corazón sin ningún esfuerzo. Ambos eran maravillosos.

—Os he traído algo del pueblo —dijo, cogiendo el paquete que contenía sus compras.

—¿Qué? —La cara usualmente pálida de su hermano se iluminó.

—Vamos a la sala de lectura y allí os lo daré. —Habían decidido ponerle aquel nombre al cuarto adyacente a su dormitorio donde solían pasar las tardes—. Espero que Mami me haya guardado algo de comer porque estoy famélica —añadió mientras se encaminaban hacia la casa.

—Ahora mismo mando a Remedios con una bandeja. —Como si el simple hecho de mencionar su nombre en voz alta la conjurase, Mami apareció en el umbral de la puerta de la cocina.

Rose se lo agradeció con una enorme sonrisa. Hasta ese instante no había sido consciente del apetito que tenía.

Parloteando alegremente atravesaron la cocina y el vestíbulo y se dirigieron a las escaleras. La puerta del despacho de su padre estaba abierta. William Patterson se hallaba de pie junto a la librería. Una mueca severa

curvaba su boca. Sus ojos se encontraron brevemente antes de que él se diera la vuelta y les diese la espalda.

Rose apretó los labios. No iba a dejar que su progenitor le estropeará esos valiosos momentos que podía pasar con sus hermanos. Se rio de algo que dijo Will y trató de olvidarse de la fría mirada que le había dirigido su padre.

Y de Bronco.

Capítulo 14

Gabriel observó la figura desde varios ángulos. La sopló con fuerza para retirar las esquirlas de madera y luego la frotó con los dedos, limpiando los últimos restos. No quedaba mucho por hacer, solo pulirla. Hacía semanas que había conseguido un trozo de roble blanco, el tipo de madera ideal para tallar, y llevaba varios días trabajando en él, convirtiendo el inerte pedazo de madera en un pequeño mustang que la manita de una niña pudiera abarcar. Iba a ser un regalo para María. No poseía la habilidad de su padre, pero le había visto mil veces tallando diferentes figuras. El cuchillo de hoja corta que había empleado para hacerlo era el mismo que Ramón Salas utilizaba siempre. Gabriel lo guardaba como oro en paño; era uno de los pocos recuerdos materiales que conservaba de él.

Dejó la figura y el cuchillo sobre la mesa y estiró los brazos por encima de la cabeza, aligerando la tensión que se le había concentrado en los hombros y la espalda. Había vuelto del pueblo de ver a su hija hacía unas horas y como no deseaba unirse a la partida de cartas que los otros vaqueros estaban organizando en el barracón, había bajado hasta el río, hasta la vieja cabaña de pesca que nadie usaba ya. Casi del todo oculta por los matorrales, la descubrió hacía tiempo por casualidad y, desde entonces, la utilizaba cuando quería soledad. Solo tres de sus paredes se mantenían enteras en pie, de la cuarta apenas quedaban restos, y el techo tenía tantos agujeros como un cedazo, pero en invierno resguardaba algo del frío y en verano, del sol. En el interior se conservaban una mesa coja, un taburete y un catre estrecho con un antiguo colchón de paja en el que él mismo había dormido en alguna ocasión.

La luz no tardaría mucho más en convertirse en oscuridad, así que comenzó a recoger sus utensilios de trabajo. Guardó el cuchillo, el punzón y la lija en su bolsita de cuero y limpió los restos de madera esparcidos sobre la mesa con un paño.

Mientras lo hacía, su mente retornó a aquel domingo de octubre en el que coincidió con la hija de Patterson en la casa de su tía. No era la primera vez que sus pensamientos tomaban aquellos derroteros y, como cada vez que sucedía, su expresión se ensombreció. No había vuelto a cruzarse con ella desde entonces. Solo una vez la vio a lo lejos, montando a Alone acompañada por sus hermanos. El rancho era grande, pero no lo suficiente como para no verse en semanas. Era más que probable que le estuviera evitando. No era tan sorprendente si se tenía en cuenta su desabrido y ofensivo comportamiento cada vez que coincidían.

Jamás iba a admitirlo delante de ella, pero después de aquel día en el pueblo y de ver cómo trataba a María, había llegado a considerar que su juicio quizá estuviera equivocado. Quizá esa arrogancia de la que hacía gala era una pose. Quizá hubiese mucho más debajo de esa superficie de mujer estirada que ella se esforzaba por mostrar.

Quizá.

—¡Qué pinche pendejo eres! —exclamó exasperado, meneando la cabeza y ahuyentando esas inútiles conjeturas. Desperdiciaba demasiado tiempo pensando en la señora Randolph.

Se sacó el tabaco y el papel engomado del bolsillo y se lio un cigarrillo. Con la espalda apoyada en la pared, se dedicó a fumar en silencio, disfrutando de la puesta de sol y del sonido cantarín del agua del río. No tenía muchas ocasiones de encontrar ese tipo de paz. Casi siempre estaba rodeado por sus compañeros que eran en extremo ruidosos, así que saboreó el momento con un gesto placentero dibujado en la cara.

El sonido de una rama que se partía le hizo agudizar el oído y ponerse alerta. Ese pedazo de terreno se encontraba demasiado cerca del rancho para recibir visitas hostiles; debía de tratarse de uno de los vaqueros o de algún animal. No obstante, agarró la empuñadura de su cuchillo Bowie⁵, que siempre llevaba enfundado en un lateral del cinturón, y lo extrajo con suavidad. No tenía más armas que aquella. Su revolver Colt Army se hallaba en sus alforjas en el barracón.

Arrojó el cigarrillo al suelo y, silenciosamente, se acercó al hueco de la ventana que daba al camino de acceso. Echó un vistazo al exterior.

Reconoció al recién llegado al instante. Mejor dicho, a la recién llegada.

Rose Randolph.

Soltó el aire que había contenido en los pulmones y se guardó el cuchillo. La observó con cierta curiosidad. Su figura alta y delgada era inconfundible, pero no el resto de su persona. Estaba tan habituado a ver su espigada silueta enfundada en esos tristes vestidos oscuros, que el hecho de verla luciendo una falda y una blusa en tonos claros le sorprendió. También llevaba el pelo de otra manera, no en su acostumbrado moño; le caía suelto sobre un hombro. Caminaba con lentitud, abriéndose paso entre los matorrales con la mirada perdida y las facciones relajadas. Se agachó, cogió una de las numerosas espigas de carrizo que cubrían el suelo y comenzó a girarla entre los dedos, acercándosela a la cara y acariciándose la mejilla con ella. Una generosa sonrisa curvó sus labios al sentir el cosquilleo sobre su piel.

Gabriel nunca antes la había visto así, serena y natural, sin artificios ni rigidez, sonriendo sin preocupaciones.

Irradiaba calma y algo más.

Luz.

La hija mayor de Patterson era hermosa.

Permaneció en silencio, contemplando cómo volvía a ponerse en movimiento. Un suave tarareo llegó hasta sus oídos cuando los pasos de ella la llevaron justo frente a la cabaña. No habría más de diez o doce yardas entre ellos, pero las ramas bajas de los árboles y los arbustos que crecían sin orden ni concierto por todas partes hacían casi imposible que ella pudiera descubrir su posición. Continuó avanzando, ajena a que estaba siendo observada, hasta llegar a la orilla del río. Luego tomó asiento en el suelo de tierra, se subió la falda ligeramente y comenzó a desabrocharse los zapatos.

Gabriel parpadeó, perplejo. ¿Qué iba a hacer? ¿Iba a meter los pies en el río? Era noviembre y el agua estaba realmente fría.

Una exclamación cargada de sorpresa rompió el silencio del atardecer. Sí, había metido los pies en el agua congelada. Él meneó la cabeza incrédulo mientras seguía con los ojos fijos en la escena. Era la tercera vez que la espiaba sin que ella fuera consciente de ello. La primera, la noche que la descubrió llorando en el patio. La segunda, cuando discutió con Henry Younger frente a la casa. Y ahora, esa. Se estaba comenzando a convertir en

una costumbre. Había escuchado decir a su madre que más de tres casualidades convertían una situación en destino.

Ridículo.

Lo correcto sería dar a conocer su presencia o alejarse en silencio y cederle esos instantes de privacidad que ella había buscado junto al río. No podía quedarse en las sombras, acechándola.

Pero lo hizo.

Ni siquiera sabía por qué sentía interés por esa persona. Ella no le caía especialmente bien. No le gustaba. Su actitud le crispaba. Y, sin embargo, desde que se encontraron en casa de su tía, se había descubierto a sí mismo pensando en ella con frecuencia. Con demasiada frecuencia. Se acarició el mentón, meditabundo, mientras seguía con los ojos fijos sobre su espalda. Ella había comenzado a trenzarse el pelo y continuaba tarareando; su voz se mezclaba con el sonido del agua.

Finalmente, tomó una decisión. Había algo que quería averiguar. Se dirigió a la mesa, recogió la figurita y el saquito con sus herramientas y abandonó la cabaña. No quería sobresaltarla, pero temía que iba a ser inevitable. Estaba tan absorta que no le oyó acercarse. Enojado, se detuvo a un par de pasos de donde estaba sentada. Era bastante irresponsable por su parte no estar atenta a su entorno. Era cierto que estaban cerca del rancho y no era muy probable que entraran intrusos, pero había suficientes animales salvajes por la zona como para no bajar la guardia. Hacía poco unos vaqueros habían visto un puma merodeando por allí. Y ni hablar de las serpientes venenosas.

Carraspeó con suavidad.

Ella no se inmutó.

Carraspeó un poco más fuerte.

Rose Randolph dejó escapar un grito agudo y se incorporó con tanto ímpetu que estuvo a punto de caerse al agua. Solo el reflejo instintivo de Gabriel, que extendió la mano y la agarró del brazo la libró de un helado chapuzón. Le miró, conmocionada.

—No pretendía asustarla —se disculpó. La soltó una vez estuvo seguro de que ella se sostenía sobre las piernas—. He tratado de llamar su atención, pero usted parecía encontrarse bastante lejos de aquí. Es poco prudente estar tan distraída. Por aquí hay animales de todo tipo —la regañó con sequedad.

Ella agachó la cabeza. Algunos mechones de pelo a medio trenzar le cayeron sobre la cara.

—Tiene... tiene usted razón —reconoció—. No he debido distraerme así. Gracias por su advertencia, señor Salas.

Él chasqueó la lengua, exasperado.

—Se le olvida a usted lo que le he dicho en numerosas ocasiones. Es Bronco. Dudo mucho que a su padre le guste escuchar que me llama señor Salas.

Ella apartó la mirada. No parecía agraderle demasiado que él hubiera traído a Patterson a colación. Gabriel recordó que en el rancho se rumoreaba que la relación entre padre e hija era distante.

—Disculpe —murmuró, y volvió a mirarle. Había algo de confusión en sus ojos azules—. No sabía que viniera nadie por aquí. Creí que estaba sola. Lamento haberle importunado.

—Señora, son sus tierras. Puede ir y venir usted por donde le plazca.

Hasta él mismo se dio cuenta de que era en exceso descortés. Apretó la mandíbula prometiéndose ser más comedido en su forma de hablar.

—Cierto. Tiene usted razón. Son mis tierras —repuso ella. Ahora su voz sonaba gélida y sus facciones se habían endurecido. La mujer alegre y calmada de hacía unos minutos se había esfumado. Su rostro ya no irradiaba luz.

—Mire... —comenzó él algo contrito.

—No se moleste en decir nada —le interrumpió. Luego se agachó y se puso los zapatos a la velocidad del rayo—. Mejor me voy. Es un poco tarde y anochecerá pronto.

—Espere un momento, señora Randolph. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Le debo una disculpa. Creo que hemos comenzado con mal pie.

Ella, que se disponía a marcharse, se detuvo en seco. Se giró y se encaró con él.

—Yo también lo creo —dijo sin mirarle a la cara.

Sus ojos huidizos buscaron algún punto de apoyo y parecieron encontrarlo cuando se posaron sobre su mano izquierda, donde llevaba la figurita de madera. Instintivamente, él aflojó los dedos, haciendo la talla más visible. Ella arqueó las cejas y entreabrió la boca, asombrada.

Gabriel dio un paso atrás, demasiado desconcertado con su propia reacción. Bajó la vista hasta el pequeño mustang de madera y se quedó mirándolo en silencio.

—Es para mi hija —dijo al fin con parquedad.

—Es... es... muy bonito. Estoy segura de que le encantará —balbuceó ella. Sonaba tan estupefacta como él se sentía.

—¿Por qué no ha vuelto? —soltó repentinamente, cerrando el puño en torno a la figura.

—¿Cómo? —inquirió ella.

—¿Por qué no ha vuelto a visitar a mi hija?

Sabía que había acudido al pueblo al menos en otras dos ocasiones después del domingo en el que le llevó el vestido a María. Sin embargo, no había vuelto a acercarse a la casa de comidas. Y sospechaba —no, tenía la certeza— de que él era el responsable directo de aquello. Su tía Elena había dejado caer algún comentario al respecto el domingo anterior.

—Sinceramente, señ..., Bronco —se corrigió con rapidez—, después de nuestro último encuentro, pensé que no le agradaba mi presencia en la casa de su familia —concluyó nerviosa.

Le sorprendió su sinceridad. No lo había esperado. La contempló absorto. Había ladeado la cabeza y solo mostraba su perfil. Un soplo de brisa le agitó el cabello y ella se lo puso detrás de la oreja con un gesto enérgico. Su pelo, libre de horquillas, parecía más claro y reluciente que de costumbre.

—Mi hija ha preguntado por usted —dijo al cabo de un instante.

—Oh —exclamó muy asombrada, mirándole de frente—. ¿Por mí?

—Sí, por usted —admitió con reticencia.

Lo cierto era que María, cada vez que iba a verla, cogía el paquete donde estaba envuelto el vestido y lo apretaba contra su pecho diciendo *mamá* una y otra vez entre pucheros y mirándole con reproche, como si supiera que la señora Randolph no iba a volver por su culpa. Al principio, la ira le sofocaba cada vez que la escuchaba pronunciando esa palabra, pero cuando fue testigo de que también se dirigía a su tía y a su prima de la misma manera, lo aceptó resignado.

Transcurrieron unos cuantos segundos en los que ambos guardaron silencio. La respiración de ella se había acelerado y los ojos de Gabriel descendieron

hasta su busto que subía y bajaba de manera bastante notoria. Luego se detuvieron sobre su talle. Era evidente que no llevaba corsé; a pesar de eso, su cintura era muy estrecha. Se preguntó si sus manos conseguirían abarcarla en su totalidad... De pronto, se dio cuenta del cariz tan poco apropiado que estaban tomando sus pensamientos y maldijo entre dientes.

—Puede ir a visitarla cuando quiera —masculló—. A María le gustará.

Ella abrió la boca y arqueó las cejas.

—De... de acuerdo... —repuso aturdida, como si no terminase de creer lo que él acababa de decir—. Lo... lo haré.

Gabriel desvió la mirada y la posó en el cielo anaranjado que poco a poco iba tornándose más oscuro.

—Está comenzando a anochecer. Debería usted volver al rancho —dijo, alejándose unos pasos.

Rose Randolph asintió lentamente.

—Sí, está anocheciendo —dijo en voz baja mirando también al cielo. Después, se dio media vuelta y, sujetándose la falda, echó a andar por el camino—. Buenas noches, señor Salas —se despidió.

En esa ocasión, Gabriel no se molestó en corregirla. La siguió con los ojos hasta que desapareció detrás de unos matorrales, a sabiendas de que lo correcto hubiera sido acompañarla hasta el rancho.

Se dio media vuelta y contempló el río, reflexivo.

«¿Por qué ha prescindido del luto hoy?», se preguntó con curiosidad.

Capítulo 15

Faltaban dos semanas para Navidad, y Rose y Angie habían decidido acercarse hasta el pueblo para hacer algunas compras. Will no las había acompañado porque un fuerte catarro le mantenía en la cama con fiebre. Había protestado con vigor, ya que hasta el rancho había llegado la noticia de que dos buhoneros con carretas repletas de objetos variopintos e interesantes se habían instalado en Catclaw Springs. Las dos jóvenes se despidieron de él prometiendo contarle con pelos y señales todas las novedades y curiosidades que pudieran encontrar.

La temperatura había descendido bastante y el trayecto hasta la población lo hicieron en carreta cerrada. Pedro, como era la costumbre, manejaba el vehículo. Llevaban también dos caballos amarrados a la parte trasera a los que había que cambiarles las herraduras. Esta vez también las acompañaba otro vaquero, Theo, por lo que ambas hermanas no tuvieron muchas opciones de hablar de sus cosas. Angie parecía algo preocupada y a Rose no le gustó demasiado lo que vio en sus ojos oscuros. ¿Habría pasado algo grave? Tomó la determinación de preguntarle el motivo en cuanto estuvieran a solas.

A la entrada del pueblo se erguía, ya terminada, la iglesia. Solo carecía de la campana, que no tardaría mucho más en llegar, se la esperaba con impaciencia. Lo que sí había llegado era el pastor baptista, Edward Tattle⁶, un hombre que, contrariamente a lo que indicaba su apellido, era bastante silencioso y reservado. Desde hacía dos semanas se celebraban servicios religiosos en la pequeña iglesia y los habitantes de Catclaw Springs estaban encantados. En Chicago, Rose había visitado todos los domingos la iglesia episcopaliana de St. James, pero hasta el momento, ningún miembro de la familia Patterson había acudido a escuchar los sermones del pastor Tattle. Ella tenía pensado comenzar a hacerlo la siguiente semana.

Pedro se detuvo frente a la casa de comidas de Elena Cortés y Theo las ayudó a descender del vehículo. Acordaron encontrarse al cabo de tres horas

en los almacenes del señor Hilburn. Rose esperó a que la carreta se alejara camino de la herrería antes de coger la mano de Angie y encararse con ella.

—Estás preocupada por algo. ¿Qué ha sucedido?

Su hermana pequeña se la quedó mirando con ansiedad. Parecía indecisa y bastante inquieta.

—Anoche no tuve oportunidad de hablar contigo, pero es que ayer pasó algo...

—¿Algo? ¿A qué te refieres? —Una sensación premonitoria se despertó en Rose.

La noche anterior, Henry y su padre habían acudido a *Las Claritas*. Como era habitual, ella había soportado la cena estoicamente y se había retirado temprano a su dormitorio. Ni Patterson ni Henry habían vuelto a mencionar el matrimonio, no obstante, se respiraba una velada tensión en el ambiente que hacía que se le revolviera el cuerpo cada vez que los Younger acudían al rancho.

—Tú ya te habías acostado y padre y los Younger estaban en su despacho —comenzó Angie—. Sin querer, escuché algo de lo que decían. Hablaban de ti.

¿Sin querer? No lo creía. Su hermana era muy curiosa y dudaba mucho de que no hubiera sido a propósito, pero se abstuvo de reprenderla.

—Padre les comentaba que había que apresurar tu matrimonio, que no se podía demorar más. Luego hizo mención a una mujer que va a venir al rancho y... y que no quiere que estés allí cuando ella llegue. —Sus ojos oscuros mostraban confusión y también algo de indignación.

—¿Una mujer? —Rose frunció el ceño. ¿A qué mujer podía referirse su padre?

—No entendí mucho más, solo eso. Que la boda se tiene que celebrar cuanto antes —repuso.

Rose estuvo a punto de soltar una palabra malsonante al escuchar aquello. Sabía que ni su padre ni los Younger se habían olvidado del maldito matrimonio, lo sabía; y que esa calma relativa en la que había vivido los últimos meses había sido algo puramente engañoso. Pero ¿qué tenía que ver una mujer en todo aquello? No entendía nada.

Pensativa, dejó vagar la mirada por la calle. Había unas cuantas personas reunidas en la puerta de la iglesia y otras tantas frente a los almacenes del señor Hilburn. Junto a la barbería estaban construyendo otro edificio que, según le había contado Pedro, sería la oficina de telégrafos. Tres niños correteaban detrás de un perro que no cesaba de ladrar. Al fondo, al otro extremo del pueblo, se agolpaba un nutrido grupito de gente frente a lo que debían de ser los carrmatos de los buhoneros.

Mas ella no prestó atención a ninguna de aquellas cosas. ¿Una mujer iba a llegar al rancho y su padre tenía que deshacerse de ella antes de que eso sucediera? ¿Qué significaba eso? Cerró los ojos y cogió aire por la nariz expulsándolo por la boca con mucha lentitud.

—¿Estás bien, Rose? —La atribulada voz de su hermana la retornó a la realidad.

—Sí, sí —repuso con fingida serenidad.

—¿Qué vas a hacer?

En un primer momento vaciló, pero no tardó en erguir los hombros y coger a su hermana del codo con decisión.

—Pues ahora vamos a visitar a María y luego nos vamos a ir de compras. Y más tarde, cuando llegue a casa, hablaré con padre —suspiró con fatiga—. Me temo que es algo que no puedo postergar más.

Angie la miró con preocupación, pero no dijo nada más. Enhebró el brazo en el suyo y la siguió.

Elena Cortés las recibió con efusividad. Era la primera vez que Angie acompañaba a Rose y se deshizo en halagos sobre el aspecto lozano de la jovencita. Rápidamente se hallaron acomodadas en la salita con sendos trozos de tarta delante de ellas. Nita no tardó en aparecer junto con María que, en cuanto descubrió quién era la recién llegada, echó a correr y se subió en su regazo.

Rose abrazó el cuerpecito de la niña con mal disimulada emoción. Desde aquella tarde que se encontró con Bronco en el río y él le dio permiso para visitar a su hija, lo hacía cada vez que bajaba al pueblo. Poco a poco, el afecto que sentía por la pequeña se iba convirtiendo en algo más sólido y profundo y los domingos que el mal tiempo le impedía acudir a la población, se sentía inquieta y la nostalgia se apoderaba de ella.

Mientras su hermana conversaba con Elena Cortés y con su hija en un fluido español, ella se dedicaba a observar a María llena de adoración mientras compartían el trozo de pastel. Era una niña muy inquieta y pizpireta que siempre estaba en movimiento. Curiosamente, cada vez que ella acudía a visitarla, parecía calmarse y aguantaba todo el rato subida sobre sus rodillas mientras se dejaba acariciar. Ese día llevaba el pelo recogido en una coleta de la que se escapaban algunos rizos y Rose se entretuvo en deshacerle el lazo amarillo y volverle a recoger el pelo. María se dejó hacer, lanzándole miradas de soslayo al tiempo que sonreía.

El pecho de Rose se encogió enternecido.

En ese instante, la niña le mostró algo que llevaba en su manita y que le había pasado desapercibido. El corazón de la joven se aceleró al darse cuenta de lo que era. Era un mustang tallado en madera. Lo cogió, tratando de refrenar su agitación.

Era la misma figura que ya había visto en la palma de la mano de Bronco aquel día en el río, solo que ahora estaba terminada y su superficie era muy suave al tacto. El caballito era perfecto y muy detallado, desde sus delicadas patas, los cascos, las crines y hasta las diminutas orejas. Era precioso. Sin poder apartar los ojos de él, lo acarició. Su mente, traicionera, voló y voló hasta el artífice de aquella talla.

Bronco Salas.

No, se corrigió mentalmente.

Gabriel Salas.

El hombre con nombre de arcángel.

El hombre que no podía quitarse de la cabeza.

El hombre de las manos perfectas.

Se sonrojó, muy a su pesar. Cada vez que pensaba en él lo hacía.

Desde aquella tarde de mediados de noviembre, una especie de tregua parecía haberse establecido entre ellos. Cada vez que sus caminos se cruzaban en el rancho, lo que no sucedía con mucha frecuencia, se saludaban cortésmente. Él no había vuelto a mirarla de aquel modo despectivo que utilizaba al principio. Mejor dicho, él no había vuelto a mirarla, y si lo hacía, era de manera breve y desinteresada.

Ella, por el contrario, no podía evitar que sus ojos le buscasen con avidez.

No era como los demás vaqueros, en su mayoría fanfarrones, ruidosos y alegres. A él le rodeaba un aura de fría furia contenida. Además, era rudo, hosco e incluso mal educado. Jamás sonreía ni era amable. Se llevaba mejor con su caballo que con cualquier otra persona del rancho y su actitud desabrida era odiosa.

Y, pese a eso, Rose se sentía fascinada por él.

Pasaba las horas encerrada en su dormitorio, escondida tras las cortinas de su ventana, espiando el cercado y viendo cómo él domaba los ejemplares que habían atrapado en el Nueces. Admirando su constancia, su determinación y su paciencia. Prendada de cada movimiento, caricia o susurro que les dedicaba a los animales. Sí, lo sabía. Se comportaba como una necia. ¿Qué extraña locura la había poseído para conducirse de aquel modo tan irracional? No tenía ni idea, solo sabía que el día que no conseguía verle, su estado de ánimo empeoraba y se tornaba melancólico.

—Queremos ir a ver a los vendedores ambulantes, ¿verdad, Rose?

El escuchar su nombre pronunciado en voz alta la sacó de sus cavilaciones. Giró la cabeza, algo desorientada, y posó los ojos sobre su hermana.

—Sí, sí —murmuró, aclarándose la garganta—. Quizá encontremos algún regalo de Navidad para Will. Está muy decepcionado por haber tenido que quedarse en casa.

—Esos hombres tienen de todo —dijo Elena Cortés asintiendo—. Parece mentira que les quepa tanta mercancía en esos carromatos. Aunque si siguen vendiendo como hasta ahorita, cuando se marchen, se irán con los carros vacíos.

María le reclamó el caballito que Rose había sostenido en la mano derecha todo el rato. Se lo entregó con una sonrisa. La niña lo cogió y comenzó a imitar un torpe galope con la figura sobre la mesa.

—¡Qué bonito es! —exclamó Angie fijando la mirada en la talla.

—Lo hizo su papá. Es muy talentoso tallando madera. —La tía de Gabriel no pudo ocultar el orgullo que destilaban sus palabras—. Lo heredó de su papá, el marido de mi hermana. A él también se le daban bien estas cosas.

Rose agudizó el oído, interesada. Quizá la señora Cortés siguiera hablando sobre la familia de Gabriel, pero no fue así; no dijo nada más.

La campanilla que anunciaba la llegada de algún visitante sonó en aquel momento haciendo que Nita abandonara la sala y fuese a ver quién era. Rose, temiendo que hubieran robado demasiado tiempo a la afable dueña de la casa, se apresuró a ponerse de pie y dejar a María en el suelo, no sin antes permitir que la niña la abrazase con entusiasmo y le diera un sonoro beso en la mejilla, al que correspondió con ternura.

—Tenemos que marcharnos ya, se nos ha hecho un poco tarde —se disculpó, haciéndole una señal a su hermana, que también se incorporó con rapidez.

—Vuelvan cuando quieran. Ya sabe usted que estamos encantadas de que nos visite, especialmente María. Y traiga de nuevo a su hermana la próxima vez. Ha sido un placer conocerla, señorita Patterson.

Las acompañó hasta la puerta, donde se dijeron adiós, prometiendo volver pronto. Nita, que se hallaba en el comedor atendiendo a dos vaqueros, les hizo también un gesto de despedida.

En la calle, el sol se asomaba con timidez entre las nubes, calentando algo el frío ambiente de diciembre. Se detuvieron en la ancha acera entarimada.

—Es una niña preciosa —dijo Angie, entusiasmada—. Se parece mucho a Bronco. ¿No te parece que tiene sus mismos ojos?

Rose asintió. Bien sabía ella que la pequeña era clavada a su padre. Cada vez que la miraba, veía los singulares rasgos masculinos reflejados en ella. Simuló una breve sonrisa y sus ojos volaron en dirección al extremo del pueblo donde se habían colocado los buhoneros. Estaba a punto de sugerir que fueran hacia allá, cuando sintió un fuerte tirón en el brazo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Rose! —balbuceó Angie a su lado con sofoco.

Volteó la cabeza con premura, asustada, y vio que su hermana se había puesto roja y tenía la mirada fija en algún punto detrás de ella. De repente, aparentaba estar al borde del colapso.

—¿Qué sucede? —inquirió, alarmada, cogiéndole la mano.

—¡Se está acercando! —bisbiseó casi histérica estrujándole los dedos.

Rose frunció el ceño, verdaderamente preocupada ya.

—¿Quién se acerca? ¿A qué te refieres?

—Es... Rico... Rico Salas —barbotó.

Rose se dio la vuelta con precipitación.

El causante del ataque de ansiedad de su hermana no estaba solo. Iba acompañado por su hermano, Bronco.

Rose tenía algo más de aplomo que Angie y no perdió la compostura de aquella forma. Sí que su respiración se desacompasó y su corazón comenzó a bombear más sangre de lo habitual, pero su expresión se mantuvo impassible mientras los dos hermanos se acercaban. Estaban a unas treinta yardas de distancia, por lo que tuvo el tiempo suficiente de poder estudiarlos a ambos de arriba abajo.

El tal Rico era más joven que su hermano, debía de rondar los diecinueve o veinte años. También era más bajo de estatura y más delgado. Iba vestido de negro de la cabeza a los pies, tanto sus botas, como sus pantalones, camisa, chaqueta y sombrero eran de ese color y parecían de buena calidad. Y caminaba con un aire provocador.

No se parecían en nada.

Bronco era más alto, más fornido, más imponente. Parecía llenar la calle con su mera presencia. Su forma de andar y de moverse resultaba más natural, más directa. Sus ropas eran menos ostentosas, el pantalón de trabajo gris, la camisa de franela azul y la chaqueta marrón de cuero muy gastada. No obstante, y aunque sus prendas fueran mucho más sencillas, le sentaban como un guante, pensó Rose, incapaz de apartar los ojos de la tela de la camisa que se le pegaba al plano estómago de manera muy evidente. ¿No hacía demasiado frío para llevar la chaqueta desabrochada? Alzó la vista y la ancló sobre su rostro moreno, aunque no pudo distinguir sus facciones. Llevaba el sombrero calado hasta las cejas.

—¿No es guapísimo? —escuchó a su hermana cuchichear.

«Sí, lo es», reconoció en silencio. A pesar de que sabía que Angie se refería al pequeño de los Salas, ella no tenía ojos para nadie más que para Bronco.

Los hermanos se habían acercado a ellas. Al reparar en su presencia, la actitud de ambos había cambiado radicalmente. El mayor se detuvo y las miró con mucha seriedad. Rico se quitó el sombrero y una sonrisa deslumbrante se mostró en su boca. Un rayo de sol le dio de lleno en la cabeza y a Rose el brillo de su inusualmente corto cabello le recordó al broche de ónice que solía llevar prendido en la blusa. Tenía los ojos claros, muy rasgados y de un color

indefinido, una mezcla de azul y gris. Sí, sin duda era guapísimo, como decía su hermana.

Pero ella buscó al otro Salas.

Este terminó por quitarse el sombrero también. Su melena irregular quedó al descubierto y un mechón le cayó sobre la frente. Se lo apartó de la cara con un movimiento enérgico. Sus oscuros ojos parecieron atravesar los de ella. Si bien no sonrió, su expresión no era adusta.

—Buenos días —las saludó Rico con un tono de voz de lo más aterciopelado.

«Es un seductor nato», pensó Rose nada más escucharle. «No me extraña que Angie esté tan embelesada».

—A la señorita Angie ya la conoces —intervino Bronco—. Esta es la señora Randolph, su hermana mayor.

—Encantado de conocerla, señora Randolph.

Rose hizo una cortés inclinación de cabeza. De reojo, miró a su hermana que todavía tenía las mejillas enrojecidas y se esforzaba por mostrar una actitud de indiferencia, algo en lo que fracasaba estrepitosamente.

—Está usted mucho más alta y más bonita que cuando nos vimos por última vez. —Rico se dirigió a Angie con una sonrisa galante.

—Mu... muchas gracias... Es usted muy... amable... —tartamudeó.

Rose apretó el brazo de su pobre y azorada hermana tratando de infundirle ánimos.

—Han venido a ver a María. —Las secas palabras de Bronco hicieron que Rose se olvidara de Angie, del joven Salas y de todo lo demás.

—Sí —respondió, a pesar de que no había sido una pregunta—. Hemos pasado a saludar a su tía y a ver a la niña.

—Tienes una hija muy linda, Bronco —dijo la pequeña de los Patterson con gran familiaridad. Rose la envidió por ello—. Tiene tus ojos.

—Sí, los ojos de mi hermano son muy lindos —intervino Rico con una sonrisilla socarrona haciendo que Angie se llevara las manos a la boca y se la tapara algo escandalizada.

Bronco le ignoró por completo. Seguía mirando a Rose.

—María es una niña preciosa —repuso esta con afecto—. Y es cierto que se parece a usted. Es adorable y tan encantadora que... —se interrumpió de

golpe y carraspeó nerviosa, como si se hubiera dado cuenta de que había hablado demasiado.

Todos la miraron con diferentes grados de sorpresa. Quizá, el más perplejo fue el padre de la niña, que entornó los ojos y torció el gesto.

—Tenemos que irnos —dijo ella entonces, impetuosamente, huyendo de la mirada inquisitiva de él. Su piel había adquirido el mismo matiz sonrojado que el de su hermana—. Ha sido un placer conocerle, Rico —añadió, fingiendo una sonrisa.

—El placer ha sido mío, señora —contestó este—. Señorita Angie, espero que volvamos a vernos antes de que deje el pueblo.

—Sí, sí..., por supuesto —respondió ella.

Rose no esperó más. Agarró a su hermana del brazo y se lo apretó. Antes de darse media vuelta, comprobó a hurtadillas que Bronco seguía observándola en silencio con una expresión inescrutable en el rostro.

—Señor Salas —susurró.

Luego, ambas se alejaron por la acera de madera. Angie lucía una sonrisa enorme en la cara. Rose era un puro manojito de nervios.

—Así que mi hermano mayor es adorable... —La frase, pronunciada por el pequeño de los Salas, llegó hasta los oídos de Rose con absoluta claridad.

Cerró los ojos mortificada y apretó el paso.

Capítulo 16

—Así que mi hermano mayor es adorable —dijo Rico en un tono lo suficientemente fuerte como para que ellas lo escucharan.

—¡Cállate! —masculló Gabriel, fulminándole con una rápida mirada.

—Carnal, ese huevo pide sal —reiteró, cuando las dos jóvenes se habían alejado bastante. La risa resonaba en sus palabras.

—¡No digas pendejadas! —exclamó, arrebatado. El comentario no le hizo ni pizca de gracia.

—¡Híjole! ¿Es que no viste cómo te mira la güerita? Con esos ojitos de carnero degollado...

El mayor de los Salas se mordió la lengua para no soltar un exabrupto. Observó cómo se alejaba agarrada a su hermana, tan erguida y serena como siempre, guardando la compostura. ¿O no? Había visto inquietud y desasosiego en ella antes de que se fuera. De nuevo, le asaltó la sospecha de que todo ese aplomo y seguridad eran una pose.

—La hermana pequeña se puso requetebonita en este tiempo. Y la otra tampoco se queda corta. Es un tantito mayor, pero tú tampoco eres tan joven.

—¿Quieres dejar de decir babosadas? —Se dio la vuelta y se encaró con su hermano que sonreía como un imbécil.

—¿A poco no tengo razón? ¿Qué tendrá? ¿Treinta años? Tú cumpliste los veinticinco hace unos meses. No es mucha la diferencia. Y ella parece muy interesada.

Gabriel gruñó con exasperación.

—No sabes lo que dices. Es la hija del patrón. Y no tengo interés en ninguna mujer, ni joven ni vieja. Tengo otras preocupaciones y tú bien lo sabes —masculló entre dientes—. Sabes que no tengo sitio ni en mi cabeza ni en mi corazón para nadie más que para Teresa.

Rico recobró la seriedad de repente y la sonrisa se le borró de la cara. Bajó la vista al suelo, mostrando verdadero arrepentimiento, y guardó

silencio.

Ambos permanecieron mudos durante unos segundos. Sus reencuentros siempre eran así. Al principio, la alegría de verse empañaba todo lo demás, incluso podían bromear y reírse, como en otros tiempos, pero la tristeza y la ira no tardaban en aparecer, desterrando cualquier sentimiento de regocijo. Era difícil comportarse como si no hubiera sucedido nada cuando la tragedia siempre estaba presente, sobrevolando sus cabezas y carcomiéndoles por dentro.

Rico había llegado esa misma mañana. Se habían encontrado a medio camino entre el rancho y el pueblo. Las noticias que traía eran las mismas de siempre. La banda de Bass había asaltado un banco en una población cercana a Waco y luego se había dado a la fuga. Por más que preguntó e indagó, no pudo hallar un rastro fiable; de nuevo solo conjeturas. Se rumoreaba que planeaban dejar Texas y dirigirse a Nuevo México, a Albuquerque o Santa Fe. Así que, siguiendo aquella nueva pista, decidió hacer un alto en Catclaw Springs e informar a su hermano de su nuevo destino.

—Es desesperante estar aquí sin poder hacer nada más que aguardar tus noticias, ¿sabes? Esta incertidumbre me está matando poco a poco. Cada vez tengo más ira en mi interior —confesó Gabriel en voz baja—. A veces, me gustaría montar a Manchado y largarme a buscar a esos hombres yo mismo. —Hizo una pausa antes de soltar un suspiro fatigado—. Pero luego pienso en María, en mi chamaquita preciosa, y sé que no puedo hacer eso. Tengo que conservar el juicio y mantenerme cerca de ella. Pero... pero... esta furia me come por dentro.

—Ya platicamos de esto. Déjame a mí que los busque y tú ocúpate de tu hijita. Piensa que solo te tiene a ti —repuso Rico, poniéndole una mano en el hombro—. No voy a descansar hasta que los encuentre, y cuando lo haga..., nuestro momento habrá llegado y pagarán lo que hicieron —terminó con fiereza. Sus ojos plateados centellearon peligrosamente.

Ambos habían hecho un juramento ante las tumbas de su madre, de Rafael y de Teresa. Hacía ya más de un año y medio de aquella noche en la que se arrodillaron frente a los tres montículos de tierra y, mientras el bebé recién nacido lloraba a pleno pulmón en brazos de su padre, prometieron no descansar en paz hasta haber vengado sus muertes.

Gabriel asintió con las pupilas dilatadas por el mismo odio visceral que reflejaban las de Rico.

—¿Cuánto tiempo te quedas esta vez? —le preguntó al cabo de unos instantes.

—No mucho. Lo suficiente para dormir en un colchón blando un par de noches y descansar sin tener que estar con un ojo abierto. Me iré el martes.

—¿Cómo te fue desde la última vez que viniste?

—No me fue mal —respondió, evasivo, mostrando de nuevo lo mucho que había cambiado desde que comenzó la caza de Bass. El antiguo Rico se hubiera explayado y le hubiese contado todas sus aventuras y peripecias. El nuevo Rico, por el contrario, cada vez se volvía más hermético y distante.

—¿Cómo estás de lana?

—Bueno, ya sabes, hago lo que puedo. —Hizo una mueca irónica—. Dios provee cuando le viene bien.

—¿Necesitas?

—No me vendría mal —admitió—. Me acabo de gastar casi todo lo que tenía en que se ocupen bien de Negrito.

Nada más llegar al pueblo, los dos hermanos habían acudido al establo público para dejar el caballo de Rico. Aparentemente, la estancia del animal se había llevado las últimas monedas que le quedaban a este.

—Hace dos meses volví a la cuenca del Nueces a buscar nuevos caballos para Patterson. Le conseguí unos buenos ejemplares. Me pagó bien. Así que cuenta con unos cuantos dólares.

—¿Y cómo van las cosas en el rancho? ¿Ya se acobardó tu patrón o sigue pensando que es el dueño de todo Texas y parte de Nuevo México? —preguntó Rico con guasa.

Gabriel sonrió de medio lado. ¿Patterson acobardarse? Antes se helaría el infierno.

—Ya sabes cómo es. Cree que todos los que no hemos nacido de este lado del Río Bravo⁷ somos escoria. Se le olvida que hasta hace solo tres décadas, Texas pertenecía a México y que su rancho fue construido por mexicanos. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Y tampoco me perdona que haya luchado por el Sur. No le gusto nada, pero me necesita y paga bien.

El hablar de William Patterson le llevó a pensar en su hija mayor y en el breve intercambio de palabras que habían tenido hacía unos minutos allí en esa misma acera. Ella le había vuelto a mirar de esa forma peculiar que él no sabía muy bien cómo interpretar, a caballo entre el interés y la turbación. La frase que había dicho su hermano cuando ella se alejaba: *ese huevo pide sal*, le rondó por la cabeza.

¡Ridículo! ¡Rose Randolph fijándose en un vaquero mexicano! Aquello sí que no tenía ningún sentido.

No obstante, se giró hacia los carromatos de los vendedores ambulantes. A pesar de que el grupo de gente que se agolpaba delante se había hecho más numeroso, no le costó distinguir su figura. Sus ropajes oscuros, su porte elegante y su elevada estatura hacían que destacara entre las demás mujeres. También su rubio cabello, apenas cubierto por un bonete granate de visera corta, brillaba al sol. La observó un rato, volviendo a recordar el estúpido comentario de Rico.

¿Es que no viste cómo te mira la güerita? Con esos ojitos de carnero degollado...

En ese instante, un caballero ataviado con un sombrero blanco y un extravagante abrigo de astracán gris, algo exagerado para aquel templado diciembre, se abrió paso entre los curiosos y se acercó a ella.

A Gabriel no le costó demasiado reconocerle.

Younger.

—¿Quién es ese señorito? —preguntó su hermano con mal disimulada curiosidad y un tinte desdeñoso en la voz. Había estado mirando en la misma dirección que él.

—Es Henry Younger, su prometido —respondió, y nada más decir aquello se dio cuenta de que su humor empeoraba—. Vámonos —gruñó, poniéndose el sombrero con rudeza. Después se dio la vuelta e ignoró a la pareja.

No le gustaba ni un pelo la sensación de disgusto que se le acababa de alojar en el estómago.

Capítulo 17

—Buenos días, Rose.

La voz de Henry le hizo dar un respingo. Había estado tan ensimismada escuchando a uno de los vendedores y sus palabras sugestivas y convincentes mientras le endilgaba tres frascos de loción crece pelo a Lewis Smith, que no tenía ni un cabello en la cabeza, que la presencia del hombre a su lado le había pasado desapercibida.

—Buenos días, Henry —le saludó con cortesía.

En solo medio segundo se percató de que aquella mañana él se había esforzado mucho en su apariencia. Resultaba algo recargado con aquel sombrero blanco impoluto y el oscuro abrigo de piel de astracán. Algo que también parecían pensar los allí reunidos, si se tenían en cuenta sus miradas cargadas de curiosidad.

—Tenía ganas de encontrarla a usted a solas. Tengo algo que comentarle.
—La sonrisa de él nunca terminaba de llegar a sus ojos.

Rose echó un vistazo a su alrededor, buscando a Angie. Cuchicheaba con Gracie Hilburn y otra muchacha de edad similar a la que ella no conocía. Estaban completamente arrobadas por los productos de uno de los buhoneros. Algo indecisa, decidió seguir a Henry, que había extendido una mano y la tomaba por el codo con ligereza.

—No puedo ir muy lejos —murmuró cuando hubieron dejado al grupo de gente atrás—. He venido con mi hermana.

—No se preocupe. Aquí está bien —le dijo él—. Solo quiero que podamos hablar a solas, sin interrupciones.

Se habían alejado del ruidoso público unas cincuenta yardas. La ayudó a subir el escalón de la acera de madera justo frente a la pequeña edificación que en breve se convertiría en la oficina de telégrafos. Esa parte de la calle estaba desierta. Los ojos de Rose, inconscientemente, volaron al distante edificio de la casa de comidas de Elena Cortés. Los Salas ya no estaban allí.

—Anoche —comenzó Henry—, después de que usted se retirase, tuve una conversación con su padre.

Al escuchar aquello, se le erizaron los pelos de la nuca. Alarmada, analizó el rostro masculino de facciones regulares que en ese preciso momento mostraba un gesto de complacencia muy marcado. Cada vez le resultaba más insoportable ese hombre. Se mordió el labio inferior y aguardó, nerviosa. No creía que le fuera a gustar demasiado lo que estaba a punto de oír.

—Debería usted hablar con su padre cuanto antes y que él le explique la decisión que tomamos ayer. Pero creo que es mi obligación, como su futuro marido, informarle cuanto antes —continuó con una sonrisa de las suyas, impersonal y fría—. Hemos acordado una fecha para la boda. Será la última semana de enero.

Enero. ¿Qué enero? ¿Ese enero? ¿La última semana de enero? ¡Pero si apenas faltaba un mes! ¡Un mes!

Rose sintió como si el mundo se hubiera hecho pedazos sobre su cabeza. Una extraña sensación heladora se le extendió por todo el cuerpo. Henry seguía hablando, al menos movía los labios, pero ella no conseguía discernir ni un solo sonido.

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué había que celebrar la boda con tanta precipitación? ¿Y por qué su padre lo había decidido en connivencia con los Younger sin contar con ella? Ni siquiera había sido capaz de decírselo en persona, a pesar de que se había cruzado con él en la escalera esa misma mañana. Se sentía humillada y traicionada. De nuevo la trataba como a un objeto. A pesar de que su propia hermana le había advertido de que su padre y los Younger habían hablado sobre ella la noche anterior, Rose no había sido consciente de la gravedad de la situación y de que todo se había resuelto ya a sus espaldas.

Y tener que enterarse por Henry de aquella manera, en la calle, mientras docenas de ojos los observaban...

Tratando de mantenerse impertérrita, cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca, intentando enfocar la mirada y centrarse en la cara del hombre que tenía frente a ella y que sonreía con suficiencia. Parecía disfrutar con la conmoción que sus palabras habían provocado en ella.

—¿Tendrá usted tiempo de encargarse de un vestido de novia? —le preguntó él ahora con fingida preocupación. Seguía mostrando esa mueca azucarada y pegajosa que empleaba de vez en cuando, pensando quizá que a ella le resultaba atractiva.

Rose la encontraba repulsiva.

Irguió los hombros y alzó la barbilla con suma serenidad como solía hacer cuando por dentro se sentía herida de muerte. A pesar de que el pecho le ardía y tenía las manos agarrotadas por la tensión, forzó una tirante sonrisa.

—No se preocupe por eso, señor Younger. —Sabía que le molestaba que se dirigiera a él por su apellido en vez de por su nombre de pila y el resplandor acerado de sus ojos verdosos se lo confirmó—. Tendré el vestido apropiado que esa ocasión merece —remató con un toque de arrogancia.

Él arrugó la frente, perplejo. Al parecer, la calmada actitud de ella le había pillado por sorpresa.

—Bien, bien... Si es así...

—Así es —le cortó—. No he coincidido con mi padre desde ayer por lo que no he podido hablar con él ni discutir los detalles —mintió—. No obstante, le agradezco que me haya informado del cambio de fechas. Es usted muy amable.

La expresión de él se tornó más confusa todavía y Rose sintió un pequeño pellizco de satisfacción en el estómago. Era una victoria diminuta que no le iba a servir de mucho, pero victoria al fin y al cabo. Él parecía gozar enormemente haciendo que ella se sintiera incómoda, ya lo había notado en otras ocasiones. Al menos, ahora, le estaba pagando con su misma moneda.

—¿Cómo están sus hijos? Espero que Susan se haya recuperado ya del resfriado —continuó, poniendo una alta dosis de almíbar en sus palabras.

—Eh... sí, sí, está... bastante... mejor... —Él tardó en responder. El brusco cambio de tema semejaba haberle dejado desconcertado.

—Lo mejor para la tos es agua de limón con miel. Es un remedio muy efectivo —siguió ella con una amplia sonrisa. Sentía la cara acartonada, pero mantuvo el gesto como si le fuera la vida en ello. Lo último que deseaba era que él se diera cuenta de lo dolida que estaba. De repente, como si hubiera caído en la cuenta de algo, se llevó una mano a la frente—. ¡Oh! Hablando de miel, había olvidado que Mami me ha encargado llevar al rancho un tarro de

miel de la señora Petty. ¡Qué despiste! Seguro que me está esperando en su casa —dijo, simulando consternación—. Siento tener que marcharme con tanta precipitación, señor Younger. Ha sido un placer charlar con usted.

Él abrió la boca como si quisiera decir algo, pero ella no le dio opción. Inclinando la cabeza ligeramente, se sujetó la falda y se dio la vuelta. Antes de que él reaccionase, ya se había alejado unos cuantos pasos y doblado la esquina, desapareciendo en el estrecho callejón que había entre la nueva oficina de telégrafos y la barbería. Temerosa de que tratara de seguirla, apresuró el paso y se internó en la calle adyacente a la principal. Estuvo a punto de tropezar con algunos tablones sueltos que había diseminados en el suelo junto a otra casa en construcción. Se apoyó brevemente en una pared de madera y lanzó una mirada furtiva sobre su hombro. Henry no la seguía. No obstante, siguió caminando. Atravesó un pequeño huerto a toda prisa, trastabillando. El suelo de tierra estaba mojado y el lodo manchó sus botas y dificultó su avance. Se detuvo y miró en todas direcciones. No había nadie a la vista. Probablemente, todo el pueblo estuviera frente a las carretas de los vendedores ambulantes. Ignoró los ladridos de un perro a poca distancia y continuó andando, sin saber muy bien hacia dónde se dirigía. Pasó por delante de dos casas más, una de ellas era la de la señora Petty, la que le había servido de tapadera para huir de Henry. No se detuvo.

Quería escapar.

No, en realidad lo que quería era desaparecer.

La máscara de indiferencia que había mantenido incrustada en la cara se resquebrajó en mil pedazos y sus verdaderas emociones quedaron al descubierto. La palidez invadió su tez y un rictus cargado de amargura deformó sus facciones. Las manos le temblaban tanto que no tuvo más remedio que soltar el vestido, dejando que el bajo se llenara de barro. Volvió a detenerse y apoyó la espalda contra la pared de otra edificación. Ya ni siquiera sabía dónde se hallaba. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y se dio cuenta de que estaba a punto de perder los nervios del todo. Notaba los ojos ardiendo y el pecho constreñido. Sabía que las lágrimas no tardarían en hacer su aparición.

—¿Por qué, padre? —balbuceó en un sollozo—. ¿Por qué me hace esto?

No soportaba pensar que, de nuevo, iba a ser utilizada como moneda de cambio. Que se volvía a decidir sobre su futuro a sus espaldas, otra vez.

Había sido tan tonta como para creer que tenía tiempo, que quizá su padre terminara por respetar sus deseos. Que a lo mejor, con la excusa del luto, podría convencer a su progenitor de quedarse en el rancho y anular aquella absurda boda.

¡Que cándida había sido!

—¡Idiota! ¡Idiota! —jadeó mientras se golpeaba los muslos con los puños cerrados.

Su llanto se hizo más fuerte y, avergonzada, trató de acallarlo llevándose las manos a la boca. A pesar de que no había nadie a la vista, su comportamiento era sumamente embarazoso. Ninguna mujer de su edad y su condición social actuaría así en público. Se giró y apoyó la frente contra la rugosa superficie, intentando coger aire por la nariz, pero la tenía obstruida, así que lo hizo por la boca. Inspiró y espiró un par de veces. De alguna manera, tenía que serenarse.

Estaba tan concentrada que no oyó los pasos que se acercaban a ella por detrás.

—¿Por qué lloras, palomita? —susurró una voz ronca.

Antes de que pudiera darse la vuelta o reaccionar de algún modo, el peso de un fornido cuerpo la aplastó brutalmente contra la pared cortándole la respiración y haciendo que su pómulo derecho se estrellara contra la madera.

—Deja que yo te consuele —repitió la misma voz, tan cerca que sintió la humedad de su aliento bañándole la sien. Apestaba a alcohol.

No pudo gritar porque una mano enorme como una zarpa le tapó la boca con rudeza.

Capítulo 18

Dejó caer el hacha sobre el tronco con fuerza y este se partió en dos. Se agachó y cogió los trozos, apilándolos con los demás. Después cogió otro y repitió la misma operación. Llevaba un rato cortando leña en el patio trasero. Su tía Elena había comprado hacía días suficiente madera para pasar todo el invierno y había estado esperando al domingo a que él llegara y la cortara. Era diestro con el hacha, así que no le iba a llevar demasiado tiempo. Hizo una breve pausa para limpiarse el sudor de la frente con el pañuelo que llevaba al cuello y luego se arremangó la camisa; la chaqueta de cuero hacía ya rato que se la había quitado.

Había dejado a Rico en la salita jugando con María. Su hermano adoraba a su sobrina y tenía tan pocas oportunidades de verla que casi cada minuto que pasaba en el pueblo se lo dedicaba a la niña que, en cuanto vio a su tío, se lanzó a sus brazos olvidándose de su padre. Gabriel sonrió con indulgencia al recordar la felicidad en el rostro de su hija cuando vio la barra de caramelo que Rico se sacó del bolsillo trasero del pantalón. Su pequeña consentida...

Volvió a coger el mango del hacha y puso otro tronco sobre el tocón de madera. Levantó los brazos e iba a descargar el golpe, cuando algo llamó su atención. Por el rabillo del ojo creyó ver una silueta oscura que avanzaba a trompicones. Sorprendido, detuvo su movimiento y giró la cabeza.

Su sorpresa se intensificó al darse cuenta de quién era la persona que caminaba de manera errática e irregular, apoyándose en las fachadas de las viviendas que había al otro lado de la embarrada calle.

¿Rose Randolph?

Algo parecía no marchar bien. Andaba encorvada y ni siquiera se sujetaba la falda del vestido que arrastraba por el barro. Semejaba estar muy nerviosa. No podía verle la cara, no obstante, sí podía apreciar que le temblaban los hombros, prueba indiscutible de que debía de estar llorando.

Dejó caer el hacha al suelo y la siguió con los ojos hasta que desapareció detrás de la casa de los hermanos Weber, los carniceros. Permaneció un rato quieto, indeciso, sin saber muy bien qué hacer a continuación. ¿Debía ir tras ella o ignorarla? Estaba claro que algo le había sucedido. Su comportamiento era hartamente extraño. Perder la compostura en público de aquel modo no encajaba con ella. Dio unos pasos, pero volvió a detenerse, vacilante. Quizá, el hecho de que fuera en su busca la molestase. Quizá se había alejado de los demás buscando algo de soledad.

«Es mejor que la dejes en paz», se dijo. «Además, no es asunto tuyo».

Asintió con lentitud. Sí. No inmiscuirse en problemas ajenos era lo más acertado. Que cada cual solucionara sus cosas, ¿no? Sin embargo, la preocupación comenzó a despertarse en él. Se frotó la nuca con vigor.

A lo mejor sí que debía ir tras ella...

Aunque, probablemente, fuera una mala idea...

No obstante...

La decisión le fue arrebatada de golpe cuando vio a dos fulanos de aspecto desaliñado que avanzaban con sigilo y se adentraban en el mismo callejón por el que había desaparecido ella.

No dudó más. Los asuntos de Rose Randolph acababan de convertirse en sus asuntos.

Ni siquiera se molestó en abrir la puerta de madera; saltó la valla y de un par de zancadas alcanzó el otro lado de la calle. Dejó atrás la casa de los Weber, escudriñando cada esquina con atención. No se escuchaba nada, pero ni Rose ni los dos individuos podían andar muy lejos. Un poco más adelante, los Weber tenían el cobertizo donde almacenaban la carne. Estaba a punto de dirigirse a la parte trasera del mismo, cuando un golpe sordo llegó hasta sus oídos. Rodeó la edificación de madera con celeridad.

La escena que se presentó ante sus ojos le tensó todo el cuerpo y le hizo rugir de ira.

En solo un instante, que fue lo que tardó en llegar hasta Rose y el tipo que la mantenía sujeta contra la pared, calibró la situación. El hombre que la agarraba mediría unos seis pies y tenía aspecto de ser fuerte como un toro. El otro, que se mantenía algo alejado, era bastante más menudo y flacucho.

Ambos iban armados.

Él no. Ni siquiera llevaba su Bowie. Lo había dejado en el banco del patio de su tía, junto a su chaqueta.

No perdió el tiempo. Salvajemente, se lanzó sobre la espalda del primer sujeto asestándole un puñetazo en el costado. Este, que no se esperaba el ataque, soltó a la joven y se dio la vuelta resollando. Cualquier otro, después de recibir un golpe de ese calibre, habría terminado en el suelo, pero el fulano era fuerte y se mantuvo en pie. Con los ojos chispeantes por la cólera buscó a su agresor, pero Gabriel se había movido con rapidez encarándose con el flaco, que había desenfundado su revólver y trataba de apuntarle. No lo consiguió. Una fuerte patada en la muñeca hizo que su Colt saliera volando por los aires y acabase a unos pasos de distancia.

Gabriel sintió el peso del alto impactando sobre su espalda. Trató de zafarse, pero no consiguió rehuir los puñetazos que este le propinó en los riñones, que le hicieron ver las estrellas e inclinarse hacia delante. Aprovechó el gesto para apoyar las manos en el embarrado suelo y coger impulso. Casi sin pretenderlo, se lanzó contra el otro tipo que se alejaba buscando su arma y le propinó un puñetazo brutal en la mandíbula. El ruido del hueso rompiéndose se escuchó con claridad.

«Uno menos», pensó cuando le vio caer inconsciente al suelo.

No tuvo tiempo de pensar mucho más. El otro le embistió como un bisonte furioso, tratando de sujetarle el torso, pero no contaba con el empuje ni con la agilidad de Gabriel que, pese a su tamaño, era muy hábil y se zafó del agarrón, haciéndose a un lado al tiempo que le empujaba.

El tipo, que apestaba a alcohol del barato, recobró el equilibrio a duras penas y le miró torvamente desde sus oscuros ojos enrojecidos mientras hacía crujir los nudillos.

—¿Por qué no la compartimos? —propuso con una sonrisa lasciva haciendo un gesto con la barbilla. Tenía una barba espesa y negra algo grasienta. El sombrero se le había caído y su pelo oscuro y largo también tenía el mismo aspecto pringoso y sucio.

Gabriel no miró a Rose, a pesar de que sabía exactamente dónde estaba. Se había dejado caer al suelo cuando el individuo la soltó y seguía allí, hecha un ovillo. Él tenía los cinco sentidos puestos en su contrincante y en la pistola

que llevaba en el cinturón y que todavía no había desenfundado, cosa que podía hacer en cualquier momento.

—No me interesa —repuso cortante. Mientras que el otro resoplaba, él no había perdido el aliento.

—Es una lástima. Aunque ya no es una jovencita, se ve bastante linda —se rio su oponente—. Esa era tu última oportunidad. No soy muy dado a compartir y menos con mexicanos... o mestizos apestosos como tú.

Gabriel no se dejó provocar. Tenía claro que el otro se había dado cuenta de que era inferior físicamente y de que su única ventaja consistía en la velocidad con la que consiguiera sacar su arma, por eso trataba de distraerle con su palabrería. Le observó fijamente, atento al mínimo ademán. El tiempo pareció avanzar más despacio mientras ambos se calibraban con la mirada.

—La pobre palomita estaba llorando —volvió a intentarlo el barbudo—. No he tenido más remedio que venir a consolarla, ¿sabes? Si no hubieras llegado, seguro que a ella le hubiese gustado estar conmigo —añadió con fanfarronería—. Ninguna se queja. Mírala...

Apenas había terminado de decir aquello cuando su mano derecha se dirigió a su cinturón, pero Gabriel ya había reaccionado. Con un bramido áspero se precipitó contra él y le inmovilizó el brazo contra la pared de madera justo cuando conseguía empuñar el arma. Hubo un forcejeo brutal entre ambos. Gabriel le hundió los dedos en la muñeca tratando de que soltase el revolver al tiempo que, con la otra mano, le presionaba el cuello sin piedad. La reacción del otro no se hizo esperar, le propinó dos puñetazos en el costado. A pesar de que los salvajes golpes le hicieron rechinar los dientes, Gabriel no cejó en su empeño ni aflojó el agarre.

Finalmente, los dedos que mantenían sujeta el arma se relajaron y esta cayó al suelo. El barbudo gritó encolerizado y volvió a golpear en el estómago a Gabriel, que encajó el puñetazo con una mueca de dolor, pero que no retrocedió ni un ápice. Él mismo alzó el brazo y estrelló el puño contra el pómulo del otro, reventándose.

—¡Maldito mal nacido! —resolló este. La sangre le chorreaba por la mejilla e iba a perderse dentro de su enmarañada barba—. ¡Me las vas a pagar! —gritó.

Se liberó con violencia de la mano que le sujetaba y se lanzó con la cabeza por delante contra el pecho de Gabriel, que perdió el equilibrio debido a la embestida y terminó en el enlodado suelo. Pero antes de que el otro se le pudiera echar encima, ignorando el ardor que se le había concentrado en el tórax, rodó hacia un lado con rapidez y se incorporó. Lanzó un nuevo golpe sobre el cuello del tipo, alcanzándole de lleno y haciéndole boquear como un pez fuera del agua al borde de la asfixia. Pero no se derrumbó.

«¡Qué aguante tiene el hijo de puta! Tiene que ser el alcohol», pensó con exasperación.

Tenía que poner punto final a aquella pelea cuanto antes. A pesar de que estaba concentrado en su adversario, que se mantenía de pie mirándole torvamente, una pequeña parte de él estaba muy preocupada por Rose Randolph. Quería acabar con aquello y ver si había sufrido algún daño serio.

A riesgo de ser cazado por los potentes puños de su contrincante, se abalanzó sobre él sin cubrirse, solo pensando en alcanzarle en algún punto débil y mandarle al infierno. No pudo esquivar un golpe brutal en la ceja que le propinó el otro y que estuvo a punto de derribarle, pero él también aterrizó dos buenos golpes, uno en pleno centro de su cara, que le partió la nariz e hizo que la sangre saliera despedida por todas partes, y el otro en la sien. La frente del fulano rebotó contra la pared y sus ojos se pusieron blancos. Lentamente se deslizó hasta el suelo donde cayó de lado. No se movió más.

Gabriel resopló fatigado, encorvándose y apoyando las manos en las rodillas. Acabar con el energúmeno le había costado más de lo que creía. Le dolía el costado y la espalda y ya ni hablar de la cabeza. La meneó ligeramente, intentado ahuyentar el mareo que amenazaba con instalarse en ella, antes de erguirse y girarse para mirar a la mujer que seguía inmóvil en el suelo.

—¿Está usted bien? —preguntó, acercándose.

Ella le miraba en silencio. Sus ojos parecían demasiado grandes para su cara y estaba muy pálida. Tenía la mejilla derecha enrojecida y Gabriel soltó una velada y furibunda maldición. ¡El hijo de puta la había golpeado! Le tendió la mano, pero se dio cuenta de que la tenía llena de barro y sangre y se la limpió apresuradamente en el pantalón antes de volver a ofrecérsela. Ella la

tomó sin vacilar. Él tiró con suavidad y la ayudó a incorporarse, pero las piernas le fallaron y estuvo a punto de caer de nuevo.

—Cuidado —murmuró, sujetándola por los brazos. De cerca, su pómulo tenía peor aspecto. Estaba hinchado y no tardaría en ponerse morado. Una ira asesina le invadió. Deseó haber sido todavía más brutal con el autor de aquel golpe, que seguía inconsciente en el suelo.

Ella desvió la vista y la clavó sobre los dos caídos. Como si despertara de una especie de trance y fuera consciente por primera vez de lo que había estado a punto de sucederle, emitió un grito ahogado y comenzó a temblar. La expresión de su rostro se convirtió en una de horror y su respiración se hizo más trabajosa.

—¡No los mire! —le ordenó él—. Míreme a mí.

Mas ella seguía contemplando la escena, estremecida. Los temblores se hicieron más violentos y sus jadeos más sonoros y rápidos.

Gabriel le sujetó el mentón con la mano y la obligó a girar la cabeza al tiempo que la pegaba con firmeza contra su cuerpo. Los ojos de ella seguían danzando erráticos de un lado a otro sin fijarse en ningún punto.

—Escúcheme, señora Randolph —le susurró en voz queda y persuasiva, como cuando hablaba a un caballo descontrolado—. Todo ha pasado ya. Está usted a salvo. Se acabó. No van a hacerle daño. Todo está bien. Todo está bien...

Siguió murmurando esas frases una y otra vez, palmeándole suavemente la espalda. El color no tardó en regresar a su demacrada tez y su respiración se hizo algo más regular. Continuaba muy tensa, pero una cierta serenidad comenzó a mostrarse en ella. Alzó la barbilla con lentitud y trabó sus azules iris, ahora claros y calmados, en los de él.

Se quedaron en silencio. Estaban tan cerca uno del otro que Gabriel pudo sentir el aliento de ella bañándole la mandíbula. También notó los temblores que se adueñaron de su espalda. Bajó la vista y la fijó en su boca. Esa boca que parecía demasiado grande para su rostro fino y delicado. Sus labios eran carnosos y rosados.

Un curioso aleteo se agitó en su interior.

No le agradó.

No la soltó, pero dio un paso atrás poniendo distancia entre ellos. De pronto, un irracional enfado tomó posesión de él.

—¿Qué diablos hacía deambulando por aquí? ¿No se da cuenta de que una mujer sola atrae a este tipo de hombres? —preguntó con extrema hosquedad.

No estaba siendo demasiado justo con ella y lo sabía. Catclaw Springs era un pueblo pequeño y relativamente seguro, donde todos se conocían. Ciertamente era que, desde que habían llegado los vendedores ambulantes, había más forasteros que de costumbre.

Rose Randolph no contestó. Se limitó a mirarle con una mezcla de sorpresa y vulnerabilidad. Vulnerabilidad que nunca antes había visto en ella. El arrepentimiento recorrió sus venas, haciendo que se sintiera culpable, lo que le llevó a enfadarse todavía más.

—Esta es la segunda vez que tengo que salvarla de una situación peligrosa —masculló—. ¿Acaso no sabe cuidarse usted misma que siempre tengo que sacarla del atolladero? —La zarandeó ligeramente—. ¿Sabe qué? Es usted un maldito problema.

—¡Pare! —le ordenó ella en un siseo, desasiéndose de él con violencia. Apoyó la espalda contra la pared y alzó las manos, como si con ellas pudiera detener sus palabras cargadas de rabia. Se le habían llenado los ojos de lágrimas—. Yo... no... soy... un... problema.

Por supuesto que no lo era y Gabriel lo sabía. Respiró hondo, maldiciendo en silencio su pérdida de control. Su enorme necedad le golpeó en la cara. El único que tenía allí un problema era él. Desvió la vista, algo abochornado. Notó la humedad resbalando por su mejilla y se llevó los dedos allí. Estaba sangrando. Se palpó la ceja con cuidado. Sí, tenía una herida abierta y la zona comenzaba a inflamarse. Se desanudó el pañuelo del cuello para detener la hemorragia.

—¡No! —exclamó ella. Y antes de que él hubiera podido reaccionar le agarraba la muñeca, impidiéndole llevarse el trozo de tela a la herida—. Está sucio. No lo haga. Espere.

A pesar de que temblaba, sus movimientos eran firmes cuando abrió el pequeño bolso que llevaba colgando de la muñeca y extrajo un impoluto pañuelo negro con puntillas en los bordes. Él tendió la mano para cogerlo, pero ella le ignoró y, acercándose más, procedió a limpiarle con cuidado. Un

tenue aroma a perfume llegó hasta él y la observó con los ojos entrecerrados. De nuevo, su cercanía le resultó incómoda.

—Poco más puedo hacer —murmuró ella al cabo de unos segundos con imperturbabilidad—. Quédese con el pañuelo y presione la herida. —Le tendió el trocito de tela, ahora húmedo. Cuando él lo cogió, se apartó—. Lamento que haya salido herido por mi culpa, señor Salas. De veras que lo lamento —continuó después de una breve pausa—. Le agradezco muchísimo que haya venido a rescatarme. No... no quiero... ser una molestia para usted... —Su voz se perdió momentáneamente al decir aquello—. Lo siento muchísimo... Creo que será mejor que me vaya.

—¡Espere!

La tomó del brazo cuando ella se dio la vuelta con la intención de marcharse, deteniéndola. Ella volteó la cabeza pero no le miró a los ojos. Aunque su porte volvía a ser erguido, permaneció con los párpados bajos. Gabriel sintió cómo el estómago se le encogía al ver esa mezcla de fortaleza y fragilidad tan contradictoria.

—Lamento haberle dicho eso que le he dicho antes, señora Randolph —dijo al fin con fatiga. Lo lamentaba de veras—. Acepte mis disculpas. No tenía razón al dirigirme a usted como lo he hecho.

Si a ella le sorprendió que él se disculpara, no lo demostró. Se limitó a asentir. Después intentó desasirse, pero él no la dejó; la agarró del codo con más firmeza. Ella le lanzó una mirada confusa por encima del hombro.

—Venga conmigo a casa de mi tía. Tiene que ponerse algo en el pómulo, se le está hinchando —propuso con suavidad—. Además, allí podrá adecentarse un poco.

No solo la falda de su vestido se había llenado de barro, también la chaqueta tenía manchas. El bonete se le había caído hacia un lado y algunos mechones de pelo se le habían salido del moño. Y el golpe de la mejilla necesitaba ser tratado cuanto antes.

—Pero he dejado a mi hermana sola...

—Mandaré a Rico a buscarla. Por eso no se preocupe —la interrumpió él. Ella pareció vacilar, pero terminó por asentir.

—Un momento —dijo él.

La soltó y se dirigió donde se hallaba su sombrero, lo sacudió y se lo puso. Luego se acercó al barbudo y cogió el Colt que estaba tirado a su lado. Se lo guardó en el cinturón. Después fue donde el otro tipo e hizo lo mismo con su arma. Las llevaría a la oficina de Roy Simmons, el recientemente elegido *sheriff*, y le informaría de lo que había sucedido. Que él se encargara de aquellos sujetos.

—Vamos.

La tomó del brazo y la instó a ponerse en movimiento. Ella lo hizo, pero nada más avanzar unos pasos tropezó. Era evidente que tenía el susto metido en el cuerpo por más que hubiera tratado de aparentar entereza. Gabriel no titubeó más ni se anduvo con tonterías e indecisiones. Aquella mujer le necesitaba en ese instante. Le pasó el brazo por encima de los hombros, ayudándola a recobrar el equilibrio.

—¿Mejor? —le preguntó buscando su mirada, pero ella había ladeado la cabeza y solo pudo ver su mandíbula.

—Sí —musitó.

De nuevo le embargó una extraña y cálida sensación al escuchar aquel monosílabo en voz casi inaudible.

¡Cuánta fragilidad!

Arrugando el ceño, echó a andar con ella pegada a su costado.

Capítulo 19

Elena Cortés le puso un paño mojado en agua fría sobre el pómulo. Sus ojos marrones brillaban consternados.

—Cuanto más tiempo lo tenga sobre el golpe, mejor. Así no se hinchará tanto. Sujételo. Luego le pondré un poco de cebolla, es un remedio muy bueno para que no le salgan morados.

Rose no dijo nada, solo sostuvo el trapo sobre su mejilla, aguantando el dolor.

Hacía veinte minutos escasos que habían llegado. Cuando la dueña de la casa los vio entrar en la cocina, prorrumpió en exclamaciones horrorizadas, la mitad en español, la otra mitad en inglés. Rico y Nita llegaron corriendo segundos más tarde. Bronco les explicó lo sucedido sin extenderse demasiado. Poco después, se marchó junto con su hermano; Rico a buscar a Angie y él a la oficina del *sheriff*. Nita se llevó a María que había comenzado a llorar histérica sin entender el motivo de la exaltación.

—¡Qué desgracia! ¿Cómo es posible que algo así pueda suceder en este pueblo tan tranquilo? —Era la tercera o cuarta vez que la tía de Bronco decía lo mismo.

Rose sabía que no era una verdadera pregunta y que solo hablaba consigo misma, así que guardó silencio. De hecho, tampoco creía que le saliera la voz. Ahora que todo había terminado, el cansancio se apoderó de ella. Estaba realmente dolorida. Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la pared. Estaba sentada en una silla cerca de los fogones y el calor que desprendían era muy agradable.

—Voy a intentar cepillarle un poco la falda, pero me temo que no va a servir de mucho. Quítesela y las botas también. Le diré a Nita que las limpie.

—No hace falta —rechazó—. No quiero ser una molestia. Cuando llegue al rancho, alguien se ocupará de ello.

—Mijita, usted no es ninguna molestia —protestó la otra con energía.

La había llamado como Mami solía hacerlo cuando ella era una cría y Rose, que se hallaba bastante sensible, estuvo a punto de echarse a llorar. Se dejó quitar las embarradas botas y la falda, sin protestar. Solo con las enaguas se sintió muy expuesta, pero Elena Cortés le tendió una manta para que se cubriera; después abandonó la cocina.

Cuando se vio sola, suspiró hondo. ¡Qué horrible había sido! Solo de pensar en lo sucedido le entraban náuseas. Cuando sintió el peso del cuerpo de aquel hombre sobre su espalda y su mano tapándole la boca, creyó que moriría.

Pero entonces Bronco apareció de la nada. Al principio ni siquiera le reconoció. Todo sucedió con demasiada rapidez. La primera imagen clara que tuvo de él fue cuando le vio abalanzarse sobre el tipo que la había aprisionado contra la pared. Aterrorizada, vio cómo se lanzaba contra el barbudo, manteniéndose impasible a pesar de los golpes que recibía. Tanta violencia a la que no estaba acostumbrada hizo que su mirada se enturbiase y la escena se difuminara. Durante unos minutos perdió la noción del tiempo. Cuando la recuperó, todo había acabado.

Bronco estaba de pie, herido, pero vivo. Ella se sintió tan aliviada que todo su cuerpo comenzó a temblar. Solo podía mirarle sin pestañear. Sus oscuros ojos refulgían iracundos y respiraba ruidosamente. Tenía una herida abierta en la ceja y el sudor cubría su frente. Un largo arañazo le atravesaba el mentón. Y su ropa y sus manos estaban manchadas de barro. Los otros dos habían terminado mucho peor, advirtió al fijarse en sus figuras desmadejadas y sus rostros cubiertos de sangre. El cañón de un Colt en el suelo le llamó la atención.

¡Bronco se había enfrentado a dos hombres armados solo con sus puños!

¡Para salvarla a ella!

¡Había arriesgado su propia vida!

Al ser consciente de aquello, el pecho se le contrajo de forma muy dolorosa. Un velo opaco y oscuro amenazó con nublarle la vista y le resultó casi imposible coger aire... Pero entonces él la había abrazado y había hablado con ella como lo hacía con su caballo. Dulce y tiernamente.

Se estremeció al recordar su voz acariciando el lóbulo de su oreja.

—¿Se encuentra usted mejor?

Su voz.

Pero ahora no sonaba cálida ni cargada de afecto. Solo indiferente.

Abrió los ojos, sobresaltada. Allí estaba, en la puerta que conducía al patio. Seguía llevando la misma ropa sucia de antes, pero se había lavado. Se había mojado el pelo y lo llevaba sujeto en una coleta, de manera que la hinchazón de su ceja era más apreciable. Al menos, la herida ya no sangraba.

—Sí, estoy mejor —repuso, intentando sonar firme.

—¿Le duele? —Dio un par de pasos, adentrándose en la cocina. De pronto, la estancia parecía mucho más pequeña que antes.

—Un... un poco.

Se detuvo justo frente a ella, que tuvo que levantar la cabeza para poder seguir mirándole a la cara. Se olvidó de que debía mantener el paño sobre su mejilla y lo dejó caer sobre su regazo. Lo cogió de nuevo.

—Déjeme —dijo él, quitandoselo. Se acercó a la mesa y lo sumergió en la fuente llena de agua helada que su tía había dejado allí. Lo escurrió y regresó a su lado. Se lo tendió.

Ella volvió a ponérselo en la cara, sin apartar la vista del masculino y duro rostro que, a pesar de la hinchazón, seguía siendo el rostro más atractivo que había visto jamás.

Debía de estar completamente loca si en un momento como ese lo único en lo que podía pensar era en la belleza de las facciones de aquel hombre, se recriminó.

—El *sheriff* ya se ha hecho cargo de esos tipos —explicó él, dándole la espalda.

—Oh, ¿qué ha dicho?

—Son forasteros. Es la primera vez que vienen al pueblo, al parecer. La verdad, estaba bastante contento de estrenar su cargo. Desde que fue elegido hace dos meses lo único que ha hecho ha sido limpiar las calles de basura y poner una multa por escándalo público. Me lo ha agradecido efusivamente —terminó con sarcasmo.

—¿Tengo... tengo que declarar?

—No lo creo. —Se dio la vuelta y la contempló con una ceja arqueada, la que no tenía hinchada—. Aquí no hay jueces ni tribunales y, al fin y al cabo, es un delito menor. Dejará que pasen un par de noches en la cárcel, los obligará

pagar una multa y luego los echará del pueblo. Esto no es Chicago, señora Randolph.

De nuevo hablaba con dureza, estableciendo distancia entre ellos. Rose se sonrojó y no pudo evitar recordar cómo la había zarandeado antes, llamándola *un maldito problema*. Le miró, dolida. ¿Por qué la trataba así? En un instante era huraño y desagradable y al siguiente, suave y atento. ¿Por qué?

No tuvo ocasión de preguntárselo. La puerta que daba a la sala donde se servían las comidas se abrió con violencia y un torbellino de tela azul entró precipitadamente.

—¡Dios mío! ¡Rose! ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Estás bien? —Su hermana Angie se arrodilló en el suelo frente a ella y le cogió la mano. Estaba sollozando.

—Estoy bien ya. No te preocupes —dijo con mucha serenidad, tratando de sonreír.

—¿Cómo no me voy a preocupar? ¡Mira tu cara!

Rose había dejado caer el paño y su enrojecido pómulo quedó al descubierto.

—Eso lo arreglamos ahorita mismo. —Elena Cortés, que había entrado en la cocina detrás de su hermana junto con Rico, se acercó a ella. Llevaba un cuenco de madera en una mano y en la otra, su ropa—. He preparado un ungüento de cebolla y sus botas y su falda están casi como nuevas.

—Muchas gracias —murmuró algo cohibida. Ahora sí que la cocina parecía diminuta con la presencia de los hermanos Salas, Angie y Elena Cortés. Notaba los ojos de todos ellos posados sobre su persona y la incomodidad que sentía se acrecentó.

—Pedro y Theo nos están esperando fuera con la carreta —dijo su hermana y, tras una pequeña pausa, añadió entre dientes—: ¿Qué te ha dicho ese... ese... energúmeno de Henry para que te marcharas así? —Seguía llorando, pero ahora parecía hacerlo de rabia contenida—. Es odioso.

Rose alzó la cabeza. Bronco no había apartado la mirada de ella. ¡Qué embarazoso! De pronto, deseó estar muy lejos de allí, muy lejos de él. Que no la mirara con... ¿compasión?

¡Quería que lo hiciera de otra manera! ¡No con lástima!

—Luego hablamos —le susurró a Angie. Después se dirigió a la dueña de la casa—. Ha sido usted muy amable, de veras. Le estoy muy agradecida por lo que ha hecho por mí. Se lo agradezco a todos ustedes, pero ahora creo que será mejor que vuelva al rancho. Necesito ir a casa —añadió con decisión, percibiendo que iba a protestar.

—Todavía no está usted en condiciones de marcharse —intervino Bronco con tosquedad. Tenía un brillo extraño en los ojos. Semejaba estar molesto.

—Estoy perfectamente, señor Salas —reiteró y, para ser más contundente, se irguió, sujetándose la manta que le cubría las enaguas—. De veras, estoy bien. —No quería sonar desesperada, pero irse de allí se había convertido en una prioridad.

Elena Cortés pareció interpretar correctamente lo que necesitaba porque hizo un breve gesto de asentimiento y se dirigió a sus sobrinos.

—Márchense para que pueda vestirse —dijo, empujándolos en dirección a la puerta.

Rico la obedeció con prontitud. Bronco se quedó mirándola con los ojos entrecerrados. La luz de la cocina no era demasiado potente y Rose no solía ser buena leyendo expresiones faciales, pero en aquella ocasión estaba claro lo que se mostraba en la cara del vaquero: preocupación. Pestañeó un par de veces mientras le observaba partir. ¿Bronco Salas, preocupado por ella? Sin duda lo había malinterpretado.

—Voy a guardarle el unguento. Dígale a Mami que se lo ponga y lo deje un buen rato —dijo Elena Cortés sacándola de sus tontas cavilaciones.

Angie la ayudó a ponerse la falda y las botas. Luego se arregló el pelo y se colocó el bonete. Se sentía como si una carreta le hubiera pasado por encima, pero la mirada aprobadora de su hermana le confirmó que su aspecto no era tan terrible.

Abandonó la cocina seguida por Angie, que llevaba el cuenco con el emplasto a buen recaudo envuelto en una gruesa tela. Se despidió de la dueña de la casa con un apretón de manos lleno de gratitud, prometiendo volver en cuanto tuviera ocasión. No había rastro ni de Nita ni de María, y supuso que estarían en la planta superior. Los hermanos Salas también habían desaparecido.

Elena Cortés les abrió la puerta y el tintineo de la campanilla que había sobre ella se mezcló con el de sus pasos en el suelo de madera. Los hermanos Salas no se habían esfumado. Estaban allí, hablando con Pedro y Theo. Todos tenían la espalda girada hacia la entrada, todos menos Bronco, que tenía los ojos puestos en ella, como si la hubiera estado esperando. Cuando las vio aparecer, se acercó. Solo necesitó dos zancadas para situarse al lado de Rose, que se detuvo indecisa. Los demás también se aproximaron. Las exclamaciones y preguntas preocupadas se sucedieron sin dilación por parte de Pedro y Theo. Ella sonrió brevemente, asegurándoles que se encontraba bien.

Bronco no dijo nada. Rose ya le había dado las gracias con anterioridad, sin embargo, seguía sintiéndose en deuda con él. Volteó ligeramente la cabeza para agradecerle de nuevo lo que había hecho por ella y se encontró con que sus ojos la miraban con intensidad debajo de la sombra del ala de su sombrero. Estaba muy muy cerca. Su brazo derecho rozaba el de ella.

—Mu... muchas... gracias..., señor Sa...

—No vuelva a decirlo —la interrumpió con aspereza.

Para su desconcierto, la tomó por el codo y la ayudó a bajar el escalón, luego la condujo a la carreta y, antes de que hubiese podido reaccionar, sus fuertes manos la agarraron por el talle y la elevaron en el aire, depositándola sobre la parte trasera. Después, como si su propio gesto le hubiese sorprendido, se apartó y se alejó.

Ella clavó la vista en la punta de sus zapatos mientras esperaba que los demás se encaramaran al vehículo. Pedro y Theo lo hicieron en la parte delantera, y Angie se sentó junto a ella, en el banco de madera que había en el interior. La traqueteante carreta se puso en movimiento, enfilando la salida de Catclaw Springs. En el último instante, Rose no pudo evitar alargar el cuello y echar un último vistazo hacia la calle que abandonaban a través del hueco que dejaba la gruesa tela blanca.

Bronco estaba apoyado en uno de los postes que sostenían la galería de la primera planta del edificio. A pesar de la distancia, sintió su penetrante mirada taladrándola. Estremecida, se echó hacia atrás y se ocultó tras la lona, con el corazón galopándole en el pecho.

Capítulo 20

Por segunda vez desde su llegada a *Las Claritas* iba a entrar al santuario de su padre a discutir sobre su futuro. La tarde anterior, cuando regresaron del pueblo, él se hallaba ausente y no regresó hasta bien entrada la noche, por lo que la conversación tuvo que ser aplazada hasta la mañana siguiente. En el fondo, Rose se alegró por el retraso. El día había resultado demasiado intenso y no se sentía preparada para enfrentarse a él.

Aquella noche, después de que Mami y sus hermanos la hubieran atendido con todos los mimos y cuidados reservados a una niña pequeña, cuando por fin logró apoyar la cabeza en la almohada y cerró los ojos, no tardó en quedarse dormida, completamente agotada.

Curiosamente, no tuvo ninguna pesadilla ni soñó con el asalto que había sufrido.

Soñó con Bronco.

Soñó que él la agarraba por la cintura y la apretaba contra su cuerpo mientras le susurraba palabras al oído, tan cerca que podía sentir su cálido aliento sobre su piel. Soñó que sus labios le acariciaban el cuello y la barbilla con suavidad y ascendían hasta la comisura de su boca donde se detenían brevemente antes de continuar y fundirse con los suyos en un tórrido beso...

Llegado ese punto, se despertó jadeando y acalorada, invadida por una profunda vergüenza.

En tres ocasiones a lo largo de la noche se repitió una escena similar.

Cerca de la madrugada, sabiendo que iba a ser incapaz de volver a conciliar el sueño, abandonó la cama y, en plena oscuridad, se refrescó con el agua de la jofaina tratando de ahuyentar de sus pensamientos las inapropiadas imágenes que habían invadido sus sueños. Sin embargo, cada vez que cerraba los ojos volvía a revivir ese beso, tan vívido como si en verdad hubiera tenido lugar.

Había perdido el juicio, sin duda.

Cuando los primeros rayos de sol aparecieron en el horizonte, se observó en el espejo. Su mejilla se mostraba hinchada y algo enrojecida, pero no tenía muy mal aspecto. Estaba pálida y la piel alrededor de sus ojos había adquirido un ligero matiz cetrino. Para compensarlo, se vistió con esmero. Decidió prescindir de la incómoda crinolina y la sustituyó por unas enaguas abullonadas más cómodas y prácticas. El traje que eligió era granate de corpiño drapeado y falda acabada en un volante en el bajo, con las mangas anchas que se ajustaban a las muñecas. Sabía que el vestido, dentro de su sobriedad, le quedaba bien, y necesitaba confianza para ver a su progenitor.

No esperó a sus hermanos para desayunar como era su costumbre. Lo hizo ella sola, mientras los curiosos ojos de Mami seguían todos sus movimientos. No le preguntó nada y Rose lo agradeció en silencio. El último bocado de unas succulentas gachas de maíz apenas había alcanzado su estómago cuando ella ya estaba delante de las puertas dobles que conducían al despacho de su padre. Él solía pasar un rato allí todas las mañanas antes de dirigirse al salón a desayunar.

Intentando aparentar una serenidad que en el fondo no sentía, alzó el brazo y llamó con los nudillos. Una voz, invitándola a entrar, llegó amortiguada a través de la gruesa madera.

William Patterson estaba sentado tras el pesado escritorio con los codos apoyados sobre la bruñida superficie. La expresión de su rostro era adusta. Por su forma de mirarla, parecía haber estado esperándola. Vestía un elegante traje gris, una camisa blanca y un chaleco azul celeste.

—Ya me contaron ayer lo que sucedió en el pueblo —dijo sin preámbulos—. Parece ser que Bronco tuvo que intervenir y sacarte de un apuro. —Arrugó la frente al pronunciar el nombre del vaquero, como si el tener que reconocerle algún mérito le resultase sumamente desagradable. El desdén se reflejó en sus facciones.

Rose, que había tomado asiento frente a él, asintió contrariada. Sabía que a su padre no le agradaban los mexicanos, pero ese hombre se había jugado la vida para rescatarla. Era de justicia hablar de él con un poco más de respeto, ¿no?

—¿De qué querías hablar conmigo? —preguntó cortante, incorporándose y dirigiéndose hacia la ventana.

¿Ya? ¿Eso era todo? ¿Acaso no veía el golpe que tenía en su mejilla? ¿No iba a interesarse por su salud? ¿No le iba a preguntar que cómo se encontraba? El ánimo de Rose descendió hasta tocar el suelo. Un rictus amargo, que no se esforzó en disimular, le desfiguró la cara.

«¿Qué esperabas, boba?», se cuestionó.

—Ayer encontré a Henry en el pueblo y me contó que ya se ha fijado la fecha de la boda —dijo con frialdad. Si él podía ser así de indiferente, ella también entraría en ese juego. De todos modos, le conocía lo suficiente para saber que no atendería súplicas llorosas.

—Sí. Así es. El último sábado de enero —respondió sin darse la vuelta.

—Debería haberme informado antes de tomar la decisión, ¿no cree usted, padre? Creí que habíamos acordado esperar hasta septiembre del año que viene.

—Yo no acordé eso contigo. —Se giró y la miró—. Eso fue algo que tú dijiste, que ibas a guardar luto hasta entonces y que no podías casarte antes. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Sinceramente, la última vez que hablamos no me urgía tanto que te casaras con Henry. Es algo que tiene que suceder porque ya he empeñado mi palabra y he llegado a un acuerdo con los Younger, pero no insistí porque había tiempo. Pero ahora las cosas han cambiado, Rose.

—¿Qué cosas han cambiado? —Odiaba sonar insegura, pero su padre hablaba con tanta inflexibilidad que se temió lo peor.

—Voy a casarme —soltó de golpe—. Y la mujer que he elegido no te quiere en el rancho cuando llegue.

Rose le contempló estupefacta. Seguramente no había entendido bien. ¿Casarse? ¿Su padre? ¿De nuevo?

—¿Va a... casarse? —preguntó en un murmullo.

—Sí. —Fue la seca y concisa respuesta—. Mañana parto a Dallas a buscar a mi prometida. Nos casaremos allí. En unas tres semanas estaremos de regreso, a tiempo para tu boda.

—Pero...

No la dejó continuar. Con presteza, se acercó a la silla donde estaba sentada y se situó justo enfrente. Su postura era tan relajada y su gesto tan satisfecho que Rose tuvo ganas de gritar.

—Tienes que entender, Rose, que Millie va a ser la señora del rancho y no quiere que haya otra mujer de su edad merodeando por aquí.

—¿De mi edad? —preguntó incrédula.

Por primera vez en su vida vio que su padre se mostraba algo incómodo.

—Más o menos —repuso entre dientes.

—Pero ¿por qué va a casarse de nuevo? —No pensaba que él fuera a responder. En realidad, la pregunta la había lanzado al aire como hablando consigo misma.

—Quiero hijos varones. —La frase sonó como un disparo, brusca y potente—. Quiero hijos que puedan heredar esta tierra.

Rose, al escuchar aquello, se puso de pie precipitadamente.

—¿Y Will? Ya tiene usted un hijo varón. Tiene a Will.

—Will es débil y enfermizo —repuso con frialdad. La miraba a la cara, sin ningún tipo de reparo—. Y no parece muy interesado en aprender nada que tenga que ver con el rancho. Es demasiado delicado y yo necesito hijos fuertes que sigan mis huellas.

Le contempló anonadada, intentando asimilar eso que él decía con tanta serenidad. No podía ser cierto que estuviera hablando de su propio hijo de aquella manera, como si fuera algo defectuoso a lo que buscar un recambio. Era algo monstruoso.

—No puede usted hablar en serio.

—Por supuesto que lo hago —exclamó sin alzar la voz, mirándola como si la que no entendiera nada fuese ella—. En unos meses iré a West Point. Es la última esperanza que me queda. Quizá allí pueda volverse un hombre, aunque no tengo mucha confianza. Ese árbol está creciendo torcido y dudo que nadie pueda enderezarlo ya.

¿Un árbol torcido? ¡Tamaña estupidez! Se mordió el labio con tanta fuerza que se hizo daño. Will era un niño sensible y muy especial, tan leal y cariñoso, con tanto espíritu y alegría, que no podía entender que su padre fuera incapaz de reconocer esas cualidades en su hijo. Se le estrechó el corazón de angustia.

—Y respecto a tu boda, Rose, es cosa hecha. No voy a dar marcha atrás.

Le miró, sobresaltada. Por un instante había olvidado cuál era el motivo principal por el que había acudido al despacho.

—No quiero casarme —musitó.

—Hay muchas cosas que yo tampoco quiero hacer, pero hay que hacerlas —repuso con un leve encogimiento de hombros.

—¿Por qué soy yo la que siempre tiene que sacrificarse?

—¿Sacrificarse? —La miró como si hubiese perdido la razón—. ¿Qué sacrificio es ese? Te vas a convertir en la señora de uno de los ranchos más prósperos de todo Texas. Henry Younger es un hombre apuesto que cualquier mujer querría como marido. Y además, vas a poder criar a sus hijos como si fueran tuyos. ¿Una mujer de tu edad no es eso lo que quiere? ¿Tener hijos? Yo no veo el sacrificio por ninguna parte.

«¿Y el amor, padre? ¿Dónde queda? Ya he vivido un matrimonio sin amor y ha sido horrible. No quiero volver a pasar por lo mismo», gritó su voz interior.

—Si aquí hay alguien que está sacrificando algo, sin duda soy yo —continuó él, ajeno al sufrimiento que provocaba en ella—. No ha sido fácil que Henry te aceptara. He tenido que cederle el terreno de Nopal. Es uno de los trozos de tierra más fértiles del rancho. Esta boda tuya no me ha salido nada barata.

Cada frase que él pronunciaba hacía que se estremeciera de dolor, como si en vez de palabras fuesen certeros latigazos contra su alma. Rose notó sus ojos empañándose por un fino velo transparente. Respirando superficialmente, intentó recobrar la compostura. No iba a llorar delante de él. No lo iba a hacer aunque le costara la vida.

—Piensa que esto es lo mejor para ti. Te he asegurado un futuro. Cualquier otra hija estaría agradecida —se dirigió a ella con gravedad. Luego se alejó hacia el escritorio y tomó asiento.

Rose estuvo a punto de soltar una áspera carcajada. Lo peor de todo era que él realmente pensaba así. La estaba vendiendo, pero lo hacía por su bien, pensó con un toque de sarcasmo. Se dio la vuelta para no tener que ver su expresión reprochadora y se dirigió hacia la chimenea donde chisporroteaba un fuego. Alargó las manos, que se le habían quedado heladas, y dejó que las llamas las templaran. Se sentía como si alguien le hubiera dado un golpe en la cabeza, mareada y confusa. No creía poder seguir allí en ese despacho, escuchándole.

—Ya está hablado con los Younger. Henry se encargará de prepararlo todo en mi ausencia. Creo que ayer fue al pueblo a hablar con el pastor Tattle. —Un ruido de papeles acompañó a esta declaración hecha con indiferencia.

Rose no pudo soportarlo más.

—Muy bien, padre —dijo. Sonaba tan serena que ella misma se sorprendió—. Como usted desee. Si me disculpa, ahora tengo algunas cosas que requieren mi atención.

No recibió respuesta de ningún tipo. Tampoco la esperaba. Abandonó el despacho con paso moderado, sin volver a mirarle. Atravesó el pasillo y pasó de largo por delante del salón, donde dos criadas se afanaban en preparar la mesa para el patrón. No se detuvo en el recibidor. Ni siquiera lo hizo en el porche una vez que hubo salido al exterior. Bajó los escalones que separaban la casa del suelo de tierra y encaminó sus pasos hacia los establos.

El cielo sobre su cabeza era una mezcla de grises oscuros. Las nubes plomizas que parecían a punto de reventar y liberar su carga de agua se movían veloces impulsadas por un viento desapacible.

Ignorando que la falda se le arremolinaba en torno a las piernas, Rose siguió caminando, poniendo un pie delante del otro con esfuerzo. No llevaba prenda de abrigo alguna, mas no notó el frío. Como en trance, pasó por delante del cercado, sin prestar atención a la alta figura que, montando un caballo moteado, se acercaba con lentitud.

Alcanzó los establos. El joven vaquero que se ocupaba de los caballos la miró con los ojos abiertos como platos.

—Señora Randolph...

—Ensíllame a Alone —le dijo con voz monótona.

Después de esa sencilla orden, se desentendió de él y apoyó la espalda contra la puerta. Sentía como si tuviera el cerebro entumecido y no se veía capaz de pensar en nada. Una pequeña voz interior le decía que se centrara, que volviera a sus cabales, pero el zumbido sordo que se le había alojado en los oídos no dejaba que pudiera concentrarse. Dejó que su vista se perdiera en el horizonte donde las nubes eran mucho más oscuras, casi negras, y permaneció quieta y en silencio, esperando a su montura.

—Debería... usted ponerse algo... de abrigo. —Las titubeantes palabras del joven la sacaron de su abstracción. Levi era su nombre, creyó recordar. Se

había acercado a ella guiando a Alone.

—No tengo frío —repuso distraída.

Tomó las riendas de la mano del muchacho y se acercó al taburete de madera para subirse a él y poder encaramarse a la silla. Lo hizo con torpeza. El inadecuado zapato se le escurrió en el estribo. Tampoco la falda ni las enaguas eran las más adecuadas para cabalgar a horcajadas; cuando consiguió sentarse, se le subieron dejando sus medias al descubierto. Las varillas del corsé se le hundieron en las costillas, pero ignoró los molestos pinchazos y palmeó el cuello de la yegua con suavidad.

—Vámonos de aquí, preciosa —susurró antes de abandonar el establo.

Hincó los talones a los flancos del animal y, en unos segundos, galopaba a toda velocidad, dejando atrás *Las Claritas* y la fea conversación que había mantenido con su progenitor. El viento gélido le cortó la piel del rostro y provocó que algunas lágrimas se desprendieran de sus ojos.

«No estoy llorando. Es el viento», se dijo una y otra vez mientras sentía cómo la humedad abandonaba sus mejillas y desaparecía en el aire.

Dejó atrás unas cuantas millas de pastizales. Arbustos, matorrales espinosos y algún que otro árbol solitario pasaron raudos ante sus ojos, convirtiéndose en meras manchas semejantes a una acuarela pintada a toda prisa. No sabía cuánto tiempo llevaba cabalgando, no mucho, quizá quince o veinte minutos, pero las nubes se habían vuelto tan negras que el día se había convertido casi en noche y parecía que hubieran pasado horas.

Aflojó la marcha cerca de un campo plagado de plantas de raíz de serpiente. No tenían flores. Solo las finas hojas lanceoladas de vivos tonos verdes eran visibles en aquella época del año. El primer trueno resonó con potencia justo cuando descendía de la yegua. Le costó hacerlo. El corsé le oprimía el tórax y una de las varillas debía de haberse doblado y se le hincaba en el costado. Alone corcoveó inquieta. Temiendo que se escapara, la condujo hasta un mezquite y la ató a las ramas más bajas.

Después se alejó sin rumbo fijo.

El viento parecía haber amainado, a cambio, la temperatura había descendido. No se había dado cuenta antes, pero estaba congelada. Se frotó los brazos con energía intentando entrar en calor.

La primera gota le dio de lleno en la frente. La segunda se estampó sobre la parte superior de su cabeza. Pronto, ese par de gotas se convirtieron en cientos y esos cientos en millares. Rose alzó la cara al cielo y dejó que la lluvia helada la empapara. Estaba completamente agotada. Y no era debido al frenético galope que la había llevado hasta allí. No era algo físico. Después de la conversación con su padre, su espíritu parecía haberse fragmentado en mil pedazos. No tenía coraje para seguir oponiéndose y luchando una batalla de la que nunca iba a salir victoriosa.

Solo podía perder.

Exhausta, se agachó y se abrazó las rodillas flexionadas, enterrando la cara en ellas, mientras la lluvia le mojaba los hombros y el cuello. Se quedó muy quieta, respirando apenas. Tenía la mente en blanco y era incapaz de pensar más allá del momento y el lugar en el que se encontraba. Solo era consciente del agua golpeándole la espalda sin piedad y de que la tierra bajo sus pies comenzaba a encharcarse y sus zapatos se hundían en ella.

«¿Y ahora qué?», se preguntó.

Otro trueno retumbó a poca distancia de allí con estridencia.

No era esa la respuesta que esperaba. El sonido le pareció tan deprimente que se encogió más, tratando de hacerse todavía más pequeña, de desaparecer incluso.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando notó que el agua ya no caía sobre ella. Alzó la barbilla y entreabrió los ojos posándolos sobre un charco que se había formado justo delante. La superficie era golpeada una y otra vez con violencia por las persistentes gotas de lluvia.

Pero ella no.

Ladeó la cabeza. A unas pulgadas de distancia, a su derecha, descubrió unas botas marrones llenas de barro. Unas botas de hombre. Estaba tan fuera de sí que ni siquiera se sorprendió por ello. Elevó la mirada, recorriendo el cuerpo que, silenciosamente, se había apostado a su lado. Unas chaparreras de cuero, pantalones y chaqueta de lana en tonos oscuros, unos cuantos mechones de largo pelo negro asomando por debajo de un sombrero de cuya ala goteaba agua, y un mentón moreno y fuerte atravesado por un arañazo... Se había abierto un lateral del largo capote de montar de tela impermeable y lo había desplegado sobre ella, resguardándola de la lluvia.

No la miraba. Contemplaba el cielo.

Rose fijó los ojos en lo poco que podía ver de su rostro. No tenía ni idea de qué hacía él allí ni de cuándo había llegado, pero su simple y silenciosa presencia le resultó reconfortante. No le había llamado, no le había pedido que fuera a rescatarla, pero ahí estaba, junto a ella. Salvándola, otra vez...

Pasaron dos segundos, cinco, diez...

«¡Míreme!», gritó calladamente a la alta e inmóvil figura. «¿Por qué no lo hace? Necesito que alguien me mire y me reconozca como persona. Lo necesito... Solo míreme, aunque sea un instante nada más. Por favor...», imploró al tiempo que el anhelo brotaba por todos los poros de su cuerpo.

De nuevo, los segundos se deslizaron silenciosos..., cinco, seis, siete... Sus esperanzas comenzaron a desvanecerse.

Y entonces, como si hubiese escuchado su muda petición, Bronco Salas bajó la vista. Sus ojos marrones se fundieron con los de ella con intensidad.

Y Rose pudo respirar por fin.

—Voy a casarme con Henry Younger en un mes —susurró.

Él no dijo nada.

La lluvia seguía cayendo con fuerza sobre ellos.

Capítulo 21

—Voy a casarme con Henry Younger en un mes —susurró ella.

Su voz sonaba tan desfallecida que, incluso él que no solía conmoverse, sintió algo de pesar en el corazón. La imagen que presentaba Rose Randolph era simplemente devastadora. Empapada y encogida como si el peso del mundo hubiera recaído sobre sus hombros. Lo más triste de todo era que ni siquiera lloraba, sus ojos estaban secos. Parecía haberse resignado a su suerte y haber aceptado la derrota.

Siguió mirándola en completo silencio, tratando de poner orden en sus pensamientos. No sabía qué tenía aquella mujer que le hacía sentirse responsable de ella. Y desde el incidente del pueblo del día anterior, un fuerte instinto protector se había despertado en él al descubrir que era mucho más frágil de lo que quería aparentar.

Cuando la vio abandonar *Las Claritas* a lomos de Alone, sin abrigo y sin ropa adecuada para montar no se lo pensó demasiado y la siguió. El día amenazaba tormenta y no era muy juicioso salir a cabalgar en esas condiciones. Por ese mismo motivo, él había regresado de la pradera donde tenían a los últimos mustangs que habían atrapado. Los dejaban pastar en libertad unos meses antes de comenzar con su doma. Él solía acercarse a echar un vistazo, manteniéndose a distancia, pero lo suficientemente cerca para que reconocieran su olor y el de Manchado. Las enormes nubes negras que se formaban en el cielo le habían hecho volver al rancho antes de lo previsto.

Primero la vio salir de la casa con paso vacilante. La expresión de su cara era trastornada y, aunque pasó por delante de él, no le vio. La siguió con los ojos, preguntándose en silencio qué le habría sucedido. Luego la vio partir en ese galope desenfrenado en la dirección exacta del temporal.

Cabalgó tras ella, a tan corta distancia que fue un milagro que no escuchara los cascos de Manchado a su espalda. Cuando se bajó de la yegua en el campo de raíces de serpiente y comenzó a vagar sin rumbo, completamente abstraída,

él la contempló con la preocupación escrita en el rostro, sin desmontar. Se había detenido a unas cien yardas del mezquite donde estaba atada Alone, pero ella no reparó en su presencia, tan ensimismada estaba.

Y entonces llegó la lluvia, que no tardó en convertirse en aguacero y empaparlo todo. El agua se acumuló en el ala de su sombrero y le resbaló por los hombros. Un trueno cercano hizo que Manchado bufara y agitase la cabeza. Pero Gabriel solo tenía ojos para Rose Randolph que se había agachado y dejaba que las nubes descargaran toda su furia sobre ella. Estaba tan inmóvil que parecía haberse convertido en roca. No le llevó más de dos segundos tomar una decisión. Espoleó suavemente a su caballo y lo ató a una rama junto a Alone, que tiraba de las riendas algo inquieta. Luego se acercó a la estática figura y, sin pensarlo demasiado, desplegó un lateral de su cortavientos y lo colocó sobre ella, que no reaccionó en absoluto.

«Al menos, esto la protegerá de la lluvia torrencial», se dijo.

No sabía qué más podía hacer. No deseaba inmiscuirse en los problemas que pudiese tener ni irrumpir en ese momento de soledad que ella había buscado desesperadamente, pero tampoco podía quedarse sin hacer nada, viendo como el agua la calaba hasta los huesos. Quizá tendría que haber dicho algo o haber llamado su atención, pero un extraño y poco bienvenido pudor le invadió y prefirió guardar silencio.

«Seguro que está aterida de frío. Ha salido sin abrigo y ni siquiera lleva guantes».

Preocupado, alzó la vista al cielo. La tormenta no tenía visos de amainar y seguía lloviendo con la misma intensidad. Bajó la vista, esperando encontrarla en la misma postura, pero sus ojos se tropezaron con los suyos, enormemente abiertos y tempestuosos, clavados en los de él.

Los ojos más tristes que había visto jamás.

Entonces ella dijo aquella frase cargada de desesperanza.

Todo el mundo en el rancho sabía que la boda de la hija mayor de Patterson y el joven Younger era un hecho. Al parecer, la única que no deseaba ese matrimonio era ella. La contempló en silencio, sin saber cómo reaccionar a su descorazonadora confesión. Le miraba como esperando algo. ¿Consuelo, quizá? ¿Ánimo? No sabía por qué le había elegido a él para sincerarse así. A

él, Bronco Salas, vaquero mexicano que trabajaba a las órdenes de su padre y que no se había portado muy bien con ella. No tenía ningún sentido.

Incapaz de seguir sosteniéndole la intensa mirada, contempló el horizonte. El agua seguía cayendo inmisericorde sobre la tierra, sobre los arbustos y matorrales, sobre los caballos, sobre ellos... Un fulgurante relámpago iluminó el oscuro cielo a solo unas millas de distancia y un potente trueno no tardó en seguirle.

No podían quedarse allí.

Le tendió la mano y ella se la quedó mirando, perpleja. Finalmente, con algo de vacilación, alzó la suya y la tomó. Era la primera vez que sus pieles entraban en contacto sin tela alguna de por medio y Gabriel se sintió extraño. Su mano era mucho más pequeña que la de él y más delgada, de dedos largos y finos. Y estaba congelada. Soltó una maldición entre dientes al tiempo que tiraba de ella, ayudándola a incorporarse. Si no se daban prisa, cogería una pulmonía. Con un rápido movimiento se quitó el capote, se lo echó sobre los hombros, le metió los brazos en las mangas y se lo abrochó hasta el cuello. Le quedaba enorme y arrastraba por el embarrado suelo. También se desprendió del sombrero y se lo encasquetó en la cabeza. Sin esa protección, el agua no tardó en calarle a él, pegándole el cabello a la cara y traspasando su ropa. No sintió el frío, estaba acostumbrado a pasar días enteros bajo la lluvia y dormir a la intemperie a bajas temperaturas. Era ella la que necesitaba algo de calor. Cogió sus manos entre las suyas y se las llevó a la boca, soplando aire caliente en ellas y frotándoselas con vigor.

Rose Randolph le miró de una manera muy peculiar con los ojos muy abiertos, pero no protestó. Parecía una muñeca de trapo, sin voluntad alguna.

Apresuradamente, la condujo hasta los caballos pasándole el brazo por encima de los hombros. Notó que se estremecía con violencia y lo achacó al frío. La apretó contra su cuerpo queriendo traspasarle algo de su propio calor corporal. Sin esfuerzo alguno, la elevó en el aire y la sentó sobre la silla de Alone. Luego le colocó los pies en los estribos. Una exclamación enojada brotó de su garganta al darse cuenta de que sus inadecuados zapatos también estaban empapados. Con rapidez, montó a Manchado y cogió las riendas de la yegua, guiando a los dos caballos. A pesar de que la montura de ella era muy

tranquila, la cercanía de los truenos y los relámpagos podía asustar a cualquier animal, incluso al más templado.

El camino de vuelta se hizo eterno. Poco a poco se fueron alejando de la tormenta, pero en ningún momento paró de llover. Avanzaban con más lentitud de la que él hubiera deseado. Si hubiese estado solo, ya habría alcanzado el rancho hacía rato, pero la mujer que cabalgaba a su lado no parecía en condiciones de ir más deprisa. La miró de reojo en un par de ocasiones. Ella mantenía la cabeza baja y los hombros caídos, la viva imagen de la derrota.

No le gustaba verla así. La prefería arrogante mil veces, reconoció, algo sorprendido.

Las edificaciones de *Las Claritas* aparecieron a lo lejos frente a sus ojos y Gabriel respiró aliviado. Por fin llegaban al rancho.

—No quiero casarme —susurró ella, de pronto. Lo dijo en voz baja, aun así y, a pesar del ruido de la lluvia, la frase llegó claramente hasta él.

Buscó su mirada, pero no la encontró; el ala de su sombrero le tapaba casi toda la cara y solo dejaba su mandíbula y sus pálidos labios al descubierto, que temblaban con fuerza. Otra vez sintió esa extraña punzada en la boca del estómago que no terminaba de gustarle.

—¿Por qué me lo cuenta a mí? —preguntó con cierta dureza.

Ella tardó en responder.

—No tengo a nadie más —musitó al fin.

¡De nuevo esa sensación punzante!

Y esa vez mucho más fuerte que antes.

Capítulo 22

Gabriel abrazó a Rico y le palmeó la espalda con vitalidad. Su hermano pequeño se estaba convirtiendo en un hombre. Había crecido y sus hombros se volvían cada vez más anchos. Cualquier rastro del adolescente que fue solo hacía año y medio se había esfumado. Cualquier rastro de su inocencia, también. La frialdad que mostraban sus ojos claros de vez en cuando lo decía todo.

Rico se había acercado a *Las Claritas* a despedirse. De nuevo partía en pos de Bass, esta vez hacia Santa Fe. Quizá en esa ocasión la fortuna los sonriera. Aunque ninguno de los hermanos tenía muchas esperanzas. Esa odiosa persecución se había convertido en una especie de juego del gato y el ratón. Era frustrante. Para ambos.

—Escribe en cuanto sepas algo —le dijo, separándose de él. Le miró con preocupación. No podía evitarlo, a fin de cuentas era su hermano pequeño—. Cuando llegues a Santa Fe ya tendremos la oficina de telégrafos. Manda un telegrama. Llegará antes.

—Lo haré. —La sonrisa de Rico se hizo más profunda—. No te preocupes, carnal. Y deja de tratarme como si fueras una madrecita.

Gabriel le golpeó en el hombro con afecto. Debajo del cortavientos negro que llevaba solo había músculos.

—Sí que estás hecho un hombretón ya. A poco me ganas.

—Tampoco es difícil eso. La vida cómoda que llevas te está haciendo viejito. Hasta engordaste. —Ahora fue el turno de Rico de golpearle. Lo hizo en el estómago con el puño cerrado.

El mayor de los Salas soltó una carcajada. A pesar de que su hermano le había dado con fuerza, apenas lo había sentido. Tenía un cuerpo duro y firme como una roca debido al duro trabajo físico que realizaba en el rancho.

—¿Te hiciste daño en la manita? —Arqueó una ceja con sarcasmo.

—Cállate, pendejo, y no seas imbécil —se rio Rico, agitando la mano en el aire como si en verdad le doliera, al tiempo que fingía soplársela una y otra vez.

Ambos se hallaban junto a la cerca, en la parte delantera del rancho. Rico había acudido antes de que saliera el sol y los vaqueros comenzaran su dura jornada de trabajo, para tener un breve momento a solas con su hermano antes de marcharse.

Con la risa todavía bailándole en los ojos, Gabriel plantó su bota derecha en el tablón más bajo mientras apoyaba los codos en el de arriba. Miró a su hermano de reojo; se había introducido los pulgares en el cinturón. El desagrado se pintó en su cara al ver la canana llena de cartuchos y la culata del Colt Army asomando de la funda de cuero. Su expresión se ensombreció todavía más al apreciar que Rico había cortado la solapa protectora de la funda. Eso solo lo hacían los pistoleros para tener mejor acceso al revolver.

—Rico... —comenzó, pero se detuvo.

¿Qué podía decirle? Alzó la vista y se encontró con los ojos serios de su hermano, que se desviaron hacia el Colt antes de volver a ascender y fijarse en los suyos. La alegría que sus facciones habían mostrado antes se había desvanecido.

—Es la vida que nos tocó —murmuró Rico. Sonaba fatigado.

Gabriel asintió brevemente.

—No digas nada más. Lo comprendo —repuso entre dientes.

Cuando descubrieron quiénes eran los asaltantes de su rancho y planearon aquello, ambos sabían a qué se exponían y lo mucho que podían perder, pero estuvieron de acuerdo en que harían cualquier cosa para encontrarlos y vengar la muerte de su familia. No obstante, ver cómo su hermano se convertía en ese tipo de hombre no dejaba de ser algo desolador.

—Órale, creo que será mejor que parta ya. El sol está saliendo y quiero aprovechar todas las horas de luz. Además, parece que tus compañeros ya se ponen en camino.

Gabriel volteó la cabeza. En efecto, una cuadrilla de unos doce vaqueros abandonaba el establo. Aquel día iban a hacer el traslado de las reses de la llanura norte, que ya no tenía más pasto que ofrecer, a otra parte del rancho con pastizales intactos.

—Por cierto, ¿cómo está tu güerita? ¿Se recuperó? Nos dejó muy preocupados. —La voz de su hermano cargada de curiosidad le hizo volverse de nuevo.

—Está bien. Y no es mi güerita —masculló, pero nada más decirlo su vista se dirigió hacia la ventana que sabía pertenecía a su dormitorio. No había vuelto a verla desde el día anterior, desde que la dejó al cuidado de Mami. A él también le tenía preocupado.

—Lo que tú digas, carnal —resopló Rico con sorna.

Cogió las riendas de Negrito, que esperaba pacientemente a su lado, y se encaramó a la silla. Presentaba una interesante y algo siniestra estampa, vestido de negro de arriba abajo sobre el caballo, también negro como el azabache. La única nota de color la ponían sus ojos grisáceos.

—¿Cómo va nuestro chico? —Gabriel acarició la cara y la testuz del animal con cariño.

—Con un jinete experto como yo, va bien. Soy el mero mero —respondió su hermano sonriendo de oreja a oreja. Se llevó un dedo al sombrero y le hizo un gesto de despedida.

—Cuídalo. Vale cien veces más que tú —bromeó Gabriel, apartándose.

Rico seguía sonriendo cuando tiró de la rienda derecha para girar su montura. Luego hincó los talones a sus flancos y la puso a un suave trote. Agitó el brazo en el aire sin darse la vuelta.

Gabriel se quedó allí junto al cercado, viéndole partir con nostalgia. Suspiró. Quizá no volvieran a verse hasta dentro de muchos meses y quizá, cuando lo hicieran, las circunstancias fuesen poco propicias para los Salas si Rico tenía suerte en aquella ocasión. Desterró aquel pensamiento negativo antes de que tuviese tiempo de afianzarse dentro de él.

Un movimiento junto a la puerta de la casa llamó su atención. Se giró con más interés del que hubiese debido mostrar, pero solo era Carmencita, una de las muchachas que trabajaban allí. Le saludó y desapareció en el interior.

No era Rose.

Cerró los ojos al darse cuenta de lo que acababa de decir mentalmente. ¿Rose? ¿Desde cuándo la señora Randolph se había convertido en Rose? Se quitó el sombrero y se echó el pelo hacia atrás con exasperación antes de

volver a ponérselo. ¿En qué demonios estaba pensando ahora? ¿Rose? ¡Menudo majadero estaba hecho!

Era cierto que, desde el día anterior, no se la había podido quitar de la cabeza. Incluso había dado vueltas y más vueltas en su catre aquella noche, pensando en ella y preguntándose cómo se encontraría. Le costó conciliar el sueño. En realidad, no era asunto suyo lo que le ocurriese, si se casaba con Younger o si no lo hacía; si discutía con su padre o se llevaba bien con él. Nada de eso era de su incumbencia. Y, sin embargo, su tristeza y su desasosiego le habían calado más hondo de lo que estaba dispuesto a admitir. Volvió a dirigir la vista hacia su ventana. ¿Estaría bien?, se preguntó, inquieto. Cuando la bajó del caballo la tarde anterior, estaba tiritando de frío y completamente empapada.

Pensativo, se acarició el mentón con suavidad. Se palpó el arañazo que lo atravesaba de lado a lado. No le dolía. Solo le molestaban los riñones de los puñetazos recibidos, pero en unos días estaría como nuevo. Tampoco la hinchazón de la ceja era gran cosa. La herida había cerrado bien y, probablemente, ni siquiera quedase una gran cicatriz.

Instintivamente, se llevó la mano al bolsillo del pantalón y rozó la tela que llevaba dentro con la punta de los dedos. La imagen de ella presionando aquel trozo de delicado encaje sobre su herida acudió a él, provocándole un suave pinchazo en el corazón.

Su pañuelo.

Lo había lavado para quitarle los restos de sangre y ahora lo llevaba consigo todo el rato.

¡Maldición!

Dejando escapar un gruñido, hundió la mano en el bolsillo, enterrando el pañuelo hasta el fondo. Luego giró sobre sus talones camino del establo donde le esperaba Manchado.

Capítulo 23

Rose miró por la ventana de nuevo. Era la cuarta o quinta vez que lo hacía, abandonando su labor. No podía evitarlo. Era como si una poderosa fuerza dominara sus ojos y los llevara una y otra vez hasta el exterior, hasta el cercado donde Bronco estaba montando uno de los mustangs salvajes.

Un grupo de vaqueros se había reunido alrededor de la cerca y le observaba con atención. No utilizaba los mismos métodos violentos que otros domadores para hacerse con los animales. Él lo hacía al estilo de los comanches, famosos por su destreza, de forma más calmada y pausada. Y eso despertaba la admiración manifiesta de sus compañeros. No cualquiera valía para ello.

Usualmente, se solía atar al equino a un palenque y se le cubrían los ojos, luego se le ensillaba. Era entonces cuando el domador se subía a la montura y se le quitaba la venda al caballo, que comenzaba a saltar frenéticamente tratando de librarse del peso del vaquero, que a base de latigazos y de clavarle las espuelas a los flancos conseguía agotarlo, rompiendo su voluntad en muy poco tiempo.

Bronco, por el contrario, tardaba bastante en el adiestramiento, pero cuando terminaba, no había animales más dóciles ni más confiables que los que había entrenado él. Patterson lo sabía y por eso le dejaba emplear sus propios métodos, aunque no fueran tan rápidos.

Comenzaba pasando tiempo con los potros en la pradera, dejando que se familiarizasen con su presencia y su olor. Cuando le permitían acercarse y le consideraban una persona de confianza, era el momento en el que se iniciaba la doma propiamente dicha. El primer día, conducía al animal elegido hasta el corral, sin emplear la fuerza. Le acostumbraba a su tacto y a su voz, acariciándole y hablándole en susurros durante horas. El segundo, le colocaba el lazo al cuello y le hacía caminar a su lado en círculos hasta que el caballo le seguía sin tener que tirar de la cuerda, reconociéndole como su guía. Era al

tercer día cuando le montaba sin silla, dejando que se habituara a su peso. Le tiraba suavemente de las crines y le hincaba las botas sin espuelas en los costados para hacerse obedecer.

Y, finalmente, al cuarto, lo ensillaba.

Rose había observado la progresión durante los últimos días, cautivada. Ahora, le vio encaramarse al potro castaño, que se agitó ligeramente, pero que se calmó por completo en unos segundos, aceptando la silla, las riendas y a su jinete. Ella, que había contenido la respiración esperando que el animal se revolciera, soltó el aire que tenía guardado en sus pulmones al ver la calma con la que reaccionaba. Era fascinante el dominio que Bronco tenía sobre los caballos. Su apodo encajaba con él a la perfección. Sin duda era un hombre excepcional.

Desvió la vista, con reticencia, y volvió a coger el vestido en el que estaba trabajando; dio otro par de puntadas al volante que estaba añadiendo al bajo.

Era su vestido de boda.

A pesar de que Mami había insistido en confeccionar uno nuevo para ella, Rose se había negado. Una vez que comprobó que ninguna de sus prendas era adecuada para una ceremonia de matrimonio —casi todo lo que poseía era negro, granate o gris—, buscó entre los antiguos vestidos de su madrastra, que Angie tenía guardados. Y, con permiso de su hermana, se decidió por ese. Era el más apropiado, de un color azul cielo. La madre de Angie y Will no era tan alta como ella y por eso la necesidad de coserle unos volantes en la parte de abajo, pero no precisaba más arreglos. Ellen Patterson había sido también una mujer muy delgada.

La Navidad había llegado y se había ido de *Las Claritas* sin demasiada pena ni gloria. Will, Angie y ella habían intercambiado los regalos y habían cenado en la cocina con Mami, Pedro y los demás criados. Sin Patterson, la tranquilidad reinaba en el rancho. Dos semanas habían transcurrido ya desde la conversación con su padre, su posterior huida bajo la lluvia... y el encuentro con Bronco. Dos semanas en las que Rose había tenido mucho tiempo para pensar en su próxima boda y en el vaquero que la había rescatado de la tormenta. La boda ocupaba su mente la mitad del tiempo que pasaba despierta. El vaquero..., la otra mitad.

Y el tiempo que pasaba dormida... era todo para él.

¿Desde cuándo había comenzado aquello? ¿En qué momento él se había vuelto su consuelo?

Todavía no sabía muy bien qué le había impulsado a sincerarse ese día y decirle que no deseaba casarse con Henry. Cada vez que pensaba en ello se llenaba de consternación y deseaba poder retrasar el tiempo y borrar esa escena tan patética y tan ridícula que había protagonizado. ¡Cómo había podido decirle que solo le tenía a él y a nadie más! ¡Qué vergüenza! Gracias a Dios, Bronco no había reaccionado de ningún modo, actuando como si no la hubiese escuchado. La dejó en la puerta trasera del rancho y buscó a Mami para que se encargara de ella; después se marchó con los dos caballos. Y eso fue todo. No volvió a verle hasta unos días más tarde y desde lejos. Sus caminos no se habían cruzado de nuevo.

Lo cierto era que ella apenas había abandonado la casa en esas semanas. Ni siquiera iba a montar con sus hermanos. Según se acercaba la fecha de la boda, su abatimiento aumentaba. Por más que se decía una y otra vez que casarse con Henry no era lo peor del mundo, pensar en tener que compartir su vida con él le provocaba un amargo regusto en la boca y hacía que le ardieran los ojos. No había vuelto a llorar y no por falta de ganas, sino porque era muy consciente de que no le serviría de nada. Bien lo sabía ella que tantas lágrimas había derramado por culpa de Timothy durante todos esos años.

Se consolaba a sí misma pensando en los hijos de Henry. En la dulce Susan, el asustado Roger y en el tierno bebé, Thomas, con esa mata de cabello rojizo. Pobres niños. Al menos, cuando se casara con su padre, los pequeños iban a poder disfrutar del cariño de una madre.

Con amargura, se preguntó cuándo había comenzado a decirse *cuando se casara con Henry* en lugar de *si se casaba con él*. Parecía haberse resignado a ello y haber aceptado su destino.

Así era. No tenía más opciones.

Ninguna.

Sus ojos, traicioneros, volaron hacia la ventana. Bronco abandonaba el corral a lomos del recién domado caballo, seguido por los silbidos y las exclamaciones jaleadoras de sus compañeros. Vio cómo ponía al animal al trote y después al galope, y desaparecía en la distancia detrás de la nube de polvo que levantaban los cascos del potro.

Suspiró nostálgica. Cuando se mudara al rancho Younger no iba a poder verle más. Quizá ni siquiera pudiese ir al pueblo a visitar a su hija... Cerró los ojos cuando un aguijonazo de angustia le traspasó el pecho. No sabía qué le dolía más, no volver a ver a María o no volver a ver a Bronco.

A Gabriel, se corrigió en silencio.

¡Qué tonta era!

Sabía que no debería, que cualquier pensamiento en aquella dirección era lo más absurdo del mundo, y aun así, no podía dejar de pensar en él. Una oleada de calor la recorrió de arriba abajo al recordar las imágenes que la habían asaltado la noche anterior. De nuevo había soñado que él la besaba y no solo en la boca... Lo había hecho por todas partes, incluso en lugares que ni ella misma se atrevía a mencionar en voz alta... Se estremeció visiblemente.

—¡Dios mío! ¡Estás loca, Rose! —gimió, llevándose las manos a la cara que había comenzado a arderle.

De pronto, la puerta de la salita se abrió con violencia, sobresaltándola.

—Padre ha vuelto. —Angie entró como una exhalación y se detuvo a su lado. Tenía una expresión preocupada en el rostro y se retorció las manos con nerviosismo.

—¿Ya? —Rose se incorporó precipitadamente haciendo que el vestido que mantenía sobre su regazo cayera al suelo.

—Sí. Y ha vuelto solo.

—¿No ha venido con su mujer? —inquirió sorprendida.

—No. Algo ha debido de pasar porque está muy enfadado. Está en el despacho y se ha servido un vaso de *whisky*.

Eso era muy impropio de William Patterson, beber alcohol a esa hora. Ni siquiera era mediodía.

—Voy a bajar a hablar con él —murmuró Rose, alisándose la falda. Luego se atusó el cabello con los dedos.

—¿En serio? —Su hermana la miró asustada—. Quizá es mejor que esperes un par de horas. Ya sabes cómo es cuando está de mal humor.

Rose agitó la cabeza. En cualquier otra ocasión hubiese hecho caso a esa advertencia, pero la curiosidad por saber qué había sucedido en Dallas y el

porqué de su regreso tan repentino y sin su esposa, sobrepasaba con creces cualquier temor que el colérico carácter de su padre pudiese provocarle.

Abandonó la sala, seguida por una ansiosa Angie. Ella también sentía cómo la inquietud reptaba por todo su cuerpo, pero se obligó a mostrar serenidad cuando llegó abajo y se detuvo delante de la puerta del despacho, que se hallaba entreabierta.

—Vete —le susurró a su hermana, que la miraba con los ojos abiertos como platos—. Márchate, en serio. No va a pasar nada.

—No. Me quedo aquí —repuso y, aunque su voz temblaba, parecía muy decidida—. Si me necesitas, llámame y entro.

Rose estuvo a punto de sonreír, enternecida. Asintió con vigor antes de llamar a la puerta con los nudillos.

—¿Quién demonios es ahora? —Se escuchó a un malhumorado Patterson.

—Soy yo —dijo con calma.

No hubo respuesta, mas al cabo de unos segundos, la puerta fue abierta con vehemencia y la alta figura de su padre se mostró en el umbral. Tenía el cuello de la camisa desarreglado y un vaso lleno de un líquido tostado en la mano. Su cabello aparecía revuelto, como si se lo hubiera despeinado con los dedos.

—¿Qué quieres? —increpó, mirándola de arriba abajo. Sonaba fatigado. Las ojeras que había bajo sus ojos también eran muy evidentes.

—¿Ha ocurrido algo? Creía que volvería con su esposa.

Él soltó un bufido airado. Después se dio la vuelta y se dirigió a la ventana. Vacío el vaso de un trago.

Rose le siguió al interior de la habitación llena de perplejidad. Nunca le había visto en ese estado.

—Se ha aplazado la boda —masculló él, girándose de repente. Cogió la botella de *whisky* que había sobre la mesa y se sirvió de nuevo una cantidad generosa.

—¿Aplazado? —El corazón de Rose dio un vuelco al escuchar aquello.

—Millie se ha roto una pierna y tiene que guardar reposo al menos cinco o seis meses. No puede viajar en su estado —comentó iracundo—. No ha querido casarse en esas condiciones. Tenemos que esperar hasta el verano.

—Oh —exclamó ella.

No sabía si sentirse preocupada o aliviada. ¿Significaba aquello que no tenía que abandonar el rancho hasta dentro de unos meses? ¿Podía su boda posponerse también? Guardó silencio tratando de ordenar sus pensamientos. Quizá no era el momento más adecuado para rebelarse, quizá debía esperar a que estuviese de mejor humor. Se aclaró la garganta. Él le daba la espalda y volvía a mirar por la ventana. Aparentaba haberse olvidado de su presencia.

—Entonces, tampoco es necesario que Henry y yo nos casemos a toda prisa —afirmó muy tranquila. No era una pregunta—. El motivo de la urgencia era la presencia de su esposa en el rancho. Dado que ya no hay razón para apresurarse, deberíamos esperar y hacerlo todo correctamente —terminó, imperturbable. Aunque se mostraba calmada, por dentro era un manojo de nervios.

Su padre no reaccionó de ninguna manera. Al menos no lo hizo en un primer momento. Después, al cabo de unos instantes, se giró y la miró con fijeza. Sus ojos azules se mostraban fríos y sin vida. Los apartó de ella para centrarlos en el vaso, que de nuevo estaba vacío.

—Haz lo que quieras —repuso con un leve encogimiento de hombros—. Los Younger ya tienen su terreno, así que supongo que les dará igual esperar un par de meses más —murmuró sarcástico sirviéndose de la botella otra vez.

Haz lo que quieras, acababa de decir. Rose estuvo tentada de volverle a preguntar. Quizá había oído mal o a lo mejor se había vuelto loca. ¡No podía creerlo! ¡No podía ser verdad! El júbilo se adueñó de ella y le provocó un extraño hormigueo en la nuca. Apretó los labios con fuerza para frenar el jadeo gozoso que amenazaba con escaparse de ellos.

—Voy a escribirle una nota a Henry, informándole de la situación —dijo con firmeza, irguiendo la barbilla y cuadrando los hombros, preparándose internamente para que su padre le dijera que no lo hiciese.

Mas William Patterson no dijo nada; solo hizo un gesto con la mano invitándola a marcharse.

Cuando abandonó el despacho estuvo a punto de tropezar al sentir los dedos de Angie agarrándole el brazo con suavidad.

—¿Lo has oído? —le preguntó en un cuchicheo feliz.

Su hermana asintió con ardor. Sus ojos resplandecían.

—Vamos al cuarto de Will —propuso. Y allí se encaminaron, agarradas del brazo y sonriéndose mutuamente.

Will se hallaba en cama. Las bajas temperaturas no eran nada buenas para su delicada constitución y no terminaba de recuperarse del catarro que llevaba arrastrando semanas. El médico del pueblo le había recomendado reposo. Mientras Angie le contaba lo que había pasado, Rose redactó una misiva para Henry, informándole del aplazamiento de la boda. Se la entregó a Remedios para que buscara a algún vaquero que fuese al *Silver Younger* a llevarla. Sabía que en cuanto la recibiera, Henry acudiría a pedir explicaciones, por lo que dejó a sus dos hermanos entretenidos con un libro y fue a su dormitorio a arreglarse.

Se peinó con gran esmero y se cambió de ropa, quitándose la que solía llevar para estar en la casa cuando no se preveían visitas y poniéndose otra menos confortable con una crinolina mayor. El negro vestido era mucho más elegante. Tenía la falda llena de grecas y la pechera bordada con hilo brillante y botonadura de madreperla. Vestirse de aquella manera hacía que se sintiera más segura frente a Henry. No quería que él descubriese ninguna de sus flaquezas ni la viera frágil. Era una persona que sacaba partido de las debilidades de otros, utilizándolas en su contra. Timothy había sido muy parecido.

Rebosante de felicidad, abandonó la casa con una taza de humeante chocolate que Mami le sirvió en la cocina. A pesar del frío que reinaba en el exterior, tomó asiento en uno de los bancos de madera que había en el porche. Se arrebujó en la capa de lana negra con ribete de piel que llevaba puesta. Y esperó. Hacía ya tres horas que el vaquero había partido hacia el rancho vecino. Si su intuición no le fallaba, Henry no tardaría en llegar. Prefería abordarle a solas y no delante de su progenitor.

El grupo de hombres que antes se habían reunido en torno a la cerca, se había dispersado. Solo Frank, el capataz, andaba por allí. Pasó por delante de ella camino de los establos y se quitó el sombrero cortésmente. Ella le dirigió una sonrisa que le hizo enrojecer vivamente. Rose ya se había dado cuenta con anterioridad de que el irlandés mostraba mucho interés por ella. Demasiado.

Pero ella nada más que tenía ojos para otro.

Bronco no había regresado todavía o si lo había hecho, estaría en los barracones o sabía Dios dónde. Algo decepcionada, dio un sorbo a su chocolate y lo paladeó satisfecha. Se sentía invadida por la euforia. Quizá era una mema al hacerse ilusiones, ya que no había conseguido que la boda se anulase, pero una prórroga de cinco o seis meses se le antojaba como el mismo paraíso. Por primera vez desde hacía semanas, la espada de Damocles que pendía sobre su cabeza había desaparecido y podía respirar sin ahogarse. Volvió a sonreír.

El golpeteo de los cascos de un caballo a poca distancia la puso en alerta.

Henry.

Pero cuando se giró, preparada para enfrentarse a su *prometido*, se dio cuenta de su error.

No era Henry.

Era *él*.

Montaba el caballo castaño de antes, que sudaba copiosamente. Parecía agotado, pero no doblegado, como les sucedía a otros animales que eran domados con violencia y brutalidad. Cuando Bronco descendió de la silla y le tomó de las riendas, el potro restregó su hocico contra su hombro pidiendo una carantoña que no tardó en recibir en forma de palmada afectuosa en el cuello.

Mientras se acercaba, Rose le inspeccionó de arriba abajo con los ojos. Llevaba las botas, las chaparreras, los pantalones y la chaqueta de cuero cubiertos por una fina capa de polvo amarillento. Incluso su sombrero oscuro estaba manchado. Se lo echó hacia atrás y su cara morena quedó al descubierto. La herida de su ceja había desaparecido casi por completo; solo había quedado una pequeña cicatriz.

Fue en ese momento cuando sus miradas se encontraron.

«¡Dios santo! ¿Cómo puede un hombre ser tan... tan atractivo?», se preguntó ella sin aliento. Inconscientemente, le regaló una enorme sonrisa a la que él no reaccionó. Siguió aproximándose a la casa con una expresión seria en el semblante.

—Buenos días, señora Randolph—la saludó.

Su voz ronca y algo rasposa, sin duda por el polvo que debía de haber tragado durante la galopada, retumbó en el ambiente haciendo que sus entrañas vibraran descontroladas. Pero de pronto, recordó su último encuentro y la

turbación se apoderó de ella. Borrando la mueca feliz que se mostraba en su cara, se esforzó por mantenerse calmada. Trató de sostenerle la mirada, pero sus ojos castaños la contemplaban con tanta intensidad que hubo de desistir y se centró en el animal que iba junto a él.

—Buenos días, señor Salas... —vaciló antes de continuar—. Ya he visto de lo que es usted capaz. —Señaló al caballo—. Ha sido... fascinante.

Él continuaba en silencio, mirándola de aquella manera penetrante que le robaba la respiración y la dejaba temblorosa. Se revolvió inquieta. Al cabo de una eternidad, él hizo un movimiento vago con la barbilla.

—¿Se encuentra usted mejor? —le preguntó con aspereza.

Rose enrojeció hasta la raíz del cabello. Estaba claro que él no había olvidado lo sucedido. ¿Cómo podía? La última vez que la vio, ella estaba a punto de echarse a llorar, aterida por el frío y la lluvia, y le había confesado que solo le tenía a él en el mundo para desahogarse. ¡Cuánto patetismo!

—Sí... sí —tartamudeó—. Estoy mejor. Muchas gracias por todo.

Se mordió la lengua para no seguir hablando. A pesar del embarazo que sentía, con gusto le hubiese dicho que su boda se había aplazado, que no tenía que casarse con Henry, de momento... La necesidad de contárselo era tan grande que notó cómo su pulso se disparaba y las manos comenzaron a sudarle.

Él no había movido ni un músculo y permanecía quieto, aparentemente impávido. Pero ¿no resplandecían sus ojos con interés? Quizá sus labios se habían curvado en una insignificante sonrisa, ¿no? Ansiosa, Rose examinó cada mínimo gesto tratando de encontrar algo, lo que fuera... No. No había nada. Todo era producto de su imaginación, pensó alicaída.

Él se llevó la mano al bolsillo de sus pantalones.

—Tengo una cosa...

No pudo continuar. Una voz cargada de cólera interrumpió la conversación.

—¡Rose! ¡¿Qué demonios significa esto?!

Había estado tan ensimismada y concentrada en Bronco, que no se había dado cuenta de que Henry había llegado. Sobresaltada, giró la cabeza y le vio a unos pasos de distancia. Se bajaba de su caballo mientras la miraba con los ojos llameando de ira. Llevaba la nota que ella había escrito arrugada entre los dedos.

Se incorporó y dejó la taza de chocolate sobre la mesita que había al lado del banco, tratando de mantener la calma. Ahora que el momento del enfrentamiento había llegado no podía permitirse el lujo de flaquear. Enderezó la espalda observando al hombre que se acercaba con grandes zancadas.

—¿Quiere usted decirme qué rayos es esto? —exclamó Henry plantándose delante de ella. Agitó el trozo de papel con suma violencia—. ¿Quién ha decidido esto? ¿Quién ha tomado esta decisión sin mi consentimiento?

Rose estuvo a punto de gritar al escucharle preguntar aquello. ¿Cómo se atrevía a decir algo así? Eran ellos, su padre y los Younger los que determinaban sobre la vida de los demás sin encomendarse a nadie. La indignación la quemó por dentro.

—Debería usted calmarse —sugirió con voz glacial.

Él se enfureció todavía más y tuvo la osadía de avanzar otro paso de modo que la punta de sus botas rozó el bajo de su vestido. Se inclinó amenazadoramente sobre ella, que no retrocedió ni un ápice, y levantó el brazo en el aire.

Un rugido velado llegó hasta los oídos de Rose. La presencia intimidante de Henry había hecho que se olvidara de Bronco.

—Señora Randolph... —Su tono se había convertido en un sonido chirriante y escabroso—. ¿Me necesita?

—¡No te necesita! —respondió Henry con una mueca desabrida y cargada de desdén—. Vete a trabajar y no molestes a tu patrona.

Rose ladeó la cabeza y miró a Bronco. Sus facciones se habían endurecido. Todo su cuerpo se hallaba en tensión, desde la cuadrada mandíbula, pasando por sus hombros que parecían más anchos de lo habitual, hasta sus manos que asían las riendas del caballo con fuerza. Había hecho caso omiso a la orden de Henry y la seguía observando a ella, que se llevó una mano al pecho, conmocionada por la imagen agresiva y protectora que mostraba él.

—Señora Randolph —repitió con la misma entonación adusta—. ¿Me necesita?

Parecía dispuesto a saltar de un momento a otro sobre el hombre que se erguía frente a ella, cuyo rostro se deformó indignado al percibir que el vaquero le ignoraba.

—No se preocupe, señor Salas —murmuró ella, imprimiendo un timbre tranquilizador a su voz—. Estaré bien.

—¿Señor Salas? —Henry casi escupió las dos palabras—. ¿Señor? —volvió a repetir con desprecio.

—Estaré por aquí —repuso Bronco al cabo de unos segundos. Y lanzándole una mirada desafiante a Henry, añadió—: Muy cerca.

Después se marchó, tirando de las riendas del animal. La miró una vez más. Y, a pesar de que no pudo leer la expresión de su cara, Rose se sintió reconfortada y fortalecida.

—¡Insolente mexicano! —farfulló Henry. Sus mejillas, normalmente pálidas, se habían puesto rojas de indignación—. Necesita un escarmiento.

—Creo que esta discusión debería seguir dentro, señor Younger —propuso ella cambiando de tema.

Él la observó con los ojos entornados.

—Sí —dijo entre dientes con una sonrisa algo sardónica. Y volvió a agitar la nota en el aire—. Veremos qué opina su padre de todo esto.

Se dio media vuelta y abrió la puerta de la casa con ímpetu. Ni siquiera esperó a ver si ella le seguía. Desapareció en el interior con rapidez.

Antes de ir tras él, Rose espió al vaquero que se alejaba. Este, como si hubiera sentido sus ojos sobre su espalda, se detuvo y la miró por encima del hombro. Ella le dirigió una rápida sonrisa. Era la primera vez que alguien sacaba la cara así por ella. No, se corrigió. Él ya lo había hecho con anterioridad. Le estaba muy agradecida.

Bronco inclinó la cabeza y se tocó el ala del sombrero. Luego continuó andando hacia el establo.

Rose suspiró. Agradecida no era la palabra exacta. La gratitud no tenía nada que ver con lo que realmente sentía. Nada.

Carraspeó y se frotó las sudorosas manos en la falda del vestido antes de dirigirse al interior de la casa a encararse con Henry y con su padre.

Capítulo 24

La voz no tardó en correrse por el rancho. La boda de Rose con Henry no iba a celebrarse hasta el verano siguiente. Se comentaba que el joven Younger había acudido a *Las Claritas* muy indignado, tratando de convencer a William Patterson de que no aplazara el matrimonio. Nadie sabía muy bien qué había sucedido, pero el patrón, para sorpresa de todos, había apoyado a su hija en su decisión. Y Henry Younger abandonó el rancho lleno de ira una hora después de haber llegado.

Cinco días después, la noticia también alcanzó los barracones de los vaqueros, cuando estos volvieron de trasladar las reses. Hacía apenas una hora que habían regresado y Remedios llegó para servirles la cena. No tardó en informar a Frank y a unos cuantos hombres más de los rumores.

Gabriel estaba tendido en su catre con los ojos cerrados, permitiéndose un descanso, cuando escuchó el nombre de Rose. Agudizó el oído. En todo el tiempo que estuvo fuera, no había dejado de pensar en lo sucedido en el porche con el cretino de Henry, preguntándose cómo habría acabado la historia. Aquel día, si ella no le hubiera detenido asegurándole que se encontraba bien y que no pasaba nada, se habría abalanzado sobre Younger y le habría partido la nariz de un buen puñetazo. ¡Estúpido petimetre! ¿Cómo rayos se atrevía a tratarla así?

Una voz en su interior le recordó que él mismo había sido más que brusco con ella y que se había comportado de forma bastante grosera.

«No. No es cierto. Yo jamás le levantaría la mano a una mujer».

La furia volvió a embargarle cuando recordó cómo Henry había alzado su brazo, amenazándola. Ella ni siquiera había pestañeado. Su fachada serena e impasible no se agrietó ni lo más mínimo. Gabriel tenía que reconocer que, en ese instante, su admiración por ella había despertado.

Rose Randolph era valiente.

Otra cualidad más que añadir a la lista de cualidades que se iban acumulando en el haber de la hija mayor de Patterson. Una lista que crecía cuanto más la iba conociendo.

Su corazón se agitó al acordarse de la enorme sonrisa que Rose le regaló aquel día cuando él regresaba con el caballo recién domado. Su mueca de felicidad le estrujó las entrañas. Nunca la había visto tan radiante; el júbilo le sentaba bien. Ponía color a sus mejillas y suavizaba sus facciones. Se había acercado a ella fingiendo indiferencia, pero interiormente estaba fascinado y no pudo apartar la mirada de su hermoso rostro ni un segundo.

No era algo que hubiera planeado y ni siquiera le agradaba demasiado, pero admitía que Rose Randolph le aceleraba el pulso. Y saber que no iba a casarse con el imbécil de Younger, al menos de momento, le resultaba grato. Más que grato, de hecho.

Suspiró quedamente.

No debería alegrarse tanto por ello.

Clavó los ojos en una de las vigas de madera que atravesaban el techo del barracón, pensativo. Sabía que sentirse atraído por la hija del patrón era algo descabellado y que solo podía traerle problemas. Aunque, tampoco era tan extraño. A fin de cuentas era un hombre y era normal fijarse en una mujer, sobre todo en una que no era precisamente fea. Lo que no podía dejar que sucediera era que esa atracción se convirtiese en algo más. Eso sería harina de otro costal. Pero tal cosa no iba a pasar. Sabía cuál era su lugar y sus objetivos. Su camino estaba trazado con sangre desde hacía tiempo y tenía tres nombres: Teresa, Isabel y Rafael. No iba a permitir que nada ni nadie le distrajera. Ni tan siquiera Rose Randolph con sus lágrimas enternecedoras o su sonrisa deslumbrante.

No obstante, mientras cenaba, se introdujo la mano en el bolsillo en un par de ocasiones y palpó su pañuelo. Era un gesto que repetía con regularidad, inconscientemente.

Después de dar buena cuenta del estofado de res que les sirvieron y de una taza de café, rechazó el ofrecimiento de Theo y otros vaqueros de unirse a ellos en una partida de Faro⁸ y abandonó el barracón camino de los establos. No tenía mala relación con ellos, pero si le daban a elegir entre pasar el rato

jugando a los naipes con sus ruidosos compañeros o pasarlo con Manchado, la decisión no era difícil.

El joven Levi estaba sentado en su camastro, dibujando algo en el suelo de tierra con un palo. Cuando le vio llegar se puso de pie y le lanzó una sonrisa algo tímida al tiempo que se calaba el sombrero.

—¿Por qué no te vas al barracón a jugar una partida? —le propuso Gabriel—. Yo me voy a quedar un rato por aquí.

—¿De verdad? —La sorpresa danzó en su voz.

—Sí, vete y no te preocupes.

Levi salió corriendo como una exhalación, no sin antes darle las gracias efusivamente varias veces. Quedarse de guardia en el establo por la noche era una tarea bastante impopular que siempre recaía en los vaqueros más jóvenes, a los que no les solía gustar demasiado la soledad y la pobre conversación que los caballos tenían que ofrecer.

Manchado le saludó con un relincho cuando se acercó a su cubil.

—¿Ya me echabas de menos? —le preguntó—. No puede ser, sinvergüenza, si acabo de dejarte.

Mientras le hablaba, le acarició la testuz y le sopló los ollares con suavidad. El caballo agitó la cabeza y echó las orejas hacia delante. Luego resopló y relajó el labio inferior, mostrando su contento.

Gabriel cogió un cepillo de gruesas cerdas y comenzó a pasárselo por el lomo. Sabía que a Manchado le gustaba que le cepillasen y, aunque lo había hecho hacía solo unas horas, a él mismo le resultaba en extremo relajante. Concentrado en los rítmicos movimientos, dejó la mente en blanco y, casi sin darse cuenta, canturreó una melodía antigua que le había escuchado a su madre en muchas ocasiones:

*“Yo que soy contrabandista y campo por mi respeto,
A todos los desafío pues a nadie tengo miedo.*

Cuánto vale un cuerpo bueno puesto en medio de una calle.

Ay, ay, ay, jaleo, muchachas, ¿quién me merca jilo negro?

Mi caballo está cansado y yo me marchó corriendo.

Ay, ay, que viene la ronda y se mueve el tiroteo.

Ay, ay, caballito mío, sácame tú de este aprieto.

Ay, jaleo, que nos cortan, caballo mío careto.

Ay, ay, caballito mío, caballo mío, jaleo”².

—¿Le canta a su caballo?

La voz femenina a su espalda le hizo dar un respingo. Se dio la vuelta y descubrió a Rose Randolph que le observaba desde el umbral de la puerta. Y sonreía.

Gabriel se ruborizó. Sí. Quizá por primera vez en su vida, sintió un incómodo ardor concentrándose en sus mejillas. Fue ese embarazo lo que le hizo reaccionar con extrema brusquedad.

—¿Qué hace aquí? —espetó.

Tardó solo dos segundos en arrepentirse de la aspereza de sus palabras al ver que a ella se le borraba la sonrisa de la cara. La miró de arriba abajo, molesto consigo mismo, deseando poder atrasar el tiempo un minuto nada más. Ella llevaba un vestido oscuro y una gruesa capa de piel demasiado elegante para ir a un establo. No se cubría el cabello y sus mechones pajizos refulgían con intensidad a la luz del quinqué que portaba en la mano derecha. En la izquierda sostenía un pequeño hatillo.

—He venido a ver a uno de los caballos —repuso cortante. Un ligero temblor en la última sílaba reveló que el tono que él había empleado le había dolido.

Siguió mirándola, indeciso. Sabía que acababa de comportarse como un verdadero patán. Sin duda ella se merecía una disculpa, pero antes de que pudiese emitir ni una sola palabra, Rose se giró e, ignorándole, se dirigió al fondo del establo. Se detuvo frente al caballo castaño que él mismo había domado hacía unos días y dejó la lámpara en el suelo. Era la única fuente de luz de aquella parte de la edificación y un círculo dorado los envolvió a ella y al animal. Esa misma escena debía de repetirse con frecuencia, ya que el potro reaccionó relinchando con suavidad, dándole la bienvenida. Ella se quitó los guantes y le acarició el cuello. Murmuró algo, pero Gabriel no pudo distinguir el qué.

Manchado le empujó con el hocico, llamando su atención.

—Perdona, mi cuate —le susurró—. No me lo tengas en cuenta. Me distraje.

Rose había desenvuelto el hatillo donde llevaba un par de manzanas y le ofrecía una al caballo en la palma de su mano; este no tardó en atraparla con sus enormes dientes y engullirla con premura. Dejó escapar una risa leve que a Gabriel le produjo un cosquilleo en la parte baja del estómago.

Manchado volvió a protestar con un resoplido.

Gabriel se quitó el sombrero y dejó que el caballo le apoyara la cabeza en el hombro mientras le palmeaba la nuca, distraído. Se le iba la vista una y otra vez hacia el fondo del establo, hacia la mujer y el animal, sin pretenderlo. Acarició el cuello de Manchado una última vez antes de ponerse en movimiento. Como una polilla atraída por la luz, sus pasos le condujeron hasta donde ella se encontraba. Se detuvo a su lado. El potro movió las orejas en su dirección y olisqueó el aire. Al darse cuenta de que era él, se relajó. Ella también se había percatado de que se había acercado; su respiración se aceleró audiblemente y su mandíbula se endureció. La contempló en silencio. Solo podía ver su perfil, tenuemente iluminado.

—Lo siento —se disculpó al cabo de un breve lapso de tiempo—. No esperaba encontrarla aquí. Me ha sorprendido.

Ella no respondió, pero su postura perdió la rigidez. Sacó otra manzana del hatillo y volvió a ofrecérsela al caballo, que la devoró con la misma rapidez que antes.

Entonces se dio la vuelta y le miró de frente. Sus ojos se fundieron con los suyos con intensidad. Con demasiada intensidad, pensó él. Eran del color del cielo cuando comenzaba a anochecer. Cerca de la pupila, el azul era más claro, pero se iba oscureciendo hacia el borde del iris.

«Qué hermosos», pensó.

Su atención se vio desviada hacia la lengua de ella, que acababa de asomar entre sus generosos labios, humedeciéndolos con nerviosismo. Tragó saliva y el calor se le concentró en el bajo vientre, donde algo que llevaba tiempo sin despertar, hizo una repentina aparición. Muy sorprendido por la exagerada reacción de su cuerpo, cerró los ojos y cogió aire por la nariz.

Error. Estaban tan cerca uno del otro que cuando lo hizo, su embriagador perfume llegó hasta él inesperadamente. Olía a rosas.

Rose. Rosas.

Notó su corazón latiendo raudo y su excitación fue en aumento. Volvió a mirarla, esta vez con los ojos velados por el deseo. Ella estaba muy quieta. Una vena palpitaba en su sien y dos manchas rosadas que competían con el tinte de sus labios habían aparecido en sus mejillas.

Presentaba una imagen de lo más tentadora.

Gabriel sabía que tenía que tomar una decisión. Una decisión muy importante. Con los puños apretados trató de encarar la situación con serenidad. Podía dar un paso adelante y poseer su boca, que si su intuición no le engañaba, le recibiría hambrienta, o dar un paso atrás y huir de algo que solo podía acabar mal.

El querer contra el deber.

Difícil.

Mucho.

Dio un paso atrás.

La decepción brilló en los ojos de ella y eso estuvo a punto de hacerle flaquear. Pero ganó el deber. Se concentró en el caballo que los miraba a ambos con la cabeza ladeada y, conscientemente, ignoró a la mujer que respiraba con dificultad a su lado, dándole tiempo a recomponerse. Tiempo que él mismo también necesitaba. Con disimulo, se metió la mano en el bolsillo del pantalón y se lo ahuecó, casi sin poder creer que aquello hubiera ocurrido. Con Rose Randolph...

A pesar de que se había alejado, la distancia entre ellos todavía era muy corta por lo que pudo apreciar el momento exacto en el que ella logró recuperar su aplomo. Su respiración se había ido ralentizando poco a poco y, finalmente, su mano apareció en su campo de visión acariciando la cara del animal.

—¿Cómo se llama? —le preguntó. Sonaba serena, como si la escena que acababan de protagonizar no hubiese ocurrido jamás.

La miró de reojo, admirado. A él la sangre seguía hirviéndole en las venas.

—No tiene nombre —repuso, esperando sonar igual de calmado que ella—. ¿Por qué no le pone usted uno?

—¿Yo? —La sorpresa fue evidente.

—¿Por qué no? Usted es la dueña del rancho. Puede llamarlo como quiera.

—Oh, pues... no sé... Quizá Dusty¹⁰ —vaciló—. El día que usted volvió con él estaban ambos cubiertos de polvo de los pies a la cabeza.

Él no recordaba estar cubierto de polvo. Lo que sí recordaba y, con mucha claridad, era que ese fue el día en que estuvo a punto de partirle la cara al cretino de Henry. Le hubiera gustado preguntarle qué sucedió después de que ambos entrasen en la casa. ¿Qué había ocurrido para que la boda se aplazase? Mas no lo hizo.

—Quería darle las gracias también por lo que hizo usted.

Se giró, sorprendido. ¿Las gracias? ¿Por qué?

—No hice nada, señora Randolph... —Arqueó las cejas, confundido.

—Estaba ahí. —No le miraba, tenía la vista en el suelo—. Hace mucho tiempo que nadie ha estado ahí... —titubeó—, para mí.

De nuevo aquella punzada en el pecho. De nuevo sus latidos se aceleraron más de la cuenta. ¿Qué tenía aquella mujer que le hacía sentirse así? En momentos como aquel, la necesidad de protegerla se hacía inmensa. Sus ojos se perdieron en los dorados mechones de su pelo... Le hubiese gustado pasar los dedos por ellos y deshacer su peinado, dejar que esas suaves guedejas se deslizaran por la palma de sus manos...

¡Dios! ¿En qué demonios estaba pensando? Respiró hondo.

—No sé si lo habrá escuchado ya... —Ella, ajena a los impropios pensamientos de él, se dio la vuelta y contempló al caballo—. Mi boda con Henry se ha aplazado hasta el verano. Aquel día vino a tratar de convencer a mi padre para que siguiésemos adelante con los preparativos, pero mi padre se puso de mi lado. —Meneó la cabeza con incredulidad—. Creo que es la primera vez que sucede algo así.

De pronto, como si se hubiese dado cuenta de lo que decía y con quién hablaba, se llevó las manos a la boca y le miró horrorizada.

—¡Discúlpeme! —exclamó balbuceante—. No sé ni lo que digo ni por qué le estoy contando esto a usted. Lo siento. Siento molestarle con cosas que no son de su interés.

¿Cosas que no eran de su interés? ¡Qué equivocada estaba! Le interesaban demasiado.

El caballo relinchó entonces, llamando la atención de ambos. Internamente, Gabriel lo agradeció. La tensión que se había formado entre Rose y él iba en

aumento a medida que transcurrían los segundos. Tenían que ponerle fin a aquella ridícula intimidad que se había creado. La escena entera tenía algo de irreal. Ellos dos solos dentro de un círculo de luz tenue mientras todo lo demás a su alrededor desaparecía en la oscuridad.

—Será mejor que me retire ya —murmuró ella, inclinándose y cogiendo la lámpara—. Es tarde. Lamento haberle...

—¿Fue ayer a ver a mi hija? —La interrumpió él cortante.

Era una pregunta retórica, ya que estaba seguro de que sí lo había hecho, pero no quería que ella se marchara todavía.

Una sonrisa iluminó el rostro de Rose.

—Sí. Ayer fui al pueblo y pasé un rato con ella. María crece por momentos. Su tía ha tenido que sacarle el bajo de los vestidos—añadió. La expresión de su cara era de profundo cariño.

De repente, al escuchar aquello, se vio invadido por la melancolía. Su mirada se extravió, perdiéndose en algún punto indeterminado detrás de ella. De nuevo había perdido la oportunidad de ver a su hija otra semana más.

—Sí, crece rápido —suspiró—. El tiempo pasa tan deprisa... A veces tengo la sensación de que estoy perdiéndomelo todo —concluyó algo absorto, como hablando consigo mismo.

—Cuando sea mayor, María sabrá valorar su esfuerzo. Sabrá que todo lo que usted hace lo hace por ella. Estoy segura.

Su voz suave le trajo de vuelta y le aclaró la vista. Sus ojos azules estaban llenos de simpatía. Frunció el ceño, molesto por haber dejado entrever cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Al contrario que ella, él no andaba buscando una persona con la que sincerarse, y mucho menos un hombro donde apoyarse. No necesitaba algo así. ¿Qué demonios hacía?, se cuestionó.

—Es tarde —repuso con aspereza dando un paso atrás y poniendo distancia entre ellos—. Debería usted volver a la casa.

Las facciones de ella se oscurecieron. Le miró en silencio antes de asentir con la cabeza. Parecía decepcionada.

—Buenas noches, señor Salas —susurró.

Se sujetó la falda del vestido y se alejó apresurada, llevándose la luz con ella.

—¡Maldición! —farfulló él, frotándose la nuca mientras veía cómo ella abandonaba el establo y desaparecía engullida por las sombras de la noche.

Rose... ¡No! La señora Randolph, se corrigió mentalmente, le conmovía de una manera tan rotunda que había estado a punto de besarla. Y ese beso podía haberse convertido en uno de los mayores errores de su vida. Tenía que alejarse de ella. Si no lo hacía, las cosas podían complicarse demasiado para ambos.

Malhumorado, pegó una patada al suelo de tierra antes de acercarse a Manchado, que le miró con reproche.

—La culpa es tuya. Menudo amigo estás hecho. ¿Por qué no me detuviste? —le increpó—. ¡Endemoniada güera! —masculló, enterrando la cara en la garganta del animal.

Lo peor de todo no era que *ese huevo pidiera sal*, como decía su hermano.

Lo peor de todo era que él tenía sal en abundancia y estaba más que dispuesto a utilizarla...

Capítulo 25

Tres de abril, su cumpleaños.

El día que cumplía treinta años.

Se miró al espejo una vez más y estudió su rostro. El reflejo le devolvió la imagen de todos los días. Algunas pequeñas arruguitas se habían formado alrededor de sus ojos y su cutis ya no era tan lozano como antaño. Se pellizcó las mejillas con suavidad, tratando de borrar la palidez que las cubría, en vano. Una leve y resignada sonrisa asomó a sus labios.

No se entretuvo más, sabía que la esperaban abajo. Mami, ayudada por sus hermanos, le había organizado una fiesta. A pesar de que habían tratado de mantenerlo en secreto, a Will se le había escapado aquella misma mañana. No queriendo aguarles la sorpresa, Rose llevaba todo el día encerrada en su cuarto, pretendiendo no saber qué era toda la algarabía que provenía del patio trasero. Hacía un rato que su hermana, con los ojos brillantes por la emoción, había acudido a buscarla para que bajara.

Cogió un chal de lana y se lo echó por encima de los hombros. Sería suficiente, decidió. El invierno no se había ido todavía pero, milagrosamente, hacía unos días que las temperaturas habían subido y el tiempo se presentaba muy cálido y agradable para aquella época del año.

Abandonó su habitación y se dirigió hacia las escaleras. Antes de tomar el primer escalón, se agarró con firmeza a la barandilla de madera y respiró hondo. Era probable que los vaqueros del rancho acudieran a esa improvisada celebración. Solían hacerlo. Más cuando William Patterson estaba ausente, como era el caso. Estaba en Eagle Pass en una reunión con otros ganaderos. En silencio, se preguntó si Bronco también asistiría a su fiesta de cumpleaños.

Diez semanas habían transcurrido desde que ella propició el encuentro en el establo. Diez semanas en las que apenas había tenido contacto con él. Se habían visto solo en dos ocasiones. Una en la cocina, dos días después del incidente. Él había acudido a buscar zanahorias para darle a su caballo y ella

estaba con Mami, aprendiendo a hacer pastel de manzana. No se habían mirado. Al menos ella se había sentido incapaz de hacerlo. Con el corazón a punto de estallarle en el pecho, había aguantado la respiración mientras sentía su imponente presencia a su lado, impasible, al parecer. La escena duró un minuto nada más, hasta que él se despidió con aspereza. Pero a Rose se le hizo eterno.

La siguiente vez que sus caminos se cruzaron fue en el pueblo, el último domingo de marzo. Ella abandonaba la casa de su tía después de visitar a María y él llegaba en ese momento. La saludó llevándose la mano al sombrero. Sus ojos castaños no mostraron más que cortés indiferencia. Luego desapareció en el interior de la edificación, dejándola sola en la acera. La decepción y la desazón la invadieron. Había permanecido un rato allí, de pie, preguntándose en silencio si todo aquello que vio en los ojos de él aquella noche en el establo fue un mero producto de su imaginación.

Esa noche él estuvo a punto de besarla.

Luego se arrepintió, dio un paso atrás y todo desapareció como cenizas arrastradas por el viento.

Pero durante un instante él la deseó como hombre.

Lo pudo sentir.

Y ella supo, sin lugar a dudas, que si él hubiese dado ese primer paso, no le habría rechazado.

Ahora, a punto de bajar la escalera para ir a la fiesta, se llamó tonta a sí misma al tiempo que trataba de enfriarse las mejillas con las palmas de las manos, que se le habían quedado heladas. Bronco, a pesar de ser un simple vaquero, era joven, fuerte, gallardo, apuesto a su manera y decidido. Y ella..., ella era una viuda entrada en años, sin demasiado atractivo ni gracia. Desear que él la besara o la viese como mujer era una ilusión absurda y sin sentido.

Carraspeó ligeramente, forzándose a descender los escalones con calma. No tardó en alcanzar el piso de abajo. Estaba anocheciendo y la luz que entraba por las ventanas era escasa. Atravesó la cocina que, a pesar de estar iluminada, se hallaba desierta. Abrió la puerta que daba al exterior y no pudo evitar sonreír al ver la imagen que se mostró ante sus ojos. Una marquesina de madera de la que pendían guirnaldas y farolillos de colores se alzaba justo en el centro, al lado de la fuente. Debajo, se habían colocado dos largas mesas de

madera que estaban repletas de platillos que olían deliciosamente. De un simple vistazo, constató que Mami había preparado todo lo que sabía que a ella le gustaba.

Fue Mami la primera que se acercó a ella.

—Feliz cumpleaños, señorita —le dijo, estrechándola entre sus mullidos brazos. Se había engalanado y, en vez de su usual vestido gris de calicó, llevaba uno blanco de algodón y una chaqueta de lana roja.

—Muchas gracias, Mami. ¡Qué sorpresa! —respondió, mirando a su alrededor maravillada.

—No me engañe, que ya sé que lo sabía todo —la regañó—. El señorito Will me lo confesó.

—Pero la sorpresa es la misma. Estoy emocionada —susurró con los ojos empañados.

Y lo estaba de veras. La última vez que celebró su cumpleaños fue cuando cumplió los dieciocho, poco antes de casarse. Después, en Chicago, no había habido fiestas, a lo sumo una pequeña reunión para tomar el té con su suegra y las amigas de esta. Timothy tampoco se había esforzado demasiado, olvidando la fecha todos los años. Parpadeó para ahuyentar la humedad de su mirada mientras paseaba la vista por el patio. Habría unas treinta personas entre los criados y algunos de los vaqueros.

Buscó ávidamente la alta figura entre los presentes.

No estaba.

No tuvo tiempo de lamentarlo ni de desilusionarse. Will y Angie se acercaron como un vendaval y la arrastraron hasta la mesa donde hicieron que tomase asiento entre risas y exclamaciones. Pronto, mientras los asistentes se acercaban a felicitarla, se encontró disfrutando de un vaso de vino y de unos sabrosos tamales.

—¿Te gusta, Rose? —Su hermana tenía una sonrisa enorme pintada en la cara.

—Sí. Es precioso.

—Pues espera y verás. Todavía hay más. —Angie intercambió una seña cómplice con Will, que se llevó las manos a la boca aguantando una risita.

Mami vino a sentarse a su lado y volvió a llenarle el platillo hasta arriba, esta vez de enchiladas.

—No puedo más —protestó—. Si sigo comiendo, no voy a poder levantarme de la silla.

—Está usted muy flaca, mijita. Necesita poner carne en esos huesos. — Mami, ignorando su protesta, le sirvió un poco de arroz también.

Rose hizo una mueca resignada. Sonrió a Will que estaba sentado frente a ella; tenía los carrillos hinchados y masticaba con ganas. Los ojos de su hermano refulgían felices. Era una imagen poco habitual verle tan contento. Solía pasar gran parte de su tiempo temeroso de que su padre se enfadara con él por no poder cumplir sus expectativas.

—¿Te diviertes? —le preguntó.

El pequeño asintió vigorosamente mientras se llevaba otra cucharada a la boca.

—Y ahora viene lo mejor —cuchicheó después de que hubo tragado—. El baile.

—¡Will! —reclamó Angie enfadada. Acababa de acercarse a ellos y había escuchado la última frase—. ¡No puedes guardar un secreto!

—¿Baile? ¡Qué buena idea! —intervino Rose, tratando de quitarle hierro al asunto. La cara de su hermano mostraba arrepentimiento genuino.

—Iba a ser una sorpresa —lloriqueó Angie, acercándose a ella.

—¡Y lo ha sido! —afirmó con exagerado entusiasmo.

No le apetecía bailar, ni siquiera era buena haciéndolo, siempre había pensado que tenía dos pies izquierdos, pero iba a disfrutar de la música costara lo que costara. Sus hermanos lo merecían después de todo el esfuerzo.

Pronto, tres vaqueros, Theo, un mexicano llamado Juan y otro mulato apodado Boy Boy, se instalaron a un lado de la marquesina. Theo sacó un violín, Juan, una guitarra y el último, una armónica. En unos segundos los acordes de una alegre cancioncilla llenaron el ambiente.

Rose abandonó el plato encima de la mesa, aprovechando que Mami había vuelto a marcharse, y se recostó en el respaldo de la silla. Había comido demasiado y notaba el corsé más estrecho que nunca y las varillas clavándose en su carne. Sonrió al ver a Remedios y a Carmencita sacando a bailar a dos de los jóvenes vaqueros. Uno de ellos era el tímido Levi, que tropezó en un par de ocasiones y estuvo a punto de caer al suelo. De reojo vio a Angie, que estaba preciosa con su vestido lila, mecerse al compás de la música mirando

ansiosa en todas direcciones, esperando, sin duda, que alguien la sacara a bailar. Un grupo de trabajadores del rancho la observaban indecisos.

Ay, la diferencia de clases... Había un abismo entre ellas, las hijas del patrón, y esos hombres. La expresión de su rostro se nubló cuando ese pensamiento acudió a su cabeza y su mente voló hasta él, hasta Bronco, que no había asistido a la fiesta. Había decidido no hacerlo, convirtiendo en innegable la realidad que ella pretendía ignorar, que él era muy consciente de que la distancia que los separaba era inmensa.

Gabriel Salas y Rose Randolph no tenían absolutamente nada en común. Eran una historia que se acababa incluso antes de haber empezado.

Cerró los ojos y se permitió un instante de tristeza. Solo uno. Luego cogió aire y los volvió a abrir, decidida. No podía estropearle la fiesta a sus hermanos y a Mami, así que se forzó a sonreír.

La música fue adquiriendo velocidad y haciéndose más fuerte; las conversaciones y las risas también. Otras parejas se unieron a las que ya bailaban sumándose a la algarabía, entre ellos Pedro y Mami que, a pesar de su edad, les dieron una lección a los más jóvenes, moviéndose al compás de la alegre melodía.

Por el rabillo del ojo, Rose vio a Frank O'Malley acercándose a ella. Llevaba el sombrero fuertemente agarrado entre ambas manos y su tez era del color de los tomates maduros.

—Señora Randolph —le dijo con un titubeo una vez se plantó frente a ella—. ¿Me concedería... el honor... de bailar conmigo?

—Es usted muy amable, señor O'Malley —repuso con una sonrisa. Debió de ser más deslumbrante de lo que ella pretendía porque él se sonrojó todavía más. Se había peinado el frondoso cabello pelirrojo hacia atrás. Llevaba también una chaqueta más elegante de lo habitual y el pañuelo de su cuello parecía recién lavado—. Lo lamento mucho, pero tengo que rehusar su invitación. No bailo muy bien y esta noche no deseo avergonzar a nadie —añadió con ligereza.

—Oh, no diga eso. ¿Usted avergonzar a...? —exclamó casi horrorizado.

—Pero sí que usted podría hacerme un favor —le interrumpió.

—¡Por supuesto!

—Podría usted sacar a bailar a mi hermana —propuso. Al ver que una expresión desilusionada aparecía en su rostro, añadió con suavidad—: Le estaría muy agradecida.

Él asintió con energía. Le dirigió una larga mirada de carnero degollado y se marchó en dirección a Angie, cuya cara se iluminó de felicidad al verle. Quizá aquello rompiera el hielo y otros vaqueros se animasen a bailar con su hermana después.

Satisfecha, se sirvió otra copa de vino y lo saboreó lentamente. No solía beber alcohol, pero era un día especial y dejó que el exquisito líquido se deslizara a través de su garganta, disfrutándolo.

«Es un cumpleaños perfecto», pensó.

Todavía lo había sido más porque Henry había enviado una nota aquella mañana deseándole lo mejor, pero avisándole de que ese día no podría acercarse a verla. Grandes noticias, la verdad.

Él todavía estaba muy ofendido desde que la boda se había aplazado. No había vuelto a pisar *Las Claritas* y toda la comunicación entre ellos se limitó a tres misivas escritas. La situación era ideal para Rose, sin embargo, sabía que aquello no podía durar para siempre y esperaba su visita de un momento a otro. Hasta aquel día se había librado.

Remedios y otras dos muchachas, Miranda y Susana, se sentaron cerca de ella y la involucraron en su conversación. Mientras hablaba con ellas de banalidades, se dio cuenta de lo mucho que habían cambiado las cosas desde que llegó al rancho hacía ya siete meses. Al principio, todos, excepto Mami y Pedro, la habían tratado con mucho respeto y apenas se habían atrevido a dirigirle la palabra. Ahora todo era diferente. La gente la buscaba y la tenía en cuenta para todo tipo de tareas. Se sentía a gusto allí. Sentía que pertenecía a aquel lugar.

—¡Rose! ¡Rose! —La excitada voz de su hermana llamó su atención. Agitaba los brazos desde el otro extremo de la marquesina. Un grupo de gente se había reunido allí. Ella había estado tan distraída que no se había dado cuenta antes.

Se incorporó y, seguida por las muchachas, se encaminó hacia Angie con curiosidad. Al acercarse, vio lo que uno de los vaqueros sostenía en los brazos y se llevó las manos a la boca, sorprendida.

¡Una piñata!

Hacía años que no participaba en la ceremonia de la piñata, desde que era una adolescente.

—¡Esto sí que es sorpresa! —exclamó Will que sonreía de oreja a oreja.

Rose asintió entusiasmada sin despegar los ojos de la olla de barro recubierta de papeles de colores. En su interior habría confites y dulces, si no se equivocaba.

Los músicos seguían tocando cuando la piñata fue izada en el aire a una de las vigas de madera de la marquesina. Alguien, no supo discernir quién, le dio un palo largo y su hermana se acercó con un pañuelo para vendarle los ojos. Se lo anudó en la parte de atrás de la cabeza, cegándola. No podía creerlo, pero se sentía tan ilusionada como una niña pequeña. Su carcajada delirante resonó potente.

*“No quiero níquel ni quiero plata:
yo lo que quiero es romper la piñata”.*

La conocida cancioncilla que se entonaba durante la ceremonia de la piñata llegó hasta los oídos de Rose mezclada con otras voces que le gritaban indicaciones sobre dónde golpear: más arriba, más abajo, a la derecha, a la izquierda... Sin poder parar de reír, siguió dando palos de ciego a un lado y al otro. En dos ocasiones notó que la rozaba, pero los golpes iban sin fuerza y la piñata no se rompió.

La música subió de volumen y los gritos de ánimo también. Su risa se hizo más profunda y pronto descubrió que estaba sin aliento. No veía nada y en unas cuantas ocasiones trastabilló, pero consiguió mantener el equilibrio a duras penas.

Finalmente, consiguió darle de lleno a la olla. Lo hizo con tanto ímpetu que la vibración le recorrió los brazos. Escuchó claramente el ruido del barro quebrándose. En ese mismo instante notó que alguien la agarraba por la cintura y tiraba de ella hacia atrás, para evitar que los cascotes de la olla cayeran sobre su cabeza, supuso.

En un primer momento, tan excitada como estaba y con los ojos cubiertos, no fue consciente de quién era la persona que la sujetaba, pero solo unos

segundos después, el vello de su nuca se erizó al comprender quién era su salvador.

Su singular altura, la firmeza de su fornido pecho contra su espalda, las manos poderosas y de largos dedos hundiéndose en la tela de su vestido a la altura de su talle... Y todo eso combinado con su melena rozándole la sien, con su olor —una mezcla de tabaco, cuero y jabón—, y con su respiración algo jadeante junto a su oído, le dieron a Rose la respuesta.

Era él.

Y seguía aferrado a ella, sin soltarla.

Se llevó las temblorosas manos a la parte trasera de la cabeza y se desanudó el pañuelo. Justo antes de darse la vuelta, su voz, ronca y áspera, le acarició la oreja.

—Felicidades, Rose.

Se giró precipitadamente en sus brazos y se encontró con su mirada oscura e inescrutable. Mil mariposas revolotearon en su vientre. Se olvidó de que estaban rodeados por gente bulliciosa que se disputaba los confites de la piñata riendo estentóreamente y de que la música seguía sonando.

—Bronco... —alcanzó a susurrar con anhelo.

Capítulo 26

Había estado observándola desde lejos durante la última hora. No quiso acudir a la celebración, determinado a poner distancia entre ellos. Desde la noche del establo, se había esforzado mucho para que sus caminos no se cruzaran y, cuando lo habían hecho, pretendió ser frío e indiferente.

Nada más lejos de la realidad.

La imagen de Rose no se le quería ir de la cabeza y le perseguía constantemente. Lo hacía por el día, cuando la veía a lo lejos y tenía que reprimir el deseo de acercarse y hablar con ella. Y también por la noche, acudiendo a él en cuanto cerraba los ojos, robándole horas de sueño. No entendía cómo diablos había conseguido metérsele de aquella manera debajo de la piel. De creer que era arrogante, vana y superficial, a no poder dejar de pensar en ella como mujer. ¿Cómo había llegado hasta ese extremo? Era inexplicable.

«Te gusta cómo trata a tu hija. Le estás agradecido por ello», se decía con convicción varias veces al día.

Pero en el fondo sabía que no era solo eso. Ese instinto protector que se despertaba en él cada vez que ella estaba cerca no tenía nada que ver con su comportamiento con María. Esas ganas de traspasar la línea prohibida que los separaba y experimentar cómo se sentirían sus labios debajo de los suyos, tampoco.

Sabía que tenía que soportar diez días más sin caer en la tentación que ella personificaba. No eran demasiados. En diez días partiría hacia Abilene con el ganado y estaría, al menos, tres meses fuera. Tiempo suficiente para olvidarse de ella y que ella se olvidara de él.

Sin embargo, tras haber compartido dos tragos de *whisky* con Daniel, y después de que este se hubiera marchado para unirse a la fiesta, se apostó en un lateral del barracón y procedió a espiarla desde las sombras, fumándose un cigarrillo. La vio conversando con un nervioso Frank al que regaló una amplia

sonrisa. Gesto que no le agradó en absoluto. El capataz no tardó en alejarse y sacó a bailar a la señorita Angie.

Volvió a centrarse en ella. Como era su costumbre, llevaba un vestido oscuro y el pelo recogido dentro de una redecilla. Un chal negro cubría sus hombros. Pero, a pesar de la sobriedad de su atuendo, aquella noche había algo diferente en ella: la sonrisa no se borraba de sus labios.

Estaba radiante.

La vio hablar con las criadas animadamente mientras sus pies, enfundados en unos escarpines negros, se movían al compás de la música. Su hermana la llamó desde el otro lado del patio y ella se incorporó y se dirigió hacia allí. Incluso desde la distancia, Gabriel pudo ver la sorpresa y el deleite que iluminaron su cara al ver la piñata de colores. Más fascinado de lo que estaba dispuesto a reconocer, siguió todos sus movimientos cuando su hermana le vendó los ojos y alguien puso un largo palo en sus manos.

Entonces la escuchó reír.

Su carcajada llegó amortiguada hasta donde él estaba, entremezclada con las voces, otras risas y los acordes del violín, la guitarra y la armónica.

Una risa cautivadora.

Sin pensarlo demasiado, arrojó la colilla al suelo, la aplastó con el tacón de su bota y comenzó a andar en dirección a la animada reunión. Ella seguía moviéndose con torpeza de un lado a otro, agitando el palo en el aire mientras el público la animaba cantando y gritando.

Su risa se hacía más nítida cuanto más se acercaba a ella. Sus labios generosos brillaban a la luz de los faroles en un tono rosa oscuro y dejaban una hilera de blancos dientes al descubierto. Se le había soltado un mechón de pelo del recogido que bamboleaba sobre su hombro derecho.

Dejó atrás a un grupo de vaqueros que le saludaron cuando pasó por su lado. Ni siquiera los miró. Solo tenía ojos para ella. Se abrió paso sin demasiada dificultad entre los espectadores y accedió al pequeño círculo que habían formado en torno a Rose. Dos pasos los separaban cuando ella consiguió, por fin, romper la piñata. Estaba tan cerca ya, que solo tuvo que alargar los brazos y cogerla por la cintura, apartándola de los cascotes de barro que volaban en todas direcciones.

Después todo sucedió muy despacio.

Su figura esbelta y vibrante pegada a él, el perfume a rosas que desprendía su cabello, su respiración jadeante... No pudo evitarlo y la apretó contra su cuerpo más tiempo del necesario, disfrutando del contacto. La sintió temblar bajo la palma de sus manos y él mismo tampoco pudo huir del estremecimiento que recorrió su columna vertebral.

Entonces, cuando ella se desanudó el pañuelo, aprovechó el instante para inclinarse y pegar los labios a su oído.

—Felicidades, Rose —susurró, llamándola por su nombre por primera vez. Sabía que estaba perdiendo la cordura, pero decidió echarle la culpa a los dos tragos de *whisky* que había bebido, aun a sabiendas de que estaba más que sobrio.

Ella se giró en sus brazos y trabó sus ojos en los de él, completamente desconcertada.

—Bronco... —murmuró, y su voz reflejó un deseo parecido al que él sentía.

Se perdió en su mirada azul mientras una voz interna le decía que se separase de ella, que estaba loco. La ignoró.

No hacía mucho frío y llevaba la chaqueta de cuero desabrochada. Solo la tela de su camisa de franela le cubría el torso, donde ella había apoyado las palmas de sus manos, por lo que pudo sentir la calidez de su tacto a la perfección. Bajó la vista. No llevaba guantes y sus dedos largos, delgados y pálidos destacaban contra el tejido oscuro. En un impulso, cubrió la mano derecha de ella con la suya, aplastándola más contra su pecho, en el que su corazón latía apresurado. Ella debió de darse cuenta también, ya que su expresión de sorpresa se hizo más patente y su respiración más trabajosa.

Fue él el primero en recobrar el juicio y apartarse, consciente de la gente que los rodeaba. A pesar de que el abrazo parecía haber durado horas, en realidad apenas habrían transcurrido unos segundos desde que la alejó de la piñata. Dio un paso atrás y, a regañadientes, la soltó.

—¡Hola, Bronco! ¡Mira, Rose! —El joven Will irrumpió en la escena. Había utilizado los extremos de su camisa para formar un hatillo en el que llevaba barras de caramelo y frutas secas recubiertas de azúcar—. No has cogido nada, pero te he traído esto.

El niño los miraba a ambos con los ojos refulgiendo de alegría y Gabriel le regaló una breve sonrisa, pero su atención seguía centrada en ella que, reticentemente, apartó la vista para dirigirla a su hermano.

—Muchas gracias. Eres el mejor hermano del mundo —dijo—. Me encantan estas. —Señaló unos trozos de fruta confitada con el dedo.

—Tómalos —dijo, cediéndoselos. Luego se dirigió a él y le ofreció algunos también, pero los rechazó—. Voy a buscar más.

De nuevo se quedaron solos. A pesar de que estaban rodeados por mucha gente, la sensación de intimidad entre ellos era más que real. Él echó un vistazo a su alrededor. Extrañamente, nadie miraba en su dirección, todos parecían muy ocupados charlando, riendo, comiendo dulces o escuchando música.

—Pensé que no iba a venir —dijo ella con suavidad. Le contemplaba con esos ojos suyos tan hermosos.

—Yo también lo pensé —repuso él. Cerró la mano en un puño reprimiendo el deseo de alargarla y coger el mechón que se había desprendido de su moño.

—Muchas gracias por venir. —Sonaba serena, pero su actitud era forzada. Su respiración irregular la delataba.

—No me las dé.

No pudo añadir nada más. Frank acababa de aproximarse y se situaba a su lado.

—¡Bronco! No te esperábamos. —A pesar de que se dirigía a él, no tenía ojos más que para la mujer que tenía enfrente.

—Solo he venido a felicitar a la señora Randolph —respondió con sequedad—. Ya lo he hecho, así que me despido.

—¡No puede irse todavía! —exclamó Rose, y alzó la mano como si fuera a detenerle con ella. Se arrepintió en el acto de su gesto y la bajó con premura—. Acaba usted de llegar. Al menos tome una copa de vino.

—Sí, quédate —intervino Frank—. Tienes que oírme cantar. —No esperó a que él respondiera y se dirigió a ella, ansioso—. Señora Randolph, voy a dedicarle una canción como regalo de cumpleaños.

—Oh, muchas gracias, señor O'Malley —contestó, sonriente.

Gabriel observó el intercambio con los ojos entornados. La sonrisa de ella era demasiado amplia, decidió. Y la respuesta de Frank, un enrojecimiento de

mejillas muy evidente, le pareció ridículamente exagerada.

Miranda, una muchacha de ojos negros enormes que trabajaba en la casa principal, se plantó delante de él. Le lanzó una risita algo traviesa.

—¿Bailamos? —le preguntó.

Gabriel la rechazó. En lo último en lo que pensaba era en bailar y menos con una jovencita de esa edad —no tendría más de quince o dieciséis años—, que llevaba tiempo echándole el ojo con descaro. No era ciego.

—Oh... —protestó con un mohín decepcionado—. Pues ven y te sirvo un poco de vino —añadió, tomándole del brazo.

Sin pensárselo demasiado, se dejó arrastrar por ella. Antes de alejarse le lanzó una mirada soslayada a Rose que había erguido los hombros y alzado la barbilla, manteniéndose impertérrita.

De nuevo una pose.

Alcanzaron la mesa donde se acumulaban los platos, los vasos y las jarras. Mami estaba allí sentada y los saludó con un gesto. Miranda le sirvió un vaso de vino y luego enhebró su brazo con el de él, tratando de envolverle en una conversación mientras pestañeaba con coquetería. Gabriel se desasió y le dio las gracias por la bebida. Sintió sus oscuros ojos cargados de reproche en su espalda mientras se alejaba.

Anduvo sin rumbo fijo y terminó situándose debajo de uno de los naranjos que había en uno de los laterales, algo apartado de los demás, desde donde observó a Rose y al capataz. Este se despedía de ella con una inclinación de cabeza. Se alejó camino de los músicos, que interrumpieron la melodía al verle aproximarse. Dos de las parejas que bailaban protestaron. Frank cuchicheó algo con Theo, que asintió con energía.

Rose no se había movido del lugar donde la había dejado, justo al lado de la fuente. Seguía luciendo esa incómoda postura tensa y estirada. Trataba de mirar al frente, pero sus ojos se encontraron con los de él en varias ocasiones. Suspiró internamente al notar el calor trepando por su cuerpo. No era ni el momento ni el lugar para perder la cordura con ella. Había hecho bien en alejarse.

La voz de Frank, mucho más potente de lo que su pequeña envergadura dejaba prever, se elevó en el aire entonando la primera estrofa del famoso himno *Amazing Grace* que Gabriel tantas veces había escuchado en los

servicios religiosos durante la guerra. Se hizo el silencio. Todo el mundo había oído aquella triste y conmovedora melodía alguna vez en su vida. Incluso se decía que hasta los indios cherokees la habían cantado en su idioma hacía décadas, durante el conocido como Sendero de Lágrimas¹¹, cuando fueron desterrados por el Gobierno de las tierras que ocupaban y trasladados a las reservas del territorio de Oklahoma.

Otras voces se unieron a la de Frank.

Desde la tragedia que sufrió su familia, pocas cosas conseguían conmoverle. Esa canción tampoco lo hizo. Tenía el alma y el corazón endurecidos. Y, sin embargo, Rose Randolph sí que conseguía despertar sentimientos cálidos en él. Lo habían hecho sus lágrimas el día de la tormenta y, solo hacía unos minutos, también su risa le emocionó. La miró a través de sus pestañas mientras se llevaba el vaso de vino a los labios y tomaba un trago. ¿Eran imaginaciones suyas o esa noche ella estaba especialmente atractiva?

La canción de Frank todavía no había acabado cuando ella se dio la vuelta con precipitación y se marchó. Se dirigió hacia la casa con pasos rápidos. Nadie pareció darse cuenta de su partida. Todos los ojos estaban centrados en el capataz y en los músicos. Todos menos los de él.

No vaciló ni un segundo. Dejó el vaso en el borde de la mesa más cercana y la siguió.

Accedió al interior de la vivienda por la puerta que ella acababa de atravesar, la que daba a la cocina. Estaba desierta. Se internó en el oscuro corredor agudizando la vista. Se sentía algo ansioso. No tenía ni idea de qué estaba haciendo, solo sabía que tenía que verla a solas.

La encontró en el vestíbulo. Había apoyado la espalda contra la pared y se abanicaba el rostro con las manos. Al verle aparecer, una imprecación asustada emergió de su boca.

—¡S... señor Salas! —exclamó, reconociéndole de inmediato.

La única fuente de iluminación provenía de una lámpara junto a la puerta principal, pero estaba demasiado lejos para alumbrar la estancia por completo, dejando la zona donde se encontraban ambos en penumbra. Gabriel se acercó, deteniéndose cuando el bajo de su falda le rozó las botas, tirando toda la prudencia por la borda con ese movimiento. Era una distancia bastante

inapropiada, pero no le importó demasiado. Ya había llegado muy lejos aquella noche de todas formas.

—Ha sido un gran regalo el que le ha hecho Frank —dijo al cabo de unos instantes de silencio. Su tono era provocador.

—Oh, sí. Es un cantante muy talentoso —respondió ella. Rehuía su mirada clavando los ojos en su pecho.

—Yo no he traído ningún regalo para usted —susurró, acercándose un poco más; tanto que pudo notar los aros de su crinolina contra sus piernas.

Ella soltó un suave jadeo algo tortuoso antes de elevar la barbilla y mirarle directamente a los ojos. Incluso en sombras, sus azules iris resplandecían.

—No hace falta... —musitó sin aire. Su respiración entrecortada le acarició el mentón haciendo que una cálida y agradable sensación se le instalara en el vientre.

—Aunque... —comenzó, fingiendo un titubeo—, quizá sí tengo algo que puedo ofrecerle como regalo...

—No es neces... Oh... —se interrumpió cuando él posó las palmas de las manos en la pared, enjaulándola con sus brazos.

—Quizá no sea necesario, pero es lo que deseo. —Se aproximó un poco más e inspiró. El aroma de su piel le entró por las fosas nasales, enardecidiéndole.

Ella gimió. Fue ese gemido lo que le hizo tomar la decisión.

—¿Qué haría si le dijera que quiero... besarla?

Después de plantearle la pregunta, le rozó la frente con la boca antes de apartarse unas pulgadas y mirarla con fijeza. Ella le observaba sin pestañear con los ojos enormemente abiertos. Tenía las aletas de la nariz dilatadas y la boca entreabierta. Su pecho subía y bajaba de manera ostensible.

Él eligió ese momento para cogerle las muñecas con rapidez y aprisionarlas contra la pared a la altura de su cabeza. Luego dejó caer su peso sobre su cuerpo, sintiendo la suave curva de sus senos contra su musculoso torso. Ella se dejó hacer, sin protestar, como si no tuviera voluntad alguna.

—Se lo repito. ¿Qué haría si le dijera que quiero... besarla? —volvió a insistir, acercando sus labios peligrosamente a los de ella, pero sin rozarla. Notaba la sangre hirviéndole en las venas y no sabía si iba a poder dar marcha atrás si le decía que parase.

—Le diría que... lo haga... —repuso ella en un susurro, cerrando los ojos y rindiéndose a él.

Sus alientos se mezclaron cuando él dejó escapar el aire que había estado conteniendo en los pulmones.

—Si es lo que quiere usted...

Entonces se inclinó y, con extrema lentitud, hizo lo que llevaba tiempo queriendo hacer. Posó sus labios sobre los de ella, recreándose en su blandura y suavidad.

«Dulce, tierno, delicioso...», pensó fascinado.

Luego dejó de pensar y se apoderó de su boca de manera algo ruda, aplastándola contra la pared, degustando ese beso que llevaba esperando más tiempo del que quería reconocer. Los labios de Rose se abrieron invitadores acogiendo los suyos y aceptando que su lengua los perfilara y se colase en su interior.

La excitación se adueñó de Gabriel y una erección no tardó en manifestarse bajo la tela de su pantalón. Se pegó más a ella buscando algo de alivio, pero solo encontró ardor. Si bien al principio ella le correspondió con torpeza y timidez, ahora su boca competía con la de él, igualmente hambrienta y deseosa de complacer. Sus lenguas chocaron un par de veces y se enredaron una con la otra mientras los gemidos de uno iban a morir a la boca del otro.

Fue un beso ardiente, apasionado y sí, también lleno de sentimiento.

Fue un beso insensato.

Un beso equivocado.

Gabriel se apartó de golpe respirando con dificultad. Soltó sus manos que todavía mantenía sujetas contra la pared y dio un paso atrás. La miró con los ojos velados por el deseo más genuino y descarnado. Sus rosados labios estaban húmedos e hinchados, tal había sido el ímpetu del beso. Cerró los puños con fuerza y reprimió las ganas de volver a abalanzarse sobre ella.

Rose abrió los ojos, en los que se reflejaba el mismo anhelo que en los de él, y le miró sin parpadear. Se masajó las muñecas. Después, se rozó los labios con la punta de los dedos. Seguía sin quitarle la vista de encima.

El arrepentimiento le golpeó con crudeza al ver la expresión que mostraban sus facciones, una mezcla de asombro y ferviente admiración. Demasiados

sentimientos a flor de piel y todos a la vista. Aparentemente, ese beso había significado mucho para ella.

—Yo... —comenzó nerviosa.

Él no la dejó continuar. Alzó la palma de la mano y la detuvo.

—Lo siento —masculló con aspereza.

Ella le miró sin comprender. Sus ojos enormes y agitados como un mar embravecido se clavaron en los suyos.

Gabriel Salas no solía amilanarse ante nada y mucho menos huir. Era un hombre de los pies a la cabeza que jamás eludía una confrontación. Era cualquier cosa menos un cobarde.

Ahora, ese Gabriel Salas valiente y osado, que nunca esquivaba un problema y que era capaz de enfrentarse a todo, se dio media vuelta y se marchó, dejando a una perpleja Rose Randolph a su espalda.

Sí, huyó.

Cobardemente.

Capítulo 27

Las piernas amenazaron con cederle y se apoyó contra la pared. El corazón le latía a una velocidad espantosa y de forma muy ruidosa. Su mirada se perdió en el hueco que él había dejado al abandonar la estancia.

«Me ha besado. Bronco Salas me ha besado».

No podía creerlo.

Volvió a palparse los labios. Estaban hinchados y sensibles. Todo su cuerpo se sentía sensible.

No podía regresar a la fiesta, no en ese estado. Se hallaba demasiado excitada y confusa para poder enfrentarse a otras personas. Se tocó la cara, que notaba encendida, y se apartó de la pared. Dio unos pasos erráticos antes de detenerse. Un quejido se escapó de su boca al darse cuenta de que zozobraba. Nunca se había emborrachado, pero se imaginó que así debían de sentirse las personas ebrias.

Ella también estaba ebria... de emoción.

Le costó llegar hasta su dormitorio. Las escaleras se le hicieron más empinadas que de costumbre. Cuando accedió al interior, cerró la puerta y, sin encender luz alguna, se aproximó a la cama. Se dejó caer sobre ella de espaldas, en un revuelo de faldas y enaguas. Poco le importó arrugar el traje o la postura poco decente que presentaba con las medias al aire.

—Bronco Salas me ha besado —dijo. Al escucharse a sí misma diciendo aquello, la felicidad le transformó la cara—. ¡Me ha besado! —repitió incrédula.

Aquello con lo que ella había soñado durante semanas por fin había llegado y había sido mucho más de lo que ansiaba. No fue un simple beso. Los besos simples no conseguían acelerar el corazón de tal manera que parecía poder salirse por la boca. Jamás un hombre la había besado de aquella manera tan posesiva y viril. Ni siquiera Timothy en once años de matrimonio. Con su marido solo intercambió besos cortos y carentes de fuego, apenas un roce de

labios, seco y desganado. Ni en su noche de bodas hubo esa pasión desenfadada.

Rose se estremeció al ser consciente de que aquel había sido su primer beso de verdad. No había sido un beso común y ordinario. Al menos para ella no.

¿Y para él?, se cuestionó de pronto, irguiéndose en la cama. Había huido a toda velocidad e incluso se había disculpado. ¿Se arrepentía de lo sucedido? Se mordisqueó el labio inferior, nerviosa. ¿Y si para él no había significado lo mismo que para ella? Su forma de concluirlo y de mirarla antes de salir huyendo se lo había mostrado claramente.

No. No podía ser cierto. Algo tenía que haber sentido él también. Seguro.

¿O no?

Un mar de dudas la asaltó.

A pesar de haber estado once años casada, no tenía ninguna experiencia con hombres. Era como una niña inocente en lo que a sentimientos amorosos se refería. Ciertamente era que había yacido con su marido, al menos los dos primeros años de matrimonio, pero aquellas noches en las que Timothy la buscó fueron un mero medio para un fin. No hubo palabras de amor ni confesiones a media voz. Todo el proceso fue siempre algo rutinario y desagradable. Cuando se acababa, él se marchaba a dormir a otra habitación. Aunque al principio se sintió desilusionada, no tardó en comprender cuál era su lugar y lo aceptó con resignación. A fin de cuentas, su unión había sido una de conveniencia.

Agitó la cabeza con violencia, tratando de borrar aquellos ingratos recuerdos. No quería pensar en Timothy ahora. Solo deseaba pensar en Bronco...

Volvió a tumbarse.

¿Qué haría si le dijera que quiero... besarla?

Le diría que lo haga.

Emitió un pequeño grito feliz. ¿Cómo había sido capaz de responder así? ¿Desde cuándo era tan osada?

—Bronco —murmuró con voz soñadora, pero se corrigió con rapidez—. Gabriel. Gabriel... —repitió. Allí, en la soledad de su habitación y a oscuras, podía llamarle por su nombre. ¡Y qué bien sonaba su nombre!

Suspiró. Estaba agotada. No estaba acostumbrada a beber alcohol y los dos vasos de vino que había tomado durante la celebración se le habían subido a la cabeza. Si cerraba los ojos, era probable que se quedase dormida.

Antes de que eso sucediera, se forzó a levantarse y se quitó la redecilla y todas las horquillas que mantenían el peinado en su lugar. Luego se desembarazó de la ropa, dejando caer al suelo el vestido, las enaguas y la crinolina. Tuvo más dificultades para desabrocharse el corsé. En camisa y pololos —no se molestó en buscar su camisón—, se acostó en el mullido colchón, arropándose con las sábanas y la colcha.

Se rozó los labios con la punta de los dedos. El beso se iba a quedar en su piel para siempre. Ni el tiempo ni la distancia podrían borrarlo de ella. Iba a ser un recuerdo que atesoraría toda la vida.

Su último pensamiento coherente antes de quedarse dormida fue para Bronco, por supuesto. Se preguntó cómo reaccionaría al día siguiente, cuando volviese a verla...

* * *

Ni siquiera se había despedido.

Rose pegó la frente al cristal y trató de contener las lágrimas mientras veía cómo el grupo de hombres se alejaba del rancho en la oscuridad.

Apenas había dormido y se había levantado hacía horas, sabiendo que la cuadrilla partiría mucho antes del amanecer. Ansiosa, se apostó junto a la ventana, no queriendo perderse su partida. Tontamente, había esperado que él detuviera su montura y le hiciese un gesto o que, al menos, mirase en dirección a su cuarto.

Nada semejante sucedió.

Su alta figura cabalgando sobre Manchado se recortaba a la luz de las dos lámparas que colgaban a los lados del *chuckwagon*¹², que avanzaba renqueante seguido por la remuda¹³. El grupo de hombres de *Las Claritas* partía a reunirse con el resto de los vaqueros con los que iban a conducir el ganado hasta Abilene. Trasladarían un total de cinco mil reses de tres ranchos diferentes.

Bronco iba a estar unos meses fuera y no se había despedido de ella.

¿Qué esperaba? ¿Acaso él no la había ignorado desde la noche de su cumpleaños? Diez días habían transcurrido desde entonces y por más que ella había intentado hablar con él, siempre parecía estar fuera de su alcance. Era la época del rodeo primaveral y los vaqueros solían pasar todo el día batiendo los prados para reunificar la manada, separando los terneros que tenían que ser marcados, los novillos que iban a ser castrados y los bueyes maduros que iban a llevar hacia el Norte. Al anochecer, llegaban agotados después de muchas horas de trabajo y se retiraban a dormir temprano, sabiendo que al día siguiente los esperaba una jornada igual de agotadora. A Rose le resultó imposible acercarse a él. La noche anterior, sabiendo que él se marchaba al día siguiente y, después de enterarse por Remedios de que él no estaba en el barracón con los otros vaqueros, había acudido a los establos, buscándole, pero ni él ni su caballo se encontraban allí. Desesperada, había vuelto a la casa.

Bronco la evitaba.

Apoyó las manos sobre el marco de la ventana y siguió las siluetas que se alejaban con la mirada perdida. Cuando las luces eran solo unos pequeños puntos en el horizonte, se alejó y se sentó en el borde de la cama. A pesar de que la temperatura era templada en el cuarto y todavía quedaban brasas en la chimenea, se abrazó a sí misma al sentir un escalofrío.

La melancolía la invadió.

Todas las ilusiones que se había hecho con respecto a él explotaban a su alrededor como si de pompas de jabón se trataran.

«¡Tonta! ¡Tonta! ¡Tonta! ¿En qué diablos estabas pensando, Rose? ¿Qué podía haber entre vosotros?».

La hija de William Patterson y uno de sus trabajadores... un mexicano. Una locura.

Quizá por eso la ignoraba, se dijo. Enredarse con la hija del patrón solo les traería problemas a ambos. Indudablemente, él tenía la cabeza más fría que ella y había tomado la decisión más correcta, que era mantenerse a distancia.

O quizá, después de besarla, había comprendido que no sentía nada por ella. Aunque esa posibilidad la llenaba de incertidumbre, estaba ahí y no podía ignorarla. Cerró los ojos al notar cómo la tristeza trepaba por su cuerpo.

Volvió a acercarse a la ventana. Todavía faltaban un par de horas para que amaneciese y la oscuridad seguía cubriéndolo todo.

Sin desearlo y debido al azar, Bronco Salas se había convertido en una presencia constante en su vida. Saber que él estaba cerca en alguna parte de *Las Claritas* hacía que se sintiera segura y protegida como nunca antes.

El rancho iba a sentirse vacío y diferente sin él.

Le iba a echar mucho de menos.

* * *

—¿Me acompañas al pueblo? Tengo que ir a la oficina de telégrafos a llevar esta carta para el señor Laurie —le preguntó Rose a Angie cuando esta irrumpió en su habitación.

Su hermana puso un mohín desganado al tiempo que se dejaba caer pesadamente sobre la cama, sin preocuparse demasiado si su vestido de muselina se arrugaba o si sus enaguas quedaban al descubierto. Llevaba unos días así, triste y alicaída. La fecha en la que Will iba a marcharse a West Point se les había echado encima a pasos agigantados. Partiría al día siguiente.

—También voy a visitar a María —añadió. Sus ojos se encontraron en el espejo frente al que se recogía el pelo—. A lo mejor la señora Cortés sabe algo sobre Rico y cuándo va a volver... —Lo dejó caer con suavidad. Quizá el tener noticias sobre el pequeño de los Salas la animara un tanto.

Durante un breve instante, la mirada de Angie se avivó, pero el brillo desapareció con rapidez.

—Quizá —murmuró distraída—. Mejor me quedo con Will. Creo que necesitará ayuda con su equipaje.

La mayor parte de las cosas de Will ya habían sido enviadas a la academia militar con antelación. Solo viajaría con un baúl y un bolso de viaje que llevaban preparados desde hacía dos días. Rose suspiró silenciosamente. Entendía que Angie quisiera pasar el mayor tiempo posible con su hermano. Era la primera vez que se separaban desde que el joven nació y la situación se les hacía insoportable a ambos. Ella, como hermana mayor, solo podía tratar de aliviar su desconsuelo.

—Está bien. Hagamos una cosa, entonces —dijo, imprimiendo entusiasmo a su voz. Se dio la vuelta—. No voy al pueblo. Iré en otra ocasión. Vamos a

pasar todo el día con Will, haciendo lo que a él le apetezca más. ¿Te parece bien?

Angie se incorporó a gran velocidad. Una sonrisa enorme se pintó en su cara.

—Pero ya te habías arreglado... y seguro que quieres ver a María... y enviar la carta al señor Laurie.

—No te preocupes por eso —le dijo, haciendo un gesto con la mano—. En un momento me cambio de ropa y me pongo algo más cómodo. La carta del señor Laurie la enviaré la próxima vez. Y con María..., pues tampoco pasa nada. La veré el domingo que viene.

Se había convertido en una rutina el ir a ver a la niña todas las semanas. En ese mes y medio que hacía que Bronco se había marchado a Abilene no había faltado ni un solo domingo. María cada vez se introducía más dentro de su corazón. Adoraba a la pequeña con toda su alma.

Lo peor de todo era que cuanto más tiempo pasaba con ella y su afecto crecía, más extrañaba a su padre. Encontraba en la niña rasgos de él constantemente. Su sonrisa, cómo fruncía el ceño en ocasiones, su modo de inclinar la cabeza hacia un lado cuando estaba enfadada...

Se llevó una mano al pecho y se lo masajeó con suavidad, tratando de mitigar el dolor que se le había concentrado allí.

Angie, ajena a que el humor de su hermana se tornaba melancólico, salió del cuarto como una exhalación para ir en busca de Will, cuyas exclamaciones de alegría no tardaron en llenar la primera planta de la casa.

Fue un día inolvidable para los hermanos. El patriarca de la familia no abandonó el despacho en toda la mañana y tampoco lo hizo por la tarde, dejando a sus tres hijos a su libre albedrío. Jugaron al ajedrez y leyeron novelas. Después, dieron buena cuenta del estofado de carne de res con patatas que Mami había preparado, la comida favorita del pequeño. Por la tarde, incluso representaron una breve obra de teatro que Will había escrito. Había decidido ser dramaturgo, les confesó con una gran sonrisa.

A medida que el reloj marcaba las horas, estas iban transcurriendo cada vez más deprisa y el ambiente se teñía de tristeza. Los tres sabían que esa iba a ser la última noche que pasasen juntos en mucho mucho tiempo.

La mañana siguiente llegó demasiado pronto.

Patterson dijo adiós a Will haciéndole varias recomendaciones y aconsejándole que se portara como un hombre y no como un niño en West Point. Le entregó dos escritos que debía de presentar a sus superiores cuando llegara allí. Rose tuvo ganas de gritar al escuchar el tono impersonal y frío de su progenitor. Estaba enviando a su hijo de doce años a dos mil millas de distancia, solo y asustado. ¿Tenía que ser tan duro con él?

Will se despidió de ella y de Angie tratando de controlar a duras penas las lágrimas. Iba a viajar sin más compañía que la de Daniel, un vaquero de confianza. Irían en diligencia hasta Kansas City, donde tomarían el tren que los llevaría a Chicago y allí cogerían otro a Nueva York.

Rose se esforzó por no llorar mientras le abrazaba. Angie no fue tan comedida y estalló en llanto con la cabeza sepultada en el hombro de su hermano cuyas mejillas se habían puesto del color de la nieve. Sus ojos oscuros relucían de manera muy acusada y le temblaba la barbilla.

—Escribe todos los días —le dijo Angie entre suspiros. Él ya se había encaramado al pescante de la carreta y había tomado asiento al lado de Pedro.

—Lo haré —prometió. Su voz sonaba tan suave y temblorosa que Rose hubo de poner todo de su parte para mantener la calma.

Con el corazón en un puño, siguió al vehículo con la mirada mientras este se ponía en movimiento. Su hermano agitó el brazo en el aire con vigor, y estuvo haciéndolo hasta que el carro se convirtió en un pequeño punto en el horizonte. Angie no pudo controlarse más y se abrazó a ella mientras su cuerpo era sacudido por fuertes sollozos.

—No es justo —susurró entre hipidos—. No es justo...

Rose le acarició el cabello. Ciertamente no lo era. Will no deseaba ir a una academia militar. Ella había intentado convencer a su padre de que, probablemente, ese camino no fuese el más adecuado para un joven tan sensible como él, pero Patterson se mostró inflexible. Su hijo iría a West Point.

El resto del día pasó como en un sueño para ambas. Angie se encerró en su habitación y no quiso bajar a comer. Rose hubiera querido hacer lo mismo, pero sus modales se lo impidieron. Después de compartir un silencioso y poco agradable almuerzo con su taciturno padre, se retiró a la salita del primer piso y pasó la tarde bordando. Era una tarea que le calmaba los nervios, pero

también era algo que estaba acostumbrada a hacer, por lo que no tenía que prestar demasiada atención a las puntadas y su mente podía viajar en cualquier dirección que deseara.

Arrugó la nariz con disgusto cuando la imagen de su tormento acudió a ella.

Henry había vuelto a la carga. Después de unas cuantas semanas de tregua, regresó a *Las Claritas* con renovado ímpetu. Hacía solo dos días de su última y poco bienvenida visita. Si bien no hizo ningún comentario respecto al matrimonio, su acercamiento untuoso era prueba suficiente de que la nueva fecha se acercaba. Estaban a finales de mayo y su padre tenía previsto ir a Dallas a finales de julio a buscar a su prometida, cuya lesión mejoraba día a día.

Se le agotaba el tiempo y Rose lo sabía.

Se le acababan las excusas.

La primera semana de agosto se convertiría en la mujer de Henry Younger.

Apartó la vista del bastidor y miró por la ventana hacia el cercado. Estaba vacío. El día anterior había visto a un vaquero domando a unos potros, un tal Jonas. Su forma de dominar a los caballos no le había agradado. Lo había hecho con violencia, empleando el látigo y las espuelas. Ella había cerrado los ojos, irritada. Nadie estaba a la altura de Bronco en aquellos menesteres. Nadie. Su dulzura y su cariño al tratar a los animales no tenían parangón.

Él era especial.

Apretó los labios con firmeza y volvió a centrarse en la tela del pañuelo que le estaba bordando a su hermana. Dio una puntada y luego otra.

En silencio, se preguntó cuánto tiempo tardaría él en regresar.

Capítulo 28

Seis semanas de viaje sin ninguna incidencia era algo demasiado bueno para ser verdad, pensó Gabriel mientras observaba con atención al grupo de indios que se acercaba a ellos. Llevaban siguiéndolos un par de horas y habían esperado a que acamparan a almorzar para aproximarse. Eran unos quince y, aunque no tenían un aspecto demasiado belicoso, eran indios a fin de cuentas y la manada estaba atravesando su territorio.

Artie Jones, el jefe de la expedición, un vaquero avezado que había sido contratado debido a su vasta experiencia en la conducción del ganado, ya los había estado esperando. Se incorporó y dio unos pasos en su dirección.

Los nativos iban vestidos de manera pintoresca, mezclando la típica ropa de cuero curtido de sus tribus con otras prendas de vivos colores proporcionadas por los blancos. El líder del grupo, un indio algo más mayor que los otros, se separó de sus compañeros y se adelantó yendo al encuentro de Artie. Llevaba una camisa con cuentas de colores bordadas en el cuello y un sombrero texano de color claro bajo el cual asomaban dos largas trenzas. Montaba un pony bayo de crines blancas y llevaba una vieja carabina Spencer oxidada en la mano izquierda.

Gabriel, al advertir que Levi, que estaba sentado a su lado, se palpaba al cinturón donde estaba su Colt, le hizo un gesto de negación con la cabeza. El muchacho le obedeció y se quedó quieto.

—No parece que vengan a atacarnos —le susurró—. Lo más probable es que quieran cobrarnos peaje porque estamos cruzando sus tierras.

Levi le miró, sorprendido. No era frecuente para un texano ver ese tipo de indios; estaban acostumbrados a los salvajes que solo querían cortar cabelleras.

—Hace dos años, cuando hice esta ruta, ya tuvimos un encontronazo con ellos. No era este grupo, pero similar —le explicó al muchacho—. Artie

negoció con ellos y pudimos seguir nuestro camino sin problemas. No te preocupes.

A pesar de que dijo esto con voz tranquilizadora, se mantuvo alerta y con su propia mano muy cerca del revolver. El grupo pertenecía a la tribu cherokee, una de las cinco naciones civilizadas a las que el Gobierno había cedido esos terrenos. Por lo general, dejaban pasar a las manadas, pero también había habido algunos incidentes violentos en los que varios vaqueros murieron y las reses fueron robadas. Todo dependía de la pericia del negociador.

La conversación entre el líder de la tribu, que no se había bajado del caballo, y Artie transcurría de manera pacífica, aparentemente. Ambos gesticulaban y señalaban de vez en cuando a las reses que pastaban cerca.

Gabriel sabía que las exigencias normales de los indios en ese tipo de encuentros iban de los diez centavos a un dólar por cabeza de ganado. Lo hacían en aplicación de las normas de aduana internacionales, decían. En su caso y arreando cinco mil animales era mucho dinero. En el viaje anterior en el que él formó parte, en una negociación parecida de la que fue testigo, Artie consiguió llegar a un acuerdo bastante favorable y solo tuvieron que pagar unos pocos centavos por res.

El grupo de indios que se había quedado un poco más rezagado comenzaba a impacientarse. Sus caballos se movían nerviosos golpeando el suelo con los cascos. Todos ellos eran bastante jóvenes, por lo que la mayoría habría nacido en la reserva y era probable que no conociera otro estilo de vida más que ese.

La conversación parecía acercarse a su fin. Artie hizo un gesto con el brazo, llamándole. Gabriel se acercó sin perder de vista al indio que le observaba desde la grupa de su montura con fijeza.

—Quieren dos bueyes —dijo el capataz. Levantó la mano derecha en alto con dos dedos extendidos—. *Wahaw*¹⁴ —dijo.

El líder cherokee asintió.

—Ya sabes cuáles. —Artie se dirigió a Gabriel en voz baja.

Lo sabía. Le hizo una señal a Ortega, uno de los *swings*¹⁵ que, como él, estaba haciendo el segundo turno de comida, y después montó al equino que había elegido para cabalgar esa tarde, un castaño de nombre Piece de fuertes patas. En aquella travesía cada vaquero disponía de cuatro caballos para ir

intercambiándolos a lo largo del día. A Manchado lo reservaba para las noches.

Ortega y él se alejaron de los bueyes guía, los mejores de la manada que siempre iban delante, y se aproximaron a otro grupo algo más distanciado que estaba pastando cerca del arroyo.

—El moteado cojea. Me di cuenta ayer —dijo Ortega, apuntando a uno de los cornilargos con el dedo—. Y hay algunos que han perdido mucho peso. Mira ese, el negro.

Gabriel asintió. Esos ejemplares servirían.

Entre los dos y haciendo algunos recortes con sus monturas, lograron separar del grupo al moteado, que protestó mugiendo. Su cojera no era tan acusada como para no poder andar, pero lo suficiente para quedarse atrás y no poder seguir el ritmo de la manada. Se mostró bastante dócil y no tuvieron que utilizar los lazos siquiera. Después de llevarlo donde aguardaban los indios y dejar que se hicieran cargo ellos, regresaron a buscar al negro. Este parecía de peor humor y se resistió a seguirlos, embistiendo a Ortega, que le esquivó con pericia. Andar entre el rebaño era una tarea peligrosa. En cualquier momento, uno de los nerviosos bueyes podía girarse y atacarlos con esos largos y finos cuernos. Una herida de asta podía provocar estragos. El día anterior, el cocinero había tenido que remendar el brazo de un vaquero con más de treinta puntadas porque este no había estado atento y se dejó cornear.

Gabriel sacó su reata de cáñamo, la agitó por encima de su cabeza unas cuantas veces hasta que, finalmente, laceó al animal con destreza. Ortega hizo lo mismo por el otro costado y, en breve, lo tenían atrapado entre los dos. A pesar de que se retorció, no pudo escapar. Cuando tiraba hacia el lado derecho, Ortega tensaba su lazo que había enrollado al pomo de su silla. Cuando tiraba hacia el izquierdo, era Gabriel el que tensaba el suyo. Tres de los indios se acercaron con cuerdas para hacerse con el rebelde buey. Hubo un intercambio algo violento en el que uno de los cherokees estuvo a punto de ser coceado, pero todo acabó sin incidentes.

Mientras los satisfechos indios se alejaban con su botín, Artie se acercó a Gabriel que estaba enroscando su lazo.

—Ya veremos si el lisiado no se les queda a medio camino de su asentamiento —dijo con un encogimiento de hombros—. No creo que pueda

andar mucho más.

—Se han conformado con poco.

—Estoy perdiendo facultades. —El capataz se quitó el sombrero y se rascó la nuca. Solo tenía pelo en los laterales, ralo y de un color grisáceo—. El año pasado me hubiesen aceptado solo uno. Voy a tener que empezar a pensar en retirarme. —Escupió al suelo.

—¿Y qué vas a hacer si no haces esto?

—Casarme con una jovencita y tener hijos. Ya es hora de que siente la cabeza —bromeó soltando una carcajada.

Gabriel le lanzó una sonrisa ladeada. Artie Jones debía de andar en torno a los cincuenta años y todo el mundo sabía que era un solterón empedernido que vivía para su trabajo. Durante muchos años fue capataz en un rancho cercano a Eagle Pass hasta que decidió dedicarse al traslado del ganado. Eso le reportaba muchas más ganancias. Era ya la sexta temporada que lo hacía.

Después de reponer las reservas de agua en el arroyo, no tardaron en continuar la marcha. El resto de la tarde transcurrió sin incidencias. Artie, al igual que hacía a diario, se adelantó para reconocer el terreno y escoger el lugar ideal donde acampar por la noche. Gabriel, que iba de segundo en esa expedición, se quedó al frente de la manada. Aquella mañana les había cundido y habían recorrido unas nueve millas. Las tardes se hacían más pesadas y se avanzaba menos, cuatro o cinco millas a lo sumo antes de detenerse a pasar la noche.

Las seis semanas que llevaban de viaje comenzaban a notarse en la moral de los hombres. El cansancio se les iba acumulando en los huesos y cada vez resultaba más difícil sacarles una sonrisa o que bromeasen como los primeros días. En general, la convivencia era sencilla, a pesar de que muchos no se habían visto nunca antes. Eran unos treinta vaqueros. Diez de *Las Claritas*, otros tantos del *Silver Younger*, cuatro del *Sutton Peak* y el resto, como Artie Jones, contratados para esa conducción. La mayoría ya había participado alguna vez en una de esas travesías. Gabriel lo hizo hacía dos años cuando comenzó a trabajar para Patterson. No quiso perder la oportunidad de ganar un dinero extra. En aquella ocasión fue como *flanker*¹⁶, una experiencia en extremo dura. La manada desprendía tanto calor que cabalgar en el flanco hacia el que soplaba el viento era como estar al lado de un horno abierto.

Todavía recordaba las ampollas que le salieron en las manos y en la cara. Aunque mucho peor era la posición de los *drags*¹⁷, que iban al final, esos se comían todo el polvo que levantaban las reses y tenían las tareas más arduas y agotadoras arreando a las vacas rezagadas.

Gabriel giró el cuerpo en su silla de montar y echó una ojeada a su espalda. La manada avanzaba tranquila en una especie de ordenada formación de, aproximadamente, cuatro reses por fila. Satisfecho, volvió a mirar al frente. Estaban pasando por una zona de suelo pelado que había sido hollado por millares de pezuñas con anterioridad, hundiendo algo el terreno que estaba flanqueado por bancos de arena acumulada por el viento. Un poco más adelante, en un lateral del camino, los huesos descoloridos de una res fallecida en un viaje anterior brillaban al sol.

Utilizaban la senda comercial que había abierto Chisholm, un comerciante mitad cherokee mitad escocés, allá por el sesenta y cuatro con sus convoyes de provisiones. La ruta atravesaba Texas, el territorio indio y se internaba en Kansas donde se bifurcaba en varios ramales con diferentes destinos: las ciudades ferroviarias. Abilene entre ellas.

Se secó el sudor con el pañuelo que llevaba al cuello por enésima vez. Todavía no era verano, pero hacía un calor infernal. ¡Qué ganas tenía de alcanzar ya Abilene! Si los cálculos de Artie no fallaban, en unos diez días habrían llegado. Ese año habían conseguido realizar el trayecto en un tiempo récord. La travesía estaba siendo calmada y sin problemas, gracias al Señor. Hacía dos temporadas fue muy diferente; hubo una estampida que les costó más de una semana de retraso hasta que lograron volver a agrupar todas las reses.

La figura de Artie sobre su caballo zaino apareció a lo lejos tras un recodo del camino. Cuando estuvo lo bastante cerca, el capataz acompasó el paso de su montura a la suya.

—A una milla, detrás de aquella colina, hay una pradera donde podemos pasar la noche. No hay abrevadero, pero las vacas han bebido lo suficiente a mediodía. Me adelanto un poco y marco el lugar.

Gabriel asintió. Siguió con los ojos al capataz mientras cogía la cantimplora que llevaba colgando de su silla y daba un buen trago de agua. Su mano rozó la culata de su Colt Army. A pesar de su postura relajada sobre el

lomo de Piece, se mantenía alerta. Seguían pisando los terrenos de los cherokee y no todos los miembros de la tribu eran tan pacíficos o se conformaban con un simple buey como los anteriores. Oteó la verde llanura. Ningún movimiento ni nada sospechoso a la vista.

Pronto llegaron a la pradera que Artie había elegido para pasar la noche. El capataz los esperaba en el borde izquierdo del camino, agitando el sombrero para marcar el lugar. Los vaqueros de ese flanco se apartaron mientras que los del derecho comenzaron a cerrarse sobre la manada, obligándola a salirse del camino.

Gabriel se encargó de dirigir al buey guía, al que siguió todo el rebaño, haciéndole avanzar en una amplia circunferencia, de modo que todos los animales terminaron por agruparse en un círculo cerrado hasta que se detuvieron.

Quedaba poco tiempo de luz diurna cuando terminaron de acomodar a las reses. El sol desaparecía lentamente por el horizonte. Los turnos de la cena ya estaban establecidos de antemano y a Gabriel le tocaba en el primero. Después de desensillar a Piece y ocuparse de él, se encaminó al *chuckwagon*. El cocinero, un mexicano de Laredo con muy malas pulgas que atendía al nombre de Tinto, le sirvió una taza de café, una ración de judías, maíz y unas galletas.

Gabriel se sentó junto a una de las fogatas y, sin intervenir en la conversación de los otros vaqueros, dio buena cuenta de la cena. El café, negro y espeso, le supo a gloria. Ese sí que era un buen café de seis tiros¹⁸. Tinto era, quizá, el tipo más desagradable de todo el territorio de Texas, pero sabía cocinar. Y no solo cocinar. Mataba y desollaba animales, cortaba el pelo, remendaba tanto ropa como heridas e, incluso, hacía de dentista, entre otras muchas cosas. No en vano era el hombre mejor pagado después del capataz. Convenía llevarse bien con él ya que era el dueño todopoderoso de las raciones que comían los vaqueros. Llevarse mal con el cocinero podía suponer que la travesía se convirtiera en un infierno si este decidía racionarle a uno la comida. No era el caso de Gabriel. Tinto y él se tenían respeto mutuo, quizá debido a su origen común o a que ambos eran muy exigentes con su trabajo.

Después de cenar, con su silla de montar al hombro, se dirigió hacia donde estaban los caballos. Por las noches, se improvisaba una especie de rudimentario corral circular con sogas para evitar que huyeran. Ningún caballo saltaba una cuerda si no se veía obligado a hacerlo debido a un peligro inminente. Levi era uno de los vaqueros que los custodiaban. Al verle acercarse, le saludó con un gesto.

A pesar de que era noche cerrada, Gabriel encontró rápidamente a Manchado. Su lomo plateado era claramente reconocible entre los otros ejemplares. Chasqueó la lengua y el appaloosa alzó las orejas al escuchar el sonido. Agitando la cabeza como si estuviera contento se acercó a él y le dio en el pecho con el hocico. Luego le apoyó la cara en el hombro y relinchó con suavidad.

—Pues ya veo que me echaste de menos —le susurró Gabriel, acariciándole el cuello—. Ya llegué.

Manchado dio unos pasos hacia delante, empujándole. Su impaciencia por ponerse en marcha era más que notoria.

—Ya nos vamos, ya nos vamos —le dijo.

Procedió a colocarle los arreos y la silla y luego se encaramó a esta con presteza. Sin apenas hacer uso de las riendas, apretó las rodillas a los costados del animal y se puso en marcha. Le esperaban unas cuantas horas de guardia antes de poder echarse a dormir un rato. La guardia consistía en dar vueltas alrededor de la manada y, en caso de cualquier signo de agitación, cantar en voz baja. La voz humana tranquilizaba a las reses. Así que, por doquier, se escuchaban suaves tarareos con diferentes entonaciones por todo el campamento.

La negrura era absoluta y las estrellas que titilaban en el cielo no eran suficientes para iluminar más allá de un par de pies por delante. Era por eso que los vaqueros solían elegir para la noche al caballo de paso más seguro y en el que más confiaban, de ahí que Manchado fuera la elección de Gabriel. Después de todo un día agotador, tragando polvo y soportando un calor de mil demonios, con la mente demasiado ocupada en cientos de menesteres, llegaba la hora de la guardia y, aunque se mantenía alerta y atento a cualquier complicación, se relajaba un tanto y dejaba que fuera su caballo el que, acostumbrado a ese trabajo, le guiase. Muchos vaqueros solían rechazar los

caballos blancos para las guardias porque se decía que su pelaje claro atraía a los relámpagos. Pero Gabriel no creía en supersticiones ni tradiciones estúpidas.

Y como todas las noches en esas interminables horas de vigilia mientras avanzaba con parsimonia a lomos de Manchado, y la letra de la melancólica canción *Bury me not on the lone prairie*¹⁹ llegaba hasta él, pensaba en Rose Randolph.

En el beso.

En ese beso brusco, pasional y cargado de anhelo. Dulce como la miel y al mismo tiempo picante como unos buenos jalapeños.

En su cuerpo tembloroso pegado al suyo... y en sus expresivos ojos mirándole con deseo...

Alzó la vista al inmenso y oscuro firmamento y la luna en su incipiente estado de cuarto creciente atrajo su atención, a pesar de ser solo una delgada línea plateada. Se preguntó si ella también estaría mirándola...

La misma luna que brillaba para él también lo hacía para ella a cientos de millas de distancia.

Dejó escapar un suave suspiro.

¡Maldita mujer! La echaba de menos.

Capítulo 29

Abilene, la capital del condado de Dickinson en el estado de Kansas, había sido un pequeño villorrio de apenas una docena de casas hasta hacía dos años, pero la visión comercial de Joseph McCoy, un joven tratante de ganado de Illinois, la había convertido en un próspero pueblo en cuestión de meses. Convenció a la compañía ferroviaria Union Pacific para que construyera un apeadero y proporcionara vagones para el transporte de animales, y él mismo se encargó de construir corrales que pudiesen albergar a miles de cabezas de ganado. En Texas había exceso de vacas y en el Este, necesidad de carne vacuna. Solo el traslado había sido un problema hasta entonces.

Gracias a la innovadora idea de McCoy, Abilene floreció a la velocidad del rayo. En septiembre de mil ochocientos sesenta y siete, cuando partió el primer convoy ferroviario cargado de reses, la diminuta ciudad ya disponía de un hotel de tres plantas, un almacén, un establo y hasta un banco. Ahora, dos años después, se habían multiplicado las casas de comidas, las pensiones, los salones y los burdeles.

Gabriel y sus compañeros habían pasado los últimos tres días acampados a las afueras de la ciudad mientras el rebaño pastaba y recuperaba los kilos que había perdido durante el viaje. Esa misma mañana, Artie llegó a un acuerdo con un comerciante y los animales ya habían sido embarcados en los vagones que los llevarían hasta Chicago. Desde el instante en que los hombres se vieron libres de obligaciones, con la paga de esos meses en el bolsillo, se produjo algo parecido a una estampida. La mayoría se dirigió hacia los baños públicos. Después de más de dos meses sin haber tenido la posibilidad de lavarse en condiciones y con el polvo del camino adherido a cada pulgada de su cuerpo, lo primero y más necesario era un buen baño.

Al sumergirse en la tina de madera llena de agua caliente hasta los bordes, Gabriel emitió un gemido placentero. El recipiente era pequeño para su gran envergadura y tenía que mantener las piernas dobladas, pero no le importó

demasiado. Después de meter la cabeza dentro del agua, se echó el pelo hacia atrás y la apoyó en el borde, dejando que las gotas resbalaran por su cabello y empaparan el suelo de madera.

En los compartimentos de al lado, separados por telas que colgaban de cuerdas, sus compañeros reaccionaban de una manera similar, con exclamaciones y alguna que otra imprecación en inglés y en español.

—Se me hace la boca agua solo de pensar en lo que voy a hacer cuando termine este baño. —La voz de Jeremiah, uno de los hombres de *Las Claritas*, con su amplio acento irlandés, retumbó en la edificación.

—Seguro que lo adivino —se chanceó Ortega desde otro cubículo—. Vas a mojar tu diminuta colita irlandesa en una de las chicas del *Dora's Hole*.

—Probablemente prefieran mi colita irlandesa a la tuya que es endemoniadamente fea y se parece a la de tu caballo —respondió el aludido con sorna.

—Sí, sí, es como la de mi caballito. Así de enorme —se jactó el otro—. Todas las chicas suspiran de gozo cuando mi enorme verga mexicana les llena la boca y se les hinca en el gatzate.

—No son suspiros, Ortega —intervino Artie desde el otro extremo—. Son estertores de muerte porque las ahogas.

La carcajada que siguió a estas palabras fue generalizada, incluso el propio Ortega se sumó a las risas. El mexicano siempre estaba alardeando del tamaño de su pene y era propenso a mostrarlo en público, orgulloso como estaba de él. Todos o casi todos los integrantes de la travesía lo habían visto en alguna ocasión. Ciertamente era enorme.

Gabriel meneó la cabeza, divertido. Cerró los ojos y se relajó mientras sus compañeros seguían intercambiando bromas y algún que otro insulto provocador. Sus pensamientos no eran muy diferentes a los de ellos. Él mismo estaba deseando acabar el baño, irse a los almacenes a comprar algo de ropa nueva —la que había utilizado en el viaje estaba destrozada— y, después de un buen trago de *whisky*, saciar su deseo sexual con cualquiera de las chicas del burdel más cercano, una con clase a ser posible. Llevaba meses sin acostarse con ninguna mujer.

Meses sin acostarse con nadie y pensando siempre en la misma persona.

La imagen de Rose, sacando la punta de la lengua y lamiéndose los labios, acudió a él y una potente erección se irguió entre sus piernas. Apretó los puños debajo del agua y trató de calmarse. No era el momento ni el lugar para imaginarse algo así, se dijo. No obstante, acercó la mano derecha a su endurecido miembro y lo rodeó con ella, presionando con fuerza al tiempo que rechinaba los dientes, enardecido.

Se obligó a incorporarse en la rústica bañera, haciendo que el agua se derramara por los bordes. Ignorando su excitación, se apresuró a enjabonarse entero con movimientos enérgicos. Luego cogió el cubo de agua fría que había en el banco a su lado y se lo echó por encima, aclarándose a un tiempo el cuerpo y las fantasías. Lanzó una mirada asqueada a la superficie, que se había teñido de color pardo, y abandonó la tina. Se secó a conciencia con el paño que la propietaria de los baños le había entregado antes junto con la pastilla de jabón. Luego se vistió con la raída ropa de recambio. Al menos estaba limpia aunque se cayera a pedazos.

Sus compañeros seguían riéndose. Ahora el objeto de sus bromas era uno de los jóvenes vaqueros que se estrenaban en ese viaje. Al parecer, iba a perder la virginidad esa misma noche. Las chanzas se sucedían una tras otra y las risotadas eran cada vez más potentes.

De peor humor del que había llegado, sin despedirse de los demás, abandonó los baños públicos y se dirigió a uno de los almacenes del otro extremo de la calle. Todavía era de día, pero la luz crepuscular comenzaba a teñir el horizonte de naranja y no tardaría en sumir la ciudad en sombras, aunque las lámparas de aceite que colgaban de los postes a la entrada de la mayoría de los establecimientos no dejarían que la penumbra les ganara terreno. Multitud de vaqueros y otros viandantes, la mayoría hombres, ocupaban la calle principal del pueblo. La mezcla de personas era curiosa. Hombres blancos, indios, mestizos, negros e incluso algún que otro oriental deambulaban por allí; algunos paseaban como si tuvieran todo el tiempo del mundo, otros caminaban con suma rapidez, ansiosos por llegar sabía Dios dónde. Abilene era un hervidero de gente.

Gabriel, después de esperar unos minutos a ser atendido en el atestado almacén, se hizo con ropa interior nueva de verano, de algodón. Un pantalón gris, una camisa verde y un pañuelo de tonalidades rojizas completaron su

compra. No quiso despilfarrar dinero en otras botas ni en un sombrero. Un cepillado y ambos quedaron casi como nuevos. Después de vestirse en la trastienda, se ajustó el cinturón en el que había colocado la funda de su Colt Army, acarició la culata de este y, despidiéndose del dueño del negocio con una inclinación de cabeza, lo abandonó. Su paso se acompasó velozmente al peso del arma contra su muslo derecho. No solía cargar con ella y su costumbre era dejarla en las alforjas, pero desde que habían partido de Texas, el revolver se había convertido en su compañero inseparable. Hasta el momento no había sido necesario hacer uso de él, pero en una ciudad como Abilene, llena de personajes de todo tipo, era mejor tenerlo a mano.

Esquivó una carreta que iba a toda velocidad levantando polvo y atravesó la calle. La variedad de locales era chocante. A un lado del almacén había una funeraria y una ferretería y al otro lado una tienda de ropa de señora y caballero y una pensión para señoritas, según rezaba el cartel sobre la puerta. Justo enfrente, hacia donde él se encaminó, había un salón y a su costado derecho, un burdel, el *Madame Petticoat*. Gabriel vaciló. La alegre música de una pianola mezclada con gritos, risas y algún que otro golpe provenientes del salón le hicieron tomar una rápida decisión. No tenía ganas de cartas ni de dados y mucho menos de emborracharse y quizá enzarzarse en alguna pelea. Solo quería un trago, a lo sumo dos, y el cuerpo caliente de una mujer, a ser posible que fuera joven y estuviese limpia. Y tenía más probabilidades de encontrar ambas cosas en el edificio de al lado. A pesar de que estaban uno junto a otro, el burdel tenía un aspecto diametralmente opuesto al del salón. La edificación de dos plantas era mucho más sobria y elegante. Lo único que indicaba que el establecimiento se hallaba abierto era una lámpara que colgaba al lado de la puerta iluminando el cartel con el exótico nombre del local, y la luz que se filtraba a través de los cortinajes que cubrían el cristal de una de las ventanas frontales.

Llamó a la puerta con los nudillos. Esta no tardó en abrirse; una mujer de voluptuosas curvas algo entrada en años y carnes le recibió con una sonrisa resplandeciente. Tenía el cabello rubio muy rizado y los labios pintados de un llamativo color rojo.

—Buenas noches, vaquero. Bienvenido a *Madame Petticoat* —le saludó mientras le miraba de arriba abajo. Aparentemente satisfecha con lo que veía,

abrió la hoja de madera de par en par y le invitó a entrar.

Gabriel accedió al interior. De un ligero vistazo comprobó que sus sospechas eran atinadas. El establecimiento rezumaba refinamiento con sus pesadas cortinas de terciopelo, sus gruesas alfombras y la araña de cristal que colgaba del techo del vestíbulo, cuya gran cantidad de velas podía convertir la noche en día. Un sitio como ese parecía algo fuera de lugar en un pueblo como Abilene. Nada que ver con el *Dora's Hole*, el burdel en el que había estado en su visita anterior, hacía dos años. Con toda probabilidad, las mujeres del *Madame Petticoat* costasen el doble o el triple. Instintivamente se llevó la mano a la cinturilla del pantalón donde llevaba el saquito de cuero que contenía su paga. No se arrepentía de haber elegido aquel lugar. No solía ir a prostíbulos, pero cuando lo hacía, prefería que sus mujeres tuvieran algo más de estilo.

La sensual rubia iba vestida de un modo muy formal, con un vestido azul marino que apenas dejaba vislumbrar una pulgada de su blanca piel. Le tomó del brazo y le dirigió a un salón a su derecha. Él se dejó guiar.

—Vaquero —le susurró—. ¿Has venido solo a buscar una chica o también quieres un trago?

—Un *whisky* estaría bien para empezar —repuso.

Mientras ella tiraba de un cordón que había junto a la entrada de la sala, Gabriel tomó asiento en uno de los sillones con tapizado estampado. Se reclinó contra el respaldo y cruzó sus largas piernas frente a él. A aquella temprana hora de la noche, era el único cliente, al menos eso parecía. Paseó la mirada por la habitación deteniéndose en uno de los cuadros que adornaban la pared. Representaba la figura de una mujer en cueros tomando un baño. No era la única pintura erótica de la estancia. Había un par más de mujeres desnudas en diferentes posturas. Las observó con interés y fascinación. No era un mojigato, pero era la primera vez que veía algo así. El salón de Kitty Lou en Eagle Pass era bastante más provinciano y desde luego no contaba con ese tipo de decoración.

Una sirvienta con rasgos indios accedió a la sala llevando una bandeja con un vaso y una botella de cristal llena de ambarino líquido. Le sirvió un trago y luego se alejó, dejando la botella en una mesita frente a él.

La rubia no le había quitado la vista de encima en todo ese tiempo. Tenía un brillo calculador en los ojos que competía con el fulgor de su sonrisa. Probablemente se estuviera preguntando qué hacía alguien como él allí.

—Has venido pronto esta noche, vaquero. Nuestros clientes suelen llegar algo más tarde. Tienes suerte porque casi todas las chicas están libres y vas a poder elegir.

Gabriel asintió antes de llevarse el vaso a los labios. Bebió un sorbo y lo paladeó satisfecho antes de dejar que la bebida se le deslizara con lentitud por la garganta. Era un buen *whisky*, quizá el mejor que había probado en su vida.

La dueña del local dio dos palmadas y, unos segundos después, un grupo de mujeres entró en la habitación. Las había de todo tipo, rubias, morenas, una pelirroja e incluso una mulata. Algunas delgadas, otras rellenitas. Y todas ellas solo cubiertas por breves piezas de tela semitransparente. Eran seis en total, contó Gabriel, que las inspeccionó de arriba abajo mientras degustaba el *whisky* con parsimonia. No movió ni un músculo aunque la sangre comenzó a hervirle en las venas ante tanta sobre exposición de apetitosos cuerpos femeninos.

—Si te gustan más fogosas, vaquero, elige a Ruby, a Belle o a Vivianne. — La exuberante rubia señaló a la pelirroja y a las dos morenas—. Si las prefieres más tranquilas y complacientes, cualquiera de las otras está bien.

Gabriel no dijo nada. Siguió observándolas en silencio. Todas ellas le sonreían con diferentes grados de coquetería. Algunas lo hacían abiertamente con descaro, otras con más timidez y recato. Siempre que acudía a un prostíbulo, elegía a mujeres cuyos rasgos no le recordaran a su mujer. Teresa era bajita, algo rolliza y muy morena. Por inercia, desechó a las dos cuyo cabello era largo y castaño, y se centró en la rubia que estaba en el extremo derecho. Era muy alta y delgada y tenía los ojos claros. A pesar de que sus facciones no se parecían en nada a las de la mujer que llevaba meses robándole el sueño, su complexión y su figura eran bastante similares. Escrutó su cuerpo con los ojos. Piernas largas, caderas no muy prominentes y cintura estrecha. La parte superior de sus níveos senos asomaba por encima del apretado corsé de color azul celeste. Esa visión le mandó un inequívoco mensaje a su entrepierna, que se irguió expectante.

Quizá estuviera cometiendo un error eligiendo a una persona tan parecida a Rose Randolph, se dijo. O no. Quizá de esa manera podría hacerla desaparecer de su cabeza. Eran demasiadas noches ya soñando con ella y con la absurda e improbable idea de poseerla.

Vació el vaso de un trago y lo dejó sobre la mesita. Se puso de pie y con cierta hosquedad señaló a la elegida con la mano, que se acercó a él y le cogió con suavidad de la muñeca lanzándole una sonrisa de fingida timidez. Sus mejillas llegaron a teñirse de rojo, incluso.

—Buena elección —murmuró la dueña del establecimiento—. Bessie no te decepcionará, vaquero.

Gabriel se dejó conducir hasta el piso superior en silencio. Sus pies se hundieron en la mullida alfombra que cubría los escalones de madera y que amortiguaba sus pisadas. Seguía cumpliendo aquella función en el pasillo, tenuemente iluminado. Miró de reojo a su acompañante, que caminaba a su lado cogida de su brazo. Su cabello despedía un suave aroma a perfume que él no supo identificar.

Pero no era a rosas.

Pasaron por delante de tres puertas hasta alcanzar una habitación al final del corredor. Las paredes estaban empapeladas con motivos florales y las cortinas eran de un color burdeos muy oscuro. Sobre la cama con dosel colgaba el cuadro de una mujer con los senos descubiertos. A la derecha, detrás de un biombo negro y rojo, se hallaba una pequeña mesita con una palangana y un aguamanil. La luz de una lámpara sobre la mesilla era la única fuente de iluminación; estaba a media mecha, esparciendo más sombras que luces y propiciando un ambiente velado e íntimo.

Bessie se soltó de su brazo y, después de cerrar la puerta, se situó frente a él. Le sonrió con algo de picardía dejando al descubierto una dentadura bastante aceptable. No era fea, apreció Gabriel. Seguramente no tendría más de veinte o veintidós años.

Y, sin embargo, no podía compararse con la señora Randolph.

Cerró los ojos algo enojado porque sus pensamientos retornaban a la hija de su patrón. En ese instante sintió las suaves manos de ella posándose sobre su cuello.

—Dime qué te gusta y yo te lo daré, vaquero —ronroneó mientras deslizaba uno de sus dedos por el contorno de su cara y se pegaba a él—. ¿Quieres que te desnude? ¿O quieres que me desnude yo?

Gabriel abrió los ojos y la contempló. Su voz era demasiado aguda para su gusto, no obstante, su pulso se disparó al sentir las curvas turgentes contra su cuerpo.

—Quítame la camisa —le ordenó mientras él mismo se desanudaba el pañuelo que llevaba al cuello y se despojaba del sombrero. Tiró ambos al suelo.

Ella no se hizo de rogar. Sin dejar de mirarle y haciendo un mohín coqueto con la boca, comenzó a desabrocharle los botones, luego se la sacó de la cinturilla del pantalón y se la quitó, arrojándola sobre la cama.

—Hacía tiempo que no veía a un hombre tan musculoso como tú —murmuró al tiempo que le repasaba el torso con las palmas de las manos. Se humedeció los labios antes de inclinarse y besarle con fruición.

Gabriel sintió la lengua de ella jugueteando con sus pezones y enredándose con los breves rizos de vello que los cubrían y se puso tenso. Una potente erección amenazó con hacer estallar sus pantalones. Echó la cabeza hacia atrás y gruñó, al tiempo que bajaba los párpados.

Demasiado tiempo sin experimentar la caricia de una mujer.

La sujetó por las nalgas, apenas cubiertas por su camisola, y la apretó contra su dureza, frotándose contra ella que gimió de manera seductora.

—Vaquero, qué bien dotado estás... —suspiró.

—¡No hables! Quédate en silencio —le dijo. No quería escuchar su voz chillona.

Ella le obedeció. Una de sus manos se dirigió a su entrepierna. Le agarró con firmeza y presionó. Gabriel se estremeció y un jadeo brotó de su garganta. Ella le masajeó con insaciabilidad mientras seguía besándole el pecho y el cuello, pero cuando intentó alcanzar su boca, él se apartó unas pulgadas y volvió a mirarla a la cálida luz de la lámpara.

Error.

Sus ojos no eran tan azules ni su boca tan carnosa como esa otra que él anhelaba...

—¡Date la vuelta! —ordenó.

Ella lo hizo.

Examinó su figura con los ojos entrecerrados. Su estilizado cuello, sus estrechos hombros, el talle ceñido y las caderas y los glúteos desnudos que se perfilaban a través de la fina tela de su camisa. Y sus piernas enfundadas en medias blancas de encaje hasta las rodillas que dejaban sus pálidos muslos al descubierto.

Su erección se endureció todavía más al verla de espaldas. De aquella manera, sin mirar su rostro, podía engañarse a sí mismo y pretender que la mujer que tenía delante de él era *ella*.

Rose.

Con cierta torpeza, le desabrochó los lazos del ajustado corsé. Dejó que este cayera al suelo. Luego la despojó de la camisa. Su cuerpo delgado y cerúleo quedó al descubierto casi en su totalidad; solo las medias la cubrían.

Gabriel tragó saliva al sentir cómo el calor se le concentraba en el vientre. Con un simple movimiento se deshizo del cinturón en el que llevaba el revólver, que cayó al suelo con un golpe seco. Luego se desabrochó el otro cinturón, el que sujetaba sus pantalones. Introdujo su mano derecha dentro de su ropa interior y se sacó el endurecido miembro que palpitaba furiosamente. Al mismo tiempo, con la izquierda, acarició la suave y femenina espalda, desde la nuca hasta la parte superior de su trasero. No se detuvo ahí. Sin apartar los ojos de la blanca piel, deslizó la palma de su mano por sus nalgas y las estrujó con fuerza, provocándole un gemido.

Enardecido, se aproximó más a ella, sin parar de frotar su pesada virilidad, y la rodeó con el brazo que tenía libre, enterrando la cara en su cuello. Aspiró, algo decepcionado al no encontrar el aroma a rosas. Sus dedos encontraron uno de sus senos; no era demasiado grande, pero lo suficiente. Lo oprimió y le pellizcó el pezón.

Ella jadeó.

—Rose —susurró, y el nombre rebotó contra las paredes de la pequeña habitación.

¡Dios! ¡Cómo hubiese deseado que aquella mujer fuera en verdad la señora Randolph! Tenerla así entre sus brazos mientras se regocijaba con su cuerpo y la poseía.

Con los ojos cerrados y la respiración trabajosa, bajó la mano hasta el triángulo de rizos que cubría su sexo, e introdujo los dedos entre sus piernas alcanzando sus suaves pliegues. Estaba empapada.

La erección se agitó en su puño y su pulso se descontroló. Abrió los ojos y se apartó de ella. La empujó hacia la cama, forzándola a que se inclinara hacia delante y apoyase los codos en el colchón. Le separó los muslos con una de sus rodillas. La imagen que se presentó ante él consiguió que toda la sangre de su cuerpo fuera a parar a su erguido pene. La mata de cabello rubio desparramado sobre las brillantes sábanas oscuras, la estrecha espalda culminando en sus blancos glúteos que se elevaban en el aire invitadores, y su sexo húmedo, esperando recibirle.

Gruñendo como un animal, volvió a acercarse a ella y dejó que su dureza buscara el camino a seguir. No tardó en hallar la entrada, ardiente y húmeda. Rugió con aspereza. Los pantalones y los calzoncillos se le deslizaron hasta quedar enganchados en sus botas. No se preocupó por deshacerse de ellos. No podía esperar más. De una potente embestida, mientras la sujetaba con firmeza por las caderas, la penetró.

Ella expelió un estertor cargado de placer.

Él, apretando la mandíbula, comenzó a moverse dentro de ella con fiereza.

Cerró los ojos y, sin demasiado esfuerzo, conjuró la imagen de Rose mientras se hundía en ella una y otra vez, dejando salir sus instintos más primarios, a sabiendas de que algo semejante jamás podría tener lugar entre él y la hija de Patterson.

Capítulo 30

Los vaqueros habían regresado a *Las Claritas*. Casi tres meses después de su partida habían vuelto.

El corazón de Rose palpitaba con fuerza mientras subía las escaleras que conducían a la planta superior a toda velocidad. Estuvo a punto de tropezar cuando se le enganchó el tacón del zapato en el borde de la enagua. Apenas si pudo agarrarse a la barandilla a tiempo.

—Cálmate, Rose —se aconsejó en voz alta casi sin aliento, llevándose las manos a las ardientes mejillas—. Él todavía no ha llegado. Serénate.

No obstante y, a pesar de saber que se comportaba como una tonta, no pudo evitar proferir un absurdo grito jubiloso. Cerró la puerta del dormitorio y apoyó la espalda contra ella. Una sonrisa deslumbrante transformó su boca.

¡Él había vuelto! ¡Por fin iba a verle de nuevo!

Había escuchado que Levi le decía a Mami que Bronco se había detenido en el pueblo, pero que no tardaría en regresar.

Las últimas semanas se le habían hecho eternas. Nada había sido lo suficientemente interesante para mantenerla entretenida. Ni las enseñanzas de la cocinera ni los juegos con su hermana Angie ni los paseos a caballo. Ni siquiera las visitas a Catclaw Springs para ver a María.

A medida que transcurrían los días, su desasosiego iba aumentando. La sensación de inquietud cada vez que pensaba en él iba adquiriendo proporciones desmesuradas. Por el día era incapaz de concentrarse en nada y por las noches daba vueltas y vueltas en la cama, soñando que se hallaba entre sus brazos y que él la besaba apasionadamente. Cada hora que pasaba le echaba más de menos.

Sí, estaba loca por Bronco Salas.

Le había costado admitirlo al principio y buscó cientos de excusas, achacando lo que sentía a un mero encaprichamiento debido a la gratitud ya que él la había rescatado en unas cuantas ocasiones. Sí. No podía ser otra

cosa, solo gratitud. Cuando pasara un tiempo sin verle, todas aquellas emociones disminuirían, se decía.

Mas no fue así.

No podía pensar en otra cosa que no fuera él. El simple hecho de escuchar su nombre la convertía en un puro manojito de nervios y el anhelo de volver a verle le impedía incluso respirar con normalidad. Finalmente, hubo de reconocer que ese cúmulo de sentimientos eran mucho más que simple gratitud, mucho más que un encaprichamiento pasajero.

Se había enamorado de él.

Sí, estaba enamorada de Gabriel Salas.

La lógica le decía que era un amor imposible, que ella, la hija de William Patterson no podía tener nada con un vaquero mexicano que trabajaba en el rancho de su padre. Era algo totalmente inconcebible. Pero el corazón no atendía a razones y el suyo había decidido que Bronco era el elegido. Todos los problemas, las vicisitudes y las preocupaciones que llevaba sintiendo desde que llegó a *Las Claritas* dejaban de tener importancia y se diluían lentamente cuando pensaba en él. De alguna manera, se negaba a dejar que su padre, Henry, o su incierto futuro opacasen la felicidad que la embargaba cuando cerraba los ojos y conjuraba su imagen.

Él, sin saberlo ni pretenderlo, se había convertido en su sostén, en su pilar de apoyo, en un rayo de esperanza...

Era una locura.

Ahora, como una adolescente febril, se encaminó al tocador y se sentó frente al espejo. Sus ojos fulguraban y le ardían las mejillas. La blusa blanca que llevaba hacía que el rubor fuera todavía más evidente. Se sentía extraña con aquella ropa en colores claros; solo hacía unos días que decidió abandonar los vestidos oscuros. Empeñarse en seguir usándolos ya no tenía ningún sentido. Su inevitable boda con Henry estaba prevista en un mes y la excusa del luto había perdido todo el significado.

Agitó la cabeza con brío. No deseaba pensar en Henry.

Observó su reflejo con ojo muy crítico. A pesar de que Mami le había dicho en innumerables ocasiones que parecía mucho más joven con esas prendas y ese peinado menos austero, no pudo evitar llevarse la punta de los

dedos al contorno de sus ojos. Si sonreía, se le formaban pequeñas arrugas en los extremos, una muestra incuestionable de que ya no era una jovencita.

«Treinta años. Tienes treinta años. Y él, seguramente, no pase de los veinticinco».

—No lo hagas, Rose —le dijo a la mujer del espejo cuya mirada se había apagado—. No te tortures así.

Era inútil llorar por la leche derramada y lo sabía. Ciertas cosas eran como eran y no se podían cambiar.

—Además, ¿acaso él no te besó a ti? —Alzó la barbilla e irguió la espalda con seguridad—. A la Rose Randolph que cumplía treinta años y no a una muchachita adolescente.

Conservó su afectada pose durante unos segundos antes de dejar caer los hombros hacia delante y hundir la cara en las manos.

—¡Dios mío! ¡Qué boba soy!

La inseguridad volvió a adueñarse de ella y en su mente se formaron cientos de preguntas. ¿Cómo reaccionaría al verla? ¿Qué le diría? ¿Cómo la miraría? ¿Le sonreiría? Y la más importante, ¿la habría echado de menos?

Inquieta, se incorporó y comenzó a dar paseos por la estancia. De vez en cuando, su vista volaba hacia la ventana. Él podía aparecer en cualquier momento. Caía la tarde y ya hacía horas que el resto de los vaqueros había regresado al rancho. No podía demorarse mucho más.

Volvió a bajar la vista hacia su atuendo. No poseía demasiados vestidos en tonos claros, casi todo su guardarropa estaba compuesto por atavíos negros, grises y morados. Así que había tenido que recurrir, nuevamente, al armario de su madrastra. La blusa blanca de mangas abullonadas con ribete verde en el cuello y la falda gris con cenefas blancas y verdes eran prendas sencillas, algo pasadas de moda pero elegantes. Rose se sentía guapa con esa ropa. ¿Le gustaría también a él?

Sintiéndose como una mema volvió a acercarse al espejo y se atusó el cabello. Lo llevaba recogido en un moño suelto del que se escapaban un par de rizos más cortos junto a las sienes. Ese estilo de peinado la rejuvenecía, le había dicho su hermana, entusiasmada.

Estaba a punto de volverse a sentar frente al tocador cuando un movimiento en el exterior llamó su atención. Giró la cabeza con brusquedad al tiempo que

el corazón le daba un vuelco inesperado.

Tanto la alta figura como el peculiar patrón de su caballo eran inconfundibles, incluso a través de los remolinos de polvo que el viento levantaba a su alrededor.

—Ya está aquí... —musitó jadeante.

Sin apartar la vista del jinete que se acercaba a la casa a un ligero trote, se acercó a la ventana y se resguardó tras las cortinas. Sus crispadas y sudorosas manos se aferraron a la gruesa tela de terciopelo mientras su respiración acelerada resonaba estruendosa en el silencio del dormitorio.

Bronco llevaba unos pantalones negros y una camisa azul. El ala de su oscuro sombrero, que se había calado hasta las cejas, solo dejaba la parte inferior de su rostro al descubierto, haciendo imposible reconocer la expresión que se mostraba en él. Unos cuantos mechones de su cabello se enroscaban a la altura de sus hombros. Le había crecido mucho el pelo en esos tres meses.

Ella, con la frente pegada al cristal y el estómago acalambrado por la emoción, le vio descabalgarse frente a los establos. Como siempre, lo hizo mientras hablaba con su caballo como si no se tratara de un animal y le entendiese perfectamente. Cogió las riendas y desapareció dentro de la edificación de madera con esos andares suyos tan característicos.

Rose tardó en recobrar la compostura. Se sentía ligeramente mareada. ¿Le había subido la temperatura? No. Era imposible. Se apoyó en la pared antes de inhalar aire por la boca y expulsarlo por la nariz. Y repitió la misma operación dos veces más antes de ponerse en marcha.

Mientras descendía las escaleras, pensó que era una suerte que su padre y Angie no estuvieran en el rancho. Patterson se hallaba en San Antonio en una reunión con la compañía del ferrocarril donde tenía dinero invertido; iba a estar fuera unos días. Y su hermana había ido al pueblo a visitar a su amiga Gracie, en cuya casa iba a pasar la noche. Desde que Will se había marchado a West Point, Angie se encontraba bastante alicaída, así que Rose no le había puesto pegas a ese plan.

Alcanzó la planta baja y abrió la puerta que conducía al exterior. El fuerte viento estuvo a punto de arrancársela de la mano. Una bocanada de calor seco

la golpeó en la cara. A pesar de la tardía hora, la temperatura era sofocante. El pegajoso verano había llegado con fuerza aquel año.

Se detuvo y tragó saliva. Sentía la garganta algo estrecha por la expectación y carraspeó suavemente.

Luego, para no tropezar con él, se sujetó el vestido que el aire se empeñaba en enredarle entre las piernas y, antes de poder arrepentirse, se puso en camino. Sus pasos resonaron decididos sobre el endurecido suelo de tierra mientras la conducían al establo.

* * *

Gabriel había tomado una decisión definitiva.

No lo hizo a la ligera, ni mucho menos. Pensó mucho sobre ello en el camino de regreso de Abilene. Había tenido un mes de tiempo para hacer examen de conciencia y centrarse en lo que verdaderamente importaba. Y la noche que pasó con la rubia en el prostíbulo había sido decisiva. Aquella madrugada, después de abandonar el burdel, frustrado aunque satisfecho físicamente, se dio cuenta de que lo que había comenzado a sentir por la señora Randolph iba más allá de un mero deseo carnal. Su sórdido encuentro con Bessie, en lugar de calmar su anhelo por Rose solo lo había intensificado.

Y eso le enfureció.

Sintiéndose culpable también porque era la primera vez que, después de acostarse con una prostituta, no se mortificaba pensando en Teresa, al día siguiente emprendió el camino hacia *Las Claritas* junto a sus compañeros.

Durante aquellos días de largas horas a lomos de su caballo, volvió a sentar su lista de prioridades que había estado a punto de olvidar, dispuesto a no volver a desviarse de su objetivo. Y se aferró a ella con determinación.

María. Teresa. Su madre. Su hermano Rafael. Rico...

No había más espacio. El nombre de Rose Randolph no tenía cabida en ninguna parte. No podía apostar por ella. Había demasiado en juego para arriesgarlo todo por una mujer.

Así que decidió olvidarla. Desterrarla de sus pensamientos y de su vida. Arrancar de cuajo aquellos frágiles sentimientos que comenzaban a nacer en su interior y no volver a dejarse llevar por las emociones.

Entre Rose y él no podía haber absolutamente nada.

Su expresión se ensombreció ahora al recordar las palabras que había escuchado de su tía hacía solo unas horas, alabando el saber estar de Rose, su amabilidad, su cortesía y su generosidad para con María. Al parecer, mientras él se hallaba ausente, había visitado a la niña todos los domingos, casi todos ellos con algún detalle especial o fruslería, ganándose un lugar en el corazón de Elena Salas, de Nita y de su propia hija, que no dejaba de parlotear incesantemente mencionando a *Mamá Rose* en cada frase.

Hasta María se había prendado de ella.

Con el ceño fruncido, desensilló a Manchado y puso la silla sobre el caballete de madera. Luego le quitó la manta del lomo y comenzó a frotarle con un trapo de esparto. El caballo debió de sentir algo de la tensión que desprendía su dueño porque echó las orejas hacia atrás y agitó la cabeza.

—Perdóname, hoy no soy yo mismo —le susurró.

Y siguió restregándole. El sonido rasposo del paño contra la piel del animal se mezcló con el ulular del viento que se colaba por las rendijas de los tablones de madera que conformaban la construcción.

—Ha vuelto.

La voz a su espalda hizo que la mano que sostenía el trapo se agarrotase. No solo su mano, todo su cuerpo se tornó rígido. Tratando de mostrar una expresión impassible, se dio la vuelta.

¡Dios! ¡Cómo había cambiado! ¿O era él el que lo había hecho y la veía de otro modo?

Si ya con anterioridad había pensado que ella era hermosa, en ese instante descubrió que la palabra hermosa se quedaba corta. Había abandonado el luto y la ropa de colores claros le sentaba maravillosamente bien. Su pelo también parecía diferente, más rubio y más deslumbrante, el marco perfecto para su sonrojado rostro. Y sus ojos... oh, esos ojos azules del color de la tempestad eran tan... fascinantes. Y esa breve sonrisa entre tímida y afectuosa que curvaba sus carnosos labios y que iba dirigida a él en exclusiva... era arrebatadora.

Esa mujer quitaba el aliento.

No. Eso no era estrictamente así.

Rose Randolph le quitaba el aliento a él, a Gabriel Salas.

Le costó contenerse y no echar a andar hacia ella, pero su fuerza de voluntad era férrea y su decisión firme.

—Buenas tardes, señora Randolph —dijo con frialdad, haciendo competir el hielo de sus palabras con el de su mirada.

Ella reaccionó como él había previsto. La sonrisa se le borró de la cara. Dio un vacilante paso atrás.

—Es... espero que haya tenido un buen... viaje —dijo finalmente. La mueca feliz de su rostro casi había desaparecido del todo.

—Sí, gracias —repuso de forma escueta.

La desilusión transformó las femeninas facciones. Ella bajó los párpados. La actitud indiferente de él parecía haberla confundido. Era obvio que había esperado algo distinto. Sin lugar a dudas, durante el tiempo que él había pasado fuera, se había hecho determinadas ilusiones con respecto a su persona. Ilusiones que él, lamentablemente para ella, iba a pisotear en ese mismo momento. El maldito beso que intercambiaron tenía la culpa de todo. No. Él era el culpable de que todo se hubiese desarrollado así. Él y su falta de contención. Si no se hubiera acercado a ella aquella noche...

Suspiró internamente, maldiciéndose en silencio.

—Me alegro mucho de que todo haya ido bien y de que no hayan sufrido ningún percance serio —musitó ella, interrumpiendo su línea de pensamiento. Las palabras parecían resistirse a abandonar su boca. Se retorció las manos en la falda del vestido con nerviosismo.

—¿Quiere algo más de mí? —le preguntó él a bocajarro con impaciencia, queriendo terminar con aquella situación cuanto antes. Sabía que estaba siendo hiriente, pero no deseaba que ella siguiese albergando ningún tipo de esperanza. No tenía sentido.

Ella alzó la barbilla con energía. Sus ojos brillaban dolidos.

—¿Por... por qué es tan desagradable conmigo? —inquirió y, a pesar de que su voz no era muy firme, le sostuvo la mirada con serenidad.

—No sé a qué se refiere —casi escupió él, cerrando los ojos brevemente—. ¿Desagradable? Yo siempre he sido así con usted.

—Eso no es verdad —protestó—. Yo pensaba... creía... que... entre usted y yo... —Hizo una pausa y giró la cabeza—. En mi cumpleaños, usted...

La interrumpió con una forzada risa sarcástica.

—Señora Randolph, no me diga que le dio tanta importancia a lo que sucedió entre nosotros. Fue un simple beso. Nada más. No es algo que no haga con frecuencia con otras mujeres —mintió.

Ella se puso lívida y retrocedió unos pasos hasta que su espalda chocó contra la pared de madera. Se llevó las manos al cuello como queriendo detener el grito ahogado que brotó de su garganta. Sin éxito.

Un regusto amargo acudió a la boca de Gabriel al verla así. Se estaba comportando como un miserable. Pero ¿de qué otra manera podía hacerlo? Intentando no dejar vislumbrar lo que verdaderamente sentía, apartó la mirada. ¡Dios! Aquello iba a resultar mucho más difícil de lo que pensó.

—Señor... Salas... Es usted... un... un... —comenzó ella. No pudo seguir hablando porque se le quebró la voz.

—Debería dejar de venir al establo a buscarme, señora Randolph. Nos pone a ambos en una situación comprometida. ¿No se da usted cuenta? —dijo con imperturbabilidad para luego añadir la estocada final—: No pensaba que las mujeres de su clase pudiesen comportarse así.

Ella le contempló incrédula. Todo el color desapareció de su rostro y sus facciones se desencajaron, como si alguien la hubiese golpeado. Permaneció unos instantes inmóvil. Solo su pecho se expandía y se contraía de manera notoria. Le miró con los ojos muy abiertos y el desconuelo que se revelaba en ellos se le clavó a Gabriel en el corazón con la potencia de una certera cuchillada. Echando mano de todo su autocontrol, apretó tanto los dientes que se hizo daño en la mandíbula.

El viento arreció en el exterior provocando curiosos y sibilantes sonidos en la edificación de madera, que se mezclaron con los bufidos inquietos de los animales.

Entonces, después de lo que pareció una eternidad, Rose se apartó de la pared, se dio media vuelta y se encaminó hacia la entrada del establo con lentitud. Parecía cargar el peso del mundo sobre sus frágiles hombros. No volvió a mirarle. En unos segundos, su figura encorvada había desaparecido tragada por la cegadora luz del atardecer y las nubes de polvo que el viento había levantado.

Gabriel alcanzó la puerta de unas zancadas y apenas logró ver cómo su silueta desaparecía. No se dirigía hacia la casa. Había tomado otra dirección,

la que conducía al sur, al río. Intentó ahuyentar de su mente la imagen atormentada de ella, pero fue en vano. Nunca podría olvidar el abatimiento que se había reflejado en sus ojos cuando le arrojó aquellas dañinas palabras a la cara.

—¡Maldición! —exclamó, descargando el puño contra el dintel de la puerta. Un par de astillas le penetraron en la carne, pero no fue consciente de ello.

Se giró y se dirigió a su caballo. Con movimientos mecánicos comenzó a frotarle el cuello de nuevo.

Había hecho lo correcto, se decía una y otra vez. Lo más cabal era acabar las cosas de golpe y no alargar una situación que no podía terminar bien para ninguno de los dos. La historia de Gabriel Salas y Rose Randolph no tenía un buen final.

Era lo mejor para ella, para él, para ambos.

«Pero ¿ha sido necesario que fueses tan despiadado? ¿Que la hayas tratado con tanta crueldad diciéndole esas cosas?», se preguntó con los remordimientos a flor de piel.

Manchado relinchó con suavidad. Levantó la vista y se encontró con sus ojos castaños. ¡Hasta su viejo amigo le miraba con reprobación!

—¡Dios! No me mires así tú también. Dime que hice bien, pues —farfulló.

El animal agitó la cabeza con energía haciendo volar sus crines, como si hubiera entendido a su amo. Gabriel le contempló con impotencia. Luego gimió y arrojó el paño al suelo. Se pellizcó el puente de la nariz mientras comenzaba a andar a grandes zancadas, aplastando las briznas de paja que se hallaban esparcidas por el suelo con los tacones de sus botas.

—Hice bien —soltó furioso, pero su voz carecía de la más mínima convicción.

Se detuvo frente a la pared y apoyó las palmas de las manos en ella. De nuevo volvió a asaltarle su ofuscada imagen abandonando el establo. Negó con la cabeza, al principio lentamente, luego con más energía. Y terminó por golpear la madera con ambas manos.

Fue un simple beso. Nada más. No es algo que no haga con frecuencia con otras mujeres...

No pensaba que las mujeres de su clase pudiesen comportarse así...

Un gruñido áspero, ronco y algo salvaje huyó de su garganta.

—¡Valiente hijo de la chingada! —se recriminó colérico—. ¿Cómo pudiste ser tan cabrón?

Volvió a golpear la pared, esta vez con el puño cerrado, lastimándose los nudillos.

—Pinche cobarde —masculló.

Con la respiración entrecortada y los ojos despidiendo chispas de ira, se irguió. Los músculos de su espalda se tensaron de una manera casi imposible. No tardó en tomar una decisión.

Sin vacilar, se caló hondo el sombrero y se puso en movimiento hacia la puerta del establo. Lo abandonó a toda velocidad. Su alta silueta, al igual que la de ella hacía solo unos minutos, no tardó en desaparecer entre los remolinos de polvo.

Se dirigió hacia el río.

Capítulo 31

Una ráfaga de viento abombó su falda y la empujó hacia atrás, dificultándole el avance. Mientras trataba de recuperar el equilibrio, sus ojos fueron detrás de una barrilla²⁰ de gran tamaño que rodaba a escasa distancia de ella. Durante un breve instante, se preguntó si no sería mejor no luchar y dejarse arrastrar por el vendaval al igual que aquel matorral. Quizá si se abandonaba al viento, este la llevaría lejos muy lejos, hasta hacerla desaparecer...

No, aquella era una idea tonta y sin fundamento.

Se detuvo cerca del río, cuyas aguas bajaban revueltas y turbias. No se atrevió a acercarse más, como tenía por costumbre, ya que la orilla estaba empapada y temió resbalarse en alguno de los cantos sueltos y caer a la corriente. Las copas de los árboles cercanos se agitaban con violencia sobre su cabeza. El tiempo se mostraba tan desapacible como ella se sentía. ¿No era ridículo que la furia de los elementos se hubiese desatado justo cuando su corazón se hacía pedazos? ¿Qué había esperado, en realidad? ¿Que él la abrazase y le dijera que no había podido dejar de pensar en ella? Tenía que haberlo sabido. ¿Acaso él no se disculpó lleno de remordimiento después de haberla besado y huyó? En ningún momento le dijo que pudiese sentir algo por ella. Jamás. Todo había tenido lugar en su mente. Había sido tan estúpida como para perseguir el arcoíris y terminó por agarrar el viento. Todas aquellas ilusiones infundadas que anidaban en su interior solo eran cosa suya. Bronco Salas no tenía el mínimo interés en ella.

Se tapó la cara con las manos. Le hubiese gustado llorar por lo sucedido, pero se sentía completamente vacía y exhausta. Incluso derramar lágrimas se le antojaba una tarea ardua y demasiado complicada.

Se sentía miserable.

Invadida por la desesperanza y la derrota, dejó caer los brazos a los lados del cuerpo y extravió la mirada, dejando que se perdiese en algún punto indefinido al otro lado del río. Las crueles palabras que él había pronunciado

seguían resonando en su cabeza. ¡Cómo dolía! Se llevó una mano al esternón y se lo frotó con suavidad. Con aquella caricia, inútilmente, trató de disolver la aflicción que le constreñía el pecho.

Tres meses soñando con aquel reencuentro, imaginando sonrisas amarteladas, la calidez de un abrazo y, quizá, la pasión de otro beso...

El viento arrastró lejos la risa amarga que brotó de su boca y luego se enredó con su pelo arrancándole las pocas horquillas que todavía quedaban en él, haciendo que sus largos mechones saliesen despedidos en todas direcciones. No intentó sujetárselos.

Realmente, no supo qué fue lo que la impulsó a girarse, pero lo hizo.

Y allí estaba él, a unos pasos de distancia. Su alta figura impassible parecía desafiar al vendaval. El sombrero le colgaba a la espalda y su cabello oscuro danzaba enloquecido alrededor de su cara. Al igual que ella, tampoco se molestaba en tratar de apartarlo. La contemplaba con fijeza. La expresión de su rostro era inescrutable.

A Rose ni siquiera le resultó curioso encontrarle allí. Le hubiera sorprendido más que él no acudiera con ese sentido del deber tan arraigado que poseía. Se quedó mirándole como si no le viera, como si no fuese la misma persona que poco antes le había roto el corazón.

Estaba tan cansada.

—¿Qué desea, señor Salas? —tuvo que alzar la voz para poder hacerse oír por encima del fragor del viento. La tristeza que rezumaban sus palabras era tal que se sintió avergonzada.

No obtuvo respuesta, solo un leve fruncimiento de ceño, ambiguo e incomprensible.

—Dígame por qué me ha seguido hasta aquí. ¿No acaba usted de pedirme que no le busque más? ¿Que no le ponga en una situación comprometida? —Le costó pronunciar aquello. La última sílaba le salió forzada y algo quebrada, pero trató de recuperarse con un carraspeo, cosa harto difícil sintiendo su penetrante mirada sobre ella.

—Quería disculparme —dijo él entonces con aspereza. A pesar del ruido del viento, la frase llegó hasta ella con absoluta claridad.

Una disculpa, por supuesto. Cerró los ojos, mortificada.

—No tiene por qué hacerlo. Tiene usted razón en todo lo que ha dicho. — El desdén le oscureció las facciones—. Al parecer, le concedí demasiada importancia a lo que sucedió entre nosotros el día de mi cumpleaños — admitió sin reticencia—. Pero, como ha tenido a bien recordarme, no es algo que usted no suela hacer con regularidad... con otras...

Se interrumpió, no sabiendo muy bien cómo acabar la frase. Imaginarle besando a otras mujeres le partía el alma. Apartó la vista, jadeante. No quería ver cuál era la expresión de su curtido rostro. Cogió aire, al menos intentó hacerlo, ya que sentía el pecho tan comprimido que le resultó difícil. Profirió un pequeño jadeo. Gracias a Dios, el sonido se diluyó en el aire.

Volvió a mirarle. Seguía con aquella postura erguida e inalterable, como si el viento huracanado no le afectara en lo más mínimo. La camisa se le pegaba al torso y a los hombros marcando todos y cada uno de sus músculos, y Rose no pudo evitar recordar cómo aquel fornido cuerpo la había aplastado contra la pared mientras sus labios la devoraban con avidez.

«¡Tonta!», se recriminó en silencio notando el ardor en sus mejillas.

—¡Dios mío! —susurró en voz queda y avergonzada—. ¡Qué patética le debo parecer!

Él no dijo nada, se limitó a seguir mirándola de aquel modo tan perturbador. Quizá ni siquiera la hubiera oído. Ojalá.

—Usted no es patética —repuso al fin con sequedad, dando fe de que sus palabras sí habían llegado hasta él.

Rose emitió un bufido despectivo. De pronto y, mientras observaba su impenetrabilidad, tuvo la imperiosa necesidad de decirle todo lo que sentía. Quizá era ridículo y ella una necia, pero deseaba ser honesta con él.

—Señor Salas, es probable que esto le suene descabellado y tonto — comenzó con inseguridad, paseando la mirada por los alrededores mientras huía de sus oscuros ojos—. Quizá no debería decirle esto, pero creo que, ante todo, debo ser sincera conmigo misma y... con usted. Tampoco tengo gran cosa que perder. No más de lo que ya he perdido, al menos.

Aspiró profundamente antes de continuar. No le miró.

—Sí que soy patética —logró balbucear al fin—. Lo soy... porque me he enamorado de usted, ¿sabe?

Incapaz de observar su reacción, bajó la barbilla y dejó que el viento le enmarañase el pelo cubriéndole la cara. La respiración salía entrecortada de su boca.

—Soy patética porque ese beso que para usted no fue nada especial, para mí lo significó todo —continuó con voz trémula—. Usted no lo sabe, por supuesto, pero fue la primera vez que... un hombre me besaba así... —Una risa ahogada estuvo a punto de convertirse en sollozo, pero pudo reprimirla en el último instante—. Pensará que es una locura, que una mujer de mi edad que ya ha estado casada diga esto... Le resultará grotesco, pero es verdad. Llámeme tonta, pero di por hecho... —emitió un suspiro desdeñoso al tiempo que hacía un gesto vago con la mano—, que para usted también fue algo... especial. Ríase si quiere. O vaya a contárselo a sus amigos y ríanse juntos.

—Yo no tengo amigos —soltó con extrema brusquedad.

—Qué importa realmente. —Dejó caer la cabeza hacia delante y suspiró.

—Señora Randolph...

—¡No! No diga nada. —Alzó el brazo. Él, que había dado unos pasos en su dirección, se detuvo—. No me interrumpa, por favor. Esto... no me está resultando fácil... —Enderezó los hombros y se giró, presentándole su perfil—. Seguro que nunca ha escuchado usted nada tan ridículo como esto en su vida con anterioridad. Sé que es una locura que yo misma tampoco puedo entender demasiado bien. Y créame cuando le digo que he intentado luchar contra mis sentimientos. He pasado los últimos tres meses tratando de convencerme de que lo que siento no es amor. —Tragó saliva de manera notoria—. No obstante, he fracasado —admitió titubeante—. Yo... yo no puedo dejar de pensar en usted, señor Salas... —concluyó.

Al cabo de unos segundos de silencio solo roto por el molesto y sibilante viento, le miró de reojo. Él no se había movido, estaba quieto, pero Rose se percató de que apretaba los puños. No parecía haberle agradado demasiado lo que acababa de confesarle.

—Ha sido usted muy claro y sé que no comparte mis sentimientos. Tampoco pretendo imponerle los míos, por supuesto que no —se apresuró a añadir—. Solo quería que supiera lo que siento, pero de ninguna manera voy a ir detrás de usted ni le voy a molestar de aquí en adelante. Mantendré las distancias. A fin de cuentas, el rancho es grande y nuestros caminos no tienen

por qué cruzarse, si no queremos. —Se apartó el pelo de la cara con un ademán y se volteó de nuevo, encarándole. El nudo que tenía en el pecho cada vez se hacía más grande, pero se forzó a fingir serenidad—. Incluso antes de que me rechazase yo ya sabía que esto era un completo disparate. —Sus labios exhibieron una sonrisa entristecida—. Usted es un hombre joven, fuerte y apuesto... y yo... yo soy carente de tantas maneras...

—¡Basta! —ordenó él con voz seca semejante a un latigazo.

Rose dio un respingo. No había esperado que reaccionase con tanta vehemencia. Ancló sus ojos en los de él que refulgían enfadados.

—No siga hablando —bramó. Sus exóticas facciones se habían ensombrecido y las aletas de su nariz se dilataron de modo muy evidente. Parecía a punto de perder los estribos.

—Quería ser...

—¿No me ha entendido? —masculló, dando un paso al frente y acercándose a ella peligrosamente—. ¡He dicho que se calle!

Rose lo hizo. Enmudeció mientras trataba de calmar a su pobre corazón, cuya simple cercanía había conseguido agitar de modo alocado. Estuvo tentada de bajar los párpados y presionarlos con fuerza. Quizá si lo hacía, cuando volviera a alzarlos, él y su apabullante masculinidad habrían desaparecido.

El viento volvió a hacer de las suyas cambiando de dirección y empujándola hacia atrás violentamente. Dio un par de pasos trastabillantes y estuvo a punto de perder el equilibrio. Pero él reaccionó con presteza, alargando el brazo y sujetándola por la muñeca. Sus dedos largos y fuertes se enroscaron en torno a su blanca y delicada piel, provocándole una sacudida. Rose se quedó sin aliento al sentir esa inesperada caricia. Trató de liberarse sacudiendo el brazo ligeramente, pero él la agarró con más resolución. Perpleja, buscó sus ojos con una pregunta implícita en la mirada. Él no dijo nada. Solo la contemplaba. Ella volvió a tirar de su brazo, pero él no la soltó. El calor que desprendía la palma de su mano había conseguido traspasarle hasta el hueso, al menos así lo sentía ella. Notó que le escocían los ojos. La debilidad que se había esforzado por mantener a raya amenazaba con desbordarse y salir a la superficie.

—Suélteme, señor Salas —pidió en un hilo de voz.

Él negó con la cabeza con mucha lentitud al tiempo que tiraba de ella. Rose gimió impotente y trató de resistirse empujándole con la otra mano. ¿Qué estaba haciendo? ¿Se burlaba de ella? ¿Cómo podía ser tan cruel?

—Déjeme, señor Salas, se lo ruego —suplicó jadeante—. No juegue conmigo.

—No juego con usted, señora Randolph —repuso con fiereza.

El viento se puso de su parte y vino a ayudarle enredándose en la falda de ella e impulsándola hacia su abrazo. Él solo tuvo que dar un último tirón y el cuerpo femenino impactó contra el suyo. El rubor cubrió cada pulgada de la piel de Rose al sentir su imponente y cálida presencia envolviéndola. El anhelo era demasiado grande para poder controlarlo. Demasiado tiempo había soñado con una escena similar. Le miró, sintiéndose profundamente humillada. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué él se comportaba de aquella manera con ella? No pudo evitar que una lágrima furtiva se deslizara por su mejilla.

—Por... por favor... —sollozó sin atreverse a mirarle a los ojos—. No... no me haga esto... No se burle.

—No me burlo —dijo, y en sus palabras había un toque de ternura que hizo que a ella se le escapase otra lágrima más. Comenzó a temblar—. Míreme, señora Randolph —ordenó él con suavidad, rodeándole el talle con su poderoso brazo y enterrando la otra mano en el pelo de su nuca—. Míreme porque voy a besarla.

Ella gimió estupefacta antes de alzar la barbilla. No tuvo tiempo de reaccionar y ni tan siquiera de respirar, porque la boca de él se apoderó de la suya.

No fue un beso tierno ni calmado. Por el contrario, fue brusco y abrupto, semejante al clima que los envolvía. Mientras el potente viento se esforzaba por separarlos con el ímpetu de sus embestidas, Rose se aferró al duro cuerpo masculino, sintiendo cómo las manos de Bronco recorrían su espalda y se aferraban demandantes a sus caderas. Sus labios y lengua la asaltaron.

Incapaz de pensar con coherencia, se abandonó al beso del hombre con el que llevaba meses fascinada, poniendo toda su alma en él. Apenas fue consciente de que él la elevaba en el aire y, sin apartar la boca de la suya, se ponía en movimiento y se la llevaba de allí.

Capítulo 32

Escuchar su confesión fue demasiado para él. No pudo resistirse a sus palabras cargadas de amargura ni a sus lágrimas. Ni un corazón duro como el pedernal hubiera podido aguantarlo, y el suyo no estaba tan endurecido como había creído. Su serena pero emotiva declaración fundió la capa de indiferencia con la que había tratado de cubrirse.

Y la besó. Sin más.

La dulzura de su boca y la suavidad de su cuerpo consiguieron que perdiese la cordura del todo. Sin meditar demasiado sobre sus acciones, la cogió en volandas y, arrastrado por una ráfaga de viento, se alejó hacia la linde del camino, buscando el resguardo de las precarias paredes de la cabaña que siempre visitaba. Allí, la fuerza del aire quedaba amortiguada y solo su sonido ululante flotaba en el ambiente.

Se detuvo en medio de la desvencijada estancia y la depositó en el suelo. Alzó la cabeza unas pulgadas para poder contemplarla. Sus ojos estaban velados por el deseo. Volvió a besarla sin restricciones. ¿Cómo no hacerlo cuando la imagen que se presentaba ante él era aquella?

Una vocecita en su interior le advirtió de que si seguía así, no podría parar. La desechó. Lo último que quería en ese instante era escuchar a su conciencia manifestándose. Ya era tarde para dar marcha atrás. Quizá hubiera podido controlarse antes de ir a buscarla al río, pero cuando la vio zarandeada por el viento, y de sus labios nació la pesarosa confesión de que se había enamorado de él, todo lo demás dejó de tener significado.

Las circunstancias, las enormes diferencias que había entre ellos, la imposibilidad de estar juntos y el peligro que corrían ambos al dejarse llevar por aquella pasión contenida... Todo pasó a importar poco o nada.

Aunque al principio ella había dejado que él tomara la iniciativa y que fuese su boca la demandante, ahora, pareció despertar de su letargo y su lengua, algo torpe, exploró tentativamente sus labios, haciendo que la sangre

de Gabriel corriese rauda por sus venas. Recordó lo que ella había dicho, que nunca un hombre la había besado así y una punzada de honda satisfacción le inundó. Atrapó su generoso labio inferior con los dientes y tiró con suavidad al tiempo que abría los ojos. Ella le miraba con una curiosa expresión en el rostro, mezcla de incertidumbre y de deseo. Se apartó para poder contemplarla con más detenimiento.

—Se... señor Salas... —comenzó con voz apenas audible. Respiraba con suma dificultad.

—No me llame así. Llámeme Gabriel —le susurró.

Ella asintió casi imperceptiblemente.

—Gabriel —musitó.

Lo hizo en español, dejando caer la entonación sobre la última sílaba. Escuchar su nombre pronunciado por ella y su aliento ardiente rozándole el mentón provocó que una oleada de calor comenzara en su estómago y descendiese hasta su entrepierna. Preso de las emociones, la empujó contra la pared y se aplastó contra ella, ignorando la crinolina de su falda que crujió lastimeramente bajo su peso.

—¿Cree que yo he podido dejar de pensar en usted? —increpó con aspereza, acercándole la boca al oído. La sintió estremecer—. ¿Cree que ha sido fácil para mí? Nada de lo que he hecho para alejarla de mis pensamientos durante este tiempo ha servido. Nada. Cada vez que cierro los ojos, solo la veo a usted —farfulló.

Ella soltó un gemido y volteó el rostro a un lado ofreciéndole, sin pretenderlo, la piel de su pálido cuello, cosa de la que él se aprovechó. Hundió la cara en él y, al tiempo que aspiraba su aroma con complacencia, repasó la vena que latía allí con la punta de su lengua hasta alcanzar el lóbulo de su oreja.

—No voy a contenerme, Rose. No me pida que pare porque no pienso hacerlo.

Ella apenas logró balbucear algo sin sentido. Él no dio tregua. Con rapidez, le elevó los brazos por encima de la cabeza y le sujetó ambas muñecas con una sola mano, inmovilizándola contra la pared, mientras que con la otra mano iniciaba un camino sin retorno y comenzaba a desabotonarle la blusa. Los botones eran diminutos, demasiado pequeños para sus dedos, y un

exabrupto impaciente emergió de su boca. La excitación que sentía se multiplicaba por mil según transcurrían los segundos y la blanca piel de su escote iba quedando al descubierto.

La blusa dejó de ser un obstáculo y mostró la fina tela de una camisola que cubría precariamente la parte superior de sus pechos, lechosos y turgentes. La borrosa imagen de Bessie cruzó por la mente de Gabriel, pero pronto se desdibujó opacada por la visión que se mostraba ante él. ¿Cómo había podido pensar que aquella mujer de Abilene se parecía a Rose en lo más mínimo? ¡Qué necio!

Haciendo a un lado cualquier tipo de contención, dejó que su áspera mejilla acariciase ese sensible trozo de piel justo entre sus senos, haciendo que a ella se le pusiera la carne de gallina y jadease agitada. Luego, a tientas, buscó el cierre de su falda y procedió a desabrocharla.

Ella trató de liberarse de su férrea sujeción, pero él no la dejó. Descubría que le gustaba tenerla así, incapaz de moverse, a su merced.

—Gabriel —intentó protestar, pero él la acalló poniendo la punta de sus dedos sobre sus húmedos labios.

Se quedó quieto. El contraste de su mano, grande, nervuda y morena, con la blancura casi inmaculada de su piel le conmovió. Ella se estremeció y le miró con intensidad sin siquiera parpadear.

Él, sin apartar los ojos de sus agitadas facciones, dejó que su mano descendiera hasta la parte baja de su espalda, donde encontró el lazo que mantenía las enaguas en su sitio. Consiguió desatarlo. Luego dio un paso atrás y permitió que tanto estas como su falda se deslizaran al suelo, descubriendo el armazón de la amplia crinolina. Con más pericia de la que pensaba, deshizo los nudos que sostenían la prenda y, en breve, esta se halló en el suelo junto a las otras. No era la primera vez que desnudaba a una mujer, pero sí era la primera vez que se encontraba con tantos obstáculos. Rose, solo cubierta por la fina camisa, el corsé crema, los pololos del mismo color y las medias blancas, había bajado la cabeza y su rostro se había tornado escarlata, como si en lugar de ser una mujer de treinta años con experiencia fuera una adolescente virginal.

Un fogonazo iracundo se encendió en el cerebro de Gabriel. ¿Qué clase de hombre había sido su marido para que ella se comportase de ese modo?

Conteniendo una palabrota poco amable, liberó sus brazos por fin y le sujetó el rostro, acariciándole con ternura los pómulos con los pulgares.

Quizá estaba yendo demasiado deprisa, se dijo, tratando de ignorar su pulsante miembro dentro de sus pantalones. Quizá debía de frenar el ritmo. Quizá... ¡No! Detenerse jamás, pensó con fiereza mientras la escrutaba con los ojos, buscando algún indicio de lo que ella pudiese estar pensando.

En ese instante, Rose le sorprendió. Pareció dejar a un lado su timidez y, con más audacia de la que él había esperado, comenzó a desabrocharle la camisa. Lo hizo con premura a pesar de que le temblaban las manos. Él siguió sus movimientos con la mirada, deleitándose con cada roce de la yema de sus dedos sobre su torso, gruñendo placenteramente cada vez que eso sucedía.

—¿Le gusta lo que ve? —le preguntó con voz ronca.

Ella asintió.

—Tóqueme —le ordenó al tiempo que se despojaba de la camisa y la arrojaba a su espalda.

Ella gimió, algo avergonzada, antes de alargar la mano y posarla sobre su hombro con suavidad. Con la punta de su índice, trazó un delicado camino desde su cuello, pasando por los músculos de su pecho y enredándose en el escaso vello que lo cubría, continuando por sus costillas hasta llegar al borde de sus pantalones. Semejaba encontrarse fascinada con la dureza de su piel.

Era, probablemente, la misma fascinación que sentía él cada vez que miraba a la mujer que estaba de pie frente a él.

Hermosa Rose Randolph.

Enardecido por la inocente caricia, no pudo reprimirse más y se abalanzó sobre ella, alzándola en el aire por las caderas y obligándola a enroscar las piernas a su cintura. Ella se aferró a su cuello expeliendo un grito sorprendido. Pero él silenció cualquier protesta con un delirante beso. Mientras lo hacía, la pegó a la pared y presionó su cuerpo contra el de ella, dejando solo un pequeño espacio para introducir la mano a su espalda y comenzar a desanudar su corsé a ciegas. Cerró los ojos y soltó un suspiro sofocado al sentir las suaves curvas de sus nalgas bajo la palma de su mano. No pudo evitar embestirla, frotando su entrepierna contra el centro de su feminidad cubierto solo por la fina tela de sus pololos. Su miembro vibró con

diligencia, ansioso por abandonar la prisión de sus pantalones y buscar otra más cálida y ardiente.

Rose, más osada cada segundo que pasaba, enterró los dedos en su melena, jugueteando con ella, y profundizó el beso, mordisqueándole el labio inferior de manera seductora.

Gabriel gruñó impaciente porque no había nada que desease más que poder abrazarla sin prenda alguna entre ambos, pero el corsé se le resistía. Ansioso, terminó por depositarla en el suelo y, antes de que pudiera protestar, hizo que se girase y apoyara las palmas de las manos contra la pared. Con dedos veloces, apartó los rubios mechones de su cabello y desató los últimos nudos sin demasiado cuidado. En su febril vehemencia, no fue demasiado delicado, y cuando tiró de la prenda para abrirla definitivamente, rasgó la fina tela de la camisa dejando su estrecha espalda al descubierto.

No se disculpó. Las cosas habían llegado demasiado lejos y él estaba demasiado excitado para pensar en hacerlo.

Recobró el sentido común solo durante un instante que utilizó para coger la falda y las enaguas de ella y tenderlas sobre el catre. No tenían nada mejor para cubrir el raído colchón. Luego volvió a su lado. Ella miraba la precaria cama con los ojos muy abiertos. La camisa hecha jirones le colgaba de los hombros. Había cruzado los brazos tratando de sostenerla en su sitio, sin mucho éxito. Temblaba.

Gabriel no tuvo demasiada compasión con su pudor. Con violencia mal contenida, se apresuró a desabrocharse el cinturón y despojarse de las botas, los calcetines y los pantalones, arrojándolo todo al suelo. Con el corazón latiéndole a gran velocidad debido al ardor que le embargaba la contempló con voracidad, saciándose en ella. Notó que sus ojos se posaban huidizos sobre el bulto que destacaba en sus calzoncillos, cosa que le hizo excitarse todavía más. Sentía como si fuera a estallar.

Ignorando el enrojecimiento que cubrió sus mejillas cuando se liberó de la última pieza de ropa que le cubría y su miembro fue liberado, la agarró de la muñeca y tiró de ella que, sin resistencia, se dejó caer contra su cuerpo. La camisola rota se desprendió de sus hombros y terminó en el suelo, dejando sus blancos pechos al descubierto. Él la alzó en brazos y de un par de zancadas la llevó hasta el camastro, donde la depositó con suavidad. Ella trató de cubrirse

los senos con los brazos, pero él no se lo consintió, se los apartó con las manos.

—No lo haga. Necesito verla —le pidió en un susurro velado.

Ella cerró los ojos y se mordió el labio inferior, pero terminó por abrirlos y no trató de taparse de nuevo. Sus pezones se endurecieron visiblemente bajo su ávido escrutinio.

Sin apartar los ojos de su frágil cuerpo, le quitó los zapatos, demasiado delicados para deambular por un rancho. Después, impaciente ya por ver cada pulgada de su desnudez, agarró la cinturilla de sus pololos y tiró con energía. La tela se rasgó mostrando la cremosa piel de su vientre y sus muslos y el triángulo de dorados rizos que cubría la entrada de su sexo. Ella dio un respingo. Con el pecho subiéndole y bajándole de manera ostentosa, huyó de su mirada, desviando la cabeza y enterrando la cara en los desarreglados mechones de cabello que se desparramaban encima de la tela sobre la que yacía.

Gabriel se lamió los labios con lentitud mientras sus ojos paseaban por su figura. Cuanto más la miraba, más crecía su excitación. Se sentó en el borde de la austera cama, se inclinó y posó la mano sobre su abdomen, cubriéndolo casi en su totalidad. Ella se sacudió espasmódicamente al sentir su roce y elevó los párpados, mirando sus largos y fuertes dedos como hipnotizada por ellos. Sus ojos se humedecieron y una mueca extraña apareció en su rostro.

Esa reacción confundió a Gabriel, que se retiró, desconcertado.

—¡No! —protestó ella, agarrándole de la muñeca—. No se aparte, por favor. Siga tocándome así... —Su profundo rubor le indicó que no le había resultado fácil pedir algo semejante.

Él no se hizo de rogar y volvió a posar la mano sobre su tembloroso cuerpo, justo debajo de su seno izquierdo. Su corazón latía con fuerza. La contempló en silencio. Un silencio solo roto por el aullante viento al otro lado de la pared de madera y por sus respiraciones fatigosas. Allí tendida, sin ropa, despeinada y con los labios enrojecidos e irritados por sus besos le pareció la mujer más bella y seductora del mundo. Se recreó en su imagen mientras una idea insólita acudía a su cabeza.

Nunca había sido demasiado consciente ni le había importado la diferencia de clases, pero Rose Randolph estaba, sin duda, muy por encima de su

condición. Ni en sus más locos sueños habría imaginado que algo así pudiera suceder entre ellos. La orgullosa y altanera hija de Patterson se hallaba a su merced, a escasas pulgadas de distancia, desnuda y vulnerable, esperando a ser poseída por él, un simple vaquero mexicano.

Una curiosa sensación de posesividad le dominó. Deslizó la mano hacia arriba, hasta que cubrió su seno con ella. Lo oprimió sin demasiada finura provocando que se endureciera. Ella se retorció ansiosa. Sus ojos, velados por la más genuina de las pasiones, se clavaron sobre sus dedos que comenzaron a jugar con su enhiesto pezón pellizcándolo provocativamente. Sus jadeos se hicieron más profundos y el miembro de Gabriel se agitó con violencia en respuesta a su reacción.

Entonces se apartó, pero solo lo hizo para poder acomodarse sobre ella en el estrecho catre. Se tendió sobre el suave y vibrante cuerpo femenino, forzándola a abrir las piernas con las rodillas y situándose entre ellas. Rechinó los dientes al sentir el calor abrasador que provenía de su sexo justo en la base de su virilidad. No pudo evitar restregarse de nuevo contra ella, que arqueó la espalda, alzó los brazos y los enroscó a su cuello, pegándose a él y acoplándose a sus músculos a la perfección.

—Gabriel —le susurró junto al oído.

Su aliento caliente hizo que se estremeciera y que perdiese los estribos. Con arrebató, le sujetó la cara y le forzó a abrir la boca con el dedo pulgar. Lo introdujo en ella y le rozó la punta de la lengua. Luego lo extrajo y restregó la humedad por sus carnosos labios, deleitándose en esa excitante visión. Gruñó roncamente antes de bajar la cabeza y besarla con ansia. Mientras lo hacía, su mano se dirigió hacia su muslo, hasta que rozó el borde de su media justo por encima de la rodilla. La obligó a levantar la pierna, buscando dejar el camino despejado hacia su ardiente centro.

Un potente e inesperado trueno retumbó cerca de ellos y el sonido de la lluvia sobre el precario tejado de madera llenó el ambiente. Unas cuantas gotas cayeron sobre la tensa espalda de Gabriel.

Lo ignoró.

Su mente solo podía pensar en Rose y en lo que estaba a punto de suceder entre ambos. El extremo de su erección rozó los pliegues húmedos de su sexo que se abrían invitadores para él, y no vaciló más. Se sumergió dentro de ella

intentando no precipitarse mientras seguía besándola con frenesí. Le sorprendió su estrechez. Hubo de detenerse un instante al notar todo aquel ardor envolviéndole inclemente. Una gota de sudor resbaló por su mejilla mientras trataba de no perder los nervios y se iba introduciendo poco a poco en el interior de Rose, que contuvo la respiración y se puso rígida debajo de él.

¿Le estaba haciendo daño? No lo entendía. Era imposible que fuese una virgen y, sin embargo, su angostura era tal que la penetración resultaba hartamente difícil. Perplejo, elevó la cabeza y buscó su mirada.

—No... no se detenga —suplicó ella jadeante—. Por favor...

No pensaba hacerlo. Era demasiado egoísta para ello. Quizá estaba siendo excesivamente rudo, pero las cosas habían llegado ya muy lejos entre ambos como para tener reparos o ser cuidadoso. Todo su cuerpo estaba en llamas.

—No lo haré —masculló.

Asaltó su boca con su lengua al tiempo que, de una potente embestida, la llenaba por completo. El sollozo ahogado que escapó de la garganta de ella se mezcló con el hondo rugido lleno de satisfacción que brotó de la suya.

Olvidando cualquier tipo de delicadeza o dulzura, se convirtió en un bárbaro. Y la poseyó sin restricciones, tomando todo lo que ella quiso darle y algo más. Moviéndose en su interior como si le fuera la vida en ello. Acariciándola con desenfreno. Hundiendo los dedos en su carne suave y dócil. Disfrutando cada vez que las uñas de ella rasgaban su espalda. Lamiendo las lágrimas que brotaban de los azules ojos con la punta de su lengua. Murmurando su nombre entrecortadamente una y otra vez y anhelando que ella murmurase el suyo.

Lo hizo.

Rose musitó su nombre.

Y mientras las gotas de lluvia caían sobre él y los truenos resonaban con fuerza en el exterior, su cuerpo se tensó y se derramó dentro de ella.

Capítulo 33

Volvió a cerrar los ojos cuando una nueva ola de calor se concentró en su vientre. Juntó los muslos y trató de cambiar de postura con cuidado, pero el ardor que sentía entre las piernas estuvo a punto de provocarle un gemido. Le lanzó una mirada temerosa a Mami, que trasteaba en el fogón. Le daba la espalda.

«Trata de controlarte, Rose. Esto es realmente embarazoso», se amonestó. Pero los acontecimientos del día anterior no querían irsele de la cabeza. Pasaba revista una y otra vez a lo acontecido y las imágenes se sucedían como rápidos relámpagos en su mente.

Bronco no había sido delicado ni había tenido ningún tipo de consideración. Las marcas que mostraban sus brazos podían dar fe de ello. Su rudeza la había asustado al principio, pero su cuerpo no tardó en acostumbrarse y, pasados unos segundos, no habría deseado que él fuese de otra manera. Su mirada posesiva y su forma de tocarla y de dirigirse a ella habían hecho que se sintiera la mujer más deseada del mundo. Por primera vez en su vida, un hombre la había adorado. De ahí las lágrimas que derramó, abrumada por las emociones. Gabriel Salas la había tratado como una mujer deseable, como si el simple hecho de mirarla le robara la cordura. Y eso, para Rose, que siempre había sido vista como un objeto, tenía un valor incalculable.

Volvió a estremecerse al recordarlo todo y reprimió un suspiro. No era el momento ni el lugar, se recriminó, espiando a hurtadillas a las dos criadas que le echaban una mano a Mami. Era muy temprano, apenas si había salido el sol, pero Rose no había podido aguantar en su dormitorio. Cansada de dar vueltas y vueltas en la cama, presa de la mayor de las agitaciones, hacía ya una hora que se había encaminado a la cocina. Y allí estaba, perdida en las reflexiones más indecorosas mientras contemplaba a Mami y sus ayudantes. Su presencia

en la cocina era algo tan cotidiano que ninguna la miró con extrañeza, a pesar de la temprana hora.

—¿No quiere comer nada? —La voz de la cocinera la sobresaltó.

—No, de veras, Mami. No tengo apetito. Con el café me basta —rechazó el ofrecimiento por tercera vez aquella mañana.

—¿No estará usted enferma? Tiene las mejillas muy sonrojadas —insistió con preocupación, dándose la vuelta y posando su mirada penetrante en ella.

Rose forzó una sonrisa. Si Mami supiera el porqué de su turbación...

—Es solo que estoy algo acalorada. Este verano está siendo muy agobiante.

—Cierto es. De nada sirvió el temporal de ayer. La tierra se bebió el agua y está igual de seca que si no hubiese caído ni una gota.

La cocinera no volvió a insistir aunque se la quedó mirando pensativa. Finalmente, se giró y comenzó a hablar con Carmencita de algo relacionado con el pan de maíz. Rose no prestó mucha atención. Se limitó a hundir la vista en el contenido de su taza, donde se vio reflejada en el negro líquido.

Tan negro como sus ojos...

No. En realidad no era así. Los ojos de Gabriel eran marrones, de un cálido y profundo tono de marrón. Su cabello sí era negro. Bueno, cuando el sol incidía de lleno sobre él le arrancaba algún destello algo más claro.

Advirtió, atribulada, que era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en él. De nada le había servido huir de la soledad de su habitación esperando encontrar distracción en la cocina. Daba igual que estuviera acompañada por otras personas, escuchando su insustancial charla, solo tenía a Gabriel Salas en sus pensamientos.

¿Cómo reaccionaría él cuando volvieran a verse? ¿Cómo se dirigiría a ella? ¿Se haría el indiferente o la trataría de un modo especial? No lo creía. Bronco no parecía ser un hombre que se dejase llevar por las emociones.

La pregunta correcta era, ¿cómo reaccionaría ella cuando le volviese a ver?

La noche anterior huyó cobardemente cuando se quedó dormido. Después de su apasionado encuentro, él no tardó en cerrar los ojos y recostarse a su lado, abrazándola con firmeza. No hubo palabras entre ellos. Rose, desbordada por la situación, se quedó quieta, aguardando hasta que su

respiración se hizo más profunda y el peso de su brazo sobre su talle aumentó. Con mucho cuidado para no despertarle, abandonó el catre y rescató su falda y su blusa, dejando el resto de las prendas abandonadas. Casi no se atrevió a mirar sus pololos hechos jirones mientras un calor sofocante la inundaba. Se apresuró a vestirse y a recogerse el pelo en una improvisada trenza, pero después de hacerlo, en lugar de darse media vuelta y huir a toda velocidad, se quedó de pie junto a él, contemplando su desnudez a la pálida luz de una enorme luna que entraba por uno de las ventanas.

Estaba tendido boca arriba. Durmiendo, sus rasgos se relajaban y aparentaba menos edad de la que tenía. Su cuerpo era musculoso y firme, del color del café con leche, mucho más oscuro que el de ella. Tenía una cicatriz bastante grande y de extraña forma en la cadera y otra en uno de los antebrazos, ambas parecían antiguas. Los rizos de vello que cubrían su pecho se iban estrechando hasta desaparecer en su vientre donde volvían a mostrarse envolviendo su virilidad que, incluso en reposo, imponía. Rose se sonrojó al pensar que no hacía mucho, él había estado dentro de ella. La prueba era evidente en la irritación que sentía entre las piernas y la humedad pegajosa que resbalaba por sus muslos. Todos los poros de su piel se erizaron al recordar de nuevo lo sucedido y estuvo a punto de soltar un gemido cargado de anhelo. Intentando controlarse, alzó la mirada al agujereado techo de la cabaña. Ya no llovía. Vaciló antes de agacharse y recoger sus enaguas que habían caído al suelo. Estrujó la prenda unos instantes antes de acercarse y cubrirle con ella. Él ni siquiera se inmutó.

Se alejó unos pasos y volvió a detenerse. Sus ávidos ojos se posaron sobre sus manos grandes y fuertes de largos dedos que descansaban a los lados de su cabeza. Le había recorrido el cuerpo con ellas, acariciándola a ratos con dulzura, a ratos con aspereza, tal y como ella había deseado tantas veces.

Ahora sabía cómo era su tacto. Rudo y firme.

Se estremeció.

Terminó por abandonar la cabaña dejando atrás a un durmiente Gabriel. Avanzó a trompicones, ya que la visibilidad era muy precaria, alejándose del río. La tormenta había pasado con rapidez, embarrando el camino que conducía al rancho. Sus delicados zapatos verdes de tacón acabaron destrozados y su falda que, sin crinolina, arrastraba por el suelo, quedó

también hecha un desastre. Cuando más tarde se quitó la ropa en su dormitorio, se dio cuenta de que iba a tener que deshacerse de ella. Había quedado inservible.

—Señorita, ¿quiere más café?

Alzó la vista sorprendida. Mami se hallaba justo a su lado. Rose le regaló una sonrisa débil. Iba a contestar que no, que todavía tenía, cuando se dio cuenta de que su taza, que se había llevado a los labios, estaba vacía. ¿Cuándo se lo había bebido?

—Oh... no, no... Muchas gracias.

—No sé qué le ocurre esta mañana, mijita. Parece que se encuentre muy lejos de aquí —dijo la cocinera con preocupación.

—Ya... ya te he dicho que estoy algo sofocada.

—¿Por qué no sale al patio y se refresca? La temperatura es agradable a esta hora.

—Sí, sí. Voy a hacer eso —musitó. Deseosa de huir de su mirada inquisitiva, se incorporó y se dirigió a la puerta trasera.

Mami tenía razón. La temperatura era deliciosa a aquella hora de la mañana. En breve, los abrasadores rayos del sol calentarían demasiado, pero en ese momento, corría una suave y fresca brisa que acarició el rostro de Rose en cuanto salió al exterior. Cerró la puerta a su espalda y atravesó el caminito de grava dejando la fuente atrás. No pudo evitar espiar el barracón de los vaqueros con nerviosismo. Un hombre alto y fornido lo abandonaba.

¡Gabriel!

Alterada, estuvo a punto de tropezar, pero solo un instante después se dio cuenta de su error. No era él. Era Boy Boy. Ni siquiera se parecían. Avergonzada por su reacción, se dio la vuelta con apremio. ¡Qué tonta era!

Comenzó a caminar, alejándose de la casa. A unas cuantas yardas, pendiendo de unas cuerdas, unas sábanas blancas se mecían al aire con ligereza. Atraída por su brillantez, se dirigió hacia allí. Pasó la palma de la mano por una de ellas y reparó en que estaba húmeda. No debía de hacer mucho tiempo que alguien las había tendido. Olían muy bien y desprendían frescura. Frescura que ella necesitaba con desesperación. Se aventuró a perderse en el pasillo que formaban y, allí, oculta a cualquier mirada curiosa, dejó volar su imaginación.

Gabriel y ella en la cabaña entregándose el uno al otro, Gabriel besándola, Gabriel poseyéndola. Ella accediendo a todo lo que él le pedía. Dejándose llevar por la pasión y correspondiendo a sus besos, sus caricias, sus envites... completamente desbordada por los sentimientos...

Las dudas volvieron a asaltarla. ¿Y si él no deseaba verla y la trataba con indiferencia? Sus ojos comenzaron a empañarse y la inseguridad la invadió, cortándole la respiración. Se había enamorado perdidamente de Gabriel Salas y solo pensar que él pudiera no sentir lo mismo por ella, la desgarraba por dentro. No obstante, por más que el dolor la ahogase, sabía que tenía que enfrentar la realidad. Y su realidad no era la misma que la de Gabriel. Algunas cosas estaban destinadas a no suceder. ¿Qué futuro podían tener ellos dos?

Sin embargo, el anhelo seguía ahí, enorme y consumidor.

Tan ensimismada estaba, que no fue consciente de que los rayos de sol brillaban ya resplandecientes desde un firmamento azul carente de nubes, abrasando todo el terreno y creando sombras alargadas donde antes no las había. Debía volver. No podía quedarse ahí escondida indefinidamente. Suspiró.

De pronto, una oscura silueta se perfiló con claridad en la sábana que estaba frente a ella. Se acercaba con lentitud. Sorprendida, dio un paso hacia atrás, hasta que su retirada se vio obstaculizada por el húmedo tejido que tenía a su espalda. No podía estar segura, por supuesto que no, pero la intuición y su corazón, que comenzó a latir más rápido de lo habitual, le dijeron quién era la persona que había al otro lado de la sábana.

Era Gabriel.

Solo podía ser Gabriel.

El ansia desesperada de mostrarse ante él la acució, pero el miedo a ver, quizá, una expresión desagradable en su rostro la paralizó.

Había venido a buscarla. Sabía que ella estaba allí.

Cuanto más se aproximaba y su sombra aumentaba de tamaño, más trabajosa se hacía la respiración de Rose. El contorno de sus musculosas piernas, su fornido torso y sus poderosos brazos se mostraron nítidos ante ella. La oscura silueta se quitó el sombrero y lo agarró con una mano, pegándoselo al muslo. Su larga melena se agitó ligeramente con la suave brisa que corría y que también hizo oscilar la húmeda tela de algodón frente a la que se detuvo,

haciendo visibles las puntas de sus botas, marrones y desgastadas, que ya habían tenido mejores tiempos. Apartó la mirada de su calzado. No se atrevió a moverse. Paralizada, aguardó su siguiente movimiento.

Quizá él se había acercado a decirle que se arrepentía de lo sucedido. Que no quería volver a tener contacto con ella... Que todo había sido un error... El miedo se le alojó en la garganta y un nudo de proporciones gigantescas comenzó a tomar forma en ella, sofocándola.

«Por favor, por favor...», comenzó a recitar en silencio, sin saber muy bien qué estaba pidiendo ni a quién.

Su forma oscura, enorme e imponente seguía quieta y en un completo mutismo. Y el desasosiego de Rose fue en aumento. Petrificada, le contempló con los ojos enormemente abiertos.

El aire quiso jugar con ellos y agitó las sábanas haciendo que se alejaran de él y se acercasen a ella. La frescura de la húmeda tela le acarició el rostro y sus labios no pudieron reprimir un gemido. Entonces, y cuando se sentía tan tensa como un junco a punto de quebrarse, la traviesa brisa no solo atrapó el tejido, también impulsó la palabra que emergió de la masculina boca.

—Rosa...

Aquella manera en la que él pronunció su nombre en español, arrastrando la erre de forma cadenciosa, provocó que un torbellino de sensaciones se avivara en ella.

¿Gabriel había dicho su nombre? ¡No era posible! ¡Tenía que tratarse de un error! Inmóvil, muda y con las rodillas temblorosas, pestañeó repetidas veces tratando de recuperar la cordura. ¿De verdad había escuchado correctamente? Meneó la cabeza de un lado a otro, cargada de escepticismo.

—Quiero volver a verla —susurró él con apremio.

Su voz ronca retumbó en su interior, y el significado de esa frase terminó por convertir sus piernas en mantequilla y su pecho en un desaforado concierto de tambor. Temiendo caer al suelo, se aferró a la tela que había frente a ella con desesperación, apresándola entre sus dedos.

Él dio un paso al frente, acortando las distancias, y su sombra se hizo más grande, más consistente. Unas pulgadas los separaban. De inmediato ella pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo, incluso a través de la húmeda sábana. Con la boca entreabierta observó cómo él alzaba la mano y, con mucha

lentitud, la acercaba a su puño envuelto en el blanco tejido. Lo rodeó con suavidad haciéndolo desaparecer dentro del suyo, más grande, más fuerte, más tosco..., convirtiéndolo en su prisionero.

—Esta tarde, en el mismo sitio, a la misma hora. —Un timbre demandante e impaciente que no admitía réplica se deslizó en sus palabras.

Rose no tuvo tiempo de contestar y mucho menos de reaccionar. Antes de que se diera cuenta, él la había dejado libre. La oscura silueta se dio la vuelta y se alejó con pasos decididos hasta que desapareció sin dejar rastro. Ella, al cabo de unos instantes de parálisis, soltó la sábana y retrocedió trastabillando, hasta que su espalda chocó contra uno de los postes de madera que sujetaban las cuerdas de tender. En su interior, el júbilo desbordante por lo que acababa de escuchar se empeñó en batallar contra la incredulidad más genuina.

Cerró los ojos que se le habían humedecido y una lágrima errante resbaló por su mejilla. Perpleja, se la limpió con los dedos. ¿Llanto? ¿Por qué?, se preguntó en silencio mientras contemplaba la minúscula gota prendida en su índice. La respuesta era bien sencilla y una sonrisa tímida se mostró en su boca. Todo había sido demasiado intenso e inesperado.

Él era demasiado intenso e inesperado.

La breve sonrisa se convirtió en una más amplia. Y esa terminó por transformarse en una suave risa que se mezcló con la brisa.

—Esta tarde, en el mismo sitio y a la misma hora —susurró con el corazón henchido de emoción.

Capítulo 34

La impaciencia le estaba comiendo por dentro. Se acercó de nuevo a la ventana, como había hecho en incontables ocasiones desde que llegara a la cabaña, y oteó el exterior. Ni rastro de Rose. Volvió a pasear, inquieto, recorriendo la pequeña superficie de pared a pared. El estado de ansiedad en el que se encontraba le hizo soltar una sardónica carcajada. ¡Qué patético resultaba! Andando con frenesí como si no hubiera cosa más importante en el mundo que aquella mujer.

Y en cierto modo, así era, al menos en esos instantes.

Desde que despertó la noche anterior en el estrecho camastro, cubierto por sus enaguas, en su cabeza no había cabido otro pensamiento que no fuera ella. Rose Randolph y su ávida manera de entregarse, como si hubiera estado esperando aquel encuentro durante mucho tiempo y rendirse a él hubiese sido su mayor anhelo.

Cuando recordaba cómo su suave carne se había convertido en cálida arcilla bajo sus dedos y cómo sus ojos se habían tornado vidriosos y habían derramado lágrimas cada vez que él se hundía más y más en su interior, no podía evitar que su entrepierna vibrara y se endureciese. Había pasado todo el día, mientras trabajaba rodeado por sus compañeros, tratando de controlar su traidora excitación y deseando que llegara el momento en que volviese a verla. Si bien esa mañana, cuando la descubrió escondida entre las sábanas, se mantuvo sereno, las ganas de estar con ella fueron en aumento a medida que transcurrían las horas.

Se quitó el sombrero y lo arrojó sobre la mesa, luego se colocó el pantalón, que comenzaba a resultarle demasiado estrecho en cierta zona, y volvió a dirigirse a la ventana. Un movimiento detrás de los matorrales que ocultaban el camino llamó su atención.

—Rose... —pronunció su nombre en voz baja.

En efecto, era ella. Llevaba la misma ropa que aquella mañana, una falda azul y una sencilla blusa blanca. Y su cabello, recogido en una trenza, le caía por encima del hombro derecho. Una suave sonrisa curvaba sus labios.

Gabriel sintió cómo se le secaba la boca y la sangre comenzaba hervirle en las venas. No sabía qué tenía aquella mujer que conseguía que todo a su alrededor desapareciera y solo tuviese ojos para ella. ¡Dios! ¿Cómo era posible que, en cuestión de horas y después de un único encuentro, se sintiera tan ansioso por tenerla entre sus brazos de nuevo?

Mientras su cimbreada silueta se acercaba, él aguardó expectante. Sabía que ella no podía verle, las sombras del árbol más cercano ocultaban el lugar donde estaba apostado casi en su totalidad. Se recreó en sus blancas manos que se sujetaban la falda con cuidado para que no arrastrase por el suelo. Sus movimientos, algo menos rígidos que de costumbre, le revelaron que había decidido prescindir del corsé. Al ser consciente de aquello, estuvo a punto de gruñir de impaciencia.

Se apartó de la ventana y se acercó a la puerta. Un instante después, Rose accedía al interior de la cabaña. Solo había plantado un pie dentro cuando Gabriel se abalanzó sobre ella y, dando rienda suelta a todo el deseo que llevaba horas conteniendo, la empujó contra la pared, inmovilizándola. Ella expelió un pequeño grito de sorpresa, y él aprovechó para besarla con hambre apenas contenida, al tiempo que restregaba su fornido cuerpo contra el de ella y confirmaba que su sospecha era fundada. No llevaba corsé. Enardecido por el descubrimiento, su lengua buscó la de ella febrilmente. La encontró, y los gemidos de ambos se mezclaron.

Mientras la besaba con fruición, paseó ambas manos por su cuerpo con exigencia. Su frágil cuello, el contorno de sus senos, la suave redondez de sus caderas, sus firmes muslos... Aunque la sintió temblar debajo de él, no trató de apartarse o de zafarse de su ruda caricia. Semejaba estar igual o más ansiosa que él.

Gabriel elevó el mentón unas pulgadas para ver su expresión. Sus ojos refulgían de un modo casi imposible y sus labios húmedos soltaron un jadeo de protesta al verse abandonados.

¡Qué hermosa era!

—La deseo —murmuró entre dientes—. La deseo igual que ayer. No. Mucho más que ayer —se corrigió—. Me he pasado todo el día pensando en el momento en que pudiera estar a solas con usted de nuevo. —Se inclinó y depositó un fugaz beso sobre su labio inferior—. Dígame que usted quiere lo mismo que yo —le ordenó con voz ronca—. ¡Dígamelo!

Rose cerró los ojos brevemente para volver a abrirlos y anclarlos en los de él, que aguardaba su respuesta con impaciencia mal contenida.

En realidad, lo que ella fuera a responder no era importante, ya era demasiado tarde para retroceder. No había marcha atrás. Ella había aceptado encontrarse con él y acudir a aquella cabaña. La decisión estaba tomada desde que atravesó el umbral de esa puerta.

—Yo... también quiero lo mismo que usted —susurró quedamente.

—Bien.

El monosílabo sonó como una sentencia en el silencio de la pequeña estancia. Luego, sin mediar más palabra que aquella, sus dedos veloces se encaminaron a la botonadura de su blusa. Sin apartar la mirada del rostro de Rose fue abriendo la tela poco a poco, deleitándose en el rubor que le cubrió el cuello y el escote. Pronto, la blanca camisola quedó al descubierto. Los endurecidos pezones destacaban claramente a través de la fina tela. Gabriel, con deliberación, los rozó con los nudillos en su camino descendente mientras la despojaba de la prenda. Ella reaccionó tal como él había previsto, soltando un grito sofocado.

Al igual que el día anterior, ella perdió toda su voluntad. Permanecía inmóvil, dejando que fuera él el que tomase las decisiones, poniéndose a su merced. Solo la trabajosa respiración que agitaba su pecho casi con violencia daba fe de que no era un ser inanimado.

Gabriel, a pesar de que la excitación le poseía y no deseaba otra cosa más que rasgarle la ropa, intentó serenarse y ser más comedido. Le desabrochó la falda y las enaguas que cayeron al suelo a sus pies. Su esbelto y lechoso cuerpo, apenas tapado por la ropa interior, se mostró ante él.

¡Dios! ¡Qué preciosa era!

Tragó saliva y, lentamente, se arrodilló frente a ella. Sin apartar los ojos de su encendido rostro, introdujo la mano debajo de la larga camisola y buscó el lazo que mantenía los pololos anudados a su talle. Lo deshizo y la prenda se

deslizó por sus piernas, dejando al descubierto sus rodillas, enfundadas en medias blancas. Solo se percibía una pequeña franja de piel marfileña entre estas y el borde de la camisa y Gabriel no desperdició la ocasión de acariciarla suavemente con la punta de los dedos.

Rose se mordió los labios tratando de ahogar un jadeo. Sus manos se agarrotaron contra la pared que había a su espalda, arañándola. La erección de Gabriel se manifestó inclemente al ver aquello, deseando que esos finos dedos se hundieran en su espalda. Excitado por los sensuales movimientos de ella, decidió ir algo más lejos. Posó la palma de su mano en la cara interna de uno de sus muslos y empezó a explorar la turgente carne con lentitud, ascendiendo poco a poco hasta que sus dedos encontraron el suave vello que cubría su sexo. Un gruñido gutural surgió de su garganta al percatarse de que estaba húmedo.

—Por... favor... —balbuceó ella, agitando la cabeza a un lado y a otro.

Como impulsado por un resorte, se incorporó y se apartó. Tenía las aletas de la nariz dilatadas y resoplaba como un bisonte enojado. Con violencia, se desabrochó los botones de la camisa y se la quitó. Luego se deshizo de las botas y los calcetines, apresurándose después a abrirse el cinturón y quitarse los pantalones, que arrojó al otro lado de la cabaña, sin cuidado alguno. Por último, se despojó de los calzones liberando su erguida masculinidad, por fin. Y así, completamente desnudo, volvió a acercarse a ella, que le observaba con una mezcla de reparo y fascinación.

Sin preámbulos, agarró el bajo de su camisola y se la quitó a la velocidad del relámpago. Después la abrazó con brusquedad, ahondando con sus dedos la carne de sus caderas. Al sentir su convulso y tibio cuerpo contra el suyo, sin obstáculo alguno entre ambos, suspiró placenteramente. Ella enroscó los brazos a su cuello y enterró la cara en el hueco que había justo debajo de su mandíbula. Su respiración ardiente sobre esa zona tan sensible le erizó la piel. Acercó la nariz a sus rubios rizados y aspiró hondo, deleitándose con el aroma que desprendía su cabello. ¡Qué bien olía!

—Gabriel —susurró con timidez.

Solo era su nombre, nada más, ninguna pregunta, ninguna petición, no obstante, él supo enseguida lo que ella deseaba decirle y no se atrevía.

La elevó en el aire y la condujo hasta el estrecho jergón. Había sido más previsor que la tarde anterior y había traído unas mantas limpias para cubrirlo. La forzó a soltarse de su apretado abrazo y la depositó allí con cuidado. Luego se inclinó y le quitó los zapatos. Le dejó las medias puestas. La imagen le pareció sumamente excitante. Su pálido y tembloroso cuerpo esperando a ser tomado por él, solo cubierto por aquellas finas medias de hilo... Su miembro se agitó descontrolado y se endureció todavía más, si es que eso era posible.

¡Dios! ¡Qué ganas tenía de poseerla!

Aparentaba estar calmado y ser dueño de sus emociones, pero nada más lejos de la realidad; estaba a un minúsculo instante de perder los estribos. Con la frente cubierta de sudor y la sangre al galope por sus venas, se tendió sobre ella y se apoderó de sus labios.

No hubo preliminares, no hubo miramientos, ni dulzura ni cuidado. Mientras la besaba apasionadamente y sus manos ásperas la recorrían con premura, la penetró con rudeza. Su angosto sexo ardiente, preparado para recibirle, envolvió su erección y le hizo rugir. Ella también gimió sofocada y le clavó las uñas en la espalda al tiempo que cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás. Gabriel la abrazó con fuerza. Con la cara hundida en su cuello, la sujetó por los hombros y comenzó a moverse dentro de ella con frenesí, dejando escapar jadeos ahogados con cada embestida.

No tardó en alcanzar el clímax. Elevó la cabeza y de su garganta emergió un gemido profundo que retumbó en las paredes de la desvencijada cabaña. Una arrolladora y poderosa sensación se hizo dueña de todo su cuerpo, tensando cada uno de sus músculos.

—Madre de Dios—farfulló sin resuello en español.

Se mantuvo un rato inmóvil, con los ojos cerrados y respirando con dificultad, mientras las oleadas de placer iban disminuyendo en intensidad, hasta que solo un vago eco de satisfacción recaló en su estómago.

Despacio, abrió los ojos y buscó los de ella, que permanecía silenciosa. Las lágrimas volvían a mojar sus mejillas, pero la expresión que mostraba su cara no era de tristeza. Parecía conmocionada. Desbordada por la situación, quizá. Gabriel se apartó lentamente, rompiendo el vínculo que todavía los mantenía unidos. Luego se inclinó y, tal como había hecho el día anterior, enjuagó sus lágrimas con sus labios.

Había sido rudo. Lo sabía. Egoísta y desconsiderado también. Demasiado precipitado y demandante. Y, sin embargo, no sentía ni un ápice de culpabilidad. Se hallaba demasiado eufórico y complacido para experimentar culpa alguna.

—He sido brusco.

—No, no... Está bien —repuso ella.

—No lo está —protestó—. Ahora voy a compensarla.

Le miró perpleja, como si no supiera de qué estaba hablando. Un ridículo pensamiento le asaltó. ¿Realmente no sabía a qué se refería? Imposible. Era viuda y había estado once años casada. No tenía ningún sentido. Era absurdo. Apartó aquella descabellada idea de su mente y volvió a besarla. Ella le correspondió con avidez. Le gustaban sus labios, carnosos y cálidos, y cómo se amoldaban a los suyos. Si él jugueteaba con ellos y los mordisqueaba, ella le seguía; si decidía profundizar el beso y ahondaba con la lengua dentro de su boca, ella le imitaba, poniendo todo su empeño en ello.

Se retiró para poder observarla mejor. Su tez aparecía sonrosada. Tenía los brazos cruzados, se los sujetaba con las manos agarrotadas, como si no supiera muy bien qué hacer con ellas. Él sí sabía cómo podía emplearlas... Meneó la cabeza y ahuyentó la lasciva imagen que comenzaba a tomar forma en su mente. Se apartó, tendiéndose junto a ella a duras penas debido a la estrechez del catre. Después se tumbó de lado y la envolvió en sus brazos, pegando el torso a su estrecha espalda. Su ahora flácido miembro se acomodó justo en la parte alta de sus nalgas. Ella se dejó hacer, sin protestar.

En condiciones normales, fuera de esa cabaña, Rose Randolph era una mujer segura de sí misma, fuerte, algo altiva, orgullosa y con carácter, capaz de plantarle cara a cualquiera y no dejarse amilanar fácilmente, pero en el momento en que se encontraba con él y se perdía en su abrazo, se convertía en otra persona, mucho más frágil, dócil y dulce. Incluso vulnerable.

A Gabriel le gustaba de cualquier manera.

El calor que desprendía la piel de ella era tan agradable que cerró los ojos y se relajó. Comenzó a acariciarle el hombro suavemente, descendiendo hasta la muñeca, notando cómo la respiración de ella se tornaba rauda. Casi con pereza, su mano abandonó su brazo y buscó su seno hasta que las puntas de sus dedos se enredaron con su pezón, que se puso inmediatamente rígido. Rose dio

un respingo y, sin pretenderlo, se pegó más a él, haciendo que su durmiente virilidad despertara.

—No se mueva —le susurró al oído.

Ella emitió algo parecido a un murmullo ininteligible.

Él continuó jugueteando con su pecho, rodeando la zona más sensible sin tocarla directamente, antes de deslizar la mano hasta su vientre que vibró bajo su palma. Un nuevo espasmo volvió a sacudir su cuerpo y sus glúteos chocaron contra el miembro de Gabriel.

—He dicho que no se mueva —ordenó con tono autoritario. Para dar más énfasis a sus palabras, la agarró con fuerza con el brazo que tenía bajo su cuerpo.

Ella se limitó a asentir.

Con agónica lentitud, prosiguió con su caricia llevando sus dedos a tocar la parte superior de su sedoso vello púbico. Los enterró en él y se detuvo a una pulgada escasa de su objetivo. Presionó su monte de Venus ligeramente.

El cuerpo de ella se tensó y todos los poros de su piel se erizaron. No obstante, no se movió, como él le había ordenado.

La excitación le volvió a invadir a él también y no pudo evitar presionar su virilidad, ya erguida por completo, contra la parte baja de su espalda. Respiró hondo un par de veces y trató de controlar su deseo para concentrarse solo en el de ella.

Hundió la cara en su cuello y la besó justo debajo de la oreja al tiempo que dejaba que su dedo corazón encontrara lo que había estado buscando.

Rose jadeó y esta vez el jadeo no fue suave ni sofocado.

Gabriel la apretó contra él y comenzó a deslizar los dedos arriba y abajo y a trazar círculos con ellos, esparciendo la humedad que halló entre sus ardientes pliegues por el centro de su feminidad, que comenzó a alterarse y endurecerse cuanto más profundo se hacía el roce. Ella no tardó en dejar de obedecerle y empezó a moverse. Parecía haber perdido el control sobre su cuerpo que se retorció entre sus brazos, cubierto de una fina capa de transpiración. Escondió la cara en la manta tratando de ahogar allí los sonidos que emitía su boca. Él intensificó la caricia, a sabiendas de que ella no tardaría mucho en alcanzar el orgasmo.

Tenía razón. Solo unos segundos después, fuertes espasmos la sacudieron y un grito agudo parecido a un sollozo se liberó de su garganta yendo a morir al tejido que tenía debajo. Los temblores se sucedieron, primero potentes y violentos, luego se suavizaron hasta convertirse en algo apenas perceptible bajo las manos de Gabriel, que la besó en la parte trasera del cuello. Se olvidó de sí mismo y de su palpitante erección, que reclamaba su atención, y se limitó a abrazarla, dejando que volviera en sí poco a poco.

—Su compensación —le dijo en un susurro al cabo de un rato cuando recobró la serenidad.

Ella se giró con precipitación entre sus brazos. Sus ojos azules, brillantes y muy abiertos se sellaron a los de él. La expresión de su rostro era de asombro, de sorpresa, de estupefacción.

—¿Mi... mi compensación? —casi tartamudeó y sus facciones se tornaron todavía más confusas.

Gabriel la observó con el ceño fruncido. De nuevo, aquella ridícula idea que había acudido antes a su mente retornó con fuerza. ¿Sería cierta su sospecha?

—No me diga que es la primera vez que llega hasta el final —inquirió con incredulidad manifiesta y más dureza de la necesaria.

La mirada dolida que le dirigió fue respuesta suficiente. Trató incluso de alejarse. No se lo permitió y la apretó contra él no dejando que se separase ni una pulgada.

¿Cómo demonios, después de once años casada, era posible que nunca hubiese tenido un orgasmo con su marido? Aunque el recuerdo de lo que ella le dijo la noche de su cumpleaños, después de que la besara, resonó en su cabeza. ¿Acaso no mencionó que ningún hombre la había besado así jamás?

—¿Qué clase de hombre era su esposo? —preguntó, y no pudo evitar que el desdén tiñese sus palabras.

Ella bajó los párpados. Parecía reacia a hablar de ello.

—Nosotros no teníamos ese tipo de... matrimonio —musitó al fin. Volvió a mirarle. El fulgor de sus ojos se había apagado—. Timothy y yo... Fue un matrimonio de conveniencia —concluyó con un suspiro.

Gabriel la contempló sin decir nada. No podía imaginar cómo era posible que un hombre, estando con una mujer como Rose, no aprovecharse la

oportunidad de disfrutar con ella en el lecho. Le resultaba del todo impensable. El tal Timothy tenía que haber sido un verdadero necio. Repentinamente, ese sentimiento de culpa que antes no había tenido, comenzó a manifestarse en su interior al recordar lo egoísta que él mismo había sido hacía solo una escasa media hora. Se llamó imbécil en silencio. De nuevo, fundió su mirada con la de ella, que aguardaba expectante, y una extraña sensación de profundo afecto le embargó. Le acarició el pómulo con el dedo pulgar. Su piel era tan suave como la seda más costosa.

—Yo voy a compensarla con frecuencia —prometió con gravedad.

Después acercó su boca a la de ella y unió sus labios en un ardiente beso.

Capítulo 35

Quince días cabalgando sobre una nube. Así se sentía Rose. Dos semanas hacía desde el primer encuentro con Gabriel en la cabaña; dos semanas en las que había escapado casi a diario para disfrutar de su compañía. Exceptuando tres noches en las que él estuvo fuera del rancho por motivos de trabajo, el resto las habían pasado juntos. Conociéndose, explorándose, deleitándose mutuamente en las caricias del otro...

Amándose.

Sí, amándose. Al menos ella a él. Cada día un poco más.

Era difícil saber si él sentía lo mismo, era muy parco en palabras. A pesar de que sus actos daban a entender que estaba igual de loco por ella que ella por él, su mutismo no dejaba entrever si aquella relación que mantenían era de carácter físico y superficial o había algo más. Rose se lo preguntaba con frecuencia y trataba de encontrar respuestas en los gestos tiernos de él, pero no se atrevía a sacar el tema directamente. Se limitaba a imaginar.

Desde que le prometió con toda solemnidad que iba a compensarla con regularidad, lo había hecho siempre. Cada vez que estaban juntos, Gabriel se esforzaba por que ella llegara hasta el final. ¡Y cómo se esforzaba! Solo de pensar en el modo en que conseguía que se derritiera convertida en lava, un calor abrasador anegaba su cuerpo.

Qué ingenua había sido con respecto al sexo. Ahora, y después de que Gabriel le hubiese abierto las puertas a ese mundo de sensaciones, comprobaba lo egoísta y desconsiderado que fue Timothy. Jamás se preocupó un ápice por ella. Dejó que creyera que era la culpable de que su matrimonio fracasase. No solo le echó en cara mil veces que no pudiese concebir, también le reprochó no ser lo suficientemente ardiente en el lecho y se mofó porque no conseguía excitarle. En unas cuantas ocasiones la llamó fría y la acusó de no ser capaz de satisfacer a ningún hombre. Ella le creyó. Por supuesto que lo hizo. Era tan inocente cuando le conoció y tenía tan poca seguridad en sí

misma, que cuando él le dijo que todo era culpa suya, lo aceptó como un hecho.

Se convenció de que Rose Randolph era una mujer frígida, insensible y poco atractiva.

No estaba bien hablar mal de los muertos, pero su esposo fue un canalla. Y eso lo había comprendido en el momento en que se acostó con Gabriel Salas. Nunca antes se había sentido tan hermosa y tan deseada. Con él, su inseguridad desapareció y una nueva Rose comenzó a renacer. Una Rose más segura, más decidida. Más atrevida. Si las primeras noches que pasó con él, la timidez pudo con ella, poco a poco se fue haciendo más osada y se atrevió a acariciarle de la misma manera que él la acariciaba a ella. Sus manos y sus labios ganaron en audacia y, pronto, le exploró con más descaro. Dos noches antes se arriesgó a rodear su miembro endurecido con la mano y apretar con suavidad, recreándose en el suspiro de placer que emergió de la boca de él.

Sí, su arrojo crecía día a día. A su lado.

Por el día se comportaban como dos cortesés extraños. Incluso el fin de semana anterior cuando se vieron en la casa de su tía Elena, apenas se dirigieron la palabra. Y en el rancho, cuando sus caminos se cruzaban, ella inclinaba la cabeza y él, con suma cortesía, se llevaba la mano al sombrero. Sin embargo, cualquier espectador avisado hubiera podido percatarse de la sonrisa feliz que se pintaba en la boca de ella o del leve sonrojo que coloreaba sus mejillas. Un espectador avisado como Angie, que no cesaba de mirarla con curiosidad y que, en un par de ocasiones, le había preguntado sobre sus cambios de humor, al parecer bastante obvios. Rose había podido esquivarla a duras penas, inventando que el verano tenía ese peculiar efecto en ella. Su hermana no la creyó, por supuesto, pero no insistió.

Los días junto a él eran maravillosos, pero pasaban demasiado aprisa acercándola de forma vertiginosa al odioso momento que tendría lugar la primera semana de agosto: su boda con Henry. Estaban en la tercera semana de julio y el tiempo transcurría de modo inexorable.

Rose cerró los ojos y llenó sus pulmones de aire. No soportaba pensar en ese incierto futuro que la esperaba. La desazón la invadía. También sabía que no había nada que pudiese librarla de ese destino que los demás habían elegido para ella. Nada. Gracias a Dios, Henry había partido hacia Baton

Rouge con sus hijos. Planeaba dejarlos allí una temporada con los parientes de su fallecida esposa. En un mensaje, le había comunicado que así tendrían oportunidad de conocerse mejor después de la boda, dado que ella no tendría que ocuparse de los pequeños y podría dedicarse por entero a él. A Rose le resultaba tremendamente desolador pensar en ello.

Un ruido en el exterior le hizo dar un pequeño respingo. Veloz, se acercó a la ventana e inspeccionó el angosto camino bordeado de matorrales.

Gabriel se aproximaba.

Llevaba los pantalones oscuros metidos dentro de sus viejas botas marrones y una camisa gris con las mangas subidas hasta los codos, lo que dejaba sus musculosos brazos al descubierto. Su sombrero negro echado hacia atrás mostraba sus morenas facciones. Se había recogido la espesa melena en la nuca. Avanzaba hacia la cabaña con grandes zancadas.

Rose, emocionada, se dio la vuelta y esperó a que él apareciera en el umbral de la puerta. Solo unos segundos después, lo hizo.

Él se detuvo y la buscó con la mirada. Al verla, sonrió.

—Señora Randolph —murmuró con cierto tono jocoso al tiempo que extendía los brazos. Ella no vaciló y se arrojó a ellos.

Se besaron durante una eternidad antes de separarse y mirarse a los ojos. Los de él brillaban ufanos, los de ella, anhelantes.

—Le he echado de menos —le dijo casi sin voz.

—Qué insaciable es usted —bromeó él—. Solo hace veinte horas que nos separamos.

Ella se sonrojó. Sabía que sonaba demasiado ansiosa cuando decía aquellas cosas, no obstante, era verdad. Cada instante que no pasaba con él, le extrañaba. Para evitar que viese la expresión avergonzada que cubría sus facciones, enterró la cara en su pecho y se aferró a él. Era simplemente maravilloso sentir su fornido y endurecido cuerpo pegado al suyo.

—Déjeme que le demuestre lo mucho que la he echado de menos yo también —le susurró él al oído haciendo que se le pusiera la carne de gallina.

Después de aquello no hubo más palabras, solo silencio, interrumpido de tanto en tanto por algún jadeo. Sus ropas acabaron en el suelo y sus cuerpos, entrelazados sobre el catre. Los besos y las caricias se sucedieron mientras el sudor de ambos se mezclaba. No hubo promesas, nunca las había, pero sus

corazones latieron al unísono durante un breve espacio de tiempo hasta que, agotados, se tendieron uno al lado del otro, mirándose.

Rose alzo la mano para secarse una estúpida lágrima que se desprendió de sus pestañas. No sabía por qué, pero siempre terminaba llorando después de cada encuentro. Quizá la intensidad de los mismos era demasiado abrumadora.

—No. Yo lo hago.

La detuvo sujetándole la muñeca y, acto seguido, acercó la boca a su pómulo y la besó, arrastrando la humedad con sus labios. Después, la rodeó con ambos brazos. Ella se amoldó a cada hueco y protuberancia de su cuerpo, respirando el aroma de su curtida piel. Como siempre, olía a cuero, a caballo, a jabón de lavanda, a Bronco... Era una delicia el poder estar así con él. Se sentía tan protegida, tan segura, tan amada...

La respiración de él, sobre su frente, fue tornándose más profunda. Semejaba estar tan relajado que Rose se preguntó si se habría quedado dormido. Tuvo ganas de zarandearle con suavidad y despertarle. No quería desaprovechar ni uno solo de los minutos que pasaba con él. Sabía que solo les quedaban dos semanas más para estar juntos. Después, todo terminaría. ¿Cómo iba a poder sobrevivir? ¿Cómo iba a poder tener una vida con Henry, al que despreciaba, después de haber estado con Gabriel? Era un pensamiento demasiado amargo. Se le rompía el corazón cada vez que era consciente de su realidad y de que aquello que compartía con el vaquero solo podía acabar de una manera: con ellos dos separados.

—Nunca le he contado nada de mi familia.

La voz grave por encima de su cabeza la sobresaltó. Al parecer, él no dormía.

No. Nunca le había hablado sobre su familia. Ella sí le había hablado a él sobre Timothy y su vida en Chicago, pero él solo le había relatado breves episodios de sí mismo y de su hermano Rico. Nada trascendental. Aguardó, expectante.

—Poseíamos un pequeño rancho a unas tres horas al este de aquí —comenzó—. Rico y yo nos dedicábamos a la doma de caballos. Mi madre, mi esposa y mi hermano Rafael se ocupaban de los otros animales y de la cosecha. Teníamos una pequeña plantación donde cultivábamos algodón. No hacíamos demasiado dinero, la verdad, pero era suficiente —hablaba sin

ningún tipo de alteración, aparentemente—. Hace ahora algo más de dos años, Rico y yo fuimos a Catclaw Springs a entregar una partida de mustangs. Partimos al amanecer y regresamos antes de que anocheciera. Ni siquiera estuvimos fuera un día entero. —Hizo una pausa y carraspeó ligeramente antes de continuar con aspereza—. Cuando volvimos, el establo y el granero estaban en llamas. Mi madre y Rafael, mi hermano pequeño, habían sido asesinados... Rafael solo tenía doce años.

Rose se llevó la mano a la boca tratando de contener la exclamación horrorizada que estuvo a punto de brotar de sus labios. ¡Qué espeluznante!

—Mi mujer... mi mujer yacía en la cama en un charco de sangre. Estaba embarazada de ocho meses.

Rose se tensó como una cuerda de violín al escuchar aquello. Elevó la barbilla y posó sus ojos en los de él que, incluso en la penumbra, centelleaban con ferocidad. El resto de su rostro se mostraba hierático, sin emoción alguna.

—Había dado a luz sola. La niña sobrevivió. Teresa no. Había perdido mucha sangre.

Su entonación era monótona, como si estuviera relatando la experiencia de alguien más y no la propia. Como si no hubiese vivido en sus carnes aquella tragedia. Rose no se atrevió a decir nada. El horror la había dejado sin palabras. Hubiese deseado confortarle de algún modo. Pero ¿cómo se consolaba a alguien que parecía no querer ser consolado? Notó la humedad empañándole la vista.

—Teresa apenas tuvo tiempo de ver a su hija una sola vez antes de cerrar los ojos para siempre.

A pesar de que parecía mostrarse impertérrito, un fugaz chispazo de dolor se coló en su tono y Rose comprendió que debía de haber amado muchísimo a su mujer.

—Aquella noche juramos sobre las tumbas de mi esposa, de mi madre y de mi hermano que buscaríamos a los responsables de aquello y haríamos justicia.

La frase cargada de ira resonó como un pistoletazo en el silencio de la estancia. Ella nunca le había visto así antes, con ese brillo asesino en la mirada y esa expresión decidida y sombría. Era un Gabriel diferente al que había llegado a conocer en las últimas semanas.

—No tardamos en averiguar quiénes eran. Una banda de miserables que se dedicaba a ir asaltando rancho tras rancho y granja tras granja. Rico lleva dos años tras su pista. Hasta ahora no ha tenido suerte, pero terminará por dar con ellos —masculló—. Y en cuanto conozcamos su paradero exacto, iremos a buscarlos y haremos que paguen por lo que hicieron, aunque sea lo último que hagamos en esta vida —sentenció con voz gélida.

Después de aquello, no dijo nada más. Guardó silencio. Pero no era un silencio cómodo ni tranquilo, era lúgubre e intimidante. Rose tragó saliva al percibir el odio contenido que emanaba de él. A pesar de que se encontraban a solo unas pulgadas de distancia, de pronto, él parecía estar a millas de allí.

Transcurrió una eternidad antes de que él volviera en sí y, como si se hubiese percatado repentinamente de su presencia, la apretó contra su torso. Una de sus enormes manos se hundió en la carne de su cadera dolorosamente mientras que la otra la sostenía por la nuca. Aunque aquel abrazo era algo rudo y no demasiado suave, Rose no protestó. Notaba la tensión que desprendía su cuerpo y sabía que él, de alguna manera, necesitaba sentirla así. Con fiereza. Multitud de pensamientos a cual más angustioso revolotearon por su cabeza. Tenía que haber sido horrible para los dos hermanos llegar a su rancho para descubrir los cadáveres de su madre y de su hermano..., y a la esposa de Gabriel en aquellas condiciones. No podía ni imaginarse el tormento tan grande que debió suponer para ellos. No era de extrañar que hubieran jurado buscar venganza. En un estado tan salvaje como era Texas, la justicia real era escasa. Criminales en exceso, pocas fuerzas de la ley y un territorio demasiado basto, inabarcable. En aquella zona y a falta de tribunales, eran muchos los ciudadanos que se erigían en jueces y solo seguían su propia ley.

Súbitamente, algo que él había dicho le explotó como un relámpago en el cerebro.

Y en cuanto conozcamos su paradero exacto, iremos a buscarlos.

Al comprender que Gabriel estaba de paso, que una vez que su hermano hallase a los asesinos de su familia, partiría para enfrentarse a ellos, el miedo se le agarró a las entrañas y una sensación de profunda desolación le heló la sangre. Buscó sus ojos, que ahora estaban limpios y habían perdido ese resplandor colérico que los había encendido antes. Su rostro se mostraba

impasible, como si aquello que le había contado no fuese una cuestión de vida o muerte. No supo qué decirle. Se limitó a esperar muy quieta.

—Qué conversación más poco adecuada —murmuró él entonces, meneando la cabeza con suavidad y alisándole el ceño con la punta del pulgar. A pesar de que se dirigía a ella, todavía semejaba estar algo distante. Incluso su sonrisa era forzada.

Rose vaciló. ¿De qué manera debía reaccionar ahora? Él no parecía dispuesto a seguir hablando del tema. Con algo de inseguridad, acercó su boca a la de él y le besó. Fue un roce ligero, pero suficiente para traerle de vuelta. Gabriel enredó los dedos en su pelo y tiró hacia atrás.

—Déjeme que la vea bien —dijo en voz baja. Su actitud cambió drásticamente. De nuevo era el de hacía media hora, centrado en ella—. ¿Sabe qué parte de su cuerpo es mi favorita?

Rose, a pesar de que no podía apartar de su mente lo que él le había confesado, decidió seguirle el juego, ya que parecía muy decidido a cambiar de asunto.

—¿Cuál?

—Sus labios. —Los rozó con la punta del dedo índice—. Son carnosos y sensuales, hechos para besar. Durante mucho tiempo anhelé apoderarme de ellos. —Acercó la boca a su oído y le habló con voz aterciopelada—. Algunas noches sueño que usted recorre todo mi cuerpo con ellos. Espero que algún día ese sueño se haga realidad...

A pesar de que ya estaba acostumbrada a su franqueza y a su lenguaje provocador, las mejillas de Rose se oscurecieron. ¿Acaso esa timidez no iba a desaparecer nunca del todo?

—El sonrojo le sienta bien, Rosa —siguió él con el mismo tono, pronunciando su nombre en español de aquella manera tan única que hacía que se le erizaran los poros—. ¿Y usted, qué parte de mi cuerpo prefiere? —Mientras le preguntaba, se pegó más a ella. Su virilidad comenzó a endurecerse contra su vientre.

—Sus manos —jadeó ella sin dudar—. La primera vez que le vi, estaba con la yegua de mi hermana en el cercado. Fue la noche de mi llegada a *Las Claritas*. Algo pasaba con Mandolina y usted se esforzaba por tranquilizarla. —Hizo una pausa y se aclaró la garganta antes de continuar. Él la observaba

con mucho interés, con una ceja arqueada—. Le estaba pasando las manos por las crines y... lo hacía con tanto afecto y dedicación... que... yo... yo... —se interrumpió abochornada—. Déjelo, no es tan importante.

—No —protestó él, sujetándola e impidiendo que pudiera esconder el rostro en la almohada—. No puede usted dejarme así. No es de justicia. Continúe —insistió con curiosidad.

Rose suspiró. ¡Qué tonta había sido al comenzar a hablar de aquello! Ella misma se había puesto en un compromiso. Era tan ridículo...

—¡No se burle! —pidió en un suspiro—. Yo... yo deseé estar en el lugar de la yegua —confesó al fin en un balbuceo—. Quería que... que alguien me acariciase como usted lo hacía con ella.

No se atrevió a mirarle de frente. Esperó escuchar su risa burlona o alguna exclamación jocosa, pero nada de eso sucedió. Él la contemplaba sorprendido.

— No tiene usted ni idea de cómo me hace sentir, Rose Randolph... —dijo al cabo de unos segundos. Su voz sonaba diferente, más ronca y adusta, como si no le resultara fácil hablar—. ¿Sabe lo mucho que me conmueve con estas cosas que dice? ¿Mis manos? —Alzó una de ellas en el aire y la movió, volteándola.

Ella no pudo evitar que sus ojos se clavaran sobre ella. Era grande y morena, de dedos largos y fuertes, el corazón algo más prominente que los demás. Sobre el dorso destacaban un par de venas desde la muñeca hasta los nudillos. La palma, curtida por callos y alguna que otra cicatriz. Ella sabía que era áspera y aun así, capaz de acariciarla con una suavidad infinita.

Entonces Gabriel bajó la mano y le acunó la cara con ella. Sus ojos relucían con fascinación mientras la contemplaba fijamente. Su boca esbozaba una sonrisa. Luego bajó la cabeza y la besó.

Y Rose se olvidó de todo lo que no fuera ese instante y el hombre que se tendía encima de ella.

Capítulo 36

La casa estaba completamente a oscuras, pero Rose ya se había acostumbrado a andar por ella en esas condiciones. Conocía cada pulgada de la misma y no necesitaba ninguna fuente de luz para llegar hasta su dormitorio.

Se sujetó la falda y, de puntillas, atravesó la sala que conducía hasta las escaleras. Sabía que tenía que evitar pisar el extremo izquierdo del primer escalón y el centro del tercero, ya que la madera de ambos crujió bajo su peso. El resto no era un problema.

Apenas había plantado el pie derecho en el primer peldaño, cuando una voz profunda y cargada de enfado resonó a su espalda.

—Por fin regresas.

¡William Patterson!

El corazón de Rose se desbocó y las manos se le humedecieron.

El sonido rasposo de una cerilla rasgó la quietud del ambiente. Después, la luz dorada de una lámpara de aceite iluminó la estancia.

Se quedó quieta. Su cabeza era un torbellino de ideas descabelladas y su estómago un entresijo de nervios. ¿Qué excusa podía poner? ¿Qué podía decirle a su padre que sonara convincente? Debían de ser las tres de la madrugada. Nadie en su sano juicio estaría despierto y paseando por el rancho a aquella hora. Con mucha lentitud, se dio la vuelta y se encaró con su progenitor.

Él la observaba con los ojos entornados desde la puerta de su despacho. El haz de luz de la lámpara que reposaba en la repisa del mueble que había junto a él mostraba su aspecto desaliñado. No era habitual en él presentarse de aquel modo, con la corbata desabrochada, cuyos extremos colgaban a lo largo de su pecho, y el cuello de la camisa abierto. Su pelo aparecía revuelto como si se hubiera pasado las manos por él varias veces. Tenía una fusta en la mano derecha con la que se golpeaba el muslo nerviosamente una y otra vez.

—¿De dónde vienes a estas horas? —formuló la pregunta arrastrando las palabras, y Rose se dio cuenta de que había bebido más de lo habitual—. ¡No! No hace falta que contestes —continuó, dando un paso en su dirección—. Tu apariencia es respuesta suficiente. ¡Mírate! La blusa desordenada, el cabello despeinado, manchas en la falda de... de haber estado revolcándote... — Meneó la cabeza con violencia sin quitarle la vista de encima—. Mi hija, la viva imagen de una furcia —masculló trastornado.

El insulto le penetró en el corazón como un puñal. A pesar de que la vergüenza la invadía y notaba que su cuerpo se estremecía por dentro, decidió no dejarse amilanar. Tampoco podía negar lo evidente. Elevó la barbilla y guardó silencio, esperando que él siguiera hablando.

—¿Dónde estabas y con quién? ¿Quién ha sido el desgraciado que se ha atrevido a acostarse contigo? —Volvió a avanzar hacia ella—. Dime quién es para que pueda pegarle un tiro en la cabeza.

Rose se agarró a la pulida barandilla de madera. La asió con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron del color de la nieve.

—¿Quién es ese malnacido que ha osado enredarse con mi hija? —farfulló él. Los golpecitos de la fusta sobre su muslo se tornaron más rápidos—. ¿No vas a decir nada? ¿No vas a buscar una excusa de por qué te has comportado como una puta?

Ella bajó los párpados antes de volver a mirarle. Los ojos de su padre refulgían con ira y una mueca de asco curvaba su boca mientras la contemplaba de arriba abajo como si fuera algo repugnante y no su hija.

—No puedo creer que tú, mi propia hija, se haya echado sobre la espalda para alguien. Mi hija, la mojigata, como te llamaba tu marido, abriéndose de piernas para un hombre cualquiera —soltó una risa algo incrédula, rayana en el histerismo.

¿Timothy había dicho eso de ella? La impotencia y la rabia atenazaron la garganta de Rose y una sensación de ahogo se le formó en el pecho. Una lágrima le rodó por la mejilla izquierda. Se la limpió con el puño, airada. No iba a llorar delante de él. No se merecía ni una sola de sus lágrimas. Ni él ni el canalla de su esposo.

De repente, su padre acortó la distancia que los separaba y se detuvo a unos pasos de ella. Sus ojos se encontraban exactamente a la misma altura

dado que ella seguía sobre el primer escalón. Los de él brillaban con decisión.

—De hecho, da igual con quién te hayas acostado —siseó entre dientes—. No va a volver a suceder. Tampoco me preocupa demasiado que te quedes embarazada y vayas al altar con un bastardo en el vientre. Ambos sabemos que eso no puede pasar. —Un feo rictus de desdén se mostró en su cara—. A partir de hoy tienes prohibido salir de tu habitación. Te quedarás allí encerrada hasta el día de tu boda con Henry.

Rose le observó, horrorizada. Tenía que haber perdido el juicio. No podía estar hablando en serio.

—No —protestó.

—¿No? —La voz de Patterson descendió varios octavos y se tornó amenazadora—. ¿Qué quieres decir con ese no?

—No puede encerrarme en mi habitación como si fuera una delincuente.

—No, no eres una delincuente. Eres una ramera —escupió. El gesto de repulsión que curvó su boca impulsó las puntas de su bigote hacia arriba y dejó sus dientes al descubierto.

Rose continuó agitando la cabeza, incapaz de creer que aquello estuviera sucediendo.

—¿Osas desafiarme? —De pronto, el tono de él había cambiado. El hielo tiñó la pregunta. Él mismo pareció quedarse congelado. Incluso la mano que sostenía la fusta y que se había movido inquieta, se detuvo.

Rose cogió aire. Por primera vez en su vida, delante de su padre, temió por su integridad física. Él nunca la había golpeado, pero jamás le había visto tan borracho y con esa inquina palpitando en su mirada.

—No me provoques, Rose —masculló, acercando su cara a la de ella. Su aliento apestaba a alcohol—. No me provoques porque estoy a punto de perder los estribos. Harás lo que yo te diga. Y no quiero escuchar ninguna protesta por tu parte. ¿Entendido?

Ella apretó la mandíbula. A pesar de que estaba atemorizada se negó a mostrar su debilidad frente a él.

—Tengo treinta años y ya no soy una niña.

Lo que sucedió a continuación la dejó completamente anonadada. Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. William Patterson levantó la fusta y la dejó caer sobre ella con violencia mientras emitía un bramido salvaje. La fina

varilla recubierta de cuero restalló contra su hombro. Un dolor agudo le cortó la respiración.

—¡He dicho que no me repliques! —gritó él y, sin tener en cuenta que ella no había dicho ni una palabra más, volvió a golpearla, esta vez a la altura del omóplato, ya que se había girado después del primer latigazo—. ¡No me repliques!

Rose gritó y se agarró a la barandilla, tratando de subir los escalones y huir de su padre que parecía haberse vuelto loco. Al menos cinco o seis veces más la alcanzó con la fusta en la parte superior del cuello y en la espalda antes de que consiguiera alejarse, renqueando. Él no paraba de repetir como un poseso la misma frase una y otra vez.

La alcanzó en mitad de la escalera. Tiró de su brazo y la forzó a girarse. Sus facciones estaban deformadas y en las comisuras de sus labios se había formado espuma. La imagen le recordó a Rose a un perro salvaje que vio en Chicago hacía años. ¡Dios Santo! Había perdido la cordura.

—¡No vuelvas a replicarme! —exclamó entre dientes.

Elevó la fusta por encima de su cabeza de nuevo y Rose trató de protegerse la cara con el brazo. El pequeño látigo aterrizó sobre su estómago unas cuantas veces rasgando la tela de su blusa. Rose gritó de dolor.

—Y ahora, vas a hacer lo que yo te diga. ¿Entiendes? —resopló jadeante.

Tiró la fusta al suelo y la cogió por los hombros, zarandeándola con tanta fuerza que le castañetearon los dientes. A pesar de que se había prometido a sí misma que no iba a llorar delante de él, no pudo evitarlo. El llanto sacudió su cuerpo. La escena la había dejado rota por dentro.

—Te vas a quedar en tu habitación hasta el día de tu boda y no admito protestas —gritó él. Las sombras de la noche convertían su contraído rostro en el de un demente. La sujetó de la muñeca y comenzó a tirar de ella, arrastrándola escaleras arriba.

—Suélteme... —logró balbucear. Cometió el error de forcejear y resistirse.

Entonces él se dio la vuelta y le propinó una violenta bofetada, de manera que su cabeza salió disparada hacia un lado y chocó contra la barandilla golpeándose en la frente. Delante de sus ojos aparecieron multitud de puntitos luminosos y se le nubló la vista.

—¿Estás contenta ahora? ¡Mira lo que me has obligado a hacer!

Su padre seguía gritando, pero ella ya no era consciente de qué, exactamente. Con docilidad, se dejó llevar por él, temblando como una hoja. Las náuseas se le acumularon en el estómago y boqueó un par de veces, suplicando en silencio que aquella tortura terminara cuanto antes.

En su cuarto, él la empujó contra la cama, donde cayó desmadejada.

—No quiero volver a saber nada de ti hasta el día de tu matrimonio. Te quedarás aquí encerrada. Vas a tener tiempo de sobra de arrepentirte de haberte comportado como lo has hecho. Eres una vergüenza para la familia — masculló con desprecio.

Después, sus pasos se alejaron y la puerta se cerró tras él. El sonido de una llave girando en la cerradura fue lo último que llegó hasta los oídos de Rose, que permaneció tirada sobre el colchón, incapaz de moverse. Se limitó a tratar de respirar con regularidad. No le resultó fácil debido a las laceraciones. La espalda, el torso y los hombros le ardían y sentía como si alguien estuviera propinándole martillazos en la cabeza.

Tardó en recobrar la compostura. Procedió a incorporarse y, a duras penas, se sentó en el borde de la cama. Se palpó la frente y descubrió un bulto palpitante de gran tamaño. Luego se rozó la mejilla con la punta de los dedos. Estaba caliente. Cada movimiento que hacía le resultaba insoportable debido a las heridas que la fusta le había provocado. Con gran esfuerzo, consiguió quitarse la blusa; los tirantes de su camisola se deslizaron por sus hombros, dejando su pecho al descubierto. Uno de los golpes que había recibido bajo los senos le había abierto la piel y unas cuantas gotas de sangre teñían su ropa. En la espalda debía de haberle sucedido lo mismo ya que la blusa estaba desgarrada y manchada de un tono rojizo.

Cerró los ojos y se echó a llorar. Un llanto silencioso de los que procedían del alma.

—Rose... Rose... —Una voz susurrada al otro lado de la puerta y unos ligeros arañazos en la madera la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Angie? —acertó a preguntar en un bisbiseo. Elevó la barbilla con demasiada rapidez y se arrepintió en el acto al sentir una honda punzada en la frente.

—¿Estás bien, Rose?

Sofocando un jadeo, logró ponerse de pie, agarrándose a uno de los postes de madera de la cama. Arrastrando los pies se acercó a la puerta.

—¡Márchate! —apremió a su hermana, asustada. Quizá su padre todavía se hallase cerca. Sabía Dios lo que podría hacerle a Angie si la descubría.

—No te preocupes por mí. Padre se ha ido. Está fuera, en el patio.

Así que su hermana había sido testigo de lo sucedido. La vergüenza y el abatimiento la inundaron.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar. Sonaba tan preocupada que a Rose le dio un vuelco el corazón

—Estoy bien —la tranquilizó. De nada iba a servir contarle la verdad, solo la asustaría.

—He oído los gritos. ¿Qué... qué ha pasado? ¿Por qué te ha encerrado?

Vaciló. ¿Cuánto podía contarle a su hermana? Confiaba en ella, pero a fin de cuentas seguía siendo una niña inocente.

—Sé que te ha golpeado —dijo con voz temblorosa. Incluso a través de la hoja de madera, fue claramente apreciable que trataba de contener el llanto—. No soy tan ingenua como piensas, Rose. Puedo... adivinar por qué lo ha hecho, también.

Rose se llevó una mano a la boca y ahogó en ella un gemido. ¿Su hermana sabía lo suyo con Gabriel? Respiró hondo no sabiendo muy bien qué decisión tomar. No tenía claro cuánto tiempo permanecería encerrada allí. No podía estar segura de si su padre cumpliría su amenaza hasta el final, pero si lo hacía y no volvía a salir de aquella habitación hasta pasados los catorce días que faltaban para su boda...

Tampoco tenía muchas opciones.

—Escúchame, Angie. —Se pegó más a la puerta y bajó el tono a un murmullo—. Necesito que me ayudes.

—¿Qué necesitas? —Un timbre ávido resonó en la pregunta.

—Mañana, al anochecer, quiero que bajes por el sendero que lleva al río, pero en vez de seguirlo hasta el final, tienes que coger una senda que está a unas cien yardas a la derecha, detrás de un roble que aparece algo combado. Fíjate bien porque es estrecha y a lo mejor no la ves. Ese camino también conduce al río. Cuando llegues allí... estará... —Hizo una breve pausa y se llenó los pulmones de aire antes de continuar—. Encontrarás a Bronco.

Si Rose había esperado algún tipo de reacción asombrada por parte de su hermana, no la recibió.

—¿Qué quieres que le diga? —preguntó esta con mucha serenidad.

—Dile... dile que estoy enferma. Que tengo un resfriado y estoy en la cama con fiebre. Que... que no vuelva al río hasta que no le avise... —Se le contrajo el estómago al pensar que no sabía cuándo iba a poder verle de nuevo.

—¿Por qué no le dices la verdad?

—¡No! —repuso horrorizada—. Eso es imposible. No quiero meterle en problemas. Esto no es asunto suyo...

—Pero si te ama seguro que vendrá a buscarte y a enfrentar a padre.

¿Amor? No era eso lo que había entre ellos. Nunca habían hablado del futuro. Él sabía que ella iba a casarse con Henry en dos semanas y ni una sola palabra en contra de esa boda había salido de su boca. Ella misma tampoco se había hecho demasiadas ilusiones. ¡No! Mentira. Ilusiones sí se había hecho, pero se habían quedado en eso, en meros sueños imposibles. Por más que le quisiera, tenía claro que no existía un mundo en el que ambos pudieran estar juntos. Rose Randolph, la hija de William Patterson, el ranchero más poderoso de la zona y Gabriel Salas, un simple vaquero mexicano... Imposible.

Además, después de la conversación que habían mantenido aquella noche, en la que él le había confesado sus planes de venganza, era obvio que en el corazón de Gabriel no había sitio alguno para ella.

—Angie... —comenzó, tragándose las lágrimas que pugnaban por escapar de su boca—, la relación que tenemos Bronco y yo es diferente. No es así como tú crees.

—No lo entiendo —respondió su hermana tras un breve lapso de silencio.

«¡Yo tampoco!», gritó una vocecita en el interior de Rose. Vocecita que acalló con prontitud.

—Escúchame, por favor. Quiero que vayas mañana al río y le digas que estoy enferma. Nada más. ¡Y asegúrate de que nadie te siga! ¿Podrás hacer eso por mí? —suplicó. Estaba agotada y la cabeza parecía a punto de estallarle.

—Por supuesto que lo haré, Rose. Puedes contar conmigo.

—Gracias —suspiró.

—¿De verdad estás bien?

—De veras —volvió a mentir—. Solo necesito descansar. Vuelve a tu habitación ahora, antes de que padre te descubra.

—Mañana volveré —prometió.

No fue hasta después de escuchar sus pasos alejándose por el corredor que Rose se permitió desfallecer contra la puerta. Las zonas de su cuerpo que habían sido brutalmente golpeadas estaban en llamas.

—Vamos, Rose... Tú puedes con esto —musitó, intentando insuflarse algo de ánimo.

Se dio la vuelta y se dirigió a la mesita donde reposaban el aguamanil y la jofaina. La luz de la luna iluminaba un cuadrado de plata justo delante de la ventana. Cogió la blusa que se había quitado antes y la hizo jirones. Luego vertió el agua de la jarra en la palangana de porcelana y humedeció el tejido en ella. Le resultó una verdadera tortura limpiarse las heridas. Cada movimiento le provocaba un jadeo. Apenas si pudo lavarse la espalda. Sus brazos se negaron a colaborar. Con mucha parsimonia, se vendó el torso a tientos con las tiras de tela en las que convirtió su maltrecha camisola.

Empapó los restos de la camisa de nuevo y se humedeció la frente con ella, intentando reducir así el terrible dolor de cabeza. La extenuación hizo que se dejara caer pesadamente sobre la coqueta silla que había frente a su tocador. Permaneció rígida para que su malherida espalda no rozara el respaldo de la misma. Sabía que, aunque se encontraba agotada, le iba a resultar del todo imposible dormir.

Su mente pasó revista a lo sucedido. Jamás pensó que su padre pudiese reaccionar de esa manera tan violenta. El odio que vio en él la había dejado estupefacta. Era cierto que su comportamiento era más que reprochable, pero esa forma de golpearla con saña contenida...

Intentó ahuyentar esas crueles imágenes de sus pensamientos y se concentró en Gabriel. Esperaba que su padre jamás descubriera que el hombre con el que había estado era él. Si de algún modo lo averiguaba, las cosas podían acabar muy mal para el vaquero. Y eso... eso no podría soportarlo.

¿Cómo reaccionaría él si se enterase de lo que había sucedido en realidad? ¿Vendría a buscarla? ¿Trataría de enfrentarse a su padre?

Quizá sí lo haría. Quizá ella se había convertido en alguien tan importante para él como él lo era para ella. Quizá sí estaba dispuesto a luchar por ella.

—Qué necia eres, Rose —se reprendió desdeñosamente mientras sus labios revelaban una amarga sonrisa.

¡Tontas esperanzas vanas!

Extravió la mirada en la oscuridad de la noche y lloró en silencio.

Nunca en su vida había necesitado tanto que alguien la amara.

Que *Gabriel* la amara.

Capítulo 37

El sonido del agua del río había amortiguado los pasos de la persona que se acercaba, por lo que lo primero que escuchó fue su voz pronunciando su nombre. Se giró con rapidez. En circunstancias normales jamás hubiera dejado que alguien se aproximara de aquella manera tan sigilosa; lo habría descubierto mucho antes. No era propio de él estar tan distraído, pero desde hacía semanas no parecía él mismo.

No era Rose, era Angie la que había acudido a la cita de aquella noche. La sorpresa se dibujó en sus facciones al verla allí, plantada ante él. La miró de arriba abajo sin saber muy bien cómo reaccionar. Llevaba un vestido azul y el pelo castaño recogido en la parte de atrás de la cabeza. Había bajado la barbilla y contemplaba el suelo. Semejaba estar bastante nerviosa.

¿Era casualidad que estuviese allí o la había enviado su hermana? Frunció el ceño algo perplejo.

—Señorita Angie —se dirigió a ella, quitándose el sombrero.

—Bronco... eh... mi hermana no puede venir hoy... —comenzó balbuceante.

Gabriel dio unos pasos en su dirección, repentinamente alarmado. Se detuvo junto a ella y la miró con urgencia.

—¿Por qué? —La pregunta salió disparada de su boca.

—Tiene... un resfriado muy fuerte. Está en la cama con fiebre —murmuró mientras sus mejillas se teñían de rosa. Seguía sin mirarle a la cara. Había comenzado a dar pequeños golpes a una piedra con la punta del zapato derecho.

Él arrugó la frente. ¿Rose estaba enferma?

—¿La ha visto un doctor?

—Eh... bueno, no... Dice que solo necesita descansar y que en unos días estará mejor —casi se atropelló con las palabras. Su rubor creció en intensidad.

Gabriel arqueó una ceja. La jovencita timorata que estaba frente a él distaba mucho de ser la Angie que él conocía desde hacía dos años. Solía ser bastante pizpireta, descarada y simpática con él. Siempre tenía una sonrisa preparada y la timidez brillaba por su ausencia. Algo no terminaba de encajar en su comportamiento.

La idea de que ella reaccionaba así porque se había enterado de que Rose y él eran amantes le asaltó de pronto. Una sensación incómoda le invadió. Sí, eso debía de haber sucedido. Para que hubiera acudido hasta allí a hablar con él, Rose tenía que haberle confesado algo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Sí, sí —se apresuró a responder—. Ha pasado la mayor parte del día durmiendo. Quizá ya mañana o pasado esté mejor. —Alzó la cara, pero evitó mirarle a los ojos. Desvió la vista hacia el río—. Me ha dicho que te diga que ella te avisará cuando pueda volver... a encontrarse contigo.

Gabriel meneó la cabeza, pensativo. Un presentimiento extraño se le había concentrado en la boca del estómago. Aunque tenía mil cosas que quería preguntarle, la actitud tan retraída y distante de ella le frenó. Semejaba estar ansiosa por marcharse y sus siguientes palabras se lo confirmaron.

—Será mejor que regrese al rancho —dijo—. Antes de que... se den cuenta de que he desaparecido. —Su voz estuvo a punto de quebrarse en la última sílaba y la preocupación de Gabriel aumentó.

—Señorita Angie, ¿está todo bien? —inquirió y dio otro paso más en su dirección.

Ella se alejó de él todavía más inquieta. El rubor de sus mejillas no había desaparecido y se estrujaba las manos de manera espasmódica. Le dirigió una mirada suplicante, la primera desde que había llegado allí, y una mueca triste curvó sus labios.

—Todo está bien. Tengo que irme —musitó.

Antes de que él pudiese decir algo más, se dio la vuelta y huyó, sujetándose la falda del vestido con ambas manos. En su prisa, un arbusto se le enredó en la tela, pero ella no se detuvo, liberó el tejido con violencia y siguió adelante. Unos instantes después, la maleza escondió su figura.

Gabriel se quedó quieto con la vista fija en el lugar por el que Angie acababa de desaparecer. Permaneció así por espacio de un minuto, quizá más,

meditabundo. Estaba preocupado por Rose. La explicación que le había dado su hermana no sonaba nada convincente. También su actitud era singular. ¿Había mentido, quizá?

«No inventes. ¿Qué caso tendría que mintiera? Es solo que está avergonzada porque ha averiguado que su hermana y tú tenéis una relación... bastante impropia. Todavía es joven y se habrá escandalizado», se dijo a sí mismo. No obstante, aquel argumento, si bien consistente, no terminaba de convencerle.

Se dio la vuelta y se encaminó a la orilla del río, deteniéndose en el lugar en el que había estado antes de que ella llegara. Hundió las manos en los bolsillos y, distraídamente, golpeó una piedra con la bota, mandándola a la suave corriente.

No iba a ver a Rose aquella noche. Quizá las siguientes tampoco.

Al ser consciente de eso, su expresión se tornó malhumorada. ¡Mierda! La iba a echar de menos.

¡Cómo había llegado a depender de aquellas visitas nocturnas!

Aquello no le gustaba ni un pelo, pero era lo suficientemente sincero consigo mismo para aceptar que así era. Rose Randolph se había convertido en alguien muy importante para él.

Volvió a patear otra piedra y elevó la vista al cielo que comenzaba a adquirir un matiz anaranjado y violeta. Suspiró y ese suspiro se perdió en el aire. La punta de su dedo rozó la fina seda de su pañuelo, que siempre llevaba con él. Lo extrajo del bolsillo y lo contempló silencioso. Estaba arrugado, manoseado y uno de sus extremos comenzaba a deshilacharse.

Había intentado engañarse, diciéndose que esos momentos que compartía con ella no eran nada especial, que su relación no iba más allá de lo estrictamente físico y que podría pasar sin ella. A fin de cuentas, en un par de semanas Rose iba a casarse con Henry y esos encuentros que mantenían llegarían a su fin. Se separarían y todo habría acabado. Sin consecuencias.

Una risa burlona se originó en su boca.

—¡Pinche pendejo! Te la pasaste creyendo que esto no era importante y que ibas a salir airoso, y terminaste escaldado cual gato en agua caliente.

Era verdad. Solo pensar que ella iba a desposar a otro le retorció las tripas. Veía ante él la cara del idiota de Henry y le entraban ganas de meterle

un balazo entre ceja y ceja. No podía soportar imaginar que ella pudiera estar con otro hombre que no fuese él. Que otro iba a disfrutar de su cuerpo, de sus besos, sus caricias, de sus miradas tormentosas cargadas de lágrimas... ¡Se le llevaban los demonios!

Rechinó los dientes.

—¡Maldita sea! —masculló.

Sabía que no había solución, que ellos no podían estar juntos. Su sino era ese. Ella se casaría con Henry y él se marcharía a buscar a los asesinos de su familia y quizá a encontrar la muerte por el camino. Sus destinos estaban trazados de antemano.

Y sin embargo...

Sin embargo, muchas cosas habían cambiado en unas semanas.

Durante los últimos años solo había tenido una cosa en la cabeza: vengar a su familia. Nada más era importante. Pero esa venganza que le había ayudado a calmar la ira que sintió al convertirse en una víctima y que le había hecho querer seguir viviendo, recientemente se desdibujaba y perdía nitidez. Y todo era debido a Rose. Ella hacía que se olvidara de todo lo demás.

Se odiaba a sí mismo por ello, pero lo aceptaba. No podía negar la verdad.

Rose Randolph se había convertido en algo tan necesario como el aire que respiraba.

Capítulo 38

Aquel domingo regresó antes del pueblo de ver a su hija. La visita fue algo particular. La niña había llorado debido a la ausencia de Rose. María, que ya hablaba por los codos, protestó al enterarse de que *Mamá Rose*, como la llamaba ella, no iba a acudir a jugar ese día. Por más que Elena, Nita y él intentaron distraerla, no lo consiguieron. Su tía preparó especialmente un pastel de arándanos para consolarla, pero ni siquiera eso ayudó a calmar los ánimos.

En realidad y, aunque le costara admitirlo, él se sentía igual de perdido que su hija. Llevaba tres días sin ver a Rose y esos tres días se habían convertido en una eternidad. Estaba distraído e irascible. Incluso había intercambiado unas palabras acaloradas con Frank por una tontería. Él, Bronco Salas, que siempre se había mantenido indiferente y frío ante todo, perdiendo los estribos. Ridículo.

Algo no terminaba de encajar con la misteriosa enfermedad de ella. Hasta Mami, que solía tener la lengua muy suelta, se mantenía muda al respecto. La tarde anterior, Boy Boy y él habían acudido a la cocina a buscar las frutas más pasadas para llevárselas a los caballos y su compañero le había preguntado a la cocinera por el estado de salud de la señora Randolph. El gesto de la mexicana se había oscurecido. Apenas si respondió con monosílabos que la señorita Rose estaba mejorando poco a poco. Nada más. Rápidamente, cambió de tema.

La sensación de alarma se disparó en el interior de Gabriel.

Había buscado a Angie para preguntarle por su hermana, pero a la jovencita parecía habérsela tragado la tierra. Ni siquiera había salido a montar a Mandolina en los últimos dos días. Extraño.

Al único al que sí había podido ver fue a Patterson. Había pasado un par de horas la tarde anterior a la sombra del porche, fumando un puro y bebiendo una copa de licor mientras observaba cómo él entrenaba con un potrillo en el

cercado. La expresión de su cara era la misma odiosa expresión de siempre, arrogante y prepotente. Patterson en estado puro. Sus miradas se habían cruzado solo en una ocasión. Los ojos azules del rancharo tan parecidos y al mismo tiempo tan diferentes a los de su hija le habían mostrado el mismo desdén de costumbre.

Borró de su mente al rancharo en el mismo momento en que *Las Claritas* apareció ante sus ojos. El sol se ponía lentamente sumiendo la parte frontal de la casa en sombras. Tuvo que acercarse más antes de poder atisbar la ventana del dormitorio de Rose; las cortinas estaban echadas al igual que todos los días desde que ella enfermó. De nuevo, volvió a asaltarle esa desagradable sensación premonitoria que llevaba días rondándole. Sin pretenderlo, tiró de las riendas con demasiada fuerza haciendo que Manchado corcoveara inquieto y piafase con aire de reproche.

—Disculpa, amigo. —Se inclinó y le palmeó el cuello con suavidad—. Es que la güerita me tiene preocupado. Ya hace días que no la veo.

El caballo asintió con vehemencia. Gabriel sonrió y le acarició las crines, enterrando los dedos en ellas. La imagen de esos mismos dedos recorriendo el cuerpo de Rose y aquello que le dijo la última noche que estuvieron juntos le borraron la sonrisa de la cara de golpe.

Le estaba pasando las manos por las crines y... lo hacía con tanto afecto y dedicación... que... yo... yo... deseé estar en el lugar de la yegua. Quería que... que alguien me acariciase como usted lo hacía con ella.

Cerró los ojos y suspiró al sentir cómo un profundo anhelo tomaba posesión de él. ¡Virgen Santa! ¡Cómo le pesaba su ausencia! La echaba en falta...

De un humor de perros, se detuvo frente al portón del establo. Desmontó y condujo a Manchado al interior. Saludó a Bill, el joven vaquero que estaba de guardia, con un gesto algo hosco y luego procedió a ocuparse de su montura. Estaba agitado y fue más rudo de lo habitual. Después de cepillarle el lomo, acercó la boca a la oreja de su fiel compañero y se disculpó. Este bufó y bajó la cabeza, olisqueando sus bolsillos, buscando alguna golosina.

—No seas tragón que en el pueblo ya te he dado las sobras del pastel de arándanos —le riñó con cariño—. Tendrás que esperar después de la cena. Le diré a Bill que te traiga una manzana.

Se despidió del caballo y se dirigió al cobertizo. Antes de entrar, bombeó algo de agua para asearse superficialmente. En el interior, los demás vaqueros se preparaban para cenar. Se mantuvo algo apartado de sus risotadas y estentóreas voces, tomando asiento en una de las esquinas de la larga mesa. En silencio, dio buena cuenta de su estofado y del pan de maíz que le sirvió Carmencita. Estaba acabándose la segunda taza de café cuando, de casualidad, atrapó un comentario que la jovencita le hizo a Jeremiah.

—Sí, la señora Randolph sigue enferma en su cuarto. Y Mami no nos deja que nos acerquemos. Es ella la que le lleva la comida. Ni siquiera la señorita Angie puede visitarla. Pobre señora. Debe de estar muy mal.

Gabriel, aunque no mostró reacción alguna, agudizó el oído. ¿Ni siquiera su hermana podía visitarla? ¿Cómo era eso? ¿Qué enfermedad tenía?

—¿Y que ha dicho el médico? —preguntó el vaquero irlandés.

—Pues eso es lo raro, que no ha venido ningún médico a verla. Pero Mami dice que solo necesita descansar. Y el patrón se ha ido esta mañana a Dallas. Tardará unos días en regresar —continuó la muchacha—. Esperemos que cuando vuelva, la señora ya se encuentre mejor. Imagina, en menos de dos semanas se casa. Pobrecita.

¿Ningún doctor había acudido a verla? Gabriel cabeceó con incredulidad. Como impulsado por un resorte, se incorporó y abandonó el barracón. Ya había caído la noche, no obstante y, a pesar de que la penumbra lo cubría todo, la luna y las estrellas eran suficientes para iluminar el terreno y guiar sus pasos hasta el cercado. Desde allí tenía una visión perfecta de la parte delantera de la casa y del dormitorio de ella.

Sin apartar la mirada de su ventana, que seguía a oscuras, apoyó la espalda en los tablones y, con parsimonia, se lio un cigarrillo. Extrajo una cerilla de su bolsillo y la encendió en una de las tablas de madera. La llama le deslumbró brevemente.

Una idea le rondaba por la cabeza desde que había escuchado a Carmencita. Una idea algo descabellada, sí, pero a medida que transcurrían los minutos e iba consumiendo su cigarrillo calada tras calada, se iba haciendo más y más consistente.

Paradójicamente, al rancharo no le gustaba compartir su casa con mexicanos y, dado que todos sus criados lo eran, dormían fuera de la vivienda

principal, en sus cabañas. Ni siquiera Mami y Pedro se quedaban por la noche. Eso quería decir que solo Rose y la señorita Angie se hallaban en el interior.

Necesitaba verla. Necesitaba saber que estaba bien.

Era algo pronto y la cocinera todavía estaría trasteando en la cocina, pero en una hora, como era su costumbre, se marcharía. Decidido a hacer tiempo hasta que fuera el momento oportuno, Gabriel se alejó del cercado y deambuló por los alrededores. No fue muy lejos. No quería encontrarse con los vaqueros que se quedaban de guardia todas las noches bordeando el perímetro del rancho.

Cuando se acercó la hora en que Pedro y Mami solían marcharse a su casa, atravesó el patio trasero y se aproximó a la entrada de la cocina. Espió el interior a través de los cristales. Sabía que, antes de marcharse, la cocinera y su marido daban una vuelta a la casa y se aseguraban de que todo estuviera en orden y no hubiese ninguna vela o lámpara encendida en algún cuarto. Esperó hasta que los vio desaparecer para acceder a la estancia. El fuego del hogar ya estaba apagado. Deslizándose con cuidado, abandonó la cocina y se internó en el corredor que llevaba al despacho de Patterson. Se ocultó tras la puerta de este.

Mami y Pedro no tardaron en acabar su ronda y abandonar la casa. Poco después, el silencio y la oscuridad se apoderaron de la vivienda.

Gabriel no vaciló más. Se encaminó a la escalera y, agarrándose firmemente a la barandilla, subió los escalones de dos en dos. Uno de ellos chirrió bajo su peso. Estuvo a punto de soltar una exclamación de fastidio, pero apretó los dientes y la decisión encendió su mirada. En solo unos segundos se encontraba en el piso superior.

Frente a su puerta.

Ahora que estaba tan cerca de ella, de pronto, tuvo dudas. Todas esas extrañas sensaciones premonitorias que había tenido con anterioridad, se le antojaron disparatadas y sin sentido. ¿Qué bicho le había picado para colarse en casa del patrón a escondidas y a esas horas? Era probable que la pobre Rose se llevara un susto de muerte al verle allí. Seguramente estaría durmiendo, agotada por su enfermedad.

—Bronco...

Su nombre, bisbiseado a su espalda en la penumbra, le hizo girarse de golpe. Bajo el dintel de la puerta de un dormitorio que debía ser el de Angie, la silueta de esta, vestida con una prenda de dormir blanca, se dibujaba nítidamente.

Se la quedó mirando sin saber qué decir. Estaba a punto de disculparse por irrumpir en su casa de aquella manera cuando las siguientes palabras de ella le frenaron en seco.

—Mi padre... la ha encerrado en su habitación. No... no puede salir.

Gabriel sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en las tripas. ¿Patterson había encerrado a Rose en su dormitorio? ¿Qué demonios estaba sucediendo? Giró la cabeza hacia la gruesa puerta que tenía frente a él. Comenzó a respirar más deprisa, temiéndose lo que pudiera encontrar detrás de aquella hoja de madera.

Volvió a mirar a Angie una vez más. En la negrura del pasillo apenas si pudo ver que le temblaban los hombros. Un sollozo ahogado flotó en el aire.

—Llévatela —le pidió entre lágrimas.

Y esa súplica desgarradora terminó por convencerle de que algo iba mal. Muy mal. No perdió ni un solo instante. Sin titubeos, se echó hacia atrás y, con fría determinación, le propinó una fuerte patada a la madera, que crujió de manera desagradable pero no cedió. Volvió a intentarlo. Esta vez con más ímpetu. Unas cuantas astillas del marco salieron volando en todas direcciones cuando la cerradura se partió. La puerta se abrió con violencia, restallando contra la pared del dormitorio.

Gabriel echó un rápido vistazo al interior del cuarto buscando la femenina figura. Había una lámpara encendida con la mecha muy baja sobre un tocador junto a la ventana. Y en la silla que había frente a él estaba sentada Rose. Le daba la espalda. Su postura era rígida como la de una estatua, como si el que alguien hubiera irrumpido en su habitación formando un escándalo no hubiese tenido lugar.

—¿Rose? —la llamó en voz baja. El corazón le latía con fuerza.

No respondió.

—¿Rose? —volvió a intentarlo con el mismo resultado.

Se acercó. Ella llevaba una prenda de dormir de color crema y el pelo suelto le caía en cascada sobre los hombros. Aparentaba estar muy serena,

tanto, que le resultó insólito. La observó confundido. ¿Qué demonios estaba pasando?

Entonces su mirada se desvió hacia el espejo del tocador. El rostro de ella se reflejaba allí a la tenue luz de la lamparita. Tenía los ojos cerrados y un reguero de lágrimas se deslizaba por sus mejillas. Una de ellas estaba hinchada y teñida de color violáceo. Su frente también aparecía abultada y de color azulado.

El aire se le atascó en la garganta y un velo rojo de ira cubrió su vista al ver aquello. Apoyó las manos en sus hombros y trató de que se diera la vuelta y le mirase, pero su gemido cargado de dolor hizo que la soltara de golpe. Sus ojos se posaron sobre el trozo de piel que quedaba al descubierto entre su cuello y su hombro. Y lo vio. El camisón no podía cubrir el desagradable verdugón rosado que se dibujaba allí.

El rugido que escapó de la boca de Gabriel fue áspero y ronco, casi inhumano. Con todos los músculos de su cuerpo rígidos por la tensión, agarró los reposabrazos de la silla y la giró sin esfuerzo. Luego se arrodilló frente a ella y la examinó de arriba abajo. La imagen de sus facciones, hinchadas y amaratas, provocó que se le revolviera el estómago.

—¿Dónde más estás herida? —barbotó, casi incapaz de pronunciar palabra. La cólera que sentía era tan grande que, por un instante, temió perder la razón.

Ella seguía llorando en silencio. No le había mirado ni una sola vez.

—¿Dónde más estás herida? —gritó con impaciencia.

Rose se estremeció visiblemente. Con mucha lentitud, abrió los ojos y los ancló en los suyos. Había tanta angustia en ellos que a Gabriel se le cayó el alma a los pies.

—¡Dios, Dios, Dios! —farfulló entre dientes—. ¿Ha sido tu padre? —preguntó casi en un jadeo aunque ya conocía la respuesta. Antes de que ella pudiera decir nada, se incorporó con violencia y se llevó las manos a la cabeza, haciendo que su sombrero cayera al suelo—. Voy a matarle —masculló y volvió a repetirlo varias veces con más ímpetu mientras comenzaba a pasear por la habitación como un poseso. Sus ojos chispeaban rabiosos y una mueca colérica curvaba sus labios—: Voy a matarle. Voy a matarle...

Rose se incorporó con esfuerzo, apoyándose en el respaldo de la silla. Él, al ver que se ponía en movimiento, se acercó presuroso y se detuvo a escasas pulgadas de ella. Alzó las manos para intentar limpiarle las lágrimas con los dedos, pero se dio cuenta de que le temblaban y volvió a bajarlas, temiendo hacerle daño.

—Dime dónde más estás herida, Rose —se forzó a hablar con calma.

Ella cogió aire por la boca y lo soltó por la nariz. Finalmente, con un hilo de voz, respondió:

—En... en la espalda y en el estómago.

Bajó los párpados al sentir cómo una furia asesina le invadía. ¡El maldito hijo de puta de Patterson iba a pagarle lo que había hecho! Respirando con suma dificultad, volvió a gruñir encolerizado. La miró de nuevo, y las ganas de abrazarla y consolarla crecieron hasta que casi le resultaron insostenibles. ¿Cómo era posible que su padre le hubiese hecho aquello? Su hermosa Rose, maltratada y golpeada... ¡No podía ser cierto!

—Voy a matar a tu padre —sentenció. Y no era una amenaza vana. Si hubiera tenido su Colt a mano y a Patterson delante, le hubiera vaciado el cargador en el cuerpo sin pensar demasiado en las consecuencias.

Ella negó y nuevas lágrimas brotaron de sus ojos. Jamás la había visto tan desvalida.

—Es la primera vez que me golpea... —comenzó vacilante—. Estaba... muy alterado.

—¿Qué pasó?

—Me vio regresar la otra noche... y no pude ocultar de dónde venía. Se enfureció y me dijo... me llamó... —se interrumpió—. No le conté que estaba contigo... —Al igual que él había hecho, le hablaba informalmente. De algún modo, no parecía lo más adecuado en aquellas circunstancias seguir tratándose con tanta cortesía como habían hecho hasta el momento—. No sabe que eres tú.

Gabriel rechinó los dientes. Lo que había temido durante aquellas semanas que estuvieron juntos, se había hecho realidad. Patterson había averiguado que su hija tenía amoríos con alguien. ¡Maldición!

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó sin poder reprimir su enfado—. ¿Por qué mandaste a tu hermana para que me hiciera creer que estabas

enferma?

Ella se retorció las manos, repentinamente azorada.

—Es algo que tengo... tengo que resolver con mi padre. No quiero que te veas involucrado en mis problemas. No te incumbe...

—¿Que no me incumbe? —gritó, interrumpiéndola. Estuvo a punto de agarrarla por los hombros y zarandearla, pero se contuvo a tiempo— ¿No me incumbe? —repitió incrédulo—. ¿Acaso no estabas conmigo?

—No quiero ser un problema... para ti.

Una carcajada sardónica escapó de la boca de Gabriel que seguía mirándola estupefacto.

—¿Un problema para mí? —La confusión le invadió. ¿Qué demonios estaba diciendo? ¿Acaso ella no era consciente de lo importante que era para él? ¿No lo sabía? ¿Pensaba que lo que había sucedido entre ellos era algo habitual? Agitó la cabeza una y otra vez mientras se alborotaba el pelo con los dedos.

—Lo siento —susurró ella entonces con voz temblorosa.

Él cerró los ojos y respiró hondo, buscando serenarse. De nada servía estar alterado, aunque cada vez que la miraba y veía las señales sobre su cara lo único que deseaba era aullar como un salvaje y ponerse a golpear algo o a alguien sin descanso.

—Ven, Rose —le pidió.

La cogió de las manos y la forzó a tomar asiento. Las tenía heladas. Posó la vista sobre ellas y al verlas tan pálidas y suaves, desapareciendo dentro de las suyas morenas y toscas, una mezcla de emoción y de ira contenida le poseyó. ¿Cómo podía alguien osar hacerle daño! Era tan... tan preciosa... Se tragó la imprecación que estuvo a punto de salir de su boca.

Ella se sentó sin apoyar la espalda en la silla, tan estirada como un poste de madera. Él arrugó la frente, preguntándose cómo de serias serían sus heridas. La sangre le hervía dentro del cuerpo cada vez que acudía a él la imagen de Patterson golpeándola. Por el aspecto de la marca que se podía apreciar en su hombro, lo había hecho o bien con una cuerda o con una fusta.

¡Valiente hijo de puta!

La contempló en silencio por espacio de unos segundos. Y fue en ese breve lapso de tiempo en el que tomó una decisión. Si antes había vacilado y no lo

había tenido claro del todo, ahora las cosas se presentaban ante sus ojos de una manera limpia y cristalina. No había más opción para ellos que la que le estaba rondando por la cabeza. Solo tenían una única alternativa. Sin embargo, la decisión final debía de tomarla ella. Rose era la que iba a salir perdiendo.

Él solo podía ganar.

Volvió a arrodillarse frente a ella para que sus ojos quedaran a la misma altura. Ella parecía reacia a encontrarse con los de él por lo que le sujetó la barbilla con mucha suavidad y la obligó a mirarle. Aunque ya no lloraba, sus iris aparecían brillantes y acuosos.

—Rose —comenzó con serenidad—, ¿quieres seguir adelante con tu boda con Henry? —Casi se atragantó al pronunciar el nombre del cretino de Younger.

—N... no...

Sabía que ella despreciaba al hombre con el que se iba a casar, no obstante, hasta que no escuchó su monosílabo, no fue consciente de lo mucho que había ansiado que ella se lo confirmara. Durante las semanas que estuvieron encontrándose en la cabaña, jamás hablaron del tema, ignorándolo como si no existiese. Y una pequeña parte de él había dudado, tenía que reconocerlo. A fin de cuentas, Henry Younger no era un mal partido en absoluto.

—Entonces, ven conmigo —soltó con brusquedad.

Ella le miró con los ojos desorbitados.

—¿Con...contigo?

—Sí, conmigo. Vayámonos de aquí.

—¿Tú... tú quieres que yo me vaya contigo...? —Aparentaba estar muy sorprendida, como si aquello fuese lo último que hubiera esperado de él.

—Sí —respondió con firmeza. Sin titubeos.

—Pero... tú y yo no tenemos... Yo no tengo... es decir, tú no tienes... —se interrumpió insegura. Su expresión era de puro desconcierto.

—Escúchame bien, Rose. Tú sabes quién soy y lo que puedo ofrecerte que es apenas nada —dijo con seriedad—. Sabes cuáles son mis orígenes. Tampoco tengo dinero ni un hogar, solo demasiadas responsabilidades a mis espaldas —suspiró hondamente antes de volver a proseguir—. Ni siquiera mi vida me pertenece. Mi futuro lo tengo empeñado en una promesa y tú lo sabes.

—Guardó silencio y apretó los dientes antes de mirarla con fijeza—. Aun así, te pido que vengas conmigo.

Se había quedado petrificada. Pestañeó varias veces, al parecer, incapaz de creer aquello que él le proponía.

—Estoy hablando en serio. No quiero que te quedes aquí. Quiero que vengas conmigo —añadió con insistencia.

De repente, se sentía ansioso e inseguro, Mucho más de lo que había pensado. Su vida entera parecía depender de la respuesta que ella pudiese darle. Contuvo la respiración y trató de leer la expresión del rostro de Rose. Una curiosa mezcla de emociones se traslucía en él. Incredulidad, estupefacción, incertidumbre...

—Ven conmigo —murmuró de nuevo, pasándole una mano por el pelo con suavidad.

Ningún sonido salió de su boca, pero su gesto de asentimiento hizo que Gabriel soltase de golpe el aire que había contenido en los pulmones.

«¡Gracias a Dios!».

Se inclinó y, con toda la delicadeza de la que fue capaz, la besó en la frente notando cómo ella se estremecía cuando sus labios hicieron contacto con su piel.

—Empaca tus cosas —le dijo—. Nos vamos ya mismo. Voy a buscar mi petate y a preparar a Manchado. Estaré de vuelta en unos minutos. ¿Podrás hacerlo tú sola? —La contempló dubitativo. Semejaba estar perdida. ¡Cómo odiaba verla así!

—Yo puedo ayudarla. —La voz de Angie desde el umbral de la puerta los sobresaltó a ambos.

—¡Angie! —exclamó Rose. La presencia de su hermana pareció sacarla de su ensimismamiento.

—Yo te ayudo, Rose —repitió, acercándose.

Se había echado un chal sobre los hombros cubriendo su camisón blanco. Tenía la cara surcada de lágrimas. Con toda probabilidad, habría sido testigo de lo ocurrido, imaginó Gabriel. Le dirigió una mirada a Rose que solo tenía ojos para su hermana.

—Ahora vuelvo —dijo él. Se agachó para recoger su sombrero del suelo y se dirigió a la puerta. Antes de abandonar el dormitorio, lo último que vio fue

cómo ambas hermanas se cogían de las manos.

Tan rápido como la oscuridad le permitió, abandonó la vivienda por la puerta de la cocina, que se aseguró de dejar entreabierta para poder entrar de nuevo. Mientras los pies se le hundían en la gravilla del camino, comenzó a planear sus siguientes pasos. Cuando llegó al rancho aquella tarde de regreso del pueblo, lo último que había imaginado era que las cosas se desarrollarían de aquella manera. No había contado con que algo así pudiese suceder, por lo que tendría que ir improvisando sobre la marcha.

Jamás había necesitado tan poco tiempo para guardarlo todo. Con sigilo, evitando despertar a sus compañeros que dormían a pierna suelta, recogió sus escasas pertenencias y las enrolló en su manta. No tenía gran cosa: dos mudas nuevas, sus utensilios de aseo, algo de dinero, su *Yellow Boy*²¹, su Colt, la pólvora y la munición. Sus posesiones más valiosas eran su caballo y su silla de montar.

En el establo se encontró con que Bill se había quedado dormido en su guardia. A pesar de que era la situación ideal para él, chasqueó la lengua con disgusto. ¡Jovencito irresponsable! No tardó en enjaezar a Manchado que le saludó con un resoplido contento.

—No hagas ruido —le susurró, soplándole en los ollares con suavidad mientras le acariciaba la testuz.

Lo colocó todo en las alforjas y, sin hacer ningún ruido, abandonó los establos y condujo al caballo de las riendas hasta la parte trasera de la casa. Había sopesado la idea de coger otro animal para Rose, pero lo último que quería era que Patterson, a su regreso, cuando descubriera lo que había sucedido, le acusara de cuatrero.

Solo había necesitado veinte minutos. Esperaba que Rose y su hermana hubieran sido igual de veloces. Ahora que ya había tomado una decisión, quería largarse de allí cuanto antes, incluso a sabiendas de que el padre de ella no estaba y no podría ponerles impedimentos.

Tal y como había imaginado, ya estaban listas cuando accedió al interior del dormitorio. Habían llenado una bolsa de viaje que esperaba en el suelo junto a la cama. Rose se había vestido con una falda oscura y una blusa clara. Una chaqueta de lanilla gris algo holgada le cubría los hombros. Su pelo, recogido en una larga trenza le caía sobre un hombro. Le miró ansiosa cuando

le vio aparecer en el umbral de la puerta. Sus magulladas facciones volvieron a enfurecerle. Le dirigió una forzada sonrisa que pretendía ser tranquilizadora.

—¿Estás lista? —le preguntó.

—Sí —respondió con mayor firmeza de la que él había esperado.

—Sé dónde guarda padre algo de dinero —intervino Angie, levantándose del borde del colchón—. Voy a buscarlo.

—¡No! —masculló Gabriel con violencia—. No vamos a llevarnos nada que le pertenezca a Patterson.

—Pero... yo... entonces, no tengo nada de valor —murmuró Rose—. Nada más que unas cuantas joyas, pero no valen mucho.

Gabriel se acercó a ella y le enmarcó la cara con las manos con cuidado de no dañarla. Por un instante se perdió en el fulgor de sus ojos y la idea de que esa mujer era suya desde esa misma noche cruzó por su cerebro como un rayo, calentándole por dentro.

—No necesitas llevar nada de valor. Yo me ocuparé de todo. Confía en mí —le aseguró.

Ella, aunque vacilante, terminó por asentir.

—Bronco, ¿dónde vais a ir? —preguntó Angie con voz llorosa.

—Todavía no lo sé —repuso él, soltando a Rose y cogiendo la bolsa de viaje.

Después se alejó y dejó que ambas se despidieran. De reojo vio como Angie rompía a llorar mientras abrazaba a su hermana mayor con cuidado.

—Escríbeme —gimoteó.

—Lo prometo —contestó Rose tratando de contener el llanto. A todas luces, se notaba que intentaba hacerse la fuerte—. Te escribiré.

Angie miró a Gabriel por encima del hombro y se limpió la cara con la manga de su camisón.

—Cuídala —le pidió suplicante.

—Lo haré —repuso con convicción.

Después de aquello no hubo más intercambios de palabras, solo un último abrazo. Gabriel ayudó a Rose a bajar las escaleras. Le costaba moverse con soltura a pesar de que no llevaba ni corsé ni crinolina. Mentalmente, volvió a maldecir al hijo de puta de Patterson.

Manchado los esperaba junto a la fuente del patio trasero. Ató la bolsa de viaje a uno de los latiguillos y sacó una manta de la alforja. La dobló y la colocó sobre el pomo de la silla. No era quizá el asiento más cómodo, pero tendría que servir, al menos hasta que llegaran a su destino y él pudiera comprar otro caballo. Se volvió para ayudarla a subir a la montura.

—No quiero hacerte daño. —La miró con impotencia no sabiendo por dónde sujetarla.

—Aguantaré —dijo ella. Sonaba decidida.

Supo que mentía en el mismo momento en que la sujetó por las caderas y ella se agarró a sus hombros. La izó en el aire y su quejido ahogado rompió el silencio de la noche. Se apresuró a acomodarla sobre el improvisado asiento. Después, se encaramó a la silla y se echó hacia atrás todo lo que pudo, hasta que el elevado borrén trasero le impidió retroceder más.

—Lo siento mucho, Rosa —susurró con pesar.

Y esa vez lo hizo en español, como si en su lengua materna pudiese expresar mejor sus sentimientos. Ella giró la cabeza y le regaló una trémula sonrisa que le conmovió sobremanera.

Con una leve presión de las rodillas, animó a Manchado a ponerse en marcha mientras trataba de que su cuerpo la rozase lo menos posible. El caballo se internó en la noche. Todo seguía en quietud y silencio. Gabriel sabía dónde se hallaban sus compañeros que hacían guardia y condujo a su montura en otra dirección, evitándolos. No tenía el menor deseo de que alguien tratara de detenerlos.

A pesar de que avanzaban con mucha lentitud, en algunos tramos el camino era más abrupto y las pisadas de Manchado un poco más desiguales, provocando que el cuerpo de Rose chocase contra el suyo. La oyó gemir. En silencio, maldijo de nuevo a su progenitor por haberle hecho aquello. Cada vez que pensaba en ello se le retorcían las tripas y la furia le cegaba. Patterson podía considerarse afortunado por no haberse encontrado con él. Muy afortunado.

No había transcurrido mucho tiempo cuando sintió cómo ella se relajaba entre sus brazos. Su cabeza encontró una almohada en su hombro. Debía de estar tan agotada que el vaivén del paso del caballo había conseguido adormilarla. Mejor, pensó. Al menos así no sufriría.

Inclinó la barbilla y, suavemente, para no despertarla, depositó un beso sobre su coronilla antes de presionar de nuevo los flancos de su montura para incitarla a ir algo más rápido. A pesar de que le había dicho a Angie que no sabía hacia dónde se dirigían, lo sabía muy bien, y todavía les quedaban unas cuantas horas de camino. Esperaba llegar antes de la madrugada.

No estaba planeado, pero el futuro de ambos se acababa de entrelazar irremediabilmente.

Y no lo lamentaba.

Capítulo 39

Rose había permanecido la mayor parte del camino en un autoimpuesto duermevela. De vez en cuando, abría los ojos, pero se forzaba a volver a cerrarlos. Mientras dormía en los brazos de Gabriel no había dolor alguno.

Tenía, además, otro motivo por el que no deseaba estar despierta.

Aquello que le estaba sucediendo solo podía tratarse de un sueño, se decía una y otra vez. Que él hubiera insistido en que huyesen juntos se trataba de una fantasía. Una bella fantasía de la que no quería despertar. No quería mirarle y descubrir que el arrepentimiento se reflejaba en su mirada, así que, cobardemente, se refugiaba en su sueño y se decía a sí misma que estaba agotada y que necesitaba descansar.

Pero la culpabilidad podía con ella.

Con los ojos cerrados y envuelta por el calor del masculino cuerpo, a pesar de que las heridas le ardían, se mantenía callada y se mortificaba pensando en todo lo que él estaba arriesgando por ella. El futuro que había planificado con tanta minuciosidad junto a su hermano se iba al traste por su culpa. Ahora tenía que cargar con una nueva responsabilidad: con ella. En más de una ocasión estuvo tentada de decirle que diese la vuelta y que la devolviera al rancho, pero guardó silencio, aterrada.

Los tres días que pasó encerrada en su cuarto sin ver a nadie más que a Mami, que la atendió como buenamente pudo, habían conseguido minarle el ánimo y destrozar su espíritu. Perdió el apetito y apenas probó bocado, limitándose a dejar pasar las horas como un vegetal, mientras miraba al vacío con los ojos extraviados. La desesperanza había podido con ella. De algún modo, se convenció de que solo le restaba esperar hasta que su padre la sacara de allí y se convirtiera en la señora de Henry Younger.

Ese era su futuro.

Así que, cuando Gabriel rompió la puerta de su dormitorio y se plantó frente a ella como un ángel vengador, reaccionó como en trance, sin querer

creer que él, de verdad, estuviera realmente allí. Abrumada por la situación y su imponente presencia, se dejó llevar por una loca esperanza y accedió a marcharse de una manera puramente egoísta, sin tener en cuenta nada ni a nadie más. Sin pensar que él se estaba sacrificando por ella.

Sí, había conseguido escapar del yugo de su padre y de esa odiosa vida que él había preparado para ella.

Tendría que sentirse aliviada por ello, pero se sentía miserable.

Amaba a Gabriel y no había nada que deseara tanto en el mundo como estar con él, ser suya para siempre. Le necesitaba como se necesitaba el aire para respirar, mas también sabía que él, probablemente, no sintiera lo mismo por ella. Jamás le dijo que la amaba. Aquel arrebatado de rescatarla y ponerla a salvo de las maquinaciones de su padre había sido, sin duda, motivado por la lástima de verla herida.

Pero la compasión poco tenía que ver con el amor.

Estaba amaneciendo ya, cuando las siluetas de las primeras casas de un pueblo se mostraron ante ellos. Rose no tenía ni idea de dónde se encontraban, pero era seguro que no se trataba de Catclaw Springs. Demasiadas horas cabalgando.

Se irguió, tratando de atisbar algo.

—Hemos llegado a Eagle Pass. —La voz de Gabriel sobre su cabeza la sobresaltó.

¿Eagle Pass? ¿Qué hacían allí?

—Vamos a cruzar el río —continuó él.

No pudo evitar que su boca se abriera llena de asombro. ¿Iban al otro lado de la frontera? ¿Por qué? ¿Cuáles eran los planes que tenía él? Estaba ansiosa por saber más, pero guardó silencio.

Eagle Pass había sido fundada en la década de los cuarenta. Al principio, solo se trató de un simple campamento temporal para una milicia de Texas, pero desde que el ejército estableció allí el Fuerte Duncan, el comercio floreció y junto a él, el asentamiento. Durante la guerra, llegó a ser uno de los puntos más importantes de traslado de las cosechas de algodón confederado. En esos momentos, se había convertido en una próspera ciudad, según atestiguaban la gran cantidad de casas y negocios que albergaba la calle principal. Su población debía de superar los mil habitantes con creces. A

pesar de la temprana hora, unas cuantas luces desperdigadas brillaban aquí y allá.

Gabriel desvió su montura hacia la izquierda, detrás de la oficina de correos. Tanto él como Manchado parecían conocer el camino a la perfección y avanzaron sin pausa, burlándose de la penumbra matutina. Se internaron en una estrecha senda bordeada por algún que otro árbol y diversos matorrales que descendía de modo algo escarpado. Mordiéndose los labios para reprimir el dolor, Rose se aferró al fuerte brazo que sujetaba las riendas.

—Estamos a punto de llegar —la tranquilizó él.

En efecto, un poco más tarde, el sonido del agua llenó el ambiente antes incluso de que alcanzaran el río. Poco después, tras un recoveco del camino, el caudal apareció ante los ojos de Rose. El Río Grande o Río Bravo como lo llamaban los mexicanos. La frontera que separaba los Estados Unidos de México. Siguieron la corriente durante al menos un par de millas hacia el norte, hasta que alcanzaron un pequeño claro.

—Este es el mejor lugar para atravesarlo —dijo él, deteniendo la montura cerca de la orilla—. Aquí no es demasiado profundo.

Acto seguido, se bajó del caballo y extendió los brazos hacia ella. Rose titubeó un instante antes de dejarse sujetar por él. La alzó en el aire con sumo cuidado, sin embargo, la tirantez de su piel donde se hallaban los verdugones le resultó muy dolorosa. Posó los pies en el suelo con pesadez al tiempo que se apoyaba en sus hombros, que se tensaron bajo su contacto. Le miró, temerosa de lo que pudiese encontrar en sus oscuros ojos. Era la primera vez que lo hacía desde que habían partido de *Las Claritas*, hacía ya varias horas.

—Lo lamento —se disculpó él. Rose trató de leer en sus facciones, pero las sombras del amanecer eran malas aliadas y no tuvo suerte—. ¿Quieres comer algo?

Negó con la cabeza. Los nervios que sentía se le habían concentrado en el estómago y dudaba de que pudiera probar bocado. Se apartó unos pasos, tratando de mantenerse erguida. Tenía el cuerpo dolorido. Tantas horas a lomos de un caballo le estaban pasando factura. Se llevó la mano al cuello con disimulo. Estaba muy caliente. Quizá tuviera fiebre, especuló.

—Deberías comer algo. Has perdido peso. —La preocupación era evidente en su tono.

No dijo nada. Sabía que él tenía razón. De constitución delgada, solo necesitaba unos días de ayuno para que pronto se notara que había adelgazado. Incluso la falda que llevaba puesta, que hacía días le sentaba como un guante, le quedaba algo holgada en la cintura.

Él no insistió. Abrió una de las alforjas y extrajo un pequeño bulto. Era un trozo de pan de maíz. Lo engulló a toda prisa mientras conducía a Manchado hasta la misma orilla para que este pudiera beber agua.

La pálida luz grisácea que despuntaba en el horizonte iluminó de forma peculiar al hombre y al caballo y Rose los contempló ensimismada. El animal agitaba la cabeza, aparentemente contento; Gabriel le acariciaba el cuello como solía hacerlo, con afecto infinito. Tanto el uno como el otro parecían ser parte de aquel lugar, de esa tierra salvaje, a ratos bondadosa y verde, a ratos cruel y árida.

Ella se sentía como una extraña.

Tragó saliva y con ella un puñado de lágrimas. No sabía qué le pasaba pero, repentinamente, notaba cómo una pena enorme y profunda amenazaba con ahogarla. Se dio la vuelta para huir de sus ojos castaños que habían comenzado a buscarla.

—¿Estás bien? —Le oyó preguntar.

—Sí, sí..., un poco cansada —mintió.

—Estamos a punto de llegar. El lugar al que vamos está justo al otro lado del río, muy cerca.

Le hubiera gustado preguntarle que cuál era ese lugar, pero temió que las palabras salieran temblorosas de su boca, delatando su verdadero estado de ánimo y no lo hizo. Se limitó a asentir.

El descanso fue corto. Pronto, Gabriel consideró que la luz era suficiente para guiarlos a través del río. El lugar que había elegido para vadearlo era ideal. El verano estaba siendo bastante seco por lo que el caudal era escaso en aquella zona, dejando al descubierto algunos bancos de arena que asomaban a la superficie.

La ayudó a subir a Manchado, de nuevo, mientras que él conducía al caballo a pie. El agua no bajaba con mucha fuerza y no tardaron en alcanzar el mismo centro del río donde la profundidad era algo mayor. El borde de la

falda de Rose quedó empapado cuando el líquido cubrió las patas del equino, que comenzó a inquietarse y se detuvo con tozudez.

—Sujétate fuerte —le dijo Gabriel, lanzándole una mirada de soslayo; luego le habló al caballo—: Vamos, no te me achicopales. No me dejes mal delante de la señora, pues —le animó entre dientes en español mientras tiraba de las riendas.

Se había arremangado la camisa y sus antebrazos quedaban al descubierto. Rose admiró casi hipnotizada la fortaleza que emanaba de ellos. A pesar de que el agua le llegaba por las caderas y la corriente era más fuerte allí, se mantenía firme como una roca. En breve, había conseguido mover al caballo y llevarlo a terreno más superficial. Un poco más y llegaron a la otra orilla, a una zona de cañas que se agitaban con la brisa. Manchado soltó un ligero relincho.

—¿Desde cuándo no te gusta el agua, truhan? —le regañó Gabriel con cariño—. Te debo una, amigo —le dijo con una rápida sonrisa antes de dirigirse a ella—. ¿Todo bien? — Tenía el ceño fruncido por la inquietud.

—Todo bien —le aseguró. Estaba conmovida. El intercambio de palabras que él acababa de compartir con su caballo le había calentado el corazón. Imposible encontrar un hombre que estuviera tan compenetrado con un animal como él.

—Eso es Piedras Negras. —Señaló un grupo de casas cuyos contornos se dibujaban no muy lejos—. Un poco más al este, detrás de aquella colina, está la casa de mi tío Emiliano. Tardaremos menos de media hora en llegar. Aguanta un poco más.

¿La casa de su tío Emiliano? ¿Iban a la casa de su familia?

Asintió, titubeante.

Él pareció reparar en su inseguridad. Se detuvo frente a ella y la observó con infinita ternura.

—Sé que no estás bien. Siento no haber parado a descansar en toda la noche, pero quería llegar cuanto antes.

—No te preocupes por mí, Gabriel. Yo... yo estoy bien.

Él se la quedó mirando largo rato, algo incrédulo, pero no dijo nada más. Se limitó a apoyarle la mano sobre la rodilla con suavidad antes de apartarse, tomar las riendas y echar a andar.

Rose echó un vistazo a su alrededor. El paisaje era igual que al otro lado del río. Abundaban los matorrales y los arbustos y predominaban los tonos amarillos, naranjas y ocres. Ni un solo árbol a la vista que pudiera proporcionar algo de sombra. Amanecía y el fresco de la noche ya comenzaba a ser sustituido por el calor. En poco tiempo, la temperatura resultaría asfixiante y la chaquetilla de lana que llevaba puesta se convertiría en algo sofocante. Agradeció que se le hubieran mojado las faldas y las enaguas en el río.

El suave y sereno paso de Manchado, los movimientos rítmicos de los hombros de Gabriel delante de ella y el agotamiento que sentía comenzaron a adormirla. Bajó los párpados, prometiéndose a sí misma que solo sería un instante. No quería dormirse. No cuando estaban a punto de llegar a su destino. Cerraría los ojos un segundo nada más... Un momento...

—Ya hemos llegado.

Dio un respingo y se enderezó sobre la grupa del animal. Se habían detenido frente a una construcción de adobe encalada de blanco. El portón parecía viejo y algo ajado. Rose elevó la vista y la posó sobre el campanario y la cruz de madera que coronaba lo que parecía ser una iglesia. Con curiosidad, la inspeccionó con los ojos. Era de pequeñas dimensiones y carecía de ventanas. Justo a su lado se mostraban las ruinas de lo que debía de haber sido una edificación más imponente. Ahora solo quedaba una pared en pie, el resto de las piedras se hallaba diseminado por el suelo. Una palmera algo inclinada se erguía junto a la puerta.

Gabriel ató las riendas de Manchado al tronco de la palmera y le tendió los brazos para ayudarla a descender. Rose estaba tan sorprendida por el entorno que incluso ignoró los pinchazos que sintió en la espalda.

—Antiguamente fue una misión española. Ahora nada más se conserva la capilla. Mi tío Emiliano vive aquí, en la casa que hay en la parte de atrás. Es el sacerdote —explicó él al tiempo que la depositaba en el suelo.

—¿Qué... qué hacemos aquí? —le preguntó confundida.

Ella miró como si no entendiera su pregunta, cuando la que no entendía nada era ella.

—Casarnos —contestó él con firmeza como si la respuesta fuera obvia.

Rose se le quedó mirando anonadada. Temió haber escuchado mal. ¿Casarse, había dicho? Agitó la cabeza a un lado y al otro.

—Casarnos —repitió en un hilo de voz con estupefacción.

—Sí, casarnos. Rose, ¿qué pensabas que te estaba proponiendo cuando te dije que te fueras conmigo? —inquirió. Sonaba sorprendido.

—Yo no... no lo sé... —De pronto, se sintió incapaz de emitir una sola palabra.

—Rose... —Se acercó a ella y apoyó la palma de su mano en su mejilla magullada con mucho cuidado. Era cálida y se sentía maravillosamente bien al tacto—. ¿Qué sucede?

—Yo... no esperaba esto.

—¿Y qué esperabas, entonces? —Él frunció el ceño y sus ojos castaños se oscurecieron.

—No pensé que quisieras casarte conmigo.

—¿Qué creíste? ¿Que te traje conmigo como mi amante? —Sonaba perplejo.

—Nunca me dijiste... —Se detuvo, indecisa. Se sentía como una boba. ¿Qué le iba a decir? ¿Que jamás le había dicho que la amaba?

—Hasta anoche no lo había planeado, es cierto —reconoció él.

—Sé que no entraba en tus planes. Y no quiero que te cases conmigo por... por lástima. —Volteó la cara y huyó de su mirada.

Se hizo el silencio. Un silencio largo y espeso. Él se alejó un paso y ella volvió a buscar sus ojos con miedo. El entendimiento brillaba en ellos. La expresión de su rostro se había tornado sumamente seria.

—¿Lástima? —musitó al cabo de un rato—. ¿Por qué habría de tenerte lástima? ¿Porque tu padre te golpeó? —suspiró—. Eres una mujer hermosa, inteligente y fuerte. Mucho más fuerte de lo que piensas. Te he visto doblarte hasta que tu frente ha tocado el suelo, pero jamás te has quebrado, Rose. No has tenido una vida fácil, siempre pensando en los demás antes que en ti y, aun así, has sido capaz de sobrevivir. Y lo has hecho con una valentía y una entereza admirables. —Hizo una pausa y sus facciones se suavizaron—. Rose, ¿no te has dado cuenta de que te admiro? ¿Acaso no sabes lo que significas para mí? —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. ¿No eres consciente de que pienso que eres demasiado buena para mí? Mírate y mírame...

—¡No digas eso! —le interrumpió horrorizada. No soportaba que él hablase así de sí mismo.

—Pero es cierto. ¿Crees que no me he preguntado una y mil veces qué hace una mujer como tú con un hombre como yo? Tú, que podrías tener el mundo a tus pies con alguien como yo, que no tiene nada que ofrecer...

—¡No digas eso! —volvió a repetir agitada—. ¡Tú lo eres todo para mí!

—Y doy gracias a Dios por ello —replicó él con fiereza—. Doy gracias a Dios de que estés ciega y te hayas enamorado de mí sin restricciones, Rose. Porque aunque sé que no te merezco, soy demasiado egoísta para renunciar a ti, ¿sabes? En el mismo momento en que me dijiste que me querías, ya no hubo marcha atrás. No, en realidad todo comenzó cuando te vi con mi hija y comprendí el tipo de mujer que eras. ¿Crees que voy a dejarte ir, Rose? ¿Crees que soy imbécil? —Se acercó a ella y, con suma delicadeza, la sujetó por la nuca con una de sus manos mientras que con la otra rodeaba su talle—. Eres mía, Rosa. Mi güerita... ¿No lo ves, Rose? ¿No ves lo que siento por ti? ¿Acaso tienes los ojos abiertos pero el corazón cerrado?—murmuró en español junto a su boca—. ¿Cómo no voy a querer casarme con la mujer que amo?

Y entonces la besó.

¿Gabriel la amaba? Toda la incertidumbre que Rose llevaba soportando desde hacía horas se deshizo súbitamente, provocando que un torrente de lágrimas brotara de sus ojos mientras correspondía a su beso. Se olvidó del dolor físico y le abrazó con desesperación.

—Pero ¿por qué lloras? —le preguntó él.

—Tenía... tanto miedo —confesó.

—¿Miedo?

—Tenía miedo de que te arrepintieras de haberme llevado contigo —sollozó.

—Pero Rosa —sonrió y volvió a abrazarla—. No soy muy bueno con las palabras, pero ¿no te han dicho nada mis actos? —le preguntó con solemnidad, enterrando la cara en su cuello—. Por Dios, mírame... ¿No ves que estoy loco por ti?

Capítulo 40

Su tío salió a abrirles con un camisón largo y el escaso cabello gris revuelto, dando fe de que le habían arrancado de la cama. Al reconocer a su sobrino, al que hacía más de dos años que no veía, su semblante mostró una mueca entre asombrada y alegre que se oscureció tan pronto como se fijó en Rose y en su cara magullada.

—Pasen, pasen —les dijo tras la sorpresa inicial—. ¡Paquita! —gritó mientras les hacía una seña con el brazo retirándose de la puerta—. ¡Qué inesperado verte por aquí, Gabriel! —Le palmeó la espalda. Luego, se dirigió a Rose, que permanecía callada y le miraba con interés—. ¿Se encuentra usted bien, querida? —Lo hizo en inglés con un fuerte acento.

Ella asintió con brevedad.

—Es Rose Randolph —la presentó Gabriel, tomándola de la mano y guiándola hasta el comedor—. Rose, este es mi tío, Emiliano Salas.

—Encantada —murmuró ella en español.

—¿Habla usted español? Bien, bien. Mi inglés no es muy bueno. Encantado de conocerla. ¡Paquita! —volvió a gritar.

La mujer a la que había estado llamando apareció como por ensalmo. Era una mexicana de mediana edad muy delgada. Llevaba el pelo castaño recogido en un tirante moño y vestía de negro riguroso. Los saludó con una inclinación de cabeza muy formal.

—Es Paquita, la mujer que se ocupa de mí —explicó—. Entre ella y su hijo Tomasito me lo tienen todo arreglado. Prepara el dormitorio pequeño para que la señorita Randolph pueda refrescarse y descansar. Y luego sírvenos algo del guisado de ayer —le pidió—. Voy a ponerme algo de ropa y ahorita mismo estoy con ustedes.

Acto seguido y después de haber dicho esto, desapareció tras una puerta que había a la derecha. Gabriel sabía que su tío estaba deseando hacerle mil

preguntas. Sus ojos no habían podido ocultar su curiosidad mientras observaba a Rose de arriba abajo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Rose, que había tomado asiento junto a la ventana, le regaló una sonrisa algo cansada.

—Tu tío parece muy agradable.

—Lo es. Es el hermano de mi padre. Se parecen mucho.

En efecto, Emiliano Salas era la viva imagen de su padre, Ramón, aunque era unos quince años mayor, su mímica y su forma de hablar eran las mismas.

Gabriel tomó asiento junto a ella y la miró de reojo con culpabilidad. Parecía exhausta. Su rostro carecía de color y tenía ojeras. Sabía que el camino había sido largo y le había exigido demasiado. No tuvo tiempo de decirle nada porque Paquita apareció en el umbral de la puerta y le hizo una señal a Rose para que la siguiera. El dormitorio debía de estar listo con anterioridad.

—Ve y refréscate mientras yo hablo con mi tío —le dijo él.

Ella le lanzó una mirada agradecida antes de acompañar a la mujer. Gabriel la siguió con los ojos. A pesar de que su postura era rígida y sus pasos algo inseguros, la tristeza que había mostrado antes había desaparecido después de que él le confesase sus sentimientos. Una breve sonrisa acudió a su boca al recordar su cara de asombro cuando le dijo que estaban allí para contraer matrimonio.

—Esa sonrisa que veo en tu cara me hace pensar que esa mujercita es algo especial para ti.

Gabriel se dio la vuelta. Su tío se había puesto la sotana a toda prisa, el borde de su camión todavía le asomaba por el cuello. De su cintura colgaba un crucifijo de madera. No se había molestado en peinarse.

—Hemos venido a que nos cases —dijo.

—Lo suponía. ¿Tienes el permiso?

—No. Pero es urgente. Ya viste su aspecto. Quiero protegerla.

Su tío se quedó callado.

—¿Quién le hizo eso? —preguntó al fin.

—Su padre —masculló Gabriel.

—¿No quiere que se casen? Parece una gringa de buena familia. ¿Es por tus orígenes?

—Sí, por eso y unas cuantas cosas más... —respondió con ambigüedad—. Es la hija de mi patrón —aclaró al ver que su tío seguía esperando más explicaciones.

—Ya veo... ¿Y merece la pena, hijo?

—Sí —exclamó con fiereza. Por supuesto que Rose merecía la pena.

—Bueno, pues. A casarlos, entonces. Luego tendré que vérmelas con el funcionario del Registro Civil para que el matrimonio quede asentado. —Dicho esto se dirigió a un aparador que había junto a la ventana y cogió un libro que tenía allí. Era una Biblia—. Vete a buscarla mientras yo voy preparando todo. Necesitarán dos testigos. Paquita y su hijo pueden hacerlo.

Gabriel se incorporó y se acercó a él.

—Gracias, tío —dijo. Emiliano Salas había reaccionado exactamente como él esperaba.

Este le cogió la mano con afecto.

—Parece una buena mujer —dijo.

—La mejor.

—Me alegro de que la hayas encontrado, Gabriel. María necesita una madre y tú una esposa con la que empezar de nuevo. Y olvidar todo lo que ha pasado.

—Ese capítulo todavía no está cerrado —replicó con sequedad.

¿Olvidar lo que había ocurrido con su madre, Rafael y Teresa?

Jamás.

No hasta que no hubiesen hecho justicia.

Ambos guardaron silencio. No había mucho más qué decir al respecto. Nunca iban a estar de acuerdo. La venganza no casaba demasiado bien con los preceptos de la iglesia católica y Emiliano Salas era un hombre muy devoto que llevaba muchos años siguiéndolos al pie de la letra. Nunca aprobó lo que Rico y él habían ideado. Ya intentó disuadirlos, sin éxito, hacía dos años, cuando se presentaron en Piedras Negras la fatídica noche del suceso y le expusieron sus planes. Desde entonces, aunque solo se habían comunicado por escrito, ese tema no se había vuelto a mencionar.

—Bien. —Su tío le miró con pesar—. Apúrate y ve a buscarla, pues. Los espero en la iglesia.

Gabriel se dio la vuelta y se internó en el corredor que conducía al dormitorio pequeño, como su tío lo llamaba. La puerta no estaba cerrada, no obstante, llamó suavemente con los nudillos

—Adelante.

Accedió al interior. El cuarto era de escasas dimensiones y muy austero. Las paredes pintadas de blanco mostraban algunos desconchones aquí y allá. Contenía una cama estrecha, sobre la que colgaba un crucifijo de madera, y una mesita con una palangana y un aguamanil de loza. Un ventanuco estrecho frente al lecho, cubierto por unas cortinas de rayas, dejaba pasar algo de luz al interior de la diminuta estancia. Rose estaba sentada en el borde del colchón. Alzó la vista al verle entrar.

—Si estás preparada, podemos casarnos ya. Mi tío nos está esperando.

—Gabriel —comenzó ella con nerviosismo— Hay algo que quiero decirte. La miró con atención.

—¿Qué es?

—Hay algo que no te he dicho... —titubeó—. Y creo que es importante que lo sepas.

La alarma se despertó en él. Ella parecía al borde de las lágrimas. Aguardó con paciencia a que siguiera hablando.

—El motivo por el que mi matrimonio con Timothy fracasó... fue por... porque no puedo tener hijos —dijo con la voz entrecortada. No se atrevía a mirarle—. No quiero engañarte, Gabriel. Sé que para ti, como para cualquier otro hombre, los hijos son importantes y yo no voy a ser capaz de cumplir con esa obligación... —Se detuvo y tragó saliva—. Así que todavía estás a tiempo de arrepentirte...

Gabriel la contempló con ternura. Cierto era que él deseaba tener hijos, ¿qué hombre no querría? Pero si Dios decidía que no viniesen, pues no vendrían. No pensaba renunciar a ella por eso. Tenían a María.

—¿Es esta tu excusa para no casarte conmigo? —le preguntó en voz queda alzándole el mentón con los nudillos y obligándola a que le mirase.

—¿Excusa? —balbuceó ella.

—Me importa un carajo lo de los niños, Rose. Si Dios quiere, vendrán. Y si no, tenemos a María. ¿Somos suficientes para ti, ella y yo? —musitó junto a su boca—. Porque tú eres suficiente para mí.

Ella suspiró al tiempo que asentía con energía. Sus ojos se aclararon de pronto.

—¿Y tú, quieres echarte atrás? —le preguntó. En realidad daba igual cuál fuese su respuesta. No pensaba consentir que retrocediera.

—¿De veras me dejarías?

—No —repuso con posesividad. Inclino la cabeza y la besó en los labios—. Ya es demasiado tarde para ti. Caíste en mi trampa.

Ella le regaló una sonrisa.

—Vamos —la instó.

De repente se sentía impaciente por acabar con aquello cuanto antes. La cogió de la mano y tiró con suavidad. Ella se dejó guiar. Atravesaron la casa y accedieron a la iglesia. Era pequeña y lo único destacable que poseía era un retablo del siglo anterior dedicado a la Virgen de la Piedad, del cual su tío estaba muy orgulloso y que cuidaba con mucho mimo y fervor. A Gabriel nunca le pareció gran cosa, pero qué sabía él de imágenes santas.

La ceremonia fue breve. Media hora después, Juan Gabriel Salas Cortés y Rose Evelyn Randolph se habían convertido en marido y mujer. No hubo anillos, no hubo flores, no hubo un vestido de novia. Sin embargo, la cara de Rose resplandecía. Gabriel observó a la que ya era su mujer de reojo. Solo lucía una sencilla falda y una blusa sin adornos, su pelo no estaba arreglado y su cara se mostraba magullada, y aun así, nunca antes la había visto tan radiante. Sonrojada y con una amplia sonrisa, se dejaba felicitar por su tío. Él mismo sentía una emoción poco habitual que trató de disimular con un carraspeo. También se acercó a su tío Emiliano, que estaba recogiendo la Biblia que había usado en la homilía, y le dio un abrazo. Paquita y su hijo Tomasito, un hombretón de casi siete pies con aspecto de inocentón, estaban firmando el acta que él y Rose acababan de rubricar.

—Han tenido suerte de que Rogelio Díaz, el funcionario del Registro Civil no sea demasiado exigente con estas cosas y que me deba un favor. Su antecesor no los hubiera permitido casarse sin los dos meses que se requiere que el acta esté abierta. Me voy a acercar al pueblo ahorita para inscribir el

matrimonio. Hay un plazo de veinticuatro horas para poder hacerlo —le dijo y luego se dirigió a Tomasito—. Prepárame la mula. Y ustedes, mientras tanto, coman algo y descansen.

Abandonaron la iglesia por la parte de atrás. Su tío se alejó camino del pequeño establo donde tenía su mula. Paquita y su hijo desaparecieron como por encanto. Y Gabriel y Rose se encontraron repentinamente solos en la entrada de la casa. Se internaron en el comedor. Sobre la mesa había dos cuencos humeantes de estofado, una hogaza de pan y una jarra de café.

—¿Tienes hambre? —Retiró una silla para ella y la ayudó a acomodarse.

—No demasiada. Estoy cansada.

—Deberías comer algo, aunque solo sea un poco. Luego puedes descansar. Nos quedaremos aquí hasta mañana.

Se sentó y comenzó a devorar su comida. Estaba famélico. El trocito de pan de maíz que había comido hacía unas horas no le había servido de nada. Con satisfacción, comprobó que ella también empezaba a comer aunque de manera mucho más moderada. Él dio buena cuenta del contenido de su cuenco y después de vaciar dos tazas de café, se echó hacia atrás en la silla. Se dedicó a contemplar a la que ahora ya era su mujer. Comía como un pajarito y el dolor alteraba su rostro de tanto en tanto. Maldijo en silencio el ser tan descuidado. Probablemente le doliese al masticar.

—Voy a buscar mi silla de montar —le dijo, incorporándose. En sus alforjas tenía linimento. Lo preparaba su tía y él solía utilizarlo cuando algún caballo le coceaba.

Manchado estaba tan contento como un cerdo en una charca en el establo de su tío. Tomasito debía de haberlo llevado allí y haberle puesto paja fresca en el comedero y algunas verduras que estaba devorando con voracidad. No le dirigió ni una mirada.

—Traidor —le dijo entre dientes antes de coger la silla y volver a la casa.

Rose ya no estaba en el comedor. Solo Paquita estaba recogiendo la mesa. Le indicó el corredor con un gesto.

La puerta del dormitorio estaba cerrada, pero esta vez Gabriel no se molestó en llamar. La abrió y entró directamente. De algún modo, su derecho como marido le autorizaba a ello, ¿no? Rose le miró sin sorpresa alguna. Se había tumbado en la cama y se había despojado de sus zapatos, medias,

enaguas y blusa. Había conservado la camisola interior y la falda, por debajo de la cual asomaban las puntas de sus pies desnudos. Gabriel dejó la silla en el suelo y luego se quitó el sombrero y lo colgó en un gancho que había en la pared antes de desanudarse el pañuelo del cuello. Se desabotonó la camisa de la que también se deshizo, a la que siguieron las botas. Se despojó del pesado cinturón y, solo con los pantalones, se apoyó contra la hoja de madera y la contempló.

Ya eran marido y mujer.

Las últimas horas habían sido tan frenéticas que no pudo pensar con calma en lo que sería de ellos de ahí en adelante. Todo sucedió tan rápido y las decisiones fueron tomadas con tanta espontaneidad que no hubo lugar para planificar nada. Ahora que por fin tenían algo de serenidad, había llegado el momento de mirar hacia el futuro.

Reconstruiría su pequeño rancho, decidió. Sabía que no sería fácil. Lo abandonaron hacía ya más de dos años y se hallaba en un estado lamentable. Lo pudo comprobar de primera mano la última vez que fue a visitar las tumbas de su familia. La maleza había cubierto los campos de cultivo y la casa necesitaba reparaciones urgentes. Dejaría a Rose con su tía Elena mientras él se ocupaba de transformar el rancho en un lugar habitable. Podría ir al Nueces a buscar más mustangs, especuló. Quizá tuviese suerte y encontrara unos buenos ejemplares que poder vender y algunos con los que empezar a criar.

No tenía mucho dinero para empezar, pero si había voluntad y determinación, todo se podía conseguir. De eso estaba seguro.

«¿Y esa es la vida que le vas a ofrecer? ¿Pobreza, miseria y trabajo duro? Además, ¿qué va a pasar cuando Rico encuentre a Bass y a sus hombres? ¿Qué vas a hacer, entonces?». ».

Aquellas preguntas, poco bienvenidas, resonaron incómodamente en su cabeza. Aclaró la vista, advirtiéndole que ella le observaba con atención desde la cama. Sus ojos brillantes parecían sonreírle cargados de afecto. A Gabriel, esa mirada le penetró en el corazón e hizo que se le estrechara la garganta.

¡Dios Santo! ¡Cómo no quererla cuando le miraba así!

Bajó la vista casi inconscientemente. Su frente quedó surcada de arrugas cuando vio las señales que la fina camisola interior apenas podía tapar.

Maldiciendo en su interior, se agachó y sacó el unguento de su alforja. Se acercó a ella.

—Déjame ver tus heridas —le dijo.

—No es neces...

—Lo es —la interrumpió con tono autoritario—. Quiero saber qué aspecto tienen.

Ella vaciló al principio; finalmente le tendió la mano para que la ayudara a incorporarse. Una mueca de dolor cubrió sus facciones cuando se irguió. Con mucha lentitud, dejó que los tirantes de su camisa se deslizaran por sus brazos y le mostró su espalda.

Gabriel tuvo que cerrar los puños, furioso, al ver el cruce de finas líneas rojizas que atravesaban sus hombros. Una de ellas le había reventado la piel, comenzaba a formar costra y se presentaba algo hinchada.

—Enséñame el resto —le pidió entre dientes. No quería asustarla pero la ira que sentía amenazaba con hacerle perder los nervios. Cogió aire y trató de serenarse.

Ella parecía reacia, sin embargo, terminó por girarse y alzarse la camisola. Justo debajo de sus pechos, a la altura del estómago tenía dos marcas más que también se habían abierto.

Patterson era un hijo de puta. Y aunque fuera la última cosa que Gabriel hiciese en el mundo, le iba a pagar lo que le había hecho a su hija.

—Déjame que te ponga este linimento. Es bueno para los golpes y las heridas.

Ella vaciló, pero él no dejó que se negara. Antes de que pudiese emitir protesta alguna, se sentó a su lado, hundió los dedos en el mejunje que olía algo fuerte y comenzó a esparcirlo con infinita suavidad por las marcas de su espalda. Ella expulsó un suspiro ahogado, pero no se retiró.

—Esto es lo que me pongo yo cuando algún caballo me patea —le dijo, tratando de distraerla.

—¿Algún caballo te patea alguna vez? Nunca lo he visto. Siempre pareces tan seguro cuando tratas con ellos.

—Te sorprenderías. ¿Has visto la cicatriz que tengo en la cadera?

Ella asintió.

—De mi primer encuentro con Manchado. Ahí donde lo ves, al principio no le gusté demasiado. Era un potrillo pero ya tenía unos buenos dientes.

—¿Te mordió? —inquirió sorprendida.

—Sí, y a traición.

Ella soltó una pequeña risa.

—No te burles. Tuve que pasar una semana en cama. La dentellada fue impresionante. Aunque me lo tenía merecido por ser demasiado confiado. Me engañó con su buen talante, el canalla.

Acabó con las heridas de su espalda y la empujó con suavidad para que se tendiera y poder seguir con las de su estómago. Ella le obedeció. Sus ojos se posaron sobre los suyos.

—No conozco a nadie que se entienda mejor con su caballo —le dijo.

—Es parte de mi familia —repuso. Y lo era. Lo amaba incondicionalmente —. Como Rico, María y tú.

Ella se estremeció. Quizá porque le había hecho daño, aunque intentaba ser lo más cuidadoso posible. Quizá porque sus palabras la habían conmovido. Trató de leer la expresión de su cara, pero ella la giró, desviándola hacia la pared. Él no dijo nada. Se limitó a seguir extendiendo la espesa mixtura por sus heridas con los labios apretados. Le dolía el alma ver aquellas magulladuras.

—Gabriel... —musitó ella rompiendo el silencio que se había creado entre ellos—. Espero ser una buena esposa para ti y una buena madre para María.

—Sé que lo serás. No me cabe duda.

—Sé que no soy su verdadera madre... —titubeó—, y no es mi deseo suplantar a Teresa. No obstante, me esforzaré para...

—Pero ¿qué estás diciendo? —La miró confundido—. Nunca le voy a ocultar a la niña quién fue su verdadera madre, Rose, pero ella solo te conoce a ti. A partir de hoy, tú serás la madre de María. Sé que la adoras.

—La quiero muchísimo —asintió.

—Pues no digas nada más —zanjó el tema con dureza—. Somos una familia. María, tú y yo.

Retiró la mano y, con delicadeza, la cubrió con la camisa.

—Voy a ponerte también un poco en la mejilla y en la frente. Mañana te habrá bajado la hinchazón.

—¿Por qué estabas tan serio cuando has entrado? —le preguntó justo antes de que comenzara a extenderle el unguento por el rostro.

Él vaciló antes de responder. De nada iba a servir hablarle de sus cuitas.

—Por nada en especial —murmuró con vaguedad.

—No te creo. Parecías inquieto.

La miró sin decir nada. Finalmente, soltó un suspiro pesado.

—Deja que me encargue yo de las preocupaciones —dijo—. Tú ocúpate de ponerte bien.

Ella negó con los ojos oscurecidos.

—Sé que no lo vamos a tener fácil, Gabriel. Que has perdido tu trabajo en el rancho y que no tenemos dónde vivir. También sé que en cuanto regrese mi padre y se entere de que me he fugado contigo, nos va a hacer la vida imposible. —Meneó la cabeza con pesar.

—Lo sé, Rose. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Sé que a sus ojos soy un sucio mexicano que no tiene donde caerse muerto. Indigno de acercarse a millas de su preciosa hija... —Al ver que ella iba a protestar irritada, le acunó la mejilla y se inclinó hasta que los mechones de su largo cabello oscuro envolvieron su rostro y sus labios quedaron a solo un par de pulgadas de los de ella. Su respiración acelerada le dio la bienvenida—. Sin embargo, aquí está su maravillosa hija —susurró—, exactamente donde tiene que estar, entre mis brazos y dejándose querer por este maldito mexicano. —Hizo una pausa breve antes de continuar—. Deja que yo me ocupe de tu padre llegado el momento —añadió con determinación y un tono despectivo. Jamás iba a consentir que el desgraciado de Patterson volviera a acercarse a Rose, y mucho menos que le pusiera una mano encima de nuevo.

Después de decir aquello la besó con dulzura. Su carnosa boca le correspondió con avidez. Esa boca tan generosa que siempre parecía dispuesta a dejarse besar. Gabriel suspiró con deleite. Si no fuera por aquellas heridas y el cansancio que sentían ambos...

Alzó la cabeza y se limitó a contemplarla con cierta satisfacción. A pesar de que su rostro estaba magullado y no presentaba más color que aquel de sus morados, seguía pareciéndole la mujer más hermosa del mundo.

Su Rosa.

Su mujer.

No pudo evitar que una sonrisa un tanto ufana le curvara los labios.

Ella profirió una exclamación.

—¿Qué es? —le preguntó.

—Me gusta cómo sonríes. Pareces feliz.

—Quizá lo sea, ¿no crees?

—Y eres hermoso —añadió.

Él arqueó una ceja.

—¿Hermoso? Hermosas son las mujeres, no un hombre como yo.

—No. Tú también eres hermoso —habló casi en susurros, con reverencia.

Alzó la mano y le delineó la forma de la nariz y de los pómulos con la punta del dedo índice, para acabar dibujando el contorno de sus labios—. Siempre pensé que nunca había visto rasgos tan perfectos como los tuyos. Tu nariz recta y tus pómulos tan pronunciados... y tus ojos almendrados. Hay algo diferente en ti, exótico... Me di cuenta en el mismo instante en que te vi por primera vez.

—Bueno, eso se debe a que mi bisabuela era una auténtica india tigua²². —
Atrapó su mano y depositó un beso sobre su palma—. Yo no la conocí, pero mi padre siempre decía que había salido a ella.

Ella se le quedó mirando boquiabierta y él no pudo evitar bromear.

—Sí, mestizo además de mexicano. Un gran partido.

Luego se limpió las manos en la toalla que había sobre la mesita, dejó el tarro de unguento en el suelo y se tendió a su lado. A pesar de que la cama era estrecha, se las arregló para situarse justo en el borde y no rozarla con su cuerpo. Le bastaba con saber que estaba junto a él. Aunque sus pieles no entraron en contacto, podía sentir el calor corporal que emanaba de ella. Se quedó un buen rato mirando al techo con uno de sus antebrazos apoyado en la frente mientras la escuchaba respirar.

—Para mí solo eres Gabriel —murmuró ella al cabo de unos segundos pasándole el brazo por encima del torso.

Él giró la cabeza y se encontró con sus ojos, enormes, azules, llenos de amor.

—Esa es mi suerte, güerita —musitó en español, conmovido.

Y entrelazó sus dedos con los de ella.

Capítulo 41

Su llegada a Catclaw Springs no pasó desapercibida para nadie. Docenas de ojos los siguieron mientras se adentraban en la calle principal camino de la casa de comidas de Elena Cortés. Algunos los observaban con mal disimulado interés, otros lo hacían con descaro. No obstante, las reacciones eran similares, casi unánimes. Cuchicheos detrás de manos y expresiones desdeñosas en la mayoría de los rostros.

Al parecer, la noticia de que la hija mayor de Patterson se había fugado con un vaquero mexicano había llegado rauda al pueblo y corrido como la pólvora. Y solo hacía dos días de su huida de *Las Claritas*.

Mientras que ella era muy consciente de las miradas y los comentarios y sus mejillas se tornaban rojas por la turbación, él se mostraba ajeno a ello. Erguido sobre la grupa de Manchado, se comportaba como siempre, llevándose la mano al sombrero cuando se encontraban con algún conocido. Sin embargo, Rose notó que el masculino cuerpo se ponía rígido según iban avanzando.

Habían abandonado Piedras Negras antes de que amaneciera, cuando el sol ni siquiera comenzaba a despuntar en el horizonte. Se despidieron del tío de Gabriel con abrazos afectuosos, prometiendo volver a visitarle. En una de las alforjas llevaban la copia del acta de su matrimonio. Cruzar el río de regreso a los Estados Unidos fue igual de sencillo que la vez anterior. Volvieron a hacerlo por el mismo lugar. Esta vez, Manchado se olvidó de su obstinación y no se detuvo en medio del caudal. La ropa de Rose apenas si se mojó. Sus heridas habían mejorado notablemente, sin duda alguna, debido al ungüento milagroso que Gabriel había extendido sobre ellas; y el trayecto de regreso a Catclaw Springs no le resultó tan incómodo como había esperado. Se permitió relajarse, incluso, y apoyar la espalda contra el firme pecho de él, que como era habitual, manejaba al caballo con gran pericia. En los brazos de Gabriel,

las horas parecían convertirse en minutos y, mucho antes de lo previsto, avistaron el pueblo frente a ellos, ya entrado el mediodía.

Durante el camino no hablaron demasiado, pero el silencio que habitaba entre ellos no fue en absoluto desagradable. Estaba cargado de armonía y cierta complicidad. Rose nunca había visto a Gabriel tan relajado y, aunque tuvo momentos de querer preguntarle algunas cosas sobre su futuro que no le habían quedado demasiado claras, prefirió callar para no romper la serenidad que emanaba de él.

Mientras atravesaba milla tras milla de agreste paisaje, subida sobre el lomo de Manchado, entendió perfectamente la comunión que había entre Gabriel y su caballo y, por primera vez, se sintió parte de esa unidad que formaban ambos. Un aleteo en la boca de su estómago corroboró lo que ya sabía desde el día anterior.

Era feliz.

Pero la gente del pueblo y su funesto recibimiento estaban consiguiendo empañar esa felicidad.

Ella ya había sospechado que algo así podía suceder. La animadversión que existía contra los mexicanos, y que en ocasiones podía llegar hasta el odio, era palpable en todas partes, sobre todo allí en Texas donde los recuerdos de la pasada guerra contra México todavía estaban muy presentes. En general, los mexicanos, a pesar de ser vistos como ciudadanos de segunda, eran tolerados y no presentaban ningún problema siempre y cuando se quedaran en su lugar y no aspirasen a estar a la misma altura que los puros texanos.

Pero Gabriel y ella habían roto las reglas.

Un vaquero mexicano huyendo con la hija gringa del patrón.

Imperdonable.

La tensión en el cuerpo de Gabriel se hizo más patente según se cruzaban con más gente que les negaba el saludo y les volvía la espalda. El señor Hilburn, que estaba frente a la puerta de su almacén y siempre había sido tan obsequioso con ella, giró la cabeza con altivez al verlos acercarse.

Rose apretó los labios mientras sentía cómo su cara llameaba. Dolía, sí, dolía ver que las mismas personas que solo hacía unos días la habían tratado con amabilidad, de pronto se comportaban como si hubiera cometido algún

crimen horrible. Le hacía daño aquello, pero todavía le dolía más por Gabriel. Él, que se había ganado el respeto de todos los habitantes del pueblo, ahora era juzgado por el color de su piel. Él, que lo había arriesgado todo para rescatarla de un futuro miserable y se había comportado como un verdadero hombre.

¡Qué injusto le parecía!

Una vena rebelde se abrió paso desde su interior y suspiró, airada. Sin pensarlo demasiado, se giró en la silla de montar y su mirada encontró la de él. A pesar de que sus facciones parecían esculpidas en piedra, tal era su impasibilidad, descubrió un destello de ira en sus ojos castaños. Ella no dijo nada, pero alzó la barbilla en actitud desafiante, luego extendió la mano de manera ostensible y la apoyó sobre la de él que sujetaba las riendas, queriendo transmitirle con aquella improvisada caricia todo lo que sentía. Él pareció entender lo que pretendía porque las comisuras de su boca se alzaron esbozando una breve sonrisa.

—Esto, ¿qué es, Rose? ¿Una demostración pública de afecto? ¿La gringa desafiando las leyes de la naturaleza y entregándose al mexicano? —le preguntó en voz muy baja con tono burlón, pero cargado de afecto.

—Sí —respondió muy digna—. Exactamente eso es.

La sonrisa de él se hizo más amplia.

Rose nunca había sido una persona muy dada a mostrar sus sentimientos en público, más bien todo lo contrario. Tanto en su infancia como en su adolescencia se la educó para comportarse de manera comedida y sobria. Luego, en su vida con Timothy, aprendió a mantenerse en un discreto segundo plano y a no dejarse llevar por ningún tipo de pasión. Pero con Gabriel las cosas eran muy diferentes. Por él estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

Era consciente de que al menos cuatro personas estaban muy pendientes de lo que sucedía entre ellos. Ignorándolos, le devolvió la sonrisa al que ya era su marido, apretándole la mano con más fuerza.

El caballo se detuvo frente al negocio de Elena Cortés como si supiese cuál era su destino. El sol resplandecía inclemente en un límpido cielo azul y el calor era insoportable, por lo que la sombra del porche de madera fue como un agradable regalo. A pesar de que Rose había prescindido de la chaquetilla

y solo llevaba una blusa fina, incluso esta era demasiado y notaba cómo se le pegaba a la piel. Los últimos días de julio en Texas eran asfixiantes.

Gabriel se bajó de Manchado con agilidad, ató las riendas a un poste y alzó los brazos para ayudarla a descender. Con deliberada premeditación la sostuvo en el aire más tiempo del necesario. Ella apenas sintió el dolor de sus magulladuras mientras su mirada se perdía en la de él, profunda y posesiva. La bajó con lentitud hasta el suelo, dejando que sus cuerpos se rozasen de manera totalmente inapropiada.

Era toda una declaración de intenciones por su parte delante de todos aquellos testigos curiosos.

Casi ni había posado los pies en la tierra cuando la puerta del local se abrió con violencia. La figura de la tía de Gabriel se recortó en el umbral. Ambos giraron la cabeza al unísono para mirarla.

—Menudo recibimien... —comenzó él con jovialidad, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

La expresión sombría de Elena Cortés y su rostro demudado eran evidentes. Se retorció las manos en el delantal y parecía muy angustiada.

Esa cara nada más que podía ser augurio de malas noticias.

—Llegó un telegrama de Rico —anunció la mexicana en voz baja, mirando de reojo a su alrededor.

Cada músculo del cuerpo de Gabriel se tornó duro como una roca.

—¿Cuándo? —La pregunta salió como un disparo de su boca.

—Esta mañana. No sabíamos dónde localizarte.

No dejó que su tía siguiera hablando. Tomó a Rose de la mano y, con menos suavidad de la que debería haber empleado, tiró de ella. Juntos entraron en la casa. Elena cerró la puerta a su espalda. A pesar de que era mediodía y el comedor tendría que haberse hallado repleto de huéspedes, solo había una pareja de vaqueros al fondo, ocupando una mesa.

La tía de Gabriel los condujo hasta la cocina. Una vez allí, se sacó un papel del delantal y se lo tendió a su sobrino.

Mientras él leía el contenido del telegrama, Rose se mantuvo quieta a su lado, contemplándole furtivamente. Sus facciones comenzaron a endurecerse según se sumergió en la lectura. Su aspecto y su actitud cambiaron radicalmente. Una mueca de fiera determinación deformó su rostro y una

frialdad sobrecogedora se adueñó de su mirada, anteriormente cálida y afectuosa.

El Gabriel distendido de hacía unos minutos se convertía en otra persona delante de sus ojos.

En alguien que ella no había visto antes.

Un desconocido.

Duro, hosco y gélido.

—Los tenemos. Están en Las Cruces —dijo con aspereza.

Los latidos del corazón de Rose se detuvieron un instante al escucharle decir eso y comprender lo que significaba.

Rico había encontrado a los asesinos de su familia.

Gabriel se marchaba.

Buscó sus ojos, pero él seguía concentrado en el trozo de papel que tenía en la mano. Lo leía y lo releía una y otra vez. Parecía haberse olvidado de todo a su alrededor, de dónde se encontraba y con quién.

Parecía haberse olvidado de ella.

Una sensación opresiva se le concentró en el pecho dificultándole respirar. Notó que se le humedecían los ojos y parpadeó repetidas veces.

«No pierdas los nervios, Rose», se dijo. «Conserva la calma». Pero era difícil cuando el hombre que amaba se transformaba en un extraño. Un extraño que daba miedo.

—¿Qué vas a hacer? —La voz de Elena Cortés la sobresaltó. Había convertido su delantal en un gurrúño entre sus puños agarrotados.

—Partir.

Gabriel pronunció la única palabra que Rose no deseaba oír.

—¿Cuándo?

—En un par de horas. En cuanto Manchado haya descansado. —Su respuesta fría y escueta rompió el aire como un chuchillo afilado atravesando mantequilla caliente.

Las piernas de Rose amenazaron con fallarle, pero sacó fuerzas de flaqueza de algún lugar recóndito que no sabía que tenía y resistió erguida. Su brazo rozaba el de él, pero la distancia que los separaba se hizo infinita, dejando un vacío enorme entre ambos. Él no la había mirado ni una sola vez.

—¿No prefieres descansar aquí esta noche y partir mañana?

—No. No tengo tiempo que perder. Esto es lo más importante ahora. — Agitó el telegrama antes de doblarlo e introducirse en el bolsillo del pantalón—. ¿Cómo está María? ¿Está bien?

—Está muy bien. Está con Nita en su cuarto.

—Voy a subir a verla. —Dicho esto se dio la vuelta, dispuesto a abandonar la cocina.

—Un momento... —le detuvo su tía, que se había quedado mirando a Rose—. ¿Y la señora Randolph? —preguntó llena de desconcierto.

Él se giró. Sus rasgos seguían presentando esa frialdad que los había cubierto antes. Nada cálido emanaba de él. Ni siquiera cuando clavó su mirada opaca sobre Rose que, humillada, esperaba que él recordara que tenía una esposa.

—Ahora es la señora de Gabriel Salas —anunció con sequedad—. Se quedará aquí contigo mientras yo estoy fuera.

Rose tuvo ganas de gritar al oírle decir aquello con tanta impasibilidad.

—Necesito ver a mi hija, ahora —dijo.

Y se marchó, dejando a ambas mujeres solas.

Los ojos de Rose se encontraron con los de Elena. El color impregnó su cara al ver que esta la observaba con una mezcla de conmiseración y simpatía.

—No lo tome en cuenta —le dijo, tratando de disculpar a su sobrino—. Lleva mucho tiempo esperando esas noticias.

Rose fingió una pequeña sonrisa.

—Bienvenida a la familia, hija —añadió, acercándose a ella—. ¿Tiene hambre? ¿Quiere comer algo? ¿Un café, quizá?

—Café estaría bien —murmuró.

—Aquí tiene, querida. —Dejó una taza de bonita porcelana y una jarra de metal que retiró del fogón sobre la mesa—. Ahorita vuelvo y platicamos. Tengo que terminar de atender a unos huéspedes.

Rose asintió. Una vez sola, tomó asiento en una de las viejas sillas de madera y se sirvió el café. El sonido tintineante de la jarra contra el borde de la taza le hizo darse cuenta de que tenía las manos muy agitadas. Temiendo derramar el caliente líquido negro, depositó el recipiente de metal sobre la mesa a toda prisa.

La barbilla comenzó a temblarle y notó el ardor de las lágrimas extendiéndose por sus ojos. Poco había durado su felicidad. Apenas un día. Lo mismo que su matrimonio. Pero no iba a llorar, se dijo. De ningún modo se iba a comportar como una niña estúpida por más dolor que estuviera sintiendo.

Ella ya sabía que aquello podía suceder. Era cuestión de tiempo que Rico encontrara a los responsables de la tragedia de la familia Salas y que se lo comunicara a Gabriel. Solo que no había esperado que fuese tan pronto y que él reaccionara de aquel modo. Se estremeció al recordar la máscara de furia contenida que cubrió su rostro. Y su forma de mirarla, como el que contempla a un desconocido...

Somos una familia. María, tú y yo.

Esas habían sido sus palabras hacía un día escaso. Y ella le había creído. Había confiado a ciegas en cada cosa que él había dicho.

«Tiene otras prioridades, Rose. Hay cosas que estaban ahí antes de que llegaras tú. Compromisos que cumplir. No lo olvides. Su promesa está primero. Tú ya lo sabías».

Meneó la cabeza ligeramente y bajó los párpados. Sí, lo sabía. Pero no por ello dolía menos saber que ella se hallaba en un segundo lugar en su vida. Había sido tan ingenua... De nuevo se había hecho ilusiones.

Carraspeó, dispuesta a recuperar algo de aplomo. No iba a dejarse arrastrar por la tristeza a pesar de que esta había encontrado alojamiento en su interior. Se avecinaban tiempos difíciles y lo último que necesitaba Gabriel era una mujer llorosa aferrada a él, causándole más problemas de los que ya tenía. Se llevó la taza de café a los labios y bebió un sorbo con forzada serenidad.

Iba a tragarse las lágrimas, iba a levantar la barbilla y, como siempre, iba a estar a la altura de las circunstancias. ¿No había dicho él que admiraba su fortaleza? No podía ser frágil en momentos como ese.

El sonido de unos pasos a toda velocidad al otro lado de la puerta llegó hasta sus oídos. No tuvo tiempo de incorporarse cuando el dueño de esas pisadas, mejor dicho, la dueña, entró en la cocina como una pequeña exhalación.

—¡Mamá Rose! —gritó María, echándose en sus brazos.

Rose contuvo una exclamación dolorida al sentir los bracitos de la niña estrujándola con ímpetu.

—María, no sabes lo mucho que te he echado de menos —le dijo con la voz cargada de emoción mientras le acariciaba el sedoso pelo.

—Ella también a usted —dijo Nita desde la puerta. Tenía las mejillas arreboladas como si hubiera realizado algún esfuerzo físico. De seguro había sido así. María era como un vendaval y había que estar corriendo tras ella todo el día—. Se pasa las horas preguntando por su mamá Rose.

El corazón se le llenó de calor al escuchar aquello. La pequeña alzó la cabeza y la miró con una enorme sonrisa de diminutos y perfectos dientes blancos. Sus preciosos ojos oscuros estaban colmados de felicidad.

—¿Duele mucho? —Se puso seria de repente y alzó una de sus manitas para tocarle la mejilla.

—No. No me duele —mintió Rose.

—Papá se va. Tú te quedas conmigo.

Un nuevo pinchazo de dolor la traspasó, pero se mordió los labios y asintió con energía.

—Sí, yo me quedo contigo, María.

—¿Vas a vivir con nosotras? ¿Puedo dormir contigo?

Juntó las manitas con aire de súplica y Rose no supo qué decir. Miró a Nita, que la contemplaba con reparo.

—Claro —respondió esta—. Mamá Rose se quedará aquí con nosotras. Ya te lo ha dicho tu papá.

La niña emitió un gritito feliz y volvió a echarse en sus brazos. Rose se inclinó y la abrazó sin preocuparse de sus magulladuras. Sentir la calidez del cuerpo de María contra el suyo hacía que todo lo demás fuese irrelevante.

—Gabriel ha ido al almacén del señor Hilburn a comprar unas cosas que necesita para el viaje, señora —dijo Nita—. Me pidió que le dijera que no tardaría en volver.

—Por favor, Nita, llámame Rose. —Alzó la vista y la posó sobre el rostro de la muchacha que enrojeció.

—Oh... sí, claro... —tartamudeó—. Bienvenida a la familia, Rose —añadió con timidez—. Voy a ayudar a mi mamá. ¿Puede quedarse con María?

—Por supuesto.

La pequeña no tardó en encaramarse a su regazo. Se sacó del bolsillo de su mandil la figura de madera que su padre había tallado para ella y comenzó a explicarle en su lenguaje infantil la historia del caballito y por qué estaba triste y solo. Su vocabulario había mejorado notablemente en los últimos meses.

—No tiene mamá —le dijo, agitando su cabecita de rizos negros—. Yo tampoco, pero mi papá dice que ahorita tú eres mi mamá.

Rose la escuchaba, afligida. Se había prometido a sí misma que no iba a llorar y que iba a ser fuerte, pero aquello que decía María la perturbaba en exceso. Tuvo que esforzarse por reprimir el llanto.

El tiempo transcurrió despacio mientras la niña seguía hablándole de su caballo y le contaba descabelladas historias de la figurita y de las aventuras que vivían juntos todos los días. Rose solo la escuchaba a medias. No podía evitar que sus ojos se dirigieran de tanto en tanto hacia la puerta, esperando ver aparecer a Gabriel por ella de un momento a otro. A pesar de que la presencia de María era reconfortante, la inquietud no se le quería ir del todo. Necesitaba verle, necesitaba saber cómo se encontraba.

Elena y Nita volvieron al cabo de un rato y tomaron asiento a su lado. Ambas parecían ansiosas por saber más y le lanzaban sonrisas algo curiosas. Fue la tía de Gabriel la que no pudo aguantarse y se atrevió a hacer la primera pregunta.

—¿Dónde fue que se casaron?

—Nos casó su tío Emiliano, ayer —le respondió en voz baja.

La exclamación de asombro que soltó resonó fuertemente en la estancia.

—¡Se la llevó hasta Piedras Negras para casarse! ¿Qué pasó, hija? Ayer vino un vaquero del rancho al pueblo y contó que usted se había fugado con Gabriel. Nos dejó muy sorprendidos a todos. No... no sabíamos que usted y él estaban... —El moreno rostro de la mexicana se tornó rojizo.

—No... no lo habíamos planeado, la verdad. Es que sucedió algo... —se interrumpió, avergonzada. ¿Qué podía decirle?

—¿Fue su papá? —La mirada de Elena se posó sobre su amoratada frente y mejilla.

Rose no dijo nada. Terminó por esbozar una pequeña sonrisa pesarosa que no alcanzó sus ojos y asintió.

—Mi sobrino es un buen hombre. No permitirá que le pase nada.

—Lo sé —repuso.

Y aunque intentó hablar con seguridad, la incertidumbre se filtró en su voz. Se centró en la niña y en su juego. No deseaba que ninguna de las otras dos mujeres pudiese reconocer en su expresión sus verdaderos pensamientos.

Después de aquello, el silencio se adueñó de la cocina, apenas roto por los ruidos que hacía María similares a los del relincho de un caballo, y por el crepitar de la leña en el fogón.

Elena no tardó en levantarse y aproximarse a la cacerola que tenía puesta en el fuego. Removió su contenido con un cucharón de madera antes de hacerle un gesto a Nita. Esta se acercó y, entre ambas, retiraron el enorme recipiente de hierro de la brasa.

En ese momento, la puerta que daba al patio trasero se abrió, y Gabriel apareció en el umbral. Rose, ansiosa, trató de leer algo en sus facciones, pero se había calado el sombrero hasta las cejas y su ala ensombrecía todo su rostro. Solo pudo reconocer la dura línea que formaban sus labios.

—Ya está. Ya lo he arreglado todo —dijo, dejando sobre la mesa unas cuantas hojas de papel atadas con un fino cordel y un saquito de cuero marrón—. Necesito hablar con Rose a solas —añadió con sequedad dirigiéndose a su tía.

Elena Cortés no tardó en coger a María. Esta se dejó llevar no sin antes darle un húmedo beso en la barbilla a Rose. Después, seguida por Nita, abandonó la cocina y los dejó solos.

Rose ocultó las manos debajo de la mesa. Habían comenzado a temblarle de nuevo. Con impostada serenidad aguardó a que él comenzara a hablar. El corazón amenazaba con querer salirse del pecho, pero nada en su aspecto exterior indicaba que tuviera los nervios a flor de piel.

Gabriel se quitó el sombrero. Unos cuantos mechones de cabello le cayeron sobre la frente. Se los apartó con cierta violencia y ella pudo ver su rostro, por fin. Le dio un vuelco el estómago al comprobar que el extraño en el que se había convertido al leer el telegrama seguía allí. Sintió frío al ver sus facciones carentes de toda expresión.

—Parto hacia Las Cruces —comenzó él sin emoción alguna en la voz. La miraba, pero ella hubiese preferido que no lo hiciera, sus ojos carecían de

vida—. No sé lo que tardaré en regresar. Aquí estarás bien, con mi tía.

Ella no dijo nada, se limitó a asentir. En su interior deseaba gritarle que no iba a estar bien. ¿Cómo iba a estarlo si él se marchaba y quizá no volviera a verle jamás?

—Esta es la copia del acta de nuestro matrimonio. —Señaló los papeles que había depositado antes sobre la mesa—. Y el título de propiedad de mi rancho. Te dejo también todo el dinero que tengo, solo he cogido unos dólares para el viaje.

¿Por qué hablaba como si no fuera a volver? Rose le contempló horrorizada. Permanecía impasible, de pie en medio de la estancia, solo su mano, que agarraba el sombrero con excesiva fuerza, parecía poseer algo de vida. El resto de él era similar a una estatua.

—Gabriel... —comenzó ella, pero se calló al ver que él daba un paso en su dirección.

—Sé que no es esto lo que esperabas, Rose. Sé que ayer mismo te hablé de que me iba a ocupar de ti. Lo sé. —Desvió la vista—. Pero llevo más de dos años esperando ese telegrama. Más de dos años —repitió entre dientes volviendo a mirarla—. Entiendes que no puedo quedarme, ¿verdad? Sabes que tengo que irme.

Ella se puso de pie. Se apoyó en el respaldo de la silla, aunque quizá apoyarse no fue exactamente lo que hizo, se aferró al listón de madera con tenacidad, tratando de controlar los temblores que recorrían sus brazos.

No podía apartar la mirada de su rostro. Ese rostro que tanto había aprendido a amar y que, ahora, a pesar de no mostrar emoción alguna, seguía pareciéndole el rostro más hermoso del mundo. Lo escrutó con avidez. Su amplia frente. Sus cejas rectas, una de ellas partida por la pequeña cicatriz que el puño de su asaltante había dejado meses atrás. Su nariz y sus pómulos marcados. Sus ojos castaños y almendrados, que aunque ahora parecían fríos, solían bañarla en afecto. Su boca enérgica y generosa que tantas veces había poseído la suya. Su mentón oscurecido por la barba de unos cuantos días que necesitaba un buen afeitado...

Cerró los ojos y su imagen desapareció. Cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca. Volvió a abrirlos y él apareció de nuevo ante ella. Alto, enorme, imponente.

—Lo sé —repuso. Él esperaba esa respuesta, así que se la dio.

—Si no regreso... —comenzó con aspereza.

Rose sintió como si un cuchillo le hubiera atravesado las entrañas. ¡No quería oírlo!

—Regresarás —le interrumpió. La desesperanza tiñó su afirmación.

Él guardó silencio y la contempló a través de sus pestañas.

—Necesito decirte esto antes de irme.

—¡No!

—Es importante.

—Pero yo no quiero escucharlo. —Ella se llevó las manos a los oídos y negó con la cabeza una y otra vez—. No quiero que lo digas. ¡No lo digas! —Retrocedió un paso hacia atrás al darse cuenta de que él se aproximaba a ella—. No lo digas, Gabriel... —se le rompió la voz.

La alcanzó. La alcanzó y la sujetó por las muñecas. Rose bajó los párpados tratando de huir de su inquisitiva mirada oscura.

—Escúchame, Rose...

—Vas a volver —protestó ella—. ¡Vas a volver! —repitió. Era muy consciente de que estaba perdiendo los nervios y se estaba comportando como una tonta, pero solo el hecho de imaginar que él pudiera no regresar la convertía en una mujercita balbuceante y asustada. ¿Qué iba a hacer si él no regresaba?

—Escúchame. —La agitó con suavidad hasta que consiguió que ella le mirara por fin—. Sé que te estoy pidiendo demasiado, pero necesito que seas fuerte, Rose.

¿Fuerte? Ella no era fuerte. Él estaba equivocado cuando le dijo que admiraba su fortaleza. Se mordió los labios intentando contener un sollozo. Notó cómo los ojos se le empañaban y la imagen de él se desdibujó frente a ella.

—No —dijo de nuevo.

Él se quedó mirándola con fijeza. Sus ojos se encendieron según lo hacía y la amargura transformó su boca.

—¡Maldita sea! —masculló al fin entre dientes.

Y tiró de ella hasta que cayó rendida contra su cuerpo. La rodeó con firmeza con sus brazos, olvidando que estaba herida. Ella no se lo recordó,

temerosa de que él rompiera su cálido abrazo si le decía que le hacía daño. Enterró la cara en el hueco de su cuello y aspiró su aroma con desesperación. Cuero, jabón, sudor, caballo... *Gabriel*.

—Me lo pones muy difícil —murmuró él junto a su oído—. Me está costando la vida despedirme de ti, Rose. Pero tengo que hacerlo y tengo que decirte algo antes de marcharme. Es muy importante. —Hizo una pausa y respiró hondo. Ella pudo sentir su aliento bañando la piel de su rostro—. Cuida de María, por favor. Si algo me sucediera...

Rose trató de soltarse con violencia, pero él no se lo permitió. Agarrándola con fuerza la mantuvo quieta, pegada a él. Sus cuerpos como si fueran uno.

—Nada más que te pido una cosa. Si yo no vuelvo, quiero que te ocupes de mi hija —dijo con rapidez—. Quiero que seas su madre. Si algo me sucede, el rancho será tuyo y de María. Véndelo y comienza una nueva vida...

El llanto sacudió el cuerpo de Rose. ¿Qué barbaridades estaba diciendo? Sus manos, como garras, se aferraron a la espalda de él, que se tensó bajo su contacto.

—Prométeme que cuidarás de María —le pidió con urgencia.

—¡No! No voy a prometerte nada porque vas a volver —sollozó.

La apartó de sí y le sujetó los hombros con violencia. Ella le miró con aire de rebeldía. ¡No iba a hacer tal promesa! Él volvería y ambos se ocuparían de su hija.

Él, percibiendo la velada oposición de ella, la zarandeó con exasperación. Sus ojos despedían chispas de enfado.

—¡Mírame, Rose! —masculló—. Solo te pido que me prometas que vas a cuidar de María. ¡Hazlo!

Ella le observó en silencio, angustiada. Seguía negando con la cabeza. ¿Cómo iba a prometerle nada? De algún modo absurdo, su mente parecía creer que si le prometía algo semejante, él no regresaría. Una parte de ella que todavía conservaba algo de lucidez llamó a la voz de su conciencia que se activó en su interior y le recriminó su comportamiento pueril. Se estaba conduciendo como una niña asustada. Y ella no era así. Nunca lo había sido.

—Rose, no puedo marcharme si no me lo prometes. —Sonaba desencantado y sus facciones se endurecieron. Sus dedos se hundieron en la

suave carne de sus brazos por encima de su blusa y el calor que desprendían sus manos la hizo estremecer—. Y sabes muy bien que tengo que irme.

Sí, ella lo sabía muy bien.

Cerró los ojos y dejó que el último reguero de lágrimas se desprendiera de sus pestañas. Luego se las secó con furia antes de abrirlos nuevamente y anclarlos en los de él, que aguardaba tenso.

—Te lo prometo —musitó, claudicando.

Él dejó escapar un suave gemido cargado de alivio y la tomó otra vez entre sus brazos, hundiendo la cara en su pelo.

—Voy a despedirme de María —susurró al cabo de un rato—. Espérame aquí. —Se apartó de ella y la soltó. La expresión de su rostro volvía a ser serena y reservada. Ella notó su ausencia inmediatamente y un vacío enorme vino a ocupar el espacio que había llenado él.

Le vio abandonar la cocina con los ojos y el corazón secos, abrazándose a sí misma para contrarrestar el frío que se extendía lentamente por cada rincón de su cuerpo. Daba igual que fuese uno de los días más calurosos del verano y que, en aquella cocina y cerca del fogón, la temperatura fuera bochornosa.

Ella estaba congelada.

Como en trance, se dirigió a la puerta que daba al patio trasero y la abrió. Salió al exterior y se paró junto a la pila de leña. Al otro lado de la valla estaba Manchado y, junto a él, otro caballo castaño algo más robusto y bajo. Ambos alzaron las orejas al verla aparecer. Ella se limitó a quedarse allí, paralizada, con la mente demasiado confusa para pensar con claridad.

No sabía cuánto tiempo habría transcurrido, unos cuantos minutos quizá, cuando él volvió a aparecer. Se detuvo a su lado.

—Me marcho—dijo con voz ronca.

Ella asintió. No quería mirarle. Si lo hacía, era más que probable que rompiese a llorar.

Pasaron cinco segundos, diez, quince...

Entonces él se puso en movimiento. Su espalda firme, enfundada en esa camisa color gris que tantas veces se había quitado cuando estaban juntos, comenzó a alejarse.

Rose apretó los puños, sintiendo cómo las uñas se le hundían en las palmas de las manos.

Él desató las riendas de ambos caballos y ató las de Manchado a la silla del castaño, luego se encaramó a este. Se echó el sombrero hacia atrás y apoyó las manos en el pomo. Algo en su postura parecía indeciso y titubeante. Finalmente, giró la cabeza y la miró. Sus oscuros ojos, penetrantes y profundos, la examinaron de arriba abajo, como si estuviese tratando de guardar su imagen en su memoria.

Ella se tragó las lágrimas y simuló una sonrisa.

Podían haberse dicho mil cosas más, pero ninguno lo hizo.

Acto seguido, él apartó la mirada y clavó los tacones de sus botas en los flancos del caballo obligándole a ponerse en marcha. No volvió a mirar atrás.

Rose quiso gritar su nombre. Pedirle que no se fuera. Llamarle y suplicarle un último beso, un último abrazo...

Le observó partir en silencio, con el corazón roto y el alma en carne viva.

Capítulo 42

Era sábado por la noche cuando Gabriel entró en Las Cruces. Dos semanas y media había necesitado para llegar hasta allí. Cubierto del polvo del camino de los pies a la cabeza y con la garganta seca ávida por echar un trago, lo primero que hizo fue buscar el establo. Las últimas millas las había hecho a lomos de Manchado, que estaba tan sucio como él. El otro caballo, al que no se había molestado en ponerle nombre, caminaba tras ellos con parsimonia.

Un hombre, algo entrado en años y en kilos, bien vestido y con un maletín bajo el brazo, le indicó que los establos públicos estaban a tres calles de distancia, junto a la ferretería. Hacia allí se dirigió Gabriel. El edificio de madera era bastante grande y no tuvo problemas a la hora de encontrarlo. Pagó un dinero extra para que se ocuparan bien de Manchado y negoció un buen precio con el dueño, un mulato de gran envergadura y amplia sonrisa, por la venta del otro caballo.

Después, volvió a sacarse el telegrama del bolsillo del pantalón y lo leyó a la luz de una de las lámparas de aceite que colgaban de un poste a la entrada del establo.

Los he encontrado. Las Cruces. A partir día 13 te espero en taberna McCoy todas las noches.

Si no estaba equivocado, era día catorce. Los cálculos de su hermano solo se habían desviado por un día.

La taberna en la que le esperaba Rico, a pesar de no encontrarse en la calle principal de la ciudad, sino en un pequeño callejón paralelo a esta detrás de la funeraria, estaba llena hasta los topes. Muchos trabajadores de los ranchos cercanos aprovechaban que al día siguiente era domingo para bajar al pueblo y gastarse la paga semanal. El comportamiento de los vaqueros de Las Cruces, Nuevo México, era igual al de los de cualquier villorrio de Texas. El sábado por la noche equivalía a mujeres, juegos de azar, alguna pelea que otra y alcohol, mucho alcohol.

McCoy debía de ser el dueño del tugurio. Alto como un ciprés, con el pelo rojo y la barba más roja todavía, reinaba detrás de la barra de madera de la taberna que llevaba su nombre.

Los ojos de casi todos los presentes se dirigieron hacia Gabriel cuando empujó las puertas batientes y accedió al interior del oscuro local. De un rápido vistazo los repasó a todos, buscando a su hermano. La delgada figura vestida de negro se hallaba al final de la barra, acodada sobre esta con un vaso lleno de dorado líquido frente a él.

—Podrías haberte lavado, carnal. —Fue el escueto saludo que le dirigió Rico cuando se detuvo a su lado. Ni siquiera parecía sorprendido de verle aparecer.

—Estaba impaciente por venir a verte —repuso Gabriel.

Aunque no se abrazaron ni se estrecharon las manos, la alegría brilló en los ojos de ambos al encontrarse uno junto al otro.

Rico tenía buen aspecto. Hacía meses que no se veían y en ese intervalo de tiempo había ganado algo de peso, ensanchando la espalda y los brazos. Siempre sería más delgado y fibroso que su hermano mayor, pero no había duda de que su cuerpo iba adquiriendo más consistencia. Se había dejado crecer un bigotito negro que le hacía parecer más maduro.

—Tienes una mancha ahí encima del labio —bromeó Gabriel después de pedirle un trago al tabernero. Tuvo que alzar la voz para poder hacerse oír. Demasiado público hablando demasiado alto en un lugar muy reducido.

Rico le respondió con una sonrisa de oreja a oreja, llevándose un pulgar al bigote y alisándoselo con cuidado.

—Está muy padre, ¿no? A las mujeres les encanta —presumió con fanfarronería—. Les gustan los hombres pulcros y aseados, ¿sabes? Algo podrías aprender de mí —añadió, recorriendo a su hermano de arriba abajo—. ¿Qué trajiste? ¿Todo el polvo del desierto de Chihuahua contigo?

—Y la mitad lo llevo en la garganta —repuso, cogiendo el vaso que el dueño del local acababa de dejar frente a él y vaciándolo de un trago. Luego, haciendo una mueca, lo dejó sobre la barra y pidió que se lo volviera a rellenar. Era un *whisky* barato y sabía a rayos, pero cualquier cosa era buena para aclararse el gaznate.

—El viaje, ¿bien?

—Sí. Sin problemas ni encuentros desagradables. Me crucé con unos kiowas, pero ellos siguieron su camino y yo el mío.

Rico asintió. Vació su vaso y volvió a pedir que se lo llenaran de nuevo.

—¿Cómo está María? ¿Y la tía Elena? ¿Todo bien por allí?

—Todos bien.

Su hermano, aunque parecía estar pendiente de él y de la conversación que mantenían, tenía los sentidos puestos en otro sitio. Gabriel le conocía bien. Aguardó impaciente a que Rico se decidiera a decirle algo. Sabía que no le había citado en aquella taberna sin motivo. Mientras tanto dejó vagar la mirada por el local. La luz, proveniente de una antigua rueda de carreta reconvertida en lámpara que oscilaba del techo, era más bien escasa. Algunas velas que se derretían sobre las mesas complementaban la falta de luminosidad. La barra estaba llena de vaqueros, a cual más ruidoso, apenas había un par de huecos aquí y allá. Todas las mesas estaban ocupadas. En dos de ellas se jugaba al Faro, en otra a los dados. No había ni una sola mujer entre los presentes.

—La mesa de la derecha, en la que juegan al Faro —murmuró Rico entre dientes al cabo de un breve lapso de tiempo.

Los ojos de Gabriel volaron raudos hacia allá.

—El del sombrero gris es Bass.

Se le contrajeron las entrañas al posar la vista sobre el hombre de aspecto anodino que jugaba a las cartas. Así que aquel era el asesino de su familia, al que llevaban dos años buscando infructuosamente. No pudo evitar que el odio rebosara por todos los poros de su cuerpo mientras le observaba con fijeza. Tenía el pelo grisáceo y un enorme mostacho del mismo color. Sus ropas eran corrientes, camisa y chaqueta oscuras y un pañuelo azul al cuello. Nada destacaba en él. El tipo parecía un vaquero normal, no un monstruo sanguinario. La bilis le acudió a la garganta.

—El mexicano que está su lado es Méndez, también es de la banda. Y junto a él, el rubio jovencito y el moreno con la nariz ganchuda. De los que están de pie, el rubio del pelo largo y sombrero negro es Higgins, otro de sus hombres. —Rico iba enumerándolos a todos con voz monótona y sin mirarlos. Se había acercado a Gabriel para no tener que elevar el tono—. Hay otros cuatro más,

pero esta noche no han venido. Han de estar haciendo vigilancia en su escondite.

Gabriel le escuchaba sin pestañear. De todos los hombres que Rico había mencionado, el único que tenía aspecto de forajido era el moreno de la nariz aguileña. Su pelo negro y grasiento partido con raya en medio le llegaba hasta los hombros y sus ojos tenían un brillo astuto y calculador mientras ojeaba sus naipes muy concentrado. Desde donde él estaba podía ver perfectamente la canana y el revolver que adornaban su cadera derecha.

Todos ellos portaban armas.

—¿Qué tal si salimos de aquí y hablamos? —preguntó Rico arrojando una moneda de dos bits²³ sobre la barra.

Demasiado dinero para el matarratas que les habían servido, pensó Gabriel. No obstante, el tabernero la apresó con diligencia y se la guardó en el bolsillo. Rico echó a andar sin dirigir ni una mirada a la mesa donde se sentaban Bass y sus hombres. Gabriel le imitó. Sentía los músculos de la espalda rígidos y tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para mostrarse impassible mientras abandonaba el oscuro tugurio detrás de su hermano.

Se detuvieron en la calle a unas cuantas yardas de la taberna, en las sombras de un edificio de grandes dimensiones. No había mucha gente por allí y solo la música sofocada de una pianola de algún salón cercano y las voces de unos cuantos hombres cantando se escuchaban a lo lejos.

—Hace dos meses casi di con ellos en Amarillo, pero se me escaparon —masculló Rico—. Los volví a localizar en Santa Fe el mes pasado, donde asaltaron una diligencia. Y los seguí. Tienen su campamento en San Javier de los Llanos. Es un antiguo pueblo abandonado de la época de los españoles a unas seis millas de aquí. No creo que se queden mucho tiempo más. No aguantan más de tres o cuatro semanas en el mismo sitio.

—¿Tienes algún plan? —inquirió Gabriel con gravedad sin apartar la mirada de las puertas batientes de la taberna. Con gusto hubiera vuelto a entrar, pistola en mano, y hubiese vaciado el cargador en la cara del hijo de puta de Bass.

—Sí —repuso. Y después de escupir al suelo, añadió con frialdad—: Tengo un plan.

Gabriel buscó sus ojos en la oscuridad. Eran gélidos. Y la expresión de su rostro, hostil. El alegre Rico de hacía unos minutos se había esfumado.

—Me alojo en una pensión a unas calles de aquí. Vamos pues a que te laves y te pongo al corriente de todo. Descansemos unas horas y luego... luego nos ponemos en marcha. No tenemos mucho tiempo.

No hablaron de camino al hotel. Este se encontraba en una parte bastante tranquila de la ciudad, apartada del jolgorio de las calles principales. Era un edificio de dos plantas con una barandilla de madera blanca en la parte frontal. Sobre la puerta había un cartel en el que se anunciaba que había camas libres. A pesar de que la oscuridad lo sumía en sombras, el lugar tenía un aspecto respetable y sobrio que no casaba nada con la apariencia de pistolero que se gastaba Rico. Y Gabriel así se lo dijo.

—La dueña es una viuda que alquila habitaciones a parejas, principalmente. Me costó emplearme a fondo y utilizar todos mis encantos para conseguir un cuarto. Pero soy un Salas y el bigote ayuda —se mofó con una sonrisa burlona—. El lugar es tranquilo y está alejado del centro. Y eso era lo que iba buscando —añadió algo más serio.

Accedió al interior de la casa y le hizo un gesto a Gabriel para que le siguiera. Subieron las escaleras que había al fondo en silencio. La única fuente de iluminación provenía de una vela casi consumida que reposaba sobre una mesita en el descansillo del primer piso.

—Es aquí —dijo Rico, deteniéndose frente a la segunda puerta del pasillo. La abrió e invitó a su hermano a pasar.

Mientras él encendía una lámpara y subía la mecha para bañar el cuarto en una luz tenue, Gabriel inspeccionó este de un vistazo. La habitación no era muy amplia y la cama ocupaba casi dos terceras partes de ella; era lo suficientemente grande para que dos personas pudiesen dormir allí con comodidad. Había una mesa pegada a la pared, una silla y una mesita más pequeña junto a la ventana, cuyas cortinas de grueso tejido azul estaban echadas. El papel de las paredes era de color anaranjado y en el suelo, una alfombra floreada algo ajada hacía que los pasos se amortiguaran.

—Lávate, que falta te hace. —Rico señaló la jarra de porcelana que había en el suelo dentro de una palangana. Al lado, una toalla y una gruesa pastilla de jabón parecían haberle estado esperando.

Gabriel no se lo hizo repetir. Dejó el bulto en el que llevaba una muda sobre la cama y se despojó de sus polvorientas ropas. Sin demasiado pudor, quedó completamente desnudo ante su hermano, que se había tumbado en el centro del colchón. Procedió a lavarse con meticulosidad. Llevaba semanas sin adecentarse en condiciones y, aunque era un pobre baño el que podía darse allí, cualquier cosa era mejor que sentir el polvo y el sudor pegado a su piel.

—En Santa Fe murieron dos de los hombres de Bass. Uno, en el asalto a la diligencia —comenzó Rico. Sonaba algo ausente—. El otro... bueno, digamos que me tropecé con él.

Gabriel se dio la vuelta y buscó la mirada de su hermano, pero este tenía los ojos pegados al techo. Imperturbables. No parecía demasiado dispuesto a explicar cómo fue el encontronazo con el hombre de Bass.

—Ahorita quedan nueve —continuó—. El más peligroso, aparte del propio Bass, es el moreno que estaba a su lado jugando a las cartas. Hay otro que también es veloz con el revólver, se llama Titus, es un mestizo. No suele visitar la taberna.

—¿Cómo sabes todo eso? —Gabriel se secó con la raída toalla. No estaba completamente limpio, pero tendría que servir.

—El muchacho rubio que estaba esta noche tiene una boca muy grande y es algo fanfarrón. En cuanto bebe demasiado, habla demasiado también. No es difícil sacarle información. Solo tienes que invitarle a un par de tragos, nomás. Creo que es un sobrino de Bass, por eso lo mantiene a su lado a pesar de que es bien ligero de lengua.

Gabriel no dijo nada. Procedió a vestirse con la ropa limpia que llevaba en su fardo. Después cogió la palangana y se dirigió a la ventana, la abrió y, cerciorándose de que no hubiera nadie fuera, arrojó el agua sucia. Luego cogió su Colt y se sentó en el borde de la cama. Comenzó a desmontarlo. Separó el cañón de la estructura de la culata y luego tiró del percutor para liberar el tambor. No era la primera vez que hacía esto en los últimos días. Lo había limpiado y engrasado una y otra vez, recordando casi palabra por palabra las instrucciones que su coronel, Benjamin Franklin Terry, les había repetido en infinidad de ocasiones durante la guerra. Un revólver bien cuidado podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Él mismo había visto morir a

más de un compañero porque su arma había fallado en el momento menos apropiado. Guiñó un ojo y contempló el interior del cañón con el otro.

—¿Y tu plan? —le preguntó a su hermano que había dejado de hablar hacía un rato.

—No es gran cosa, pero puede servir. Como te he dicho antes, han encontrado refugio en las ruinas de un pueblecito a unas seis millas de aquí. Nuestra suerte es que el sitio se encuentra en un terreno hondo y que son demasiado confiados para tener más de dos hombres vigilando. He ido tres veces por la noche y he podido acercarme lo suficiente para tenerlos en la mira de mi Winchester. He encontrado un par de lugares donde podemos apostarnos.

Gabriel volvió a montar su revólver y esperó a que su hermano siguiera hablando.

—Mi Colt está modificado —cambió de tema Rico, incorporándose en la cama y sacando su arma del cinto—. Se pierde mucho tiempo con la pólvora y las bolas y con los cartuchos de papel. —Se lo mostró a Gabriel que le echó una ojeada—. El tambor está preparado para recargar cartuchos metálicos²⁴. Deberías modificar el tuyo.

—Lo uso más bien poco —confesó, acariciando con el pulgar las desgastadas cachas de madera. En efecto, la última vez que lo empleó para disparar un blanco en movimiento fue durante la guerra. Después de aquello solo lo había utilizado para ejercitar su puntería sobre objetos inanimados. No le gustaban demasiado las armas de fuego. Se apañaba con su Bowie y con sus puños.

—Bueno, no te preocupes, a la distancia a la que vamos a disparar, con los rifles será suficiente.

—¿Cuándo vamos a hacerlo?

—Al amanecer, cuando la luz no sea demasiado buena para ellos, pero nos permita ver a nosotros.

Acto seguido procedió a explicarle en detalle lo que había planeado. Como bien había dicho, era una estrategia simple y sin demasiadas complicaciones. Si todo salía según lo previsto, podían tener éxito. Pero si algo se torcía, las cosas podían acabar bastante mal para ellos. No había demasiadas garantías. La suerte iba a jugar un papel importante en la ejecución del plan.

Y encomendarse a Dios.

—¿Dices que son nueve hombres? —preguntó Gabriel, acariciándose el mentón, reflexivo.

—Nueve. —Rico casi escupió la palabra—. No todos estaban con Bass hace dos años, pero merecen morir. Son iguales que él —masculló. Se puso de pie y se dirigió a la ventana. Abrió las cortinas y espió el exterior. Gabriel le siguió con la mirada. Su hermano pequeño acababa de cumplir diecinueve años, pero tanto su actitud como su tono eran los de alguien mucho mayor y más curtido—. ¿Hace cuánto tiempo que no matas a un hombre? —le preguntó desde su posición junto al cristal.

—Desde la guerra —respondió Gabriel. Hacía ya bastantes años de aquello; no podía recordar cuándo fue la última vez. Habían sido tantos hombres en aquella lucha feroz y sin sentido...

—¿Te va a temblar la mano?

Alzó la cabeza bruscamente.

—¿Delante de los asesinos de Teresa, mamá y Rafael? —Una fría furia tiñó su pregunta—. En absoluto.

Rico no dijo nada. Al cabo de un rato se dio la vuelta y le dirigió una breve sonrisa que no llegó a alcanzar sus ojos.

—Será mejor que tratemos de dormir un poco. Mañana nos espera un día muy largo. —Hizo una pausa y suspiró—. O muy corto, según se vean las cosas.

Gabriel dejó la pistola en la mesilla junto a la cama y se echó sobre el colchón. Su hermano tenía razón. El día siguiente podía ser muy largo o muy corto, para los hombres de Bass o para ellos.

—Por cierto, no te pregunté por la güerita. —Rico se tendió en la cama después de apagar la lámpara y sumir el cuarto en penumbra—. ¿Qué fue de esa muchacha?

—Me casé con ella —repuso.

Una exclamación cargada de asombro resonó en la oscuridad seguida por un suave silbido admirativo.

—¡Vaya! Qué bueno, carnal. Eso sí que no lo había esperado. Mi hermanito, Bronco Salas, y una gringa. ¿Cómo fue que te dejaste atrapar?

—La verdad es que no sé quién atrapó a quién —respondió con reticencia.

—Felicitaciones, pues. Habrá que brindar por mi cuñadita. —La risa resonaba en su voz—. Si no me lo cuentas, no me lo creo.

Gabriel cerró los ojos, ignorando el murmullo divertido de su hermano. Y la imagen de Rose acudió a él. Muchas noches habían pasado ya en las que cada vez que bajaba los párpados para intentar conciliar el sueño, ella aparecía en su cabeza. Le acompañó durante todo su viaje mientras atravesaba el desierto e iba dejando atrás milla tras milla de árido paisaje.

Había sido difícil separarse de ella. Mucho. Más de lo que pensó.

Recordaba con detalle lo dolida que se mostró cuando él leyó el telegrama. Recordaba cómo se había tensado a su lado y la forma en que había tratado de disimular su desasosiego. Lo recordaba perfectamente, porque él mismo había sido presa de la misma zozobra.

Por primera vez desde la tragedia de su familia, había vacilado. Él, que tan seguro estaba de lo que debía hacer y tan fiel era a sus convicciones, sufrió un instante de indecisión al ver el sufrimiento que reflejaba la expresión de Rose. Ella le había hecho dudar. Había conseguido resquebrajar sus sólidos principios.

No podía dejarla sola.

No podía no hacerlo.

Y se odió por ello. Se odió por titubear.

Debatiéndose en un mar de dudas y con un enorme sentimiento de culpa, se marchó y la dejó sola. Mientras efectuaba los preparativos del viaje, rezó en silencio a Dios, pidiéndole la fortaleza necesaria para rechazarla en caso de que ella le suplicara que no partiese.

No podía quedarse, se decía una y otra vez. Lo había prometido.

Ella no le suplicó. Volvió a mostrarle su entereza y, a pesar de que no pudo evitar llorar, no intentó detenerle.

Él trató de poner distancia entre ambos y no dejarse llevar por sentimentalismos, siendo frío e impassible. Solo se permitió abrazarla una única vez, controlando la desesperación que le embargaba. Y luego se separó de ella con el corazón partido.

Después no hubo palabras tiernas ni más abrazos. Ni siquiera una sola promesa de amor.

Recordaba haberla mirado desde la grupa de su caballo y haberse impregnado de su esbelta figura. Su bello rostro, su pelo desordenado, su estrecho talle, sus manos blancas y sedosas y su fingida sonrisa...

Giró la cabeza y hundió la cara en la almohada. La respiración de Rico se había hecho pesada a su lado. Él también tendría que estar durmiendo, se dijo.

No obstante, no podía dejar de pensar que la despedida tenía que haber sido de otra manera. Tenía que haberla besado. Abrazado.

Tenía que haberle dicho que la quería.

Capítulo 43

Las ruinas de San Javier de los Llanos se hallaban a unas seis millas al este de Las Cruces, casi ocultas en una suave hondonada, tal y como había dicho Rico, a la sombra de la abrupta Sierra de los Órganos²⁵. Todavía no había amanecido del todo cuando alcanzaron su objetivo, pero una deslucida claridad comenzaba a despuntar por detrás de la cordillera. El día estaba nublado, pero prometía ser uno de los más calurosos de las últimas semanas.

Dejaron los caballos a una milla de distancia y se acercaron hasta el campamento de los hombres de Bass a pie, protegidos por las sombras que creaba la madrugada. Atravesaron un campo cubierto de arbustos de creosota, salpicado aquí y allá por lechuguillas y algún que otro pequeño cactus de forma redondeada con largas espinas puntiagudas en los extremos. El terreno era bastante similar al de Texas, seco y árido, con pocos árboles, aunque encontraron algún que otro alto mezquite en el camino. Sus pasos se hicieron más y más cautelosos a medida que se aproximaban a su destino.

Su hermano le hizo una señal, indicándole un montículo a su derecha. Gabriel asintió y se dirigió hacia allí. Las últimas yardas las hizo gateando y en el silencio más absoluto. Los guardias no debían de andar muy lejos. Tomó posición y se tumbó en el suelo con el rifle amartillado, preparado para disparar. Bajo su mirada, las ruinas del pueblo se materializaron con claridad. Tenía que haber sido construido hacía más de doscientos años y abandonado poco después. Un único edificio de adobe de forma rectangular permanecía casi intacto, de los demás solo se conservaban las paredes. Posteriormente, alguien debió de haber tratado de reconstruir la pequeña villa, porque en uno de sus extremos se alzaban dos edificaciones de madera algo más modernas en un pésimo estado. Una de ellas no tenía techo y la otra estaba a punto de derrumbarse. Al lado de la que parecía algo más estable, la banda de Bass había improvisado una especie de corral con cuerdas donde mantenían a los caballos. Entre ellos, uno que podía haber pasado por gemelo de Manchado,

con su pelaje blanco y sus manchas negras, pafaba nervioso. No había ni un solo hombre a la vista. Rico le había dicho que solían guarecerse en el edificio de adobe para dormir.

El plan era que su hermano prendiera fuego a una de las edificaciones de madera para atraer a los hombres al exterior. En cuanto estos asomaran la cabeza, Gabriel debía comenzar a disparar desde su posición más elevada. El propio Rico había elegido una formación rocosa al otro lado del pueblo, donde se parapetaría y dejaría hablar a su Winchester por él.

Una ratonera.

Por el rabillo del ojo, Gabriel vio a uno de los guardias aproximándose a donde él estaba parcialmente oculto por unos matorrales. Era un hombre bajo y rechoncho de claro origen mexicano. Aguardó con la respiración contenida y la mano sobre la empuñadura de su cuchillo. No podía utilizar ni su rifle ni su revólver y dar la voz de alarma. Era demasiado pronto. El Bowie tendría que servir. Con el cuerpo en tensión, se mantuvo quieto, dispuesto a saltar de un momento a otro sobre el tipo del que le separaban unos pocos pasos. Por un instante tuvo la sensación de que los ojos del otro se encontraban con los suyos, pero fue una falsa alarma. El mexicano escupió al suelo un chorro de saliva teñido de marrón y se dio la vuelta, alejándose.

Y Gabriel pudo respirar.

Su atención se concentró entonces en los edificios en la distancia. Con los ojos entornados buscó cualquier movimiento que hubiera cerca. No tardó en descubrir la figura oscura de su hermano, deslizándose con sigilo junto a una de las edificaciones. Debía de haberse librado ya del otro hombre que hacía guardia. Le vio desaparecer. Poco después, una fina columna de humo ascendía hacia el cielo grisáceo.

Se santiguó, pidiéndoles a Dios y a la Virgen de Guadalupe que su hermano alcanzara las rocas donde debía esconderse antes de que comenzara el jaleo.

No tuvo tiempo de pensar en nada más. Pronto, las llamas hicieron pasto de las secas paredes de madera que empezaron a arder a toda velocidad.

El mexicano que había estado a punto de descubrirle hacía unos minutos bajó corriendo la ladera, gritando como un energúmeno. Gabriel apuntó el cañón de su *Yellow Boy* en su dirección. Respiró hondo y disparó. Falló.

¡Maldición! El retroceso del rifle le golpeó en el hombro. Accionó la palanca con rapidez y otro cartucho entró en la recámara. Volvió a disparar.

El mexicano cayó al suelo donde, después de dar varias vueltas, quedó inmóvil.

Apartó la vista del hombre caído y la fijó en la hondonada. Al menos tres hombres corrían entre las ruinas hacia el incendio. No parecían tener demasiado claro que alguien los atacaba.

Cogió aire y lo expulsó con lentitud.

Apuntó. Disparó.

El rubio de pelo largo que había visto la noche anterior en la taberna se desplomó.

Amartilló. Apuntó y disparó.

Un pelirrojo que ni siquiera había tenido tiempo de ponerse los pantalones se llevó la mano al costado, herido. Sacó su arma y comenzó a disparar a ciegas en todas direcciones mientras buscaba cobijo tras una tapia.

Desde el otro lado del pueblo, llegaron los sonidos de un rifle hasta él. Rico se había unido al ataque. Y lo había hecho disparando a la velocidad del rayo. El otro hombre que había intentado apagar el incendio cayó al suelo, fulminado por la puntería de su hermano. Era el sobrino de Bass, que ya no podría volver a fanfarronear nunca más en su vida.

Habían matado a cuatro y herido a un quinto antes de que los hubieran descubierto. El factor sorpresa había estado con ellos, pero a partir de ese momento las cosas iban a ser diferentes.

Un impacto a un par de pulgadas de su hombro le reveló que habían descubierto su posición. Rodó hacia la derecha, alejándose. Aprovechó su nuevo emplazamiento, que le daba una línea de visión diferente y ponía a tiro al pelirrojo que se ocultaba tras la derrumbada pared, para accionar la palanca y apuntarle de lleno.

Disparó.

Uno menos. Ya solo quedaban cuatro. Bass y tres más.

Volvió a rodar sobre sí mismo, buscando unas rocas a la izquierda detrás de las que cubrirse. Unas cuantas balas pasaron volando por encima de su cabeza. Respirando con dificultad, se recostó contra una de las piedras y movió el cañón hacia el edificio de adobe, donde se habían parapetado los

supervivientes. Todavía le quedaban al menos cinco o seis cartuchos en el rifle. Este tenía capacidad para trece y no los había disparado todos. Además, llevaba los bolsillos llenos de munición y su Colt, cargado, dentro del cinto. Durante unos segundos no se escuchó nada. Recorrió con los ojos las paredes de la edificación. El hueco de la puerta era solamente eso, un hueco, y tenía dos ventanucos cubiertos por cochambrosas contraventanas de madera. Era probable que los hombres de Bass vigilaran el exterior desde allí.

Una vez descubierta la trampa, no les iba a quedar más remedio que adentrarse en el pueblo. Ya lo habían discutido aquella mañana antes de que todo comenzara. Su hermano se acercaría por el sur, al amparo de los edificios de madera y del improvisado cercado de caballos, que a pesar de estar cerca del incendio, no habían tratado de escaparse aunque se removían inquietos de un lado a otro. Eran caballos de forajidos, acostumbrados a todo tipo de condiciones adversas. Él se aproximaría por el norte, cobijándose entre las rocas y la maleza. Buscó el lugar donde Rico se escondía y esperó la señal. Al cabo de un breve lapso de tiempo escuchó el agudo silbido.

Comenzó a arrastrarse por el suelo, clavándose espinas y piedras en las rodillas y en los codos. No parecían haber descubierto su cambio de posición, ya que no resonó ningún disparo. Continuó avanzando con dificultad. No era fácil por lo pedregoso del terreno y porque tenía las manos ocupadas con su rifle. Frente a él, a poca distancia, divisó unas piedras de gran tamaño que le permitirían ocultarse. Se apresuró a alcanzarlas y se agazapó tras ellas, en cuclillas. Asomó la cabeza, intentando atisbar algo y una bala pasó silbando junto a su oreja. Otras cuantas la siguieron y aterrizaron sobre las piedras, levantando esquirlas. Se agachó a toda velocidad, pero uno de esos trozos de roca le saltó al pómulo, cortándole la piel. Un pequeño chorro de sangre le resbaló por la cara.

—Maldita sea —barbotó, limpiándose con violencia. Sabían dónde estaba. Tenía que moverse de allí.

Su hermano debía de haber corrido mejor suerte que él porque escuchó unos disparos provenientes del otro lado del villorrio y luego un grito desde dentro de la construcción.

—¿Quién cojones sois y qué queréis? —Una voz cargada de ira resonó en el aire después del eco de la última detonación. Una voz que no obtuvo

respuesta.

Gabriel se deslizó a su izquierda, buscando una tapia detrás de la cual poder atrincherarse. De nuevo, fue saludado por un par de balas. No se detuvo y siguió avanzando en zigzag. Rico comenzó a disparar un cartucho tras otro, cubriendo sus movimientos. Así, llegó a alcanzar la ruinoso edificación contigua a la casa donde se ocultaban los hombres. Se incorporó, respirando trabajosamente y se permitió descansar unos segundos. Ahora era su turno de cubrir a su hermano para que pudiera aproximarse desde la dirección contraria. Sacó munición de su bolsillo y recargó su rifle, luego se apostó en la esquina de la maltrecha vivienda y asomó el cañón sin apuntar siquiera. Y disparó. El olor a pólvora llenó el ambiente humedeciéndole los ojos mientras los casquillos saltaban hacia arriba uno tras otro, hasta que vació el cargador. La escena le trajo recuerdos de la guerra, recuerdos no muy gratos.

Mientras volvía a recargar, echó un vistazo hacia el sur. Rico no solo había conseguido aproximarse, sino que ni siquiera tenía necesidad de cubrirse. Se hallaba en un ángulo muerto, en una posición en la que los hombres del interior no podían alcanzarle. Se erguía en medio de la calle con el rifle colgado al hombro. En su mano derecha empuñaba su pistola. Le hizo una señal, indicándole que iba a acercarse por la parte trasera de la casa, la que no tenía ventanas que diesen al exterior.

Gabriel asintió.

Durante los siguientes minutos no pasó nada más. Un rebelde rayo de sol se abrió paso entre las nubes, iluminando uno de los cuerpos de los hombres que había matado Rico con anterioridad. Estaba tendido cerca de los restos de una antigua fuente, con los ojos muy abiertos y una postura extraña mientras la sangre seguía manando de un boquete en su pecho. Gabriel le contempló con imperturbabilidad. Era un tipo recio de oscuros cabellos y espesa barba negra. Se preguntó si aquel hombre habría tomado parte en el asalto al modesto rancho de los Salas. Si habría sido uno de los asesinos de su madre o de su mujer. Con una calma heladora, se quedó mirándole fijamente, sin sentir nada más que una leve curiosidad. Sin remordimiento alguno.

Una nube negra, presagio de la muerte que rodeaba el pueblo, eligió ese momento para cubrir el cielo y unas gruesas gotas de lluvia se estrellaron contra el suelo. Un silencio sobrecogedor lo envolvía todo.

Entonces se escucharon varias detonaciones. Y luego, inesperadamente, los hombres abandonaron el edificio a toda prisa, pegando balazos hacia su interior al tiempo que aullaban como locos.

Gabriel disparó y consiguió herir a uno de ellos en la pierna, al moreno alto, antes de que Bass se girara en su dirección y dejara hablar a su Colt, obligándole a ocultarse de nuevo.

—¡Bastardos! ¡Hijos de puta! ¡Acabaré con vosotros! —gritaba enloquecido, sabiendo que había perdido y ya no le quedaban salidas.

Mientras los disparos seguían sucediéndose, Gabriel rodeó el edificio tras el cual se parapetaba. De refilón vio a su hermano internarse en la calle, utilizando su pistola indiscriminadamente. Rico era demasiado temerario. Ni siquiera se cubría. Ahogando una maldición, le siguió con rapidez.

Antes de que pudiese alcanzarle, las armas guardaron silencio. Silencio que se vio interrumpido de repente por los cascos de un par de caballos golpeando contra el suelo en la distancia. Se volteó y pudo ver a dos hombres alejándose al galope. Uno era el mexicano, el otro, un mulato. El mexicano montaba sobre el gemelo de Manchado; el otro lo hacía sobre un castaño de fuerte complexión. Gabriel alzó el rifle y se lo llevó al hombro. Disparó, pero el tiro se perdió en el aire. Se encontraban demasiado lejos.

—Déjalos, nomás. —Escuchó la voz de su hermano—. Vamos a terminar aquí ahorita y luego vamos tras ellos.

Gabriel agudizó el oído. Rico sonaba extraño, sofocado... Giró la esquina a toda velocidad. La escena que se presentó ante sus ojos tenía algo de macabro. El tipo al que él había herido en la pierna yacía bocarriba con un agujero en la frente por el que manaba un hilo de sangre. Tenía los ojos muy abiertos y una extraña sonrisa en la boca, como si no hubiera visto venir a la muerte. A su lado se encontraba Bass, de rodillas y despidiendo saliva por la boca. Se sujetaba la mano derecha, que estaba teñida de rojo. Rico se mantenía de pie frente a él, apuntándole a la cabeza con su pistola. La sangre le pegaba la camisa al costado izquierdo.

—¿Estás herido? —le preguntó Gabriel, acercándose.

—Estoy bien. No te preocupes.

—¿Cómo conseguiste hacer que salieran? —inquirió con curiosidad.

—Había una piedra suelta en la pared trasera de la casa. La quité y metí el cañón de la pistola por allí. —Se encogió de hombros—. Y pues me puse a disparar.

—Decidme cuánto queréis —farfulló Bass. Arrastraba las erres al hablar—. ¿Cuánto queréis por dejarme marchar?

—No hay dinero en el mundo que pueda pagarnos lo que nos debes, hijo de puta —masculló Rico antes de escupir en el suelo.

Gabriel se acercó despacio al hombre que había sido el causante de la muerte de su familia y le miró con odio.

—No sabes quiénes somos, ¿verdad? Hace dos años atacaste nuestro rancho en el sur de Texas y asesinaste a nuestra familia a sangre fría. Dos mujeres y un niño. Hemos tardado en encontrarte. Pero ya te tenemos aquí.

Un rictus de desesperación torció la boca de Bass al escuchar aquello.

—¿Crees que te vamos a dejar marchar? ¿Crees que vas a poder comprar tu vida con dinero? Se te acabó la suerte, cabrón —Gabriel pronunció las últimas palabras con deliberada lentitud. Luego se colgó el rifle al hombro y sacó su Colt del bolsillo. El peso del arma en la mano le resultó reconfortante. Se acercó unos pasos y le apuntó con ella.

Los ojos del falso coronel del Ejército Confederado reflejaron puro miedo durante un instante, luego pareció recuperarse y la altanería se mostró en su semblante.

—Mexicanos de mierda —masculló con desdén, lamiéndose el labio inferior—. Sois todos unos cobardes. Bien que os dimos por el culo en el treinta y seis y en el cuarenta y ocho²⁶.

—Pues ahora somos nosotros, estos mexicanos de mierda, los que te vamos a dar por el culo a ti —gruñó Rico. Seguía encañonándole con su revólver, pero se había alejado unos pasos, cediéndole el protagonismo a su hermano.

Gabriel contempló al hombre que tenía arrodillado a sus pies con rabia. El momento de la verdad había llegado. El momento que habían estado esperando más de dos años estaba ahí. Por fin. Bass le miraba con inquina y desprecio, instándole a disparar de una vez. Las imágenes de su hermano Rafael, de su madre y de Teresa, tumbada en aquella cama mientras se desangraba, acudieron a su mente. Cerró los ojos y recordó vivamente la promesa que hicieron junto a sus tumbas.

—No lo mires. Solo dispara —le apremió Rico a su espalda.

Gabriel elevó los párpados. Dudó. No era tan fácil plantarse frente a un hombre desarmado y dispararle a sangre fría. Era algo muy distinto a hacerlo de lejos y sabiendo que el otro portaba un arma.

—Al carajo con tus consejos, carnal —susurró—. No somos asesinos.

—Habla por ti —repuso su hermano con voz gélida—. No se puede sobrevivir siendo tan noble.

Gabriel le miró de soslayo. No se le escapó el brillo cruel que mostraban sus ojos claros. Endureció la mandíbula y aferró con más firmeza la pistola. Solo unas pulgadas separaban el extremo del cañón de la cara de Bass.

—Déjame a mí —intervino Rico con impaciencia.

—¡No! —gruñó—. Yo lo haré.

Nunca le había resultado fácil matar. Ni siquiera durante la guerra. Lo hizo por obligación porque no le quedaba otra, pero nunca lo disfrutó, aunque sabía que algunos de sus compañeros sí lo hicieron.

De nuevo ese titubeo. Un único y rápido movimiento con el dedo y todo habría acabado. Su índice agarrotado se curvó sobre el gatillo. Vaciló.

—Cobarde de mierda —barbotó Bass—. Hace dos años dices, al sur de Texas... Ya recuerdo a tu familia. Esa familia mexicana... ¿Era tu mujer la que estaba embarazada? Pasé un buen rato con ella antes d...

No pudo terminar. El fognazo que nació de la pistola de Gabriel se mezcló con el rugido que surgió de su garganta. Un enorme boquete se abrió justo debajo del ojo derecho de Bass, que siguió mostrando aquella expresión petulante mientras su cuerpo se inclinaba hacia delante hasta terminar derrumbado en el suelo, bocabajo.

Una especie de extraña calma envolvió a Gabriel. Toda la ira, la furia, la rabia y el odio que habían morado en él, se esfumaron de golpe. Y una sensación de agotamiento se apoderó de todos los rincones de su cuerpo. Bajó la mano con el revólver todavía humeante en ella.

—Está hecho —dijo con una voz gutural y oscura que no parecía suya.

—Sí. Está hecho —repitió Rico.

Luego solo hubo silencio.

—Deberíamos ir tras los otros antes de que nos saquen más ventaja —dijo Rico después de un breve lapso de tiempo.

Gabriel se dio la vuelta. La cara de su hermano era una máscara de imperturbabilidad mientras se desanudaba el pañuelo que llevaba al cuello y se presionaba la herida del costado con él. Había enfundado su pistola.

—Sí. Vamos, pues —asintió, guardándose el Colt en el cinturón.

No intercambiaron más palabras. Se pusieron en marcha sin volver la vista atrás. A su espalda dejaban siete cadáveres y una promesa casi cumplida del todo.

Capítulo 44

Después de una hora llegaron a Fillmore Canyon. Las huellas de los dos fugitivos los habían conducido hasta allí. Gabriel era bueno leyendo marcas de animales. Tenía harta experiencia siguiendo mustangs, sin embargo, las irregularidades del terreno se lo pusieron más difícil cuando alcanzaron el pequeño riachuelo pedregoso que conducía a la cascada que había al fondo del cañón. Esta apenas llevaba agua, solo un fino hilo transparente se deslizaba por la suave pared de roca cubierta de lozana vegetación verdosa y algas húmedas. Allí, la temperatura descendía, convirtiendo el nublado y bochornoso día en uno más fresco y agradable.

Gabriel iba delante, mirando al suelo con ojo avizor. Se detuvo y contempló atentamente los excrementos de caballo que había frente a él. Le hizo un gesto con el brazo a su hermano para que le siguiera. Tomaron el camino empinado que conducía a la parte superior de la pequeña catarata. Manchado, dócil como siempre, no protestó. Negrito, por el contrario, se agitó nervioso. Sus cascos golpearon el suelo haciendo que varias piedras se desprendieran y rodaran sendero abajo.

—Hace poco que han pasado por aquí —susurró Gabriel por encima del hombro.

Rico no dijo nada, pero miró a su alrededor con suspicacia.

La senda, en su mayor parte cubierta por la maleza, se estrechaba a ratos haciendo que el avance fuera lento. Dejaron atrás un enebro retorcido y moribundo y continuaron en silencio ascendiendo más y más por el escabroso terreno. No tardaron en alcanzar la cima y llegar a una especie de balcón salteado de pinos. Lo rodearon y se encontraron con una pradera cubierta de hierbajos, piedras y cactus choya de gran tamaño. Al fondo destacaba una nueva empinada formación rocosa. Entre sus grietas crecían algunas primulas amarillas que eran mecidas por una ligera brisa. Un cernícalo que sobrevolaba

el cielo gris sobre sus cabezas dejó escapar un agudo grito, sobresaltándolos a ambos.

—No me gusta —murmuró Gabriel, frenando su montura.

—A mí tampoco —le dio la razón su hermano.

Algo en el ambiente era extraño. Se podía palpar.

—¿Y ahorita? —preguntó Rico. Sus ojos atentos barrían la zona de un lado a otro.

—Ahorita, tenemos que seguir.

Aún no había terminado la frase cuando una bala surgida de Dios sabía dónde le dio a Manchado en el cuello. Nunca sabría si fue el destino, la suerte o la casualidad, pero ese fue el preciso momento que su caballo eligió para agitarse, de modo que el proyectil no le alcanzó de lleno y solo le rozó. Gabriel resopló airado y tiró de las riendas en corto, tratando de controlar su montura que se había alzado sobre las patas traseras y reculaba. En su mente solo tenía una idea: buscar un lugar donde refugiarse. Rápido.

Rico comenzó a disparar mientras hacía girar a Negrito y lo conducía hasta unas piedras pulidas de gran tamaño.

De pronto, Gabriel notó un agujonazo en la pierna. Ni siquiera tuvo tiempo de mirar qué era lo que le había golpeado, cuando Manchado dobló las patas y cayó al suelo relinchando de angustia, arrojándole de su grupa.

—¡No! —exclamó, retirándose con rapidez para que el peso del animal no le aplastara. Sentía un dolor agudo en el muslo, pero nada era comparable al dolor que se le acababa de alojar en el corazón al escuchar el relincho sofocado de su caballo. Inspeccionó a su compañero de un rápido y febril vistazo. Se había tendido en la tierra y le miraba con sus enormes ojos negros desencajados por el terror. Tenía un agujero de bala en el costado por el que sangraba abundantemente.

—¡No, no, no! —gimió, impotente y rabioso.

Un velo rojo de ira le empañó la vista. Se llevó las manos a la cabeza y hundió los dedos en su cuero cabelludo. Alzó los ojos al cielo y un rugido profundo y visceral le brotó del pecho. Luego, hincó una rodilla en el suelo, se arrancó el pañuelo del cuello y lo presionó sobre la herida. El líquido viscoso que manaba de ella lo tiñó velozmente de rojo. Balbuceando algo ininteligible y sin intentar cubrirse, se dio la vuelta como una serpiente de cascabel,

desenfundó su revólver y, como un demente, vació el cargador en la dirección de la que venían las balas de sus asaltantes.

Su hermano, a cubierto desde detrás de las rocas, le gritaba algo que él no se molestó en entender. Los disparos llovían por todas partes y el aire se había espesado y olía a pólvora. Incapaz de volver a mirar a su caballo a los ojos y aullando como un bárbaro, arrojó el arma vacía a un lado y sacó el Winchester de la funda que llevaba sujeta a la silla. Lo amartilló y apuntó. Tenía la cara cubierta de lágrimas, pero no era muy consciente de ello. Comenzó a disparar.

Se escuchó un alarido.

Los gritos de Rico se mezclaron con las detonaciones y el acre y chirriante llanto que emergía de la garganta de Gabriel cada vez que accionaba la palanca y un nuevo cartucho abandonaba el cañón de su rifle. Una vez y otra. Y otra más.

Siete veces.

Hasta que algo le estalló en la cabeza. La fuerza del impacto le arrojó de espaldas, sobre su amado caballo. Confuso, se quedó allí tendido mirando al cielo, sintiendo el cuerpo agitado y caliente de Manchado debajo de él. El cernícalo ya no volaba en círculos; se había esfumado. Solo las nubes se desplazaban rápidamente.

Manchado...

La sonrisa de su hija...

La mirada azul de Rose...

—Lo lamento —le susurró al aire.

Sus ojos se tornaron vidriosos.

Después, todo se volvió oscuro y silencioso.

Capítulo 45

Aquel día de finales de septiembre amaneció como cualquier otro. El otoño se resistía a llegar ese año y seguía haciendo mucho calor. Ni una brizna de brisa entraba por la ventana del cuarto que Rose compartía con María. Giró la cabeza y contempló a la durmiente niña. Su carita suave y dulce y sus labios entreabiertos la llenaron de ternura.

Amaba a la hija de Gabriel como si fuera suya.

Reprimió el impulso de acariciarle la mejilla para no despertarla. A pesar de que ya no era tan temprano, decidió dejar que durmiese un rato más.

Había pasado una mala noche. No consiguió conciliar el sueño. En parte debido a la preocupación que sentía por Gabriel, pero principalmente por la visita que habían recibido la tarde anterior.

Era la segunda vez que su padre acudía a la casa de comidas. La primera fue en agosto, cuando regresó de Dallas con su flamante nueva esposa y se encontró con que su hija se había fugado con uno de sus vaqueros.

Con Bronco Salas, el mexicano.

Lleno de indignación y habiendo averiguado su paradero, que no era ningún secreto, se personó allí el mismo día de su llegada. En aquella ocasión no dejó que Rose hablara demasiado, se limitó a comunicarle que era una vergüenza para la familia y que esperaba no volver a saber nada de ella. Con toda su arrogancia y despidiendo algo similar al asco por los ojos, le dijo que desde aquel instante había dejado de ser su hija y que estaba determinado a borrarla de su testamento. Rose no tuvo opción de defenderse, no pudo siquiera decirle que se había casado con Gabriel. Él no le permitió abrir la boca. Tensa y dolida, escuchó a su progenitor mientras este la maldecía y le regalaba feos epítetos, a cual más desagradable.

Habían pasado ya más de siete semanas de aquello y William Patterson se había pensado mejor las cosas. La tarde anterior volvió a aparecer en el

umbral de la puerta de la casa de Elena Cortés. Y traía una expresión más conciliadora en el semblante.

Rose recordó con amargura la tirante conversación que mantuvieron.

—Henry está dispuesto a perdonarte si aceptas volver con él —dijo nada más sentarse en la salita mirando a su alrededor con disgusto. Tenía el mismo aspecto de siempre: pulcro y bien vestido. También su postura era la de siempre: soberbia y orgullosa.

—Yo no quiero el perdón de Henry. —Ella se quedó de pie. No se molestó en ofrecerle una taza de té. No pensaba que él fuera a aceptarla tampoco.

—Está dispuesto a ignorar tus faltas y a casarse contigo —continuó como si no la hubiera escuchado.

—Yo no deseo casarme con Henry.

—¡No seas tonta! ¿Qué vas a hacer aquí? Ese... ese hombre —pronunció con repulsión manifiesta— te ha dejado abandonada y se ha largado. Nadie sabe nada de él desde hace meses.

—Volverá.

La miró con desdén. Un rictus de desagrado curvó su boca. Ella permaneció firme, sosteniéndole la mirada.

—No puedo comprender que prefieras ser la amante de ese... ese sucio mexicano antes que convertirte en la respetable mujer de un hombre como Henry Younger —masculló—. Tienes suerte de que Henry todavía piense en ti como una candidata adecuada a ser su esposa, incluso después de lo que hiciste. —Hizo un gesto con la mano como si el simple hecho de hablar de ello fuera a ensuciarle.

Rose se mordió los labios.

—Yo no soy la amante de Gabriel. Soy su esposa. Nos casamos hace dos meses —soltó con serenidad.

William Patterson no dijo nada. Siguió mirándola como quien mira a un insecto, insensible. No parecía demasiado sorprendido por la noticia. Pasaron unos cuantos segundos de incómodo silencio. Terminó por incorporarse y sacudirse una mota de polvo inexistente de su elegante chaqueta.

—Quizá ya ni siquiera seas su esposa, sino su viuda. Con estos mexicanos que no tienen donde caerse muertos nunca se sabe. Es más que probable que una bala ya le haya encontrado.

Rose boqueó casi sin aire. ¿Cómo era posible que su propio padre fuera tan cruel?

—Creo que será mejor que se vaya ahora —musitó.

Él no se lo hizo repetir. Se encaminó a la puerta con paso firme. Antes de abandonar la habitación, se giró.

—Harías bien en tomarte en serio la proposición de Henry. Es un milagro que quiera seguir adelante con esto. Mis tierras ya las tiene, de todas maneras. Supongo que lo hace con visos de futuro y de tu herencia. Si aceptas, yo podría cambiar de opinión y volver a modificar mi testamento.

—Creo que será mejor que se vaya ahora —volvió a repetir, asqueada. Le costó reprimirse y seguir comportándose con educación. Lo único que deseaba era gritar y echarle de allí a toda velocidad.

La visita no había durado más de media hora, pero a ella se le hizo eterna y condicionó todos sus pensamientos desde el mismo instante en que él se fue. Ya no pudo fingir que todo marchaba bien, como solía hacer a diario.

Viuda... viuda...

La palabra se le grabó a fuego en la mente y siguió resonando en su cabeza durante todo el día y toda la noche.

Seguía haciéndolo.

Dos meses hacía de la partida de Gabriel y hasta ese día no habían tenido noticias suyas. Como Elena Cortés se empeñaba en repetir, ninguna noticia era una buena noticia. Y Rose se aferraba a esa afirmación como si le fuera la vida en ello. Pero después de la visita de su progenitor y sus dañinas palabras, se sentía como si alguien le hubiera arrebatado el suelo de debajo de los pies.

Volvió a contemplar a María que, ajena al estado de ánimo de su compañera de cuarto, dormía profundamente, como solo los niños pueden hacerlo, sin problemas ni preocupaciones.

—Hoy es el día en que Gabriel va a volver. Será hoy.

Todas las mañanas, al abrir los ojos, desde que él se marchó, repetía aquella misma frase. Era su modo de poder seguir adelante. Su manera de sobrellevar el dolor que su prolongada ausencia despertaba en ella. Su esperanza. Sentía que si lo repetía creyendo de verdad en ello, se convertiría en realidad. Sin embargo, hasta el momento había sido una vana ilusión.

Los días pasaban con exasperante lentitud. Los sobrellevaba como podía, disfrutando de la compañía de María. Jugaba con ella, le contaba historias y había empezado a enseñarle las letras. Sabía que era demasiado pequeña para aprenderlas, pero resultó ser muy despierta e inteligente y ya había conseguido escribir su nombre con mayor o menor pericia.

No salía a la calle. Lo intentó al principio, pero la actitud hostil de las gentes de Catclaw Springs la llevó a dejar de hacerlo. En una ocasión se acercó a los almacenes del señor Hilburn, seguida por las desaprobadoras miradas de unos cuantos paseantes, e intentó comprar unos lazos de colores para María. La señora Hilburn se había negado a atenderla. La dejó allí, parada en medio del comercio sin saludarla para, finalmente, decirle que su presencia en el establecimiento no era bienvenida. Rose abandonó el local profundamente humillada. Con la espalda erguida y la barbilla elevada hacia el cielo, sin mostrar un ápice de la aflicción que el desagradable gesto había provocado en ella, regresó a la casa de Elena Cortés. Aquella tarde la pasó encerrada en su dormitorio.

No lloró entonces.

La segunda ocasión en la que fue tratada con una absoluta falta de respeto fue tres días después. Queriendo servir de ayuda a su anfitriona, se ofreció a ir a la casa de la mujer que les servía los huevos para recoger el pedido semanal. Con una cesta de paja debajo del brazo, atravesó la calle y se internó en el callejón que conducía a la vivienda de Dorothy Evans.

Media hora después regresaba con la cesta vacía.

No solo la señora Evans se había negado a recibirla, en el camino de vuelta había tenido que escuchar a dos mujeres, a las cuales ni siquiera conocía, llamándola *la ramera del mexicano* en voz lo suficientemente alta para que llegara a sus oídos.

Ese día sí derramó lágrimas.

Abrazada al suave cuerpo de María, que se apresuró a consolarla al ver que estaba triste, lloró de rabia y de indignación. ¡Qué sabían todos aquellos que la criticaban de Gabriel y de ella! ¡No tenían ni idea! No conocían su historia ni nada de lo que sucedió entre ellos. ¿Cómo se atrevían a juzgarlos? Sollozó con amargura por lo injusto de su situación. Le echaba tanto de menos

que le dolía. Mucho. Cada día que pasaba sin él era como una tortura lenta e infinita.

Después de aquella vez ya no volvió a llorar.

Tampoco volvió a salir. Las cuatro paredes de la casa de Elena Cortés se convirtieron en su mundo. No era una situación desconocida para ella. Se había pasado los últimos nueve años de su matrimonio sin abandonar sus aposentos, enclaustrada en la casa de sus suegros, trabajando con diligencia en sus bordados. Al menos, allí, era tratada con cariño y afecto. Ayudaba a la tía de Gabriel y a su prima en todo lo que podía, asumiendo labores de costura, principalmente. De hecho, era lo único con lo que podía pagar su amabilidad. Sus dotes en la cocina eran más bien mediocres y sus habilidades con la limpieza fueron rechazadas de pleno por Elena y su hija que no quisieron ni oír hablar de ello cuando se lo propuso.

—¡Qué diría mi sobrino si se enterara de que tuvimos a su mujer limpiando los suelos, hija! ¡Ni hablar! —La mexicana había reaccionado escandalizada.

Y Rose pasaba las horas bordando y jugando con María. Con las manos entretenidas y los pensamientos libres para volar a cualquier parte. Y casi siempre iban en la misma dirección. Pasaba revista cientos de veces a la última conversación que tuvo con él, aquel caluroso día de verano en la cocina. Se arrepentía de haber sido tan débil y haber roto a llorar. Tenía que haberse mostrado más fuerte. Haberle probado esa entereza que él había confesado admirar. Le pesaba mucho no haberle besado una última vez, no haberle detenido en el último instante para abrazarle y susurrarle al oído que le quería y que le estaría esperando.

«Qué tonta fuiste, Rose Randolph».

María se retorció a su lado, sacándola de su ensimismamiento. La contempló largo y tendido antes de incorporarse en la cama. Mientras la niña siguiera durmiendo ella aprovecharía para escribir unas cartas, decidió. Escribiría a Will. Se había convertido en una costumbre que hacía dos veces por semana. El jovencito solo había respondido a su primera misiva, contándole que la vida en West Point no era tan mala como pensaba. Parecía estar más contento que cuando residía en el rancho. Afortunado Will.

También escribiría a Angie, aunque sabía que su hermana no recibía sus mensajes. Su padre los interceptaba y los tiraba. Eso le había dicho Pedro, que

fue a visitarla en dos ocasiones. Por él sabía que su hermana se encontraba bien. La puso al día con los asuntos del rancho. La nueva señora de *Las Claritas* fue el tema de conversación principal en aquellas dos visitas. Millicent Patterson solo abandonaba su dormitorio, en el que pasaba la mayor parte del día, para sentarse a la mesa del comedor a cenar suntuosamente junto a su esposo. Emperifollada como un pavo real con unos vestidos elegantísimos que jamás se habían visto con anterioridad en la zona, obligaba a los criados a sacar la vajilla buena de porcelana y la cubertería de plata. Todas las noches. Pedro le había contado que Angie apenas tenía relación con ella y que prefería mantenerse alejada, montando a caballo o encerrada en su habitación.

La decisión de ponerse a escribir le fue arrebatada por unos suaves golpes en la puerta. Se apresuró a abandonar la cama y, de puntillas, se acercó a la hoja de madera. La abrió. La cara sofocada de Nita apareció en la rendija.

—Rose —susurró—, ha llegado un paquete desde Las Cruces.

El estómago le dio un vuelco. Sin preocuparse en ponerse unos zapatos, cogió un fino chal que había sobre una silla, se lo echó sobre los hombros y, lanzándole una última mirada a la niña que seguía inmóvil sobre el colchón, cerró la puerta y siguió a Nita escaleras abajo.

Los latidos de su corazón iban al compás de una frase que se repetía en su cabeza una y otra vez, como una letanía.

Es de Gabriel. Es de Gabriel.

En la cocina las esperaba Elena. Sostenía entre las manos un paquete de pequeño tamaño envuelto en papel de estraza. Lo miraba con los ojos entrecerrados. Al oírlas entrar, levantó la barbilla.

—Es de una tal señora Read. Mary Read. Viene de Las Cruces.

Las esperanzas de Rose se desvanecieron en el aire. No obstante, aguardó ansiosa a que siguiera hablando sin apartar la vista del bulto.

—Lo ha recogido Nita hace unos minutos en la oficina de telégrafos.

—El señor Schnabel dice que llegó ayer por la tarde —intervino esta. Semejaba estar igual de agitada que Rose.

Las tres lo estaban.

Elena Cortés desanudó los extremos de la fina cuerda que mantenía el papel sujeto y lo abrió. Al descubiertó quedaron un sobre y un pañuelo de color verde que contenía otro objeto. Lo desenvolvió. Dentro había un reloj de

bolsillo con una gruesa cadena de plata y un fajo de billetes que, a simple vista, parecían superar los doscientos dólares. Una pequeña fortuna.

—El reloj era de mi cuñado, del padre de Gabriel. Lo tenía Rico. —Elena alzó el brillante objeto.

Rose miraba la carta con desesperación, conteniendo la respiración.

—Mamá, la carta —apremió Nita como si hubiera leído sus pensamientos.

Esta no se hizo de rogar. Rasgó el sobre y sus ojos volaron por las palabras que había escritas en la primera cuartilla, negro sobre blanco. No habían transcurrido ni diez segundos cuando las manos comenzaron a temblarle con violencia.

—¡Mamá! ¿Qué pasa? —La voz asustada de Nita rompió el ominoso silencio que se había apoderado de la cocina.

Rose se quedó quieta sin atreverse a respirar y sin poder apartar la mirada de las facciones de la mexicana, que reflejaban con exactitud cuál era el contenido del escrito que estaba leyendo.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Elena Cortés. Dejó caer la mano con la carta todavía firmemente agarrada en ella.

—¡Mamá! —volvió a gritar Nita, histérica, agarrando a su madre del brazo y zarandeándola.

Rose alargó la mano hacia el trozo de papel con serenidad. Algo debía de haberle pasado a Rico. ¿No había dicho Elena que ese era su reloj? Quizá había sufrido algún percance y por eso su tía reaccionaba así. Pero en la misiva solo se mencionaría a Rico, sin duda. Gabriel estaría bien, se dijo a sí misma, haciendo caso omiso de la pesadez que se le había alojado en el pecho. Comenzó a leer.

Estimada señora Cortés,

Mi nombre es Mary Read, viuda de George Read. Soy la propietaria de la pensión donde se alojaba su sobrino Rico Salas en Las Cruces. En las semanas en las que ha sido mi huésped hemos entablado varias conversaciones en las que tanto su nombre como su lugar de residencia fueron mencionados y por tanto sé que usted es uno de sus familiares más cercanos. La semana pasada, al no tener noticia alguna de su sobrino desde hacía varios días y comprobar que sus pertenencias seguían estando en su habitación, me personé en la oficina del sheriff para dar parte de ello. Cuál no sería mi sorpresa y mi disgusto al ser informada de que

Rico Salas y otro hombre que le acompañaba habían perecido hacía unos días en un tiroteo a las afueras de la ciudad.

Permítame decirle cuánto lo siento y acompañarla en ese momento tan triste. Lamento muchísimo su pérdida. A pesar de que no traté demasiado con él, era un muchacho encantador que siempre tenía palabras amables para todos y que pagaba su renta puntualmente. Le envió el reloj que dejó en su cuarto. Fue lo único de valor que encontré. El dinero corresponde a la cantidad que la oficina del sheriff sacó por la venta de ambas sillas de montar y sus armas. Al enterarse de que yo iba a escribirle, me lo entregó para que se lo enviase.

Su sobrino y su compañero están enterrados en el cementerio de la ciudad. Se decidió que era lo mejor al no contar con parientes cercanos que pudieran hacerse cargo de ellos. Sé que nada de lo que le diga va a mitigar su dolor, pero le prometo que nunca les faltarán flores frescas en sus tumbas. Sé muy bien lo que significa perder a un ser querido. Mi George y yo vivimos juntos más de treinta años hasta que decidió dejar este mundo hace dos veranos.

Junto con esta carta, le mando también una misiva del propio sheriff en la que les explica los sucesos con más detalle.

De nuevo reitero mis condolencias.

Afectuosamente suya,

Mary Read

Rose consiguió leer hasta el final, a pesar de que después del primer párrafo las letras comenzaron a amontonarse unas con otras y a bailotear ante sus ojos. Un pesado entumecimiento se apoderó de su cuerpo. No se dio cuenta de que dejaba caer la hoja de papel al suelo, conservando solo la otra, la del *sheriff*, en su puño cerrado. Se la quedó mirando sin verla. Todavía no era capaz de asimilar lo que acababa de leer.

No podía.

No quería.

Unas manos blancas, algo trémulas, que debían de pertenecerle aunque las sentía extrañas y lejanas, desdoblaron la carta. Solo pudo atisbar algunas frases sueltas.

Un trampero descubrió ambos cuerpos... Irreconocibles... Animales salvajes... Los cadáveres de dos caballos, uno negro y un appaloosa moteado...

El corazón de Rose dejó de latir.

Manchado...

Un llanto lejano llegó hasta ella, pero no se molestó en mirar a Elena y a Nita, que eran las que sollozaban a corta distancia, abrazadas.

Él no iba a volver.

Se dio la vuelta y abandonó la cocina, como en trance.

Nunca más iba a poder abrazarle de nuevo.

Subió los escalones que conducían al piso superior con la vista fija en el frente. Tenía los ojos secos.

Ni besarle ni decirle que le amaba.

Siguió ascendiendo, dando un paso tras otro. La madera de las escaleras estaba fría, pero las plantas de sus pies desnudos no lo notaron. Se habían quedado tan insensibles y gélidos como el resto de ella.

Gabriel no iba a regresar.

Siguió avanzando.

Capítulo 46

Quince días hacía ya desde que se enteraron de la muerte de Gabriel. Dos semanas en las que Rose había sido incapaz de derramar una sola lágrima, ni mostrar nada que no fuera una desgarradora soledad que se le derramaba por los ojos. Dos semanas en las que su cuerpo se negó a aceptar más comida que la indispensable para subsistir, y su alma rechazó cualquier tipo de consuelo.

Durante un fugaz instante, creyó que podría ser feliz. Rose Randolph había encontrado, al fin, su final soñado. Un hombre al que amar y que la amaba. La felicidad estuvo a su alcance, la pudo sentir, la llegó a rozar..., pero esa sensación terminó por escaparse y deslizarse entre sus dedos. Era como ese haz de luz que entraba por la ventana de su habitación todas las mañanas y se reflejaba en la pared, por mucho que intentase tocarlo y hacerse con él, era algo ilusorio e imposible, y solo era capaz de sentir su calidez por un breve espacio de tiempo antes de que desapareciera, dejando vacío tras de sí.

Vacía. Sí, así era como se sentía.

Se limitaba a dejar pasar los minutos, las horas, los días, haciendo lo que se esperaba de ella sin protestar. Se levantaba todas las mañanas, se lavaba, se peinaba, se vestía y se reunía con las otras dos mujeres y la niña en la cocina, donde pasaba el día sentada en una de las sillas cerca de los fogones delante de su bastidor, dando puntadas a ciegas que tenía que deshacer y repetir una y otra vez. Elena y Nita se limitaban a dejarla en paz. Ellas también tenían que lidiar con su propia pena. Cada una la sobrellevaba como podía.

Si le preguntaban algo, respondía con breves monosílabos. Si le pedían que removiese el contenido de la olla, se ponía de pie y lo hacía. Si le ponían un plato delante, cogía la cuchara y pretendía comer unos bocados. Si María se sentaba en su regazo e insistía en abrazarla, ella se dejaba abrazar. La niña todavía no sabía que su padre no iba a volver y cada vez que preguntaba por su regreso, Rose le acariciaba la cabecita en silencio y sonreía, ausente. Elena y Nita solían romper a llorar.

Y si bien los días transcurrían de aquella engañosa y tranquila manera, las noches eran otra cosa. En la soledad de su cuarto, tumbada al lado de la niña y a oscuras, era mucho más difícil sustraerse al sufrimiento de la pérdida. Era entonces cuando el entumecimiento de los interminables días era sustituido por un dolor hondo y profundo que quitaba el aliento y ahogaba. Era entonces cuando la imagen de Gabriel se mostraba ante ella y la dejaba rota y acongojada.

Un Gabriel que le cogía la mano y le decía que la amaba. Un Gabriel que la abrazaba y le susurraba al oído que nunca se iba a separar de ella. Un Gabriel que la miraba con esos peculiares ojos almendrados y le sonreía de aquella manera seductora tan suya. Un Gabriel que le prometía que la iba a proteger, que nunca más iba a estar sola porque iba a estar *siempre* con ella.

Siempre...

¡Qué palabra más cruel!

Y Rose se hacía un ovillo y hundía la cara en la almohada para no despertar a María mientras gemía desgarradoramente. No podía llorar. El dolor era demasiado grande para transformarse en lágrimas. Así que, mientras los espasmos recorrían su cuerpo y el pecho le ardía por la angustia, gritaba en silencio hasta quedar exhausta.

El amanecer solía encontrarla levantada, sentada frente al tocador, cepillándose el pelo lacio y sin lustre con abandono, preparándose para un nuevo día vacío y sin sentido.

Como aquella mañana.

El rostro de una extraña la saludó desde el espejo. Una mujer de treinta años con la tez pálida y ajada, los labios macilentos y los ojos apagados. Había perdido peso. Prueba innegable de ello eran sus afilados pómulos y sus mejillas hundidas. Sabía que se estaba dejando marchitar poco a poco, que si seguía así, sin probar bocado, terminaría por enfermar. Ya era un hecho que la mayor parte de los días tenía náuseas y que no retenía la comida en el cuerpo.

Miró a María que dormía entre las sábanas, y se le encogió el corazón llena de culpabilidad. No iba a ser capaz de cumplir la promesa que le hizo a Gabriel de ser una madre para su hija. No estaba a la altura y quizá jamás lo estuviera.

No podía.

Había perdido la voluntad de vivir.

Bajó los párpados. Cuando volvió a elevarlos, se encontró de nuevo con la mujer del reflejo. Decían que los ojos eran una ventana al alma de cada uno. Ella debía de haber perdido la suya porque los ojos de esa desconocida la miraban sin vida. Se quedó quieta, casi sin respirar, con la vista fija en esas facciones desdibujadas y sin color. Las facciones de una mujer que era ella y al mismo tiempo no lo era. Rose Randolph había muerto hacía quince días. Murió en el instante en que leyó aquella carta.

—Mamá.

La voz llena de sueño desde la cama la sacó de su abstracción. Un suave aleteo de emoción se le concentró en el estómago al escuchar a la niña llamarla de aquel modo. Se incorporó lentamente y se acercó a la pequeña que tendía las manitas hacia ella. La cogió en brazos y enterró la nariz en su cabello, aspirando hondo.

«Tienes que sobreponerte, Rose. María te necesita».

Sí, sí. Lo sabía. La niña dependía de ella. Pero su aflicción era enorme y los días demasiado largos para mantenerse firme en sus propósitos. Los intentos de querer salir de su apatía se diluían y terminaban por desaparecer.

Al igual que siempre, se ocupó de su aseo y del aseo de la niña, sin pensar demasiado, contestando sí cuando se requería una respuesta positiva y negando con la cabeza cuando era lo adecuado. Fingiendo sonrisas que nunca alcanzaban sus ojos y pretendiendo interés ante el incesante parloteo de la pequeña, aun cuando su mente estaba muy muy lejos de allí.

Se puso una falda y una sencilla blusa. Volvía a vestir de negro. Ese luto que había guardado un año y medio por mera obligación y convencionalismo, por un hombre al que no amó, ahora había regresado, esta vez con sentido y sin ser fruto de las apariencias. Si merecía la pena llevar luto por alguien, era Gabriel, sin duda.

En la cocina, la misma escena de siempre, Nita y su madre también ataviadas de negro, arrastrando tristeza y pretendiendo vivir una vida normal cuando era obvio que la tragedia las había golpeado brutalmente. Elena Cortés caminaba encorvada y parecía haber envejecido desde que se conoció la noticia, y su hija todavía tenía dificultades para contener el llanto que solía asaltarla en los momentos más inesperados. Rose las envidiaba. Ellas sí

habían sido capaces de llorar la muerte de Gabriel y Rico. Sus sollozos rompieron el silencio de la casa durante los primeros días hasta que solo quedaron suspiros y algún que otro gemido.

El tiempo pasaba.

Pasaba para todos menos para ella.

Ella todavía se encontraba en ese estupor del principio. Sumida en el letargo. El dolor del primer día no había disminuido ni un ápice.

Se sentó a tomar el desayuno. Mientras María comía pan con miel, ella se conformó con una simple taza de café. No probó ni el pan de maíz ni el estofado de carne de cerdo ni los tamales. Nada podía tentarla. El apetito la había abandonado hacía ya tiempo.

Abstraída, contempló su taza y la giró entre sus manos, imaginando que era la misma taza de la que Gabriel también había bebido alguna vez. Quizá sus labios se estaban posando en el lugar exacto en los que se posaron los de él. Quizá. Aferró al recipiente metálico con fuerza al sentir un aguijonazo de dolor atravesándole el pecho.

—Rose, tiene que comer algo.

Sobresaltada, elevó la cabeza. Elena Cortés se hallaba a su lado y la observaba con preocupación.

—No tengo hambre, gracias. —Hizo un gesto vago y volvió a beber un sorbo de café. Se dio cuenta de la mirada que intercambiaban madre e hija, pero decidió ignorarla.

—No puede usted seguir así. Tiene que comer.

—Estoy bien. —Se llevó una mano a la frente. No deseaba tener ese tipo de conversación. ¿Acaso no se daba cuenta de que no quería hablar?

—No es cierto. Casi no come. Mire su ropa, le queda holgada. Y ayer se mareó. Nita la vio en las escaleras.

Era verdad. Tuvo un pequeño vahído al subir al piso superior, pero consiguió agarrarse a la barandilla y, por fortuna, no se cayó. No era la primera vez que le sucedía algo parecido. Ya eran varias las ocasiones en las que sentía que el malestar le provocaba náuseas y todo daba vueltas a su alrededor.

—No es nada. Es el cansancio —dijo, tratando de restarle importancia.

—No es el cansancio —objetó la otra con determinación. Su voz sonaba potente.

—Es verdad que no estoy comiendo mucho últimamente —reconoció Rose con una frágil sonrisa—. Intentaré comer algo más y...

—Mijita —la interrumpió, cogiendo una silla y sentándose a su lado. La expresión de su cara se había tornado muy seria—. Creo que tenemos que platicar.

¡No!, deseó gritar Rose. No se veía con fuerzas para encararse con Elena. En realidad no se veía con fuerzas de hacer nada. Estaba exhausta. Dejó caer los hombros hacia delante y apoyó la taza en la mesa al tiempo que un pesado suspiro abandonaba sus labios.

—¿No podemos dejarlo para otro momento? —Hizo un último intento.

—No. Es importante.

—Sé que no me estoy cuidando mucho, Elena —comenzó, retorciéndose las manos en el regazo—. Lo sé. Es que es complicado, pero prometo...

—¿Desde cuándo no tiene sus días del mes? —preguntó la otra sin delicadeza alguna.

Rose se la quedó mirando, sorprendida. ¿A qué se refería? ¿Sus días del mes? ¿Qué días? Frunció la frente, confusa, pero entonces cayó en la cuenta y su cara adquirió un tinte rojizo. No estaba acostumbrada a hablar de esos temas tan privados con nadie. No era apropiado.

—¿Mis... mis días? —balbuceó.

Una maraña de pensamientos acudió a su cabeza. Trató de hacer memoria. Quizá el mes anterior o hacía dos meses. No, hacía tres... Sí, recordaba que hacía mucho calor... En julio fue... Echó cuentas mentalmente, tres meses hacía de aquello. Desde entonces no había vuelto a tener su periodo. No era habitual en ella. Solía ser puntual, pero tantas cosas habían pasado en su vida en los últimos tiempos que no lo había echado en falta.

Su interlocutora la observaba, esperando pacientemente.

—Hace un tiempo ya —confirmó—. ¿Cree que me pasa algo?

—Mija, claro que le pasa algo. Está encinta —repuso con suavidad.

Rose necesitó unos segundos para asimilar aquellas palabras, pero una vez lo hubo hecho, negó y una triste sonrisa acudió a su boca.

—No, Elena. Debe de ser otra cosa. Yo no puedo tener hijos —murmuró.

—¿Acaso no es una mujer? Claro que puede tener hijos.

—Algunas mujeres no podemos. Yo soy una de ellas. Créame. —La pesadumbre se hizo mayor.

—Yo solo creo lo que veo, hija. He tenido cuatro hijos y aunque la única que ha sobrevivido es mi Elenita, he pasado por cuatro embarazos y sé cuándo una mujer está en estado. ¿Por qué cree que tiene esas náuseas todos los días? ¿Y ese cansancio? ¿No ha notado que su cuerpo ha cambiado?

Rose se llevó una mano a la frente, aturdida. Era verdad que había notado pequeños cambios en su cuerpo, se notaba más sensible en algunas zonas y, a pesar de que apenas comía y había adelgazado, sus senos habían aumentado de tamaño y se habían tornado más pesados. Pero no podía estar embarazada. No tenía sentido. Negó un par de veces.

—¿Por qué dice que no puede tener hijos? —La voz de Elena resonó a su lado.

—Estuve muchos años casada y no pude concebir —susurró. Seguía en pleno desconcierto.

—Sería culpa de su marido, pues —sentenció Elena—. No me cabe duda que ahorita sí está esperando un bebé.

¿Sería posible? Volvió a menear la cabeza con incredulidad. No. No podía ser. No podía estar en estado. Ella era estéril. Tantas veces lo escuchó de la boca de Timothy, que solo le quedó creer en ello. Ella no podía tener hijos. De ninguna manera.

Pero la semilla de la duda había comenzado a germinar en ella. No pudo evitar llevarse las manos al abdomen. Estupefacta, contempló sus blancos dedos curvándose sobre su falda. ¿Y si era cierto lo que decía Elena? ¿Y si la culpa de todo la tuvo Timothy? ¿Y si dentro de ella realmente estaba creciendo un bebé?

Alzó los ojos y buscó los de la tía de Gabriel que relucían alegres.

—No puede ser —musitó casi sin voz.

—Estoy segura —asintió Elena con convicción.

Nita, aunque se mantenía al margen de la conversación junto al fogón, esbozó una sonrisa feliz.

—¿Dónde hay un bebé? —intervino María de pronto.

Rose se quedó mirando a la niña, todavía incapaz de comprender la magnitud de lo que acababa de averiguar. Tampoco sabía si creerlo o no. Sus pensamientos se revolvían y chocaban unos con otros. Y con sus sentimientos sucedía lo mismo. Una amalgama de ellos luchaba en su interior.

Se levantó con torpeza, empujando la silla hacia atrás.

—Ne... necesito estar sola un momento.

—Claro, claro —concedió Elena.

—Mamá, yo voy contigo.

—No, María. —Nita detuvo a la niña tomándola en brazos—. Ven a jugar conmigo —propuso, acallando las protestas de la pequeña.

Rose abandonó la cocina. Sentía la necesidad de alejarse de las otras, de encerrarse en su cuarto para tratar de calmarse y ordenar sus ideas. Los nervios se le habían concentrado en el pecho, oprimiéndoselo de manera desagradable.

Dejó a un lado el salón donde se servían las comidas con sus mesas pulcramente preparadas para recibir a los comensales. Estaba desierto. En los últimos tiempos no tenían muchos clientes. Se detuvo al pie de la escalera que llevaba al piso superior y cogió aire.

Un niño.

La simple idea de pensar que una vida estaba creciendo dentro de ella le resultaba inverosímil e incluso ridícula. Demasiado tiempo creyendo que algo así no era posible.

Y sin embargo...

Sin embargo, todo parecía indicar que era cierto.

—Embarazada —dijo. La palabra resonó estruendosa en el silencioso ambiente, a pesar de que la había pronunciado en voz queda.

Estaba esperando un hijo. Un hijo de Gabriel.

Cerró los ojos y se llevó la mano a la garganta que, de pronto, se le había estrechado tortuosamente impidiéndole respirar.

Comenzó a subir los escalones despacio, poniendo un pie detrás de otro. La escena le recordó tanto a la vivida hacía quince días cuando se refugió en su habitación después de leer la carta de Las Cruces, que un pinchazo agudo le traspasó el corazón. Aquel día, subió la escalera con el alma rota y el dolor nublándole la vista. Esta vez debería ser diferente, se dijo. La noticia de su

embarazo tendría que haberla llenado de júbilo. Un niño era algo que siempre había deseado, uno de sus mayores anhelos.

Entonces, ¿por qué sentía esa tristeza infinita?

Se agarró a la barandilla cuando notó que las piernas amenazaban con no sostenerla. Todo su cuerpo había comenzado a temblar con violencia.

Un hijo de Gabriel.

Todavía no había llegado al descansillo cuando sus rodillas se doblaron. Cayó al suelo de madera, golpeándose las.

Un hijo que él nunca iba a conocer.

Enterró la cara en las manos y rompió a llorar.

Capítulo 47

—Padre, estoy esperando un hijo. Aparentemente, no soy tan inútil como usted pensaba —soltó Rose con sarcasmo contenido.

William Patterson se puso en pie con precipitación. Su rostro se tornó lívido.

—Estás esperando un hijo de ese... ese... —espetó al fin lleno de ira.

—Estoy esperando un hijo de mi marido, Gabriel Salas —le cortó ella con firmeza.

Desde la noche de la paliza, no era capaz de mirarle como lo hacía antes. Él le había mostrado sus instintos más bajos haciendo que ella dejara de respetarle en el mismo grado que antes. No iba a consentirle ni una sola palabra fuera de lugar que pudiera manchar el nombre de Gabriel.

Su padre guardó silencio a duras penas. Una vena se le había hinchado en la garganta y el almidonado cuello de su camisa, de pronto, parecía quedarle demasiado estrecho.

La muerte de Gabriel ya había hecho la ronda por Catclaw Springs. Todo el mundo sabía que había fallecido en Las Cruces. La noticia había tardado en propagarse dado que Elena, Nita y Rose no se relacionaban demasiado con el resto de los habitantes del pueblo, pero resultaba evidente ya que las tres vestían de luto. Fue la señora Hilburn la primera en enterarse e iniciar el rumor. Rumor que pronto llegó a *Las Claritas*. Patterson no tardó en presentarse en la casa de comidas. Lo primero que hizo, en cuanto se encontró a solas con su hija en la salita, fue proponerle que se casara con Henry ahora que era viuda.

Rose tuvo que reprimir las ganas de golpearle en la cara y borrarle la petulante sonrisa que exhibía en ella. No obstante, sabía que solo tenía que hablarle de su embarazo para que se le demudara el semblante. Y eso hizo, ponerle al corriente de la noticia de la que ella misma se había enterado esa mañana.

Patterson seguía en silencio. Deslizó los ojos hasta su vientre. Su mirada pareció poder agujereárselo, tal era su intensidad.

—Durante todos estos años, usted y los Randolph me consideraron mercancía de segunda y me hicieron sentir miserable —murmuró ella, decidida—. Parece ser que todos ustedes estaban equivocados. No era yo la que era mercancía de segunda. —Los ojos le brillaban con cierta satisfacción—. No eligió el marido correcto para mí, padre —concluyó.

Su progenitor gruñó. Se notaba que quería decir algo más, algo hiriente, con toda seguridad, pero Rose no le dio opción. Se apresuró hacia la puerta y la abrió de par en par. Con un gesto del brazo le invitó a abandonar la sala.

—Le agradecería que no volviera por aquí si lo único de lo que desea hablar es de un matrimonio con Henry. Como ve, esa posibilidad ha quedado descartada.

Nada más decir esto cuadró los hombros y elevó la barbilla con arrogancia. Era el único lenguaje que entendía su padre, el de la soberbia.

William Patterson no vaciló. Se limitó a dirigirle una mirada cargada de desdén y, con el desagrado pintado en el rostro, se alejó en dirección a la puerta principal.

Rose respiró hondo. Aunque el encontronazo no había sido ni demasiado largo ni demasiado escabroso, siempre que se enfrentaba a su padre se sentía agotada. Su personalidad apabullante le robaba la vitalidad y hacía que se le pusieran los nervios de punta. Nunca le resultaba fácil hablar con él. Y ese día mucho menos ya que se encontraba doblemente sensible.

De pronto, el ambiente de la casa le pareció agobiante. Necesitaba respirar aire fresco. Desabrochándose el botón superior de la camisa, se encaminó a la cocina, buscando salir al patio trasero. Solo Nita se encontraba allí, sentada a la mesa, pelando manzanas. Le dirigió una sonrisa y volvió a su tarea, como si supiera que Rose no deseaba hablar con nadie.

El fresco de octubre le dio en la cara en cuanto abrió la puerta. No hacía frío, pero era indudable que los calurosos días de verano se habían marchado para no volver. Era agradable. Las cortinas de la casa de enfrente, la de los hermanos Weber, se agitaban ligeramente, un seguro indicio de que había alguien tras ellas. Hizo caso omiso. Ya se había acostumbrado a ser la comidilla del pueblo y a que todos los ojos estuvieran pendientes de ella.

Tomó asiento en el banquito de madera destartalado que había junto a la bomba de agua, y se abanicó el rostro con la mano mientras paseaba la mirada por el pequeño espacio vallado que pertenecía a la casa. No había demasiadas cosas allí, solo un montón de leña apilada en un lateral, un tocón sobre el que se clavaba un hacha, una tina de hojalata de grandes dimensiones cubierta por una lona y un cajón con algunas herramientas. Se quedó ensimismada mirando los utensilios.

Debían de pertenecer a Gabriel.

El simple hecho de formar aquella palabra de siete letras en su mente le resultó una tortura.

Gabriel.

A veces, como en aquel momento, le sobrevenía un pálpito de que él no había muerto, que todo había sido un error y aparecería en cualquier instante a lomos de su caballo. Y era una sensación tan vívida que la dejaba exhausta.

Frunció los labios con amargura y agitó la cabeza, tratando de ahuyentar la profunda angustia que anidaba en ella. Inconscientemente, se llevó las manos al vientre. Poco a poco, iba comenzando a asimilar la buena nueva. Si bien aquella mañana, al recibir la noticia, el estupor la dejó petrificada, a medida que transcurrían las horas, la certeza de ese embarazo se iba afianzando en su interior.

Un bebé de Gabriel y de ella.

Un diminuto cosquilleo de alegría se abrió paso entre las capas de aflicción con las que llevaba conviviendo desde hacía semanas.

Había pasado las últimas horas encerrada en su dormitorio, intentando hacerse a la idea de que iba a ser madre. Había llorado como nunca antes, pensando que Gabriel no iba a tener la oportunidad de conocer a su hijo. Maldijo el destino que los había condenado a ambos a no estar juntos. Y se prometió a sí misma que sería fuerte por ese niño que estaba por venir y por María. ¿Acaso Gabriel no le había dicho que admiraba su entereza? Pues eso haría, sacaría fuerzas de flaqueza y sería madre y padre a un tiempo. Tenía que hacerlo.

—Mija, ¿se encuentra bien? —Elena se había acercado a ella con tanto sigilo que cuando la escuchó a su lado dio un respingo.

—Sí, sí —repuso—. Todo bien.

—¿Se marchó su papá?

—Sí, se fue —dijo cortante. No quería hablar de él. William Patterson le provocaba jaqueca.

—Encontré una cosa. Quizá le guste conservarla. —La mexicana le tendió un objeto cuadrado.

Rose lo tomó. Era un antiguo daguerrotipo²⁷ de gran calidad. En la imagen aparecían cinco personas. Sus ojos examinaron las caras de todas ellas con avidez. El corazón le dio un vuelco cuando reconoció a Gabriel y a Rico. Estaban de pie. Un niño pequeño se mantenía muy erguido a su lado. Delante de ellos, sentadas en el sofá, se mostraban dos mujeres. Una, algo entrada en años, tenía la misma cara que su segundo hijo. La otra, muy joven y algo rolliza con unos ojos enormes y una nariz respingona, sonreía a la cámara. Era una belleza.

Teresa.

Rose no pudo evitar pasar el dedo índice por la figura de Gabriel. Tan alto, apuesto y tan serio. No llevaba sombrero y la melena peinada hacia atrás dejaba su frente al descubierto. Vestía el uniforme confederado con el sable oficial de la Caballería en su costado. Estaba imponente.

—Se hicieron el retrato antes de que Gabriel partiera hacia el frente —le explicó Elena.

—¿Esta era su madre? Rico se parece mucho a ella.

—Sí, es mi hermana Isabel. Y el muchachito que está junto a Rico es Rafael. Ahí solo tenía seis años —le tembló la voz al referirse a él.

Rose meneó la cabeza apesadumbrada al recordar que el pequeño también había muerto en el asalto al rancho. Tan joven...

Sus ojos, luego, se fijaron en la otra mujer, Teresa. Estaba en plena lozanía y presentaba una expresión de felicidad deslumbrante.

—Gabriel y Teresa debían de quererse mucho. Parece tan risueña... Era una preciosidad.

No pudo disfrazar la aprensión que tiñó sus palabras. Teresa había podido tener a Gabriel durante años, mientras que ella solo pudo conservarle unos días.

—Se tenían mucho cariño. Es natural, crecieron juntos. Teresa era huérfana —le explicó la otra—. Mi hermana y su marido la acogieron cuando era un

bebé. Era la hija de unos amigos suyos. Desde que eran unos críos estaba claro que se casarían.

Rose alzó la vista. La figura de Elena se le desdibujó debido a la humedad que nublaba sus ojos. Un pellizco de envidia le revolvió las entrañas. ¡Qué mezquina era por sentirse así! Bajó la cabeza y la hundió en los hombros.

—Se querían como hermanos, mijita —dijo Elena con voz suave, después de un breve lapso de tiempo, como si supiera exactamente lo que necesitaba escuchar—. Nunca vi a mi sobrino tan enamorado de una mujer como de usted, Rose.

—Soy una persona horrible, ¿verdad? —inquirió, avergonzada, volviendo a mirar a su acompañante.

—No. Es usted humana, nada más. Y en los últimos días ha tenido que soportar muchas cosas.

Apartó la vista de las facciones compasivas de la mexicana y oprimió el daguerrotipo contra su pecho.

—Le echo de menos. Mucho... —musitó—. A veces creo que no puedo respirar. Me cuesta tomar aire —suspiró—. Duele tanto...

—Lo sé, hija, lo sé. —Elena se sentó a su lado y le tomó la mano con firmeza, queriendo transmitirle calor.

Rose volvió a mirar la imagen. Tenía algo de macabro contemplarla sabiendo que todas las personas allí representadas ya no caminaban por el mundo de los vivos. Solo esperaba que Gabriel, antes de morir, hubiera podido cumplir con su promesa y se hubiese encargado de los asesinos de su familia. Deseaba fervientemente que hubiera sido así. Al menos, de aquel modo, él habría conseguido algo de paz.

Era uno de sus pocos consuelos.

Cerró los ojos y le devolvió el apretón a Elena, dejándose confortar.

* * *

Diez días después llegó una carta de Henry.

Una carta que consiguió dejarla boquiabierta y que tuvo que releer para asimilarla. En ella, Henry no solo mencionaba que estaba al corriente de su embarazo —su padre se lo había hecho saber—, también le proponía seguir adelante con el matrimonio y se comprometía a encargarse del niño que ella

llevaba en su vientre y a criarlo como si fuera suyo, sin hacer distinciones con sus propios hijos.

No fue hasta la segunda relectura que Rose consiguió comprender ese cambio tan drástico de actitud en él. La primera vez leyó la misiva tan rápido que lo pasó por alto. En el último párrafo encontró el porqué de su buena voluntad.

... El matrimonio sería ventajoso para ambos, Rose. Su hijo no crecería como un bastardo y estaría arropado por el nombre de los Younger, y yo podría hacer frente a unas cuantas deudas que he contraído. Su padre estaría dispuesto a cubrirlas si seguimos adelante con la boda...

Así que eso era. De ahí su desmedido interés en proseguir con el casamiento. Lo que no terminaba de comprender era el motivo por el cual William Patterson parecía tan dispuesto a hacerse cargo de las deudas de Henry. Había algo más ahí que ella no sabía.

Volvió a leer el escrito una última vez. Si bien el tono era agradable, no soportaba que Henry se refiriese a su bebé como un *hijo bastardo*. Estaba claro que su padre no le había informado que ella y Gabriel se habían casado y el niño era legítimo. Terminó por hacer una bola con el papel y lo arrojó a un rincón del cajón del tocador. Ni siquiera merecía una respuesta por su parte. Para ella, el capítulo Henry Younger había acabado.

Deseosa de servir de ayuda a Elena y a su hija y mantenerse entretenida, abandonó su dormitorio y descendió las escaleras, agarrándose prudentemente a la barandilla. Era consciente de que ahora no solo debía de pensar en ella.

Cinco de las ocho mesas del salón estaban ocupadas, cosa poco habitual. Aunque no era de extrañar, era miércoles, el día en que la diligencia hacía parada en Catclaw Springs y los viajeros aprovechaban la pausa en su viaje para reponer fuerzas comiendo allí. Eso solo ocurría los miércoles y los domingos. El resto de la semana apenas recibían huéspedes. El escándalo en el que Rose y Gabriel se vieron envueltos había repercutido también sobre la casa de comidas. Anteriormente, la mayoría de los hombres solteros del pueblo —que no eran pocos— solían acudir a almorzar o a cenar. Sin embargo, después de lo sucedido, los clientes dejaron de aparecer.

Elena y Nita se hallaban ocupadas sirviendo las mesas. Rose desapareció en la cocina y se encontró con María que, sentada en una de las sillas más alejadas del fogón, jugaba con una muñeca de trapo. La saludó, agitando la mano con energía pero volvió a centrar toda su atención en Daisy, la muñeca. Le estaba cambiando la ropa. Rose buscó alguna tarea de la que ocuparse, pero todo estaba ya terminado. La olla humeaba al fuego, tres panes tapados con trapos reposaban en la repisa de la ventana y dos fuentes llenas de verduras y patatas sobre la mesa despedían un olor muy apetitoso que competía con el del pastel de manzana que tenían al lado, cubierto por una servilleta. No había nada a medio hacer. Elena y su hija eran más que eficientes.

Como de costumbre, se sintió algo inútil y fuera de lugar.

Se encontraba en medio de la cocina, indecisa, cuando le sobrevino un pequeño mareo y las náuseas le revolvieron el estómago. Presurosa, se encaminó a la estantería donde sabía que Elena guardaba las galletas de jengibre. Abrió la lata metálica y cogió una. Era lo único que conseguía calmarle el malestar. Luego, salió al patio trasero y, dejando la puerta entreabierta, se sentó en el banquito de madera y comenzó a comerse la galleta con gran parsimonia. El aire fresco del exterior también le hizo bien. No tardó en sentir cómo su cuerpo se aplacaba. Daba gracias a Dios por poder contar con la tía de Gabriel para todo lo referente al embarazo. Sabía tantas cosas y conocía tantos remedios... Desde que seguía sus sabios consejos, las náuseas ya no eran tan frecuentes y, cuando venían, sabía cómo mantenerlas bajo control.

Sus ojos se posaron brevemente sobre el bajo de su falda. Se le había descosido. Tendría que darle unas puntadas. No tenía demasiada ropa negra. No pensó que pudiera volver a necesitar vestir de aquel color en mucho tiempo, así que solo empacó una falda y una blusa de esa tonalidad. Pedro, en una de sus visitas, le había llevado un par de prendas oscuras más, pero no las suficientes.

Estaba a punto de regresar al interior de la casa cuando escuchó su nombre pronunciado en voz baja desde la cocina. Se detuvo, atenta.

—Rose no debe enterarse. En su estado no es bueno que se preocupe. —
Era Elena la que hablaba.

—Pero mamá, al final lo sabrá.

—Cuanto más tarde, mejor. Algo se nos ocurrirá.

La preocupación de la mexicana era rotunda. Rose frunció el ceño, perpleja. ¿Qué estaba sucediendo?

—¿Hasta cuándo podemos aguantar con lo que tenemos ahorrado?

—No creo que lleguemos a Navidad, y eso gracias al dinero que nos envió la señora Read —murmuró.

—Quizá la gente del pueblo vuelva —dijo Nita, pero no sonaba muy esperanzada—. Quizá se olviden de lo sucedido.

—No podemos confiar en eso, hija. Los gringos no nos suelen dar segundas oportunidades. —Hizo una pausa y suspiró—. Tal vez tengamos que irnos a otro lugar.

El ruido de cacharros se comió el resto de la frase, pero Rose no necesitaba seguir escuchando. Realmente, ya lo había oído todo. Agitada, se dejó caer sobre el banco con pesadez. La cabeza le daba vueltas y los pensamientos se agolpaban en su mente, desordenados y confusos.

No tenían dinero.

La casa de comidas no daba lo suficiente para mantener a cuatro bocas y una quinta que estaba por llegar.

Y todo eso debido a que los habitantes de Catclaw Springs habían dado la espalda al negocio por culpa del escándalo que provocaron Gabriel y Rose al huir juntos.

En ese instante, dos mujeres abandonaban la casa de los Weber. Una de ellas le dio un codazo a la otra y la señaló. Ambas le dirigieron miradas despectivas antes de alejarse calle abajo mientras cuchicheaban.

El enojo de Rose se mezcló con la desolación. Esas arpías jamás iban a perdonarle lo que hizo. Siempre la mirarían con resquemor. Había sido marcada. Estaba acostumbrada a ser vilipendiada y tratada con desprecio; en casa de los Randolph vivió un desaire tras otro durante años. No era gran cosa para ella, pero que otras personas se vieran arrastradas y arrinconadas en el proceso no podía soportarlo. No era justo. Había sabido que Gabriel y ella cometían un pecado terrible al fugarse, pero nunca pensó que las cosas acabarían así, que él no volvería y que su familia se vería envuelta en el escándalo y terminaría sufriendo las consecuencias.

Se puso de pie y comenzó a dar pequeños paseos nerviosos, esquivando las herramientas y la leña.

Tenía joyas. Si bien no eran muchas y tampoco eran muy valiosas, podía venderlas. Eso les daría al menos un respiro de unos cuantos meses. Quizá podrían subsistir hasta abril. Con suerte hasta mayo o junio. El bebé ya habría nacido para entonces y podría buscar trabajo.

Negó con la cabeza.

¿Trabajo? ¿Qué trabajo podía desempeñar ella que no sabía hacer nada? La habían educado para saber servir el té, para hacer bordados, para tocar el piano, para tener una caligrafía hermosa y una buena dicción recitando poemas. Y nada más. Era una completa inútil en cuanto a la vida real.

Quizá pudiese encargarse de la escuela del pueblo. Eso sí sabría cómo hacerlo.

Imposible.

Las gentes de Catclaw Springs nunca aceptarían que una mujer como ella, que había manchado su reputación, enseñase a sus hijos.

Se mordió los labios, pensativa. Elena había dicho que tendrían que mudarse a otro lugar, pero ella se negaba a aceptarlo. Rose sabía que el mayor anhelo de Elena era ampliar el negocio y convertir la casa de comidas en una pequeña pensión. Solo pensar que tendría que marcharse y renunciar a sus sueños por su culpa, hacía que se le revolviera el estómago. No podía consentirlo.

También estaba el rancho de los Salas. Gabriel le dijo que lo vendiera si lo necesitaba. Pero ella jamás podría hacer eso. Era la herencia de María y de su hijo que estaba por nacer. No lo vendería. Esa tierra debía de permanecer en la familia.

Volvió a tomar asiento, acabando con sus erráticos paseos. La cocina estaba silenciosa. Elena y Nita debían de haberse marchado al comedor a seguir atendiendo a sus huéspedes. Echó una ojeada. María seguía jugando con su muñeca muy concentrada. Su lengua rosada asomaba por uno de los laterales de su boca. Rose la contempló en silencio con calidez.

Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ella.

Cualquier cosa.

Sabía que todavía tenía otra opción. Una opción en la que no había querido pensar demasiado pero que, según transcurrían los segundos, se iba haciendo cada vez más tangible y consistente.

Era una opción que no deseaba porque implicaba sacrificar su vida de nuevo.

Condenarse otra vez.

Pero era una opción en la que todos podían salir ganando. Todos menos ella.

Suspiró. En ese momento, María la descubrió atisbando por la rendija de la puerta. Su infantil rostro tan parecido al de su padre se iluminó con una sonrisa radiante. Un pinchazo del amor más puro atravesó el corazón de Rose. Por aquella niña estaba dispuesta a hacerlo todo. Y por su hijo también, se dijo.

Todo.

Empujó la puerta y accedió al interior. Se detuvo al lado de la niña y acarició su pelo, admirando la muñeca que esta le mostraba muy orgullosa. Sus ojos oscuros e inocentes derrochaban felicidad. Ya le habían explicado que su padre no iba a volver, que había tenido que irse lejos, a un viaje muy largo al cielo. No lo había entendido del todo y, de vez en cuando, seguía preguntando por él. Los conceptos de la vida y la muerte eran algo tan abstracto para un niño pequeño que era imposible que comprendiese el verdadero significado de aquellas palabras. Ya lo haría cuando fuera mayor.

Dirigiéndole una última mirada afectuosa, Rose abandonó la cocina con más decisión de la que había manifestado en semanas. Sin desperdiciar ni un minuto, se dirigió a su cuarto. De reojo pudo ver que Elena y Nita seguían ocupadas con los clientes. Como siempre, trabajando arduamente.

Mientras subía las escaleras, trazó su plan. Anteriormente, siempre tuvo que acatar las decisiones de los demás. Nunca había tenido ni voz ni voto para elegir por sí misma. Esta vez iba a ser diferente. Ella iba a poner las condiciones. Por primera vez, la mano de cartas que le había tocado no era mala. Podía apostar por ella y, con un poco de suerte, salir victoriosa.

Cerró la puerta de su dormitorio a su espalda, respiró hondo insuflándose valor y se dirigió al tocador. Se sentó frente a él, abrió el cajón y extrajo una cuartilla, un plumín metálico y un pequeño frasco de tinta negra. Entrecerró los

ojos, sopesando cuáles serían las mejores palabras y el tono más adecuado para redactar la misiva. Directa y sin florituras, decidió. Como una propuesta de negocios. A fin de cuentas, eso era.

Luego, se inclinó sobre el papel y sumergió la punta de la pluma en la tinta. La escurrió y comenzó a escribir.

Estimado Henry...

Capítulo 48

—Yo os declaro marido y mujer.

La voz monótona del pastor Tattle pronunció la frase en tono moderado y sobrio, así como había sido toda la ceremonia. Henry tomó a Rose de la mano y le dio un suave beso en la mejilla que ella aceptó con calma.

Estaba hecho.

Se había casado con Henry Younger.

William Patterson, que había permanecido de pie a su lado durante la última media hora, se aproximó a su flamante yerno y le estrechó la mano con satisfacción. Ambos sonrientes y ufanos. Ella apenas les dirigió una mirada. Se acercó a la mesa a firmar el acta matrimonial. Dejó el ramillete de flores sobre la pulida superficie de madera, cogió la pluma y estampó su nombre con trazos firmes donde le indicaba el pastor Tattle.

Mientras lo hacía, le sobrevino una remembranza de otra acta y otra firma en otro lugar hacía cinco meses. Con otro hombre. Cerró los ojos un instante y respiró hondo antes de incorporarse.

No era el momento ni el lugar para dejarse llevar por la nostalgia.

—Enhorabuena, Rose —la felicitó Millicent, dulce como el almíbar y con condescendencia, regalándole una amplia y fingida sonrisa.

Rose inclinó la cabeza con amabilidad. Su madrastra era alta y delgada y tenía un porte distinguido. Solo llevaba conviviendo unos días con ella, desde que volvió a mudarse al rancho, pero se había dado cuenta de que era superficial en exceso, presumida y pagada de sí misma, y lo único que ocupaba su mente eran la ropa elegante y las joyas. Notó su mirada desdeñosa recorriéndola de arriba abajo. Estaba claro que la ausencia de crinolina y el sencillo vestido de dos piezas de algodón azul con mangas pagoda que había elegido para la ceremonia no alcanzaba sus altos estándares. Quedaba muy por debajo del que lucía ella, de seda verde esmeralda con profusión de volantes y encaje y botonadura de nácar en la pechera.

—Muchas gracias, Millie —repuso con cortesía.

Angie vino a rescatarla colgándose de su brazo. Murmurando una disculpa se dejó arrastrar hacia una mesa lateral donde se había dispuesto una fuente con ponche que había hecho Mami.

—¿Estás bien? —le preguntó al llegar allí, lanzando miradas furtivas a su alrededor hasta que estuvo segura de que nadie las escuchaba.

—Ya te he dicho que sí —le contestó tratando de tranquilizarla. Su hermana pequeña llevaba la palabra preocupación escrita en la cara aunque se esforzaba por disimularlo. Todo el rato que duró la celebración se dedicó a estrujarse las manos.

Rose había intentado convencerla de que lo que estaba sucediendo había sido una decisión meditada y elegida por ella, pero Angie no terminaba de creerlo. Desde que se enteró de sus intenciones, había tratado de hacer que cambiara de opinión, incapaz de comprender que aquella boda fuera algo deseado por Rose. Para ella, una jovencita romántica y llena de ilusiones, un matrimonio de conveniencia era algo semejante al infierno. No concebía una unión sin amor. Quedó horrorizada cuando su hermana mayor le comunicó que iba a casarse con Henry sin haber sido coaccionada.

Habían pasado dos meses desde el día en que decidió escribirle aquella carta. Dos meses de duras negociaciones, por llamarlas de alguna manera, hasta que llegaron al acuerdo final y todas las partes se dieron por satisfechas. Rose estaba contenta con lo que había conseguido. Henry y Patterson también.

Su padre había accedido a hacerse cargo de las deudas de Henry, que no eran pocas. Su espíritu codicioso le había llevado a invertir en una dudosa empresa ferroviaria que había terminado quebrando. De la noche a la mañana, las acciones de la compañía se habían convertido en papel mojado y todos sus accionistas terminaron arruinados, entre ellos, Henry, cuya desesperada situación había estado a punto de llevarle a hipotecar el rancho. Solo la intervención de Patterson consiguió evitarlo. Este lo hizo no por motivos altruistas. Jamás se le podría acusar de algo así. Su motivación fue otra, desde luego. Logró que los Younger le devolvieran las tierras de Nopal, las que les cedió el año anterior cuando Henry accedió a casarse con Rose. Y también consiguió otra cosa: lavar la reputación de su hija. No podía consentir que ella siguiese viviendo en el pueblo con una familia mexicana mientras todos los

ojos de los habitantes de Catclaw Springs la seguían de un lado a otro y la criticaban en susurros. Quizá tardasen en olvidar el escándalo, pero lo harían una vez que ella estuviese respetablemente casada y se dejara ver poco por la localidad.

Pero sin duda alguna, la que más había ganado con aquella boda fue Rose. Desde el primer momento había dejado claro lo que quería. Y no había cedido ni un ápice. Ya en la carta que le envió a Henry aquel día fue directa al grano y, sin rodeos, le expuso sus condiciones.

Se casaría con él si aceptaba no solo al niño que llevaba en su vientre como propio, sino también a María, a la que pensaba llevarse a vivir con ella al *Silver Younger*. Asimismo, había reclamado que se depositara una cantidad de dinero en el banco a nombre de Elena Cortés. Cantidad suficiente para que ella y su hija pudieran ampliar su negocio y vivir con comodidad durante al menos dos o tres años, hasta que su precaria situación mejorase. A cambio, ella se había comprometido a comportarse como una esposa modélica y a criar a los niños Younger como si fuera su madre.

Había tenido muchas dudas a la hora de proponer llevarse a María al *Silver Younger* porque sabía que iba a ser doloroso para Elena y Nita separarse de ella. Pero la promesa que le hizo a Gabriel de que cuidaría de la pequeña le hizo pensar fríamente en cuál sería el mejor futuro para ella. Y eso hizo que se decidiera. Iba a tener muchas más oportunidades en su vida si se criaba junto a los hijos de Henry.

Lo cierto era que este no puso pegas. Su situación era tan apurada que hubiera dicho que sí a cualquier petición que ella tuviese. La desesperación había llevado al orgulloso rancharo a convertirse en un manso cordero y no dudó en aceptar sus exigencias.

El que realmente tuvo objeciones fue su padre, que trató de convencerla de que se alejara de aquella familia de *malditos mexicanos*. Puso el grito en el cielo cuando se enteró de que pretendía llevarse con ella a la hija del *mugroso*. Protestó y se negó, e incluso tuvo un ataque de ira y amenazó con volver a borrar su nombre del testamento y dejar de llamarla hija.

Rose no se amilanó y se mantuvo firme. Su padre era obstinado, pero ella demostró serlo mucho más.

Y ganó.

Elena y Nita, cuando se enteraron de lo que había hecho, trataron de disuadirla. Una noche, reunidas las tres en la cocina de la casa de comidas, hablaron largo y tendido de su situación e intentaron hacerle cambiar de opinión. No obstante, después de unas horas de llantos y discusiones, se convencieron de que Rose tenía razón y su idea era la más conveniente y ventajosa para todos. Lo peor de todo iba a ser la separación de María. Aunque sabían que la niña estaría mejor atendida con ella, no les iba a resultar fácil. Rose les prometió que bajarían al pueblo con frecuencia para visitarlas. Por el momento, había decidido dejarla al cuidado de la tía de Gabriel unos días más, hasta haberlo dispuesto todo en el rancho de los Younger. Entonces iría a buscarla. María ya sabía que iba a mudarse con otros niños y estaba pletórica de felicidad.

Una presencia a su lado la sacó de su abstracción. Era Henry. No le había visto acercarse. Llevaba un elegante traje color burdeos y un chaleco marrón. El azul de su corbata resaltaba sobre el blanco cuello de su camisa. Traía una expresión complacida en el rostro.

—El pastor Tattle quiere probar el ponche —anunció mientras cogía una taza y la llenaba del anaranjado brebaje. Esbozó una sonrisa. Desde que ella aceptó casarse con él, sus maneras eran mucho más suaves y agradables—. ¿Estás bien, querida? —Se inclinó y le preguntó en un murmullo cerca del oído al tiempo que le tomaba la mano y le acariciaba la palma con el dedo pulgar.

A pesar de que llevaba guantes, el encaje no fue un impedimento para su roce. Rose estuvo a punto de retirarse, pero su sentido del deber se lo impidió. No le gustaba ni que la tocara ni que la llamara *querida*, pero no podía objetar nada en contra. A partir de ese día tendría que soportar no solo que él se refiriese a ella como quisiera, sino también sus caricias.

—Sí, estoy bien. Algo cansada —repuso.

—No tendremos que esperar mucho más. El pastor tiene que officiar un bautizo en una granja a unas millas de aquí. No tardará en irse. En cuanto lo haga, nosotros partiremos también.

Dicho aquello, volvió a sonreírle de aquella manera blanda y templada que a Rose le resultaba tan molesta antes de alejarse. Le vio acercarse a su padre, que se hallaba junto a la puerta en animada charla con Millicent, el pastor y

Patterson, que fumaba uno de sus inevitables puros con entusiasmo. Solo había asistido a la ceremonia aquel reducido grupo de personas. Nadie más. Su progenitor no deseaba que los rumores de que su hija se casaba embarazada se expandieran, lo cual era una estupidez. Todo el mundo lo sabía. Ya estaba de cinco meses y ningún vestido holgado era capaz de ocultar su abultado vientre.

—No eres feliz. —El susurro de Angie, a su derecha, le hizo darse la vuelta—. No le soportas.

—No seas tonta. Estoy bien.

Se sintió un poco idiota al decir aquello. Era la frase que más repetía últimamente.

—No deberías haberte casado con él. No le quieres. Se te nota en la cara.

—Estoy contenta, de veras. No puedo quejarme, Angie —le cogió la mano mientras le hablaba con voz tranquilizadora—. Voy a ser la señora de uno de los ranchos más grandes del estado. Y voy a tener un hijo, que es lo que más deseaba. Y unos cuantos más a mi cuidado. Tú sabes que me encantan los niños. —Hizo una pausa y sonrió. No sabía si estaba tratando de convencer a su hermana o a sí misma—. Creo que he tenido mucha suerte. El amor en el matrimonio es algo secundario. Ya lo comprenderás cuando te hagas mayor.

—Tenías que haberme hecho caso y haber vendido las joyas de mi madre.

Aquella descabellada idea se le había ocurrido a su hermana un mes antes de que ella regresara a *Las Claritas*, cuando se enteró de sus planes de casarse con Henry. La madre de Angie poseía una colección de joyas bastante impresionante, pero Rose jamás habría aceptado despojar a su hermana de su herencia.

—Ya hemos hablado antes de esto, Angie. No tiene caso que sigas mencionándolo. —Meneó la cabeza.

—Pero es que no le quieres —protestó de nuevo—. No le miras como mirabas a... Bronco.

Rose se vio privada de aliento por un instante. Se puso pálida y boqueó tratando de coger aire.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! —Angie la agarró del brazo, consternada—. No tenía que haber dicho nada. Perdóname.

Rose hizo un ademán con la mano, queriendo restar importancia al suceso, pero era un gesto falso y artificial. Cada vez que oía mencionar su nombre,

todos los recuerdos acudían a borbotones y un dolor lacerante la atravesaba. Todavía tenía el alma en carne viva y solo era capaz de sobrevivir encerrando toda aquella angustia en un rinconcito y no dejando que saliera a la superficie.

Era como un árbol joven y débil, al mínimo soplo de aire podía resquebrajarse y venirse al suelo.

Tenía que ser fuerte.

—Estoy bien —dijo de nuevo.

Si realmente había un Dios allá arriba, acudiría a castigarla por mentir con tanto descaró.

Henry la observaba desde la distancia. Hizo amago de apartarse de los demás para volver donde ella se encontraba, pero Rose forzó una sonrisa tranquilizadora antes de darse la vuelta y huir de sus inquisitivos ojos. No quería mostrarle lo vulnerable que se sentía. Trató de servirse una taza de ponche, pero le temblaban las manos.

—Déjame a mí —le dijo Angie en un hilo de voz, cogiéndole la taza.

En ese momento, el bebé se agitó dentro de ella. Maravillada, posó la mano sobre el lugar donde había sentido el golpe y volvió a notar cómo se movía. Una sonrisa, esta vez genuina, curvó sus labios. Era mágico...

—Rose —la llamó Henry desde el otro lado de la habitación. Su tono era posesivo.

La magia se rompió súbitamente.

Parpadeó un par de veces para ahuyentar las lágrimas que se habían formado en sus ojos. Respiró hondo y se alisó la falda del vestido. A través del encaje de su guante, el brillo dorado del anillo que, desde hacía unos minutos llevaba en el dedo anular, atrapó su atención. Lo miró abstraída antes de darse la vuelta. Angie la observaba con pesadumbre. Aceptó la taza que le ofrecía con un gracias murmurado. Después, se dirigió hacia el grupo que la esperaba.

Sus pasos eran sosegados. Su postura, erguida y serena. Y su rostro, una perfecta máscara de amable indiferencia. La misma Rose Randolph de Chicago, tal y como había sido durante once años. No, se corrigió. Ahora era Rose Younger.

«Nunca fuiste Rose Salas».

Cuando ese pensamiento acudió a su cabeza, sus pasos se ralentizaron. Era cierto. En México, las mujeres no adoptaban el nombre de familia del marido cuando contraían matrimonio. Había saltado del apellido de Timothy al de Henry. Como si Gabriel nunca hubiera significado nada cuando, en realidad, era el único que lo había significado todo.

A duras penas, enterró la congoja que amenazaba con escaparse por cada poro de su piel bajo una capa de impavidez y siguió caminando hacia su esposo.

Capítulo 49

Hicieron un alto para descansar. De todos modos, la lluvia había incrementado su fuerza y hacía más dificultoso el avance. Se guarecieron bajo una formación rocosa, en una especie de cueva escondida, lo suficientemente grande para que dos caballos con sus jinetes cupiesen en su interior.

Llevaban casi cuatro semanas de viaje. Un trayecto que en circunstancias normales no les hubiera costado más de diecisiete días, estaba durando casi el doble debido a que no llevaban animales de refresco y al frágil estado de salud de Gabriel. Cada dos por tres tenían que detenerse para que pudiera recuperarse.

Rico se bajó de Negrito y le tendió una mano a su hermano, que este rechazó. Tan testarudo como siempre, insistió en no dejarse ayudar y descendió solo de su montura. Cayó al suelo pesadamente y el dolor distorsionó sus facciones. Apoyó la frente sobre el cuello de Manchado y resopló, agotado.

—Buen chico —murmuró.

—Vamos a quedarnos aquí hasta que amaine la lluvia. ¡Maldición! Estoy calado hasta los huesos —dijo Rico.

—Quiero seguir —masculló Gabriel.

—¡No me seas pendejo! No puedes ni con tu alma.

—Estamos nada más que a dos horas de Catclaw Springs —suspiró.

—Como si nos falta un escupitajo, carnal. He dicho que nos quedamos aquí hasta que escampe —replicó con sequedad—. Los caballos necesitan un descanso y tú bien parece que acabas de salir de tu tumba. Siéntate un rato y no te hagas el valiente.

Gabriel no volvió a protestar. En su fuero interno sabía que su hermano tenía razón. El viaje le estaba destrozando. Cojeó hasta la pared del fondo de la cueva y se deslizó por ella hasta que quedó sentado sobre el suelo de roca. Dejó que Rico se ocupara de los caballos. Se quitó el sombrero y, con

cuidado, se desanudó el pañuelo que cubría su frente, con el que se protegía la cicatriz que tenía en la sien derecha. A pesar de que habían transcurrido más de cuatro meses desde que le hirieron, todavía le molestaba y le provocaba terribles jaquecas. La bala le había rozado el cráneo pero no había llegado a penetrarle en la cabeza. Llevaba el cabello rasurado en el lateral lo que dejaba al descubierto la fea marca de bordes irregulares de unas cuatro pulgadas.

Se masajeó el muslo derecho con suavidad. Las largas horas sobre el lomo de Manchado también le pasaban factura en la pierna, que se le tornaba cada vez más rígida cuanto más tiempo estaba sin moverla. Había tenido una suerte infinita ya que el proyectil que le atravesó fue uno convencional y no un Minié²⁸. Demasiadas heridas provocadas por ese tipo de bala había visto él en la guerra, donde los miembros amputados eran el resultado más común de esa horrenda munición. El azar había querido que no le hubiera astillado el hueso, gracias a Dios. Eso hubiese significado una muerte segura por infección.

Sus ojos cansados se posaron sobre la diminuta cicatriz que Manchado tenía en el costado. Su muslo había frenado casi todo el impacto y la bala solo había penetrado de manera superficial en el cuerpo del caballo. Como recordatorio de aquel funesto día le quedó esa pequeña marca redondeada del tamaño de un centavo. Se recuperó mucho antes que él. Tres días después del incidente ya estaba como nuevo. Al menos eso le contó Rico. Gabriel no podía recordar nada de los dos meses siguientes al incidente en Fillmore Canyon.

Había despertado en una casa extraña hacía siete semanas, en una habitación estrecha y algo oscura. Aturdido, desorientado y sin fuerzas. No fue hasta después de haber hablado con Rico, que le puso al corriente de todo, que ciertas imágenes borrosas que danzaban por su cabeza comenzaron a tener sentido. Una mujer de pelo castaño secándole la frente. Un muchacho alto y espigado forzándole a beber un caldo. Y dolor, mucho dolor por todas partes...

Lo primero que su hermano le dijo fue que Manchado había sobrevivido. La noticia fue tan inesperada que apenas pudo reaccionar. El alivio recorrió su cuerpo y un suspiro dichoso abandonó su maltrecha garganta.

Luego le contó cómo había acabado el enfrentamiento en Fillmore Canyon. Gabriel, en su febril y alocado ataque, había conseguido matar a uno de los

asaltantes antes de ser alcanzado en la sien y quedar inconsciente. Rico consiguió rodear al otro tipo y deshacerse de él. No fue demasiado explícito sobre cómo lo hizo y Gabriel tampoco quiso conocer los detalles. Cuando todo acabó, mientras trataba de subirle a lomos de Negrito para marcharse de allí cuanto antes y buscar un médico, sucedió el milagro.

Un milagro llamado Köhler.

Bernd Köhler, su mujer, Ernestine, y sus hijos, Heinz y Norbert, una familia de colonos alemana que viajaban con destino a Socorro, escucharon los disparos y se desviaron de su ruta para ver qué estaba sucediendo y si podían socorrer a alguien. El señor Köhler tenía conocimientos de medicina ya que en su país había trabajado como ayudante de un médico y era un buen samaritano.

Rápidamente, se hicieron cargo de la situación. No hablaban mucho inglés y tampoco español, pero no les hizo falta para entender que Gabriel necesitaba ser tratado con urgencia. Mientras Heinz extraía la bala de Manchado con gran habilidad, el señor Köhler y su otro hijo cargaron al enfermo en su carreta y procedieron a hacerle las primeras curas.

Y su eficaz intervención fue lo que le salvó la vida.

Con posterioridad y, a pesar de los denudados esfuerzos del señor Köhler, las heridas de Gabriel se infectaron. Hubo un momento, incluso, en el que Rico temió que hubiera que amputarle la pierna, pero la Virgen de Guadalupe debió de escuchar sus plegarias porque finalmente pudo conservarla. Por fortuna, la bala entró por delante y salió por detrás con limpieza, sin astillar el hueso, aunque sí le había desgarrado el músculo.

Mucho peor aspecto tenía la lesión de su cabeza. Allí, el proyectil le había arrancado un trozo de carne de encima de la oreja y había dejado el hueso al descubierto. Fue esa herida la que más tardó en cicatrizar y la que le provocó las altas fiebres que le tuvieron tanto tiempo inconsciente.

Gabriel no recordaba casi nada de aquellas semanas. Tenía la sensación de haber estado acompañado a ratos y haber escuchado voces, pero nada más. Su recuperación fue lenta. Dormía mucho y apenas podía retener comida en el estómago, pero poco a poco comenzó a sanar. Había perdido mucho peso y con él, su fortaleza. Tanto era así, que tareas tan simples como afeitarse o lavarse le parecían tremendamente agotadoras y tuvo que dejarlas en manos de

su hermano y de la señora Köhler, que se ocupó de él como si fuera una mamá gallina y él uno más de sus polluelos. Bendita mujer.

Los Köhler habían llegado hacía unos meses desde Alemania, buscando una vida mejor. Invirtieron sus ahorros en una barbería en Socorro. Tanto el padre como sus hijos iban a ejercer como barberos, dentistas y, si hacía falta, como médicos y veterinarios. El destino quiso que cuando se hallaban de camino a la ciudad donde pensaban establecerse se encontraran con Gabriel y Rico. No solo les ofrecieron un techo y comida mientras lo necesitaron; cuando partieron, se negaron a recibir ni un solo dólar ni otra compensación por las molestias ocasionadas, a pesar de que habían sido tres largos meses los que estuvieron con ellos.

Sí, la suerte había estado de parte de los Salas al conocerlos.

Estaba tan embebido en sus pensamientos, que cuando Rico se sentó a su lado en el suelo, se sobresaltó. Dio un respingo lo que le provocó un pinchazo en la sien.

—Tienes mala cara. ¿Te duele la cabeza?

Asintió.

—Bebe agua y refréscate. —Le tendió la cantimplora de cuero—. Hemos apretado demasiado. No deberíamos ir tan deprisa.

—Quiero llegar cuanto antes —dijo después de echar un largo trago y limpiarse la barbilla con la manga de la chaqueta.

—Sí, sí, ya sé que quieres ver a tu hija y a tu mujer, pero no se van a esfumar —dijo Rico con impaciencia—. Estarán ahí cuando llegues, ya sea hoy o mañana.

—Si es ahorita, mucho mejor.

—¡Qué terco eres! —resopló.

Gabriel no replicó. Desde que abrió los ojos en casa de los Köhler quiso emprender el viaje de vuelta a Catclaw Springs. Se esforzó por acelerar su recuperación para poder partir lo antes posible, sin embargo, todavía hubo de aguardar un mes. Un mes que se le había hecho eterno. No podría haber esperado ni un día más.

—Te dije que todavía no estabas bien para hacer un viaje tan largo. Mírate, pareces un cadáver. Ni color tienes en la cara. ¿Por qué no nos quedamos aquí unas horas?

—Quédate tú. Y nos vemos en casa de la tía Elena —repuso con testarudez.

—¡Me lleva la chingada! —masculló Rico enfadado, pero no dijo nada más. Se echó el sombrero hacia delante y se tapó la cara con él mientras apoyaba la espalda en la roca.

Gabriel dejó escapar un suspiro. Estaba tan débil como un gatito recién nacido. No había recuperado el peso que perdió. Los dos agujeros que había tenido que hacerse en el cinturón eran prueba de ello. Y tantas horas a caballo no estaban siendo muy beneficiosas para su estado de salud. Al menos no hacía calor. La temperatura de diciembre era mucho mejor para cruzar el desierto de Chihuahua que la de julio. Sí, las noches eran frías, pero nada que una buena chaqueta de cuero y unas mantas no arreglasen.

Fijó la vista sobre los regueros de agua que se deslizaban desde las rocas a la tierra, embarrando el suelo a la entrada de la cueva. Llovía más fuerte que antes. Aquellas gotas sobre la piedra creaban un peculiar eco que llenaba la cavidad de un sonido repetitivo que se mezclaba de tanto en tanto con el piafar de los caballos, que se mantenían muy cerca uno del otro, como si buscaran darse calor mutuamente. Sus ojos oscuros exploraron la figura de Manchado, de nuevo. Y volvió a sentir aquel espasmo doloroso que casi le partió el corazón por la mitad y le hizo perder la cordura en Fillmore Canyon, cuando le vio caer al suelo. No sabía qué habría hecho sin él. Cerró los ojos para huir de ese ingrato recuerdo, y la imagen que acudió a él fue otra.

Rose.

Su Rosa.

Su mujer.

¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Estaría pensando en él? ¿Le echaría de menos?

La extrañaba tanto que solo pensar en ella era un tormento. El anhelo de abrazarla era tan grande que se transformaba en dolor físico. ¡Dios! ¿Cómo era posible sentir tanto por una persona? Jamás había pasado por algo así. Ni siquiera cuando estuvo en la guerra echó tanto de menos a Teresa. Aunque las circunstancias de su matrimonio habían sido bien diferentes.

Las ganas de volver junto a Rose le provocaban un extraño hormigueo en los dedos y se expandían por todo su cuerpo, creándole una ansiedad constante

que iba creciendo y adquiriendo proporciones enormes según se acercaban más y más a su destino.

Recordaba la última vez que estuvieron juntos y aquella fría despedida con desagrado. Se había arrepentido mil veces de dejarla sola y haberse ido a Las Cruces. De alguna manera, y si bien habían cumplido la promesa que se hicieron, la venganza no les había traído la satisfacción esperada. Al menos a él no. Rico era harina de otro costal. Sus ojos se oscurecían cada vez que salía el tema y una sonrisa algo cruel se pintaba en su boca. Gabriel tenía otros sentimientos. Los asesinos de su familia habían pagado por sus crímenes con la muerte, pero ¿y qué? Eso no había traído de vuelta ni a su madre ni a su hermano ni a Teresa. El resarcimiento fue algo vacío y poco grato que solo le dejó un amargo sabor de boca. Y lo que ocurrió después, le llevó a plantearse las cosas de otra manera. La línea entre la vida y la muerte era demasiado delgada y uno podía traspasarla en cualquier momento ayudado por una bala.

Él no quería morir.

No *podía* morir.

Tenía mucho que proteger.

Había dos personas en su vida por las que tenía que seguir viviendo.

Su hija de cabello oscuro y sonrisa risueña. De hoyuelos en las mejillas y besos húmedos llenos de cariño inocente. De abrazos tiernos, aroma infantil y amor incondicional. María...

Y su esposa. Con su esbelta figura y sus suaves curvas. Con su espeso cabello rubio que olía tan bien, sus ojos enormes de color azul oscuro, tan limpios y ávidos de afecto... y esa boca de generosos labios que siempre le cedía para que él pudiera besarla sin restricciones. Su Rose, tan vulnerable y tan fuerte al mismo tiempo, capaz de enfrentarse a cualquier cosa con la espalda erguida y una mueca indolente en el rostro mientras por dentro sufría y se desgarraba. Rose, la mujer que había conseguido robarle el corazón, el aliento y hasta el alma...

Recordaba haber pensado que no tenían ningún futuro, que lo suyo era algo imposible... ¡Qué imbécil había sido! Por supuesto que Rose y él tenían un futuro. Le pesase a quien le pesase iba a estar con ella para siempre. No había muchas cosas en el mundo de las que pudiera estar seguro, pero esa era una de

ellas. Rose y él estaban destinados a estar juntos. En el caso de que la fortuna no tuviera esos planes para ellos, él cambiaría los destinos de ambos.

¡Cómo ansiaba poder tenerla de nuevo entre sus brazos y devorarla a besos!

—La Virgencita nos vino a ver con los Köhler —murmuró Rico a su lado.

Era una de las frases que más repetían tanto el uno como el otro en las últimas semanas. Ambos sabían que sin la ayuda de aquella familia todo habría acabado de una manera muy diferente.

—Cuando lleguemos hay que mandarles algo de lana, sin remitente para que no puedan rechazarla.

—Bueno —se rio Rico—. Eso será si encontramos algo.

Gabriel suspiró. Era consciente de que no disponían de mucho dinero. Y sus opciones para poder conseguirlo eran bastante limitadas. Él no estaba en condiciones de ponerse a trabajar. Tardaría, al menos, dos o tres meses más en estar recuperado del todo y volver a ser el antiguo Bronco Salas. Y tampoco estaba seguro de ello al cien por cien. La pierna le seguía dando problemas. Todavía cojeaba. Esperaba que no se convirtiera en una lesión permanente.

—Algo se nos ocurrirá. —Miró a su hermano de reojo.

Rico seguía con el sombrero echado hacia delante, tapándose la cara. Solo su mentón cubierto por una barba incipiente era visible. No aparentaba de ninguna manera diecinueve años. Ni su aspecto ni sus formas eran las de un adolescente. Era todo un hombre. Más que eso. La vida que había llevado los últimos dos años le había endurecido y curtido convirtiéndole en alguien implacable y peligroso. Lo había demostrado con creces en San Javier de los Llanos haciendo gala de su falta de piedad. El nuevo Rico carecía de escrúpulos. En nada se parecía al Rico alegre, algo ingenuo y risueño de antaño. Si bien no había perdido su sentido del humor, ahora un aura de hostil madurez le envolvía. Gabriel sabía que solo habían podido sobrevivir gracias a él.

También en ese viaje de regreso a Catclaw Springs estaba demostrando su valía. Cada vez que paraban a descansar cuando se ponía el sol, mientras que Gabriel poco podía ayudar, era él el que se encargaba de recoger leña, atender a los caballos y preparar la comida. Sus papeles se habían invertido. Siempre

fue Gabriel el que se ocupó de él y le protegió. Ahora era su hermano pequeño el que cuidaba de él como si fuera un niño.

Volvía a dolerle la cabeza, así que bajó los párpados tratando de, al menos, descansar la vista. El sonido de la lluvia que seguía cayendo inclemente le resultó monótono y relajante.

Debió de quedarse dormido, porque lo siguiente que supo fue que su hermano le sacudía ligeramente del brazo. Abrió los ojos de golpe y los clavó en el exterior. Ya no llovía.

—¿Por qué no me despertaste antes? —reclamó, incorporándose con dificultad. ¡Jodida pierna!

—Porque necesitabas descansar. Ahorita tienes mejor aspecto —respondió Rico con una sonrisa triunfal al tiempo que se sacudía la ropa—. Solo ha pasado una hora, no te preocupes. Antes del almuerzo habremos llegado al pueblo y podrás abrazar a tu güerita y a mi sobrina. ¡Qué ganas tengo de comer un plato de estofado de la tía Elena! Este pinche viaje se me está haciendo eterno.

Gabriel le dio la razón internamente. Se acercó a Manchado cojeando y le palmeó el cuello con suavidad. Allí tenía la otra marca que había dejado la bala que le rozó. No era grande y el pelaje la disimulaba casi por completo. Apoyó la mejilla sobre su carrillo al tiempo que le acariciaba la testuz. Su cálida y vibrante piel le resultó reconfortante. Luego se anudó el pañuelo sobre la frente, se puso el sombrero y agarró las riendas para conducir al animal fuera de la cueva.

—Espera —exclamó Rico en un susurro, agarrándole del brazo—. ¿No oyes eso?

Agudizó el oído. Sí, el sonido de los cascos de algunos caballos amortiguado por la tierra empapada llegó hasta él.

—Quédate aquí. Asegúrate de que Manchado y Negrito no hagan ruido. —Dicho esto, Rico desenfundó su revólver y abandonó la cueva andando con sigilo.

Gabriel acarició la cara de ambos animales a un tiempo de manera tranquilizadora. Tenía los hombros rígidos, pero no dejó que ellos percibieran su tensión. Negrito sacudió la cabeza al notar la presencia de otros caballos

cerca de allí. Manchado enderezó las orejas, vigilante. Transcurrieron unos cuantos segundos hasta que Rico volvió a aparecer.

—Son comanches. Y no vienen en son de paz. —Sonaba preocupado—. Un grupo de ocho. Van en dirección opuesta a la nuestra. Será mejor que esperemos a que se alejen.

Gabriel asintió con gravedad. Con su Colt Army en la mano, se echó hacia atrás, obligando a Manchado a seguirle.

Había tenido diversos enfrentamientos con los indios a lo largo de su vida, pero hasta el momento la suerte le había sonreído y, exceptuando un par de encontronazos acerbos, siempre había podido saldarlos con negociaciones. Ese no parecía ser el caso. Aferró la pistola con fuerza y respiró hondo, manteniéndose alerta ante cualquier sonido.

En realidad, si los comanches estaban en pie de guerra y los atrapaban, lo mejor que podía sucederles era que muriesen rápido. Los métodos de tortura que empleaban con sus prisioneros eran legendarios por su crueldad y violencia. No solo les arrancaban la cabellera, también solían quemarlos vivos. Costumbres todas ellas aprendidas del hombre blanco. Era un ojo por ojo bastante acertado, pensó Gabriel no sin cierto sarcasmo.

El ruido de los cascos se acercó peligrosamente hasta donde ellos se ocultaban. En silencio y casi sin respirar, rezó con vehemencia. Un pensamiento oscuro y desagradable acudió a su mente mientras lo hacía. Había sobrevivido a las balas, a las infecciones y a ese jodido viaje infernal y estaba a punto de volver a casa para comenzar una nueva vida con su familia. Sería irónico que, a tan solo unas cuantas millas de su destino, encontrara la muerte a manos de un indio renegado.

Aguardaron durante lo que parecieron horas aunque probablemente no fueran más que minutos, hasta que los caballos cada vez se escucharon más y más lejos y terminaron por desaparecer.

—Parece que se han ido —susurró Rico—. Marchémonos antes de que les dé por regresar.

Eso hicieron. Abandonaron la cueva y se encaramaron a sus monturas. Atentos a cualquier imprevisto y con las manos sobre las culatas de sus revólveres, se alejaron de la formación rocosa y alcanzaron campo abierto. El paisaje de invierno era completamente opuesto al de verano. La última vez que

Gabriel pasó por allí, a finales de julio, el suelo estaba seco y las tonalidades amarillas y ocres predominaban sobre todas las demás. Ahora, los colores eran más variados y abundaba el verde de los matorrales y los arbustos espinosos. También soplaban una fría brisa que traía el agradable olor a tierra mojada.

—Habría sido casi cómico que, después de sobrevivir a un tiro en la cabeza, hubieras perdido la vida tan cerca de casa, ¿no crees?

Llevaban una media hora de marcha cuando Rico expresó exactamente lo que Gabriel había pensado en la cueva. Asintió, sin despegar los labios. No tenía ganas de conversación. Solo deseaba llegar cuanto antes a su destino. Su hermano, por el contrario, parecía más que locuaz ya que al cabo de un rato volvió a sacar otro tema.

—¿De verdad piensas darle ese anillo a Rose?

Gabriel suspiró con fatiga. Imposible tener algo de paz, al parecer.

—Sí, pienso dárselo —contestó con sequedad.

—Está bien que no tengas mucha lana, carnal, pero un anillo de madera... Mi pobre cuñada casada con un pobretón —resopló con sorna.

Hizo caso omiso a las palabras de su hermano, pero inconscientemente se llevó la mano izquierda al bolsillo y palpó el pequeño bulto que llevaba en él. Sí, era un anillo de madera. Anillo que había tallado él mismo mientras se encontraba convaleciente en casa de los Köhler. Con toda la paciencia y el cuidado del mundo había conseguido, incluso, grabar con un punzón una diminuta rosa en él. Cosa nada fácil con sus grandes manos. No era perfecto, pero estaba muy satisfecho con el resultado. Su boda fue tan precipitada que ni siquiera tuvieron flores ni festejos. Ella se merecía, al menos, un anillo. Estaba seguro de que le gustaría. Rose no era una mujer codiciosa ni materialista que ansiase joyas caras.

¿Acaso no lo había demostrado eligiéndole a él por encima de Henry?

Así era su Rosa.

Su hermano no tenía ni idea.

Dejaron atrás milla tras milla de terreno, cabalgando en silencio, solo interrumpido por el rugido de un puma a lo lejos y el grito de alguna que otra ave rapaz en el cielo.

A medida que se iban acercando al pueblo, el corazón de Gabriel se aceleraba. Las ansias de poder abrazar a su pequeña y a su mujer tomaron posesión de su cuerpo. Incluso el dolor sordo de su pierna desapareció. Su caballo se dio cuenta de lo agitado que estaba y relinchó con energía.

—Tú también quieres llegar a casa, ¿verdad? —Enterró la mano en sus crines y le rascó la piel con fuerza—. Ahorita estamos allí.

Cuando los contornos de los edificios de Catclaw Springs aparecieron frente a ellos, no pudo contenerse más. Golpeó los flancos de Manchado con los tacones de sus botas y le instó a ir más deprisa, poniéndolo a un suave galope. La risa de Rico, a su espalda, le siguió.

Una enorme carreta que transportaba tablones de madera había volcado a la entrada del pueblo en medio de la calzada, impidiendo el paso tanto de vehículos como de caballos. Un grupo de hombres se esforzaba en intentar levantarla. Viendo la imposibilidad de seguir avanzando por la calle principal, se internaron en el callejón que daba a la parte de atrás del edificio donde su tía tenía su negocio, ignorando las miradas de sorpresa y alguna que otra exclamación de asombro de varios vecinos con los que se cruzaron.

Detuvieron sus monturas frente al patio trasero. Gabriel fue el primero en descender de la suya. Acababa de atar las riendas de Manchado a la valla, cuando la puerta de acceso a la cocina se abrió y Nita apareció en el hueco, cargando un cubo metálico.

Su reacción al verlos fue totalmente inesperada. Dejó caer el cubo que rodó por el suelo y se quedó muy quieta, con los ojos desorbitados y la boca abierta. Comenzó a negar con la cabeza una y otra vez, cada vez con mayor velocidad. Terminó por llevarse las manos al cuello y emitió algo semejante a un hipo.

—¿Qué pasó, Nita? —preguntó Rico con una enorme sonrisa—. Ni que hubieras visto un fantasma.

De un ágil brinco saltó la valla y se dirigió hacia su prima que seguía sin reaccionar.

Gabriel abrió la puertecilla de madera y accedió al patio con más serenidad. La actitud de Nita le había dejado perplejo.

En ese instante, la puerta de la cocina volvió a abrirse y una pequeña figura con un grueso vestido verde y botas negras hizo su aparición.

—¡Papá! ¡Papá!

El corazón de Gabriel se expandió en su pecho.

María.

Casi no tuvo tiempo de arrodillarse para recibir a la niña que se lanzó a sus brazos como un torbellino. ¡Cómo había crecido! No pudo ni mirarla porque ella le abrazó y comenzó a depositar besos en sus ásperas mejillas mientras sus manitas le agarraban el cuello.

¡Dios! ¡Cuánto la había echado de menos! La estrechó con fuerza y cerró los ojos, deleitándose en ese olor infantil tan característico en ella y su cuerpecito cálido y rollizo tan inquieto como siempre. «Como una culebrilla», pensó con afecto.

—¡Estás aquí! Te tardaste tanto... Mamá dijo que estarías en un viaje en el cielo. ¿Me trajiste un regalito? —se atropelló con las palabras. Se apartó unas pulgadas para mirarle a los ojos y le sonrió.

—Te prometo que ya no me volveré a ir nunca más, mi niña...

Un llanto agudo y profundo desvió su atención. Miró a su hermano, confundido. Rico abrazaba a Nita, que era la que lloraba desconsoladamente. Le interrogó con los ojos, pero este se encogió de hombros.

—Pensá... pensábamos que... habían muerto —balbuceó Nita al fin, alzando la cara y enjugándose las lágrimas a duras penas con la manga de su chaqueta.

—¿Muerto? —Rico arrugó la frente.

—Re... recibimos un paquete de... Las Cruces y una carta de la señora Mary Read. De... decía que habían... que habían... —se interrumpió y volvió a estallar en llanto.

Rico le acarició la espalda con delicadeza.

—¿A poco no recibieron la carta que envié?

La joven negó, hipando muy fuerte.

—¡Ay, carajo! —farfulló—. Cálmate y míranos. Estamos aquí. No nos pasó nada.

Gabriel, que había permanecido mudo mirando a su prima con los ojos entrecerrados, fue consciente de la frase que había dicho su hija instantes antes.

Mamá dijo que estarías en un viaje en el cielo.

Se incorporó con la niña en brazos, meneando la cabeza con incredulidad. Así que su familia los había dado por muertos. Habían pensado que no iban a volver.

—¿Dónde está mi mujer? —le preguntó a Nita.

La pregunta debió de tocar una nueva fibra sensible en ella porque, de repente, se puso tan pálida como la nieve. Dio un par de pasos hacia atrás y estuvo a punto de caer al suelo. De su boca surgió un jadeo ahogado.

—¡Ay, Virgencita! —musitó.

¿Ay, Virgencita? ¿Qué quería decir con eso? Gabriel tuvo un mal presentimiento.

—¿Dónde está Rosa? —inquirió, esta vez con voz amenazadora.

—Está... está en *Las Claritas*. Se está casando con Henry Younger.

Capítulo 50

Se está casando con Henry Younger.

La frase seguía resonando en su cabeza una y otra vez. Lo había hecho durante todo el camino al mismo compás que los cascos de su caballo golpeaban el suelo de tierra. Nunca antes había tardado tan poco en recorrer la distancia que separaba el pueblo del rancho de Patterson. Gracias a Dios, habían hecho esa última parada en la cueva por lo que Manchado estaba fresco y dio lo mejor de sí, adaptándose al frenético galope que su amo le exigió.

Se está casando con Henry Younger.

En cuanto Nita pronunció aquellas palabras, el enojo y la rabia nublaron su mente. Entre lloriqueos, la jovencita logró explicarles la precaria situación que atravesaban y que Rose había tomado esa decisión para ayudarlas. Gabriel no siguió escuchando. Antes de que ella hubiese acabado de hablar, ya había depositado a su hija en el suelo y había montado su caballo con determinación. Ignorando los gritos de Rico, que le pedía que esperara, se puso en camino hacia *Las Claritas* con el corazón repiqueteando en su pecho.

Inclinado sobre el cuello de Manchado y con las rodillas pegadas a sus costados, se convirtió en uno con él y dejó que volara sobre el terreno, rezando para llegar a tiempo al rancho e impedir aquella disparatada boda.

De nuevo, Rose sacrificaba su propia felicidad y su vida en beneficio de otros, en este caso de la familia de Gabriel. Siempre pensando en los demás y nunca en ella misma. El enfado le hizo apretar la mandíbula. ¡Diablos! Si tan desesperadas estaban, ¿por qué no habían vendido el rancho de los Salas? ¿Acaso no le dijo que lo hiciera si él no regresaba? Pero casarse con Henry... Eso era lo último. ¿Cómo podía? ¿Casarse con otro hombre? Su bramido colérico se lo llevó el viento frío que le cortaba la cara mientras seguía galopando, dejando atrás matorrales y arbustos. Sabía que estaba siendo algo injusto, que las cosas tenían que haber sido realmente difíciles para que ella hubiera decidido algo semejante. No quería ni imaginar la angustia por la que

debía de haber pasado después de enterarse de su muerte. Pero ¿por qué tanta prisa? ¿Por qué? No lo entendía. Alguna pieza no terminaba de encajar en aquel rompecabezas.

Le fallaban las fuerzas y se sentía mareado, de nuevo aquellos pinchazos en la cabeza y las molestias en la pierna se manifestaron inclementes, recordándole sin piedad que seguía sin recuperarse del todo, que todavía no era el Gabriel de antes, solo una pálida sombra de lo que fue.

Su resolución se hizo aún mayor.

Minutos después, cuando alcanzó el rancho, le sorprendió no encontrarse con ningún vaquero. Normalmente, siempre había alguien por allí. Detuvo el caballo a poca distancia de la puerta principal. Tampoco vio a nadie en los establos. Un único caballo ruano pastaba junto al cercado. Era extraño ya que era un día de faena. Quizá Patterson les había dado el día libre a sus empleados porque su hija mayor se casaba.

Una mueca contrariada se dibujó en su rostro.

Todavía no se había bajado de Manchado, cuando la puerta de la gran casa se abrió. Patterson fue el primero en mostrarse en el umbral. Llevaba un elegante traje color chocolate y fumaba uno de sus puros. Sonreía de oreja a oreja, feliz. Detrás de él, apareció una mujer alta y delgada con el pelo castaño arreglado en un cuidado moño, vestida de verde con una capa de piel. Ambos salieron al porche y se dieron la vuelta para hablar con un tercero que accedía al exterior en ese instante. Con su sobrio traje negro y su serena expresión era inconfundible. El pastor Tattle.

Gabriel, que observaba la escena con los ojos entornados, sintió cómo se le revolvía el estómago al comprender lo que significaba aquello.

Había llegado tarde.

Tras Tattle salió una cariacontecida Angie. Miraba al suelo y tenía los hombros caídos hacia delante. No parecía muy feliz. Se alejó de los demás y les dio la espalda.

Y por fin, las dos personas que había estado esperando hicieron su aparición.

Henry, distinguido y pulcro, con el pelo castaño peinado hacia atrás con aceite de Macasar²⁹ y una sonrisa fatua en la boca. Sonrisa que Gabriel deseó

borrarle de un puñetazo cuando vio cómo sujetaba el brazo de la mujer que estaba a su lado.

De su mujer.

Sus ávidos ojos la estudiaron de arriba abajo. Lucía un vestido azul y una capa corta de lana oscura y llevaba el pelo rubio recogido austeramente. El peinado le recordó al que ella siempre lucía al principio, cuando llegó al rancho por primera vez. Su cara era una máscara de indiferencia, pálida y seria. Sus ojos apagados tampoco mostraban ninguna emoción. Parecía una muñeca sin alma. Y aun así, con ese aspecto cansado, infeliz y vacío, para Gabriel seguía siendo la mujer más hermosa del mundo. Se le contrajo el pecho mientras se bebía su imagen que tanto había añorado. Ella asentía, fingiendo interés a algo que Henry acababa de decirle. Su forma de inclinar la cabeza mientras mantenía la espalda rígida con ese toque de pretendida arrogancia era tan suya que le invadió una oleada de ternura.

Henry le tomó la mano y depositó un beso sobre sus enguantados nudillos. Gabriel tensó los brazos, acortando las riendas y haciendo que su caballo se agitara, nervioso. Un rugido sordo le brotó de la garganta.

—Tranquilo. —Una voz a su lado le hizo voltearse. Rico acababa de detener su montura junto a la suya. Sabía que le había seguido desde el pueblo, solo que no esperaba que le alcanzara tan pronto.

—Lo estoy —masculló entre dientes, desmintiendo con su tono agresivo semejante afirmación.

El grupo que se había reunido en el porche todavía no los había visto. Estaban demasiado ocupados hablando entre ellos, aparentemente, despidiéndose del pastor Tattle, que estrechaba las manos de los hombres con afabilidad.

Gabriel decidió no esperar más y se puso en movimiento, acercando su caballo a la escena, mientras observaba a todos a través de sus tupidas pestañas, especialmente a ella, que continuaba tensa como una tabla. Descendió de Manchado y una maldición ahogada estuvo a punto de escapar de su boca al sentir cómo un calambre le recorría la pierna. ¡Maldición! Todo su cuerpo se estremeció de debilidad y se cubrió de un sudor frío. Echó mano a su frente para buscar su pañuelo, pero tanto este como su sombrero no estaban allí; debía de haberlos perdido durante la febril galopada. Se sujetó a

la silla de montar y cogió aire profundamente para volver a expulsarlo con lentitud. Tenía náuseas y la cabeza también le dolía horrores. Trató de mantener su malestar bajo control. Aquel no era el momento de mostrarse débil. Había venido a reclamar lo que era suyo.

De reojo, observó que el majadero de Henry se inclinaba y le decía algo al oído a *su* mujer. Luego le pasó el brazo por el talle con posesividad.

Un velo de cólera nubló la vista de Gabriel al ver aquello. Toda la languidez que sentía desapareció como por encanto, sustituida por una furia visceral y aguda. Dio unos pasos adelante y su voz, baja y amenazadora, seca como un disparo, interrumpió la suave charla que tenía lugar a poca distancia.

—¿Qué tal si le quitas las manos de encima a mi mujer?

Capítulo 51

—¿Qué tal si le quitas las manos de encima a mi mujer?

Rose, sobresaltada, buscó al propietario de la voz que acababa de decir eso. Su pobre y maltrecho corazón hizo una pirueta. Debían de ser imaginaciones suyas porque sonaba como la de Gabriel. El mismo tono abrupto, esa entonación cadenciosa y ese casi imperceptible acento mexicano.

Pero no podía ser, por supuesto que no.

Sus ojos se toparon con la alta figura que se mantenía en pie al lado de un caballo moteado. Un caballo que hubiera reconocido en cualquier parte.

Se le nubló la vista. Le cedieron las piernas y estuvo a punto de caer al suelo, pero alguien la sujetó. La respiración quedó retenida dentro de sus pulmones. A lo lejos pudo escuchar unos gritos de sorpresa y exclamaciones. De su boca no salió nada más que un estertor ahogado. Se llevó las manos al pecho que se sentía oprimido y pesado y negó con la cabeza.

No podía ser él.

Gabriel había muerto.

Cerró los ojos y se mordió la cara interna de la mejilla, tratando de recuperar la cordura. Todo aquello era un espejismo, un producto de su imaginación, se dijo.

—He dicho que dejes de tocar a mi mujer —repitió esa voz, enfadada y chirriante.

¡Era su voz!

Rose estaba segura de que cuando volviera a mirarle, descubriría que era otro vaquero, y el animal tampoco se asemejaría a Manchado. A veces, la mente jugaba malas pasadas. Elevó los párpados muy despacio.

El hombre y el caballo seguían allí.

Eran Gabriel y Manchado.

Se tapó la boca con las manos, conteniendo un sollozo. Luego echó a andar hacia ellos. Alguien trató de detenerla, sujetándola del brazo, pero se desasió

con violencia. Otra persona gritó su nombre, pero lo ignoró.

Solo tenía ojos para *él*.

Bajó los escalones de madera a trompicones, sujetándose la falda del vestido. Sus pies adquirieron velocidad según avanzaba, a pesar de que el simple hecho de respirar le resultaba agónico. El corazón le latía potente y salvaje, dispuesto a estallarle de un momento a otro.

Se detuvo a unos pasos de él, incapaz de seguir adelante, dejando que su imagen se grabara en sus retinas.

Había perdido mucho peso. La ropa le quedaba grande, tanto la chaqueta marrón de cuero que ella tantas veces le había visto usar, como los pantalones. Y, aunque hubiera reconocido su amado rostro en cualquier parte, presentaba un aspecto muy desmejorado. El color moreno de su tez había desaparecido dando paso a uno macilento y apagado. Sus mejillas estaban hundidas y la piel sobre los pómulos, tirante, muestra irrefutable de su delgadez. Tenía los labios cuarteados y enormes ojeras bajo los ojos. Una fina película de sudor cubría su cara. La ávida mirada de Rose se posó sobre su sien derecha. Su pelo rasurado dejaba al descubierto una fea cicatriz de bordes irregulares y grandes dimensiones. Reprimió un quejido horrorizado.

¡Dios mío! ¿Qué le había pasado? ¿Qué le habían hecho? Solo de pensar en lo que tenía que haber sufrido le desgarraba el alma.

Las masculinas facciones se suavizaron al contemplarla. Todos sus músculos que parecían estar en tensión se relajaron al tenerla cerca. Nada más dijo una palabra, en español, dejando rodar la erre de aquella manera tan suya, provocándole un estremecimiento.

—Rosa...

Y le tendió la mano. Esa mano tan grande y fuerte. Esa mano morena y áspera en la que la suya, más pequeña y frágil, siempre se perdía. Esa mano que Rose tanto había echado de menos... Temblando de los pies a la cabeza, se aferró a ella, agarrando sus largos dedos con firmeza. Su calor y su energía traspasaron no solo el fino encaje de su guante, también su piel y su carne, calándola hasta los huesos. No pudo contenerse más. Rompió a llorar.

Entonces Gabriel tiró de ella y la envolvió en un abrazo cálido y seguro. La apretó contra su torso con un movimiento impetuoso. Y, a pesar de que su fornido cuerpo no era el mismo y presentaba una fragilidad que anteriormente

no había estado allí, Rose se sintió como si hubiera llegado a casa. Se cobijó en él y enterró la cara en su cuello, aspirando con fruición. Por fin, después de más de cuatro meses, podía volver a respirar. Lo hizo tomando bocanadas de aire entrecortadas.

—No quiero verte llorar. Estoy bien —dijo él.

—Creí que habías muerto —balbuceó ella entre sollozos—. No me sueltes, por favor, no me sueltes.

—No pensaba hacerlo —suspiró él, abrazándola con más fuerza y ella pudo sentir sus labios besándole el pelo con desesperación.

—Gabriel, Gabriel... —repitió, desbordada por los sentimientos, ahondando con los dedos el tejido de su chaqueta sin medida, temerosa de que si los aflojaba él volvería a desaparecer.

—Estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte —le susurró.

Una vendaval de gritos encolerizados e histéricos se había desatado a su alrededor. La fría voz de Rico se elevó por encima de las demás. Pero ellos, ajenos al caos, seguían uno junto al otro. Inmunes. Nada podía tocarlos.

—Ha sido horrible sin ti. Creí que no iba a conseguirlo... —Rose puso la palma de su mano sobre la sudorosa mejilla de él y la acarició con suavidad. Le ardía la piel—. ¿Qué te ha pasado?

—Es largo de contar —repuso él—. Más tarde. Ahora déjame mirarte. Te he extrañado tanto... —Se apartó unas pulgadas y sus ojos refulgieron de emoción al escrutar su rostro—. ¡Qué preciosa eres! ¡Cómo es posible que cada día que pase seas más hermosa?

Ella sonrió entre lágrimas al escucharle decir aquello. Le miró con adoración. Tenía tantas preguntas que hacerle y tantas cosas que contarle, pero parecía tan exhausto...

Él aflojó su abrazo y le enmarcó la cara con las manos. Suavemente, le limpió la humedad de los pómulos con los pulgares.

—No sabes lo mucho que he echado de menos que me mires así, mi güera —musitó—. No tienes ni idea la de veces que me he imaginado que volvía a abrazarte y a besarte.

Lentamente, mientras hablaba, fue acercando su boca a la de ella. Y la besó.

A Rose no le importó gran cosa que el beso no fuese ni tierno ni dulce. Fue rudo, algo brutal incluso, cargado de desesperado anhelo. Su boca abandonó sus labios y continuó deambulando por sus mejillas, su nariz, su frente... Depositó besos sobre sus párpados, sobre sus labios de nuevo, sobre su mentón y se apartó para volver a mirarla mientras respiraba con dificultad.

—¡Dios! Cómo te he añorado —gimió.

Y siguió besándola. Con frenesí.

Y mientras lo hacía, sus poderosas manos le rodearon el talle y la apretaron contra su cuerpo como si deseara convertirse en uno con ella, traspasarla. Pero entonces, de improviso, se retiró precipitadamente con una expresión estupefacta en el semblante y los ojos muy abiertos donde se reflejaba la más genuina de las sorpresas. Contemplaba su abultado vientre. Parpadeó un par de veces y abrió la boca como si fuera a decir algo, pero nada salió de ella. Tragó saliva y su nuez subió y bajó de manera notoria. Sus oscuros iris se fundieron con los de Rose, que permanecía expectante, conteniendo el aliento.

—¿Estás...? ¿Este es...? —Hizo una pausa y volvió a bajar la vista hacia su abdomen. Después la miró de nuevo. La estupefacción había dado paso a la más pura satisfacción—. Nuestro hijo.

No fue una pregunta. Fue una afirmación pronunciada con deleite.

Ella solo pudo asentir.

—Nuestro hijo —repitió maravillado. Sus labios se curvaron en una sonrisa cargada de felicidad.

Rose no pudo reaccionar de ninguna manera, ya que en ese instante alguien la agarró del brazo y tiró de ella con violencia inusitada, apartándola de Gabriel. Se revolvió indignada y su mirada chocó con una de brillantes ojos verdes llenos de cólera.

* * *

Gabriel gruñó como un salvaje al ver cómo Younger arrastraba a Rose lejos de él sin delicadeza alguna. La euforia que había sentido al enterarse de su embarazo fue rápidamente sustituida por la ira. Dio un paso al frente, dispuesto a volverla a traer a su lado, pero la cara de Rose y su gesto

protector cubriéndose el vientre con una mano mientras el imbécil de Henry la zarandeaba, le detuvieron en seco.

Rico se acercó con una mueca de disculpa en la cara. Mientras Rose y él habían estado en íntima conversación, su hermano había intentado detener a Henry y al mismo Patterson, que gesticulaba exaltado al lado del pastor Tattle.

—Suéltala ahora mismo —masculló Gabriel. De pronto, el miedo de que ella pudiera salir dañada de aquella situación le atenazó la garganta.

—¿No te das cuenta de que has llegado tarde, apestoso mexicano? —ladró Henry con una sonrisa algo petulante. Su cabello, antes perfectamente colocado, le caía sobre la frente y su mejilla izquierda estaba enrojecida como si hubiera recibido algún golpe en ella. De Rico, seguramente.

—He dicho que la sueltes —repitió entre dientes.

La propia Rose intentaba desasirse con decisión, pero Henry la tenía firmemente sujeta. Le había pasado un brazo por encima de los hombros y con el otro, la sostenía por la cintura con excesiva fuerza. Los ojos de Gabriel despidieron chispas al percatarse de ello.

—Ya es mi mujer, estúpido —le dijo Henry—. Has llegado demasiado tarde. Ya estamos casados. ¿No ves el anillo en su dedo?

—Tú eres el que ha llegado tarde, Younger —espetó con aparente tranquilidad, aunque por dentro le hervía la sangre—. Esta boda no es válida. Ella ya era mi esposa antes.

Henry negó con la cabeza.

—¿A quién pretendes engañar?

—Yo no engaño a nadie. Nos casamos hace meses en Piedras Negras. Fue una ceremonia católica, pero es igual de válida que cualquier otra. Hay un acta matrimonial firmada ante testigos —explicó a punto de perder la paciencia—. Pastor Tattle, confirmelo usted. Si ella ya estaba casada con anterioridad, esta boda solo puede ser considerada como nula —se dirigió al hombre vestido de negro que tenía cara de circunstancias y asentía lentamente. Junto a él, Patterson guardaba silencio. Rojo de pura indignación, no soltaba palabra. Probablemente, al contrario que su fallido yerno, él sí sabía que Gabriel decía la verdad.

—Eso no es cierto —dijo Henry, volviéndose a mirar a Rose. La duda resonaba en su voz. —¿No puede ser verdad!

—Sí lo es —repuso ella—. Gabriel y yo nos casamos hace meses. Es mi marido.

La desesperación pareció apoderarse de Henry. La sacudió con extrema belicosidad y la ira nubló su semblante. Gabriel rechinó los dientes. Tenía ganas de abalanzarse sobre ese cabrón y partirle su engreída cara a puñetazos. Solo le frenaba que Rose estaba demasiado cerca. No quería que se viera envuelta en ninguna pelea.

Pero lo que pasó a continuación le hizo mandar toda prudencia al carajo. Younger levantó el brazo y amenazó con golpearla. Quizá fuera solo un amago, quizá lo hubiese hecho de verdad. Gabriel no se detuvo a averiguarlo. De dos zancadas estaba junto a él. Le temblaban las piernas del agotamiento y el muslo derecho le ardía como si tuviera fuego dentro de él, pero la cólera le insuflaba arrestos suficientes. De un único y rápido movimiento cogió a Rose del brazo y la apartó de Henry que, sorprendido, la soltó. Luego, se aseguró de que ella se mantenía a su espalda y se encaró con él, empujándole con vigor y haciéndole retroceder.

—¿Ibas a golpear a mi mujer? —bramó.

Su oponente trató de alcanzarle con el puño.

Los reflejos de Gabriel no eran los mejores y, aunque solía ser bueno en los combates cuerpo a cuerpo, casi no pudo esquivar el golpe que le pasó rozando la mandíbula. Los pinchazos en su cabeza se multiplicaron, pero eso, en lugar de hacerle desistir, logró enfadarle todavía más.

—¿Ibas a golpearla? —gruñó.

Y soltó su puño que, a pesar de su debilidad, todavía tenía robustez de sobra para hacer daño. Dio de lleno sobre el lateral del cuello de Henry, que trastabilló hacia atrás. No obstante, se rehízo inmediatamente y se lanzó a por él. Esta vez sí consiguió propinarle un buen puñetazo en el pecho.

¡Dios Santo! No estaba preparado para aquello, pensó mientras trataba de recuperar el aliento, boqueando con dificultad. Todo su cuerpo se sentía como si fuera a desintegrarse de un momento a otro y no había una sola pulgada en él que no doliera como el infierno. ¡Maldición! No sabía si iba a poder aguantarlo. De soslayo, pudo divisar a Rose, que se refugiaba en brazos de su hermano Rico, y su expresión aterrada le llegó al alma.

«Claro que puedes soportarlo, pinche cabrón», se dijo con apremio. «Pon punto y final a esto cuanto antes y no dejes que ella te vea así».

En condiciones normales, Younger no era rival para él; Gabriel le sacaba una cabeza y al menos veinte libras de peso, pero las circunstancias ahora eran muy diferentes, jugaba con desventaja. Y Henry había notado que se enfrentaba a un contrincante inferior.

No pudo zafarse tampoco del siguiente golpe que le acertó en el hombro y le derribó aparatosamente. Sus huesos fueron a dar sobre la tierra mojada.

—¡Maldito malnacido! —Escuchó a su adversario en algún lugar a su derecha—. Lo has estropeado todo —exclamó, propinándole una patada en el costado que le hizo ver las estrellas.

Un acongojado grito femenino llegó hasta él.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas y mordiéndose los labios para contener un gruñido dolorido, rodó y consiguió ponerse de rodillas. Sentía el muslo como si alguien le hubiera clavado un puñal en él y los brazos le pesaban el doble de lo normal. El aturdimiento le envolvía y un conato de náuseas se manifestaba en su estómago. Era maravilloso, simplemente maravilloso, pensó con sarcasmo mientras se incorporaba con mucho esfuerzo. Su mirada borrosa se posó sobre el desgraciado que, aprovechando su vulnerabilidad, cargó de nuevo contra él.

Pero Gabriel ya había tenido suficiente.

Ignorando el dolor que amenazaba con hacerse dueño de su persona, embistió a Henry como un búfalo embravecido, deteniendo en seco su avance. Su peso le apresó contra una de las columnas del porche. Resollando, le sujetó por el cuello con una mano y, con la otra, desenfundó su Colt a toda velocidad y le apuntó a la cabeza. No tenía tiempo para tonterías. Vio el pavor en los verdes ojos y eso le hizo sentirse bien. Muy bien. Presionó el cañón del revolver contra su frente, dejando allí una marca. Sus caras estaban tan cerca la una de la otra, que pudo verse reflejado en las pupilas de su rival.

—Te dije que le quitaras las manos de encima a mi mujer, Younger. *Mi mujer* —pronunció cada palabra vocalizando exageradamente al tiempo que amartillaba la pistola—. No quiero que vuelvas a acercarte a ella en tu puta vida, ¿me oyes? Como te vea a menos de una milla de distancia, este mexicano

te va a abrir la sesera de un balazo, *gringo* —escupió las dos últimas sílabas con desprecio.

No pensaba dispararle y mucho menos así, a sangre fría. No era su estilo. Era un puñetero farol, pero eso Henry no lo sabía. Pudo oler el miedo que emanaba de él y, a pesar de estar exhausto y temer que las piernas le cedieran de un momento a otro, sonrió satisfecho.

—¿Te queda claro? ¿O quizá mi inglés no es lo suficientemente bueno?— Chasqueó la lengua—. Lástima, porque no pienso repetírtelo.

Esperó a que el otro asintiera. Lo hizo tras una breve pausa, con nerviosismo. Fue entonces cuando Gabriel aseguró el arma y se echó hacia atrás liberándole de su peso. Enfundó y se retiró, sin apartar los ojos de Henry que le lanzaba miradas cargadas de odio mientras se frotaba el cuello.

Sin vacilar, tratando de que su cojera no fuera demasiado obvia, se acercó al pastor Tattle que, junto a Patterson, había seguido la escena desde la escalera. Su suegro le observaba con manifiesta animadversión. Gabriel le ignoró. Sabía que nada de lo que pudiera hacer cambiaría jamás la opinión que el dueño de *Las Claritas* tenía de él. Sus prejuicios estaban demasiado arraigados.

—Pastor Tattle —le dijo al reverendo—, me temo que esta boda no es legal. Tengo un acta matrimonial que demuestra que Rose Randolph contrajo nupcias conmigo hace meses.

El interpelado asintió con gravedad. Estaba lívido. No debía de estar acostumbrado a tanta violencia. Era indudable que hubiera deseado encontrarse en cualquier otro lugar.

Gabriel sintió que alguien le cogía del brazo y se giró. Era Rose. Tenía la preocupación escrita en la cara. Le pasó un brazo por encima de los hombros y le dirigió una sonrisa tranquilizadora. Ella se pegó a él, aferrándose a su cintura.

Henry apareció en su campo de visión. Una fea mueca desfiguraba sus facciones y su tez había adquirido una tonalidad rojiza. Estaba rabioso.

—Tenemos que hablar —le dijo a Patterson entre dientes, echándose el pelo hacia atrás con un ademán exaltado.

Este, que había contemplado lo ocurrido muy silencioso, le hizo un gesto afirmativo antes de dar unos pasos al frente y encararse con Rose. Sus azules

ojos brillaban iracundos. Toda su postura y actitud eran las de un hombre a punto de estallar. Gabriel se adelantó, interponiéndose entre él y su hija. No podía olvidar aquella noche en la que se la encontró maltratada, con el cuerpo lleno de heridas.

—Mucho cuidado con lo que hace —le advirtió en voz baja no exenta de amenaza. Le importaba un bledo que fuera el padre de su mujer. A sus ojos solo era un cobarde.

Patterson no se dignó siquiera a mirarle, aunque su mandíbula se endureció y los extremos de su bigote temblaron de modo apreciable.

—Piénsate muy bien lo que haces, Rose. No hay marcha atrás.

—Sé lo que hago —replicó ella con firmeza.

—Todos esos acuerdos a los que llegamos quedan anulados desde ahora mismo. La cuenta en el banco para esas... esas... mujeres se cierra.

—No necesitamos su dinero —intervino Gabriel.

Patterson le miró con rencor antes de volverse hacia Rose.

—Y tú..., tú... has dejado de ser mi hija. Ya no perteneces a mi familia —sentenció con dureza.

—Padre, yo ya tengo una familia —dijo ella.

Su tono era sosegado, como si no hubiera nada en el mundo tan cierto como aquello. Se abrazó con fuerza a Gabriel, que sintió su corazón ligero como una pluma al escucharla hablar con esa seguridad. ¡Qué orgulloso estaba de ella!

—Te vas a arrepentir de esto —intervino Younger. Semejaba haber ganado algo del aplomo que había perdido antes.

Rose no replicó nada. Se soltó de Gabriel y se despojó del guante de la mano izquierda. Luego se quitó la alianza de oro que llevaba en el dedo anular y se la tendió. Henry la cogió con un movimiento brusco antes de dirigirse a Patterson. Le dijo algo y este asintió. Acto seguido, ambos subieron los escalones del porche y entraron en la casa, seguidos muy de cerca por la mujer alta que había permanecido inmóvil como una estatua hasta el momento. La puerta se cerró tras ellos. El pastor Tattle murmuró una frase de despedida y se encaminó al caballo ruano que estaba atado junto al cercado.

—¡Bronco! —le saludó Angie, jubilosa.

Tenía una sonrisa de oreja a oreja y parecía feliz. No obstante, aunque le había llamado a él, solo parecía tener ojos para Rico. Este le devolvió el

saludo y se acercó a ella, quitándose el sombrero.

—Vámonos de aquí —le susurró Gabriel a Rose al oído.

Ahora que todos se habían esfumado ya no tenía que seguir fingiéndose el fuerte. Iba a desplomarse de un momento a otro y no quería que aquello sucediera delante de la puerta principal de *Las Claritas*. Con las últimas fuerzas que le quedaban, consiguió subirse a lomos de Manchado y le tendió la mano a ella, que la tomó y, poniendo un pie en el estribo sobre el de él, se encaramó a la grupa del caballo.

Le hizo un gesto a Rico con la cabeza y este le instó a marcharse. Parecía darle a entender que ya le seguiría más tarde. Angie, que se encontraba a su lado con el rostro enrojecido, se despidió de ellos agitando el brazo.

Se pusieron en marcha. Ambos guardaban silencio. Rose, probablemente, seguía en estado de trance después de todo lo sucedido. Y Gabriel lo hacía porque no tenía voz. Estaba tan exhausto que dudaba de poder emitir palabra alguna. Cada paso que daba Manchado, a pesar de que la tierra estaba húmeda y reblandecida, percutía en su cuerpo y sentía como si sus huesos chocasen unos con otros. Se agarró al pomo de la silla con fuerza. No podía desfallecer, se decía. Los brazos de Rose en torno a su talle le recordaban constantemente la preciosa carga que llevaba con él.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente del rancho, Gabriel oteó los alrededores buscando algún lugar donde poder descansar. Vio unos cuantos mezquites a una media milla al oeste y enfiló rumbo hacia ellos. Si Rose se sorprendió de que abandonaran el camino, no lo dijo. Esquivando los matorrales, las patas de Manchado los condujeron hasta el lugar elegido. Llegados allí, el animal se detuvo, esperando nuevas instrucciones. Los árboles, que habían perdido casi todo su follaje debido a la estación invernal, no resguardaban del sol, pero este era tan débil que no resultaba molesto.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Rose.

—Porque voy a caerme del caballo —repuso él en un murmullo.

Nada más decir aquello sus párpados se volvieron pesados y toda la vitalidad de su cuerpo se esfumó. Intentó sujetarse a algo, pero sus manos tampoco le respondieron. Lo último que escuchó fue un agudo grito. Después, todo se volvió oscuro y se desplomó.

Capítulo 52

Lo primero que vio cuando abrió los ojos fue una mirada azul cargada de preocupación. Rose estaba de rodillas a su lado y le frotaba la frente con un paño mojado.

—¡Dios mío, Gabriel! ¡Qué susto me has dado!

Giró la cabeza, tratando de averiguar dónde se encontraba. Estaban en medio de la nada, rodeados por tierra, matorrales y arbustos. Se hallaba sentado en el suelo que la lluvia había humedecido y tenía la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Recordó que había dirigido su montura hacia unos mezquites. Alzó la vista y vio a Manchado a poca distancia. Sus riendas estaban atadas a la espinosa rama baja de otro árbol.

—Me he desmayado —dijo. Era una mezcla de pregunta y afirmación.

—Sí. Y te has caído del caballo. Me ha costado arrastrarte hasta aquí.

—¿He estado mucho tiempo inconsciente?

—No. Solo un rato. Bebe un poco de agua. —Le ofreció el peltre de cuero que él solía llevar siempre en uno de los latiguillos de la silla.

Bebió con avidez. Luego, se apoyó en la tierra y se incorporó con esfuerzo. Le dolía todo el cuerpo, pero al menos ya no se sentía aturdido.

—¡No! —protestó ella, empujándole del hombro—. Quédate quieto y descansa.

—Puedo descansar cuando llegue al pueblo. Podemos seguir —insistió, poniéndose de pie. Le costó una barbaridad hacerlo, pero no deseaba mostrarse tan débil ante ella. Aunque unos minutos más allí, sintiendo el aire fresco en la cara se le antojaban como el paraíso.

—He dicho que no —dijo ella. La expresión de su rostro era de pura determinación—. No tenemos prisa.

La ternura embargó a Gabriel al escucharla. La miró de soslayo. Estaba tan guapa...

—Entonces, ¿ya puedo dejar de hacerme el fuerte? Hacer de héroe es agotador —murmuró con cierta sorna.

Ella le miró con las cejas arqueadas, sorprendida de que él tuviera ganas de bromear. Luego, sus facciones se dulcificaron y le dirigió una sonrisa.

—Tú siempre eres mi héroe.

—No, no soy ningún héroe —rechazó con un breve encogimiento de hombros. Luego tomó su mano y añadió con voz velada—: Pero haría cualquier cosa por ti.

—Lo sé —murmuró ella bajando la vista.

Él clavó la mirada sobre los dedos entrelazados de ambos; los de ella, estilizados y blancos, se curvaban en torno a los suyos y eso le hizo recordar el objeto que llevaba con él desde hacía más de un mes. Lo extrajo de su bolsillo y lo sostuvo en su puño cerrado.

—Tengo algo para ti. No es gran cosa, la verdad. No es valioso ni nada por el estilo. —La miró fijamente mientras se lo ofrecía, deseoso por ver su reacción.

Ella contempló el anillo con los ojos muy abiertos y una expresión arrobada en el semblante. Rozó la diminuta rosa con suavidad con la punta de los dedos casi sin atreverse a tocarlo.

—Es una rosa—dijo con admiración.

—Sé que nuestra boda fue algo precipitada y que no tuvimos ocasión de preparar nada. Tampoco pude ponerte un anillo en el dedo como es la costumbre —se disculpó él—. Así que hice este para ti.

—Es precioso —musitó ella, conmovida, extendiendo la mano—. Pónmelo.

Y allí, en un paisaje agreste, bajo las ramas despobladas de un mezquite, en un día invernal de diciembre, Gabriel le puso la alianza de madera a Rose y se sintió como si la estuviera desposando de nuevo. Con el corazón tibio la contempló emocionado, dando gracias al cielo por haber podido volver a su lado. Ella se acurrucó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro. Alzó la mano para contemplar mejor el singular aro de madera.

—Es perfecto.

—Tú sí que eres perfecta —susurró él, acariciándole la mejilla. La tenía helada. Soltó una maldición entre dientes—. Hace frío y tu capa no es muy

gruesa. Vas a enfermar. —Hizo amago de moverse, pero ella le detuvo con un ademán.

—¿Dónde vas?

—Voy a buscar una manta.

—No. Yo iré —protestó, decidida.

Antes de que él pudiera oponerse, ya se alejaba hacia Manchado. Gabriel la siguió con la mirada, admirando sus movimientos fluidos y femeninos. Daba igual que su vestido fuese recatado y sin adornos, para él no había mujer como ella en el mundo entero. Se giró ligeramente y la protuberancia de su vientre se mostró con claridad. Su boca esbozó una sonrisa. Le dolía hasta el alma, pero era enormemente feliz.

Regresó a su lado con la manta enrollada entre los brazos. La desplegó, pero antes de que pudiera hacer nada, él la cogió por la muñeca y tiró de ella haciendo que perdiera el equilibrio y cayese sobre su torso. Dejó escapar un grito de sorpresa.

—Ven aquí —le ordenó con voz ronca mientras le quitaba la manta, para acto seguido echarla sobre ambos, envolviéndolos—. No te alejes ni una sola pulgada de mi lado. No quiero perderte de vista ni un instante, ¿me oyes? Ya hemos estado demasiado tiempo separados.

—No quiero hacerte daño.

—Más daño me hace no poder sentirte —repuso y suspiró cansadamente—. Ha sido mucho tiempo sin ti. Déjame abrazarte.

Ella vaciló, pero finalmente apoyó la cabeza en su pecho. Él se relajó al tenerla allí entre sus brazos, cálida y suave. Alzó la vista y contempló el cielo, era una mezcla de grises y blancos. Las nubes pasaban raudas, arrastradas por el viento. A pesar de que el tiempo estaba algo revuelto, se respiraba paz.

Él estaba en paz.

—No hay sonido que me guste más que este —susurró ella al cabo de un rato de cómodo silencio.

—¿Cuál?

—El de los latidos de tu corazón. Pensé que nunca más iba a poder oírlos. —Le temblaba mucho la voz.

—Sé que ha tenido que ser difícil para ti, Rose. No me puedo ni imaginar lo duros que han debido de ser estos meses. Lo siento mucho.

—No es tu culpa, no te disculpes... Es solo que cuando nos enteramos de que habíais muerto... —se interrumpió y cogió aire—. Oh, Gabriel..., yo también quise morir. Fue horrible. —Se aferró a su chaqueta con desesperación.

No podía verle la cara pero estaba seguro de que ella volvía a llorar.

—Mírame —le pidió.

Ella le obedeció. Como él había sospechado, sus ojos estaban húmedos.

—No soy muy bueno con las palabras, pero déjame que te diga algo de lo que estoy muy seguro —comenzó con apremio. Acercó su cara a la suya rozando sus labios—. He vuelto a ti y ya nada ni nadie nos va a separar, Rose. Tú eres mía y yo soy tuyo.

Ella asintió. Con una suavidad infinita, le rozó la sien con los dedos, cerca de la cicatriz que afeaba su aspecto.

—¿Qué pasó?

Gabriel cerró los ojos. No quería hablar de ello, al menos no en ese momento. Tenía mil cosas más importantes que decirle, no obstante, apretó la mandíbula y le contó a grandes rasgos lo que había sucedido y por qué no pudieron volver antes. Ya profundizaría en los detalles más adelante. Con la frente fruncida y la palma de la mano extendida sobre el lugar exacto donde latía su corazón, ella le escuchó sin hacer comentario alguno. Cuando terminó de hablar, se alzó de puntillas y depositó un beso sobre su mentón, dulce y suave como el aleteo de una mariposa.

—Te voy a cuidar —le susurró. Luego volvió a abrazarle y a enterrar la cara en su cuello.

Gabriel no era hombre de lágrimas. Habría llorado dos o tres veces en su vida, no más, pero sintió cómo los ojos le escocían. Pestañeó unas cuantas veces. Debía de ser la debilidad, se dijo. Lentamente, deslizó la mano hacia abajo y la posó sobre el abultado vientre de ella.

—¿Puedo? —le preguntó.

—Por supuesto. Es tuyo.

Bajó el otro brazo y apoyó ambas manos sobre su abdomen. Una sensación de enorme plenitud le inundó.

—Es algo que siempre deseé y creí que nunca pasaría —continuó ella en un bisbiseo—, pero ha pasado... contigo. No puedo expresar con palabras lo

mucho que este niño significa para mí. Es como un milagro.

—Te dije que no me importaba si no teníamos hijos, Rose. Y te prometo que era verdad, pero no puedo evitar emocionarme al saber que llevas a mi hijo ahí dentro. —La acarició con veneración—. ¡Dios! Soy el hombre más afortunado del mundo. Si pudiera cogerte en brazos y elevarte en el aire, lo haría hasta perder el sentido... —profirió una risa avergonzada—. Tendrás que esperar para eso. Me temo que si tratara de cogerte en brazos ahora, me caería al suelo. Vaya héroe del carajo.

Acto seguido soltó una carcajada profunda y genuina. Rose le contempló maravillada.

—Nunca te había oído reír así.

—Bueno, en los últimos años no he tenido muchos motivos para hacerlo, pero ¿qué más puede pedir un hombre en esta vida? Tengo una mujer preciosa que está esperando un hijo mío. Mi güera, me haces muy feliz. Mucho.

Y era cierto. Tenía una sensación burbujeante en el pecho, que cuanto más la miraba, más grande se hacía. A su lado se olvidaba de la adversidad y se sentía capaz de cualquier cosa.

Permanecieron callados un largo rato mientras el viento agitaba las ramas de los árboles por encima de sus cabezas. Hacía frío, pero no eran conscientes de ello. Allí, dentro de la manta, compartiendo el calor de sus cuerpos, las bajas temperaturas no les afectaban.

Los pensamientos de Gabriel volaron hacia el futuro. Estaba ansioso por comenzar una nueva vida junto a ella, junto a María y a ese niño que estaba por nacer. Sabía que las cosas no iban a ser fáciles y que, probablemente, tendrían que pasar muchas estrecheces, pero estaba dispuesto a dejarse la piel por su familia. No iba a permitir que nada les faltase. Haría lo que fuera por ellos.

La miró. Parecía ensimismada. No obstante, su expresión en nada se parecía a la que él había visto cuando llegó a *Las Claritas* y la encontró del brazo de Henry. La infelicidad y la resignación habían desaparecido de su cara, reemplazadas por el optimismo y cierto alborozo que se manifestaba en sus labios ligeramente curvados hacia arriba.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

Ella elevó la barbilla y le miró.

—Estaba recordando aquel beso que me diste el día de mi cumpleaños.

El beso del que él huyó como un cobarde. Sí, Gabriel se acordaba muy bien.

—Durante estos meses en los que tú no estabas, muchas veces soñaba que regresabas y volvías a besarme así —musitó—. Pero ahora que ya estás aquí...

—Ya no tienes que soñarlo —terminó la frase por ella.

Ella asintió algo avergonzada.

Gabriel la contempló con adoración. Sin poder reprimirse, le pasó una mano por la parte de atrás del cuello y la atrajo hacia sí.

—¿Cómo fue? ¿Así? —le preguntó, besándola con suavidad—. ¿O así? —Dejó que sus labios se deslizaran por los de ella con abandono—. ¿O mejor así? —La punta de su lengua accedió al interior de su boca e impactó con la de ella, que gimió ahogadamente y se apretó contra él.

Profundizó el beso, ahondando, lamiendo y succionando. Empleándose a fondo y entregándose por completo mientras Rose se daba a él con el mismo entusiasmo. Ambos moviéndose al unísono y convirtiéndose en uno.

Cuando logró apartarse, segundos después, jadeaba excitado y su corazón palpitaba como loco. Otras partes de su cuerpo también se habían visto afectadas por ese arrebató de pasión.

—Sí, así —dijo ella con la respiración entrecortada. Después le regaló una enorme sonrisa.

En ese instante, el viento arreció y él se giró, presionándola contra el tronco del árbol y resguardándola con su cuerpo. No le importó en demasía el calambre que le recorrió la pierna ni el dolor que sintió en su costado, allá donde Henry le había golpeado. Solo tenía ojos para la mujer que tenía frente a él. La que le había devuelto la felicidad después de tanto tiempo.

Sin apartar la vista de su rostro, comenzó a retirar las horquillas del pelo con gran delicadeza, una a una, deshaciendo el austero peinado que lucía y dejando que, poco a poco, sus mechones fueran liberados y cayeran sobre sus hombros.

Ella se mantuvo quieta, dejándole hacer, con los labios entreabiertos y sus ojos azules anclados en los de él.

Cuando terminó y su cabello se agitó con la brisa, introdujo los dedos entre las rubias guedejas y la peinó con ellos, deleitándose en su suavidad.

—Sabes que siempre quise que hicieras esto, ¿verdad? Desde la primera vez que te vi —susurró ella casi sin aliento.

El brillo de su mirada le penetró hasta el alma.

—Sí —respondió, inclinándose y depositando un beso sobre su frente—. Y estoy dispuesto a hacerlo todos los días de mi vida.

Epílogo

Texas, septiembre de 1872

El potrillo le miró desde sus enormes ojos oscuros con atención. Solo hacía un mes que había sido destetado de su madre y todavía era muy desconfiado, a pesar de que Gabriel trataba de interactuar con él casi a diario. Se acercó con mucha lentitud con una mano extendida y en la otra, la manta que quería ponerle sobre el lomo.

Asustado, así lo habían llamado, tenía ahora siete meses y era la viva imagen de su padre, Manchado. Agitó la cabeza y se echó hacia atrás, haciendo honor a su nombre.

—Pero qué cobarde eres —le susurró—. No te pareces en nada a tu papá. Cuando tenía tu edad me lanzó una dentellada que me tuvo una semana en cama, el muy canalla.

El potro echó las diminutas orejas hacia delante como si en verdad le estuviera escuchando, pero en cuanto Gabriel dio otro paso hacia él, reculó receloso hasta que la valla detuvo su retirada.

—Tengo tiempo —canturreó—. Y mucha paciencia, amigo, así que aquí podemos estar hasta que se ponga el sol. —Se echó el sombrero hacia delante, dispuesto a esperar hasta que fuera el caballo el que se acercase a él.

—¡Bronco!

Bueno, quizá no tuviese tanto tiempo, decidió resignado al escuchar la potente voz de su hija desde la puerta de la casa. Últimamente, tenía la manía de llamarle Bronco en vez de papá, copiando a Pedro y a sus nietos. Se dio la vuelta y vio a una excitada María que se acercaba a él corriendo, seguida de cerca por el pequeño Juan, cuyas piernas demasiado cortas casi no podían igualar el paso de su hermana mayor.

—¡Onco! —gritó este con su lengua de trapo, imitándola.

Gabriel dejó la manta sobre el cercado y se encaramó a los tablones, saltando al suelo con cuidado. Tanto tiempo después, todavía le había quedado una ligera cojera. Se interpuso en el camino de sus hijos y alzó a Juan en el aire mientras María se detenía frente a él con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿A qué viene tanto escándalo? —preguntó con una sonrisa mientras frotaba la áspera mejilla contra la de su hijo, provocándole una risa.

—Mamá nos ha echado de la casa —dijo la niña, ofendida.

—¿Qué es lo que hicieron?

—Nada. Estábamos jugando. Y Juan ha tirado una taza y Elisa se ha despertado, pero no ha sido a propósito.

Gabriel suspiró. Elisa había pasado muy mala noche y Rose solo había conseguido que se durmiera al amanecer. No le sorprendía lo más mínimo que hubiera echado de la casa a aquellos dos torbellinos.

—Hemos venido a jugar con Asustado —añadió María, juntando las manitas con fervor, con sus oscuros ojos persuasivos sobre los de él y pestañeando con exageración.

Era una chantajista nata, y el corazón de Gabriel se caldeó, pero reprimió una risa y fingió enfado.

—Si no se portan bien no puedo dejar que jueguen con los caballos, además, Asustado todavía no está preparado para estar con niños.

—Pero si no hemos hecho nada malo —protestó.

—Despertaron a Elisa.

La pequeña arrugó la nariz y no dijo nada más.

—¿Por qué no van a buscar a Pedro? Está con Enrique, Diego y Antonio en el establo. Creo que les está enseñando a trenzar cuerda. No vuelvan hasta que no hayan aprendido.

El gritito lleno de entusiasmo de María que salió corriendo como una exhalación le hizo sonreír. Juan, a pesar de que no había comprendido las palabras de su padre, reaccionó de igual manera. Se retorció entre sus brazos como una lagartija, tratando de bajarse de ellos y seguir a su hermana. Y Gabriel apenas pudo plantarle un beso en la morena cabeza antes de depositarle en el suelo.

«Pobre Pedro», pensó. Pero no sintió remordimiento alguno. Sabía que el mexicano adoraba a los niños y sus nietos también.

Los observó alejarse a ambos con una expresión llena de cariño en la cara. María ya tenía cinco años y medio y estaba muy alta para su edad. Era una niña despierta y dicharachera que siempre estaba buscando algún lío en el que meterse. Y su pequeño Juan había cumplido dos años en abril. Seguía a su hermana a todas partes como un perrito faldero. Se parecía muchísimo a ella con el pelo oscuro y rizado, los ojos castaños y enormes y la piel morena. Rose siempre bromeaba diciendo que no había absolutamente nada de ella en el pequeño y que si no fuera porque recordaba el horroroso parto con desagrado, hubiese pensado que el niño ni siquiera era suyo. Era un Salas de la cabeza a los pies.

Elisa, por el contrario, tenía los ojos azules. Si bien su cabello era negro como el ala de un cuervo, su mirada clara era la de Rose. No había duda alguna que de mayor sería idéntica a su madre. Al menos eso pensaba él, aunque era difícil predecirlo, la niña solo tenía seis meses.

Echó una ojeada a Asustado que desde que él había abandonado el cercado parecía mucho más animado. Estaba mordisqueando una de las tablas. Era un comportamiento habitual en los potros que no hacía mucho que habían sido destetados, de aquella manera atenuaban el nerviosismo que les provocaba la separación de sus madres. Se entretuvo un rato contemplándole.

—Voy a volver, así que no te hagas ilusiones —le dijo.

Se dirigió a la casa. Abrió la puerta de madera y accedió al interior. Mami estaba sentada junto a la mesa del comedor cosiendo algo. Levantó la vista al oírle entrar. Se llevó el dedo índice a la boca, conminándole a guardar silencio.

Él asintió y se encaminó hacia su dormitorio de puntillas. La puerta estaba entreabierta. Se asomó y vio a Rose en la mecedora que había junto a la cama; tenía a Elisa en brazos. Ambas dormían. Entró y cerró la puerta tras él. Luego se acercó a su esposa y a su hija y permaneció unos instantes observándolas con el corazón henchido de felicidad.

Con mucho cuidado para no despertarlas, cogió a la pequeña y la depositó sobre la cama, arropándola con una colcha y arreglando las almohadas a su alrededor para que no pudiera rodar y caerse al suelo. Luego, se acercó a

Rose. La pobre tenía ojeras bajo los ojos y aspecto de estar agotada. Con delicadeza, le subió la camisola y le abotonó el vestido que ella se había abierto para dar de mamar a la niña. Ni se inmutó. Después, le pasó un brazo por debajo de las rodillas y otro por la espalda y la cogió en brazos. Y tomó asiento en la mecedora con ella en su regazo. Fue entonces cuando ella despertó.

Él le puso la mano sobre la boca impidiendo que dijera nada. Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—La niña está dormida en la cama. Y yo estoy aquí para asegurarme de que tú también duermes un rato —le susurró al oído.

Ella se relajó instantáneamente. Se acurrucó en sus brazos y enterró la cara en su cuello.

—María y Juan la han despertado —musitó. El cansancio era más que evidente en su tono.

—Lo sé. Los he mandado a jugar con Pedro y les he prohibido volver hasta que sepan trenzar cuerda. Tenemos más o menos unos tres meses de tranquilidad —bromeó.

Ella dejó escapar una risita ahogada.

—Eres un papá muy severo.

—Y tú una mamá preciosa.

—Me siento cualquier cosa menos preciosa. Estoy agotada. Llevo días sin poder lavarme el cabello en condiciones. Y ni siquiera huelo bien —resopló con tristeza.

Él hundió la nariz en su pelo y aspiró. Era cierto que ya no olía a rosas, como antes, pero en absoluto era un olor desagradable. Un aroma a leche materna y a sudor limpio le entró por las fosas nasales.

—Hueles bien. Hueles a la madre de mis hijos.

—Me gustaría oler también a tu mujer —murmuró.

—Te propongo algo —comenzó mientras le acariciaba la nuca—. Voy a llenar la tina de agua caliente y te vas a dar un baño. Es más, te voy a ayudar a lavarte la cabeza.

Ella soltó un suspiro de anhelo, que rápidamente se convirtió en uno de decepción.

—Estás demasiado ocupado.

—Hoy no. Hoy puedo dedicarte el día entero.

Y así era. Podía permitirse el estar todo el día con su mujer. Quién sabía cuándo volverían a tener una oportunidad semejante. Al día siguiente comenzarían a recolectar el algodón. Y era una tarea ardua que les llevaría tiempo y los haría trabajar de sol a sol. Era la primera cosecha desde que llegaron al rancho, y parecía que iba a ser de calidad. Habían tenido que esperar dos años hasta que el suelo por fin se recuperó lo suficiente.

Gracias a Dios podían contar con Pedro y con sus nietos para que los ayudaran en la recolección. El año anterior, un brote de cólera en San Francisco los dejó huérfanos, así que los tres adolescentes se mudaron a Texas, en busca de sus abuelos. Pedro y Mami hacía ya tiempo que habían abandonado *Las Claritas* y vivían con Gabriel y Rose en una modesta construcción detrás de la casa principal. La llegada de los muchachos supuso, a pesar de la tristeza porque su hijo Enrique había fallecido, un motivo de alegría para el matrimonio. Y para Gabriel y Rose un gran respiro al poder contar con más ayuda en el rancho.

—Acepto, entonces —dijo ella, y encogió las piernas, subiéndolas a su regazo. Estaba descalza—. ¿Y también me frotarás la espalda? —ronroneó en voz bajita.

—La espalda y lo que quieras. —Comenzó a mecerse lentamente.

—Mmm..., pues todo... Quiero que me lo frotes todo... —murmuró.

Gabriel, al escuchar su tono seductor se puso rígido. Llevaban sin hacer el amor desde el nacimiento de Elisa y él no era de piedra. Pudo sentir la dureza de su erección creciendo en sus pantalones y se revolvió agitado.

—¿Estás segura? —inquirió esperanzado.

—Muy segura. —Alzó la barbilla y le besó en el hueco que había justo debajo de su mandíbula.

—No hagas promesas que luego no puedes cumplir.

—Esta sí puedo cumplirla. —Volvió a besarle con suavidad en el mismo sitio—. Si te portas bien conmigo, te compensaré.

Él tragó saliva. En ese instante no había nada que deseara más que alzar a su mujer en brazos, llevarla hasta la bañera, frotarle la espalda y lavarle el cabello, a la espera de su recompensa. Su miembro se endureció todavía más.

—Rosa, no sabes lo mucho que he estado esperando que te recuperases y que...

Su respiración sonora y profunda llegó hasta él. Se retiró unas pulgadas para poder verle la cara. Se había quedado dormida.

«Mi gozo en un pozo», pensó.

Se encogió de hombros ligeramente mientras la contemplaba. Tenía la boca entreabierta. Y sus rubias pestañas proyectaban sombras sobre sus pómulos. Su piel, que anteriormente había sido tan blanca, ahora presentaba una tonalidad cobriza, producto de pasar muchas horas fuera, al sol. Se fijó en sus manos, que mantenía pegadas al pecho. También habían adquirido una coloración más morena y ya no eran tan suaves y delicadas como antes. Eran las manos de la mujer de un rancho. Cogió una de ellas, la que estaba adornada con el anillo de madera, que él mismo puso allí hacía años, y se la llevó a los labios. La besó con delicadeza mientras cerraba los ojos.

La vida se había portado bien con ellos. Se habían trasladado a vivir al rancho de los Salas en el verano del setenta, hacía ya algo más de dos años, meses después de que naciera Juan. Hasta entonces se alojaron con su tía Elena. Los habitantes de Catclaw Springs tardaron en volver al establecimiento, pero finalmente lo hicieron y la casa de comidas prosperó de nuevo. En esos meses, tanto Rico como él habían trabajado duramente para conseguir sacar algo de dinero. En cuanto estuvo recuperado, su hermano y él se unieron a una cuadrilla que iba a Abilene a trasladar ganado y que les reportó unos buenos dólares, que fueron muy bienvenidos. Los invirtieron en arreglar el rancho que, después de años de abandono, necesitaba mucho trabajo.

Rico se quedó con ellos hasta la primavera anterior, ayudándolos a salir adelante. Mientras esperaban a que la tierra se recuperase para poder plantar algodón, ellos se dedicaron a lo que habían hecho siempre, a atrapar mustangs y a domarlos para venderlos. Una vez que estuvo seguro de que ya no le necesitaban, una mañana de abril, después de que hubieran plantado el algodón, Rico cogió sus pertenencias y, sin mucha alharaca, se despidió de todos y se marchó a lomos de Negrito.

Gabriel reconocía que iba a echarle mucho de menos. La vida en el rancho no era igual sin él. El mes anterior habían sido asaltados por un grupo de

indios y, aunque salieron airoso del ataque y no hubo que lamentar ninguna baja, la ausencia de Rico y su habilidad con el revólver se hacían notar.

Chasqueó la lengua con admiración al pensar en su hermano. Hacía unos días habían recibido un telegrama suyo desde Wichita. Le iban bien las cosas, les contó. Ahora se dedicaba a cazar forajidos. Les prometió volver de visita para Navidad.

Rico se había convertido en todo un personaje. Sus andanzas darían para escribir un libro de aventuras. No le sorprendería ni lo más mínimo si algún día encontraba su nombre en una de esas novelas de diez centavos que tanto éxito tenían.

Volvió a mecerse, impulsándose con los pies y apoyando la barbilla con suavidad sobre la frente de Rose. Su mirada voló hacia la cama, hacia Elisa. Quería mucho a sus tres hijos, pero Elisa había robado un trocito especial de su corazón. Quizá porque era pequeña para su edad y de constitución frágil. Parecía tan vulnerable allí envuelta en la colcha blanca... Fue un parto muy complicado y difícil, que él había vivido con profunda angustia. Fueron más de veinte horas de incertidumbre mientras Mami entraba y salía del dormitorio. Finalmente, la niña llegó al mundo berreando y dejando a Rose completamente exhausta. Durante días no pudo levantarse de la cama. Y Gabriel sufrió por ella. Estuvo a su lado en todo momento, preocupado, prometiéndose que nunca más la haría pasar por algo así. Él estaba más que satisfecho con tres hijos, ¿para qué más? No quería que ella volviera a tener que soportar algo semejante. No necesitaban más para ser felices.

Con la familia de Rose no tenían contacto, exceptuando las largas cartas que Angie enviaba con frecuencia. También el pequeño Will escribía a su hermana de vez en cuando. A Patterson se lo habían encontrado una vez en el pueblo, pero no les dirigió ni una mirada. Pasó de largo del brazo de su flamante esposa, ignorándolos. A Gabriel no le importó un carajo, pero sufrió por Rose, que se puso pálida y se agarró a su brazo con fuerza. Cuando regresaron a casa, lloró en su hombro y le confesó que le dolía que su padre ni siquiera quisiese conocer a su nieto, pero más tarde, ya más calmada, reconoció que prefería que un hombre así no tuviera contacto alguno con sus hijos. Ella deseaba que los pequeños solo conocieran el amor, con Patterson

aquello resultaría del todo imposible. Además, como ella solía repetir en multitud de ocasiones, le tenía a él, y esa era la única familia que necesitaba.

Cada amanecer, cuando abría los ojos y veía su cabeza al lado de la suya en la almohada, Gabriel volvía a enamorarse de ella. Y le daba gracias a Dios humildemente por haberle dado una segunda oportunidad y haber puesto una mujer como Rose en su camino, que le había elegido a él por encima de todas las cosas.

Un vaquero mexicano que no tenía donde caerse muerto, como decía su suegro, y la hija de un rico rancharo texano.

Algo que en un principio parecía imposible.

Pero era real. Muy real.

Rose murmuró algo y él se inclinó para poder escucharla mejor.

—Te voy a compensar, lo prometo... —balbuceó y volvió a repetirlo de forma casi ininteligible.

Gabriel torció los labios en una sonrisa algo socarrona.

—Menuda compensación —susurró al aire.

Luego la besó en la frente y la apretó contra su pecho, dispuesto a velar su sueño.

Era feliz.

Fin

Nota de la autora

Estimado lector, si has llegado hasta aquí es que has terminado de leer la novela. Espero que la hayas disfrutado tanto como yo lo he hecho escribiéndola, y que haya conseguido llegarte al corazón. Si no es así, seguiré intentándolo, soy muy tenaz ;).

No quiero explayarme demasiado en esta nota, solo quiero mencionar un par de cosas. Lo primero de todo y lo más importante es dar las gracias (seré breve, lo prometo).

Gracias a Paco porque sin él nada sería posible.

Gracias a mi hermana Fely y a mi sobrina Angy porque siempre están ahí apoyándome y es un lujo poder contar con ellas.

Gracias a mis lectoras cero, Maribel y mi Mayte del alma. Sois las mejores.

Gracias a todos los que me apoyan diariamente a través de las redes sociales. A muchos, a pesar de que no los conozco en persona, los siento verdaderamente cerca. Sin ellos ni mis novelas ni yo como autora existiríamos.

Las gracias a la parte técnica se van para Nere Gurutxeta, mi maquetadora, y para Nune Martínez, la ilustradora que ha diseñado la portada. ¿No es un sueño maravilloso? La adoro. ♥

Y en esta ocasión tengo que hacer una mención especial a **Marijo**. Ella es una lectora mexicana que llegó a mi vida casi por casualidad y se quedó (esa fue mi suerte). Ha sido ella la que me ha ayudado con los diálogos de la familia Salas. A pesar de que España y México tienen una lengua común, la manera de expresarse es tan diferente en algunos casos que he necesitado apoyo. Y ahí estaba ella. Sin rechistar, decidió echarme un cable. Estoy segura de que pensó que se trataba de un par de frases y cuando recibió los dieciocho folios que le envié se acordó de mis antepasados. ¡Mil gracias, Marijo! (Y también por haberme descubierto el k-pop). #SuJu ♥

Y ya se acabaron las gracias.

Ahora a otra cosa.

Hay diferentes razones que me hicieron embarcarme en una aventura del Oeste. Una de ellas fue sin duda descubrir la telenovela *Pasión de gavilanes*. A pesar de que ya es antigua, yo no la había visto hasta hace un par de años. Reconozco que cuando Mario Cimarro, alias Juan Reyes, apareció en la pantalla, todo fornido, algo bruto y con ese sombrero de vaquero, me conquistó. Fue ese el momento exacto en el que decidí escribir una novela cuyo protagonista llevase un sombrero de cowboy. Después de mucho pensar, tuve claro que la historia tendría que estar ambientada en el viejo Oeste. Desde que era una cría he sentido verdadera pasión por aquella época. Recuerdo perfectamente que una de las primeras películas que vi en el cine fue *Le llamaban Trinidad* (de ahí mi título, homenajeándola). También me acuerdo de los fines de semana de mi infancia, cuando bajaba al quiosco que había en la plaza debajo de casa para intercambiar novelitas de vaqueros de Marcial Lafuente Estefanía, de Silver Kane, de Keith Lugger... ¡Cómo disfrutaba leyéndolas! Y por supuesto, no puedo dejar de mencionar mi gran amor por los clásicos del cine del Oeste, en especial por *Hasta que llegó su hora* y *Solo ante el peligro*.

Con todo este bagaje a mis espaldas estaba claro dónde tenía que transcurrir la historia, ¿no? Y así nació *Le llamaban Bronco*.

En la novela me permito hacer un par de guiños. Quizá ya los hayas descubierto. En caso de no ser así, te los voy a explicar brevemente.

En el capítulo ocho, Rose observa cómo Bronco se lava en la bomba de agua que hay frente al barracón de los vaqueros. Esa imagen tan potente, en realidad, aparece en la introducción de *Pasión de gavilanes*. OMG!!! ¡Juan Reyes desnudo de cintura para arriba, aseándose! Es solo un segundo, pero a mí se me impregnó en la retina y supe que tenía que utilizarla.

En el capítulo veinte, Rose huye del rancho y se encuentra con una tormenta, y Bronco llega para protegerla de la lluvia con su sobretodo. Esta escena ha sido un pequeño homenaje a un maravilloso drama histórico coreano que amo, protagonizado por IU y Lee Joon Gi (los expertos sabrán que hablo de *Moon Lovers: Scarlet Heart Ryeo*).

¡Esto es todo, amigos!, que diría Porky.

Y gracias por leerme. Es maravilloso poder contar contigo, lector.

Sobre la autora

Laura Sanz aprendió a leer antes que a hablar y a escribir antes que a andar. Así que después de largos años de no saber qué hacer con su vida, además de irse al extranjero y aprender idiomas, trabajar en sitios diversos y escribir compulsivamente en servilletas de bar... decidió publicar.

Todos sus libros tienen #happyending garantizado.

Actualmente vive en Madrid con su marido y sus tres gatos.

Le encanta recibir mensajes de sus admiradores y detractores. Por favor contactad con ella en: laurasanzautora@gmail.com

Probablemente conteste :)

Si queréis saber más sobre ella y sus próximos lanzamientos, visitad: www.laurasanzautora.com

Además la podéis encontrar en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Otras novelas de la autora:

[La chica del pelo azul](#)

[La historia de Cas \(Landvik #1\)](#)

[La lucha de Jan \(Landvik #2\)](#)

[La culpa de Till \(Landvik #3\)](#)

[Harry Wolf](#)

¹ En la novela se utiliza el sistema de medidas estadounidense (1 pie = 30 cm., 1 yarda = 91 cm., 1 milla = 1,60 km., etc...)

² Las novelas de diez centavos (en inglés, *dime novels*) fueron publicaciones de literatura popular producidas en Estados Unidos entre 1861 y hasta la década de 1950, alcanzando su período de mayor popularidad en los últimos veinte años del siglo XIX y las primeras dos décadas del XX. Dichas publicaciones eran periódicas y estaban dirigidas especialmente a las clases trabajadoras de la época. Las

novelas se desarrollaron en distintos escenarios y utilizaron personajes sumamente diferentes unos de otros, desde vaqueros en el viejo Oeste hasta detectives en ciudades como Nueva York.

3 Se dice del ganado que no tenía marca y, por lo tanto, no pertenecía a nadie. Estas reses nacían en estado salvaje o semi-salvaje. El que las encontraba, debido a la falta de marcaje, se las quedaba. Esto solía suceder con relativa frecuencia en la época.

4 Juego de dados muy popular en el viejo Oeste donde el único objetivo es arrojar tres dados y apostar adivinando el resultado de la tirada una vez se han detenido.

5 Los cuchillos Bowie eran cuchillos de defensa y caza, rústicos y de grandes dimensiones, sus hojas eran anchas y solían medir más de 25 cm. Aunque su uso ya era popular con anterioridad, debe su nombre a James Bowie, un aventurero que sobrevivió a una pelea después de haber sido alcanzado por varios disparos, gracias a que se defendió con su enorme cuchillo de caza.

6 Traducción: Chismes.

7 Se le conoce por ese nombre en México. En Estados Unidos es conocido por Río Grande.

8 El Faro era un juego de naipes originado en Francia, que en la actualidad es prácticamente desconocido, aunque estuvo muy extendido en el viejo Oeste. Su importancia era tal que se podían encontrar varias mesas en cualquier salón. Fue muy anterior al póker, este llegó más tarde.

9 Canción popular española compuesta por Manuel García a principios del siglo XIX.

10 Traducción: Polvoriento.

11 El Sendero de Lágrimas es el nombre que recibió el destierro al oeste de los Estados Unidos de los choctaw en 1831 y de los cherokees en 1838 por imposición de los estadounidenses. Como consecuencia de esta migración, se calcula que murieron unos cuatro mil indios cherokees.

12 Carreta en la viajaba el cocinero en la que se almacenaba la comida, los utensilios de cocina y la ropa de dormir.

13 Grupo de caballos de repuesto.

14 Buey.

15 Vaquero que en la conducción del ganado se ocupaba de los flancos de la manada.

16 Vaquero que en la conducción del ganado se ocupaba de los flancos de la manada por detrás de los *swings*.

17 Vaquero que en la conducción del ganado se ocupaba de la cola de la manada, puesto asignado a los menos expertos, generalmente.

18 Se le llamaba así porque se decía que era tan fuerte que un revolver de seis tiros podía flotar en él.

19 *No me entierres en la solitaria pradera*. Es la balada más famosa del Oeste. Es una adaptación de una balada marinera publicada en 1839 llamada *La tumba del marinero*. El título y la letra fueron modificados a mediados del siglo XIX, cambiando el océano por la pradera y pasó a convertirse en la canción por excelencia de los vaqueros. Desde entonces ha sido interpretada por numerosos artistas y ha aparecido en diversas películas e incluso en vídeo juegos.

20 Esas archiconocidas bolas de matorral que atraviesan los pueblos del lejano Oeste que tantas veces se ven en las películas.

21 Así se conocía al rifle de repetición Winchester modelo 1866 debido al color de la aleación del metal de su cajón de mecanismos.

22 Los tigua son la única tribu que sigue viviendo en Texas en la actualidad. Pertenecen a los indios Pueblo, un grupo de tribus que vivían en el oeste de Texas, Nuevo México y Colorado, principalmente. Estas tribus de indios Pueblo, a pesar de hablar lenguas distintas y tener diferentes culturas, compartían características de vida comunes como su forma de construir viviendas. Sus edificaciones se asemejaban a “pueblos”, de ahí que cuando los españoles vieron sus casas por primera vez los bautizaron como indios Pueblo.

23 En la época, esa era la manera común de referirse a las monedas de veinticinco centavos o cuarto de dólar. Un bit equivalía a doce centavos y medio.

24 El Colt Army 1860 era un revolver de acción simple de cabeza y bola que había que cargar con pólvora y bolas de metal. El proceso era lento. No fue hasta 1869 que la fábrica modificó los tambores de algunas armas bajo pedido para que pudieran aceptar cartuchos metálicos.

25 El nombre le fue conferido por los primeros españoles que llegaron al continente y a los que la cordillera les recordó a los altos tubos de los órganos de las iglesias europeas.

26 Hace referencia a 1836, a la guerra de la Independencia de Texas, cuando este Estado se independizó de México, y a 1848, a la guerra de Estados Unidos contra México. Los mexicanos perdieron y se vieron obligados a ceder muchos territorios (California, Nuevo México, Arizona, Nevada, Utah, Colorado y más).

27 Fue el primer proceso fotográfico de aplicación práctica usado entre 1839 y 1860 principalmente. Uno de sus principales inconvenientes era que cada imagen era única y no se podían realizar copias. Pronto fue sustituido por el calotipo. Ya en la época en la que transcurre la novela era un método anticuado.

28 La bala Minié era el proyectil más mortífero de la historia hasta aquel momento, el que más muertos y mutilados produjo e incluso podemos sumarle el dudoso honor de ser la causante de más de un 90% de las heridas producidas en la guerra civil americana. Fabricada solo en plomo y con el culote hueco era mucho más maleable que las balas convencionales y triplicaba su diámetro cuando atravesaba la piel. Además, debido a la alta velocidad que alcanzaba, cuando rasgaba la ropa se llevaba trozos de esta, introduciéndolos en la herida provocando infecciones, septicemias y gangrenas. También, debido a su masa, era capaz de astillar huesos de un modo imposible de reconstruir.

29 El aceite de Macasar era usado por los refinados caballeros del XIX para peinarse a la moda. Este aceite resultaba de la mezcla de esencia de la flor del Ylang Ylang y aceite de coco.